

LA SALA 77

SAM BAKER

Tres profesores. Un secuestro.
El tiempo corre en su contra



Lectulandia

París, 12 de junio de 2013, 17:00 horas. El hijo del presidente de la República Francesa, Jean Marie Deneux, ha desaparecido. El departamento de seguridad de la policía nacional recibe una grabación donde se le puede ver amordazado y con los ojos vendados. Junto a esa grabación, también reciben una sencilla carta en la que figuran los nombres de tres profesores universitarios, Emilie Margaux, James Campbell y Fabricio Milanelli. El jefe del departamento, el comisario Laurent Chavier, junto con el jefe del servicio secreto, Jean Paul Sanoir, deciden trasladar a París a los tres profesores y reunirles en el Palacio del Elíseo antes de medianoche.

A su llegada, los profesores descubrirán la verdadera razón por la que se les ha trasladado a París y se verán atrapados en una situación en la que el máximo responsable del servicio secreto quiere incriminarles. Sorprendidos por el repentino giro que sufren sus vidas en pocas horas, los tres profesores aceptan colaborar con la policía para intentar descubrir el paradero del hijo del presidente. A lo largo de toda la noche, se verán inmersos en el macabro juego que los secuestradores han organizado. Cada uno de ellos irá descubriendo, poco a poco, cuál es la razón por la que su nombre figuraba en la carta recibida por la policía. La profesora Margaux y el profesor Campbell tendrán que utilizar todo su conocimiento en arte e historia para resolver los problemas que los secuestradores les van planteando. El profesor Milanelli, catedrático de cálculo infinitesimal, será, por su parte, la pieza clave para intentar descubrir el paradero del hijo del presidente y el primero en darse cuenta de que lo que está ocurriendo esa noche en París va mucho más allá de un simple secuestro.

Con el museo del Louvre como epicentro y ayudados por los inspectores Paccaud y Bingleau, los tres profesores, Chavier y Sanoir se verán inmersos en una frenética búsqueda contrarreloj donde se entrelazan las historias contenidas en algunos de los cuadros más importantes del Louvre con los edificios más emblemáticos de la ciudad como la catedral de Notre Dame, el Panteón y la basílica del Sagrado Corazón en busca de la información necesaria para intentar salvar la vida de Deneux antes de que sea demasiado tarde.

Lectulandia

Sam Baker

La sala 77

Conspiración - 1

ePub r1.0

Titivillus 06.09.16

Título original: *La sala 77*

Sam Baker, 2015

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mi familia,
por los problemas que hemos superado juntos
y por los que, sin duda, vendrán

Todos los cuadros, esculturas y lugares referidos en este libro, así como los datos técnicos e históricos relatados en muchos de ellos, son reales. Las características y la distribución interior de los edificios sin embargo, forman parte, en muchos casos, de la ficción de la obra.



La Libertad guiando al pueblo - Eugène Delacroix (1830).



La escuela de Atenas - Rafael (1510-1512).



La consagración de Napoleón - Jacques-Louis David (1805-1808).



El éxtasis de San Pablo - Nicolas Poussin (1649-1650).



Las Marías en el Sepulcro, La Resurrección y Noli me Tangere. Tres Escenas de la Pasión de Cristo - Imitador de Andrea Mantegna (1460-1550).

Capítulo 1

Nantes, 12 de junio de 2013

Margaux miró de reojo a su alumno y dejó asomar una ligera sonrisa. No era habitual que interrumpiese una de sus clases para comprobar el nivel de atención que sus alumnos le estaban prestando, pero en esa ocasión las diapositivas que tenía preparadas no eran suficientes para cubrir todo el tiempo que duraba la clase, de modo que no le había quedado más remedio que improvisar. Y viendo los apuros que su alumno estaba pasando para contestar a su pregunta, tenía claro que por lo menos él, tampoco esperaba que cambiase su rutina habitual.

—Si te sirve de ayuda —le dijo intentando orientarle— la que aparece en la imagen no es la obra original sino una copia. El cuadro original se encuentra en la Galleria Doria Pamphili de Roma.

El alumno hizo un ruido con la garganta simulando que estaba cerca de encontrar la respuesta y se movió nervioso en su silla.

Margaux sonrió de nuevo.

—¿Alguien podría decirme cuál es el nombre del cuadro que aparece en esa diapositiva? —preguntó en voz alta volviendo hasta el atril.

—*Salomé con la cabeza del Bautista* —dijo una voz femenina.

—Muy bien, ¿y sabrías decirme algo más sobre él?

—Es un cuadro de Tiziano —respondió decidida— y la chica que aparece es Salomé, hija de Filipo y Herodías, que sostiene sobre sus manos una bandeja con la cabeza de San Juan Bautista.

Margaux caminó unos pasos en busca del interruptor de la luz satisfecha de ver que, por lo menos, había una persona en su clase que sí atendía a sus explicaciones. Al encenderse las luces buscó con la mirada a quien había contestado sus preguntas.

—Y estoy segura de que también sabrás que Tiziano utilizó a su propia hija Lavinia como modelo para representar a Salomé.

La chica miró un segundo el cuadro y a continuación movió afirmativamente la cabeza varias veces.

Margaux le sonrió.

—En ese caso, por hoy creo que ya hemos tenido suficiente —dijo apagando el proyector—. Mañana continuaremos estudiando las obras de Tiziano y espero que todos conozcamos mucho mejor de qué cuadros estamos hablando.

El leve sonido que marcaba el fin de la clase se solapó con las últimas palabras de la profesora. Los alumnos recogieron rápidamente sus libros y comenzaron a salir del aula de manera alborotada. Cuando ya todos se habían ido, Margaux subió las escaleras que llevaban hasta la puerta, salió del aula y comenzó a caminar hacia su despacho.

Casi al mismo tiempo, su teléfono móvil comenzó a sonar.

—*Bonjour* Heléne.

—Emilie, dime ¿en qué lío te has metido ahora?

—¿Cómo dices? —respondió sonriendo.

Para su compañera de piso Heléne, la vida de Margaux era algo así como un continuo huracán de acontecimientos que parecían no tener fin, y por alguna razón que no alcanzaba a comprender, en la mayoría de ellos se acababa viendo involucrada.

—Emilie, han estado aquí hace unos minutos dos hombres buscándote. Cuando les he dicho que no estabas en casa se han ido sin decir nada. Creo que se dirigen hacia allí en estos momentos.

—¿No te dijeron quiénes eran? —preguntó extrañada.

—No —respondió sin dudar—. Solamente me preguntaron si estabas en casa y al decirles que no, se fueron sin más. Ni siquiera me preguntaron si sabía dónde estabas.

A pesar de que aquella historia sonaba bastante extraña, el tono de voz de su amiga hizo que se molestara en intentar descubrir algo más de aquellas dos personas.

—¿Y dices que no sabes quiénes eran ni qué querían?

—No. Ni siquiera me dieron tiempo a que les preguntara nada. Simplemente se dieron media vuelta y se fueron en su coche. Por eso creo que están de camino a la universidad en este momento.

Margaux se detuvo delante de la puerta de su despacho y dedicó unos instantes a observar lo que había a su alrededor. A esas horas eran ya pocas las personas que quedaban en el departamento. La mayoría de los profesores estaban distribuidos por las diferentes facultades del campus dando clases o ya se habían ido a sus casas.

—Está bien —dijo desconociendo qué razón podría estar detrás de aquella historia—, te avisaré si les veo o si me entero de algo más.

—Avísame si necesitas algo ¿de acuerdo? —le dijo nerviosa.

—Sí, no te preocupes.

Margaux finalizó la llamada intentando aparentar la mayor normalidad posible para tratar de calmar a su amiga. Sabía que por naturaleza, Heléne siempre tenía la tendencia de preocuparse en exceso por cualquier pequeño problema, y aunque aquel no parecía ser un problema en sí mismo, sí que debía reconocer que le resultaba una historia bastante extraña.

Tras comprobar de nuevo que no había nadie más en aquel pasillo, introdujo con cuidado la llave en la cerradura y abrió la puerta de su despacho. Al abrir, su corazón se aceleró de manera repentina. En el suelo, a escasos centímetros de la entrada, había un pequeño sobre con su nombre grabado. *Professeur Emilie Margaux*.

Margaux sabía perfectamente que el conserje de la universidad tenía una copia de la llave de cada despacho, y él era el encargado de dejar diariamente encima de su escritorio toda la correspondencia que recibía. Sin duda, alguien diferente había tenido que introducirlo por debajo de su puerta.

«¿En qué lío te has metido ahora?».

Las palabras de Heléne volvieron bruscamente a su cabeza.

Preocupada por lo que acababa de contarle su amiga y por lo que podía haber dentro de aquel sobre que tenía justo delante de sus pies, lo observó durante unos instantes más antes de agacharse a recogerlo.

En cuanto lo tuvo en su mano, una fuerte voz hizo que su corazón se disparase nuevamente.

—¿Es usted Emilie Margaux?

La profesora se giró guiada por el sonido de aquella voz y vio a dos hombres de traje caminando hacia ella.

«Creo que se dirigen hacia allí en estos momentos».

Con el corazón acelerado, guardó el sobre en su bolso y respiró profundamente para intentar calmarse.

—¿Qué desean? —respondió insegura.

—¿Profesora Margaux? ¿Emilie Margaux? —preguntó de nuevo uno de ellos.

—Sí, soy yo. ¿En qué puedo ayudarles?

—Profesora, debo pedirle que nos acompañe —dijo el otro hombre.

—¿Cómo dice? —preguntó sorprendida—. ¿Que les acompañe a dónde?

—Me temo que eso no podemos decírselo, lo siento.

Margaux intentó repasar con un rápido ejercicio mental todo lo que estaba ocurriendo. La llamada de su amiga, el sobre que alguien había introducido por debajo de su puerta y ahora lo que aquellos dos hombres le estaban pidiendo.

—¿Ustedes han estado en mi casa? —les preguntó intentando entrelazar las partes de toda aquella historia.

—Así es, profesora. Y al saber que no se encontraba en su domicilio hemos venido directamente hasta su trabajo a buscarla.

«Eso ya lo veo».

—Pero ¿y qué...?

—Necesitamos que venga con nosotros —le repitió uno de ellos seguro de cuál iba a ser su pregunta.

Margaux volvió a respirar profundamente.

—Entenderán que no puedo acompañarles a menos que me expliquen quiénes son ustedes y qué es lo que está pasando aquí.

Al escuchar su negativa, uno de ellos se retiró unos metros y empezó a hablar por su teléfono móvil. Margaux intentó sin éxito escuchar la conversación.

—Profesora, no se preocupe. Si nos dan permiso para ello intentaremos explicarle por qué estamos aquí.

«¿Si les dan permiso?».

El hombre que se había alejado para hablar por teléfono se acercó de nuevo hasta la puerta del despacho.

—Le pido disculpas por nuestra presentación, profesora. Somos miembros del servicio secreto que se ocupa de la seguridad del presidente Deneux y de su familia

—dijo a la vez que ambos le mostraban sus identificaciones—. Nuestro jefe nos ha enviado aquí para pedirle que nos acompañe. Ha ocurrido algo importante y necesitamos su ayuda.

Margaux se quedó en silencio escuchando incrédula las palabras que aquel hombre le estaba diciendo. ¿Para qué demonios iba a querer el servicio secreto la ayuda de una profesora de humanidades?

—Le pido, por favor, que nos ayude —insistió—. Es una situación muy urgente.

A pesar del modo en el que todo había sucedido, podía apreciar la importancia de lo que estaba ocurriendo en el rostro de aquellos dos hombres.

—Está bien —contestó finalmente—. ¿Y a dónde se supone que debo ir con ustedes?

—A París, profesora. Nos vamos a París.

Capítulo 2

Milán, 12 de junio de 2013

La oscuridad de la sala apenas le permitía avanzar entre los asistentes. Sabía que lo que estaba a punto de hacer no era correcto pero los dos hombres que estaban fuera esperando habían sido muy claros. De nada habían servido sus largas explicaciones y sus intentos por tratar de que esperaran a que el profesor Campbell terminara su conferencia.

«Tenemos que verle ahora».

Con la mayor discreción posible, la profesora Perotti subió al escenario y pasó suavemente su brazo izquierdo por la cintura de Campbell.

—Discúlpeme, profesor —susurró tapándose tímidamente sus labios con la mano derecha—. Se encuentran fuera dos hombres que quieren hablar con usted.

Campbell la miró sorprendido.

—¿Ahora mismo? No he terminado todavía... —replicó en voz baja.

—Lo sé, pero me temo que me veo obligada a pedirle que me acompañe —insistió ella.

En el pasillo que daba acceso al aula magna de la Facultad de Historia de la Universidad de Milán, dos miembros de la policía nacional francesa esperaban impacientes la llegada del profesor Campbell. No era algo común que la policía recurriera a solicitar la ayuda de un profesor universitario, y aún menos que viajara al extranjero para ello. En esta ocasión, sin embargo, la situación era muy diferente.

Contrariado, Campbell se excusó educadamente ante su audiencia y acompañó a la profesora Perotti hasta la salida. Ambos se conocían desde hacía muchos años y habían coincidido en multitud de charlas en todo el mundo. El profesor la conocía muy bien y sabía que ese tipo de interrupciones le gustaban tan poco como a él, de modo que si había decidido ir a buscarle mientras exponía su charla era porque se trataba de un problema realmente importante.

Al abrir la puerta, los dos miembros de la policía se acercaron rápidamente a su encuentro.

—*Monsieur* Campbell espero... —dijo uno de ellos.

—Sí, así es.

—Profesor Campbell, permítame que me presente. Soy el inspector Bingleau y este es mi compañero, el inspector Paccaud, de la policía nacional francesa.

Con gesto malhumorado, estrechó la mano de ambos. Si había algo que le pusiera furioso era que interrumpiesen alguna de sus ponencias. Durante sus años como profesor de historia en la Universidad de Princeton, Campbell se había ganado un enorme respeto entre sus colegas y sus propios alumnos. Su pasión por su trabajo se transmitía en cada una de ellas hasta el punto de que incluso otros profesores de la universidad asistían a sus clases. Sin embargo, todo el mundo sabía que lo único

capaz de enojarle eran las interrupciones.

—¿En qué puedo ayudarles? —preguntó educadamente.

—Verá, profesor, hemos venido hasta aquí para pedirle que nos acompañe a París —comenzó a explicarle Paccaud—. La policía se ha encontrado hoy con un caso de excepcional importancia y necesitamos su colaboración.

—Me temo que eso no va a ser posible, caballeros —respondió sin dudar—. Tengo otras dos conferencias que dar aquí mañana.

—Profesor —insistió Bingleau—, créame que no estaríamos aquí si no fuese una situación realmente especial.

—Entendemos que lo que le estamos pidiendo le causa trastorno a usted y a la organización de este evento —añadió Paccaud—. Pero me temo que esta situación, como le acaba de decir mi compañero, requiere la máxima prioridad de todas las partes implicadas y usted, profesor, es una de ellas.

Campbell no estaba en absoluto contento con lo que estaba escuchando. Aquellos dos hombres acababan de interrumpir una de sus conferencias, y por si aún aquello no hubiese sido suficiente, le estaban pidiendo que fuera con ellos a París con lo que tampoco podría impartir las otras dos charlas que tenía programadas.

«Semanas de trabajo para nada».

—¿Ni siquiera me van a dejar que termine esta conferencia supongo?

—Creo que lo mejor sería que partiésemos lo antes posible —respondió Paccaud.

—Bien. Está bien. ¿Y qué se supone que es tan urgente? —preguntó.

—No estamos autorizados a contestar esa pregunta, profesor.

Campbell montó en cólera.

—¿Ah no? ¡Fantástico! Entonces, veamos a ver si lo he entendido bien. Ustedes se presentan aquí. Interrumpen una de mis charlas. Me hacen salir de la sala y me dicen que me vaya con ustedes. Me sueltan ese sermón de que es algo urgentísimo —dijo mientras hacía aspavientos con las manos— saltándose a la torera el derecho de las personas que han asistido a estas jornadas. ¿Y ahora, además, me dicen que no están autorizados a decirme por qué tengo que ir con ustedes?

Bingleau y Paccaud se quedaron en silencio.

—Genial, ahora quédense callados —añadió visiblemente enfadado.

—Nuestro jefe le informará puntualmente de todo lo que está ocurriendo en cuanto lleguemos, profesor —dijo finalmente Paccaud.

—Sí, y espero, sobre todo, que me explique por qué demonios tengo que ir yo a París.

Capítulo 3

Mientras en la distancia Campbell se despedía de la profesora Perotti y de otros organizadores del evento, el inspector Bingleau esperaba impaciente en el pasillo junto a su compañero. Debían estar en el Palacio del Elíseo antes de medianoche y el viaje a París, de aproximadamente dos horas, no les permitía retrasarse mucho más.

—Esperemos que el vuelo sea más tranquilo que el de antes —dijo en voz baja.

En ese momento, el móvil de Paccaud comenzó a sonar. El comisario Chavrier les estaba llamando, seguramente impaciente por saber si ya habían localizado a Campbell y si ya estaban de camino a París.

—Buenas noches, señor —contestó Paccaud.

—Espero que ya esté con ustedes el profesor Campbell —afirmó con seriedad Chavrier.

—Sí, señor. Ahora mismo vamos a salir hacia el aeropuerto. Esperamos llegar a París en dos horas y estar en el Palacio del Elíseo antes de medianoche.

—Esperan no, inspector —replicó—. *Deben* estar aquí antes de medianoche. Llámeme en cuanto hayan aterrizado.

—Sí, señor.

Después de finalizar la llamada, Paccaud vio cómo el profesor caminaba ya hacia ellos. Al llegar a donde se encontraban, su actitud era apreciablemente más tranquila que unos minutos antes. No se consideraba una persona mal educada y la manera en la que había tratado a aquellos dos hombres no le hacía sentirse especialmente orgulloso de sí mismo.

—Bien caballeros, podemos partir cuando ustedes quieran. Pero antes, permítanme disculparme por mi comportamiento. No dudo que ustedes están cumpliendo órdenes y no ha sido educada por mi parte la forma en la que les hablé. Les pido disculpas.

—No se preocupe, profesor —contestó Bingleau—. Y ahora si está listo un coche nos está esperando para llevarnos al aeropuerto.

—Sí, sí. Todo listo —respondió agradecido.

Mientras caminaban por aquel pasillo, Campbell no pudo evitar hacerles una pregunta que merodeaba por su cabeza desde que unos minutos antes les observara desde la distancia.

—Le he visto hablando por el móvil —dijo buscando con la mirada a Paccaud—. Apuesto a que su jefe estaba deseando saber si ya me habían convencido para ir a París con ustedes ¿verdad?

El inspector sonrió levemente mientras mantenía su mirada fija en la puerta principal del edificio.

—¡Lo sabía! —exclamó Campbell.

En cuanto se encontraron en la calle, Bingleau le mostró el coche que les llevaría al aeropuerto.

—Por aquí, por favor —dijo señalando el vehículo.

Nada más cerrar la puerta, Campbell apoyó su cartera en el asiento y miró su reloj.

—Son las nueve en punto inspectores. ¿Cómo piensan llegar a París antes de medianoche?

—Un avión nos está esperando en el aeropuerto de Malpensa, profesor —contestó Paccaud.

Campbell torció el gesto.

—Pues a menos que quieran que pasemos por mi hotel a recoger mi pasaporte, creo que vamos a tener un pequeño conflicto diplomático.

—No se preocupe por eso, no será necesario. Un avión privado nos llevará hasta allí.

Sorprendido por la contestación del inspector Bingleau, Campbell desvió su mirada hacia la ventanilla y la fijó en lo que se podía ver a través de ella en ese momento. Prácticamente era de noche y apenas podía distinguir ya el edificio donde se realizaban las conferencias. Todavía se sentía incómodo por haber dejado de un modo tan repentino aquel evento, pero en el fondo sabía que algo realmente importante tenía que haber sucedido en París. ¿Qué habría podido ocurrir para que dos miembros de la policía se hubiesen desplazado hasta allí a buscarle? De lo que desde luego no tenía ni idea era la razón por la que él podría ser de utilidad en aquella situación. En Estados Unidos, hacía ya varios años, había colaborado en una ocasión con el FBI. Aquello, no obstante, se había limitado a un par de llamadas y varios *emails*, y en realidad nunca consideró que hubiese servido de gran ayuda.

—Le pediría, profesor, que no hablara con nadie acerca de lo que está ocurriendo esta noche —dijo Paccaud—. Nos hemos ocupado de pedirle a la profesora Perotti que busque alguna excusa para explicar su ausencia pero que, en ningún caso, diga que se ha ido con nosotros a París.

Campbell escuchaba en silencio.

—De modo que en lo que respecta al resto del mundo —continuó—, lo mejor sería mantener las cosas como estaban hasta esta tarde. Quiero decir que de cara a su mujer, familia, amigos, o ante cualquier otra persona con la que pueda ponerse en contacto en las próximas horas, usted se encuentra oficialmente en Milán.

—Entendido, inspector.

De nuevo, Campbell desvió su mirada por la ventanilla.

«¿Un avión privado? Cuando se lo diga a Marlene no se lo va a creer. Bueno, cuando se lo *pueda* contar».

Capítulo 4

La luz verde indicaba que ya podían desabrocharse los cinturones. Sin embargo, ninguno de ellos lo hizo. Campbell mantenía su mirada fija a través de la ventanilla del avión de manera similar a como antes había hecho en el viaje hacia el aeropuerto. Al tratarse de un avión privado la altura de vuelo era menor, de modo que llevaba varios minutos fascinado observando la impresionante orografía suiza. Entre aquellas enormes montañas, las ciudades aparecían tímidamente dibujadas como pequeños puntos luminosos, y en la distancia, podía ver además cómo la noche iba ganando terreno, poco a poco, dejando que los últimos rayos de sol iluminaran débilmente el horizonte.

El sonido de la vibración de un teléfono móvil le hizo recuperar la conciencia de la situación en la que se hallaba.

—Perfecto —pronunció Bingleau satisfecho tras leer el mensaje—. La profesora Margaux está también de camino a París.

Campbell se mostró sorprendido al escuchar aquellas palabras.

«¿Otra profesora? ¿Acaso me están llevando a una convención de profesores universitarios?».

Durante unos minutos más se mantuvo en silencio intentando entender todo lo que estaba ocurriendo. Según le acababa de escuchar decir al inspector Bingleau, no era él el único profesor que estaba volando hacia París.

«¿Qué demonios puede haber ocurrido?».

De repente, un movimiento brusco hizo que se despertara. Miró a su alrededor algo desorientado y recordó rápidamente dónde estaba.

«¿Cómo he podido quedarme dormido?».

El *jet-lag* tras su viaje desde Estados Unidos hasta Italia acababa de jugarle una mala pasada. Ruborizado por aquel error impropio de él, volvió a fijar disimuladamente su mirada en sus dos compañeros de vuelo. Los inspectores se encontraban revisando en silencio la documentación que se habían encontrado encima de la mesa al subir al avión.

«Ellos trabajando y yo durmiendo. Menuda impresión deben tener de mí».

Intentando olvidar aquel desafortunado incidente, sintió el repentino deseo de poder contar con una de esas simpáticas azafatas que aparecían en los vuelos privados de las películas. Sin embargo, parecía bastante claro que aquello no iba a ser posible. Tan solo el piloto y ellos tres formaban la tripulación de aquel vuelo.

—Yo que esperaba disfrutar de los lujos de un avión privado —dijo resignado en voz baja.

—¿Perdón, profesor? ¿Ha dicho algo? —le preguntó Bingleau apartando la mirada de los papeles que tenía en su mano.

—No, no, nada. Discúlpeme.

Campbell no podía dejar de pensar, una y otra vez, cuál sería la razón por la que

la policía nacional francesa podría necesitar su ayuda.

—Me parece haberle entendido antes que hay otra profesora que también estará en París ¿verdad, inspector? —preguntó finalmente intentando saciar su curiosidad.

Bingleau levantó de nuevo su mirada buscando al profesor. Tras unos pocos segundos en silencio, miró a Paccaud y volvió a centrar su atención en los papeles que estaba revisando.

—Creo que no debí decir eso en voz alta —se disculpó—. Todo lo que concierne a lo que está ocurriendo, y a la razón por la cual usted está viajando en este momento con nosotros, se lo explicará detalladamente el comisario Chavrier en cuanto lleguemos a París. Yo no estoy autorizado para responder a esa pregunta. Espero que lo entienda.

—Sí, claro, no se preocupe.

Después de lo que había ocurrido un par de horas antes, Campbell no tenía en realidad muchas esperanzas de conocer de boca de los inspectores de qué iba toda aquella historia. No obstante, no perdía nada por intentarlo.

—Aterrizaremos en treinta minutos en el aeropuerto de París-Orly.

La voz del piloto se escuchó como un estridente sonido hueco a través de aquellos pequeños altavoces.

—Avisaré a tierra de que estamos llegando para que estén preparados —dijo Paccaud a la vez que escribía un mensaje de texto en su teléfono móvil.

—Cuando aterricemos, profesor —comenzó a explicarle Bingleau—, varias patrullas de la policía nos escoltarán hasta nuestro destino. El tiempo estimado del viaje es de veinticinco minutos. Aquí no podremos utilizar las sirenas como hemos hecho en Milán ya que tenemos que mantener la mayor discreción posible, de modo que esperemos que no tengamos ningún contratiempo.

El pequeño indicativo del cinturón de seguridad que tenían sobre sus cabezas volvió a ponerse de color rojo. Casi al mismo tiempo, el avión comenzó a descender de manera apreciable. A diferencia de lo que había ocurrido al salir de Milán, Campbell era incapaz de ver por la ventanilla dónde se encontraban en ese momento. Ahora la noche era ya cerrada y un espeso manto de nubes lo cubría todo bajo sus pies. La voz del piloto volvió a escucharse de nuevo.

—Parece que las condiciones meteorológicas no han cambiado. Persiste la fuerte tormenta y el viento dificultará el aterrizaje. Manténganse en sus asientos y abróchense los cinturones de seguridad. En algo más de veinte minutos estaremos en tierra.

Por primera vez, Campbell sintió un enorme deseo de llegar cuanto antes a París.

«Si me lo dicen hace apenas unas horas...».

Casi al mismo tiempo que terminó de hablar el piloto, el primer golpe de viento sacudió bruscamente el avión tirando al suelo todos los papeles que los dos inspectores tenían sobre la mesa.

—¡Mierda! —exclamó furioso Bingleau.

Campbell apartó su mirada de la ventanilla y observó el pasillo del avión cubierto de papeles. Estiró su brazo derecho para intentar recoger alguno de ellos pero apenas pudo alcanzar unos pocos folios. La mayoría estaban ya más cerca de la puerta de la cabina del piloto que de donde ellos se encontraban.

El segundo golpe de viento duró varios segundos agitando violentamente el avión como si se encontraran dentro de una batidora gigante.

—Les pido disculpas, caballeros —dijo el piloto—. Estamos atravesando una bolsa de aire. Nada importante.

—¿Nada importante? —murmulló con notable sarcasmo Paccaud.

Tras aquellas palabras del piloto todo pareció calmarse. Campbell volvió a mirar por la ventanilla. Las nubes que antes le impedían ver lo que tenían bajo sus pies habían desaparecido y ahora veía claramente París en la distancia. Cada vez más y más cerca. No pudo evitar que le invadiera una sensación de nerviosismo. Por primera vez, sintió una enorme responsabilidad apoderándose de su conciencia. Como si de golpe se hubiese dado cuenta de la magnitud del problema en el que estaba metido.

«Esperemos que todo salga bien».

Cuando el avión tocó tierra, el inspector Bingleau desabrochó su cinturón de seguridad y se levantó a recoger los papeles que estaban en el suelo sin esperar a que el piloto les diera permiso para ello.

—Por fin estamos en París. Este aterrizaje ha sido lo más tranquilo que me ha ocurrido en todo el día de hoy —comentó con una irónica sonrisa Campbell.

A menos de un metro de distancia, el inspector Paccaud permanecía inmóvil firmemente agarrado a los brazos de su asiento conteniendo la respiración. Nunca habían sido de su agrado los aviones pero un aterrizaje como el que acababan de vivir era demasiado para él.

La pista privada en la que habían aterrizado parecía, desde la ventanilla del avión, un mosaico de luces de colores. Diez coches de policía les esperaban a pie de pista.

—¡¿Pero qué demonios es eso?! —exclamó Bingleau enfurecido—. ¡Menos mal que tenemos que pasar desapercibidos!

La sensación de responsabilidad que pesaba sobre Campbell aumentaba por momentos. Habían transcurrido ya algo más de dos horas desde que fuese interrumpido mientras daba su charla en Milán y aún no sabía por qué había volado hasta París. «Es un asunto secreto de extrema importancia profesor. Le explicaremos todo con el máximo detalle en cuanto podamos, se lo prometo». Aquellas habían sido las únicas palabras esgrimidas por los inspectores para convencerle de que les acompañase.

«Secreto. Extrema importancia».

Nada más bajar del avión, varios policías se acercaron hasta él y le dirigieron al interior de uno de los vehículos. El inspector Bingleau se sentó a su lado. Paccaud, por su parte, lo hizo en la parte delantera de copiloto. Rápidamente, la hilera de

coches salió del aeropuerto con las sirenas apagadas, tal como el inspector había ordenado.

Al llegar al centro de París, sus calles creaban una mezcla indistinguible de siluetas. Los edificios y las personas parecían fundirse en una extraña mezcla de colores.

—¿Pueden decirme, al menos, a dónde vamos? —les preguntó en un tono algo incómodo.

—Me temo que debe esperar a que lleguemos —contestó rápidamente Paccaud sin apenas retirar la vista de la carretera.

La continua negativa que los inspectores estaban mostrando a darle cualquier mínima explicación de lo que estaba ocurriendo le enojaba cada vez más.

—Inspector —insistió intentando ocultar su malestar—, hace un par de horas estaba en Milán dando una conferencia. Ustedes se presentaron allí y me interrumpieron. Me han hecho volar hasta París y ahora me llevan en coche a un lugar que desconozco. Creo que al menos me podrían decir a dónde nos dirigimos.

Desde el asiento del copiloto, Paccaud habló brevemente en francés con su compañero. Al terminar, se giró buscando con la mirada a Campbell.

—Profesor, nos dirigimos al Palacio del Elíseo.

Capítulo 5

La primera vez que Campbell iba a visitar el Palacio del Elíseo no iba a ser como siempre había imaginado. Durante años, él y su mujer Marlene habían diseñado cuidadosamente cómo serían sus viajes por las diferentes capitales europeas cuando se jubilase. Sin embargo, todo parecía indicar que su planeada visita a París iba a sufrir una ligera modificación.

A su llegada, el número de coches de policía se había multiplicado y ahora eran decenas los vehículos que inundaban el patio interior del palacio. Nada más bajarse del coche, un hombre corpulento vestido con un elegante traje gris oscuro se le acercó con cierto aire intimidatorio.

—*Bienvenue monsieur!* Supongo que usted es el profesor James Campbell ¿me equivoco? —le preguntó mientras estrechaba su mano con firmeza.

—No, no se equivoca, señor —contestó Campbell no pudiendo disimular su sorpresa por ser una persona conocida por alguien que trabajaba en el Palacio del Elíseo.

—*Parfait!* Permítame presentarme. Soy el comisario Laurent Chavier. Le agradezco enormemente que haya podido venir esta noche a pesar de los importantes inconvenientes que esto le ha generado.

«Eso explica por qué me conoce».

Mientras el comisario le guiaba hacia las escaleras que daban acceso al interior del palacio, Campbell no podía dejar de contemplar atónito la belleza de aquel edificio. Todo el perímetro del patio interior estaba decorado con pequeños árboles de aproximadamente un metro y medio de altura, simétricamente colocados y con sus copas podadas en forma triangular. Junto a las cuatro columnas de la entrada principal, varias banderas francesas dejaban constancia de la importancia del lugar en el que se encontraba. El *hall* de entrada y los pasillos estaban cuidadosamente decorados con obras de arte de diferentes épocas.

Unos leves golpes en el hombro le hicieron recobrar la atención.

—Por aquí —le indicó el comisario mostrándole con la mano la entrada a una de las salas—. Tome asiento, por favor.

Chavier dedicó unos segundos a examinarle mientras los inspectores también se sentaban en aquella mesa. Él era el primero de los profesores que llegaba al Palacio del Elíseo y el comisario quería tener una primera impresión del tipo de personas con las que iba a tener que tratar esa noche.

—Profesor Campbell, debo advertirle que todo lo que hablemos en esta conversación y en adelante, mientras dure su estancia en París, deberá quedar en la más estricta confidencialidad. Esta visita nunca ha tenido lugar y usted no deberá mencionar a nadie que ha hablado con nosotros. ¿Entiende lo que quiero decir? —preguntó autoritariamente.

—Creo que sí, comisario —contestó.

Aquella sala, en el corazón del Palacio del Elíseo, tenía enormes tapices adornando sus paredes. En cada uno de ellos se encontraba representado con todo detalle un soldado del ejército francés. Vistos secuencialmente, los distintos tapices representaban los diferentes trajes militares utilizados a lo largo de su historia. Sobre la pared central, ocupando un lugar preferente de la sala, se encontraba el lienzo de un coracero de la caballería francesa de la Tercera República. En él, a lomos de su caballo, lucía orgulloso su coraza plateada. Los tapices se encontraban, a su vez, custodiados por esbeltas figuras de mármol de lo que Campbell creía adivinar eran dioses griegos. Una lámpara de cristal y oro blanco presidía majestuosamente la habitación y en el techo, como señal del inexorable paso del tiempo y quizá como muestra de la historia que albergaba aquel edificio, se podía observar un apreciable desgaste de las obras que se encontraban representadas.

—Bien, profesor —continuó Chavier satisfecho—, como ya le he dicho antes, le agradezco que haya accedido a venir esta noche a París. Estoy seguro de que ni los plazos ni las formas han sido los más adecuados, pero le aseguro que los acontecimientos no nos dejaban ninguna otra opción.

Campbell escuchaba atentamente las palabras del comisario.

—Esta noche vendrán al Palacio del Elíseo otras dos personas que, al igual que usted, son ajenas a la policía y al servicio secreto del presidente. Créame que mi primera intención era poder explicarles a los tres a la vez lo que le voy a contar a usted a continuación, pero dado que ya está con nosotros, profesor, considero que puede ser importante poner en su conocimiento lo que está ocurriendo.

«Por fin».

Durante unos segundos, el comisario Chavier bajó la mirada y respiró profundamente como preparándose para realizar algo que le suponía un gran esfuerzo.

—Le hemos hecho venir hasta aquí —prosiguió— porque esta tarde el departamento de seguridad de la policía ha recibido una carta en la que figura su nombre junto al de las otras dos personas que, como le acabo de decir, se encuentran de camino hacia París en este momento.

—¿Perdón? —preguntó completamente sorprendido—. ¿Podría repetir eso?

Chavier se levantó de su silla y se acercó hasta él. Se apoyó en la mesa y continuó su explicación. Parecía que no quería que nadie más pudiese escuchar lo que estaba a punto de decirle.

—Profesor Campbell —dijo en voz baja, casi susurrando—, el hijo del presidente ha sido secuestrado.

Aquellas palabras le hicieron estremecer.

—Que el hijo del presidente ha...

—¡Silencio, profesor! —le reprendió enérgicamente el comisario—. El hijo del presidente ha sido secuestrado —repitió—. Hoy, a las 17:00 horas, el departamento de seguridad de la policía nacional ha recibido un vídeo en el que se le puede ver

amordazado y con los ojos vendados. La escasa luz del lugar y la baja calidad de la grabación no nos permiten, por desgracia, hacernos una idea de dónde puede encontrarse.

Chavrier se incorporó y continuó su explicación mientras volvía a su asiento.

—Jean Marie Deneux debía acudir a su entrenamiento de rugby como cada miércoles con el resto de estudiantes de su universidad a las 13:00 horas y posteriormente, debía ser recogido y escoltado hasta su domicilio en Avenue Montaigne a las 14:00 horas pero no llegó a salir de los vestuarios del campo de entrenamiento. Todos sus compañeros, los demás componentes del equipo de rugby, todos profesor, ¡todos! han sido interrogados. Sin embargo, cualquier esfuerzo hasta ahora ha sido en vano.

El temor que sentía en su interior no dejaba de aumentar cada vez que el comisario le ofrecía más detalles de lo ocurrido.

«Secreto. Extrema importancia».

Aquellas palabras martilleaban su cabeza.

—Inicialmente —continuó—, el servicio secreto pensó que se trataba de otra gamberrada del díscolo Jean Marie. Anteriormente, en varias ocasiones había conseguido burlar la vigilancia de su escolta, y ya sabe, desaparecer con alguna chica durante un par de horas.

—¿Cómo puede el hijo del presidente engañar tan fácilmente al servicio secreto? —preguntó Campbell extrañado.

Chavrier sonrió levemente.

—Realmente es el propio presidente quién ha ordenado que, en determinadas ocasiones, se le permita un poco de libertad. La relación entre ellos no es digamos, perfecta, de modo que sencillamente es un detalle que tiene hacia su hijo.

A Campbell le seguía pareciendo incomprensible.

—En cualquier caso, profesor —el gesto serio volvió de nuevo a invadir el rostro del comisario—, tras un período inicial en el que se pensó que se trataba de una de sus gamberradas, el servicio secreto se ha puesto en contacto con nosotros a las 15:00 horas para poner en nuestro conocimiento su desaparición. Como se podrá imaginar, en las últimas horas este asunto se ha convertido en la prioridad absoluta de mi departamento y del servicio secreto. Ambos estamos trabajando conjuntamente en estos momentos para encontrar al señor Deneux y traerlo de vuelta al Elíseo, sano y salvo, lo antes posible.

Campbell escuchaba inmóvil las explicaciones que le estaba dando el comisario. Sabía que el problema al que se enfrentaba era de incalculable importancia. El simple hecho de imaginar por un momento un desenlace fatal de los acontecimientos le provocaba una sensación de indescriptible temor. Bajo otras circunstancias, esa misma noticia podría haberle afectado de una manera muy diferente, pero ahora, quisiera o no, era parte de esa historia, era parte del secuestro del hijo del presidente de la República Francesa.

—El caso es, profesor, que en la carta que hemos recibido aparece su nombre junto al de otros dos profesores, como le he dicho antes. Como comprenderá, el desconcierto del departamento en estos momentos es máximo. Ninguno de nosotros alcanzamos a comprender por qué razón los nombres de ustedes tres figuran en esa carta. Por eso, nuestra única alternativa era traerles hasta aquí, hasta el Palacio del Elíseo, y esperar que de alguna manera podamos encontrar, entre todos, el sentido a lo que está pasando.

Chavier se acercó de nuevo a donde se encontraba sentado Campbell y volvió a hablarle en voz baja.

—Y no dudo que entenderá lo importante que es para nosotros que ustedes tres tengan alguna respuesta que ofrecernos.

En ese momento, tres hombres irrumpieron bruscamente en la sala interrumpiendo la conversación. El primero de ellos vestía un impecable traje negro. Tenía gesto serio, pelo muy corto y tez morena. Un pequeño auricular colgaba de su oído derecho.

«Estos deben ser los listos del servicio secreto».

Un leve gesto con la mano hizo que los dos hombres que le acompañaban se colocaran bloqueando las dos puertas que tenía la habitación.

«Desde luego no son las personas más educadas que conozco. Cualquiera diría que...».

—Profesor Campbell —la fuerte voz de aquel hombre interrumpió su pensamiento—. Mi nombre es Jean Paul Sanoir, soy el jefe del servicio secreto que protege al presidente y a su familia. Los dos hombres que me acompañan son la escolta personal del señor Deneux. Como supongo que ya le habrá informado el comisario, el hijo del presidente ha sido secuestrado y por alguna razón que estamos investigando, usted está involucrado en su secuestro.

—¿Yo? —preguntó con enorme sorpresa.

La contundencia con la que aquel hombre acababa de señalarlo como partícipe del secuestro de Deneux le dejó completamente descolocado.

—En este momento le estaba explicando al profesor Campbell las razones por las que ha sido traído hasta París.

Chavier se levantó de nuevo y cogió la fina carpeta color beige que celosamente custodiaba Paccaud. Con sumo cuidado, como si pudiese romper su contenido, sacó un pequeño folio de su interior y se lo entregó a Campbell.

—Profesor —comenzó Sanoir con un patente nerviosismo— hace unas horas, la policía nacional ha recibido una grabación en la que...

—Ya está informado de eso también —dijo rápidamente Chavier interrumpiéndole.

—Bien —continuó Sanoir—. Entonces sabrá que en esa carta únicamente aparecen tres nombres y el primero de ellos es el suyo.

Campbell cogió con cuidado el folio que le estaba mostrando el comisario.

—Lo que tiene usted entre sus manos, profesor, es una copia de la carta que recibimos —le aclaró Chavrier—. El original está siendo estudiado por nuestro departamento de policía científica con el fin de encontrar algún dato que nos permita descubrir el paradero del hijo del presidente. Pero como podrá comprobar, su nombre encabeza esa lista.

Impresionado todavía por la importancia de la información que estaba recibiendo, Campbell comenzó a leer en voz baja aquellos tres nombres.

James Campbell
Emilie Margaux
Fabricio Milanelli

Con voz entrecortada los leyó de nuevo.

«Emilie Margaux, Fabricio Milanelli».

No entendía nada.

—¿Sabe por qué su nombre figura en esa lista? —preguntó Sanoir.

—No tengo ni idea —contestó en voz baja sin poder retirar su mirada del papel.

«¿Emilie Margaux? ¿Fabricio Milanelli?».

—¿Y conoce a alguna de las otras dos personas?

En ese momento, Campbell alzó la mirada buscando a Sanoir. El tono que aquel hombre estaba utilizando en sus preguntas le hizo darse cuenta de que se encontraba en una situación realmente complicada. El hijo del presidente había sido secuestrado y lo único que la policía tenía como prueba era un vídeo y una lista en la que su nombre figuraba en primer lugar. Claramente, parecía ser un buen blanco para iniciar una investigación.

—No, señor. A ninguno de ellos —respondió con energía—. Pero supongo que ustedes ya sabrán quiénes son estas personas.

La actitud mostrada por Campbell había pasado en un instante a ser casi desafiante. El jefe del servicio secreto parecía estar insinuando algo que no le hacía la menor gracia. Él era un prestigioso profesor de la Universidad de Princeton y no iba a consentir ese tipo de insinuaciones.

—La profesora Margaux —respondió el comisario intentando calmar sus ánimos— es profesora de humanidades en la Universidad de Nantes. Dos hombres del servicio secreto han salido esta tarde en su búsqueda, y al igual que ha ocurrido con usted, esperamos su llegada antes de la medianoche de hoy. El tercer nombre que figura en esa lista, Fabricio Milanelli, es catedrático de cálculo infinitesimal en la Universidad de Turín. Actualmente se encuentra también de camino al Palacio del Elíseo. Nuestra intención es reunirles a los tres aquí antes de medianoche.

A medida que el comisario le informaba sobre los otros dos nombres que aparecían en aquella lista, Campbell no pudo evitar mostrar su extrañeza.

—¿En qué piensa? —preguntó intrigado Sanoir.

—El profesor Milanelli... —contestó en un tono suave.

—¿Le conoce? —preguntó rápidamente el comisario.

La posibilidad de que los profesores Campbell y Milanelli se conociesen resultaría algo extraordinario y sin duda sería un buen punto de partida desde el que comenzar a entender por qué la policía tenía en su poder una carta con esos tres nombres.

—¡Si dijo que no conocía a ninguno de ellos! —exclamó con notable enfado Sanoir.

—¡Y es cierto! —respondió Campbell en su defensa—. He dicho que no les conocía y no he mentado. No conozco a ninguna de estas dos personas. Sin embargo, el profesor Milanelli es muy conocido dentro del campo de las matemáticas. Es uno de los profesores más brillantes que ha tenido la Universidad de Turín en toda su historia y me atrevería a decir que uno de los más brillantes en su campo en toda Europa. En los últimos años ha recibido multitud de premios y reconocimientos, y recientemente ha sido nombrado miembro correspondiente de la Academia del Liceo en Roma. El mayor honor que un científico italiano puede recibir. ¡Es imposible no conocerle!

Sin duda, el entusiasmo que transmitían las palabras de Campbell no era compartido por el resto de personas presentes en la sala. Ninguno de ellos parecía tener el más mínimo interés por los méritos académicos del profesor Milanelli. Chavrier, en particular, no solo no le importaba en absoluto el mundo científico sino que consideraba aquella historia insignificante para la investigación.

Capítulo 6

La profesora Margaux miraba fijamente a través de aquella pequeña ventanilla la hermosa vista que tenía bajo sus pies. Según se iban aproximando a París, las luces de *L'Océane* parecían formar un perfecto sendero que guiaba su camino. A lo lejos, la silueta de la Torre Eiffel se abría paso entre las luces de aquella increíble ciudad con su maravillosa iluminación dorada y la luz blanca de su cúpula apuntando al cielo.

«Al infinito».

Ni siquiera el ensordecedor ruido de las hélices del helicóptero conseguía despertarla de su sueño. Hacía ya diez años que había abandonado París. Atrás había dejado años de juventud y de sueños. Años llenos de ilusiones, de esperanzas y de proyectos. La hermosa ciudad que en ese momento admiraba desde el cielo había sido su hogar durante sus años en la universidad.

«Mucho más que un hogar».

Aquellas tímidas palabras se le escapaban de los labios mientras se secaba una pequeña lágrima que recorría su rostro.

Según se acercaban a su destino, recorría con la imaginación muchos de los lugares en los que había vivido inolvidables momentos. Al ver la silueta iluminada del Arco de Triunfo no pudo evitar una leve sonrisa.

—Recuerdos de turista —le decía siempre su gran amiga Sophie.

No importaba que vivieran en París. Cada vez que visitaban los sitios más conocidos de la ciudad en compañía de familiares o amigos, Sophie y ella le pedían amablemente a alguna persona que las inmortalizase delante de aquel precioso monumento. Con la misma ilusión de siempre. Como si en cada ocasión fuese la primera vez que lo visitaban.

A la derecha del Arco de Triunfo, una pequeña oscuridad llamó su atención.

«¡*Le Petite Folie de Chartres!* —exclamó en su interior mientras sonreía de nuevo—. Nunca te había visto desde tan arriba».

Le Folie de Chartres, como es conocido por la juventud parisina, es realmente el parque *Monceau*. Recibe ese apodo porque Felipe de Orleans, duque de Chartres, mandó construir en él replicas a pequeña escala de algunas de las construcciones más características de otras países, como un templo gótico o una pirámide egipcia que aún se conserva en la actualidad. Durante sus cuatro años en París, sus verdes jardines se habían convertido en su lugar de descanso favorito. El mejor sitio para relajarse después de interminables horas de estudio en la universidad.

Un suave golpe en la pierna le hizo despertar.

—Prepárese *mademoiselle*. El piloto acaba de informar de que vamos a iniciar el aterrizaje —le dijo en voz alta el hombre que tenía a su lado intentando superar el enorme ruido de las hélices.

Capítulo 7

Al entrar la profesora Margaux, todos los hombres presentes en la sala se levantaron de sus asientos. La educación ante la presencia de una dama no estaba reñida con la tensión que se vivía en ese momento. Además, la belleza de la profesora era algo que ninguno de ellos podía ignorar.

Chavrier se acercó rápidamente hasta la puerta para recibirla.

—Bienvenida, profesora —dijo educadamente—. Es un placer conocerla.

Inclinando levemente la cabeza y con una pequeña sonrisa dibujada en su rostro, Margaux estrechó la mano del comisario. Para ella era una situación realmente incómoda. Desde pequeña había sufrido una especial timidez en las presentaciones. No se consideraba a sí misma una persona tímida e introvertida, pero los momentos iniciales le resultaban la parte más difícil de superar en cualquier relación.

Mientras el comisario le presentaba a cada uno de los hombres de la sala, Campbell aprovechó para desviar su mirada hacia la mesa y leer nuevamente los nombres de aquella lista.

«Emilie Margaux. Es usted la segunda».

—Y ese hombre de allí es el profesor James Campbell.

Las palabras de Chavrier hicieron que dejara de mirar el papel y levantara su vista. La profesora Margaux se encontraba al otro lado de la mesa mirándole con una sonrisa cómplice. Por algún motivo, entre tanto policía y agente secreto, encontrar a otro profesor universitario le hacía sentir una afinidad especial hacia él.

Campbell caminó varios pasos hacia donde se encontraba Margaux para estrechar su mano cuando de nuevo se abrió la puerta de la sala. Un agente del servicio secreto entró y dirigió su mirada hacia Sanoir.

—Ya está aquí, señor —le dijo.

—Que pase —contestó firmemente Sanoir.

Al igual que hicieron los dos profesores, todos los presentes en la sala se giraron hacia la puerta. Si la intuición de Campbell no le fallaba quien debía entrar por aquella puerta no era otro que el profesor Fabricio Milanelli.

«La lista estaría completa».

Con una barba desarreglada y aspecto cansado, el profesor Milanelli era menos parecido a la fotografía que figuraba en sus libros de lo que Campbell esperaba. Vestía una americana oscura de pana con coderas beige, una camisa de pequeños cuadros azules y unos vaqueros oscuros algo ajustados.

Sorprendida, Margaux se acercó disimuladamente a Campbell para susurrarle al oído.

—¡Es Fabricio Milanelli! —exclamó en voz baja.

Campbell sintió en su voz la enorme sorpresa que le había provocado la presencia de aquel hombre. Si no recordaba mal, el comisario Chavrier le había dicho que ella era una profesora de humanidades en la Universidad de Nantes.

«Nada que ver con las matemáticas».

—¡Buenas noches, caballeros!

La voz enérgica de Milanelli no era acorde con su delicada silueta.

La profesora Margaux dio un paso al frente para que Campbell no le impidiese ser vista. Rápidamente, Milanelli rectificó su saludo.

—Discúlpeme, señorita. No la había visto.

Margaux inclinó ligeramente su cabeza y le dedicó una sonrisa cariñosa.

Milanelli sacó del bolsillo derecho de su americana un pequeño reloj de bolsillo y lo observó fijamente durante unos segundos. Por alguna razón, a pesar de lo que en aquel lugar estaba sucediendo esa noche, nadie se atrevió a decir una palabra. El profesor Milanelli era de esas personas que atraen la atención de la gente de una manera difícilmente igualable.

—Doce menos cuarto —murmuró—. Hemos llegado incluso antes de lo que esperaban ¿verdad?

De nuevo, nadie supo qué contestar. Todos le miraban en silencio salvo Margaux que le observaba con una enorme sonrisa dibujada en su rostro.

—¡Empecemos entonces! —exclamó—. ¿O acaso me han hecho venir esta noche a París para nada?

—Tiene razón, profesor —indicó Chavrier—. Profesores, tomen asiento, por favor.

Siguiendo las instrucciones del comisario, Margaux y Campbell se sentaron juntos en la mesa. A la derecha de Campbell, los inspectores Paccaud y Bingleau. Frente a ellos Chavrier, Sanoir y el profesor Milanelli entre ambos.

—Profesora Margaux y profesor Milanelli —comenzó el comisario—, debo agradecerles, al igual que he tenido oportunidad de hacer ya con el profesor Campbell, que hayan atendido a nuestra petición y hayan venido aquí esta noche. Antes de nada, les presento mis disculpas en nombre de la policía por las formas en que se han desarrollado los acontecimientos, pero como enseguida entenderán, no teníamos otra alternativa.

Margaux cruzó una mirada de extrañeza con Milanelli ante las palabras de Chavrier.

—Verán —continuó mientras cogía la carpeta que había encima de la mesa—, se encuentran ustedes tres en el Palacio del Elíseo porque esta tarde a las 17:00 horas la policía nacional ha recibido una carta dirigida a nuestro presidente en la que figuran sus nombres. Podrán pensar, imagino, que esa no es razón suficiente para traerles hasta aquí. Y tal vez estén en lo cierto. El problema, sin embargo, es mayor. A las 14:00 horas el hijo del presidente Deneux, Jean Marie Deneux, debía ser recogido en la universidad por su escolta personal y llevado a su domicilio en Avenue Montaigne. Desgraciadamente, eso no llegó a ocurrir y desde las 14:00 horas permanece en paradero desconocido.

Margaux alargó su brazo por debajo de la mesa hasta alcanzar la mano de

Campbell. Estaba empezando a sentir un extraño temor ante las palabras de Chavier. La sonrisa con la que anteriormente observaba el peculiar humor del profesor Milanelli había desaparecido por completo. Ahora sus manos comenzaban a temblar y necesitaba alguien en quien apoyarse. Campbell la cogió firmemente y le dedicó una mirada tranquilizadora.

—Junto con la carta en la que figuran sus nombres —prosiguió Chavier—, recibimos también una grabación donde se puede ver al hijo del presidente amordazado en un cuarto cerrado, sin ventanas, apenas iluminado por una pequeña bombilla. A pesar de la escasa luz, la imagen no deja lugar a dudas. El señor Deneux ha sido secuestrado y ustedes, ahora mismo, son la única información que tenemos acerca de su paradero.

Durante unos instantes todos permanecieron en silencio.

—De modo —comenzó finalmente Milanelli—, que el hijo de su presidente ha sido secuestrado ¿y ustedes tienen a tres profesores universitarios como principales sospechosos?

—No exactamente —contestó rápidamente Sanoir—. Ustedes aparecen en esa lista junto con una hora muy concreta, justo esta medianoche, de modo que decidimos que lo más adecuado era que ustedes tres estuviesen aquí presentes, con la policía y con el servicio secreto, antes de esa hora.

—Bien, entonces todo está bajo control. Faltan algo más de diez minutos. ¡Justo a tiempo!

La actitud irónica de Milanelli no parecía agradar a Sanoir.

—Profesor, desgraciadamente debo reconocer que no sabemos en qué situación nos encontramos —admitió Chavier ignorando el tono de su comentario—. El hijo del presidente, como usted acaba de decir, ha sido secuestrado y lo único que tenemos es un folio con sus nombres y una hora concreta, nada más.

Esas últimas palabras del comisario hicieron que Margaux recordase el sobre que se había encontrado en su despacho justo al volver de su clase. También la llamada de Heléne y la extraña aparición de aquellos dos hombres que habían ido a buscarla. En ese momento, ya no tenía dudas de que aquel sobre debía estar relacionado con toda aquella historia.

—Puede que yo tenga algo que pueda ayudarles, comisario.

Todos los presentes en la mesa miraron hacia ella sorprendidos.

—¿Cómo dice *mademoiselle*?! —preguntó enérgicamente Sanoir levantándose de su silla.

—Esta tarde —comenzó a explicarse intimidada por la respuesta de Sanoir— al volver de mi clase encontré en el suelo de mi despacho un sobre bastante particular con mi nombre escrito en él.

—¿Y qué había en su interior? —le preguntó interrumpiéndola.

—Ni siquiera me dio tiempo a abrirlo, señor. Justo en ese momento llegaron sus hombres para pedirme que viniera con ellos hasta aquí.

Chavrier se mostró nervioso ante la posibilidad de que allí se encontrara la parte de la información que necesitaban para encontrar a Deneux.

—¿Tiene esa carta con usted, profesora? —preguntó aceleradamente.

Margaux hizo un ligero gesto afirmativo con la cabeza y se acercó al sillón donde había dejado apoyado su bolso. Lo abrió y sacó el sobre que había recibido aquella tarde. De inmediato se lo entregó al comisario. Al cogerlo, Chavrier dedicó un instante a leer lo que ponía en el exterior.

«*Professeur Emilie Margaux*».

—¿No vio a nadie cerca? —preguntó Sanoir.

—No, señor. Tan solo a sus dos hombres que llegaron en ese momento como le acabo de decir.

El comisario abrió el sobre y sacó el pequeño papel que estaba guardado en su interior.

—¿IV N? —leyó en voz alta.

Sorprendido, Milanelli se acercó para ver mejor el papel que Chavrier tenía en su mano.

—¿No había nada más en su despacho? —preguntó el profesor.

Margaux se sentó de nuevo en su silla.

—No, nada más. Solo ese sobre.

Chavrier volvió a leerlo interiormente.

«IV N».

—¿Alguno de ustedes tiene idea de lo que puede significar esto? —preguntó apoyando el pequeño papel en el centro de la mesa para que todos pudieran verlo.

Campbell se incorporó levemente de su asiento y lo miró en silencio. A continuación, estiró el brazo derecho lo suficiente para alcanzar el vaso de agua que tenía justo delante, bebió brevemente y tras pensar durante unos instantes con la mirada fija en aquel papel, respondió al comisario con cierta inseguridad.

—Lo cierto es que un número romano y una letra del alfabeto no son de mucha ayuda. Podrían tener múltiples significados...

—Claramente es algún tipo de mensaje, profesor —le cortó Chavrier.

A Campbell no le hizo gracia aquella interrupción.

—¿Un mensaje para qué? —preguntó con gesto contrariado.

—Eso depende. En estos casos, los secuestradores muchas veces dejan algún tipo de señal que permita saber dónde se encuentra la persona secuestrada una vez que han conseguido el rescate.

—No parece una medida muy inteligente por su parte entregar a la policía información acerca de lo que están haciendo —comentó Milanelli mostrando sus dudas al respecto.

—Realmente es al contrario, profesor. La mayoría de los secuestradores son personas con algún tipo de trastorno, como un complejo de inferioridad o un sentimiento de abandono. Cualquiera que sea, siempre convergen en un

comportamiento común. La sensación de poder, de tener la situación bajo control, de ir por delante de la policía, es lo que más les excita y lo que les lleva a comunicarse con nosotros. Incluso cuando saben que se están poniendo en riesgo ellos mismos.

—¿Y qué cree entonces que significa lo que está ahí escrito, comisario? —dijo Campbell devolviéndole la pregunta.

—No lo sé, la verdad. Lo que sí parece seguro es que se trata de un mensaje del secuestrador de Deneux. El papel en el que está escrito, el color, el tacto... Es idéntico al de la carta que recibimos esta tarde con sus nombres.

—¡Ese maldito hijo de perra está jugando con nosotros! —exclamó enfurecido Sanoir.

—Eso parece —afirmó Milanelli lejos de intentar mostrar sutileza en su respuesta—. Pero ahora tenemos que centrarnos en descubrir qué quiere decir con esas dos cartas. De algún modo, parece ser que con la primera estaba claro que quería que nosotros tres estuviéramos aquí esta noche y eso ya lo ha conseguido. Ahora tenemos que entender qué quiere de nosotros y qué quiere decirnos con IV N.

Todos permanecieron reflexionando unos instantes.

—¿Y para qué son necesarios tres profesores universitarios en un secuestro? —preguntó Paccaud.

Campbell levantó la mirada buscando al inspector.

—Lo mismo me pregunto yo, créame. Pero sea lo que sea, está claro que teníamos que estar aquí.

Durante varios segundos todos permanecieron mirando fijamente aquel papel situado en el centro de la mesa. Cada uno de ellos tenía una razón muy concreta por la que deseaba conocer el significado de lo que allí estaba escrito. Sanoir indudablemente era el responsable de la desaparición de Deneux por lo que necesitaba imperiosamente descubrir dónde se encontraba lo antes posible. Chavier, por su parte, estaba al mando de aquella investigación y sobre él recaía la responsabilidad de recuperarlo sano y salvo, mientras que los profesores debían colaborar con la policía para intentar esclarecer por qué sus nombres habían aparecido junto con aquella grabación. Y lo más importante de todo, debían tratar de demostrar que ellos no tenían nada que ver con aquel secuestro.

—¿Qué hay en París que se enumere con números romanos, comisario? —preguntó Milanelli intentando poner en común lo que cada uno de ellos tuviese en mente.

Chavier se sorprendió al escuchar aquella pregunta.

—Profesor, estamos hablando de una ciudad que tiene más de dos millones de habitantes. Es incalculable el número de cosas que pueden ser descritas mediante números romanos...

—Sí, lo supongo —respondió—. Pero tiene que ser algo más claro, más sencillo.

—¡*Les arrondissements!* —exclamó súbitamente Margaux.

—¿Perdón?

La cara de extrañeza del profesor denotaba que no tenía ni la más remota idea de a qué podía estar refiriéndose.

—Quiero decir, los distritos. Verá, profesor, administrativamente París está dividida en veinte *arrondissements* o distritos. La numeración comienza por el número 1, *Le Louvre*, en el centro, donde se formó inicialmente la ciudad, y se numeran consecutivamente los siguientes distritos hasta el número veinte.

—¿Quiere decir entonces que tenemos que buscar al hijo del presidente en *L'Hotel de Ville*? —preguntó Sanoir.

—¿Perdón? —repitió de nuevo Milanelli con cierto gesto de desesperación.

«Franceses. Se creen que están solos en el mundo».

—¡*Le baiser de L'Hotel de Ville*, profesor! —exclamó Margaux.

Milanelli miró asustado a la profesora. La única persona que le parecía cabal hasta el momento en aquella sala, acababa de pasarse repentinamente al bando contrario.

—¿Robert Doisneau?

Milanelli comenzaba a preocuparse por la salud mental de la chica.

—¿Willy Ronis? ¿Henri Cartier-Bresson?

El profesor negaba con la cabeza sin cesar.

—¡No todo en la vida son números, profesor! Si quiere conocer un poco mejor París ese sería un buen lugar para empezar.

—En ese caso, busquemos a Deneux en el cuarto distrito —dijo Chavrier cortando en seco a Margaux.

—Espere, comisario. Me temo que no será tan fácil —opinó Campbell—. No creo que para descubrir eso tuviésemos que estar nosotros aquí.

Los profesores asintieron casi al mismo tiempo.

—Comisario, ¿qué lugares conocidos hay en el distrito IV? —preguntó Milanelli.

—¡Notre Dame! —exclamó de nuevo Margaux llevándose las manos a la cabeza.

—¿Notre Dame? ¿El hijo del presidente está secuestrado en la catedral de Notre Dame? —preguntó con total escepticismo Sanoir.

—¡Eso es imposible! —renegó Chavrier—. Notre Dame es uno de los sitios más visitados de París. Es totalmente imposible que alguien pueda haber llevado a Deneux hasta allí y que nadie lo haya visto.

A pesar de la opinión contraria que parecían mostrar aquellas dos personas que acababa de conocer, Milanelli no creía necesario continuar buscando el significado de un mensaje que, para él, ya había sido descifrado.

—Pues yo creo, sinceramente, que ahí tiene el significado de este mensaje, comisario —opinó—. Ustedes recibieron una carta con nuestros nombres y aquí estamos. Y la profesora recibió otra con esas letras y me parece bastante acertada su interpretación. Para mí no hay duda de que, por alguna razón, quien tiene secuestrado al hijo de su presidente quiere que vayamos a Notre Dame.

Chavrier buscó con la mirada a Sanoir y dudó unos instantes. A continuación,

encendió su *walkie-talkie*.

—¡Todas las patrullas disponibles diríjense a Notre Dame ahora!

—¡Espere comisario! —dijo rápidamente Campbell—. No sabemos nada acerca de qué nos encontraremos allí.

Aún sabiendo que el profesor estaba en lo cierto, Chavier no tenía la intención de malgastar ni un minuto más sentado en aquella sala.

—La vida de Deneux está en juego, profesor, de modo que no dudaré un momento en utilizar todos los medios a mi alcance para conseguir rescatarle con vida —contestó sin dudar.

Campbell se quedó sin argumentos al escuchar su respuesta.

—Y ustedes tres irán con los inspectores Bingleau y Paccaud en un coche. Si están aquí tiene que ser por algo y puede que les necesitemos.

Capítulo 8

A medianoche, una larga hilera de coches negros atravesaba a toda velocidad el distrito IV de París.

—En cuanto crucemos el puente Notre Dame habremos llegado.

La voz de Chavrier se escuchaba con claridad a través del *walkie-talkie* de Paccaud.

—¿Qué quiere que hagamos nosotros exactamente, comisario? —preguntó Campbell acercándose al asiento delantero del coche.

—Ustedes permanecerán en todo momento con los inspectores —respondió—. Dos patrullas se situarán en cada una de las esquinas de la catedral y otras dos vigilarán la plaza. Sanoir y yo entraremos en primer lugar y únicamente cuando veamos que la situación es completamente segura, ustedes podrán entrar también.

A su llegada a Notre Dame, el silencio y la tranquilidad inundaban los alrededores de la plaza. El inspector Bingleau detuvo el vehículo en Rue du Cloître Notre Dame, en un lugar apropiadamente protegido por los árboles. Los coches del comisario Chavrier y de Sanoir se adentraron hasta la entrada principal de la catedral mientras una larga hilera de policías se distribuía estratégicamente para rodearla.

«Si el secuestrador de Deneux está aquí dentro no podrá escapar», se dijo a sí mismo Sanoir.

Bingleau se bajó del coche y comenzó a observar con detenimiento a su alrededor. Las calles estaban completamente vacías y tan solo el rápido movimiento de los policías alteraba el silencio imperante. Cuando todo el perímetro de la catedral estuvo controlado por la policía, uno de los agentes que se encontraba cerca de la entrada levantó el brazo derecho haciendo un gesto de confirmación al comisario. Sanoir y él entraron al interior de la catedral.

En ese momento, el inspector se volvió hacia el coche, caminó varios pasos y le hizo una señal a Paccaud para que bajaran. Siguiendo sus instrucciones, los profesores bajaron del vehículo y los cinco comenzaron a caminar lentamente hacia la entrada de la catedral. Campbell aprovechó la ocasión para contemplar la belleza de aquel edificio. Cualquier profesor de historia como él se sentiría atraído ante la grandiosidad de la catedral de Notre Dame.

—De los tres grandes portales que puede ver —le explicó a Milanelli en voz baja — el del centro es el más importante. Representa el juicio final como se describe en el evangelio de San Mateo.

El profesor miró hacia donde le indicaba Campbell y se mostró fascinado.

Al llegar justo al centro de la plaza, los inspectores se detuvieron. A pesar de que todo el perímetro estaba tomado por la policía, ya se encontraban suficientemente cerca de la entrada y acercarse más podría resultar peligroso para los profesores. Hasta que no recibiesen la orden del comisario, ellos debían esperar en el exterior.

—Es curioso que estemos aquí esta noche —comentó Margaux.

Las palabras de la profesora captaron la atención de los inspectores.

—¿Por qué dice eso? —preguntó Paccaud.

—*Le point zéro* —contestó mientras señalaba con su dedo índice al suelo.

Milanelli retrocedió un paso y se agachó para ver mejor lo que les estaba señalando. En el suelo, apenas distinguible por la oscuridad de la noche, entre los adoquines que cubrían la plaza Notre Dame se encontraba *Le point zéro*, el kilómetro cero de Francia. Cuatro baldosas de granito rodeando un octógono de bronce con un sol de ocho puntas en su interior.

—¡Magnífico! —exclamó ahogadamente.

La forma en la que los franceses habían decidido marcar su particular kilómetro cero con estructuras geométricas equidistantes fascinó a Milanelli.

—*Le point zéro des routes de France* —leyó Margaux—. Supongo que le gustará saber que su origen viene de principios del siglo XIX cuando Napoleón ordenó construir las catorce rutas imperiales que nacen en París y que fueron numeradas en el sentido de las agujas de reloj.

Milanelli la miraba con gran asombro.

—¿Eso significa que ya le empieza a gustar más esta ciudad? —le preguntó con una gran sonrisa.

Un molesto pitido en el *walkie-talkie* de Paccaud les recordó bruscamente a todos por qué estaban allí.

—Creo que nuestros invitados deberían entrar a ver esto.

La escueta comunicación del comisario no le gustó demasiado al profesor Campbell que miró de reojo a Margaux. Si para él aquella situación era realmente extraña, para ella, que tan bien conocía París, debía suponer algo verdaderamente desconcertante.

Como si le hubiese leído el pensamiento, Margaux cogió su mano al igual que había hecho un rato antes en el Palacio del Elíseo y la apretó fuertemente al tiempo que levantaba su mirada buscando de nuevo una expresión de confianza en su rostro que le transmitiese seguridad.

—¿Dónde están, inspectores? —preguntó impaciente Chavier.

Los cinco se pusieron rápidamente en marcha. A medida que se iban acercando el corazón de Margaux se aceleraba por momentos.

—No se preocupe, profesora —le susurró Milanelli percibiendo su miedo—. No me cabe duda de que, con tanto policía cerca, este es uno de los sitios más seguros de París ahora mismo.

Al entrar, la catedral de Notre Dame se encontraba prácticamente a oscuras. Hacía ya varias horas que había finalizado el horario de visitas por lo que toda la iluminación estaba apagada en ese momento y apenas se distinguía la luz de varias velas encendidas cerca del altar principal. Margaux había visitado aquel lugar en multitud de ocasiones durante sus años de estudiante. Indudablemente, junto con la

Torre Eiffel y el Arco de Triunfo, era uno de los lugares de peregrinaje obligados cada vez que familiares o amigos la visitaban. A pesar de ello, esa noche se sentía como si fuese la primera vez que entraba allí dentro. Le parecía mucho más fría y lúgubre. Un lugar que en aquel momento le producía cierto sentimiento de rechazo.

—Por aquí, por favor.

La voz de Chavrier se escuchaba mucho más grave dentro de la catedral.

Cuando llegaron al altar principal, el comisario y Sanoir estaban colocados junto a una gran sábana blanca que tapaba lo que sin duda parecía el cuerpo sin vida de una persona. Las escaleras del altar estaban además parcialmente cubiertas de sangre y el desagradable olor circundante no dejaba lugar a dudas.

—Como seguro que ya se habrán imaginado —comenzó Chavrier—, bajo esta sábana se encuentra el cuerpo sin vida de un hombre que, afortunadamente, no es el señor Deneux.

El hecho de que la vida del hijo del presidente pareciese tener mayor valor que la de aquella persona, no pareció agradar en exceso a Campbell.

—Además —prosiguió—, su estado nos indica que lleva varias horas muerta.

—¿Quiere decir que alguien ha traído hasta aquí el cuerpo? —preguntó sorprendido Milanelli.

—En efecto, profesor —contestó Sanoir anticipándose a Chavrier—. Lo que no acabamos de entender es la razón por la que la su asesino ha elegido la catedral de Notre Dame.

—Posiblemente quiera darle relevancia a lo que ha hecho, señor —opinó Campbell ante algo que para él resultaba evidente—. Y desde luego este sitio es mucho más importante que si el cuerpo hubiese aparecido en la calle o en una orilla del Sena ¿no les parece?

Milanelli mostró su conformidad con la teoría que estaba exponiendo el profesor.

—Indudablemente está buscando captar su atención —les dijo.

Margaux dirigió su mirada hacia el comisario intentando descubrir si realmente aquella muerte estaba relacionada con Deneux.

—¿Tienen alguna prueba de que el asesino de este hombre sea la misma persona que ha secuestrado al hijo del presidente?

—Realmente no, profesora —respondió Chavrier reconociendo aquella laguna en su investigación—. En la grabación que recibimos esta tarde no aparece ninguna otra persona ni se escucha ninguna voz por lo que no hay ninguna base sólida sobre la que sustentar el hecho de que el autor de este asesinato sea la misma persona que ha secuestrado a Deneux. Sin embargo, lo que es indudable es que ambos hechos están directamente conectados, y por tanto, el primer planteamiento es pensar que ambos acontecimientos son obra de la misma persona o grupo de personas.

—Y siguiendo ese proceso deductivo estoy seguro de que este hombre tiene la información necesaria para descubrir por dónde avanza esta emocionante velada ¿no es así, comisario?

Capítulo 9

Con gesto contrariado ante el tono que estaba empleando Milanelli, el comisario Chavrier ordenó a uno de los policías que descubriera el cuerpo. Margaux no pudo reprimir sus náuseas ante aquella desagradable imagen y se retiró varios metros para poder respirar algo de aire fresco. El estado de descomposición y la sangre que empapaba las escaleras hacían el aire irrespirable.

—Esto es lo único que tenemos, profesores —afirmó Chavrier.

—¿Solo esa señal? —preguntó entrecortadamente Campbell a la vez que torpemente intentaba sacar un pañuelo de su chaqueta.

—Sí, profesor.

—¿Ninguna letra? ¿Ningún número esta vez? —preguntó Milanelli.

—Nada.

La imagen que estaban contemplando en ese momento era la de un hombre de mediana edad completamente desnudo que yacía recostado boca arriba sobre las escaleras del altar principal con un símbolo de una espiral marcada en su pecho. A Campbell no le extrañó en absoluto que la profesora Margaux hubiese preferido alejarse unos metros ante el desagradable aspecto que presentaba aquel hombre.

Con la cara todavía tapada con el pañuelo para tratar de mitigar ese olor, se acercó hasta los bancos más próximos al altar donde se encontraba sentada. Durante unos segundos permaneció a su lado sin pronunciar una sola palabra. Los dos escuchaban en silencio cómo a unos metros de distancia Chavrier y Sanoir hablaban con el profesor Milanelli.

—No sé qué está pasando aquí —dijo finalmente Margaux.

Campbell se volvió hacia ella con la mirada perdida sin saber qué contestar.

—Soy una profesora universitaria —prosiguió—. No entiendo qué hacemos nosotros mirando el cuerpo de una persona que ha sido asesinada.

El profesor recordó el momento en el que los inspectores se habían presentado en Milán para pedirle que les acompañase a París. Ahora entendía perfectamente el secretismo que habían mantenido desde el principio y sabía que no habían exagerado un ápice al decirle que algo de extraordinaria importancia había ocurrido.

—Yo tampoco sé qué demonios está pasando —respondió fijando su mirada en el suelo—. Hace menos de una hora estábamos en el Palacio del Elíseo hablando del secuestro del hijo del presidente y ahora estamos delante de un cadáver. Sea lo que sea, no me gusta nada.

Chavrier y Sanoir se acercaron hasta donde se encontraban los profesores con Milanelli siguiéndoles pensativo.

—Creo que es el momento de que empiecen a jugar su papel en todo este asunto y de que descubramos cuál es la razón por la que sus nombres aparecían en esa carta.

El *walkie-talkie* de Sanoir interrumpió al comisario.

—Señor, todo despejado —se escuchó decir—. Hemos registrado cada rincón de

la catedral y todas las salidas están vigiladas. Aquí no hay nadie.

De inmediato, Sanoir miró a Chavrier.

—Ya lo ha oído. Aquí ya no hay nada más que hacer.

Chavrier se pasó una mano por la cara intentando encontrar la manera de encajar el asesinato de aquel hombre con el secuestro de Deneux.

—Profesora, si la información que tengo no está equivocada usted es licenciada en humanidades ¿verdad?

—Así es, comisario —afirmó mirándole con gesto preocupado.

—Bien, en ese caso quizá pueda contarnos algo acerca del símbolo que ese hombre tiene grabado en su pecho. Algo que nos ayude a descubrir qué significado puede tener para la persona que lo ha asesinado.

Margaux se reclinó sobre el respaldo del banco sorprendida por la petición que le estaba haciendo. En aquel momento sentía que su cabeza estaba completamente bloqueada, incapaz de centrarse en algo que no fuera tratar de comprender por qué ellos se veían envueltos en una situación como aquella. Aún así, hizo un gran esfuerzo por tratar de responderle lo mejor que pudo.

—En realidad, comisario, es muy difícil contestar a esa pregunta del modo que usted está buscando —inició insegura—. Esa espiral que le han marcado en el pecho es uno de los símbolos más utilizados por las distintas civilizaciones a lo largo de la historia. Siempre se ha utilizado con un fin decorativo como en las columnas de los templos griegos, por ejemplo, que es de donde seguramente a ustedes les suene.

Milanelli notó la dificultad con la que la profesora Margaux estaba respondiendo aquella pregunta, de modo que se llevó la mano derecha a la boca e hizo un ligero ronroneo que no pasó desapercibido para Chavrier.

—¿Desea añadir alguna cosa, profesor?

—En realidad sí, comisario —respondió satisfecho de comprobar que había conseguido su objetivo—. Verán, dentro de las matemáticas la espiral tiene un significado algo diferente del que nos está exponiendo la profesora. Creo además, que se trata de un significado mucho más concreto, y dada la situación en la que nos encontramos, tal vez sea más interesante.

Ahora todos le escuchaban atentamente.

—La espiral ha sido desde el principio de los tiempos uno de los enigmas que más nos ha fascinado a los matemáticos y muchos han sido los que han intentado encontrar una ecuación que les permitiera establecer su trayectoria y su longitud. Arquímedes en el siglo III a. C. fue el primero en proponer una ecuación cartesiana que la describiera. Muchos siglos después, otros científicos como Descartes, Torricelli o Bernoulli, utilizaron el cálculo infinitesimal para estudiarla a la vez que describieron nuevos tipos de espirales como la logarítmica de Descartes, la áurea de Durero o la espiral parabólica de Fermat.

El comisario y Sanoir le miraban sin comprender.

—No entiendo a dónde quiere ir a parar, profesor —dijo molesto Chavrier.

—Tenga paciencia, comisario —contestó Milanelli—. El caso es que su querido René Descartes dedicó gran parte de su trabajo a estudiar la espiral uniforme descrita por Arquímedes para intentar dar solución al problema que su colega Galileo Galilei propuso sobre la trayectoria de caída de los cuerpos debida al movimiento de rotación de la tierra.

Al terminar, Milanelli les miró con una gran sonrisa dibujada en su rostro. Sanoir observó con extrañeza a Chavrier que no dejaba de mirar fijamente al profesor.

—¿Y bien?

—Se lo acabo de decir, comisario. Galileo es la respuesta que explica por qué ese hombre lleva ese símbolo grabado en el pecho.

Campbell, que hasta entonces había escuchado atentamente las explicaciones de los dos profesores, se dirigió a ellos sin estar completamente seguro de lo que estaba a punto de decir.

—En realidad —comenzó dubitativo— creo que lo que nos está queriendo decir el profesor con esa historia de Galileo y Descartes es que la espiral podría reflejar metafóricamente una trayectoria. En este caso una trayectoria vertical.

Campbell era consciente de que Chavrier y Sanoir estaban percibiendo la poca convicción que transmitían sus palabras. En cualquier caso, ya era demasiado tarde para dar marcha atrás.

—Como bien ha dicho la profesora, la espiral es un símbolo que ha estado presente en muchas civilizaciones diferentes a lo largo de la historia.

Milanelli le miraba con atención preguntándose de qué modo iba a intentar enlazar aquellas dos explicaciones tan diferentes.

—Pues bien —continuó—, la localización de la catedral de Notre Dame, el hecho de que nosotros nos encontremos en este punto ahora mismo, no es un hecho fortuito. Es muy común que las catedrales que actualmente conocemos en los diferentes países hayan sido precedidas por otros tipos de construcciones religiosas a lo largo de los siglos. En el caso particular de Notre Dame, se cree que los primeros habitantes que vivieron en esta isla celebraban aquí sus rituales religiosos. También se cree que los romanos erigieron en este lugar un templo en honor a Júpiter y más tarde, con la expansión de la religión cristiana por Europa, se construyó sobre él la iglesia de Saint Etienne. Y después de ella, una iglesia románica que perduró hasta mediados del siglo XII cuando comenzó la construcción de esta catedral.

Milanelli sonrió al ver cómo Campbell lo estaba consiguiendo.

—Por tanto, dado que bajo cada nueva construcción quedan las ruinas de su predecesora, y teniendo en cuenta lo que acaba de exponerles el profesor Milanelli, creo que lo que este símbolo nos está indicando es que debemos buscar debajo de la catedral.

Confundido por aquella explicación, Chavrier tardó unos instantes en reaccionar.

—¿De verdad está insinuando, profesor, que el señor Deneux se encuentra secuestrado bajo nuestros pies?

—No, comisario. Estoy diciendo que creo que lo próximo que tenemos que hacer es continuar buscando *debajo* de la catedral —contestó Campbell—. De hecho, me atrevería a decir que es imposible que él se encuentre ahí abajo. Esta catedral es uno de los puntos más turísticos de todo París y todas sus dependencias están repletas de personas desde que abre sus puertas hasta que cierra, por lo que sería casi imposible conseguir esconder a alguien aquí, y mucho menos mantenerlo con vida sin que nadie sospechase nada.

—Creo que el profesor tiene razón —dijo rápidamente Sanoir, impaciente por empezar esa búsqueda lo antes posible—. Si ese símbolo nos está indicando que tenemos que buscar algo en las ruinas que hay debajo de esta catedral nuestra prioridad ahora es bajar ahí abajo y encontrar de una maldita vez lo que quiera que haya dejado ahí ese loco.

El tono de Sanoir reflejaba de manera muy clara la presión a la que se veía sometido. En todos sus años como jefe del servicio secreto había protegido a tres presidentes de la república diferentes y a sus familias, y jamás se habría imaginado que pudiera ocurrir una situación como la que estaba viviendo en esos momentos.

Chavier respiró profundamente buscando dar el paso correcto. La vida de Deneux dependía de cada decisión que tomase y no podía permitirse hacer algo que comprometiera la posibilidad de encontrarle lo antes posible. Como minutos antes había escuchado decir a través del *walkie-talkie* de Sanoir, la policía y el servicio secreto ya habían terminado de revisar aquella catedral por completo, de modo que si había algo allí que tuviesen que encontrar, no resultaba descabellado pensar que, efectivamente, estuviera ajeno a todo aquello que se pudiese ver a simple vista.

«Nadie pensaría en buscar *debajo* de Notre Dame».

Impulsado por la posibilidad de que la idea del profesor Campbell fuese correcta, buscó a los inspectores con la mirada.

—Necesito que encuentren un plano de esta catedral y de cualquier otra iglesia que haya habido aquí antes. Y, sobre todo, necesito que descubran la manera de llegar al subsuelo de esta catedral.

Margaux se levantó al escuchar las órdenes que les estaba dando a sus hombres.

—Comisario —dijo temerosa de interrumpirle—, creo que sé dónde podemos encontrar ese plano.

Chavier y Sanoir se volvieron hacia ella.

—¿Y cuál es ese lugar, profesora? —preguntó Sanoir.

—*L'Université Sorbonne Nouvelle*, señor. Está a menos de cinco minutos de aquí. Allí fue donde yo estudié durante mis cuatro años de carrera y me conozco cada libro de su biblioteca como si fuera mío. Creo que sé exactamente dónde debemos buscar.

Capítulo 10

No llegaba a ser un completo silencio. Tampoco percibía ningún sonido reconocible. Poco a poco, Jean Marie Deneux comenzó a recobrar el conocimiento tras un largo período inconsciente. Sentía que le faltaba el aliento. No podía respirar. A duras penas conseguía captar algo de aire respirando por la boca y juraría que ese aire incluso se podría mascar con los dientes. Caliente, húmedo y con un desagradable olor.

—¿Qué ha pasado? —balbuceó.

A medida que recobraba el conocimiento, la situación era más agobiante y confusa. Al abrir los ojos no pudo ver nada. Oscuridad total. La falta de oxígeno no le ayudaba a recuperar la lucidez.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde estoy?

Sus palabras apenas eran entendibles. Las manos, los pies, nada le respondía. Un intenso ardor en las muñecas le hizo recuperar las sensaciones.

«¿Estoy atado?».

Todo lo que estaba descubriendo le provocaba un creciente nerviosismo y la falta de aire lo hacía todo mucho más difícil. Tras comprobar que tenía las manos y los pies atados intentó tranquilizarse. Aquel nerviosismo no le ayudaría en absoluto. De hecho, estaba empeorando las cosas ya que cada vez respiraba con mayor dificultad.

Dedicó unos pocos segundos a intentar calmarse.

—¿Hay alguien ahí?

A pesar de su esfuerzo su voz seguía quebrada.

En ese momento, el tímido sonido que podía escucharse de fondo comenzó a incrementarse. Cada vez más. Pronto se convirtió en algo claramente reconocible. Eran pisadas. Alguien se estaba acercando.

Activado por un golpe de adrenalina, el nerviosismo volvió de golpe y con él, de nuevo, la falta de oxígeno.

«¿Por qué no puedo respirar?», maldijo interiormente.

El sonido de las pisadas se detuvo bruscamente. Justo cuando más fuerte se escuchaban.

«¿Está aquí? —pensó presa del miedo—. ¿Está delante de mí?».

El intenso nerviosismo hizo que perdiera casi por completo el conocimiento hasta que una tenue luz golpeó su rostro.

«Tengo la cabeza tapada. Por eso no puedo respirar».

—Buenas noches, señor Deneux.

La voz seca y ronca que le hablaba no le era reconocible.

—Espero que no le moleste que haya tomado algunas medidas para asegurarme de que no intentaría ir a ninguna parte cuando despertara.

Deneux seguía paralizado, incapaz de contestar.

—Como veo que no quiere decir nada, permítame que le explique. Me considero

una persona bastante educada con mis huéspedes, y dado que usted es mi huésped ahora, me veo en la obligación de informarle de lo que está ocurriendo. Antes de nada —continuó— le tranquilizaré asegurándole que se encuentra usted a salvo. Seguro que no me cree, pero puede tener la certeza de que es así. Entiendo que las formas no son las más indicadas y que, por su situación en este momento, pensará que, como mínimo, estoy loco por decirle que se encuentra a salvo. Y no le quito razón, la verdad.

Por mucho que lo intentaba, no reconocía la voz de aquella persona.

—Pero antes de explicarle por qué está usted aquí me gustaría hacerle una pregunta muy sencilla. ¿Valora usted su vida?

Deneux sentía que la situación era demasiado angustiosa para ser capaz de razonar, y mucho menos para procesar la información que aquel desconocido le estaba diciendo. Su cerebro estaba literalmente apagado y no supo responder.

—¡Señor Deneux! —exclamó el hombre irritado—. Le advierto que es esencial que nuestra comunicación sea fluida si es que tiene pensado mantenerse con vida más allá de esta noche.

El enfado de aquella persona fue suficiente para reactivarle.

—¿Qué, qué..., qué me estaba diciendo? —balbuceó.

—Le he *preguntado*, señor Deneux, si valora usted su vida.

—Sí..., sí, señor.

Su nerviosismo era creciente.

—No esperaba menos. Cualquiera persona respondería lo mismo que usted. ¿Acaso se imagina a alguien diciendo que su vida no vale nada? Yo desde luego no puedo imaginarlo. El problema, señor Deneux, ¿sabe cuál es? Que en este mundo hay personas que piensan que pueden decidir qué vidas tienen valor y cuáles no lo tienen, y se creen con el poder superior de conocer una escala de valores con la que influir en la vida de millones de personas y decidir quién puede morir y quién debe vivir. Y señor Deneux, su querido padre, es una de esas personas. Por esa razón usted está aquí en este momento. Y al igual que su padre hace con la vida de millones de personas, su vida está ahora en mis manos, y yo decidiré a lo largo de esta noche si merece o no la pena. De modo, que antes de que sigamos hablando, le recomiendo que tenga presente en todo momento que todo lo que pase esta noche, y ocurra lo que le ocurra a usted, el responsable no será otro que su padre.

Capítulo 11

Margaux miraba atentamente por la ventanilla la fachada de la universidad. Durante cuatro años aquel edificio había sido prácticamente su casa. Se conocía cada sala de memoria y muy especialmente la biblioteca, por lo que encontrar los planos que necesitaban de la catedral de Notre Dame y de las ruinas que había bajo ella no parecía ser una tarea especialmente difícil. De hecho, sabía exactamente qué libro debían consultar.

—¿En serio sabe dónde puede encontrar esos planos, profesora? —preguntó Bingleau mientras apagaba el motor de su vehículo.

—Creo que sí —contestó sin dejar de mirar por la ventanilla.

Dos guardias de seguridad les esperaban en la puerta del edificio.

«Sin duda ya les han avisado de nuestra visita».

Al llegar a la entrada, los guardias les saludaron con gesto serio. Todo el edificio se encontraba a oscuras. Tan solo una tenue luz al final del pasillo les indicaba hacia dónde debían dirigirse.

Los largos pasillos que ahora recorría bajo aquellas extrañas circunstancias, las aulas, todo lo que veía a su alrededor le traía el recuerdo de horas y horas de estudio vividas entre aquellas paredes. Años de buenos y malos recuerdos. Años de esperanza, de lucha por un ideal, y sobre todo, de mucha ilusión por conseguir convertirse en licenciada en humanidades, igual que su madre, su inspiración durante toda su vida.

—Esa luz no era necesaria. Podría llegar con los ojos cerrados —dijo en voz baja mientras apresuraba su paso adelantándose a los inspectores.

A medida que se acercaban a la biblioteca, la luz era más intensa y también, a medida que se iban acercando, la distancia que separaba a la profesora de Bingleau y Paccaud era cada vez mayor. Como si por una especie de atracción mística se viese atraída hacia ella de una manera especial.

Al llegar justo a la entrada principal no pudo evitar detenerse bruscamente. El aspecto de la biblioteca vacía sí era algo que no había visto antes. Margaux cerró los ojos y respiró profundamente. No había duda de que se encontraba en *su* biblioteca. Había algo especial que le hacía conectar con aquel sitio, algo que estaba segura que ni Bingleau ni Paccaud eran capaces de percibir.

—¡Nos volvemos a ver, pequeña! —exclamó sonriente.

La biblioteca de la Universidad Soborna Nueva ocupa dos plantas en la parte este del edificio con un gran patio interior en su parte central que permite, desde la planta inferior, alzar la vista y ver todos sus libros. El techo abovedado está pintado de blanco marfil con arcos amarillos delimitando los grandes ventanales. En el extremo sur de la sala se encuentran todos los libros de ciencias. En el extremo norte todos los libros de letras. En cada uno de estos dos extremos, los libros se distribuyen de una manera muy particular. Las primeras tres baldas de cada estantería están reservadas a

obras de autores franceses mientras que en las siete restantes se encuentran las obras de autores de otras partes del mundo. Además, dentro de cada balda, los libros se ordenan cronológicamente por siglos hasta el siglo xv y por décadas en las obras de los siglos xvi al xx. Dentro de cada uno de ellos, se ordenan alfabéticamente por la inicial del primer apellido de su autor. Todos los libros del nuevo siglo, por su parte, fueron reubicados años atrás en la nueva biblioteca del lado oeste del edificio construida a tal efecto cuando se vio que la capacidad de la biblioteca principal llegaba a su fin.

—Realmente espero que sepa dónde encontrar ese plano profesora. No hace falta que le diga que si no lo sabe será totalmente imposible encontrarlo entre tal cantidad de libros —expresó Bingleau asombrado por las dimensiones de aquella biblioteca.

—No se preocupe, inspector. Sé exactamente dónde debemos buscar.

Margaux corrió hacia las escaleras que daban acceso a la planta superior. Sabía que tenían poco tiempo y debía encontrar aquellos planos lo antes posible. Una vez allí, observó desde la distancia cómo Paccaud ojeaba curioso un libro sobre mecánica de fluidos.

«Milanelli estaría orgulloso de usted».

Un repaso rápido le sirvió para encontrar lo que estaba buscando. Su forro de cuero negro y letras doradas lo hacían inconfundible. «*L'architecture de Paris à travers les siècles*». Aquel libro había sido su inseparable compañero durante todo su tercer año de carrera, de modo que volver a tenerlo entre las manos le producía una sensación maravillosa.

—¡Ya lo tengo! —exclamó desde lo alto.

Paccaud alzó la vista y vio a la profesora levantando el libro con las dos manos como si de un preciado trofeo se tratase. A continuación, encendió su *walkie-talkie* para comunicárselo a Chavrier.

—Ya tenemos el libro, señor.

—Perfecto —respondió este desde el otro lado del auricular.

El sonido del *walkie-talkie* se escuchó distorsionado durante unos segundos por lo que apenas se pudo entender correctamente lo que les decía. Paccaud lo desconectó y se acercó a Bingleau para decirle algo al oído. Margaux llegó en ese momento hasta ellos con el libro entre sus brazos.

—¿Qué le ha dicho el comisario, inspector?

Paccaud miró un instante el *walkie-talkie* que sostenía en su mano y después alzó de nuevo la vista buscando su mirada.

—Me ha dicho que nos preparemos, profesora. Parece que vamos a tener mucho trabajo esta noche.

Capítulo 12

—Caballeros —dijo Milanelli tratando de romper el silencio que había dejado Margaux tras su partida—, creo que mientras los inspectores acompañan a la profesora hasta esa biblioteca, nosotros deberíamos intentar descubrir por qué la persona que ha secuestrado al hijo del presidente ha asesinado a este hombre.

—Lo que yo quisiera saber es por qué ese loco está jugando con nosotros y hasta cuándo tiene pensado continuar con esta situación —replicó Sanoir visiblemente enfadado.

—En verdad, señor, no creo que todo esto sea obra de un loco —respondió rápidamente Campbell.

—¿No lo cree, profesor? ¿Acaso cree que una persona perfectamente cuerda secuestra al hijo del presidente de la República Francesa y asesina a otro hombre?

—No, por supuesto que no —se excusó—. En eso estoy totalmente de acuerdo con usted. Lo que quiero decir es que no debemos considerar que esto sea acto de un loco. No olvide que estamos, como dije antes, en uno de los lugares más visitados de todo París, por lo que traer el cuerpo sin vida de una persona hasta aquí sin que nadie le vea ni sospeche nada, requiere un alto grado de conocimiento de la propia catedral, de sus horarios, de sus accesos desde la calle... En definitiva, muchas cosas que precisan un detallado estudio.

—¿Está sugiriendo que puede haber sido obra de alguien que haya trabajado en esta catedral? —preguntó escéptico Chavrier.

Milanelli sintió en ese momento la necesidad de apoyar la idea de su colega.

—Más bien creo que a lo que se está refiriendo el profesor Campbell es a la complejidad de lo que esa persona ha hecho esta noche aquí, y por supuesto, a la dificultad que supone conseguir lo que ha conseguido secuestrando al hijo de su presidente. Ambas cosas me hacen pensar que, por desgracia, estamos solo al principio de un largo camino.

Esas palabras no gustaron nada a Sanoir.

—Pues profesores, no hace falta que les explique la repercusión mundial que tendría la noticia de que el hijo del presidente ha desaparecido. ¡Y no quiero ni imaginarme lo que ocurriría si esas hienas de la prensa sensacionalista empiezan a inventar historias!

—Lo malo para usted, señor, para nosotros, es que en este caso esas elucubraciones sensacionalistas, como usted dice, serían verdad —puntualizó Milanelli.

—Precisamente por eso, profesores —les interrumpió Chavrier intentando encauzar la conversación hacia lo realmente importante—, es de vital importancia que intentemos centrarnos en el por qué de todo esto. Tenemos que averiguar por qué estamos justo aquí, en este lugar, y por qué ha hecho falta que un hombre inocente muriera.

Los cuatro dirigieron su mirada casi instintivamente hacia el cuerpo que yacía sobre las escaleras del altar principal.

—¿Qué saben de este hombre? ¿Es alguien conocido? —preguntó Campbell.

—Me temo que no, profesor —respondió Chavrier—. Se trata de Steve Douglas, americano, treinta y siete años. Según nuestra información llevaba tres residiendo aquí y realizaba continuos viajes entre Nueva York y París por razones de trabajo.

—Por tanto, era una persona totalmente normal ¿verdad? —preguntó Milanelli.

—Así es, profesor. Hasta donde podemos saber por el momento no existe ninguna razón que le relacione con Deneux ni con ningún miembro de la familia del presidente —contestó Sanoir.

—¿Y qué tipo de trabajo es ese que le hacía viajar tanto si se puede saber?

El comisario dudó sobre si aquel aspecto tendría algún interés para ellos.

—Parece ser que era un alto ejecutivo del American Serial Bank. Nada especialmente relevante pensamos.

Mientras Milanelli y Chavrier continuaban hablando, el profesor Campbell no dejaba de mirar fijamente a la espiral que tenía marcada en el pecho.

—¿Se sabe con qué le han hecho ese símbolo? —preguntó finalmente.

—Los miembros de la policía científica nos han dicho que parece estar hecho con un cuchillo corto con una hoja de unos cinco centímetros de anchura.

Milanelli se mostró sorprendido con la respuesta.

—¿Cómo pueden saber esas cosas?

Sanoir sonrió.

—Verá, profesor, si se agacha y mira atentamente al surco hecho sobre la piel, comprobará que la anchura del corte es mayor que su profundidad. Eso indica que el objeto con el que se realizó se ensancha rápidamente en su inicio. Además, la limpieza y la precisión descartan que se haya podido utilizar otro tipo de herramienta que, en un determinado momento, podría haber sido útil como un destornillador, por ejemplo. Ambos detalles indican que se trata, con una alta probabilidad, de un cuchillo de hoja corta como acaba de decirles el comisario.

»Además, según nos ha podido informar el forense por las fotografías que le hemos enviado —continuó Chavrier—, la herida del pecho fue posterior a su muerte. Creemos que el asesino la realizó cuando el cuerpo ya se encontraba en esta posición puesto que no se han encontrado restos de sangre en ninguna de las vías de acceso ni de salida de la catedral.

En ese momento, su *walkie-talkie* comenzó a emitir un leve pitido.

—¿Han encontrado ya lo que estaban buscando?

—Sí, señor. Ya tenemos el libro.

El comisario se mostró satisfecho.

—Perfecto. Vuelvan inmediatamente y averigüemos cuanto antes qué demonios tenemos debajo de nuestros pies.

Capítulo 13

Cuando Margaux entró de nuevo en el interior de la catedral acompañada por los inspectores, el olor que emanaba aquel cuerpo era todavía peor de lo que recordaba.

«Creo que me voy a desmayar».

En las escaleras del altar principal, el profesor Milanelli continuaba examinando junto a Sanoir la espiral que aquel hombre tenía dibujada en el pecho. A escasos metros, Campbell y el comisario Chavrier seguían intentando entender por qué el asesino había elegido la catedral de Notre Dame entre todos los lugares turísticos que poseía la ciudad de París.

Al llegar junto a ellos, Margaux buscó rápidamente la mirada cómplice de Campbell. De algún modo, poder mirarle fijamente a los ojos le infundía seguridad y no tenía ninguna duda de que, precisamente seguridad, era algo de lo que carecía por completo aquella noche.

—Aquí lo tiene, comisario —dijo la profesora entregándole el libro—. *L'architecture de Paris à travers les siècles*. Si no podemos encontrar aquí lo que buscamos, créame que en ningún libro de todo París lo encontraremos.

El comisario lo recogió con delicadeza y lo miró con la esperanza de que aquel montón de hojas se convirtiese en la herramienta clave para encontrar al hijo del presidente. Por su parte, el profesor Milanelli se levantó y se acercó hasta ellos acompañado de Sanoir, ansiosos ambos por descubrir si aquella afirmación tan contundente de los labios de la joven Margaux era realmente cierta.

—No sé ustedes, pero yo personalmente estoy deseando descubrir todo lo que nos puede enseñar este libro y bajar ahí abajo cuanto antes —dijo Campbell.

Sin poder disimular su nerviosismo, el comisario Chavrier levantó la mirada y echó un rápido vistazo a su alrededor. El interior de la catedral estaba tomado por decenas de policías y varios miembros del servicio secreto que trabajaban conjuntamente para revisar, una vez más, hasta el último rincón de aquel lugar lo más rápidamente posible. Ver al servicio secreto haciendo un trabajo de la policía resultaba, de hecho, algo grotesco pero la importancia de lo que estaban buscando hacía que toda ayuda fuese bien recibida en aquellos momentos. Después de comprobar la tenacidad que sus hombres estaban poniendo en su trabajo, volvió a dirigir su vista al libro que tenía entre sus manos. Indudablemente, al igual que ocurría con Sanoir, lo que aquella noche estaba ocurriendo era el caso más importante que había llevado en sus más de veinticinco años en la policía, y era muy consciente de que un desenlace feliz de los acontecimientos pondría el broche de oro a su dilatada carrera, mientras que un trágico final acabaría sin duda con ella.

—Vengan —les dijo indicando la mesa del altar mayor con un rápido movimiento de cabeza—. Creo que allí tendremos espacio más que suficiente.

Todos siguieron al comisario que subió decidido las escaleras ignorando por completo el cadáver que yacía a escasos metros de ellos. Los inspectores Bingleau y

Paccaud cogieron una vela cada uno y se colocaron junto a Chavier para proporcionarle luz suficiente. El comisario respiró profundamente y leyó en su interior el título de aquel libro.

«*L'architecture de Paris à travers les siècles*».

A continuación, buscó con la mirada a la profesora. Margaux no necesitó nada más para entender perfectamente qué era lo que quería que hiciera. Desde que aquellos dos hombres del servicio secreto se habían presentado en su despacho de la Universidad de Nantes para llevarla a París, la misma pregunta había revoloteado, una y otra vez, por su cabeza.

«¿Para qué podría necesitar la policía a una profesora de humanidades?».

Ahora, por primera vez, parecía que esa pregunta empezaba a encontrar respuesta.

Nerviosa, se colocó al lado del comisario y con extraordinario cuidado comenzó a pasar las primeras páginas del libro. Ni siquiera necesitaba mirar el índice para saber dónde debía buscar. Durante los segundos que tardó en encontrar el plano que necesitaban, el profesor Campbell no pudo evitar sentirse impresionado por la enorme cantidad de edificios importantes de París que estaban recogidos en aquel libro.

—¡Aquí está! —exclamó enérgicamente al encontrarlo.

—¿El plano de la catedral de Notre Dame? —preguntó rápidamente Chavier observando lo que señalaba la profesora con el dedo.

—Sí, señor. El plano de la catedral y de la basílica de Saint Etienne.

Sanoir se fijó en aquel plano y a continuación miró a la profesora.

—¿Por dónde cree que deberíamos comenzar a buscar? —preguntó con voz seria.

Antes de responderle, Margaux dedicó unos instantes a tranquilizarse. De los tres profesores, ella estaba siendo la primera que, de algún modo, estaba justificando la presencia de su nombre en la carta que había recibido la policía aquella misma tarde, por lo que las decisiones que tomara en ese momento podrían resultar cruciales a la hora de culparla, o no, de tener algo que ver con aquel secuestro.

—Como puede ver aquí —respondió—, la información que se conserva acerca de la estructura de la antigua basílica es bastante escasa. La mayor parte fue derruida para la construcción de la iglesia románica posterior. Si tuviéramos un poco de luz podrían incluso ver sus restos dentro de la propia catedral.

—¿Y cómo bajaremos hasta allí? —preguntó Sanoir con impaciencia.

—Teóricamente existen dos posibles entradas situadas muy próximas a dos de las capillas laterales que tiene esta catedral. Si no ha habido ninguna modificación respecto a lo indica este plano, esas entradas tienen una compuerta que nos debería permitir bajar al subsuelo.

Margaux levantó la cabeza y buscó con su mirada a Sanoir a la vez que mantenía su mano derecha señalando en el plano el sitio exacto donde se encontraban las compuertas.

—Estoy de acuerdo con lo que están diciendo todos ustedes —expresó Milanelli

—. Aunque a mí me gustaría que reflexionásemos por un momento qué es exactamente lo que esperamos encontrar ahí abajo.

Chavrier detuvo su atención en lo que estaba indicándoles la profesora en aquel libro y trató de pensar en la manera de descubrir lo más rápidamente posible dónde se encontraban esas dos entradas que parecían ser las únicas que les iban a permitir llegar al punto que querían. La pregunta del profesor Milanelli, en su opinión, no era relevante. Lo importante en aquel momento, y en todo lo que llevaban haciendo desde que habían recibido aquella grabación, era devolver a Deneux sano y salvo al Elíseo. Todo lo demás era perder el tiempo en cosas que no les llevarían a ninguna parte.

—Inspectores —dijo dirigiéndose a Bingleau y Paccaud—, sepárense y busquen estas dos entradas de las que nos ha hablado la profesora. Quiero saber si efectivamente existe algún modo de bajar al subsuelo de la catedral, y si es así, debemos hacerlo lo antes posible.

Justo a la vez que el comisario terminó de darles instrucciones el estruendoso sonido de una gran campana les sobresaltó a todos.

«La una en punto».

—Parece que la catedral nos apremia a ponernos en marcha cuanto antes —afirmó Milanelli.

Campbell miró hacia el techo de la catedral intentando inútilmente encontrar el lugar donde se encontraba aquella campana atraído por el eco de su sonido. En su opinión, el modo de actuar que estaba mostrando el comisario era el más apropiado dado el grave problema que tenían ante ellos pero, a su vez, también estaba de acuerdo con el profesor Milanelli en que no estaría de más detenerse un momento a pensar qué esperaban encontrar allí abajo.

«Y más aún viendo cómo ha acabado ese hombre».

Por desgracia, Chavrier no parecía tener ninguna intención de perder tiempo en nada que no fuera buscar a Deneux.

—¡Aquí, señor! —gritó Bingleau desde la oscuridad—. ¡Esta entrada está abierta!

Chavrier miró a la profesora con los ojos inundados por una mezcla de emoción e incertidumbre, y sin decir una palabra, comenzó a caminar guiado por la voz del inspector cuya silueta se adivinaba en la oscuridad de la catedral.

Los cuatro le siguieron en silencio.

Al llegar hasta Bingleau, encontraron levantada una trampilla metálica de forma rectangular que tapaba un estrecho túnel del cual tan solo se podían adivinar un par de escalones de piedra que se perdían en una lúgubre oscuridad. Paccaud llegó también hasta ellos y miró al comisario esperando que les diese nuevas órdenes.

—Bingleau, salga y consiga linternas para cada uno de nosotros.

En el acto, el inspector salió corriendo y se perdió rápidamente en la oscuridad.

Chavrier volvió a mirar al pasadizo que se adivinaba tras aquellos dos escalones y continuó dándoles instrucciones.

—Yo bajaré delante —dijo a la vez que sacaba una pequeña linterna del bolsillo—. Paccaud escoltará a los profesores y Sanoir cerrará el grupo.

Mientras escuchaban esas indicaciones, Paccaud y Sanoir sacaron sus armas. Viendo lo que estaban haciendo, Milanelli vaciló un segundo antes de mostrar de nuevo su preocupación acerca de lo que podían encontrar.

—No estoy seguro de que bajar ahí abajo rodeado de tanta pistola sea la mejor idea posible, comisario.

—No se preocupe, profesor —le respondió entendiendo perfectamente su reticencia—. Lo hacemos únicamente por su seguridad. Si todo transcurre como hemos previsto no deberíamos encontrar nada que nos obligue a utilizarlas. Pero entienda que si lo hubiese, debemos estar preparados, por su seguridad y por la nuestra propia.

Capítulo 14

Los viejos escalones que daban acceso al subsuelo de la catedral apenas tenían unos pocos centímetros de anchura. La mayoría de ellos se encontraban erosionados por el paso de los años lo que unido a la oscuridad del lugar aumentaba la sensación de inseguridad que sentían los profesores. Tan solo un fino haz de luz proveniente de la linterna del comisario permitía adivinar tímidamente el camino que estaban siguiendo. A medida que bajaban escalones, el olor fétido a alcantarilla se hacía más y más intenso. De fondo se escuchaba el leve sonido de pequeñas gotas de agua romper sobre la piedra.

«Espero que sea solo agua», pensó Margaux.

Al bajar el último escalón, el comisario se detuvo en seco.

Con ayuda de su linterna iluminó con meticulosidad todo lo que había a su alrededor. Una vez terminadas las escaleras no tenía la menor idea de lo que se podrían encontrar. En primer lugar, empezó alumbrando lo que tenía bajo sus pies. Delante de ellos se abría en ese momento un espacio rectangular cuya anchura estaba claramente limitada por dos estructuras de piedra las cuales marcaban, a su vez, un estrecho pasillo que se perdía en la oscuridad.

«Ojalá tuviese una linterna más potente», maldijo en su interior.

Chavier siguió cada una de ellas con el haz de luz intentando hacerse una idea de lo que tenían por delante. Con extremo cuidado caminó un par de pasos y se detuvo nuevamente. El suelo que pisaban estaba en su mayoría cubierto por pequeños charcos de agua que, en su opinión, eran el origen de aquel desagradable olor.

«Filtraciones de la lluvia provenientes del tejado de la catedral».

A continuación, fijó su mirada en las paredes de aquel pasadizo. Todavía inmóvil alargó su mano para tocarlas. Su aspecto rugoso desprendía una arenilla que le dejó manchadas las yemas de los dedos. El techo, por su parte, era también de piedra. Lisa, húmeda y fría como si también estuviese cubierto por una fina capa de humedad.

—Paccaud, póngase a mi lado —dijo finalmente con tono firme—. Apunte con su pistola al frente y yo le guiaré con la linterna mientras todos avanzamos lentamente. No parece haber ningún peligro.

El profesor Milanelli se mantuvo en silencio a pesar de estar seguro de no ser el único de los allí presentes que no estaba de acuerdo con aquella afirmación.

«Si no hay ningún peligro, no es necesario llevar el arma levantada».

El comisario retomó el paso y en grupo comenzaron a caminar siguiendo el pasillo delimitado por aquellas estructuras de piedra.

—¿Dónde cree usted que estamos, profesora?

Margaux dudó unos instantes.

—No estoy segura, comisario. La sobriedad de la decoración, su estrechez, la escasa altura del techo, yo...

—¡Quietos! —susurró interrumpiéndola.

Las estructuras de piedra que se extendían a lo largo de ambas paredes se habían terminado y el reflejo del haz de luz de la linterna había desaparecido y ahora se perdía de nuevo en la oscuridad. No había duda de que se encontraban en un lugar diferente.

De manera similar a como había hecho segundos antes, Chavier apuntó con la linterna al suelo. Los charcos de agua y los restos de humedad habían desaparecido por completo. Ahora el suelo estaba cubierto de un fino polvo bajo el que se adivinaban diferentes colores.

—Profesora, ¿le dice algo que hayamos dejado atrás un suelo de piedra y ahora estemos pisando un suelo cubierto de baldosas? —preguntó al tiempo que con la linterna iluminaba lo que tenían bajo sus pies.

Margaux no contestó.

El comisario iluminó a continuación todo lo que, poco a poco, iba apareciendo a su alrededor. El haz de luz chocaba en la piedra o se perdía en la oscuridad aleatoriamente.

—Creo que ya sé dónde nos encontramos, señor —respondió finalmente.

Segura de lo que iba a hacer, la profesora avanzó hasta ponerse a la misma altura que el comisario, y cogiendo la mano de este, apuntó con la linterna al techo. Primero guió el haz de luz siguiendo el pilar de piedra que tenían justo delante de ellos hasta el suelo. De nuevo, levantó la linterna hasta el mismo punto de partida y repitió el mismo gesto siguiendo el pilar de piedra que se encontraba al otro lado. Finalmente, apuntó al techo buscando más estructuras como la que tenían encima de sus cabezas.

—Estamos en una cripta —dijo Campbell con voz entrecortada.

La profesora cogió la linterna y comenzó a trazar con más decisión diferentes arcos siguiendo las columnas simétricamente dispuestas que tenían junto a ellos. Gracias a eso, todos sintieron como si la luz entrara de repente en aquel lugar. En poco tiempo, delimitó las dimensiones de la habitación en la que se encontraban.

—Efectivamente estamos en una cripta, y no parece que este lugar tenga otra salida —les dijo a la vez que alumbraba a las paredes—. De modo que sea lo que sea lo que estemos buscando, tiene que estar aquí o en el pasillo que hemos dejado atrás. Y desde luego a mí me parece que este es un sitio mucho más apropiado para esconder algo.

—¿En ese caso por dónde propone comenzar, profesora? —preguntó el comisario.

Margaux caminó unos pasos hasta colocarse exactamente en medio del círculo que delimitaban aquellos arcos. Apuntó con la linterna al techo y se detuvo unos instantes mirándolo fijamente. A continuación, comenzó a bajar por cada una de las seis columnas que los sostenían como había hecho anteriormente pero en esta ocasión iluminando la cara interior de las mismas.

Tras inspeccionar la última columna levantó la mirada buscando a Chavier.

—Verá, señor, esto es una cripta. Una cripta de una iglesia que existió hace mil quinientos años, de modo que lo único que podríamos encontrar interesante aquí es un montón de huesos en el interior de aquella tumba —dijo mientras señalaba con el haz de luz una estructura de piedra de un metro de alto por dos de ancho situada en el otro extremo de la sala—. Y eso, si es que con el paso de los siglos no ha desaparecido todo lo que en su momento pudo guardarse ahí dentro.

El *walkie-talkie* de Sanoir comenzó en ese momento a pitar obligando a la profesora a interrumpir su explicación.

—¿Sí? —preguntó sobresaltado por el sonido—. Entendido. Perfecto.

Sanoir miró al comisario.

—Mis hombres acaban de abrir la otra compuerta —dijo apagando el *walkie-talkie*—. Tras un breve tramo de seis escalones se han encontrado con un muro de hormigón. Aquel acceso está sellado.

—En otras palabras, que lo que sea que estamos buscando tiene que estar aquí ¿verdad? —preguntó Milanelli.

Chavrier sabía que el profesor tenía razón.

—Abramos entonces esa tumba para ver qué diablos hay dentro —propuso Sanoir.

La tumba a la que hacía referencia estaba completamente cubierta de polvo. Aún así, todavía se podían ver con bastante claridad la cantidad de relieves y bajo relieves que decoraban toda su estructura.

Sanoir se acercó hasta ella acompañado por Paccaud y los dos profesores. Entre los cuatro comenzaron a mover, poco a poco, la pesada losa que la cubría. Rápidamente, el comisario y Campbell se asomaron para ver qué había allí dentro. Con la ayuda de su linterna, Margaux iluminó su interior.

—¡Está completamente vacía! —exclamó furioso Sanoir.

—Señor, ya le he dicho antes que lo más seguro es que este lugar haya sido saqueado en varias ocasiones a través de los siglos y que probablemente no fuésemos a encontrar nada dentro —le recordó Margaux.

Sanoir se tomó unos segundos para reflexionar y tratar de pensar fríamente en la situación que tenían ante ellos en ese momento.

—No esperaba descubrir los restos de Napoleón, profesora —dijo incapaz de contener su rabia—. Pero si pretendemos entender qué tenemos que hacer para encontrar a Deneux, parece claro que deberemos encontrar algo aquí dentro. O quizá lo que ocurre es que esa historia que nos han contado acerca de la espiral fuese una idea absurda y estamos aquí perdiendo el tiempo.

En ese momento, el inspector Bingleau apareció provisto de linternas para todos ellos.

—Si aquí dentro no hay nada —dijo Chavrier tratando de no dejarse llevar por la negatividad de Sanoir— creo que lo mejor será que nos separemos y que inspeccionemos este lugar por completo. Ese miembro del servicio secreto nos acaba

de informar de que la otra posible entrada está sellada, por lo que tiene que ser aquí donde encontremos lo que quiera que sea que el asesino de ese hombre haya dejado para nosotros.

Chavrier se detuvo un instante a pensar el modo de revisar aquel lugar en el menor tiempo posible. A continuación, empezó a darles instrucciones.

—El inspector Bingleau y Margaux revisarán el pasillo que da acceso a esta sala. Sanoir y Paccaud revisarán cada palmo de estas paredes en busca de algún grabado o algo mínimamente similar a la espiral o a los números que aparecían en la carta que recibió la profesora en su despacho. Y ustedes profesores, y yo, examinaremos las columnas, el techo y la tumba.

En silencio, cada uno de ellos se dirigió al lugar que le correspondía y comenzó a realizar el trabajo que les había encomendado el comisario. Margaux y Bingleau examinaron con detenimiento todo el pasillo de acceso intentando encontrar las grietas por las cuales se filtraba el agua que cubría el suelo y que producía aquel goteo incesante. A diferencia de la tumba que acababan de abrir, aquellas estructuras de piedra que delimitaban ambos lados del pasillo no parecían tener ninguna losa que los cubriera ni nada similar que hiciese sospechar que podían contener algo en su interior.

Sanoir y Paccaud revisaron cada centímetro de aquellas paredes. No existía mucha diferencia con respecto a la pared que habían visto en el pasillo de acceso a la cripta. Se trataba de paredes rugosas, de piedra, que transmitían al tacto la misma sensación de humedad que antes habían apreciado en el techo. Sin grietas, sin fisuras, no había nada que pudiera darles información acerca de lo que allí se supone que deberían encontrar. No tenían dibujos, ni grabados, ni marca alguna. Desde el suelo hasta el inicio de los arcos que cubrían las seis columnas de la cripta, aquellas paredes no les decían nada.

Milanelli y Campbell, por su parte, se repartieron las columnas mientras el comisario Chavrier apuntaba con su linterna al techo. Con la mirada perdida, Campbell revisó la primera de las columnas de la cripta. Estaba convencido de que la espiral que habían encontrado marcada en el pecho de aquel hombre tenía que tener algún significado, y el que había expuesto minutos antes le parecía el único que realmente podría tener sentido.

«Sino, ¿qué nos está queriendo decir el asesino?».

Mientras examinaba la parte inferior de aquella columna que tenía delante en ese momento, el haz de luz de su linterna se desvió ligeramente iluminando de nuevo la tumba que anteriormente habían abierto. Durante unos instantes, se detuvo observando desde la distancia uno de los relieves que estaban esculpidos sobre su parte exterior. Sin dejar de iluminarlo, avanzó unos pasos hasta colocarse justo delante de ella y pasó su mano por toda la superficie para intentar ver mejor la escena que aparecía representada.

«Con tanto polvo acumulado nadie debe haber estado aquí en décadas».

Pensativo, continuó limpiando la superficie de aquel relieve hasta que prácticamente todo quedó al descubierto. Después de varios segundos, por fin descubrió lo que estaban buscando.

—¡Creo que ya lo tengo! —exclamó ahogadamente.

—¿Ya tiene el qué, profesor? —preguntó Chavrier.

Ignorando por completo aquella pregunta, Campbell soltó repentinamente su linterna y comenzó a caminar apresuradamente hacia las escaleras por las que habían bajado a aquel lugar guiado por el pequeño haz de luz que entraba desde la compuerta.

—¡Espere, profesor! —gritó el comisario saliendo tras él.

Todos le siguieron.

—Deme un momento, comisario. ¡Creo que ya sé lo que estábamos buscando ahí abajo! —exclamó excitado.

Campbell caminó hasta el altar donde habían estado antes y se detuvo delante del cuerpo sin vida de aquel hombre. Se colocó justo a sus pies y miró al frente.

«Lo tengo».

—Fíjese, comisario —dijo señalando con la mano derecha el cuerpo—. ¿No le resulta algo extraño?

Chavrier no supo qué contestar.

—Su posición —le aclaró Campbell—. Cuando entramos antes no le di importancia a cómo se encontraba el cuerpo colocado. De hecho, creo que ninguno de nosotros lo hemos considerado relevante. Las escaleras del altar principal son sin duda un lugar suficientemente representativo como para pensar que el asesino de este hombre dejó aquí el cuerpo para llamar nuestra atención. Pero creo que no lo dejó aquí aleatoriamente. Si se fijan, su cabeza no está apuntando al altar —continuó mientras con su mano izquierda marcaba la dirección de lo que estaba exponiendo—. Lo normal quizá hubiese sido colocarlo completamente perpendicular. De esa manera, el impacto visual al encontrar el cuerpo hubiese sido mayor. Sin embargo, no es así. El cuerpo está ligeramente desviado hacia la derecha. Y si seguimos la trayectoria que nos marca su posición...

Campbell detuvo su explicación durante unos instantes buscando con su mano derecha lo que quería enseñarles. En lo alto de la catedral, la intensa luz de la luna les iluminaba.

—Allí lo tienen.

—¿Esa vidriera, profesor? —preguntó desconfiado Sanoir tras unos segundos.

—Sí, señor. Fíjese bien.

La vidriera que Campbell les estaba señalando representaba a la Virgen María que sostenía en sus brazos el cuerpo sin vida de Jesucristo recién descendido de la cruz. María Magdalena y varios apóstoles se encontraban rodeándola a ambos lados. Todos ellos con las manos en posición de oración. La Virgen María tenía sobre su cabeza una paloma y María Magdalena miraba al cielo donde se encontraba representado un

triángulo con un ojo en su interior.

—La omnipotencia de Dios —murmuró Milanelli.

—Exactamente, profesor —contestó rápidamente Campbell aliviado al descubrir que alguien más veía lo que estaba intentando mostrarles.

—Ese triángulo que pueden ver representado sobre la cabeza de Jesucristo —prosiguió tratando de explicarles lo que había descubierto— también está representado en el relieve de la tumba que hemos encontrado en la cripta. Estoy totalmente seguro de que no es casualidad que este cuerpo esté colocado en esta posición. Su cabeza señala exactamente al lugar donde se encuentra aquella vidriera, que como pueden comprobar, es la única que ahora mismo está iluminada por la luna.

Chavier dirigió de nuevo su mirada al punto al que hacía referencia el profesor para intentar asimilar lo que estaba tratando de explicares.

—¿Y qué quiere decir que haya encontrado esa figura en estos dos lugares?

—El triángulo, comisario —añadió Milanelli—, es una figura geométrica considerada en la Biblia como un símbolo que representa la luz espiritual. El triángulo con un ojo en el centro representa la omnipotencia, la omnisciencia y la omnipresencia de Dios, y por eso está representado en esa vidriera sobre el cuerpo de Jesucristo. La misma razón por la que posiblemente fue esculpido en el relieve de la tumba que hay en la cripta.

—¿Y qué debemos buscar entonces ahora?

—En realidad, señor —continuó Campbell—, creo que más bien debemos considerar un concepto evolucionado y más actual de ese símbolo. Verá, independientemente del simbolismo religioso que posee, el triángulo y el ojo han sido utilizados más recientemente con diferentes objetivos. Por ejemplo, un triángulo con el vértice hacia arriba representa el fuego y la virilidad de los hombres, mientras que si su vértice apunta hacia abajo, el triángulo es una representación del agua y del sexo femenino. Sin embargo, en este caso creo que debemos considerarlo como el origen de otro símbolo muy utilizado a lo largo de los siglos, la pirámide. Como quizá sepan, la pirámide simboliza al hombre en busca de la divinidad como símbolo de la jerarquía espiritual de la nueva era que, para mí, no es otra que la era del conocimiento.

El silencio que mantenían Sanoir y Chavier dejaba patente que no seguían el ritmo de razonamiento que les estaba exigiendo el profesor.

—Y dado que nos encontramos en París, señor, y puesto que esto es lo mejor que tenemos hasta ahora y lo mejor que hemos podido encontrar aquí, creo que el asesino de este hombre quiere, por alguna razón, que nuestro camino esta noche continúe en el único lugar de París en el que se unen ambos, la pirámide y el conocimiento.

Chavier se mostró estupefacto.

—¿El museo del Louvre?

—Efectivamente, señor. Creo que con este símbolo nos está indicando que debemos dirigirnos allí.

Sanoir sintió que aquel razonamiento del profesor Campbell estaba demasiado cerca de la ciencia ficción.

—Permítame recapitular lo que nos está diciendo para ver si lo he entendido correctamente. Dice que debemos ir al Louvre, uno de los museos más grandes que hay en todo el mundo, a buscar ¿qué exactamente?

—Eso no puedo decírselo. Ojalá supiese la respuesta.

—¿Y se da cuenta —insistió— que nos está diciendo que debemos buscar en un museo que tiene más de doscientos mil metros cuadrados de superficie y que además no sabe el qué?

Campbell era perfectamente consciente de que la posibilidad de encontrar algo de información en un lugar tan extenso se presentaba como una tarea titánica.

—Creo que tiene razón, señor —comenzó Margaux tratando de apoyarle—. La exposición que nos acaba de hacer sobre la relación existente entre los triángulos que se pueden ver en la vidriera y en el relieve de la tumba que está allí abajo y su relación con la búsqueda del conocimiento, parece que no nos deja muchas más alternativas. Puede mantener a su equipo aquí registrando la catedral si quiere, pero si el asesino de este hombre ha utilizado la catedral de Notre Dame para dejar el cuerpo de este hombre, no es descabellado pensar que pueda utilizar otro lugar tan importante en la ciudad de París como es el museo del Louvre.

Aquellas palabras parecieron convencer al comisario.

—Está bien —aceptó Chavrier mientras mostraba un gesto pensativo—. Iremos hasta el Louvre ahora mismo. Debo reconocer que me parece un razonamiento bastante fantasioso, como ha dicho Sanoir, pero también es verdad que esta es actualmente nuestra mejor opción. Nuestra única opción, de hecho.

Campbell agradeció su confianza con un leve movimiento de la cabeza.

—Y para que nuestra llegada sea lo más segura posible para ustedes, creo que lo mejor será que los inspectores se adelanten a nosotros y nos informen de cualquier cosa que encuentren a su llegada y que pudiese ser relevante para descubrir dónde permanece secuestrado Deneux.

Capítulo 15

En el exterior de la catedral todo permanecía en calma. A pesar del fuerte dispositivo de seguridad que tenía completamente rodeado aquel edificio, la discreción era la orden básica que tanto el comisario Chavier como Sanoir les habían impuesto a sus hombres. Todos los coches del servicio secreto y de la policía se encontraban estratégicamente aparcados en las inmediaciones de la plaza. Los policías, la mayoría de incógnito, estaban repartidos a lo largo de todo el perímetro de la catedral y de las calles circundantes. Ninguno de los escasos ciudadanos que merodeaban por aquella zona a esas horas parecía darse cuenta de lo que realmente estaba ocurriendo en su interior. Ambos tenían muy claro que si querían recuperar a Deneux con vida era indispensable que todo lo que estaba ocurriendo aquella noche transcurriera en el más estricto secretismo. Ninguno de los dos podía imaginarse lo que ocurriría si, en algún momento, la prensa descubriese al jefe de la policía y al máximo responsable del servicio secreto del presidente, juntos a altas horas de la madrugada entrando y saliendo de edificios emblemáticos de la ciudad acompañados de un fuerte dispositivo policial.

Mientras se dirigían al exterior, los rostros serios de los tres profesores denotaban el enorme problema al cual se estaban enfrentando. Hasta ese momento, descubrir lo que el secuestrador del hijo del presidente había querido decir en la carta que había recibido la profesora Margaux no había sido algo especialmente complicado. Una vez que se dieron cuenta de que el número romano se refería al cuarto distrito de París, identificar la catedral de Notre Dame como el sitio que indicaba la letra *ene* que le acompañaba no había sido tampoco difícil. Lo más importante, en cualquier caso, era que había resultado un acierto.

El problema que rondaba ahora por la cabeza de todos ellos era que se dirigían al museo del Louvre sin estar convencidos de que ese fuese el siguiente paso que debían dar aquella noche. La vida de una persona estaba en juego y tanto para la profesora Margaux como para Campbell y Milanelli, esa idea pesaba como una enorme losa de responsabilidad sobre sus hombros.

—Por fin aire fresco —expresó Milanelli nada más salir de la catedral.

—Quién me iba a decir a mí que llegaría el día en que tendría tantas ganas de salir de Notre Dame —reconoció Margaux contrariada.

—No se preocupe, profesora —le intentó consolar Milanelli—. No es la única que piensa de esa manera. Si le soy sincero, yo llevaba muchos minutos deseando salir de allí, y si por mí hubiese dependido ni siquiera hubiésemos bajado a aquella cripta.

Margaux contestó a sus palabras de apoyo con una sonrisa de complicidad.

—Además —continuó—, estoy particularmente de acuerdo con la teoría que ha expuesto el profesor Campbell y que usted ha defendido también. Lo único que tenemos ahora mismo nos lleva inexorablemente al museo del Louvre y si estamos en

lo cierto, o si estamos equivocados, solo el tiempo nos lo dirá. Creo, francamente, que debemos mantener una actitud positiva ante cuáles son nuestras posibilidades allí.

Sanoir y Chavrier se acercaron hasta ellos.

—Debemos ir lo antes posible al museo, profesores —les dijo el comisario consciente de la urgencia de encontrar a Deneux—. Esta vez iremos todos juntos en un mismo coche y el servicio secreto nos servirá de escolta. Dadas las circunstancias, creo que es la mejor opción que tenemos para llamar la atención lo menos posible.

Sanoir asintió repetidamente mientras Chavrier pronunciaba esas palabras.

—Considero fundamental que tengamos muy claro qué debemos buscar en el Louvre —añadió Sanoir—, de modo que cualquier idea que tengan, cualquier intuición, lo que sea que se les ocurra, desde ahora mismo hasta que llegemos, será de gran ayuda.

Aquellas palabras no ayudaban a disminuir la presión a la que estaban sometidos. De alguna manera, los tres sentían que se depositaba en ellos la responsabilidad de resolver cada problema que se les presentaba aquella noche.

—Todos estamos plenamente concienciados de la importancia de lo que está en juego, señor —contestó Milanelli lo más educadamente que pudo—. Y pueden estar seguros de que estamos comprometidos a ayudarles en todo lo que esté en nuestra mano. Sinceramente, no soy capaz de comprender por qué estamos aquí y en algún momento me gustaría descubrir cuál es la razón por la que se nos ha elegido, pero hasta entonces, tenga por seguro que haremos lo posible por ayudarles a salvar la vida del señor Deneux.

El comisario agradeció la implicación que denotaban las palabras del profesor y comenzó a caminar hacia el coche que debía llevarles hasta el museo. A medida que se fueron alejando de la puerta de la catedral, dos parejas de policías de incógnito se aproximaron por ambos lados de la calle hasta colocarse en la misma entrada que ellos acababan de dejar atrás. Al llegar hasta el coche, los profesores vieron cómo otros dos vehículos del servicio secreto se colocaban a una distancia de seguridad que permitiese escoltarles sin llegar a levantar sospechas. Tal coordinación entre la policía y el servicio secreto sorprendió especialmente a Campbell.

Sin perder ni un segundo, Chavrier entró al vehículo en el lugar del conductor. Sanoir se situó a su lado mientras que los tres profesores se sentaron en la parte trasera.

Campbell fijó su mirada en la fachada de la catedral y empezó a recordar todo lo que habían vivido hasta ese momento intentando darle significado. La carta de la profesora Margaux, la espiral, el triángulo... ¿Por qué diablos era necesario asesinar a un hombre? ¿Había acertado con su interpretación del símbolo que había visto en la tumba y en la vidriera? ¿Era la postura del cuerpo de aquel hombre realmente una señal?

Las preguntas que tenía al respecto inundaban su cabeza.

Capítulo 16

Mientras atravesaban el puente del Carrusel, Paccaud observaba desde la ventanilla del coche la imponente silueta del museo del Louvre. Todo en las inmediaciones parecía estar en calma. No podía imaginarse que en el interior de aquel edificio tan aparentemente tranquilo pudiera encontrarse la respuesta al terrible problema al que se estaban enfrentando.

Al bajarse del coche, guio su mirada a la izquierda y permaneció unos segundos observando el Arco de Triunfo del Carrusel. Bingleau vio cómo su compañero miraba fijamente aquel monumento.

—¿Qué crees que haría Napoleón en estos momentos?

—No lo sé —respondió Paccaud tras unos instantes en silencio—. Pero seguro que, hiciera lo que hiciera, no conseguiría mucho sin la ayuda de los profesores.

Bingleau soltó una pequeña carcajada al escuchar aquella respuesta.

En el extremo contrario de la plaza, la pirámide del museo brillaba majestuosa. La luz que brotaba de su interior la iluminaba de un modo suave y elegante. La soledad que transmitían en ese momento los alrededores del Louvre hacía que la grandiosidad del edificio resultase mucho más impresionante.

—Aprovecha, Paccaud —le dijo su compañero—. Es muy posible que nunca más volvamos a tener el museo del Louvre para nosotros solos.

A medida que se acercaban a la entrada principal, situada en la parte baja de la pirámide, los dos inspectores estudiaban atentamente todo lo que les rodeaba buscando algo que pudiera resultar sospechoso. Al llegar a la puerta, vieron a dos guardias de seguridad en una mesa que había en el interior. Cada uno de ellos miraba ensimismado al monitor de su ordenador sin percatarse de su presencia.

«Está claro que nadie les ha avisado de que veníamos», pensó Paccaud.

Bingleau avanzó dos pasos pegando su cuerpo prácticamente a la puerta y con los nudillos de la mano derecha golpeó varias veces el cristal intentando captar la atención de aquellos dos guardias.

Uno de ellos apartó levemente la mirada de la pantalla para ver de dónde provenía el ruido. No era inusual que muchos turistas les llamaran a lo largo de la noche. Al principio, siempre se levantaban a atenderles. La mayoría aparecían por allí confundidos con el horario del cierre del museo mientras que otros pedían que les permitieran hacerse fotos en el interior de la pirámide para guardar una imagen más de su visita a París. Con el paso del tiempo, sin embargo, habían empezado a ignorar esas llamadas. Al fin y al cabo, nunca ocurría nada interesante en aquel museo por las noches.

—¿Qué demonios le pasa a ese tío? —preguntó enfadado Paccaud.

—No lo sé, no tengo ni idea de por qué no se levanta a abrirnos —contestó Bingleau al tiempo que sacaba la placa del bolsillo trasero del pantalón.

De nuevo, volvió a picar en el cristal de la puerta buscando captar su atención. En

esta ocasión los dos guardias levantaron la vista y vieron cómo dos policías con cara de pocos amigos les estaban enseñando sus identificaciones.

—¡Mierda! —exclamó uno de ellos—. Creo que deberías abrir.

El guardia que les había visto por primera vez se levantó rápidamente de su asiento y fue corriendo hasta la puerta.

—Discúlpenme, caballeros —se excusó de inmediato—. Estamos acostumbrados a que vengan turistas y...

—No pasa nada —le cortó fríamente Paccaud.

Los inspectores sabían que tenían instrucciones precisas de descubrir lo antes posible si todo estaba en orden en el interior del museo y si aquellos guardias habían visto u oído algo que les resultara sospechoso. El problema era que, como también les había dejado bien claro el comisario Chavier, no les podían revelar lo que realmente estaba ocurriendo aquella noche. «Cuanta menos información tengan, menor riesgo correremos todos».

—En unos minutos —comenzó Bingleau al llegar hasta la mesa— vendrán al museo varios miembros de la policía y del servicio secreto del presidente. Nosotros nos hemos adelantado a su llegada para obtener información acerca de varios aspectos de la vigilancia nocturna del museo que espero que ustedes puedan proporcionarnos.

Ambos policías afirmaron repetidamente con leves movimientos de cabeza, muy conscientes de que debían enmendar en la medida de lo posible la torpeza que acababan de cometer.

Uno de ellos encendió su *walkie-talkie* y comenzó a llamar con voz nerviosa a todos los guardias que se encontraban vigilando las diferentes plantas del museo para que se personasen en el centro de control lo antes posible.

—Gracias —le dijo Paccaud—. Me alegra conocer quién es la persona al mando aquí.

Bingleau echó un vistazo rápido a lo que podía verse desde el punto en el que se encontraban en ese momento y decidió no esperar a que el resto de vigilantes apareciese.

—¿Cuál es el horario exacto del museo? —preguntó repentinamente.

—El museo abre de todos los días, excepto los martes —respondió el jefe de seguridad— desde las nueve de la mañana hasta las seis de la tarde. Los miércoles y viernes, en cambio, el horario de cierre se retrasa hasta las nueve cuarenta y cinco.

—Entonces ayer permaneció cerrado ¿no es así?

—Efectivamente, señor.

Ambos inspectores se miraron a la vez.

—Y cuando llega el momento de cerrar ¿qué hacen ustedes exactamente? ¿Revisan cada sala para comprobar que no queda nadie dentro? —preguntó Paccaud requiriendo más información.

—Durante los treinta minutos previos al cierre se comunica a los visitantes por

megafonía que el museo va a cerrar sus puertas. En ese espacio de tiempo este mensaje se repite en intervalos de cinco minutos. Cada uno de los empleados del museo que vigilan las salas es el encargado de asegurar que cada una de ellas queda completamente vacía. Además, durante el turno de día también hay un equipo de guardias de seguridad que controla, desde la sala de vigilancia mediante las cámaras instaladas en todos los puntos del museo, que efectivamente esto sea así.

—¿Existe alguna zona que no sea grabada por esas cámaras?

—No, señor, ninguna —contestó sin titubear—. La vigilancia de todas las salas ha sido reforzada recientemente ante los actos de algunos visitantes que han intentado dañar algunas de nuestras obras.

En ese momento, y casi de manera ensayada, seis guardias aparecieron por la escalera de caracol que comunicaba con el *hall* Napoleón.

—Buenas noches —les saludó Paccaud al verles aparecer—, como ya le hemos explicado a su jefe, nos encontramos aquí porque esta noche varios miembros de la policía y del servicio secreto van a venir al museo, de modo que antes de que eso ocurra necesitamos conocer algunos detalles de cómo llevan a cabo la vigilancia durante su turno.

Todos los guardias le atendían en silencio y con gesto serio. Tras escuchar las palabras de su compañero, Bingleau intentó pensar lo más rápidamente posible cómo podría obtener la información que necesitaban, si a la vez, tenía que ocultarles a todos aquellos hombres la realidad de lo que estaba ocurriendo.

—¿Es esta la única entrada que tiene el museo? —preguntó finalmente señalándola.

—No, señor —respondió el jefe de seguridad—. Esa que tienen a sus espaldas es la entrada principal. Además existen otras tres entradas, *Porte des Lions*, *Galerie du Carrousel* y *Passage Richelieu*.

El inspector hizo una mueca de aprobación.

—¿Y cuántas plantas hay en el museo?

—Cinco. Dos inferiores, la planta baja y dos plantas superiores.

—¿Cinco? —murmuró extrañado—. Y ustedes... seis, ¿se encontraban vigilando esas plantas?

—En realidad —contestó uno de ellos entendiendo su confusión— cada uno de nosotros tenemos adjudicada la vigilancia de una de las plantas y durante nuestro turno hacemos varias inspecciones para comprobar que todo está en orden. El sexto, que soy yo esta noche, tiene la función de vigilar el museo desde la sala de vigilancia, además de controlar que todo está correcto en la sala de suministros.

Aquel hombre les había servido en bandeja la información más importante que necesitaban. Y lo mejor de todo era que no habían tenido que mostrarse especialmente interesados en ella para descubrirla.

«Perfecto».

—Y de manera general, ¿cuáles son las partes más visitadas? —prosiguió

Paccaud—. Las que más pueden interesar a los visitantes, me refiero.

—Sí, le comprendo, señor —contestó una vez más el jefe de seguridad—. Normalmente, la mayor afluencia de público la concentra la planta baja donde se exponen la mayor parte de las esculturas, con especial predilección de los visitantes por las salas dedicadas a Egipto, Grecia y Roma. Y por supuesto, la primera planta donde se encuentra *La Gioconda*.

Ambos inspectores mostraron un interés particular por esos sitios concretos.

—¿Tienen esas salas una vigilancia especial? —preguntó Bingleau.

—No, inspector. El turno de día lo componen un total de veinticinco guardias de seguridad. Cuatro guardias vigilan cada una de las cinco plantas de las que se compone el museo. Una vez cada hora, tienen la obligación de hablar con el miembro del museo que está en cada sala para comprobar que todo esté en orden.

—¿Y cuál es la función de esa persona? —preguntó Paccaud.

El jefe de seguridad miró un instante a sus compañeros y finalmente respondió.

—Su función principal es atender a las preguntas de los visitantes. Ayudarles si surge algún problema y cosas de ese estilo. Al final, la mayoría de las preguntas son relacionadas con cosas sin importancia como dónde se encuentran los lavabos o dónde está tal cuadro o tal otro. Francamente, no creo que sea un trabajo muy divertido.

—¿Y si ven algo que les resulte extraño se ponen en contacto con ustedes?

Paccaud sentía que debían encauzar sus preguntas hacia todo aquello que tuviese que ver con la actuación de los vigilantes ante problemas concretos.

—Así es, señor. Como dije antes, últimamente hemos tenido varios problemas con visitantes que han querido dañar algunas de nuestras obras. En estas situaciones tienen orden de la dirección del museo de avisarnos inmediatamente.

—¿Y el resto de guardias de seguridad? Creo que me dijo que eran veinticinco.

—De los cinco guardias restantes, dos permanecen en la sala de vigilancia controlando los monitores y comprobando que el funcionamiento de todas las cámaras de seguridad sea correcto. Y los otros tres se encargan de vigilar las dependencias comunes, es decir, la cafetería, la tienda de suvenires, los lavabos, etc.

El inspector se mostró satisfecho por la información que estaban consiguiendo hasta el momento.

—Yo creo... —dijo buscando con la mirada a Bingleau—. Creo que con estas preguntas es más que suficiente. Si no les importa me gustaría que uno de ustedes me mostrara la sala de vigilancia y la sala de suministros mientras él se queda aquí esperando a nuestros compañeros.

—¿Pueden, en ese caso, continuar su ronda de vigilancia? —preguntó el jefe de seguridad.

—Sí, sí, por supuesto. Sus respuestas nos han servido de gran ayuda. Muchas gracias a todos por su atención —se despidió educadamente Paccaud.

Uno de los guardias se acercó al inspector.

—Si quiere, señor, yo le enseñaré dónde se encuentran las salas que quiere ver. Como le dije antes, es el turno que me ha tocado a mí esta noche.

Capítulo 17

Antes de poner en marcha el motor del vehículo, el comisario Chavrier esperó a que uno de los coches del servicio secreto que les iba a servir de escolta se distanciase lo suficiente. El otro les seguiría igualmente manteniendo una distancia de seguridad que evitase levantar sospechas. Sanoir, con la ventanilla bajada, aprovechaba para darle a uno de sus hombres las últimas instrucciones acerca de lo que debían hacer mientras él estuviera en el Louvre. Quería asegurarse de que le avisarían inmediatamente si encontraban algo en la catedral que pudiese ayudarles a descubrir el paradero de Deneux.

—Espero, profesores, que estén seguros de lo que estamos haciendo —dijo Chavrier.

Ninguno de los tres contestó. Para ellos, era imposible asegurar que aquello fuese justo lo que el secuestrador quería que hicieran, pero de lo que sí estaban convencidos era de que, con diferencia, aquella era la mejor opción que tenían en aquel momento.

«Yo también lo espero», pensó Margaux.

—Las posibilidades de que encontremos al hijo del presidente con vida disminuyen a medida que pasan los minutos —añadió Sanoir subiendo la ventanilla—. Nos estamos jugando su vida a todo o nada yendo a ese museo. No obstante, ustedes están convencidos de que debemos ir allí y también parece pensar lo mismo el comisario, de modo que no seré yo quien afirme que esta es una idea equivocada.

—Con un poco de suerte Bingleau y Paccaud ya estarán allí y ya habrán informado a los miembros de seguridad del museo de nuestra visita —dijo Chavrier mirando su *walkie-talkie*.

—Si nuestro razonamiento es correcto y lo que hemos encontrado aquí nos dirige al museo del Louvre —respondió Milanelli finalmente—, estoy casi convencido de que este no será más que uno de los muchos lugares a donde iremos esta noche. En un lugar tan extenso como usted mencionó antes, señor, creo que no deberíamos tardar en descubrir qué nos quiere decir el secuestrador en este caso. De lo contrario, podríamos perder toda la noche inspeccionando sala por sala y no encontraríamos nada. Tengo la impresión de que ese hombre quiere jugar esta noche con nosotros por lo que si quiere mantener su juego tendrá que mostrarnos claramente qué es lo que quiere que hagamos.

—En cualquier caso —dijo Sanoir algo molesto— ¿cómo es posible que alguien pueda acceder a uno de los lugares más visitados de París y hacer lo que diablos se supone que haya hecho para que nosotros lo encontremos?

El comisario Chavrier arrancó el vehículo y siguió al primero de los dos coches que les servirían de escolta.

—Quizá un trabajador del museo esté implicado en el secuestro de Deneux —razonó Margaux.

—Eso no puede ser posible, profesora —contestó rápidamente Sanoir.

—¿Por qué no, señor? Piénselo bien. ¿Cómo puede una sola persona secuestrar al hijo del presidente si está vigilado por ustedes? Incluso aunque me diga que le dejaban cierto grado de libertad, supongo que sus hombres estarían cerca de donde quisiera que estuviese. Y luego aquí, en Notre Dame. ¿Cómo va a ser capaz una sola persona de transportar el cuerpo sin vida de un hombre, dejarlo en el altar mayor y desaparecer sin que nadie le vea?

—¿Insinúa que también puede haber trabajadores de la catedral implicados en el asesinato de ese hombre y en el secuestro del señor Deneux? —preguntó Chavrier.

—Puede ser, señor. Pero lo que quiero decir es que debemos empezar a considerar que no nos enfrentamos a una sola persona sino a un grupo organizado de personas que están actuando de manera coordinada para hacer todo lo que estamos viendo esta noche.

Milanelli mostró su conformidad con aquel planteamiento.

—No me parece descabellada esa idea, la verdad —añadió—. Como dice la profesora, lo que acabamos de dejar atrás no puede ser obra de un solo hombre. Y lo de la cripta... ¿Cómo demonios sabían que allí abajo había una tumba con ese símbolo grabado?

Sanoir permanecía en silencio.

—Por no mencionar a donde nos dirigimos ahora mismo —continuó Margaux—. Usted mismo dijo antes que el museo del Louvre tiene doscientos mil metros cuadrados de superficie. Me cuesta mucho creer que alguien ajeno al museo lo conozca tan bien como para hacer algo allí dentro para que nosotros vayamos ahora a descubrirlo y que nadie le vea.

A través del *walkie-talkie* de Chavrier se comenzó a escuchar la voz del inspector Paccaud.

—¿Señor?

—¿Sí, inspector?

—Señor, ya estamos en el interior del museo. Bingleau está en la mesa de control esperándoles. Le encontrarán si acceden por la puerta principal.

—Perfecto —dijo Sanoir en voz baja.

—Yo estoy ahora mismo acompañando a uno de los guardias de seguridad a la sala de vigilancia del museo —prosiguió Paccaud—. Quiero comprobar que todas las cámaras están funcionando correctamente y después comprobaremos que todo está también en orden en la sala de suministros.

—Gracias, inspector. Nosotros llegaremos enseguida. Cuando estemos allí contactaré con el inspector Bingleau para informarle de nuestra llegada. Avíseme en cuanto haya hecho esas comprobaciones.

—Por supuesto, señor.

A medida que cruzaban el puente del Carrusel, Chavrier comenzó a distinguir en la distancia el coche de los inspectores. El vehículo del servicio secreto que les precedía se había detenido en lado opuesto de la glorieta para que nadie pudiese

relacionar ambos coches.

—Ya lo han escuchado, profesores. Bingleau nos está esperando en la entrada principal y Paccaud se encuentra inspeccionando la sala de vigilancia y la sala de suministros para comprobar que todo está en orden.

Chavrier dejó que pasaran unos segundos.

—Y atendiendo a las palabras de la profesora Margaux —continuó—, creo que debemos tener especial cuidado en nuestro trato con los miembros de seguridad. Si lo que acaba de exponer es cierto, creo que lo más coherente es considerar que la persona o personas que estén participando en este secuestro deberían tener acceso directo a lo que ocurre en el museo durante esta noche.

—¿Está sugiriendo que el asesino del hombre que encontramos en la catedral está en el Louvre, comisario? —preguntó Campbell.

—Me temo que debemos considerar esa situación como un escenario posible, profesor. Simplemente quiero que lo tengan en cuenta ante cualquier cosa que puedan hacer o decir ahí dentro.

Chavrier detuvo el vehículo justo detrás del de Bingleau y Paccaud. Por el retrovisor pudo ver cómo el segundo coche del servicio secreto terminaba de cruzar el puente y se aproximaba a la plaza del Carrusel. Al bajarse del vehículo, Sanoir buscó con la mirada a sus dos agentes que les habían escoltado en el primer coche. Cada uno de ellos se encontraba ya vigilando cada una de las dos entradas de *Galerie du Carrousel*. Los otros cuatro agentes que venían en el coche que les seguía y que, en ese momento estaban accediendo a la plaza, vigilarían las otras dos entradas del museo, *Porte des Lions* y *Passage Richelieu*.

Capítulo 18

El inspector Paccaud caminaba junto al guardia de seguridad por uno de los pasillos del museo en dirección a la sala de vigilancia. Cada vez que pasaban por alguna puerta, Paccaud preguntaba acerca de lo que había en su interior. También le preguntaba continuamente por las cámaras de seguridad que se iban encontrando a su paso, acerca de cuáles eran sus ángulos de giro, distancia a la que grababan, resolución de las imágenes y cualquier otro detalle que pudiese ser de utilidad aquella noche. No pudo dejar de comentar con él las enormes dimensiones del museo y cómo le daba la impresión de que era mucho más grande por dentro de lo que ya se veía desde el exterior.

—Indudablemente, recorrerlo completamente vacío aumenta esa sensación, señor —le contestó el guardia.

Paccaud no podía creer que ante semejantes dimensiones no existiese en todo el museo ni un solo punto ciego como les había asegurado minutos antes el jefe de seguridad.

—Si cada planta está vigilada por uno de ustedes, ¿quién vigila las escaleras y los ascensores, por ejemplo?

El guardia no pudo disimular una pequeña sonrisa mientras mantenía su mirada fija en el suelo. Estaba claro que el inspector intentaba encontrar por todos los medios algún punto débil en su sistema de seguridad.

—Las escaleras y los ascensores se vigilan por partida doble. Todos los guardias tienen que revisar una vez cada hora durante su turno todo aquello que de acceso a la planta superior e inferior a la que vigilan. Y no solo incluye las escaleras y los ascensores, sino también las salidas de emergencia.

Paccaud frunció el ceño.

Viendo que todo parecía estar en orden decidió que había llegado el momento de avisar al comisario. Por medio de su *walkie-talkie*, le informó de la situación en la que se encontraban tanto Bingleau, que les estaba esperando en la entrada del museo, como él que estaba de camino a la sala de vigilancia.

—Los miembros de la policía y del servicio secreto ya están llegando a la plaza —le dijo al guardia—. De modo que cuando me haya enseñando esta sala y la sala de suministros volveremos a la entrada principal y mi jefe hablará con todos ustedes para explicarles más detalladamente lo que vamos a hacer aquí esta noche.

—Por supuesto —contestó.

Justo al doblar la esquina, Paccaud pudo ver un cartel en la pared que señalaba con una flecha la sala de vigilancia.

«Desde luego está un poco escondida».

—Aquí es —anunció su acompañante mientras buscaba en su juego de llaves la llave adecuada—. Ya hemos llegado.

La sala de vigilancia sorprendió al inspector por sus dimensiones y por la alta

tecnología que albergaba. Ahora sí que podía entender por qué no existían puntos ciegos en todo el museo.

—Con tantas pantallas no sé cómo no se vuelven ustedes locos —dijo sorprendido.

De nuevo el guardia no pudo reprimir una pequeña sonrisa.

—La verdad es que yo tampoco lo entiendo, señor.

La sala de vigilancia del Louvre tenía alrededor de ciento veinte metros cuadrados. Estaba dividida en cinco partes simétricas. Cada una de ellas tenía una gran mesa con cinco monitores de gran tamaño y en la pared que se encontraba detrás de ellas había otros cincuenta monitores dispuestos en cinco filas de diez monitores cada una.

—En total aquí hay...

—Doscientos setenta y cinco monitores de vigilancia —contestó el guardia antes de que pudiera terminar de calcular.

Paccaud no disimuló su enorme sorpresa.

—En este momento —continuó— los de la pared están apagados, como puede comprobar. Esos monitores solo están encendidos mientras el museo está abierto al público.

Paccaud escuchaba atentamente. Por primera vez en toda la noche pensaba que podía encontrar una grieta en aquel sistema de seguridad.

—Los veinticinco monitores situados sobre estas cinco mesas, sin embargo, permanecen encendidos las veinticuatro horas del día. Incluso cuando el museo está cerrado o cuando una determinada planta o sala está en mantenimiento. Estos monitores nunca se apagan.

—Entonces al estar los de la pared apagados sí que se está dejando una gran parte del museo sin vigilar ¿verdad? —preguntó ávido de encontrar algo que decirle al comisario.

—No exactamente, señor. Todos y cada uno de los rincones del museo están vigilados por una cámara de seguridad y la imagen que esta graba se puede ver en estos monitores. Durante la noche, la señal que emiten esas cámaras se controla desde el centro de control situado en la entrada donde usted estaba antes. De esta manera, los dos guardias que están allí pueden elegir desde sus ordenadores cuáles de estas grabaciones quieren ver.

La cara de Paccaud reflejó al momento que su pequeña esperanza se había difuminado.

—Piense —prosiguió— que en esta sala de vigilancia solo hay un guardia cada noche, y le puedo asegurar que estar controlando estos veinticinco monitores a la vez no es nada sencillo. No quiero imaginarme lo que sería que tuviésemos que vigilar los doscientos cincuenta de la pared también. En ese caso sí que habría un problema de seguridad, sencillamente porque no podríamos controlar simultáneamente lo que todas esas cámaras muestran.

—Entiendo.

A pesar de su frustración por no poder encontrar ningún pequeño defecto en el sistema de seguridad para enseñárselo a Chavrier, Paccaud notaba una importante sensación de alivio. Aquel museo era un auténtico búnker en el que parecía imposible hacer nada sin que aquellas cámaras de seguridad lo grabasen. Por tanto, si el secuestrador de Deneux tenía pensado aparecer por allí aquella noche, lo sabrían.

—Creo que ya podemos ir a la sala de suministros, si le parece —dijo después de volver a repasar con la mirada todos los rincones de aquella habitación.

El guardia le correspondió con un leve gesto afirmativo con la cabeza.

—¿Está muy lejos de aquí esa otra sala? —preguntó.

—No, señor —contestó mientras cerraba con llave—. De hecho, es aquella puerta de allí.

El guardia de seguridad le mostró con la mano la puerta que correspondía a la sala de suministros del museo. Ambas salas se encontraban separadas por apenas cincuenta metros. Mientras caminaban hacia ella, empezó a buscar en su juego de llaves la que necesitaba para abrir aquella puerta.

—Me alegra comprobar que está tan cerca. Aunque realmente esperaba que estuviese en el sótano —comentó Paccaud.

—Sí, señor, tiene razón. En esta sala, como verá —el guardia guardó silencio durante unos instantes mientras abría la puerta—, están todos los paneles que muestran el correcto funcionamiento del museo.

Cuando aquel hombre abrió la puerta de la sala de suministros, lo que Paccaud se encontró fue una imagen muy similar a la que había visto en la sala de vigilancia. En esta ocasión, había una única mesa mucho más grande y alargada que cualquiera de las cinco que se encontraban en la otra sala. Sobre ella, había cinco grandes monitores que mostraban los cinco grandes paneles llenos de símbolos de colores que estaban en la pared. Cada uno de esos paneles correspondía a una planta del museo. Los símbolos y sus diferentes colores representaban todas las luces, enchufes, sensores de temperatura, puntos de aire acondicionado, rejillas de ventilación, cámaras de seguridad, extractores de humo y sensores de humo que estaban distribuidos a lo largo de todo el museo. La cara de Paccaud era de asombro absoluto.

—Como ve, desde aquí los técnicos de mantenimiento controlan que todo funciona correctamente. Cuando existe el más mínimo problema en alguna de ellas, como un aparato de aire acondicionado que deja de funcionar o un sensor de temperatura que se activa, las luces verdes que ahora ve en esos paneles cambian de color y se toman las medidas necesarias para solucionarlo.

—¿Hay muchos problemas habitualmente?

—No, señor. La mayoría de los avisos son debidos a alarmas en los sensores de temperatura de las salas. Cada una de ellas está controlada por los equipos de aire acondicionado para que se mantenga siempre a una temperatura constante de dieciocho grados centígrados, y en ocasiones, cuando se produce una aglomeración

de gente en alguna, puede aumentar la temperatura lo suficiente para que salte una de estas alarmas.

—¿Y cuál es la solución en esos casos? —preguntó intrigado.

—Realmente ninguna especial. Los sensores de temperatura tienen dos niveles de alarma; el naranja que se activa cuando la temperatura que miden varía en más de dos grados centígrados el rango de temperatura normal de la sala, y el rojo que se activa cuando la variación es de más de cuatro grados. La gran mayoría de las veces el nivel de alarma es el naranja. Por ejemplo, para que se haga una idea, *La Gioconda*, que es una de las obras más importantes que se exponen en este museo, tiene justo encima uno de estos sensores de temperatura y podría apostar a que se encuentra en el nivel naranja prácticamente todo el día debido a la cantidad de gente que se acerca a ver el cuadro.

La explicación que le había dado el guardia de seguridad había resultado muy esclarecedora. El resto de símbolos del panel tenía un funcionamiento muy similar al de los sensores de temperatura. Cuando existía alguna alteración, un cambio de color alertaba a los técnicos de que algo no iba bien en esa sala concreta. Precisamente por aquel control tan exhaustivo, Paccaud pensaba que aquellos paneles les iban a resultar de mayor utilidad esa noche que la propia sala de vigilancia.

—¿Qué medidas se toman cuando salta una alarma en alguno de estos indicadores? —preguntó buscando con la mirada al vigilante.

—El protocolo que se sigue es siempre el mismo. En primer lugar, cuando los técnicos que están trabajando en esta sala detectan alguna anomalía utilizan las cámaras de seguridad para ver qué está pasando en la sala donde se ha originado el problema. Si no pueden descubrir qué es lo que va mal de esta manera, entonces uno de ellos se dirige personalmente hasta ese lugar y la mayoría de las veces nos avisan también a nosotros para que vayamos. Aunque esto último no ocurre siempre.

—¿Y aquello de allí qué es? —preguntó señalando unas torres llenas de cables que se encontraban al fondo de la habitación.

—Eso es el servidor del museo, señor. Desde ahí se pueden controlar todas las pantallas interactivas, así como la conexión a Internet de todos nuestros ordenadores.

Para el inspector Paccaud había quedado claro que la seguridad del Louvre era sobresaliente. Parecía que nada podía ocurrir sin que los trabajadores se diesen cuenta, lo cual para ellos iba a ser una gran ventaja esa noche. Estaba seguro, además, de que a diferencia de lo que había ocurrido en la catedral de Notre Dame, no sería nada fácil para el secuestrador de Deneux entrar allí sin ser visto, lo cual sin duda, les situaba en una posición de ventaja. O eso pensaba él.

Capítulo 19

El comisario Chavrier esperó a que llegara el segundo coche del servicio secreto que les seguía. Los cuatro agentes se bajaron del vehículo y se dirigieron a cubrir las entradas de *Porte des Lions* y *Passage Richelieu*, tal como Sanoir les había ordenado. Cuando todas estuvieron vigiladas, comenzó a caminar hacia la entrada principal.

—Permanezcan alerta, profesores. Me temo que este lugar es demasiado grande como para poder hacerme cargo de su seguridad, de modo que desde que entremos ahí dentro deberán estar muy atentos a todo lo que ocurre a su alrededor.

La sensación de responsabilidad y excitación por el reto que tenía ante sí se mezclaban a partes iguales en el corazón de Campbell. Él había sido el primero de los tres profesores en llegar a París y el primero al que el comisario le había explicado lo que estaba ocurriendo aquella noche. Por esa razón sentía un mayor deber de ayudarles a encontrar al hijo del presidente.

—¿Tiene pensado qué haremos para descubrir lo que los secuestradores quieren que encontremos aquí? —preguntó.

Chavrier guardó unos segundos de silencio mientras continuaban avanzando en dirección a la entrada del museo.

—¿Qué cree usted que debemos buscar? —le respondió finalmente.

—Es difícil de decir, comisario —reconoció Campbell—. Pero para serle sincero espero que no encontremos ningún otro cadáver.

—Yo también lo espero, profesor —añadió Sanoir—. Pero creo que tiene razón el comisario. Deberían empezar a pensar qué creen ustedes que debemos buscar en el interior de este museo. No hace falta que les recuerde que el tiempo corre en nuestra contra ¿verdad?

Ninguno de los profesores le contestó. Ya era suficiente la presión que estaban soportando como para que encima les recordara constantemente lo que estaba ocurriendo y su responsabilidad aquella noche. Cuando ya estaban llegando a la puerta principal, Milanelli miró su reloj. Faltaban pocos minutos para la una y media de la madrugada.

—Antes de entrar —dijo Campbell justo cuando Chavrier se disponía a abrir la puerta—, creo que debemos tener en cuenta algunas cosas importantes que pueden ayudarnos.

Chavrier se quedó mirándole.

—Si recuerdan lo que ocurrió en Notre Dame —continuó explicándose—, tanto en la cripta como en la vidriera encontramos el mismo símbolo. Un triángulo con un ojo en su interior. Como ya les expliqué, ese símbolo se utiliza para representar el conocimiento y la búsqueda de la sabiduría. Este museo tiene una gran colección de obras de arte y de esculturas, pero lo cierto es que creo que deberíamos descartar inicialmente las salas en las que se expongan esculturas y centrarnos exclusivamente en aquellas en las que se expongan cuadros.

—¿Y por qué deberíamos hacer eso, profesor? —preguntó Chavrier dudando que aquella fuera una buena idea.

—Verá, comisario, las esculturas se han utilizado históricamente para representaciones de personas reales o mitológicas de otras épocas y se han empleado en la mayoría de las ocasiones como un elemento decorativo. Sin embargo, a lo largo de los siglos la pintura ha sido un vehículo de expresión de multitud de artistas que han intentado, a través de sus obras, plasmar los acontecimientos ocurridos en la historia. No se me ocurre ninguna fuente de conocimiento mejor que pueda recoger un museo como este que sus obras de arte. Además, si mi razonamiento no es equivocado, esto nos permitiría centrarnos en un objetivo más pequeño.

Sanoir no podía disimular su cara de preocupación. No estaba de acuerdo en haber abandonado Notre Dame para ir a Louvre y ahora encima proponía que solo debían buscar en una parte del museo.

—Creo que Campbell tiene razón —dijo Milanelli percibiendo las dudas que ambos sentían—. No tiene ningún sentido entrar ahí y ponernos como locos a buscar por todas las salas. Lo que ha hecho el asesino de aquel hombre en Notre Dame ha sido algo muy estudiado. Piense que si no hubiese entrado la luz de la luna por aquella vidriera el profesor Campbell no se habría dado cuenta de lo que nos estaba diciendo. Ese hombre, o los secuestradores de Deneux, o quién demonios haya hecho aquello, dejó el cadáver en la catedral precisamente hoy porque ¡fíjense! —dijo apuntando al cielo— sabía perfectamente que la luna iluminaría el interior de la catedral en el altar mayor. Justo donde colocó el cuerpo. De modo que estoy seguro de que lo que tenemos que encontrar en el interior de este museo es algo que está perfectamente planificado.

—Quizá debamos, además, limitar la búsqueda a aquellas salas donde se expongan cuadros que tengan un componente religioso —opinó Margaux.

El comisario se giró hacia ella.

—¿Está segura de eso, profesora?

—Bastante segura, comisario. El asesino de aquel hombre eligió una catedral para dejar su cuerpo de entre los muchos lugares característicos y perfectamente llamativos que tiene esta ciudad. Además, después eligió un símbolo que estaba grabado sobre una tumba y representado en una vidriera encima de la cabeza de Jesucristo. Creo que su actuación hasta ahora contiene suficientes connotaciones religiosas como para plantearnos acotar la búsqueda a este tipo de cuadros. Indudablemente, puede que estas ideas que les estamos proponiendo no sean acertadas —añadió viendo la cara que estaba poniendo— pero estoy convencida de que si queremos encontrar algo en este museo lo antes posible debemos reducir nuestra búsqueda, y estas creo que son dos buenas opciones para poder hacerlo. O por lo menos las más razonables.

—Estoy de acuerdo —dijo Milanelli—. Si lo que la profesora acaba de exponer es cierto, esa conducta por parte de los secuestradores apoyaría mi teoría de que

actúan de un modo sumamente estudiado, señor.

Chavier miró durante unos instantes a Sanoir buscando entender con la mirada cuál era su opinión acerca de lo que estaban proponiendo. Finalmente, se dirigió a ellos de nuevo.

—Está bien, profesores. En cuanto entremos ahí dentro nos dividiremos en varios grupos e inspeccionaremos en primer lugar las salas del museo donde se encuentran las obras de arte que tengan que ver en mayor o menor medida con la religión. No obstante, y siguiendo la explicación de la profesora Margaux, también revisaremos todas las salas en las que haya esculturas con el mismo carácter religioso. Acepto plenamente su teoría, profesor Campbell, pero entienda que en la situación en la que nos encontramos debemos abarcar el mayor número de opciones posibles.

Capítulo 20

Dentro del museo, Bingleau miraba desde el centro de control situado en la entrada principal cómo el comisario Chavrier, Sanoir y los tres profesores se acercaban por la plaza del Carrusel. El inspector Paccaud se había ido hacía varios minutos a conocer la sala de vigilancia y la sala de suministros mientras que el resto de guardias de seguridad habían vuelto ya a sus respectivas plantas a continuar con la vigilancia. Aparentemente, todo parecía estar en calma allí dentro y nada le hacía sospechar que en aquel apacible lugar pudiesen descubrir nada parecido a lo que habían visto en la catedral de Notre Dame. La tranquilidad que se respiraba invitaba a observar la belleza del edificio. Como minutos antes le había dicho a Paccaud, posiblemente esa sería la primera y única vez que tuvieran para ellos solos el museo del Louvre. El aspecto de la gran pirámide de cristal que adornaba la entrada principal era aún más impresionante desde el interior. Los pasillos que salían de aquella entrada se perdían en la oscuridad y tan solo, cada cierto tiempo, los pasos del guardia que vigilaba el *hall* Napoleón alteraban el silencio reinante.

—Aquí están mis compañeros —les advirtió en voz baja a los dos guardias que se encontraban sentados en la mesa de control.

El primero en entrar por la puerta fue el comisario Chavrier, detrás de él entró la profesora Margaux y los profesores Milanelli y Campbell. Sanoir accedió en último lugar.

—¿Todo está controlado aquí dentro? —le preguntó el comisario disminuyendo progresivamente su tono de voz.

—Sí, señor —respondió casi susurrando Bingleau.

Chavrier buscó con la mirada a Sanoir que había escuchado la contestación y le estaba haciendo un leve gesto de afirmación con la cabeza. A continuación, caminó unos pasos hasta acercarse al lugar donde se encontraban los dos vigilantes.

—Permítanme que me presente —dijo en voz alta tratando de atraer su atención—. Soy el comisario Chavrier y mis acompañantes son la profesora Margaux, el profesor Milanelli y el profesor Campbell. Los tres están esta noche aquí como colaboradores de la policía y deben dirigirse a ellos como miembros de la policía a todos los efectos. Por último, el señor Sanoir, es el jefe del servicio secreto del presidente y es junto a mí, la persona a la que deberán dirigirse de ahora en adelante con todo aquello que necesitamos. Es mi intención que nuestra estancia aquí no se prolongue excesivamente en el tiempo, de modo que les pido su colaboración para que podamos terminar lo antes posible y así dejarles tranquilamente que sigan haciendo su trabajo.

Chavrier se tomó un respiro.

—Y ahora que ya nos hemos presentado —continuó— me gustaría saber quién es la persona al mando de la seguridad del museo esta noche.

—Ese me temo que soy yo —dijo el jefe de seguridad levantándose de la mesa.

Mientras se acercaba, el comisario aprovechó para fijarse bien en él. La profesora Margaux acababa de sugerir hacía unos minutos la posibilidad de que los secuestradores de Deneux contasen con la colaboración de personas que trabajasen tanto en Notre Dame como en el propio Louvre, lo que le había llevado a establecer un elevado grado de desconfianza hacia cualquier persona ajena a su departamento o al servicio secreto.

—Yo soy el responsable de la seguridad del museo, señor —repitió aquel hombre al llegar a donde se encontraba Chavier.

—Me alegra conocerle —dijo el comisario al tiempo que estrechaba su mano—. Espero que podamos contar con su colaboración para poder llevar a cabo todo lo que necesitamos hacer aquí esta noche.

—Por supuesto —contestó con énfasis.

—¿Cuántos guardias de seguridad vigilan el museo? —preguntó Sanoir adelantándose unos pasos.

—Somos ocho en total, señor. Seis vigilan las diferentes plantas del museo y dos estamos aquí, en el centro de control. De los seis que vigilan las plantas, uno de ellos es realmente el encargado de controlar la sala de vigilancia y la sala de suministros. De hecho, ahora mismo debería estar enseñándoselas a uno de sus compañeros.

Chavier emitió un leve murmullo aparentando ignorar que uno de sus hombres estuviese inspeccionando ya parte de las dependencias del museo.

—Los otros cinco —continuó el guardia— vigilan las cinco plantas y los accesos a cada una de ellas como les explique antes a sus compañeros.

Mientras el jefe de seguridad contestaba la pregunta de Sanoir, el comisario intentaba encontrar algo que pudiese estar fuera de lo normal. A pesar de ser parisino, tan solo había visitado el museo del Louvre en una o dos ocasiones, no lo recordaba muy bien. En una de ellas, incluso había preferido quedarse en la cafetería mientras la familia de su mujer lo visitaba. En ese momento, y tan solo por un pequeño instante, se arrepentía de no haberles acompañado en aquella ocasión.

—¿Quiere que llame al resto de guardias, señor? —preguntó el jefe de seguridad atrayendo la atención de Chavier.

—No, no. No creo que sea necesario —respondió centrándose de nuevo en aquella conversación—. Lo que sí que me gustaría es que me enseñara un plano del museo. Queremos inspeccionar varias salas y querría...

Sin dejar que terminara de hablar, el otro guardia que estaba en la mesa se acercó con varios de planos del museo.

—Estos son los mapas que utilizan los turistas, señor —dijo a la vez que abría uno de ellos para mostrárselo al comisario—. Como verá, aparecen todas las plantas y los cuadros más importantes de cada una de ellas, así como un resumen de las obras que se exponen en cada sala.

El profesor Campbell se acercó en ese momento a coger uno de los planos que sostenía en su mano aquel hombre. Con cuidado lo abrió y lo extendió ayudado por

Milanelli y la profesora Margaux. Sanoir, por su parte, parecía estar menos interesado que ellos en la distribución de las obras en el museo y permanecía inspeccionando la puerta por la que acaban de entrar hacía unos instantes para comprobar que los exteriores del museo permaneciesen correctamente vigilados. Mientras los tres profesores estudiaban aquel plano, el guardia de seguridad le indicó detenidamente al comisario la mejor manera de utilizarlo para orientarse correctamente por las enormes dependencias del museo.

—Creo que estos planos nos van a servir de gran ayuda, comisario —dijo finalmente Margaux a la vez que le mostraba una sonrisa de agradecimiento al hombre que se los había traído.

Chavrier la miró satisfecho. La verdadera razón por la que se encontraban allí solo la sabían ellos, de modo que tenían que medir muy bien cada palabra que decían.

En ese momento, el inspector Paccaud apareció acompañado del guardia de seguridad.

«Justo a tiempo», pensó Sanoir.

—¿Todo en orden, inspector? —preguntó Chavrier apartando la mirada del plano que tenía entre las manos.

—Sí, señor. Hemos revisado la sala de vigilancia y la sala de suministros. En la sala de vigilancia todas las cámaras están operativas y en la sala de suministros los indicadores muestran que todo está funcionando correctamente.

El jefe de seguridad no pudo disimular su satisfacción al escuchar aquellas palabras. Tenía muy claro que esa noche tenía mucho que perder y poco que ganar en función de lo que allí ocurriera, y por el momento, que a la llegada de la policía y del servicio secreto todo estuviese en orden, era un buen comienzo. Llevaba más de diez años trabajando para General Security, la empresa privada encargada de velar por la seguridad del museo del Louvre y de la mayoría de los museos y sitios públicos de París. Anteriormente, había trabajado también como miembro de seguridad del museo de Orsay, de modo que el ascenso a jefe de seguridad del Louvre, aunque fuese del horario nocturno, había supuesto un gran paso en su carrera.

—Le haremos saber si necesitamos su ayuda —dijo Chavrier comenzando a bajar la escalera de caracol que llevaban hasta el *hall* Napoleón—. Hasta que eso ocurra le pido que sigan haciendo su trabajo como si no estuviésemos en el museo.

Las últimas palabras del comisario apenas se pudieron escuchar desde el centro de control. El jefe de seguridad resopló aliviado por haber superado el que sin duda, en su opinión, iba a ser el momento más delicado de la noche.

«¿Qué demonios habrán venido a hacer al Louvre?».

A unos metros de distancia, en el *hall* Napoleón, Margaux continuaba mirando con atención aquel plano. Si la propuesta que les había hecho al entrar era acertada o no era algo que descubrirían muy pronto, y para hacerlo, ahora debía decirles cuáles eran exactamente las salas del museo que cumplían con aquellas características tan específicas.

—Bien, profesora —dijo Chavier— ¿por dónde cree usted que deberíamos comenzar?

Margaux respiró hondo y fijó su mirada en el plano una vez más. La decisión que estaba a punto de tomar iba a condicionar sin lugar a dudas la búsqueda de Deneux desde ese preciso momento en adelante.

—Bueno yo... —comenzó dubitativa— creo que deberíamos comenzar por el ala Richelieu de la planta baja, el ala Denon de la primera planta y las alas Richelieu y Sully de la segunda, comisario.

—¿Cuatro solamente, profesora? —preguntó Sanoir consciente de la cantidad de espacio que estaban dejando sin vigilancia.

—Sí, así es, señor —respondió intentando respaldar con argumentos su decisión—. El ala Richelieu de la planta baja concentra la mayoría de las esculturas que creo que nos pueden interesar y en las otras tres alas que les he indicado están la mayoría de las obras de arte de los siglos XII al XIX que creo que son las que nos pueden dar mayor información respecto a lo que estamos buscando.

Margaux sintió la incomodidad de tener que elegir las palabras adecuadas para explicar su elección sin que el guardia que vigilaba aquella planta pudiese escucharles e interpretar nada extraño.

—Está bien —contestó el comisario—. En ese caso nos dividiremos en tres grupos diferentes. Sanoir y el profesor Milanelli irán a la planta baja. Usted y el inspector Bingleau subirán a la segunda planta y buscarán en las alas Sully y Richelieu, y el profesor Campbell y yo iremos al ala Denon de la primera planta, tal como nos ha indicado que debemos hacer.

Capítulo 21

El jefe de seguridad encendió su *walkie-talkie* y comenzó a informar a todos los guardias que vigilaban las diferentes plantas del museo de lo que el comisario Chavrier le acababa de pedir. Todos debían colaborar en lo que cualquiera de ellos necesitase. En los tres años que llevaba trabajando en el museo del Louvre, nunca había ocurrido nada reseñable por lo que aquella era, sin duda, una noche realmente excepcional para todos ellos. Hasta ese momento, lo más interesante que habían visto había sucedido hacía aproximadamente un año y medio cuando en la nochevieja de 2011 una pareja de jóvenes se había estrellado con su bicicleta contra la pirámide del museo. Afortunadamente, la estructura de cristal no había sufrido ningún daño pero el estado de borrachera que tenían aquellos dos jóvenes, junto con la multitud de personas que estaban de celebración por la plaza aquella noche, había sido suficiente razón para captar el interés de la prensa y que aquel hecho hubiese abierto al día siguiente la mayoría de los informativos nacionales. En esta ocasión, sin embargo, dentro del museo estaban siete personas ajenas a él y todo debía salir bien para que lo que trascendiese de aquella noche fuese, en cualquier caso, positivo para sus intereses.

Tras informar a sus compañeros, volvió a sentarse en la mesa de control. Antes de seguir revisando las grabaciones de las cámaras de seguridad, fijó su mirada en el exterior del museo. Como esperaba, la plaza estaba completamente vacía. Lo único interesante parecía estar teniendo lugar en el interior del museo. Al devolver su mirada hacia la pantalla del ordenador, este mostraba en ese momento el pasillo de acceso a la sala de exposiciones en el *hall* Napoleón. A continuación, comenzó a echar un vistazo rápido a las grabaciones de otras cámaras situadas en las salas más importantes para intentar descubrir qué tenían pensado hacer aquellas personas dentro de *su* museo.

Según se acercaban a su destino, Sanoir y el profesor Milanelli comenzaron a escuchar unas pisadas diferentes a las suyas. Sin duda, el guardia de seguridad que vigilaba la planta baja ya debía haber sido informado de que se dirigían hacia allí y les estaría esperando. En efecto, cuando tan solo les separaban unos metros de la entrada al ala Denon, las luces de sus diferentes salas comenzaron a encenderse.

—¿Hola? —dijo Sanoir intentando encontrar a quien acababa de encender las luces.

—Un momento, por favor —contestó una voz desde la distancia.

Ambos esperaron pacientemente durante unos segundos a que llegara el guardia de seguridad. Indudablemente, él mejor que nadie les podría indicar dónde estaban las salas que querían ver. Según el plano del museo, orientarse parecía un trabajo sencillo pero la realidad era bien distinta y las increíbles dimensiones de aquellas

salas podrían confundir a cualquiera. De repente, el guardia de seguridad apareció justo detrás de ellos.

—Buenas noches —dijo con una sonrisa amable.

Sanoir se giró y le observó detenidamente de arriba a abajo antes de contestar.

—Buenas noches —respondió—. No sé si sabe exactamente por qué estamos aquí...

—Sí, sí, ya nos los han explicado sus compañeros —contestó sin dejarle terminar.

A pesar de la interrupción, Sanoir se sintió aliviado.

«Cuanto menos tiempo perdamos en explicaciones, mucho mejor».

—Entonces también sabrá que queremos visitar algunas salas específicas del museo —afirmó Milanelli.

El guardia se quedó en silencio mostrando un ligero gesto de extrañeza.

—Bueno, quizá no le hayan explicado todo —continuó sin darle mayor importancia—. En cualquier caso, necesitamos que nos indique dónde se encuentran las esculturas religiosas que haya en esta planta.

Al guardia se le escapó una risa nerviosa.

—No sé si saben exactamente a qué ala del museo han venido, pero aquí —contestó señalándola con su brazo— la mayoría de las esculturas que están expuestas tienen que ver con la religión.

Sanoir soltó un notorio bufido y comenzó a prestar atención a la inmensidad de la sala que el guardia tenía a sus espaldas. Era cierto que él había criticado a la profesora Margaux por querer limitar la búsqueda a tan solo cuatro alas del museo, pero ahora viendo lo que se les venía encima, deseaba que hubiese sido mucho más precisa todavía y la hubiese limitado a cuatro salas concretas.

—¿Está diciendo que todas las salas que ahora mismo se encuentran iluminadas contienen esculturas religiosas? —preguntó asombrado Milanelli.

El guardia torció el gesto. Aquellos dos hombres no tenían ni idea de en qué museo estaban.

—En verdad no, caballeros. Solo las salas de la izquierda —contestó señalándolas nuevamente con su brazo—. Todas las salas que se encuentran ahí detrás y allá a la derecha contienen antigüedades romanas y egipcias, en su mayoría. No son esculturas específicamente aunque alguna también hay, por supuesto.

—En ese caso, parece que la zona que debemos revisar se reduce considerablemente —dijo Sanoir visiblemente aliviado.

—Sí, así es. Estas salas contienen en su mayoría esculturas españolas, italianas y de otras partes de Europa de los siglos XI al XV.

El guardia de seguridad se detuvo un momento. A pesar del claro gesto de alivio que mostraban aquellos dos hombres con los que estaba hablando, sabía que tenía que terminar de decirles la verdad.

—Pero si lo que están buscando son esculturas también deberían ver el ala Richelieu.

A Sanoir por un momento parecieron salirse los ojos de las órbitas.

—¿Cómo dice?

—El ala Richelieu, señor. Aquí están la mayoría de las esculturas europeas, como les he dicho, pero las esculturas francesas tienen sus propias salas en el ala Richelieu.

Sanoir miró con cierto grado de desesperación a Milanelli.

—Espero que la profesora Margaux haya estado más acertada con el resto de sus elecciones.

—Estoy seguro de que ha acertado con su decisión —opinó intentando disculparla—. En cualquier caso, creo que lo mejor será que comencemos a revisar todas esas salas ya que parece que serán más de las que en principio teníamos previsto.

Tanto Sanoir como el guardia de seguridad se mantuvieron en silencio ante las palabras del profesor.

—Si pudiera indicarnos el camino... —dijo tras la pausa Milanelli.

Sin contestar, el guardia de seguridad se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia la primera de las salas que le estaban pidiendo ver. Mientras avanzaban detrás de él, Milanelli intentó imaginar qué podían querer los secuestradores de Deneux que encontraran en un lugar como aquel. Estaba seguro, como ya había expuesto antes, que esas personas hacían las cosas de una manera perfectamente calculada como había quedado claramente demostrado en la catedral de Notre Dame. Por tanto, si la interpretación de Campbell había sido correcta y el siguiente paso que debían dar aquella noche era dirigirse al Louvre, cualquier cosa que tuviesen que descubrir allí debería ser relativamente fácil de encontrar dadas sus enormes dimensiones. Sin embargo, sus esperanzas iniciales de encontrar algo anormal al llegar se habían esfumado. Tanto en el exterior del museo como en el interior, todo estaba tranquilo. También parecía claro que ellos y el personal de seguridad eran las únicas personas que estaban allí dentro esa noche. Por lo tanto, ¿qué tenían que encontrar?

Sin dejar de darle vueltas a aquella cuestión, tocó disimuladamente con su mano el brazo derecho de Sanoir y le hizo un leve gesto para que ralentizara el paso. Dada la cantidad de salas que debían revisar era imprescindible que establecieran un orden de prioridades.

—Verá, señor, creo que tenemos que empezar a pensar en priorizar lo que debemos de buscar en primer lugar —dijo en voz baja.

Sanoir le escuchaba atentamente mientras mantenía la mirada fija en el suelo.

—Hasta ahora sabemos que los secuestradores han elegido la catedral de Notre Dame entre todas las iglesias de París, y este entre todos los museos de la ciudad. De modo que siguiendo el mismo razonamiento, creo que debemos buscar en primer lugar las obras más famosas que se expongan aquí. Si han elegido la iglesia y el museo más importantes de París, no me parece incoherente pensar que lo que quiera que sea que tengamos que encontrar en el Louvre tenga que ver igualmente con sus obras más importantes.

La voz del guardia interrumpió al profesor.

—Todas las esculturas que pueden ver en esta sala y en las que verán más adelante —dijo a la vez que con su mano indicaba el fondo de la sala en la que se encontraban— son las esculturas españolas, italianas y de otros países europeos de las que les hablé antes.

Sanoir y el profesor Milanelli miraron a su alrededor asombrados.

«Estamos perdidos», pensó Sanoir.

—No sé qué opina usted, señor, pero creo que de los tres grupos que ha organizado el comisario, el nuestro es el que va a tener mayores problemas. Lo mío son los números, no el arte, y todo lo que yo veo aquí son un montón de esculturas que me atrevería a decir que son todas iguales. De hecho —continuó—, estoy seguro de que no distinguiría una obra verdadera de una falsa ni dedicándole un año entero.

Sanoir sabía que sus conocimientos no estaban lejos de los de Milanelli.

—En ese caso, profesor, recemos para que lo que tengamos que encontrar en este museo tenga que ver con los números. Al fin y al cabo, por alguna razón usted era una de las personas que tenía que estar aquí esta noche y tenemos que descubrir cuál es esa razón.

Capítulo 22

Los profesores, junto con el inspector Bingleau y el comisario Chavrier, se dirigían hacia las escaleras que daban acceso a las plantas primera y segunda del museo. El comisario y Bingleau caminaban un poco adelantados respecto a ellos. Chavrier le iba dando instrucciones acerca de lo que quería que hiciese si encontraban algo relacionado con el secuestro de Deneux o con el asesinato que habían descubierto en Notre Dame. Los tres grupos que había organizado siguiendo las indicaciones de la profesora debían permitirles inspeccionar todas esas salas simultáneamente y en el menor tiempo posible. A pesar de que todo se había organizado como ella había dicho, la cara de preocupación era patente en el rostro de Margaux. Cuando estaban llegando a las escaleras, Campbell le comenzó a hablar en voz baja.

—Si te sirve de algo, yo también creo que has elegido las salas adecuadas.

Nuevamente, como había ocurrido en el Palacio del Elíseo y en Notre Dame, sus palabras le sirvieron de consuelo.

—Gracias —le contestó sonriente—. Lo que me preocupa ahora es saber qué es lo que tenemos que encontrar en ellas.

Campbell se mantuvo en silencio mientras seguía caminando.

—Quiero decir —continuó—, esas salas contienen las obras de arte que encajan dentro de lo que creemos que es el comportamiento de estas personas. Pero lo que no acabo de entender es qué quieren que encontremos allí. Fíjate en la tranquilidad que hay aquí dentro. ¿Realmente crees que podríamos encontrar algo parecido a lo de Notre Dame?

En ese momento, Campbell no necesitó utilizar las palabras para contestar a la profesora. Su mirada dejaba patente su miedo por encontrar más personas asesinadas.

—Y si no encontramos nada, ¿cuál crees que será la reacción de Chavrier y de Sanoir? Nosotros somos las únicas tres personas relacionadas directamente con el secuestro de Deneux.

—¡Pero nosotros estamos ayudándoles! —exclamó en voz baja ante lo que insinuaban sus palabras.

—Sí, lo sé. Pero ¿y si no deberíamos estar aquí? ¿Qué crees que pensarían si de repente llaman a Sanoir y le informan de que han encontrado algo más en la catedral o que han encontrado otro cuerpo en cualquier otro sitio de París?

Las palabras de Margaux estaban devolviéndole la misma sensación de miedo y de ansiedad que había sufrido anteriormente en el Elíseo al ver su nombre escrito en aquella carta.

—Podrían creer que les hemos traído aquí para hacerles perder el tiempo —balbuceó a duras penas.

—Exacto.

Los dos se detuvieron y se quedaron mirándose fijamente el uno al otro. El

comisario y el inspector Bingleau continuaban caminando hacia las escaleras.

—En ese caso, por extraño que parezca, casi prefiero que encontremos el cuerpo de otra persona lo antes posible —dijo Campbell cabizbajo después de unos segundos—. No quiero ni imaginarme qué sucedería si lo que estás diciendo llegase a ocurrir.

—¡Profesores! —exclamó Chavrier desde la distancia—. ¡No tenemos tiempo que perder!

Sin decir una palabra, ambos retomaron el camino hacia el inicio de las escaleras donde se encontraban ellos esperándoles. El silencio era total en aquella parte del museo y las palabras de Chavrier retumbaron a lo largo de todo el pasillo.

—Ya le he dicho a Bingleau, profesora —dijo mientras comenzaba a subir escaleras—, que deben avisarme inmediatamente en cuanto descubran cualquier cosa que pueda estar relacionada con el secuestro de Deneux o con los hechos que descubrimos en Notre Dame. Estén atentos, por favor, al comportamiento del guardia de seguridad. Como dijo usted antes, no debemos descartar la posible implicación de trabajadores del museo en el secuestro, de modo que todo lo que tenga que hablar con Bingleau y que sea relevante para la investigación, le ruego que tenga la precaución de no hacerlo delante del guardia.

El comisario se detuvo unos instantes para recuperar el aliento. Tan solo quedaban unos pocos escalones para llegar a la primera planta.

—En cuanto hayan terminado de inspeccionar las salas que les corresponden, me informarán a través del *walkie-talkie* que lleva el inspector y nos encontraremos de nuevo en el centro de control. Además, recuerden que el inspector Paccaud estará en la sala de vigilancia para controlar todo lo que está pasando. Si a los secuestradores de Deneux se les ocurre aparecer por aquí esta noche estaremos preparados para detenerles.

Había llegado el momento de separarse. Por primera vez en toda la noche, Margaux tenía que alejarse del profesor Campbell. La única persona capaz de transmitirle tranquilidad comenzó a adentrarse en el oscuro pasillo que daba acceso al ala Denon. Una profunda sensación de soledad la invadía más y más a cada paso que el profesor se alejaba.

—Profesora, debemos continuar —dijo educadamente Bingleau.

Cuando Margaux volvió la cabeza hacia el inspector, este ya había subido los dos primeros escalones de las escaleras que daban acceso a la segunda planta del museo. Con el brazo derecho extendido hacía ella, le invitaba a acompañarle. Margaux estiró su brazo y cogió su mano. Las salas Denon y Richelieu les esperaban.

Capítulo 23

El inspector Paccaud y el guardia de seguridad caminaban de nuevo en dirección a la sala de vigilancia. La cara del guardia mostraba cierto enfado. Acababan de hacer ese mismo trayecto en dirección contraria y ni siquiera nadie les había explicado nada interesante sobre lo que debían hacer ellos.

«Por lo menos la noche será algo más interesante».

A diferencia de lo que había ocurrido apenas media hora antes, el camino desde el centro de control de la entrada principal hasta la sala de vigilancia lo hicieron a un ritmo mucho más rápido y en completo silencio. Sin saberlo, Paccaud compartía el mismo sentimiento que tenía el guardia.

«Me ha tocado lo más divertido», pensó irónico.

Al llegar al pasillo que daba acceso a aquellas dos salas, el inspector se dirigió finalmente al guardia.

—Creo que deberíamos encender todas las pantallas de esta sala.

El guardia le miró y se limitó a afirmar con la cabeza.

La mayoría de las pantallas que se encontraban en la sala de vigilancia permanecían apagadas durante la noche, y como ya le había explicado anteriormente, las imágenes que grababan solo se podían seguir desde el centro de control. No obstante, Paccaud pensaba que lo mejor sería encenderlas para poder vigilar con más detalle todo lo que ocurría en las salas donde iban a estar sus compañeros y los profesores.

Al llegar a la puerta, el guardia comenzó a buscar la llave para poder abrirla. Exactamente igual que había hecho minutos antes.

—De todas formas, señor —le dijo finalmente—, con la iluminación que tiene el museo ahora mismo no creo que sean de gran ayuda.

Paccaud se quedó en silencio. Por alguna razón no se había dado cuenta de ese detalle. Miró al suelo y vio cómo efectivamente unas pequeñas luces iluminaban el pasillo lo suficiente como para poder orientarse pero no como para que las cámaras de seguridad pudiesen ofrecer una buena imagen. Sin decir una palabra, caminó unos pasos y recorrió de nuevo el pasillo en sentido contrario por la misma dirección por la que acababan de llegar hasta entrar en la primera sala donde se exponían obras. La iluminación era la misma. Suficiente para adivinar sus dimensiones pero insuficiente para captar imágenes de calidad.

«Ideal para alguien que no quiera ser visto».

Cuando volvió a la sala de vigilancia, el guardia ya había encendido todas las pantallas de la pared siguiendo sus indicaciones. Ciertamente, las imágenes no eran buenas. Tan solo en uno de los cinco grupos, las imágenes eran perfectas. En ellas se podía ver a Sanoir y al profesor Milanelli caminando detrás de un guardia de seguridad. A su lado, un gran número de pantallas mostraban diferentes salas del museo completamente vacías.

—Fíjese ahora en aquellas —dijo el guardia señalando con su mano derecha dos en concreto.

Paccaud guio su vista hacia donde le indicaba. En ellas, se podía ver con dificultad a dos personas caminando.

—¿Qué diría que ve, señor? ¿Quién diría que son?

Paccaud se quedó completamente en silencio mirando fijamente las imágenes. Se estaba dando cuenta de que, tal como estaba ahora mismo el museo, tenían un grave problema de seguridad. Él mismo estaba viendo las siluetas de dos personas caminando por uno de aquellos pasillos y sus imágenes pasaban de una pantalla a otra en función de cuál fuese la cámara que les estuviese grabando, pero en ninguna de ellas podía verse más arriba de la cintura, por lo que distinguir entre uno de ellos o alguien ajeno al museo era sencillamente imposible.

—¿Quiénes son esas dos personas? —preguntó con voz seria.

El guardia dudó un instante.

—Son las cámaras de la primera planta, señor. Eso es lo único que puedo decirle.

«El comisario y el profesor Campbell».

—Esa es la razón por la que le decía antes que no nos va a resultar de mucha ayuda tener todas estas pantallas encendidas —le aclaró entendiendo su silencio— y una de las razones por las que se mantienen apagadas durante el horario nocturno. Se supone que su función la pasamos a cumplir nosotros.

Paccaud permanecía mirando perplejo aquellas imágenes. En una podía ver claramente a Sanoir y al profesor Milanelli mientras que en la otra solo adivinaba las siluetas de dos personas. Mientras veía cómo Chavier y el profesor Campbell avanzaban por el pasillo sin poder distinguir su rostro, la imagen del hombre asesinado en Notre Dame volvió a su mente.

—Entonces la única manera de obtener imágenes de buena calidad sería encendiendo las luces de todo el museo ¿verdad?

La respuesta era evidente.

—¿Habría algún problema en hacerlo? —preguntó al instante.

—Ninguno, señor. Lo único que desde el exterior el museo se vería completamente iluminado al igual que ocurre cuando está abierto.

Paccaud de nuevo mantuvo su silencio.

«Eso sí que sería un problema».

Tras unos segundos de reflexión cogió su *walkie-talkie* para informar al comisario de lo que había descubierto.

—Creo que tenemos un problema con la seguridad del museo, señor —comenzó Paccaud.

—¿De qué se trata? —preguntó inquieto.

—Hemos encendido todas las pantallas de la sala de vigilancia para poder ver lo que están grabando cada una de las cámaras, pero me temo que con la iluminación que tenemos ahora mismo apenas se distingue lo que vemos en ellas.

Chavrier se detuvo en medio del pasillo y miró a su alrededor. Efectivamente, las pequeñas luces del suelo solo le iluminaban a la altura de la rodilla.

—Señor, estoy viendo en la pantalla cómo usted y el profesor Campbell se han detenido. El problema es que no puedo distinguir sus rostros.

El comisario miró de nuevo al suelo y a continuación se dirigió al profesor Campbell.

—Profesor ¿podría, por favor, colocarse en el borde del pasillo junto a una de esas luces?

Mientras Campbell hacía lo que le pedía, él se colocó justo en el punto medio donde ni siquiera la luz llegaba a iluminar sus zapatos.

—Uno de ustedes dos acaba de desaparecer de la imagen, señor —dijo nervioso Paccaud a través del *walkie-talkie*.

—Esta es una situación ideal para alguien que quiera hacer algo en el museo sin ser visto —dijo Campbell después de escuchar lo que les estaba diciendo.

«Una situación perfecta».

El comisario buscó la cámara de seguridad que les estaba grabando.

—¿Ocurre lo mismo en el resto del museo? —preguntó.

—No, señor. En pantalla tengo al profesor Milanelli y a Sanoir que ya han llegado al ala Denon. Allí el guardia ha debido encender las luces y la imagen es perfecta.

—De modo que desde la sala de vigilancia solo podrá ver lo que ocurre en las salas en las que nosotros vamos a estar ¿verdad, inspector?

—Si encienden las luces de cada una de ellas sí, señor.

«No podemos permitirnos eso. Todas deben estar igualmente vigiladas», pensó Chavrier.

—El problema —continuó Paccaud— es que si encendemos todas las luces, desde el exterior se vería claramente que algo está ocurriendo dentro.

«Y llamaríamos la atención».

—Pueden decir que se están llevando a cabo trabajos de mantenimiento —le dijo en voz baja el guardia de seguridad.

Paccaud permaneció unos instantes mirándole fijamente pidiendo que le aclarara lo que estaba diciendo.

—Lo normal es que los trabajos de mantenimiento se realicen solo en una zona del museo, pero cuando tienen lugar se mantiene la iluminación encendida durante toda la noche. Si necesitan una buena razón para iluminarlo todo simultáneamente, creo que esta podría ser una buena idea.

Paccaud sabía que aquel guardia les acababa de salvar de un gran problema.

—Ya lo tengo, señor. Ahora mismo encendemos todas las luces del museo —dijo finalmente por el *walkie-talkie*.

Capítulo 24

Casi al mismo tiempo en que el comisario Chavrier cortó la comunicación con Paccaud, se encendieron las luces de la sala en la que se encontraban. No había ni rastro del guardia de seguridad que se suponía que debía estar vigilando aquella planta. Campbell se separó del lugar donde le había pedido Chavrier que se situara momentos antes, y sin apartar la vista de la pared que tenía enfrente, caminó unos metros para admirar uno de los cuadros. El comisario, por su parte, seguía con la mirada fija en la cámara de seguridad situada en una de las esquinas de la sala.

—Ni siquiera estábamos en un pasillo —dijo malhumorado.

Tras comprobar que las luces del suelo se habían apagado, buscó a Campbell con la mirada. El profesor permanecía inmóvil a unos pocos metros observando el cuadro de mayor tamaño que había en toda la sala. Ignorando por completo de qué obra se trataba, se acercó hasta situarse a su lado. Primero, miró el cuadro con relativo interés, y a continuación se fijó en el rostro ensimismado de Campbell. De nuevo, devolvió su mirada al cuadro sin entender por qué le resultaba tan interesante.

—¿Puede decirme por qué le gusta tanto este cuadro, profesor? —preguntó.

—*Las bodas de Caná*, comisario. Es increíble —contestó sin poder disimular su fascinación.

—¿El del milagro del agua y el vino? —preguntó intentando aparentar cierto grado de conocimiento de las sagradas escrituras.

—Así es, comisario —dijo Campbell sonriente apartando la mirada del cuadro—. Fíjese, en el centro está representado Jesucristo con la Virgen María a su derecha y acompañado de varios apóstoles.

Chavrier siguió atentamente las indicaciones del profesor sin terminar de entender su fascinación. Lo único que realmente le sorprendía era su enorme tamaño. No podía ni imaginar cuánto tiempo habría dedicado su autor en pintar una obra tan grande.

—Si se fija, los recién casados no están en el centro de la mesa como cabría esperar sino que aparecen sentados en el extremo izquierdo. Mire. ¿Y el grupo de personas que completan el cuadro? Es increíble. ¿Reconoce a alguno de esos músicos? —le preguntó señalando al grupo que aparecía dibujado delante de la mesa en la que se encontraba sentado Jesucristo.

De nuevo, Chavrier permaneció en silencio.

—Ahí aparecen algunos de los mejores pintores del renacimiento italiano, comisario. El propio Veronese aparece con una túnica blanca, ¿lo ve? Siempre me ha fascinado esta obra y ahora por fin puedo contemplarla en persona.

Mientras Campbell continuaba admirando aquel cuadro, Chavrier dio un pequeño repaso al resto de cuadros de la sala. Justo al final, encontró lo que estaba buscando.

—A mí me gusta más aquel, profesor —dijo señalando la obra que se encontraba en el otro extremo de la sala.

Campbell se giró con enorme curiosidad para conocer a cuál se podía estar

refiriendo. Al verla, no pudo disimular una pequeña sonrisa. De entre todas las increíbles obras que había en aquella sala, el comisario se había fijado en la más conocida de todas; *La Gioconda*.

—Sin duda es una obra excepcional, comisario. Y, de hecho, estoy convencido de que sus gustos coinciden enormemente con los de la mayoría de visitantes de este museo —le contestó sonriente.

En ese momento, el *walkie-talkie* de Chavier comenzó a pitar de nuevo.

—Ya les tengo en pantalla, señor —dijo Paccaud.

—¿Puede ver ya todas las salas del museo?

—Sí, señor. Todas las cámaras de seguridad están funcionando perfectamente. Desde aquí puedo ver cómo la profesora Margaux y Bingleau están a punto de llegar al ala Richelieu.

—¿Y Sanoir?

—Con el profesor Milanelli y el guardia. Están detenidos ahora mismo frente a una de las estatuas que hay en la sala en la que se encuentran.

—Bien, muy bien —afirmó satisfecho—. Asegúrese de mantener la vigilancia en todo el museo. Ponga especial atención en las salas que están vacías. Si los guardias de seguridad nos acompañan, eso quiere decir que un gran número de salas quedarán sin vigilancia.

—Como usted ordene, señor —contestó Paccaud.

—¿Siguen vigiladas las entradas del museo? —preguntó con inquietud.

—Sí, señor. En la entrada principal los dos guardias permanecen sentados tal como les dejamos antes, y las cámaras de las otras entradas muestran a los hombres de Sanoir controlándolas. Todos los accesos del museo están vigilados, señor.

«Perfecto».

Chavier se detuvo durante unos instantes a pensar. El profesor Campbell había dejado de admirar aquel cuadro y se encontraba a su lado escuchando la conversación que mantenía con Paccaud. Sabía que aquella no era una noche de ocio en el Louvre y tenían cosas muy importantes que hacer.

—Por último, hágame el favor de localizar al guardia de seguridad que vigila esta planta y dígame que se dirija a esta sala lo antes posible, inspector.

—Creo que eso no va a ser necesario —contestó—. Ahora mismo se dirige hacia ustedes. Debería aparecer por la puerta que tienen a su izquierda en este momento.

Ambos dirigieron su mirada al punto que les indicaba. Efectivamente, en ese mismo momento un guardia de seguridad apareció por la puerta.

Chavier apagó su *walkie-talkie* y buscó a aquel hombre con la mirada.

—Disculpen el retraso —se excusó—, pero cuando me han comunicado que venían me encontraba en el otro extremo del ala Richelieu, y créanme que esta es una de las plantas más grandes del museo.

—No tiene por qué disculparse. Somos nosotros los que hemos venido esta noche aquí a interrumpir su trabajo.

El guardia agradeció la comprensión del comisario con un leve gesto con la cabeza. La sutileza con la que Chavier había disculpado su tardanza dejó sorprendido a Campbell. Estaba claro que el comisario era muy consciente de que necesitaba la máxima colaboración posible de aquel hombre y quería que su relación comenzase de la mejor manera posible.

—Lo cierto es que no hemos conseguido orientarnos correctamente hasta que han encendido las luces. De hecho, creo que nos hemos saltado alguna sala del ala ¿verdad? —preguntó Chavier.

—Sí, así es, señor. Han dejado atrás las salas 75, 76 y 77 —respondió señalándolas con el brazo—. Ahora nos encontramos en la sala 6, y si continúan hacia esta puerta que se encuentra detrás de mí y giran a la derecha, encontrarán el mayor número de obras que se exponen en este ala.

Mientras el comisario continuaba hablando con el guardia de seguridad, Campbell comenzó a recordar las palabras que la profesora Margaux le había dicho apenas unos minutos antes. Para ellos tres resultaba de extrema importancia encontrar en aquel museo algo que les permitiera demostrar que su teoría era cierta. El Louvre era la siguiente parada donde los secuestradores de Deneux querían que estuviesen. Campbell no tenía ninguna duda sobre ello. El problema era que también tenía muy claro que sin alguna prueba que demostrara que estaban en lo cierto, el comisario Chavier, y en especial Sanoir, no dudarían en culparles de lo que estaba ocurriendo.

Al igual que le había dicho ella, él tampoco creía posible que allí pudiesen encontrar nada semejante a lo que habían visto en Notre Dame. Por lo tanto, la respuesta tenía que estar en alguna de las obras expuestas en el museo, y como ya había razonado anteriormente, los cuadros parecían ser las obras más indicadas para guardar un mensaje que debiese ser descubierto. El problema al que se enfrentaban era que el número de obras en aquel museo era ingente. Además, tan solo la profesora Margaux y quizá él mismo, en menor medida, podían tener el suficiente conocimiento como para saber interpretarlos y poder descubrir algo oculto en alguno de ellos.

—De todas formas no han hecho nada diferente a lo que hace la mayoría de turistas que visitan este museo.

Las palabras del guardia atrajeron la atención de Campbell.

—¿A qué se refiere? —preguntó el profesor.

—Han venido directamente a la sala donde se expone *La Gioconda*, señor —dijo señalándola—. Estoy seguro de que más de la mitad de nuestros visitantes se dirigen directamente a esta sala.

Las palabras del guardia despertaron los sentidos de Campbell. Hasta ese momento, no se había imaginado de qué manera los secuestradores de Deneux o el asesino del hombre que habían encontrado en Notre Dame, fuesen o no las mismas personas, podrían hacer algo en un museo tan vigilado como aquel. Pero gracias a sus palabras la respuesta parecía sencilla. Simplemente debería comportarse como un

turista más.

«La respuesta verdadera es, en la mayoría de las ocasiones, la más sencilla».

Campbell ardía en deseos de contarle al comisario su descubrimiento. Sin embargo, la presencia de aquel guardia se lo impedía. ¿Podría ese hombre estar involucrado en todo aquello como había sugerido la profesora Margaux?

Por su cabeza volaban en ese momento decenas de ideas diferentes. Por un momento, sentía como si la imposibilidad de expresarlas agudizase aún más su ingenio. La idea de que los secuestradores de Deneux hubiesen estado en el museo haciéndose pasar por simples turistas era demasiado importante como para mantenerla durante más tiempo en silencio.

—Comisario —comenzó Campbell—, creo que sería interesante que el inspector Paccaud revisase las grabaciones de los últimos días.

La cara de Chavier ante aquellas palabras denotaba que no tenía ni la más remota idea de por qué estaba sugiriendo tal cosa. En ningún momento a lo largo de aquella noche, ni en el trayecto hasta el museo ni antes de entrar, habían valorado esa posibilidad.

Campbell interpretó perfectamente el desconcierto del comisario. Sin embargo, en vez de explicar más detalladamente por qué sugería aquello, mantuvo la mirada fija en él con la esperanza de que lo entendiera.

—No me gustaría seguir interrumpiendo más su trabajo —dijo tras unos segundos al guardia—. Si necesitamos alguna cosa más se lo comunicaré.

Campbell mostró claramente su alivio. El comisario le había entendido.

—Lo que necesite, señor.

Tras despedirse, el guardia de seguridad desapareció por la misma puerta por la que le habían visto entrar. Posiblemente iría a continuar su ronda de vigilancia por el ala Richelieu, en el otro extremo de la planta. Lo suficientemente lejos como para que ambos pudiesen hablar con total tranquilidad.

—Espero que tenga algo importante que decirme, profesor —comenzó impaciente.

—Estoy seguro de que es suficientemente importante, comisario. ¿Qué haría usted para entrar en este museo y dejar algo que quiere que sea descubierto en otro momento por otra persona?

Tras unos instantes en silencio, Chavier le respondió. Había entendido con relativa facilidad que quería decirle algo sin que el guardia de seguridad estuviese delante pero no tenía ni idea de qué podía tratarse.

—No creo que sea el momento de juegos, profesor —contestó algo molesto.

—Está bien, está bien... Tiene razón, comisario —se disculpó Campbell.

La emoción que sentía le había jugado una mala pasada. Efectivamente, no tenían tiempo para andarse con rodeos.

—Verá, señor, escuchando lo que nos acaba de decir el guardia me he dado cuenta de que la mejor manera que tiene cualquier persona, y en este caso me refiero a los

secuestradores de Deneux, de hacer o dejar algo en este museo para que más tarde alguien, es decir nosotros, lo encontremos es hacerlo a la vista de todos, sin esconderse.

Chavrier se mostró algo confundido.

—Por eso —continuó— creo que debemos repasar las grabaciones de las cámaras de seguridad de los últimos días. Estoy prácticamente convencido de que si han venido aquí para dejar algo que nosotros debemos encontrar ahora lo habrán hecho a la luz del día, como un turista más. Es, sin duda, la mejor manera de no levantar sospecha. La mejor manera de poder entrar y salir del museo sin que nadie note nada extraño.

—¿De verdad cree que esas personas pueden haber dejado algo aquí dentro sin que las cámaras de seguridad ni ninguno de los guardias se hayan dado cuenta? —preguntó Chavrier con cierto grado de incredulidad.

—Cualquier cosa puede pasar desapercibida sino se quiere que sea descubierta —dijo Campbell sutilmente.

Por fin, Chavrier pareció comprender la idea que el profesor estaba intentando explicarle.

—Si *alguien* no quiere que sea descubierta.

«¡Exacto!».

—Veo que empezamos a entendernos, comisario.

—Eso implicaría la colaboración de algún miembro de seguridad del museo o de alguna de las personas que trabajan en él —propuso Chavrier.

—Exactamente —admitió Campbell con una media sonrisa dibujada en el rostro.

—Yo puedo entrar en esta sala perfectamente vestido como un turista más, hacer algo en este cuadro —dijo señalando a *Las bodas de Caná*— y que usted que es el miembro del museo que la vigila no quiera darse cuenta.

—Efectivamente —respondió satisfecho al comprobar que por fin ambos pensaban de la misma manera.

—La seguridad del museo debería estar también implicada —añadió—. Al fin y al cabo, hay un guardia en la sala de vigilancia que podría ver esa escena y avisar a seguridad.

El rostro del comisario reflejaba una enorme emoción.

—*¡Monsieur, c'est fantastique!* —exclamó.

Campbell mostró una amplia sonrisa. Por primera vez desde que habían entrado al museo sentía que las cosas empezaban a tener sentido. Su idea de que el Louvre era la siguiente parada parecía confirmarse.

Capítulo 25

La cantidad de esculturas que había en aquel ala del museo era inimaginable. Por desgracia, y siguiendo lo que el guardia les había dicho, todavía debían visitar el ala Richelieu donde se exponían las obras francesas. Ante tal cantidad de esculturas, y dada su ignorancia absoluta sobre arte, Sanoir se dio cuenta de que ellos solos no podrían reconocer lo que los secuestradores pudiesen esconder allí a menos que fuese algo realmente evidente. Observando una de las esculturas que según el guardia era de las más importantes que tenía el museo, comenzó a temer que ni ellos ni los profesores fuesen capaces de encontrar nada.

—Creo que no sería mala idea preguntarle a la profesora Margaux por dónde deberíamos comenzar —opinó Milanelli mientras observaba con total indiferencia aquella escultura.

La obra que les había enseñado el guardia como «la más importante del Louvre, con permiso de la Victoria alada de Samotracia» era una escultura de unos dos metros de altura que a ojos de Sanoir no tenía nada de interesante.

«Además, le faltan los brazos».

Cuando unos minutos antes le había pedido al guardia que les enseñara en primer lugar las esculturas más importantes, este no había dudado un instante «es la que está más cerca de aquí» había dicho. Siguiendo la recomendación del profesor, Sanoir encendió su *walkie-talkie* para llamar a Margaux.

—¿Profesora?

El *walkie-talkie* emitió un ruido bastante molesto similar al de los teléfonos móviles antiguos cuando empezaban a perder cobertura.

—¿Profesora Margaux? —repitió Sanoir—. ¿Está usted ahí?

—Sí —respondió Bingleau—. Puede hablar tranquilamente, señor. La profesora le está escuchando.

Por un momento, Sanoir había olvidado que los *walkie-talkies* los llevaban ellos y no los profesores.

—Gracias, inspector. Profesora —continuó—, me temo que vamos a necesitar su ayuda. Ahora mismo nos encontramos delante de una de las estatuas más importantes del museo, según nos ha dicho el guardia que nos acompaña, y tanto el profesor Milanelli como yo creemos necesario que nos oriente acerca de lo que quiere que busquemos exactamente.

—No hay problema, ¿de qué estatua se trata? —preguntó Margaux entendiendo lo perdidos que debían sentirse con aquella tarea.

Sanoir miró de nuevo al guardia para que le repitiera el nombre. A pesar de que se lo había dicho hacía menos de dos minutos lo había olvidado por completo.

—*La Venus de Milo* —le dijo en voz baja.

Sanoir se dispuso a decírselo a la profesora.

—Vale, ya lo he escuchado, señor —contestó antes de que pudiera decirle nada—.

Efectivamente, esa es una de las obras más importantes que tiene el Louvre. Y siguiendo lo que antes hablamos hacen bien en visitarla en primer lugar.

—Me alegra oírle decir eso, profesora.

Tanto para el profesor Milanelli como para él, suponía un enorme alivio comprobar que, dentro de su total desconocimiento, por lo menos habían empezado por el lugar adecuado.

—Personalmente estoy de acuerdo con lo que dijo antes el profesor Campbell acerca de que sería preferible que nos centráramos en los cuadros —añadió Margaux—. Creo que las esculturas no pueden esconder realmente mucha información a menos que les hayan hecho algo muy evidente.

—A esta le faltan los brazos, profesora —dijo Sanoir intentando encontrar la evidencia a la que hacía referencia.

El comentario que acababa de realizar Sanoir dejó atónito al guardia. Le había quedado claro que el jefe de seguridad del servicio secreto no era precisamente una persona muy cultivada en arte. Aún así, no mostró el más mínimo gesto de extrañeza pues su posición era lo suficientemente relevante como para respetar incluso tan enorme patinazo. Por su parte, el profesor Milanelli tampoco mostró ninguna reacción apreciable, bien porque no estuviese atento a la conversación o bien porque tampoco conociese aquella obra tan importante, lo cierto es que no mostró su sorpresa ante aquel comentario.

—Me temo, señor, que poco podemos hacer nosotros ante eso —contestó Margaux—. A menos, claro, que quiera ir a buscar los brazos a la isla de Melos.

Sanoir permaneció en silencio.

La Venus de Milo, también conocida como Afrodita de Milo, fue encontrada en el año 1820 en la isla egea de Melos, llamada también Milo. Un campesino la encontró semienterrada junto con fragmentos de uno de los antebrazos y una de las manos. Este campesino se la vendió a los franceses, aunque también se la había ofrecido previamente a los turcos, lo que desencadenó un enfrentamiento diplomático entre ambos países. Tras un largo período de restauración, un año después de su descubrimiento, en 1821, el Rey Luis XVIII la entregó al museo del Louvre donde se encuentra actualmente. La razón por la que la Venus perdió los brazos no está clara, aunque la mayoría de los historiadores apuntan a que se debió a la lucha de turcos y franceses durante su salida de Grecia. La causa exacta, solo la historia la conoce.

—Esa obra tiene un marcado carácter religioso —comenzó Margaux—. *La Venus de Milo* representa a Afrodita, diosa griega de la belleza y del amor, aunque me temo que si no ven en ella nada interesante a parte del hecho de que le falten los brazos, lo mejor es que sigan buscando entre el resto de las estatuas, señor.

La cara de Sanoir mostraba su contrariedad al escuchar aquellas palabras. El profesor Milanelli dio una última vuelta completa a su alrededor y se dirigió a él.

—Me temo que la profesora tiene razón. Yo no veo nada que nos pueda interesar.

Sanoir dudó por un momento en llamar a Chavrier. Quizá los profesores tuviesen

razón y fuese mucho mejor centrarse en revisar las salas en las que hubiese obras de arte. Incluso para él, revisar las salas comunes del museo, como la cafetería o la tienda de suvenires, sería más productivo que lo que estaban haciendo. Aún así, prefirió seguir con el plan que había marcado el comisario.

—Está bien, profesora. Seguiremos buscando como usted dice. Creo que el guardia nos habló antes de otra estatua muy importante. Victoria de no sé qué, creo recordar.

La carcajada de Margaux se oyó claramente a través del *walkie-talkie*.

—La Victoria alada de Samotracia —dijo aguantando la risa—. Vaya con cuidado, señor, quizá entre todas las estatuas que conozca esta noche consiga hacer una sola que no le falte ninguna parte.

De nuevo, Sanoir sintió que había quedado en evidencia. Tras despedirse de la profesora, apagó el *walkie-talkie* y se dirigió al guardia.

—Llévenos, por favor, a donde se encuentra la siguiente estatua que nos ha dicho. Y esperemos que esta vez encontremos algo interesante allí.

Capítulo 26

—Debo felicitarle, profesor. Efectivamente, ha tenido una gran idea —dijo Chavrier.

—Gracias, comisario. Pero lo cierto es que los dos hemos llegado al final a la misma conclusión —contestó.

—Le ordenaré ahora mismo al inspector Paccaud que comience a revisar las grabaciones de las cámaras de seguridad de los últimos tres días —dijo mientras encendía su *walkie-talkie*.

—En realidad, comisario, quizá debamos considerar otra cosa más —le cortó antes de que pudiera hacer esa llamada.

—No deja usted de sorprenderme esta noche. ¿De qué se trata esta vez? —preguntó curioso.

—Verá, creo que el razonamiento que hemos seguido hasta ahora es correcto, pero si se para un momento a pensarlo, revisar las grabaciones de todas las cámaras del museo puede llevarnos horas o incluso días.

Ante esas palabras, Chavrier mostró una ligera mueca de decepción. Indudablemente, Campbell tenía razón. Aquella era una opción que se presentaba inabordable dada la necesidad que tenían de encontrar algo cuanto antes.

—¿Qué sugiere que hagamos entonces, profesor?

—Posiblemente —respondió—, si estamos en lo cierto, la persona que haya hecho eso puede que nos haya ayudado sin saberlo.

Chavrier le miraba sin comprender.

—Imagine, por un momento, que yo soy quien va a entrar en esta sala y le va a hacer algo a este cuadro —dijo señalando a *Las bodas de Caná*— porque quiero que más adelante alguien lo descubra. Imagine ahora que usted es el guardia de seguridad que también está involucrado. ¿No se preocuparía de que no quedase constancia en las grabaciones de las cámaras de seguridad de lo que yo acabo de hacer?

La capacidad deductiva del profesor Campbell estaba dejando realmente sorprendido a Chavrier.

—Es usted un ladrón de museos en potencia —contestó el comisario.

Campbell sonrió.

—Aún así, creo que está en lo cierto, profesor. ¿Sugiere entonces que Paccaud debería buscar entre las grabaciones de las cámaras de seguridad del museo algún corte en la grabación o algún momento en el que estas hayan dejado de funcionar?

—Así es, comisario. Cualquier cosa que haya podido impedir que durante un pequeño espacio de tiempo este cuadro quedase sin vigilancia.

—Quizá un fallo de funcionamiento sería excesivamente llamativo ¿no cree?

—Estoy de acuerdo. De hecho, fíjese.

El profesor Campbell señaló con su mano derecha la cámara de seguridad que grababa a *Las bodas de Caná*. A diferencia de las otras cámaras de la sala que

permanecían inmóviles, aquella cámara se movía lateralmente captando lo que ocurría también a ambos lados del cuadro.

—Si se fija, diría que esa cámara tiene una amplitud de movimiento de unos pocos grados. Estoy seguro de que está programada para que en ningún momento deje de grabar el cuadro, pero también para que, a la vez, sea capaz de captar lo que ocurre alrededor de él.

De nuevo, Chavrier miró a Campbell asombrado.

—Y también estoy seguro —continuó— de que el resto de cámaras de la sala pueden moverse de manera muy similar aunque ahora parezcan estar inmóviles.

—Por lo tanto —dijo Chavrier tratando de descubrir si había captado la idea que le estaba intentando explicar—, yo que soy el guardia de seguridad que trabaja en la sala de vigilancia y que quiero evitar que quede grabado lo que usted va a hacerle a este cuadro, me ocupo de desviar esta cámara lo suficiente para que no sea visto.

—Efectivamente, comisario. No queda registrado ningún fallo que pudiese levantar sospechas, y de paso, nosotros ya hemos conseguido nuestro objetivo. Acabamos de dejar en *Las bodas de Caná* lo que queremos que sea descubierto —finalizó Campbell.

Durante unos segundos ambos se quedaron en silencio. Acababan de plantear una posibilidad de cómo los secuestradores de Deneux, junto con el resto de personas implicadas, podrían hacer algo en el museo sin que nadie se diese cuenta. Por desgracia, ese planteamiento implicaba que cada vez un mayor número de personas estarían involucradas y eso, indudablemente, iba en contra de las posibilidades de encontrarle con vida.

—¿Cree que debemos, por tanto, descartar a los guardias de seguridad que están trabajando aquí esta noche? —preguntó Chavrier.

—Posiblemente sí, comisario. Si este razonamiento es correcto lo que debemos descubrir ya está hecho, de modo que no veo razón para que alguno de estos guardias pudiera estar involucrado.

—A menos que quieran saber qué es lo que estamos haciendo —replicó Chavrier.

Al escuchar aquellas palabras, Campbell se quedó sin respuesta. Sabía que el comisario tenía razón, y sabía que se había precipitado descartando a los guardias del turno de noche. Si todo aquel elaborado razonamiento era cierto, se trataba de un plan lo suficientemente complejo como para dejar que se desarrollase sin más. Seguramente alguno de los guardias de seguridad que estaban con ellos en el museo en ese momento también estuviese involucrado en el secuestro de Deneux.

Capítulo 27

Mientras escuchaba cómo la profesora Margaux se despedía de Sanoir, el inspector Bingleau vio a un guardia de seguridad acercándose desde el fondo del pasillo. A pesar de no haber sido nunca un gran estudiante, siempre había sentido gran curiosidad por el arte, y de hecho, había visitado todos y cada uno de los museos que tenía París. Alguno incluso en más de una ocasión. En el caso particular del Louvre, aquella era la tercera vez que lo visitaba y justo se encontraba en la única planta que todavía no conocía, pues a diferencia de la mayoría de las personas que solían correr por los pasillos de los museos buscando exclusivamente las obras más importantes de cada sala, a él no le importaba dedicar horas y horas a contemplar aquellos cuadros o esculturas a los que nadie parecía prestar atención. «Todos ellos son arte. Sin distinción» pensaba. De modo, que estar aquella noche en la segunda planta del museo le servía para dar por completada su visita al Louvre, aunque estaba seguro de que en esa ocasión no tendría la tranquilidad necesaria para ver detenidamente todos sus obras como solía hacer.

—Me temo que no debemos esperar demasiado de Sanoir —dijo la profesora mientras le devolvía el *walkie-talkie*.

—Es difícil saber lo que hay que buscar si no entiendes lo que estás viendo —contestó el inspector.

Margaux le miró fijamente avergonzada. A lo largo de aquella noche había sentido en varias ocasiones cómo el comisario Chavrier, y en especial Sanoir, la sometían a una excesiva presión pidiéndole en muchos casos que tomara decisiones que podrían poner en juego la vida de Deneux. En todos esos momentos, se había sentido enormemente desubicada ya que como le había confesado al profesor Campbell en Notre Dame, ella era una simple profesora de humanidades y no se sentía en absoluto capacitada para hacer todo lo que le estaban pidiendo que hiciera. En esta ocasión, por primera vez, se encontraban en su terreno. Indiscutiblemente, ella era la persona de referencia dentro del Louvre y el comisario Chavrier, de hecho, había organizado la inspección de las salas del museo siguiendo sus indicaciones. Ahora era Sanoir el que se sentía totalmente fuera de lugar, incapaz de saber qué era lo que debía buscar allí dentro.

«Y él no se ha quejado por ello».

Con una gran sensación de culpa por las palabras que había dicho en su contra, Margaux echó un vistazo a las obras que había en aquella sala. Desde la puerta de acceso a la sala 19 del ala Richelieu, la grandiosidad de aquel museo podía contemplarse en todo su esplendor. A pesar de no poseer ninguno de los cuadros más conocidos, el conjunto de obras de arte que se reunían en cada una de las salas del Louvre podían dejar a atónito a cualquier persona.

—Buenas noches, *mademoiselle* —dijo el guardia de seguridad cuando todavía estaba a unos metros de distancia de donde ellos se encontraban.

Bingleau sonrió ante el saludo de aquel hombre. Estaba claro que una mujer joven y guapa era mucho más atrayente que la placa de policía que llevaba colgada de su cinturón.

—Buenas noches —respondió sonriente como siempre Margaux.

—Gracias por venir —dijo el inspector Bingleau—. Supongo que ya le habrán comunicado que vamos a inspeccionar varias de las salas de esta planta.

—Sí, así es, señor. Y mi jefe me ha ordenado que les ayude en todo lo que necesiten. De modo, que desde este momento, cualquier cosa que pueda hacer por ustedes no tienen más que decirlo —contestó el guardia.

—Realmente se lo agradecemos —dijo Margaux.

—¿Todo está tranquilo por aquí? —preguntó Bingleau mientras echaba un vistazo alrededor de la sala.

—Sí, señor. Todo igual de tranquilo que cada noche.

«Ojalá fuese realmente así», pensó Margaux.

—Me alegra escucharle decir eso. Si no le importa, el inspector y yo continuaremos un rato por esta planta —dijo gesticulando con ambas manos— viendo alguna de estas obras maravillosas. No quisiéramos interrumpir más su trabajo...

—Lo que usted quiera, *mademoiselle*. Si me necesitan no duden en llamarme.

De nuevo, Margaux no necesitó hablar para contestarle. Para Bingleau, era sorprendente la facilidad con la que podía comunicarse con una simple sonrisa.

Ninguno de los dos dijo nada hasta que el guardia se había alejado lo suficiente.

—Pensaba que íbamos a necesitar su ayuda —comentó finalmente el inspector.

—No me puedo quitar de la cabeza la idea de que los secuestradores de Deneux tengan personas aquí dentro que les ayuden —contestó Margaux con gesto serio mientras observaba cómo desaparecía el guardia de seguridad—. Tanto aquí como en Notre Dame. Además, no necesitamos su ayuda para intentar encontrar nada en esta planta.

Bingleau la miró extrañado.

—¿Por qué dice eso?

Margaux tenía bastante claro qué era lo que podían y lo que no podían esperar de cada uno de los lugares que habían decidido revisar.

—La mayoría de las obras conocidas de este museo se exponen en la primera planta donde están Campbell y el comisario Chavrier, y creo que si hay algo en estos cuadros que debemos descubrir debería estar en esa planta y no aquí.

El inspector mostró su sorpresa.

—¿En ese caso no sería mejor que estuviese usted allí abajo?

—No, la verdad es que no. Aunque resulte difícil de explicar creo que el comisario Chavrier, posiblemente sin saberlo, ha acertado con los grupos que ha hecho —contestó al tiempo que comenzaba a caminar hacia el centro de la sala—. Creo que no encontraremos nada interesante entre las esculturas, de modo que haber

enviado allí a Sanoir y el profesor Milanelli ha sido lo más acertado. Por otro lado, estoy segura de que Campbell tiene el conocimiento suficiente para poder descubrir cualquier cosa extraña que pudiese haber entre las obras más conocidas que están ahí abajo.

Margaux se detuvo y respiró profundamente.

—Y por último, aquí creo que nosotros seremos capaces de distinguir si hay o no algo fuera de lo normal, aunque como dije antes, no creo que vayamos a encontrar nada interesante.

Bingleau se mantuvo durante unos segundos en silencio admirando los cuadros que había en aquella sala. La profesora sacó de su bolsillo el plano del museo que les había dado el guardia de seguridad en la entrada y buscó la distribución de las obras en aquella planta. Tras inspeccionarlo detenidamente levantó la mirada buscando una de las puertas.

—Ahí están las escaleras mecánicas —dijo finalmente—. Creo que ya sé por dónde debemos empezar, inspector.

Sin guardar el plano, comenzó a caminar rápidamente hacia una de las puertas de aquella sala que daba acceso a las escaleras mecánicas. Una vez que llegaron allí incrementó su paso hasta casi empezar a correr.

—¿Qué cuadro vamos a ver, profesora? —preguntó Bingleau deseoso de descubrir algo sobre lo que informar a Chavrier.

—*La Virgen del Canciller Rolin*, inspector —contestó con voz agitada.

Al entrar en la sala 1, empezó a ralentizar el paso. Una rápida mirada le sirvió para ver que el cuadro que buscaba no se encontraba en aquella sala. Rápidamente se dirigió a la puerta de acceso a la siguiente. Tampoco estaba allí. Llegaron a otra sala. Tampoco.

—¡No puede ser! —exclamó ahogadamente.

De nuevo volvió a abrir el plano y miró a su alrededor para orientarse. No podía ser que estuviese confundido. No en el Louvre. Después de mirar durante unos instantes detenidamente la sala, lo encontró. La ansiedad le había jugado una mala pasada. Sin decir nada, se acercó hasta donde se encontraba.

—¿Es este, profesora? —preguntó Bingleau.

—Sí, inspector —respondió en voz baja.

«*La Virgen del Canciller Rolin*».

Margaux se mantuvo admirando cada detalle de aquel pequeño cuadro hasta que por fin comenzó a explicarle por qué lo había elegido.

—Este cuadro, inspector, es una de las pinturas religiosas más importantes que podemos encontrarnos en esta planta. Hay varias razones por las que es particularmente significativo y diferente a otras obras del museo. Para empezar, como quizá pueda apreciar, es una obra pintada al óleo a diferencia de la mayoría de las obras pintadas hasta ese momento que utilizaban pintura al temple.

Bingleau la escuchó atentamente. Quizá no tuviese tiempo para observar

detenidamente todas las obras como hacía habitualmente en sus visitas a los museos, pero no le cabía la menor duda de que aprendería mucho más en una sola noche en compañía de la profesora.

—Como puede ver —continuó— es un cuadro de pequeño tamaño. Sobre todo comparado con otras obras que encontrará en otras salas del museo. Pero mire —dijo señalando con el dedo la parte central— ¿ve el detalle con el que está dibujado el fondo? Tal precisión sería impensable de conseguir con la pintura al temple en un cuadro de este tamaño. Sin embargo, utilizando el óleo Van Eyck consiguió retratar escenas realmente complejas en espacios muy reducidos.

—¿Y cómo nos puede ayudar eso a nosotros esta noche, profesora? —le preguntó sin olvidar el verdadero motivo por el que estaban allí.

—Bueno, inspector, lo cierto es que no he elegido este cuadro por esa razón, está claro. En verdad lo he elegido porque creo que puede reflejar muy bien el carácter de las personas que están haciendo todo esto.

—¿Se refiere a los secuestradores de Deneux? —preguntó sorprendido.

—Entiendo que le resulte extraño. Sin embargo, fíjese en el hombre que aparece en el cuadro. ¿Qué le sugiere?

Bingleau se acercó un poco para ver mejor lo que le preguntaba la profesora.

—No lo sé, veo a un hombre con gesto serio. Un sacerdote quizá por la posición en la que tiene colocadas las manos.

—¡Perfecto, inspector! —le contestó sonriente—. Este cuadro fue encargado por Nicolás Rolin, el «sacerdote» al que usted se refiere, aunque no era tal sino canciller de Felipe III de Borgoña. Se trata realmente de un retrato en el que Van Eyck plasmó el carácter de Rolin conocido por su fuerte personalidad y arrogancia. Si se fija, ese detalle queda perfectamente reflejado en la forma en la que aparece mirando directamente a la Virgen María y a Jesús. Algo inconcebible hasta entonces. Luego le enseñaré otros cuadros religiosos y verá cómo las personas que acompañan a la Virgen María o a Jesús nunca les miran directamente a los ojos, y desde luego nunca desde su misma altura. En la mayoría de las ocasiones, estas personas tienen la mirada dirigida hacia abajo o hacia cualquier otro lado, pero nunca les miran de frente.

Bingleau comenzaba a entender por qué la profesora había elegido aquel cuadro en primer lugar.

—Desgraciadamente, no veo nada diferente en él que no haya visto en otras ocasiones, de modo que creo que tendremos que seguir buscando. Lo que quiero que entienda, inspector, es lo que, en mi opinión, debemos buscar en los cuadros del museo. Todas las obras esconden siempre un profundo significado que debe ser descubierto. En este caso, creo que la arrogancia del protagonista del cuadro podría relacionarse perfectamente con la de las personas que han secuestrado a Deneux, que han sido capaces de burlar la vigilancia del servicio secreto que debía protegerle y que también han conseguido que estemos aquí ahora mismo buscando por todo el

museo sin saber el qué exactamente.

Capítulo 28

La falta de oxígeno, junto con el olor seco y desagradable de aquel lugar, mantenía a Deneux en un estado de semiinconsciencia. El dolor en las muñecas y en los tobillos prácticamente había desaparecido. Tan solo cuando intentaba desprenderse de aquellas ataduras era cuando sentía un profundo ardor que le dejaba inmobilizado. No muy lejos de donde se encontraba podía escuchar la voz del extraño hombre con el que había hablado antes. A pesar de reconocer su idioma no era capaz de entender lo que decía. Estaba demasiado débil y cansado, y sus sentidos apenas le respondían.

«Voy a morir asfixiado».

El capuchón que tenía sobre su cabeza estaba totalmente empapado en sudor y el aire que respiraba estaba cada vez más y más cargado.

—¡No puedo respirar! —gritó utilizando el último aliento que le quedaba.

La voz de aquel hombre se interrumpió de inmediato y de nuevo el sonido cada vez más fuerte de las pisadas denotaba que se estaba acercando hacia él. El corazón de Deneux comenzó a latir con fuerza. Sentía que se le saldría del pecho si no se tranquilizaba.

Aquel hombre se detuvo delante de él. Podía escuchar su respiración. Podía olerle. De repente, una mano fuerte y áspera le sujetó por el cuello fuertemente.

—¡A ver si ahora respiras mejor! —exclamó.

El grito ahogado de Deneux apenas duró unos instantes. El dolor que le produjo unido a la falta de oxígeno bajo la capucha hizo que perdiera el conocimiento. Al darse cuenta de ello, aquel hombre aflojó la cuerda que mantenía atada a su cuello y le liberó de la capucha.

El contacto con el aire fresco fue suficiente para que en pocos segundos despertase. No sabía siquiera qué había ocurrido, tan solo intentaba respirar tanto como podía. A medida que pasaban los segundos su corazón comenzó de nuevo a acelerarse. Ya no tenía la capucha puesta que le impedía respirar y sentía que aquel hombre seguía delante de él. Sin embargo, no podía verle. Tan solo era capaz de distinguir una gran mancha negra inmóvil frente a él. Los ojos le ardían. Llevaba horas sin ver la luz y no podía distinguir lo que tenía delante.

—Espero que así se encuentre mejor —le dijo.

Una vez más, Deneux no tuvo fuerzas para responder.

—Dentro de poco tendremos que cambiarnos de lugar, de modo que procure estar lo más quieto posible para recuperarse.

Capítulo 29

El comisario Chavier miraba desde la distancia cómo Campbell se detenía en cada uno de los cuadros de aquella sala en busca de algo que les pudiese orientar sobre lo que debían encontrar allí. Aquella era tan solo la primera de las salas que revisaban. Sin turistas, el tamaño del museo parecía mucho mayor. Gigantesco. Tal como había hablado con el profesor, cogió su *walkie-talkie* para llamar a Paccaud. Habían acordado pedirle que revisara las grabaciones de las cámaras de seguridad de los últimos tres días, empezando con las que grababan justo las alas del museo que ellos estaban revisando aquella noche.

«Espero que esto funcione».

Estaba seguro de que aquella era una muy buena idea. Lo que le preocupaba era no tener suficiente tiempo para revisar todas esas grabaciones. A pesar de que no había tenido nunca que vivir una situación como la que estaban viviendo en ese momento, era muy consciente de que los secuestros, cuando se trataba de alguien de la relevancia del hijo del presidente, no solían durar más de veinticuatro horas ya que la mayoría de ellos se realizaba con el fin de negociar con el gobierno y conseguir algún tipo de beneficio. En la mayoría de los casos, la liberación de presos políticos de otro país a cambio de devolver con vida a la persona secuestrada.

Finalmente, respiró hondo y encendió su *walkie-talkie*.

—¿Inspector Paccaud?

Silencio.

—¿Inspector Paccaud, me recibe?

—Sí, señor. Dígame.

—Necesito que le pregunte al guardia si es posible que revisen las grabaciones de las cámaras de seguridad de los últimos tres días.

El guardia hizo un gesto afirmativo con la mano derecha al escuchar las palabras del comisario a la vez que comenzó a teclear en su ordenador para poner en pantalla las imágenes que pedía.

—Me está diciendo que sí es posible, señor —contestó Paccaud casi sin dejarle terminar.

—Bien, inspector. En ese caso necesito que comiencen a revisar esas grabaciones cuanto antes. Limítense, de momento, a las alas del museo en las que nos encontramos nosotros ahora mismo y dejen para el final el ala Denon de la planta baja donde se encuentran Sanoir y el profesor Milanelli.

—Muy bien, señor.

Paccaud aguantó en silencio unos instantes esperando más órdenes por parte del comisario.

—¿Qué quiere que busquemos exactamente, señor? —preguntó al ver que este no decía nada.

—Creemos que algún cuadro del museo ha podido permanecer sin vigilancia

durante un breve período de tiempo. Deben encontrar interrupciones en las grabaciones, algún problema en la señal, o cualquier cosa que haya hecho que uno de los cuadros no haya sido grabado durante ese período de tiempo.

El guardia de seguridad hizo un gesto a Paccaud señalándole uno de los paneles de pantallas que se encontraban en la pared.

—Entiendo, señor. Ahora mismo estamos viendo las grabaciones de las cámaras de seguridad correspondientes al pasado lunes.

«Perfecto».

—No olvide avisarme si encuentra algo sospechoso ¿de acuerdo?

—Por supuesto, señor —se despidió Paccaud.

Campbell esperó un instante a que Chavrier apagara el *walkie-talkie*.

—¿Ya han empezado a revisar las grabaciones?

—Así es, profesor. Esperemos encontrar algo que nos ayude a descubrir cuál de estos cuadros nos dirá qué es lo que debemos hacer ahora —contestó dirigiendo la mirada hacia la puerta de salida de aquella sala.

—Yo también lo espero, comisario. Y si le parece, podemos cambiar de sala. No he visto nada en esta que nos pueda resultar útil.

Campbell acompañó sus palabras con un ligero resoplido mientras daba un giro sobre sí mismo volviendo a pasar su mirada sobre todos los cuadros que estaban allí expuestos. Como intentando asegurarse de que no se le estaba escapando nada. Cada vez estaba más seguro de que haber ido al museo del Louvre había sido la decisión correcta y su idea de revisar las grabaciones de las cámaras de seguridad estaba casi seguro de que también había convencido de ello al comisario. Sin embargo, seguía faltándoles algo. Lo necesario para confirmar que no se habían confundido yendo al Louvre aquella noche.

Capítulo 30

—Creía que esa estatua a la que se refería estaría en esta planta como todas las demás —dijo confundido Milanelli mientras subían las escaleras.

El guardia de seguridad les acababa de mostrar la Venus de Milo, donde a pesar de contar con la ayuda de la profesora Margaux, no habían encontrado nada interesante. Sanoir le había pedido, a continuación, que les mostrara otra de las estatuas más importantes que se exhibieran en el museo y el guardia no había dudado ni un instante. «La Victoria alada de Samotracia» había dicho convencido. El problema para Milanelli residía en que aquella obra no se encontraba en la planta baja que era la que el comisario Chavier les había dicho que revisaran, sino que se dirigían a la primera planta.

—No —contestó el guardia—. La Victoria alada de Samotracia es una de las estatuas más importantes de Louvre, y como comprobará ahora mismo, sus características la hacen tan diferente que debe ser expuesta en un sitio especial.

«Pues si empezamos a salirnos de lo que hemos planeado no conseguiremos nada».

Al alcanzar el último tramo de las escaleras, Milanelli comprendió perfectamente lo que el guardia estaba diciendo.

La Victoria de Samotracia, también conocida como Victoria alada de Samotracia o Niké de Samotracia, fue descubierta en 1863 por el cónsul francés Charles Champoiseau en la pequeña isla griega de Samotracia, situada en el norte del mar Egeo. En la excavación que dio lugar a su descubrimiento se recuperaron inicialmente varias partes de una gran estatua de una mujer. Todos los fragmentos que se encontraron fueron enviados a Francia donde se llevó a cabo un exhaustivo proceso de restauración hasta conseguir la estatua actual. Algunas partes, como el ala derecha, nunca fueron encontradas por lo que se reconstruyeron con yeso y un armazón de metal hasta completar la figura original. Una vez finalizado el proceso de restauración se trasladó al museo del Louvre donde puede verse en la actualidad elevada sobre un enorme zócalo de cemento que simula la proa del barco sobre la que reposaba originariamente.

Durante unos pocos minutos, el profesor Milanelli y Sanoir observaron detalladamente aquella imponente obra. Al igual que había hecho antes con la Venus de Milo, Milanelli la rodeó en varias ocasiones intentando encontrar algo extraño. A pesar de que no tenía conocimiento ninguno acerca de por qué era tan importante, lo que había ocurrido antes dejaba claro que la profesora Margaux solo quería saber si aquellas esculturas presentaban algo diferente, y por lo que había podido comprender con la Venus de Milo, en esta ocasión no era necesaria llamarla.

—¿Qué piensa, profesor? —preguntó Sanoir.

—Creo que aquí tampoco vamos a encontrar nada —respondió resignado.

Mientras pronunciaba estas palabras, Milanelli sacó de su bolsillo el plano del

museo que había cogido en la entrada. En él aparecían dos fotos de aquella obra acompañadas por una breve descripción.

—En mi opinión, está exactamente igual que en estas fotos —dijo enseñándole el plano a Sanoir.

El guardia de seguridad, que se había mantenido durante ese tiempo a una distancia prudencial, no pudo evitar escuchar aquella conversación.

—Si me lo permiten —comenzó tímidamente—, les aseguro que esta obra está exactamente igual que siempre. O por lo menos igual que los últimos cinco años en los que llevo viéndola cada noche.

Las palabras del guardia no dejaban lugar a dudas. De nuevo, aquella tampoco era una obra con la que fuesen a descubrir qué debían encontrar en ese museo. Con gesto malhumorado, Sanoir continuó mirando fijamente durante unos segundos más a la estatua que tenía delante de él. Ahora entendía por qué Margaux le había dicho al despedirse que quizá a lo largo de la noche consiguiese encontrar una sola en todo el museo a la que no le faltase ninguna parte del cuerpo.

—Posiblemente lo mejor será limitarnos a revisar las obras del ala Denon, tal como dijo la profesora —opinó Milanelli.

Los tres permanecieron en silencio durante unos segundos.

—En realidad, *La Venus de Milo* se encuentra en el ala Sully, no en el ala Denon —dijo finalmente el guardia.

La mirada de enfado con la que Sanoir le miró podía atravesar paredes.

—¿Cómo ha dicho? —preguntó visiblemente enojado.

—Las dos estatuas más famosas del museo, señor, son *La Venus de Milo* que les enseñé antes y esta —dijo señalándola—. Pero ninguna de ellas está en el ala Denon.

—Que por lo menos esta estatua no está en el ala Denon parece bastante evidente —dijo Milanelli.

Sanoir maldijo en voz baja toda aquella situación que estaba viviendo y de nuevo encendió su *walkie-talkie*. El profesor le observó sin preguntar.

—Inspector Bingleau, pásame otra vez con la profesora.

El tono de voz de Sanoir reflejaba claramente su irritación.

Después de unos segundos, la voz de Margaux se escuchó a través del *walkie-talkie*.

—¿En qué puedo ayudarle esta vez, señor?

—Profesora, dígame por favor tres obras que quiere que revisemos.

Margaux se quedó sorprendida al escuchar aquellas palabras. En ningún momento habían hablado de obras concretas, sino de revisar las salas en busca de algo extraño. No obstante, podía percibir en su tono de voz que algo no estaba yendo bien.

—De acuerdo. Déjeme un segundo que consulte el plano, por favor.

Mientras ella buscaba las obras que le había pedido Sanoir, Milanelli volvió a rodear aquella estatua en busca de algo que se les hubiese escapado.

—Espero que Campbell y el comisario estén teniendo más suerte que nosotros —

dijo en voz baja.

Tras unos segundos, la voz de Margaux se volvió a escuchar de nuevo.

—Ya lo tengo, señor. ¿Tienen un plano del museo?

El profesor Milanelli extendió rápidamente el que llevaba en la mano para buscar el ala Denon de la planta baja donde se suponía que deberían estar.

—Lo tenemos, profesora. Dígame lo que quiere que busquemos.

—¿Ven la sala B? —preguntó Margaux.

Milanelli siguió con su dedo índice la distribución de todas las salas.

—¡Aquí está! —exclamó.

—Veo que la han encontrado —dijo sin esperar la confirmación de Sanoir—. En esa sala hay expuestos varios sarcófagos. De hecho, si se fijan, en el plano verán la foto de uno de ellos.

—Sí, lo vemos, profesora.

—Bien, pues en ese caso creo que lo más interesante es que revisen los relieves que aparecen representados en ellos, señor.

Sanoir se quedó en silencio.

—Sé que es difícil lo que les estoy pidiendo, pero en los relieves de los sarcófagos se representan escenas complejas compuestas por varias personas diferentes. De modo que puede que encuentren algo más interesante que en las estatuas.

—¿Como en la tumba de la cripta? —preguntó Milanelli.

—Eso es, profesor. Busquen símbolos que les llamen la atención. Como la espiral y el triángulo que vimos en Notre Dame. No hace falta que sepan interpretarlos. Más tarde Campbell o yo podemos ir a ayudarles. Pero es necesario que encuentren algo en lo que apoyarnos.

—No se preocupe por eso —contestó Sanoir—. No me cabe la menor duda de que tendrán mucho trabajo por delante esta noche.

Capítulo 31

—¡Señor, creo que tenemos un problema!

La voz agitada de Paccaud mostraba que algo importante había ocurrido.

—¿De qué se trata, inspector? —preguntó Chavrier.

—Algo está pasando. Hemos perdido la imagen de varias cámaras de seguridad.

El corazón de Campbell comenzó a latir con fuerza. ¿Estaba en el museo el asesino del hombre que habían encontrado en Notre Dame?

—¿Qué cámaras son, inspector?

—Desde aquí no sabemos si el problema es un fallo en las cámaras de seguridad o en la iluminación del museo, señor. Pero hemos dejado de ver en pantalla la sala 77 del ala Denon.

—¿La sala 77? —repitió en voz baja Chavrier.

—¡Nos la hemos pasado, comisario! —exclamó Campbell—. ¡Es una de las salas que dijo el guardia de seguridad que nos habíamos saltado!

Las palabras del profesor hicieron recordar a Chavrier por qué le sonaba aquel número.

«No puede ser».

Sin perder ni un segundo, comenzó a caminar hacia la puerta por la que habían accedido al pasillo en el que se encontraban.

—¡Si hay alguien allí debemos llegar cuanto antes! —exclamó.

La sala en la que habían estado hacía escasos minutos se encontraba perfectamente en calma. Con un mayor sentido de la orientación, el profesor Campbell se adelantó al comisario.

—¡Sígueme, creo que es por aquí!

Al llegar a la entrada de la sala 77 ambos se detuvieron en seco.

—Las luces están apagadas, inspector —dijo a través del *walkie-talkie*.

—En el panel de control de la sala de suministros también figura que hay un fallo eléctrico, señor. La luz y el sistema de climatización no funcionan.

Chavrier no tenía duda. Aquello tenía que ser obra de los secuestradores de Deneux.

—Avisé a Sanoir y que todos vengán aquí inmediatamente —dijo en voz baja a la vez que sacaba su arma.

—Sí, señor.

Campbell retrocedió unos pasos.

La sala 77 en la que se encontraban era una enorme sala rectangular donde se exponían las obras francesas de grandes dimensiones. A pesar de su tamaño, su estructura sencilla permitió a Chavrier descubrir rápidamente que no había nadie en su interior.

—Puede entrar, profesor. No hay peligro —dijo guardando el arma.

Campbell entró y dedicó unos segundos a adaptar la vista a la oscuridad para

descubrir qué cuadros había allí expuestos.

—¿Qué cree que ha pasado? —le preguntó Chavrier.

El profesor no sabía qué contestar. Aquella podía ser la señal que tanto reclamaba para demostrar que estaban en lo cierto. ¿Una manera directa por la que los secuestradores les indicaban dónde debían buscar? Indudablemente podría haber diferentes explicaciones a lo que acababa de ocurrir, pero después de todo lo que llevaban viviendo aquella noche, pensar que aquel hecho no estaba relacionado con ellos no le parecía la opción más probable.

—Creo que ya tenemos la respuesta que necesitábamos —se aventuró a contestar finalmente.

La voz nerviosa de Sanoir comenzó escucharse por el fondo del pasillo. Con voz agitada informaba a sus hombres que vigilaban las entradas del museo de lo que acababa de ocurrir y les ordenaba que extremaran la vigilancia. Al entrar en la sala su nerviosismo era evidente.

—¿Qué ha ocurrido, comisario?! —preguntó en voz alta sin esperar a llegar hasta donde se encontraban.

—No puedo decirle mucho aún. El inspector Paccaud nos ha informado de que han detectado un fallo con las cámaras de seguridad de esta sala y hemos venido enseguida.

Desde el *walkie-talkie* de Chavrier se escuchó de nuevo a Paccaud.

—Todos están avisados y en camino, señor. Los guardias de la entrada principal también están avisados y esperan sus órdenes.

—De momento dígales que permanezcan en su sitio. Necesitamos que la entrada principal del museo esté perfectamente controlada.

—Ahora mismo, señor.

Bingleau y la profesora Margaux aparecieron en ese momento en la sala. En silencio se acercaron hasta donde ellos se encontraban. Sin saber lo que había ocurrido, Margaux se colocó cerca de Campbell.

—Todo va bien —le dijo susurrando.

Las luces se encendieron de nuevo.

—Ya debería haberse arreglado el problema de la luz, señor —dijo Paccaud por el *walkie-talkie*.

—Sí, así es, inspector. ¿Han recuperado la señal de las cámaras de seguridad?

—Estamos en ello, señor. No deberíamos tardar mucho en volver a tenerles en pantalla.

Margaux señaló asombrada hacia uno de los extremos de la sala.

—La puerta de seguridad está cerrada —indicó.

Todos se giraron a ver lo que les mostraba.

En la sala de suministros, el guardia de seguridad que estaba con el inspector Paccaud no podía creer lo que estaba ocurriendo.

—Esas verjas únicamente se cierran para evitar un robo. Pero son automáticas.

¡Es imposible! —decía mientras orientaba la cámara de seguridad más cercana hacia la puerta que se acababa de cerrar.

—Una de las puertas de seguridad de esta sala está cerrada, inspector —le informó Chavier.

—Sí, lo estamos viendo, señor. Creo que es un sistema de seguridad.

—El inspector tiene razón —dijo Campbell—. Estas puertas se activan por unos sensores situados en la pared, detrás de los cuadros, de tal manera que si se intenta robar uno, las puertas de acceso se cierran y la persona queda dentro atrapada.

—¿En ese caso por qué solo se ha cerrado una de las dos que tiene esta sala, profesor? —preguntó Sanoir.

Campbell miró hacia la puerta que seguía abierta.

—Eso no puedo decírselo, señor. Además, todos los cuadros parecen estar en su sitio por lo que no se ha cerrado por esa razón.

—¿Insinúa que alguien puede haberla cerrado a propósito? —preguntó Chavier.

—Sin duda, comisario —respondió rápidamente Milanelli—. Se ha cerrado la puerta que da acceso a la salida, no la que comunica con el resto de salas del museo. Es una clara señal de que no debemos salir de esta sala.

—¿Está diciendo que alguien ha hecho todo esto para que nos quedemos aquí dentro? —preguntó Sanoir.

—Más bien para que *busquemos* aquí dentro —contestó.

Tras las palabras del profesor, todos se quedaron en silencio. Si aquella idea era cierta, eso implicaría que alguien tenía acceso al sistema de seguridad del museo. ¿El fallo eléctrico en aquella sala había sido provocado? ¿Alguien desde el exterior podía estar haciendo todo aquello?

La profesora Margaux se separó un par de metros del grupo. Lo suficiente como para colocarse en la posición más centrada posible de la sala desde donde tener una mejor visión de todos los cuadros que se exponían allí.

—Efectivamente todos los cuadros están en su sitio, comisario. El profesor Milanelli tiene razón. Creo que tenemos que empezar a considerar la posibilidad de que los secuestradores de Deneux hayan sido los responsables de que esa puerta se haya cerrado —dijo volviendo a donde se encontraban.

Chavier no se podía creer lo que estaba sucediendo.

—En ese caso tendremos que descubrir por qué han elegido esta sala en particular ¿no les parece?

—Sí, señor. Y además, mírelo por el lado bueno —respondió Milanelli—. Hace unos minutos estábamos buscando en todo el museo sin saber lo que teníamos que encontrar, y ahora estamos en esta sala. Por lo menos, el espacio de búsqueda se ha reducido considerablemente.

—¿Entonces lo que hemos venido a buscar aquí está en uno de estos cuadros? —preguntó Sanoir.

Margaux le buscó con la mirada.

—Así es, señor. Por primera vez en toda la noche creo que estamos realmente cerca de descubrir qué es lo que los secuestradores de Deneux quieren que encontremos en el Louvre.

Capítulo 32

—¡Avanza! ¡Vamos, avanza!

Los gritos de aquel hombre le hacían estremecerse. De nuevo tenía la capucha cubriéndole la cabeza. La misma que no le dejaba respirar. «Por si se te ocurre escaparte cuando te suelte» le había dicho su raptor. El pasillo por el que caminaban en ese momento era muy estrecho y oscuro. Apenas podía distinguir un leve halo de luz lo que provocaba que se golpeará constantemente con las paredes. Sin embargo, precisamente gracias a eso sabía que, poco a poco, iban avanzando. El suelo estaba lleno de obstáculos que le hacían tropezar. Objetos que crujían cada vez que los pisaba.

—¡Detente! ¡Detente! —le gritó.

Al igual que había ocurrido en la otra sala anteriormente, su fuerte mano le agarró por el cuello. Esta vez por la parte posterior.

—Ahora continúa por la derecha.

Deneux era presa del pánico. A duras penas podía procesar las órdenes que recibía de aquel hombre. No sabía dónde se encontraba y la capucha que llevaba puesta no le dejaba ver nada. En ese momento su problema por no poder respirar había pasado a un segundo plano. Ahora mismo temía por su vida. No sabía hacia dónde se dirigía pero tenía un enorme presentimiento de que cuando llegaran a su destino todo acabaría para él.

«Me matará en cuanto lleguemos».

Minutos antes, cuando el hombre había vuelto al lugar donde se encontraba, lo primero que le había dicho al empezar a soltar las cuerdas que tenía atadas en las manos y en los pies no había sido nada esperanzador.

—No te preocupes. Dentro de poco terminará tu sufrimiento.

Capítulo 33

El comisario Chavrier se acercó a donde se encontraban Campbell y la profesora Margaux.

—Profesores, nada me gustaría más en este momento que poder ayudarles, pero me temo que mi contribución lo único que haría sería retrasarnos a todos aún más, de modo que creo que deberían empezar cuanto antes a intentar descubrir qué hay en esta sala que pueda llevarnos hasta Deneux.

Campbell buscó la mirada de Margaux y a continuación respondió al comisario.

—Intentaremos descubrirlo lo antes posible, señor.

El profesor Milanelli se acercó por detrás hasta donde se encontraban los otros dos profesores y Chavrier con el plano del museo entre sus manos.

—Me temo que en esta sala no hay muchos cuadros religiosos —dijo sin apartar la mirada de él.

Margaux observó al profesor con gesto serio. Indudablemente estaba en lo cierto. Entre las grandes pinturas francesas que se exponían en aquella sala, los cuadros de temática religiosa eran minoría. En cambio, predominaban aquellos referidos a Napoleón y a diversas personalidades de la época. Hasta ese momento, se habían dividido en tres grupos buscando en todo el museo alguna obra en la que pudiera esconderse lo que los secuestradores de Deneux querían que encontrasen. Ella había sido quién había recomendado priorizar las obras religiosas y esa sala era de las pocas en todo el Louvre donde apenas había de ese tipo.

Sin contestar a Milanelli, dio un repaso rápido a todas las obras hasta encontrar la que estaba buscando.

—Me temo que el único cuadro que podemos encontrar aquí que tenga que ver con la religión es *El Cristo en la cruz* —dijo señalándolo.

Todos se acercaron para admirarlo.

—Pierre-Paul Prud'hon no es uno de los autores más conocidos para el gran público, pero sí lo fue durante el imperio de Napoleón que lo eligió para muchos de sus retratos —comenzó explicándoles la importancia que para ella podía tener aquel cuadro—. Si no estoy equivocada, el retrato de la emperatriz Josefina de Beauharnais debería estar también aquí en el Louvre —dijo mirando por encima al resto de cuadros—. Pero no en esta sala.

—¿Y ve algo interesante en él, profesora? —le preguntó Chavrier.

—Desde luego no parece que oculte mucha información —dijo en tono irónico el profesor Milanelli.

—Me temo que no, señor —contestó Margaux llevándose la mano derecha a la frente.

Aquel gesto de cansancio no pasó desapercibido para el comisario. Ahora más que nunca aquella noche, estaba convencido de que necesitaba imperiosamente la ayuda de los tres profesores para encontrar a Deneux con vida, y en la situación en la

que se hallaban en aquel momento, ella era la que más podía ayudarles.

—Está bien, profesora, no se preocupe —le dijo.

Margaux permaneció unos segundos más mirando fijamente aquel cuadro.

—Es un cuadro muy sencillo, señor. Es excepcional en cuanto a la utilización de la luz. Puede ver cómo gracias a ello la figura de Jesús cobra protagonismo mientras que María Magdalena y la Virgen María se mantienen en un segundo plano. Pero...

—Entiendo, profesora —dijo intentando animarla—. Tenemos muchos más cuadros en esta sala que pueden ser interesantes.

—¿Y qué nos puede decir de este? —preguntó Milanelli señalando el pequeño cuadro que se encontraba justo debajo.

—El Reverendo Padre Dominique Lacordaire de la Orden de Predicadores —dijo Campbell leyendo el cartel situado junto a la obra.

—No creo que sea interesante, la verdad —respondió mientras lo observaba con la mirada perdida—. Ni siquiera lo había considerado.

—Entonces creo que deberemos empezar a revisar otro tipo de obras si es que ya no hay más cuadros religiosos en esta sala —opinó Chavrier.

—En verdad según indica este plano todavía nos quedaría uno por ver —replicó Milanelli.

—*¡Le Voeu à la Madone!* —contestó Margaux con una amplia sonrisa.

—Así es, profesora. Y según creo debería estar...

—*¡Allí!* —exclamó dirigiéndose rápidamente hacia donde se encontraba.

Bingleau y Sanoir, que hasta ese momento se habían mantenido alejados del resto, se acercaron también a ver aquel cuadro.

—¿Ve algo interesante? —preguntó esta vez Sanoir.

Margaux dudó unos instantes.

—Bueno señor, lo cierto es que es difícil considerarlo como una obra religiosa. Es cierto que se representa a la Virgen María pero su contenido es claramente diferente al de Prud'hon que hemos visto hace un momento.

—De nuevo no nos sirve ¿verdad? —preguntó Chavrier.

—Siento decirle que no, comisario. Fíjese. Se representan a varias personas adorando un altar donde se encuentra la Virgen María.

Sanoir la interrumpió.

—El hombre que encontramos asesinado en Notre Dame estaba en las escaleras del altar mayor.

—Sí, es cierto, señor —contestó dubitativa.

Margaux ya había comprobado en varias ocasiones a lo largo de aquella noche cómo la simplista capacidad deductiva de Sanoir era algo que le obligaba a cuidar mucho sus palabras.

—¿Pero de verdad piensan que este puede ser el cuadro que estamos buscando? —preguntó a la vez que lo señalaba con su mano.

Campbell negó varias veces con la cabeza.

—Francamente creo que debemos replantearnos lo que estamos buscando.

Chavrier y Sanoir le miraron rápidamente sorprendidos. Ahora resultaba que era él quien no apoyaba la búsqueda de obras religiosas.

—Creo que en esta sala hay obras de una importancia mayor que las tres que acabamos de ver. Sé que desde que hemos entrado aquí les hemos dicho que por los antecedentes que habíamos observado esta noche en los secuestradores de Deneux, eligiendo Notre Dame para dejar el cuerpo de aquel hombre y por la imagen que vimos en la tumba de la cripta y en la vidriera, las obras con temática religiosa debían ser las prioritarias para nosotros.

—¿Ha cambiado de opinión, entonces? —preguntó inquieto Sanoir.

—Sencillamente creo que tenemos que enfocar esta situación desde una perspectiva más amplia.

—Eso me gusta —opinó Milanelli.

—Creo que tenemos bastante claro que en esta sala se encuentra la respuesta que estamos buscando —prosiguió—. Lo que debemos hacer ahora es empezar de cero nuestro planteamiento para descubrir de qué obra se trata lo antes posible.

—¿Y qué propone que hagamos para ello, profesor? —preguntó Chavrier.

Campbell cogió aire.

—Verá, comisario, en mi opinión el secuestro de Deneux es un ataque directo contra su presidente. Un ataque que tengo el presentimiento que esconde un objetivo político de fondo.

—Me temo que no le sigo...

—Es sencillo. Imagine que usted es el secuestrador de Deneux. Si lo que usted quiere inicialmente es repercusión mediática, existen decenas de maneras mejores de conseguirla que secuestrando al hijo del presidente.

—¿Cree que esa persona busca reconocimiento? —preguntó Sanoir.

—No, no señor, al contrario. Lo que quiero decir es que el acto que han cometido tiene un significado que creo que no hemos tratado de entender en toda la noche. El secuestro de civiles, por ejemplo, es una manera mucho más rápida y menos arriesgada de conseguir esa repercusión mediática a la que me refiero. Sin embargo, en este caso los responsables han hecho algo mucho más arriesgado y difícil secuestrando al hijo del presidente. Y por lo menos, hasta donde yo sé, no lo han hecho público.

—Y esperemos por el bien de todos nosotros que siga siendo así, profesor —dijo rápidamente Sanoir.

—Por supuesto que sí, señor.

—Creo que tiene razón —opinó Milanelli—. ¿Por qué se arriesgaría alguien a secuestrar al hijo del presidente francés y ni siquiera se ocupa de conseguir que los medios de comunicación se enteren?

—Está claro que no busca el reconocimiento al que se refiere el profesor Campbell —contestó Sanoir.

—Cierto. Pero tampoco han contactado con ustedes ¿verdad?

Sanoir y el comisario permanecieron en silencio.

—Y si no lo han hecho —continuó Campbell—, quizá sea porque no les interesa nada de lo que puedan ofrecerles.

—¿Está diciendo que los responsables no quieren obtener nada a cambio de la liberación de Deneux? —preguntó sorprendido Chavrier.

—Exacto.

—No entiendo el motivo que han tenido para hacerlo, entonces.

—Avisarles, comisario.

—¿Avisarnos?

Campbell apreció que estaban en un punto muy delicado de la noche. Hacer entender al comisario y a Sanoir aquella nueva idea que les estaba proponiendo cambiaría por completo el enfoque que hasta ese momento le habían dado al secuestro.

—Quizá no a ustedes en concreto. Más bien al presidente, señor. Al poder político.

—¿Y sobre qué si puede saberse? —preguntó irritado Sanoir.

—Está claro que yo no tengo la respuesta a esa pregunta, señor. Ninguno de nosotros la tenemos. Lo que si tengo bastante claro es que atendiendo a la relevancia de la persona secuestrada, a quién es esa persona, y atendiendo al hecho de que los mismos secuestradores lo han mantenido alejado de la información pública, creo que este secuestro tiene un mensaje político de advertencia que nada tiene que ver con otros casos de secuestro que hayan podido vivir.

—Pero han asesinado a una persona inocente, profesor.

—Lo sé, comisario. Y créame que no me he olvidado de ello ni un solo minuto.

—¿Entonces qué cree usted que pasará a partir de ahora, profesor? —preguntó Sanoir.

Campbell cogió aire de nuevo.

—Creo que los secuestradores que nos han traído hasta aquí y que, según parece, quieren que encontremos algo en esta sala, seguirán jugando con nosotros durante mucho más tiempo.

—¿Quiere decir que cuando descubramos lo que sea que tengamos que descubrir aquí dentro no encontraremos a Deneux?

—Me temo que no, comisario. Creo que lo que aquí encontremos nos llevará a otro lugar de París, de la misma manera que lo que encontramos en Notre Dame nos trajo hasta aquí.

—Sin duda, un juego macabro —opinó Milanelli.

—Lo sé, pero creo que ahora mismo ellos son los que ponen las reglas.

—¿Hasta cuándo cree que estaremos siguiendo este juego, profesor? —preguntó Chavrier.

—Hasta que se termine, señor.

—¿Y cuándo cree que será eso?

Campbell se quedó en silencio. No quería que de su boca saliera la idea que creía que todos tenían en la mente en ese momento. Chavier palideció al entenderlo.

—Hasta que encontremos a Deneux —dijo en voz baja.

—Ojalá esté confundido, señor. Pero creo que el premio, por así decirlo, y disculpen que utilice esta palabra, será efectivamente encontrar al hijo del presidente.

La idea de que no pudieran encontrarle de otra manera que no fuese siguiendo el juego al que les estaban sometiendo sus secuestradores resultaba muy difícil de asumir. Si el planteamiento que había realizado el profesor era correcto, quería decir que estaban a merced de lo que ellos quisieran hacer.

—¿Entonces no podemos hacer nada para salvar a Deneux? —preguntó Chavier.

—Sí, señor. Claro que podemos hacer algo. Debemos descubrir cuanto antes cuál de estos cuadros nos dirá a dónde debemos dirigirnos cuando salgamos de aquí.

—El profesor tiene razón, comisario —añadió Margaux para apoyarle—. Lo mejor que podemos hacer nosotros es ir resolviendo cuanto antes cada uno de los problemas que nos encontremos esta noche, como ya hemos hecho anteriormente con la espiral que estaba dibujada en el hombre que encontramos asesinado en Notre Dame.

Chavier permaneció unos segundos pensativo con la mirada fija en el suelo. Que en ese momento no pudiesen hacer nada más que ir por detrás de los secuestradores no le hacía la menor gracia, pero si existía la posibilidad de recuperar con vida a Deneux siguiendo aquella especie de juego debían hacerlo de la mejor manera posible.

—En ese caso no hay tiempo que perder —dijo con renovado entusiasmo—. Bingleau, vaya a la sala de vigilancia. El inspector Paccaud está ahora mismo allí revisando las grabaciones de las cámaras de seguridad de los tres últimos días. Ayúdele. Busquen algún fallo de las cámaras, algún corte en la grabación, lo que sea que pueda indicarnos qué cuadro de este museo ha sido manipulado.

Sanoir sentía que por primera vez iban a hacer algo interesante allí dentro.

—Iré con él, comisario. Seguro que seré más útil allí de lo que puedo aportar aquí.

—Perfecto. No olviden avisarme si encuentran algo sospechoso —les dijo en voz alta mientras veía cómo se alejaban—. ¡Y Bingleau! —añadió casi gritando—. ¡Denle prioridad absoluta a esta sala! ¡Quiero saber enseguida cuál de estos cuadros nos guiará hasta el señor Deneux!

Cuando desaparecieron por la puerta que daba acceso a la sala contigua, el comisario se volvió hacia los profesores.

—¿Sabe ya por cuál de estos cuadros quiere empezar, profesora? —preguntó.

—Según este plano, tenemos todavía más de veinte obras que revisar —se adelantó a responder Milanelli—, de modo que creo que podemos empezar por descartar algunos de ellos y profundizar en los que sean más importantes.

«Todo lo que sea avanzar será una buena opción».

—Por ejemplo, ese de ahí —dijo Campbell señalando uno de las obras de la pared—. ¿Cómo se llama ese cuadro?

—*Les deux soeurs* —contestó Margaux.

—Creo que es un buen ejemplo de los cuadros que tenemos que descartar inicialmente. Si han elegido uno de ellos para esconder lo que quieren que encontremos, mi opinión es que tienen que ser cuadros complejos, con muchas personas. ¿Recuerda *Las bodas de Caná*, comisario?

—Sí, por supuesto que lo recuerdo.

—¿Y lo que le conté acerca de él? ¿La importancia de saber interpretarlo? ¿De saber captar las cosas ocultas que los grandes cuadros esconden?

Margaux sonrió al escuchar las palabras del profesor Campbell. Estaba segura de que si el inspector Bingleau estuviese todavía allí, reconocería en aquellas palabras lo que ella misma le había explicado anteriormente contemplando *La Virgen del Canciller Rolin*.

—Entiendo a lo que se refiere, profesor —contestó Chavrier.

—¿Entonces supongo que ese de ahí también lo descartamos? —preguntó Milanelli mientras leía en el plano del museo las descripciones de los cuadros de aquella sala.

—*Les ombres...* —intentó leer sin suerte.

—*Les ombres de Francesca da Rimini et de Paolo Malatesta apparaissent à Dante et à Virgile*.

—Gracias, profesora. Como comprobará el francés no es mi fuerte.

Margaux sonrió.

—Creo que esta obra es muy similar al Cristo en la Cruz de Prud'hon que ya vimos antes. Tiene un uso increíble de la luz, que es sin duda de enorme interés, pero no en nuestro caso.

—Veo que, poco a poco, vamos avanzando —dijo Chavrier excitado.

—Espero que no nos confundamos, comisario. Hacer una elección tan rápida de qué obras debemos considerar y cuáles no, es bastante arriesgado.

—No se preocupe por eso, le aseguro que por lo que a mí respecta lo están haciendo perfectamente.

Campbell se detuvo en una de las obras de mayor tamaño de la sala.

—Napoleón en el campo de batalla de Eylau —dijo sin necesidad de leer la descripción del cuadro. ¿Lo ve comisario? Esto es a lo que yo me refiero. Fíjese la complejidad de esta obra. La cantidad de personajes que aparecen representados en ella.

Los profesores y Chavrier se acercaron a contemplar aquel cuadro.

—Es espectacular —dijo en voz baja Margaux.

—Además representa un hecho histórico real, la batalla de Eylau.

—En ese caso quizá pueda enseñarnos algo acerca de este cuadro, profesor.

Tras unos segundos, Campbell contestó a Chavier sin apartar la mirada de él.

—La batalla de Eylau, comisario, tuvo lugar los días 7 y 8 de febrero de 1807 y enfrentó al ejército de Napoleón y al ejército ruso que estaba bajo el mando del general Benigssen. Desde 1803, Reino Unido, Austria, Rusia, Nápoles y Suecia se encontraban unidos luchando contra el imperio que Napoleón estaba creando en Europa en lo que se conoció bajo el nombre de la Tercera Coalición. Un año antes de esta batalla, en 1806, Prusia se había unido a ellos debido al temor que le generaba el avance de Napoleón en el centro de Europa tras la derrota austríaca en la batalla de Austerlitz, dando lugar al nacimiento de la Cuarta Coalición. Como respuesta a esta unión, Napoleón atacó a los prusianos en la batalla de Jena-Auerstädt y gracias a esta victoria, las fuerzas de Napoleón ocuparon Prusia, tomando Berlín en octubre de 1806.

Campbell hizo una breve pausa en su explicación, cogió aire y continuó.

—No satisfecho por aquella gran victoria, extendió su marcha sobre el este de Prusia hasta alcanzar la frontera rusa, donde se enfrentó al ejército ruso en la batalla de Eylau, en febrero de 1807. Tras casi dos días de continua batalla el general Benigssen ordenó a su ejército retirarse. Las bajas en ambos bandos habían sido tan numerosas que el ejército francés no pudo perseguirles.

—Siempre había entendido que Napoleón sí que había vencido al ejército ruso —comentó sorprendida Margaux.

—Y así fue. Lo que yo les acabo de contar es la historia que precedió a la batalla de Eylau que se representa en este cuadro. Pero como bien dices, Napoleón sí que venció al ejército ruso. Un año más tarde, el 14 de junio de 1807, tuvo lugar la batalla de Friedland en la que, por fin, el ejército francés venció al ejército ruso. Después de esta derrota, el Zar Alejandro I y Napoleón firmaron el Tratado de Tilsit, por el cual, este pasaba controlar todo el oeste y el centro de Europa.

Chavier escuchaba aquella historia con cara de fascinación.

—Como puede que ahora entienda mejor, comisario, este es el tipo de cuadros que creo que debemos buscar. Aquellos que tengan un significado importante detrás. Indudablemente, Napoleón y el ejército ruso nos quedan un poco lejos en la historia, de modo que no creo que sea el que nos interesa esta noche —dijo Campbell dirigiéndose al siguiente cuadro de la sala.

Capítulo 34

Nada más salir del ala Denon, Sanoir se dio cuenta de que no sabían dónde se encontraba la sala de vigilancia a la que debían dirigirse. Cuando se disponía a encender su *walkie-talkie* para pedirle al inspector Paccaud que les guiase hasta allí, vio a lo lejos en una de las salas del ala Richelieu al guardia de seguridad que vigilaba aquella planta. Sin dudar un segundo, salió corriendo a su encuentro seguido por Bingleau.

—¡Perdone! —gritó intentando captar su atención—. ¡Perdone! ¡Señor!

Al escuchar estas palabras, el guardia de seguridad retrocedió unos pasos y pudo ver cómo dos de los hombres de los que su jefe le había hablado se dirigían corriendo hacia él.

—¿En qué puedo ayudarles? —preguntó.

—Tenemos que llegar a la sala de vigilancia del museo pero no sabemos dónde se encuentra —dijo Sanoir fatigado.

—No se preocupen por eso. Yo les acompañaré hasta allí.

El guardia comenzó a caminar hacia la sala de vigilancia con paso rápido. Era evidente que aquellos dos hombres tenían bastante prisa. Su jefe no le había informado sobre qué iban a hacer todas aquellas personas en el museo esa noche. Tan solo le había dicho que si en algún momento lo necesitaban, debía ayudarles.

—No está lejos pero si no conocen el museo puede ser un laberinto llegar hasta ella —dijo intentando romper el hielo.

—Este museo es enorme —contestó Bingleau con educación—. Yo ya había estado aquí en un par de ocasiones pero verlo vacío es totalmente diferente.

—Ya lo creo. No se imagina lo difícil que es controlar una planta entera.

Sin decir una palabra, Sanoir siguió al guardia de seguridad pensando en lo que les había dicho el profesor Campbell. Si aquella teoría era cierta, ahora se encontraban a merced de lo que los secuestradores de Deneux quisieran hacer con ellos. No parecía que tuviesen ninguna posibilidad, por el momento, de poder anticiparse a lo que estos fuesen a hacer pues parecía claro que lo que hubieran hecho en aquel museo ya no tenía vuelta atrás, y lo más importante era descubrirlo cuanto antes para seguir acercándose a Deneux.

Al llegar hasta el pasillo donde se encontraba la sala de vigilancia, el guardia se detuvo.

—Es esa puerta de allí —dijo señalándola con la mano.

—¡Perfecto! —exclamaron ambos.

Sin llamar, Sanoir entró en aquella sala para sorpresa del inspector Paccaud y del guardia que estaba con él.

—El comisario me ha ordenado que viniera a ayudarles con las grabaciones de las cámaras de seguridad —le dijo Bingleau.

—¿Han encontrado ya algo interesante? —preguntó Sanoir.

—De momento no, señor.

—Chavier ha dicho que le den prioridad a la sala 77 en la que ellos se encuentran en estos momentos —añadió.

El guardia de seguridad comenzó a buscar las grabaciones de esa sala en concreto.

—Pueden ver lo que las cámaras de esa sala grabaron en aquellas pantallas —les indicó señalando a uno de los cinco grupos de la pared.

Los cuatro permanecieron durante unos segundos revisando las grabaciones de las cámaras de seguridad de la sala 77. Al no haber nadie en la sala la sensación era que las cámaras emitían una señal fija.

—No parece que haya mucho movimiento ¿verdad? —preguntó extrañado Sanoir.

—Lo sé, señor. Si se fija en el reloj de la esquina superior derecha, todavía faltan tres minutos para que el museo abra sus puertas. Además, como el trabajador que está en esa sala aún no ha llegado, no se nota el paso del tiempo.

«Si no existe un punto de referencia no se percibe el movimiento».

—¿A qué velocidad están pasando las imágenes? —preguntó el inspector Bingleau con cara de desconcierto.

—Al triple de la velocidad normal, señor. Podría aumentarlo hasta veinte veces la velocidad de grabación pero entonces no podríamos darnos cuenta de si alguna de las cámaras tiene algún problema.

—Ya comprendo.

En ese momento, los primeros turistas comenzaron a entrar en la sala. La velocidad a la que se movían denotaba que, efectivamente, estaban viendo la grabación a cámara rápida.

—¿Han conseguido restablecer el funcionamiento de las cámaras de seguridad de la sala 77? —preguntó Sanoir.

—Sí, señor. Ese problema también está arreglado —respondió Paccaud.

—¿Y cómo ha podido ocurrir algo semejante? —le preguntó al guardia.

—Es algo muy difícil de explicar, señor. El sistema eléctrico del museo es muy sofisticado. Cada sala es independiente de las demás para evitar que fallos como el que ha ocurrido antes se propague por todo el museo. Sin embargo, cada sala también tiene baterías que permitirían mantener el suministro eléctrico durante una hora.

—Tiempo suficiente para solucionar cualquier problema ¿verdad?

—Así es, señor. De hecho, los técnicos de mantenimiento podrían seleccionar qué dispositivos de la sala reciben suministro eléctrico y cuáles no para conseguir alargar la vida de esas baterías el máximo tiempo posible en caso de que no se pudiese solucionar el problema.

—¿Afectaría eso a la actividad del museo? —preguntó Bingleau.

—Si el fallo se puede resolver en menos de una hora, que es el periodo que en principio deben durar las baterías, no se toma ninguna medida sobre la sala afectada. En cambio, si los técnicos de mantenimiento no pueden solucionarlo y deben

priorizar entre qué sistemas mantener encendidos y cuáles no, la sala se cerraría al público.

—¿Y qué criterio siguen para elegir eso? —preguntó curioso Sanoir.

—No sabría decírselo exactamente, pero creo que en primer lugar se cortaría el suministro eléctrico en las tomas de corriente de la sala, en segundo lugar se apagarían las cámaras de seguridad y solo en caso extremo se apagaría el sistema de climatización.

—¿Por qué es más importante mantener la temperatura de la sala que tenerla vigilada?

—Bueno, señor, tenga en cuenta que cuando se llega a este punto la sala, como le he dicho antes, ya ha sido cerrada al público y en ella únicamente estarían trabajadores del museo por lo que la vigilancia pasaría a ser menos importante. La temperatura, en cambio, es necesario que permanezca invariable porque el calor puede afectar seriamente a los cuadros.

A pesar de las explicaciones que le estaba dando el guardia, para una persona como Sanoir encargada de la seguridad del presidente y de su familia, que se apagasen las cámaras le parecía algo inaudito. No era capaz de imaginarse que en el Palacio del Elíseo se dejara de vigilar sus dependencias por el hecho de mantener intactas las obras que allí se encuentran.

—Pero esta noche han fallado esas baterías también —insistió.

—Así es, señor. Y es eso, precisamente, lo que lo hace muy difícil de explicar. Ambos sistemas son independientes, de modo que puede fallar uno de ellos pero los dos a la vez es casi imposible.

—Podría ser que las baterías de esa sala ya estuviesen mal y por eso no funcionaron cuando se apagaron las luces —propuso Bingleau.

—No lo creo. Hemos estado hace menos de una hora en la sala de suministros y todos los sistemas funcionaban correctamente, de modo que aun teniendo algún problema no le habría dado tiempo a descargarse tan rápidamente.

Paccaud confirmó las palabras del guardia.

—Eso supone que la única explicación para lo que ha ocurrido antes es que esos sistemas hayan sido manipulados ¿no es así? —preguntó Sanoir.

—En teoría...

El guardia no se atrevía a contestar aquella pregunta. Por un lado, en su opinión no existía ninguna duda de que esos dos fallos no se habían podido producir de manera fortuita, pero por otra parte reconocer que la explicación más probable para lo que había sucedido fuese que alguien hubiese producido el fallo de manera intencionada, supondría poner en evidencia su labor de vigilancia y la de todos sus compañeros. Por no decir, además, el hecho de que el único lugar del museo desde el que se podría provocar ese fallo sería desde la sala de suministros que estaba, precisamente, bajo su vigilancia aquella noche.

—¿Y cómo se puede explicar lo que ha ocurrido con la puerta de seguridad?

—Lo mismo, señor. Es algo inexplicable.

—¿Un fallo eléctrico también?

—Posiblemente.

—Podrían tener el mismo origen entonces —opinó Bingleau.

—No, eso sí que no. Las puertas de seguridad del museo funcionan con unos sensores de presión situados en los puntos de los que están colgados los cuadros. Cada uno de ellos está calibrado de manera individual dado que en función de cuál sea el cuadro el peso que soportan es diferente. Cuando perciben una disminución de presión salta la alarma y las puertas de la sala se cierran inmediatamente.

—En ese caso, no hay duda de que se trata de fallos independientes —dijo Sanoir.

—Me temo que sí, señor.

Durante un instante, los cuatro volvieron a mirar a las pantallas que mostraban las grabaciones de la sala 77.

—Supongo que existirá alguna manera de desconectar esos sensores ¿verdad? —preguntó el inspector Bingleau.

—Sí, por supuesto. Cuando se realizan trabajos de mantenimiento en las salas o se restaura alguna obra, los sensores de esos cuadros se desconectan para evitar que se cierren las puertas cuando los manipulan.

—Entonces alguien pudo desconectar alguno para provocar que se cerrara —dijo Sanoir.

—No, señor. Si se desconecta el sensor la puerta no se cerraría. Simplemente se podría quitar el cuadro de la pared sin que pasase nada.

—Bien, entonces el problema es el contrario. Alguien ha podido provocar que saltara la alarma —dijo creyendo haber encontrado la causa.

—Eso sí que sería una posibilidad aunque en este caso todos los cuadros estaban en su sitio.

Sanoir hizo una pausa para reflexionar.

—Entonces, ¿cómo provocar que salte la alarma? —preguntó.

—La única manera sería que, mientras el cuadro permanece colgado, se modifiquen los valores de calibración de sus sensores.

—Si se programan valores más altos la alarma saltaría ¿no es así? —preguntó Paccaud.

El guardia de seguridad no contestó al inspector pero hizo varios gestos afirmativos con la cabeza mientras permanecía mirando fijamente al suelo pensativo. De repente, se levantó como un resorte de su silla.

—¡Creo que ya sé cómo podemos descubrir qué provocó la alarma! —exclamó.

Capítulo 35

—De modo que otro cuadro más que descartamos —dijo Milanelli—. Efectivamente, tiene razón el comisario y cada vez nos vamos acercando más.

Campbell se detuvo delante de otro de los retratos. Se inclinó levemente y observó los dos cuadros siguientes, mucho más grandes. También era retratos.

—Emilie —dijo en voz alta para atraer su atención—. ¿Qué opinas de estas tres obras? —le preguntó cuando llegó hasta donde se encontraba.

La expresión de su rostro podía hablar por sí misma.

—*Portrait du comte James-Alexandre de Pourtalès-Gorgier, Cuirassier blessé quittant le feu y Bonaparte franchissant les Alpes* —leyó Margaux.

—Yo solo conocía este —dijo Campbell caminando hacia el cuadro en el que aparecía Napoleón.

—¡Aquí lo tenemos de nuevo! —exclamó Milanelli—. Aunque en este caso no tiene muy buena cara el pobre.

La capacidad del profesor Milanelli para enjuiciar las obras de arte del museo no dejaba de sorprender a la profesora Margaux que no pudo evitar sonreír al escuchar sus palabras.

—Igual no tenía un buen día, profesor —le respondió con una gran sonrisa—. En cualquier caso, si quiere ver una versión más idealizada de lo que representa esta obra debería acudir al Palacio de Versalles.

Por un momento, Milanelli se quedó en silencio sin saber qué responder.

—Quizá acabemos allí esta noche ¿no cree?

—Espero que no —contestó Chavrier acercándose a donde se encontraban los profesores—. ¿Ven algo interesante en este cuadro?

—Me temo que no, comisario —se adelantó a contestar Campbell—. Más allá de las particularidades de la obra, no creo que sea interesante para nosotros.

—¿Y qué particularidades son esas? —preguntó con curiosidad Milanelli.

—Este cuadro, profesor, escenifica la travesía que Napoleón realizó en el año 1800 con su ejército a través de los Alpes por el paso de San Bernardo para intentar sorprender al ejército austriaco que había vuelto a ocupar Italia durante sus campañas en Egipto. La representación que Delaroche hizo en esta obra de ese momento de la historia es, sin duda, mucho más realista que la que pintó Jacques-Louis David donde se puede ver a un pletórico Napoleón a lomos de su caballo. Estoy seguro de que la dureza de la travesía hizo que la realidad fuese mucho más cercana a lo que se representa aquí. Este cuadro muestra a un Napoleón agotado. Si se fijan, ni siquiera cabalga a lomos de un caballo sino que utiliza una mula como transporte, mucho más resistentes y seguras para una travesía tan peligrosa como la de los Alpes.

—Y como colofón a esta reseña histórica, profesor, entiendo que este cuadro tampoco nos va a servir de ayuda esta noche.

—Creo que no, comisario —reconoció hastiado—. Ni tampoco estos otros dos

retratos que se encuentran a su izquierda.

Chavrier retrocedió un par de pasos para ver mejor los cuadros a los que se estaba refiriendo.

—¿Está de acuerdo con esa decisión, profesora?

—Totalmente, comisario. Los retratos son cuadros interesantes pero muy sencillos. Y como ha dicho antes el profesor Campbell, yo también pienso que el cuadro que hayan elegido los secuestradores de Deneux para transmitirnos algo debe ser mucho más complejo.

—Muy bien, continuemos entonces. Cada vez quedan menos obras por lo que, indudablemente, ya estamos un poco más cerca de encontrar lo que estamos buscando.

La profesora Margaux caminó de nuevo hasta el centro de la sala, se subió a una de las butacas que servían de descanso a los turistas y comenzó a repasar, uno por uno, todos los cuadros.

—Ya hemos descartado los tres cuadros más o menos religiosos que se exponen en esta sala —dijo en voz alta.

—Y también la mayoría de los retratos —añadió Chavrier.

—¿Tiene a mano el plano del museo, profesor Milanelli?

—Sí, aquí lo tengo.

—¿Ve dónde se encuentra *Le Chevalier de Nanteuil-Lanorville*?

—Sí, profesora —respondió.

—Bien, descártelo. Haga lo mismo con *Joachim Murat, roi de Naples, Officier de chasseurs à cheval de la garde impériale chargeant* y con *Roger délivrant Angélique* —continuó mientras señalaba cada uno de ellos con una mano diferente.

Chavrier y el profesor Campbell miraban a uno y otro lado de la sala completamente perdidos. Chavrier entendía los nombres que decía la profesora, pero como no tenía ningún conocimiento sobre arte, no sabía a qué cuadros se estaba refiriendo. Por su parte, Campbell apenas sabía cuatro o cinco palabras en francés con lo que no entendía lo que decía ni sabía a qué cuadros tenía que mirar.

—¡Ya está, profesora! —exclamó Milanelli.

—¿*Cuirassier blessé quittant le feu*?

—Lo tengo.

—¿*Jeanne d'Arc au sacre du roi Charles VII, dans la cathédrale de Reims*?

—Un momento... ¡Sí, aquí!

—Perfecto. Descártelos también.

Chavrier la miraba totalmente asombrado.

«¿Cómo puede ser que conozca todas las obras?».

—Y *Étude de deux tigres*, por supuesto —añadió.

—Sí, ese ya me había permitido la libertad de descartarlo —respondió Milanelli.

Margaux se detuvo y empezó a contar cuadros en voz baja.

—Si no me equivoco nos deberían quedar diez en total ¿verdad, profesor?

Milanelli contó rápidamente los que quedaban en el plano sin tachar.

—Correcto. Acaba de hacer en dos minutos más de lo que habíamos hecho entre todos en la última hora.

—No sé por qué incluyeron mi nombre en aquella carta —dijo bajándose de la butaca y dirigiéndose al comisario—, pero desde luego si era por algo en especial creo que bien podría ser por lo que acabo de hacer.

—Debo reconocer, profesora, que me acaba de dejar de piedra.

Margaux sonrió.

—La pintura neoclásica y romántica siempre ha sido mi favorita y no olvide que yo también soy francesa, comisario, por lo que algunas de las obras que se encuentran en esta sala fueron objeto de muchos de mis trabajos en la universidad.

Campbell la miraba impresionado.

—Yo también he de reconocer que me has dejado de piedra igual que al comisario.

—No se preocupe, profesor —dijo Milanelli—. Según las descripciones que vienen en este plano todavía quedan algunas obras de Napoleón para que nos siga instruyendo esta noche.

Margaux no pudo evitar sonreír ante aquel comentario burlesco.

—¿Por dónde quieres que continuemos? —le preguntó Campbell.

La profesora dudó unos instantes.

—La mayoría de las obras que hemos dejado son de Delacroix...

—¿Crees que eso puede significar algo?

—No lo sé. Pero si no tenemos otro criterio quizá deberíamos centrarnos primero en sus obras.

A pesar de lo que acababa de hacer, Margaux seguía albergando muchas dudas sobre si allí encontrarían lo que los secuestradores de Deneux habían escondido en el museo. El problema con las cámaras de seguridad y con la luz parecía un indicativo claro de que debían buscar en aquella sala. Sin embargo, si lo que había ocurrido no tenía nada que ver ni con Deneux ni con ellos, podían estar perdiendo un tiempo muy valioso y era necesario descubrir cuanto antes si, efectivamente, lo que habían ido a descubrir al Louvre se encontraba o no en uno de esos cuadros.

Capítulo 36

El guardia de seguridad salió corriendo en dirección a la sala de suministros que se encontraba al final del pasillo. Sanoir y los inspectores salieron inmediatamente detrás de él para intentar descubrir a qué se refería.

—¡Espere! —le gritó Sanoir.

Cuando consiguieron alcanzarle, el guardia estaba buscando la llave que habría aquella puerta.

—¿Cómo va a saber qué hizo saltar la alarma? —preguntó Paccaud.

El guardia se dio la vuelta y sonrió al inspector. Después del rato que llevaban juntos aquella noche creía tener la confianza suficiente como para mantener el secreto durante unos segundos más. Al entrar en la sala, se sentó inmediatamente en una de las sillas y comenzó a buscar en el ordenador.

—Los valores de calibración —dijo finalmente.

—¿El qué? —preguntó Sanoir confundido.

—Los valores de calibración de los sensores de todos los cuadros de esa sala nos dirán cuál de ellos provocó la alarma.

—¿Y cómo piensa hacer eso? —preguntó incrédulo.

—Verá, señor, los técnicos de mantenimiento del museo guardan en una tabla todos los valores de calibración. Estos quedan además registrados en el sistema de seguridad de manera que si se ha producido un cambio en el valor de uno de los cuadros y eso ha sido el causante de la alarma que produjo que se cerrara la puerta de seguridad de la sala, lo sabremos ahora mismo.

Sanoir se sorprendió por la audacia que mostraba aquel hombre.

—No obstante, es un proceso complejo que llevará unos minutos comprobar —dijo mientras miraba fijamente la tabla de datos que tenía en pantalla.

—Si lo que dice es cierto, ese cuadro podría ser el que los secuestradores de Deneux querían que encontrásemos ¿verdad? —le preguntó susurrando Bingleau a Sanoir.

—Ojalá sea así, inspector —respondió.

En ese momento, la pantalla del ordenador mostró los datos que estaban buscando.

—Fíjense —dijo el guardia—. Estos de aquí son los valores de calibración de todos los cuadros que se encuentran en esa sala. Y ahora, miren al panel que está en la pared. El segundo panel empezando por la derecha. Verán lo que va a pasar.

Los inspectores y Sanoir miraron atentamente a donde les decía el guardia de seguridad. Todas las luces de ese panel estaban de color verde. De repente, una se puso naranja y comenzó a parpadear.

—Acabo de disminuir el valor de calibración de los sensores de uno de los cuadros.

—Pero eso hará saltar la alarma —dijo nervioso Sanoir.

—No, señor. Yo le he programado un valor menor al que realmente está midiendo en estos momentos por lo que no pasará nada. La luz del panel se pone en color naranja porque el valor programado y el medido por el sensor difieren y está avisando de un posible problema.

«Increíble», pensó Bingleau.

—Sin embargo, si vuelvo a poner el valor que tenía antes...

La luz dejó de parpadear y se volvió a poner de color verde.

—¿Lo ven? De nuevo en verde.

—¿Y ya sabe qué cuadro fue el que hizo saltar la alarma? —preguntó Sanoir.

—Todavía no, señor. El sistema está realizando la búsqueda. Tenga en cuenta que hace mediciones cada cinco segundos y quedan registrados los valores de todos los cuadros del museo.

—Según el panel todo vuelve a funcionar correctamente ¿no es así? —preguntó Bingleau.

—Así es. Y por eso les he hecho esta demostración. Porque creo que es lo que ha ocurrido esta noche.

Sanoir le miró confundido.

—¿Podría explicarse mejor, por favor?

—Sí, por supuesto, señor —se excusó—. Cuando le enseñé por primera vez a su compañero esta sala todos los sensores que pueden ver en estos cinco paneles estaban en color verde igual que ahora. Eso nos dice que todos los sistemas del museo están funcionando correctamente. Sin embargo, puede alterarse momentáneamente el valor de calibración de un cuadro el suficiente tiempo como para que salte la alarma, y una vez que haya saltado, volver a restablecer el valor original.

Sanoir no estaba seguro de haber entendido aquella explicación.

—Entonces...

—Con mantener ese valor diferente cinco segundos sería suficiente —afirmó Paccaud.

—Exacto. Y eso explicaría por qué cuando usted y yo entramos aquí de nuevo al apagarse las pantallas de la sala de vigilancia todas las luces de los sensores estaban en verde.

—Habían pasado más de cinco segundos —dijo Sanoir.

—Eso es, señor.

Gracias a las explicaciones del guardia de seguridad, Sanoir sentía que, por lo menos, una de las cosas que habían ocurrido en la sala 77 hacía unos minutos parecía tener explicación. Y lo más importante de todo era que su causa apuntaba a una manipulación externa del sistema lo cual confirmaría que, efectivamente, el museo del Louvre era el lugar al que los secuestradores de Deneux querían que se dirigiesen después de Notre Dame. La sensación de alivio que sintió en ese momento fue indescriptible.

El ordenador que estaba realizando la búsqueda comenzó a emitir un pitido

intermitente.

—¡Ahí está! —exclamó excitado el guardia.

Su teoría se había confirmado.

—¿Ya sabe de qué cuadro se trata? —preguntó Bingleau.

—Un momento, inspector. El sistema nos está avisando de que se ha producido una modificación en los valores como pensábamos. Ahora tengo que ver qué cuadro provocó esa alarma.

El nerviosismo de todos ellos era evidente.

—También tendremos que comprobar que esa modificación se haya producido esta noche ¿no le parece? —preguntó Paccaud.

—Claro, inspector. He limitado la búsqueda a los últimos noventa minutos. De ese modo estaremos completamente seguros de que ese cambio es el causante de la alarma.

El ordenador pitó de nuevo. El corazón de Sanoir comenzó a latir con más fuerza.

—¡Ya está! —exclamó.

—¿Cuál? ¿Cuál?

—*La Libertad guiando al pueblo*, señor.

Sanoir se quedó mudo. Tras mucho esfuerzo, por fin habían descubierto qué cuadro les llevaría hasta Deneux.

—¿Y está en la sala 77? —preguntó Bingleau.

—Sí, señor. Este cuadro ha sido el causante de que se cerrara la puerta de seguridad de la sala.

La emoción se reflejaba en la cara de todos ellos.

—¡Debemos informar inmediatamente a Chavrier! —exclamó Bingleau mirando a Sanoir.

Sin decir una palabra, ambos salieron corriendo de allí. Aunque no tenían al guardia de seguridad para guiarles de vuelta hasta la sala 77, Sanoir confiaba en poder encontrar el camino sin problemas.

—Debemos decírselo al comisario enseguida, señor —repitió Bingleau.

La excitación se había apoderado de Sanoir. Los profesores eran quienes podrían descubrir qué se escondía en aquel cuadro para que los secuestradores lo hubiesen elegido, por lo que debía informarles de lo que habían descubierto cuanto antes. A duras penas, se las arregló para encender el *walkie-talkie* mientras seguía corriendo.

—¡Chavrier! ¡Chavrier! —gritó sofocado.

—Sí, ¿qué es lo que pasa?

—¡*La Libertad guiando al pueblo*!

—¿Qué?

—*La Libertad guiando al pueblo*, comisario. ¡Es el cuadro que buscábamos!

Capítulo 37

El comisario Chavier se detuvo frente a una de las obras de mayor tamaño situada justo en el centro de la sala.

—*Le Radeau de la Méduse* —leyó en voz baja en el cartelito que tenía a su lado.

Aquel era un cuadro gigantesco y lleno de personajes, tal como los profesores opinaban que debía ser el cuadro elegido por los secuestradores. «Complejo» había sido, exactamente, la palabra utilizada por Campbell. Por lo tanto, bajo sus inexpertos ojos, aquella podría ser una obra interesante. Además, se encontraba entre las diez que acababa de seleccionar la profesora Margaux. Una razón más de peso para considerarlo.

—¿Qué opinan de este cuadro, profesores? —preguntó.

Campbell y Margaux se acercaron hasta donde se encontraba el comisario.

—*La balsa de Medusa* —dijo la profesora.

—Es una obra compleja, ¿no profesor?

Campbell captó perfectamente la diferencia con la que el comisario había pronunciado la palabra *compleja*, que él había utilizado en varias ocasiones anteriormente para hacerle entender cómo debía ser la obra que tenían que encontrar.

—Así es, comisario. Y a su favor diré que posiblemente sea una de las obras que pueden ser interesantes para nosotros.

Chavier gesticuló orgulloso de su acierto.

—¿Puede decirnos dónde está Deneux, entonces?

—Yo no diría tanto —contestó percibiendo la precipitación con la que creía haber encontrado repentinamente la solución al problema que tenían aquella noche.

—Estoy de acuerdo con el profesor Campbell, comisario —añadió Margaux—. No es necesario que nos precipitemos sacando conclusiones. No obstante, también opino que puede ser un cuadro interesante. En mis años en la universidad esta obra siempre me ha parecido fascinante por varios motivos...

—Si les parece —dijo Milanelli interrumpiendo a la profesora—, esta vez vamos a dejar que los profesores descansen y seré yo quien les hable un poco acerca de este cuadro.

Margaux miró al profesor Milanelli totalmente sorprendida ante el conocimiento que decía poseer sobre *La balsa de Medusa*.

—¿De verdad, profesor? —le preguntó incrédula.

—¡Por supuesto que sí, *mademoiselle*!

—Y veo que junto con sus conocimientos de arte ahora suma sus avances en francés —dijo sonriendo.

—En verdad ha sido un atrevimiento por mi parte —reconoció ruborizado—, pero llevaba toda la noche ensayando esa palabra y este ha sido un buen momento para utilizarla ¿no le parece?

Margaux volvió a sonreír.

—¿Qué nos puede contar acerca de este cuadro, profesor? —preguntó Chavier intentando que se centraran en lo que estaban haciendo.

—Es verdad, comisario. Disculpe mi distracción.

Campbell sentía una enorme curiosidad por saber por qué razón un profesor de cálculo infinitesimal podía conocer aquella obra.

—Bien —comenzó a la vez que sacaba del bolsillo de su chaqueta el plano del museo—. *La balsa de Medusa*...

Al escuchar el ruido que hizo al desdoblar el plano los tres se giraron para ver qué estaba haciendo. Margaux soltó una carcajada.

—¡Es usted increíble, profesor! —exclamó.

—Cada uno puede contribuir a su manera... —se disculpó algo avergonzado.

—No se preocupe, profesor —dijo Campbell—. No me cabe ninguna duda de que la descripción que figura en ese plano será mejor de lo que nosotros podríamos haber aportado.

—Empiece, por favor, profesor —añadió con prisas Chavier.

Milanelli tragó saliva, respiró profundamente y comenzó a leer.

—*La balsa de Medusa* es una de las obras capitales del siglo XIX. El tema representa el rescate de algunos de los supervivientes del hundimiento de la fragata «La Medusa» hundida en 1816 frente a las costas de Senegal. En el momento del naufragio, ciento cincuenta hombres viajaban a bordo de la balsa. Durante diez días navegaron intentando alcanzar la costa. Cuando fueron rescatados, tan solo quince personas se mantenían aún con vida. Este es el momento elegido por el pintor. Para realizar esta obra, Géricault utilizó los testimonios de dos sobrevivientes que le aportaron una descripción exacta de la balsa. Su preocupación por el realismo le llevó a visitar morgues y hospitales para estudiar a los moribundos y a los muertos. Desde su primera exposición en el Salón de París de 1819, la pintura suscitó una enorme polémica y en la actualidad está considerada como un icono del Romanticismo francés. Fin.

—Perfecto, profesor —le dijo sonriente Margaux al terminar—. Yo no podría haberlo hecho mejor.

—Bueno, en realidad, la descripción en francés es bastante más extensa pero creo que quien diseñó este plano consideró que los turistas italianos ya tendrían suficiente información con lo que les acabo de leer.

—Lo importante ya lo ha dicho usted, se lo puedo asegurar —dijo la profesora—. La polémica que levantó este cuadro desde el principio se debió principalmente a que representaba un acontecimiento histórico muy reciente y vergonzoso para este país. Como ha dicho Milanelli, este cuadro representa el hundimiento de la fragata «La Medusa» en 1816. En el momento del naufragio, de las cuatrocientas personas que viajaban a bordo, tan solo había botes para doscientas cincuenta de modo que el resto tuvo que construir sobre la marcha una balsa para poder sobrevivir. Durante los días que estuvieron a la deriva, muchos hombres murieron. Además, no tenían comida ni

bebida por lo que tuvieron que recurrir al canibalismo para alimentarse. Este hecho, fue el que supuso la mayor polémica en aquella época, por lo que cuando Géricault pintó este cuadro, en 1819, solamente habían pasado tres años lo que hizo que desde el principio generase una enorme controversia. No obstante, como ya nos ha leído el profesor, actualmente se la considera una de las obras más importantes del Romanticismo francés.

—Debo reconocer que tenían ustedes razón cuando dijeron que en los cuadros se esconden las mayores historias —comentó Chavrier.

—No puede imaginarse hasta que punto, comisario —dijo Campbell.

—En cualquier caso —continuó Margaux centrándose en lo que les preocupaba realmente— no creo que sea el cuadro que estamos buscando esta noche.

Todos permanecieron de nuevo en silencio durante unos segundos. Chavrier observó el plano que Milanelli tenía entre sus manos.

—Eso quiere decir, entonces, que únicamente nos quedan nueve ¿verdad?

—Así es, señor.

—¿Y cuál cree usted, profesora, que debería ser el siguiente?

Margaux echó un vistazo rápido a la sala y a continuación respondió a la pregunta del comisario.

—Justo le estaba diciendo al profesor Campbell hace un momento que la mayoría de los cuadros que nos quedan son del mismo autor por lo que quizá eso pueda indicarnos algo.

—¿Quién es ese autor si se puede saber?

—Eugène Delacroix, señor.

Chavrier murmuró durante unos segundos mientras se frotaba la barbilla con una de sus manos.

—Ese nombre me resulta familiar pero no sé por qué.

—Seguramente por esta obra que está aquí —le contestó Margaux caminando unos pasos hasta colocarse delante del cuadro al que se estaba refiriendo.

Los profesores y Chavrier la siguieron.

—Sí, sí, ese cuadro...

—*La Libertad guiando al pueblo*, comisario. Todos los franceses hemos estudiado esta obra en el colegio.

—Sí, es verdad —dijo Chavrier con cara de fascinación, como recordando algo que había permanecido enterrado en su memoria durante décadas.

—La revolución burguesa de 1830. El fin del terror blanco. El ascenso al trono de Luis Felipe de Orleans. Es normal que estudien este cuadro en las escuelas, comisario. Es uno de los momentos más importantes de su historia —indicó Campbell.

La profesora Margaux se dio la vuelta y señaló dos de los cuadros de mayor tamaño que se exponían al otro lado de la sala.

—Además de este, creo que *La entrada de los cruzados en Constantinopla* y *La*

muerte de Sardanápalo son los otros dos cuadros más interesantes que nos quedan por revisar.

Chavier se giró para observarlos y después miró a la profesora.

—Pues usted manda. Díganos por cuál de los tres quiere que comencemos.

Margaux admiró durante unos instantes *La Libertad guiando al pueblo* y de nuevo buscó los dos cuadros a los que acababa de referirse. Campbell la miró creyendo entender lo que estaba pensando.

—Creo que este es el más interesante —le susurró en voz baja.

Margaux le sonrió. Una vez más ambos estaban de acuerdo. Sin alejarse del cuadro que ellos consideraban como el más interesante, intentó explicarle a Chavier por qué descartaba los otros dos.

—De esos dos cuadros, comisario, el de la derecha que está enfrente de nosotros es *La muerte de Sardanápalo*. Muestra un hecho real que ocurrió en el siglo VII antes de nacer Jesucristo en la ciudad de Nínive. El personaje que está tumbado en la cama es el rey asirio Sardanápalo y en él se representa cómo siguiendo las órdenes del rey, todas sus mujeres fueron asesinadas ante el asedio de la ciudad por parte del rey babilonio Asurbanipal. Cuando Sardanápalo es consciente de que van a ser conquistados decide suicidarse y manda quemar el palacio y toda la ciudad para evitar que este se quede con sus bienes.

—Podría ser una obra interesante si considerásemos exclusivamente la lectura moral que esconde su historia —opinó Campbell—. Aunque aún así tampoco encajaría en la situación en la que nos encontramos esta noche.

Chavier escuchaba atentamente las explicaciones de los profesores.

—Y la obra de la izquierda se titula *La entrada de los cruzados en Constantinopla* y representa la conquista de Constantinopla por los cruzados en abril de 1204.

Margaux se quedó en silencio. Campbell entendió rápidamente lo que ocurría.

—Las cruzadas, como seguro que ya saben —comenzó para ayudarla—, fueron campañas militares impulsadas por los Papas con el objetivo de recuperar el control sobre Tierra Santa que había sido invadida por los musulmanes. Durante casi doscientos años se libraron diferentes guerras en nombre de la iglesia cristiana en las que se fueron recuperando algunos de los territorios que habían caído en manos de los *enemigos*. Aunque inicialmente fueron guerras que se emprendieron para conquistar territorios que habían sido arrebatados al cristianismo, no tardaron en convertirse en una lucha contra judíos, paganos, cristianos ortodoxos y todos los enemigos políticos del papado. En el año 1199, el Papa Inocencio III decidió convocar una nueva cruzada, la cuarta que se emprendía en Tierra Santa, y cuyo final se representa en este cuadro, la conquista de Constantinopla el 12 de abril de 1204. La violencia que acompañó a esta invasión no tuvo precedentes en la historia. Miles de hombres, mujeres y niños fueron asesinados por los cruzados. El saqueo al que se sometió a la ciudad fue escandaloso. Constantinopla era una de las ciudades más ricas

que existía por aquel entonces, y como consecuencia de ello, Europa occidental recibió una ingente cantidad de obras de arte y reliquias de valor incalculable, muchas de las cuales estoy seguro que se exponen en este museo.

—No entiendo por qué los cruzados tenían que asesinar cristianos, profesor —preguntó Milanelli.

—La fe era lo de menos —respondió Campbell—. Las mayores matanzas que se han hecho en la historia han sido bajo una doctrina religiosa, la que sea, eso no me importa. Pero desgraciadamente el cristianismo es una de las religiones que mayor número de muertes se ha cobrado a lo largo de su historia y en esas matanzas, la iglesia ha jugado siempre un papel protagonista.

Los gritos de Sanoir a través del *walkie-talkie* de Chavier interrumpieron la explicación del profesor Campbell.

—Sí, ¿qué es lo que pasa? —contestó el comisario.

—¡*La Libertad guiando al pueblo!*

Margaux y Campbell se miraron sorprendidos.

—¿Qué?

—*La Libertad guiando al pueblo*, comisario. ¡Es el cuadro que buscábamos!

Capítulo 38

Sanoir apareció por el fondo del pasillo corriendo a toda velocidad. Ni siquiera al entrar en la sala disminuyó su ritmo. Al llegar justo a la altura donde estaba el resto se detuvo. Los profesores y el comisario Chavrier se encontraban ya delante del cuadro que él les había indicado a través del *walkie-talkie*.

—¿Ha dicho que este es el cuadro que estábamos buscando? —preguntó entre sorprendido y excitado Campbell.

—Así es, profesor —contestó Sanoir intentando recuperar el aliento.

—¿Cómo lo han descubierto?

—El guardia. El guardia de seguridad...

Sanoir necesitaba un poco más de tiempo para recuperarse.

—¿El guardia ha dicho que este es el cuadro que estábamos buscando? —preguntó Chavrier dirigiéndose al inspector Bingleau.

—Sí, señor.

—¿Y cómo lo ha sabido?

Los tres profesores miraban a Bingleau expectantes esperando que explicase de una manera más detallada cómo habían conseguido descubrir que *La Libertad guiando al pueblo* era el cuadro que los secuestradores de Deneux querían que descubrieran en el museo.

—Ha utilizado el registro de los sensores de los cuadros, señor.

—Claro... —dijo Campbell en voz baja.

—Explíquese mejor, inspector.

Chavrier se mostró enojado por no acabar de entender algo tan importante.

—Estos cuadros —se adelantó a decir Campbell— tienen un sistema de seguridad basado en unos sensores de presión que se encuentran situados en la pared, detrás del propio cuadro. Esos sensores están calibrados con un determinado valor. Si el valor teórico que se les asigna es igual al que miden todo funciona correctamente. Si usted intenta robar el cuadro, al descolgarlo de la pared, el valor medido será menor al valor teórico que tiene programado el sensor de manera que hace saltar la alarma y la puerta de seguridad se cierra —dijo señalando a la puerta cerrada al final de la sala.

—Sí, eso ya lo ha explicado antes...

—Partiendo de esa base —continuó Bingleau—, el guardia ha utilizado los registros que el museo guarda de los valores con los que se calibran los sensores de cada cuadro y los ha comparado con las mediciones que estos hacen cada cinco segundos y que quedan igualmente registrados en el sistema de seguridad del museo, y ha encontrado que esta noche los de este cuadro fueron superiores durante un período de cinco segundos.

—Suficiente para hacer saltar la alarma —dijo Campbell.

Chavrier creía haber entendido por fin a lo que se referían.

—¿Están diciendo que alguien programó a los sensores de este cuadro un valor

superior al verdadero para que saltara la alarma?

—Exacto, comisario. Si el sensor está midiendo un determinado valor y se le programa uno teórico mayor, el resultado es el mismo que si se descolgara el cuadro. Salta la alarma.

—Sutil manera de engañar a las máquinas —dijo Milanelli.

—Desde luego es un truco muy bien pensado —opinó Campbell—. Y el resultado ha sido justo el que querían. Han conseguido que viniéramos a esta sala y que empezáramos a revisar, uno por uno, todos los cuadros que se exponen aquí.

—Pero el guardia podría no haberse dado cuenta de eso —replicó Chavrier.

—Es cierto, pero creo que ha sido simplemente una manera de asegurarse de que daríamos con él. Al fin y al cabo, piense que prácticamente ya habíamos limitado su búsqueda a este cuadro.

—¿Ya habían descartado el resto de obras? —preguntó Sanoir.

—En realidad todavía nos quedaban nueve —contestó Margaux—. Muchas de ellas eran del mismo autor, Delacroix, por lo que pensamos que eso podría tener algún significado. De todas ellas elegimos tres, y dos las acabábamos de descartar por lo que únicamente nos quedaba esta.

—*La Libertad guiando al pueblo* —dijo Sanoir.

Todos permanecieron unos instantes mirando aquel cuadro. Por fin habían descubierto lo que los secuestradores de Deneux querían que encontraran en el Louvre. Sin embargo, la sensación de alegría duró tan solo unos pocos segundos. Ahora tenían por delante una desafío igual de difícil. ¿Por qué ese cuadro en particular? ¿Qué tenía de especial esa obra para haber sido la elegida? Y lo más importante de todo, ¿a dónde les indicaba que debían dirigirse a continuación?

—Creo que la mitad del problema ya lo hemos resuelto —dijo Campbell sin dejar de admirarlo—. Ahora tenemos que descubrir por qué han elegido este cuadro.

—No me gustaría ser la única persona pesimista pero debemos considerar la posibilidad de que el problema con los sensores haya sido un mero problema eléctrico y que, por tanto, este no sea el cuadro que deberíamos encontrar aquí —dijo Milanelli.

Campbell y Margaux sabían que tenía razón. La certeza no era absoluta pero las probabilidades de que sí lo fuese eran muy, muy altas.

—Tiene razón, profesor —contestó Campbell—. Aún así me cuesta demasiado creer que todo esto haya sido fruto de la casualidad.

—El guardia de seguridad ha dicho que es imposible —remarcó Bingleau.

—Y en verdad yo lo creo así también. A lo largo de toda la noche los secuestradores de Deneux nos han ido mostrando el camino que debíamos seguir. En primer lugar, a ustedes les enviaron aquella carta con nuestros nombres. Era bastante lógico pensar que lo primero que harían sería traernos hasta París a los tres. Después, la profesora Margaux recibió otra carta que, una vez aquí, nos permitió llegar hasta la catedral de Notre Dame donde encontramos la espiral dibujada en el pecho de aquel

hombre.

—Hasta ahora nuestros pasos han sido acertados —afirmó Chavrier.

—Sí, lo sé, comisario. La interpretación de la espiral he de reconocer que fue arriesgada. Aún así, el símbolo que encontramos en la tumba de la cripta también aparecía en aquella vidriera. El único punto de la catedral que se veía iluminado desde el lugar donde encontramos el cadáver. Además, estaba la posición particular del cuerpo. Su cabeza apuntaba a la propia vidriera. Creo que esa posición fue algo similar a lo que los secuestradores de Deneux nos han dejado con esta alarma, comisario, una pequeña ayuda por si no éramos capaces de descubrir qué nos querían decir.

—Pero sí lo han hecho.

—Afortunadamente sí, señor. Con ese símbolo del triángulo con el ojo en su interior dedujimos que debíamos venir al Louvre y al final, después de mucho esfuerzo, parece que hemos encontrado lo que estábamos buscando. Por tanto, profesor Milanelli, sé que existe una pequeña posibilidad de que todo haya sido fruto del azar y este no sea el cuadro que estamos buscando, pero de la manera en la que se están desarrollando los acontecimientos esta noche me inclino a pensar que esta obra nos dirá dónde debemos continuar buscando al hijo del presidente.

—Muy bien, profesor, en ese caso creo que no deberíamos perder más tiempo y deberíamos intentar descubrir cuanto antes cuál es ese lugar.

Campbell sabía que Sanoir estaba en lo cierto.

—Como les he dicho, creo que la primera mitad del problema ya la hemos resuelto. Ahora debemos descubrir a dónde nos lleva este cuadro.

—En cierto modo resulta increíble que no lo hayamos descubierto antes —opinó Margaux.

—¿Por qué dice eso, profesora? —preguntó Chavrier.

—Porque desde que hemos entrado en este museo, comisario, hemos estado buscando obras religiosas ya que hasta ahora todo lo que habíamos descubierto nos llevaba a pensar que era una constante en el comportamiento de los secuestradores. Sin embargo, desde que llegamos a esta sala, pudimos comprobar cómo esa no era una idea correcta. Aquí los cuadros religiosos son minoría y los tres que hay no nos han aportado nada.

—Entiendo, aunque no sé a dónde quiere llegar.

—Descartada la posibilidad de que fuera una obra religiosa la que debíamos encontrar —continuó explicándose—, hemos estado revisando todos cuadros hasta descubrir el que nos dijera dónde seguir buscando a Deneux, y realmente, de todos los que tenemos a nuestro alrededor, este es el único cuadro que está ambientado en París por lo que era el único que nos podía decir el siguiente lugar al que dirigirnos.

Todos se quedaron en silencio. Lo que acababa de decir la profesora Margaux resultaba algo absolutamente obvio. Tan evidente que no habían sido capaces de descubrirlo a pesar de tenerlo justo delante. Campbell se maldijo interiormente.

«¿Cómo no me he dado cuenta antes?».

—No sé qué decir, profesora —le respondió bloqueado Chavrier.

—Algunas veces las cosas que más nos cuesta ver son las que tenemos justo delante nuestro, comisario —dijo Milanelli—. Todos llevamos ya un buen rato en esta sala y todos estábamos buscando un cuadro que nos dijera dónde deberíamos seguir buscando al hijo del presidente, pero ninguno hemos sido capaces de darnos cuenta de que este era el único que nos podría indicar otro punto de París.

Una ola de desolación pareció invadir repentinamente la sala. El *walkie-talkie* de Sanoir comenzó a pitar.

—Señor, ya hemos vuelto a revisar toda la catedral. De nuevo no hemos encontrado nada.

Sanoir no contestó. Apagó el *walkie-talkie* y miró a los profesores.

—Ya lo han oído. No tenemos nada más que hacer en Notre Dame. Hasta ahora todas sus ideas han sido correctas, de modo que confío en que sepan descubrir a dónde nos dice este cuadro que debemos dirigirnos ahora.

Las palabras de ánimo de Sanoir espolearon a Campbell.

—Creo que debemos empezar considerando la situación histórica que representa esta obra. Atendiendo exclusivamente a esta imagen, vemos a una mujer enarbolando la bandera francesa que es seguida por un conjunto de hombres de muy diferente tipo y clase social.

—¿Eso nos va a ayudar a descubrir dónde está Deneux? —preguntó Chavrier.

—No, señor. Pero tal vez sí su significado —contestó rápidamente Margaux para intentar que le dejaran explicarse.

—Este cuadro conmemora la revolución de 1830 que dio comienzo con las tres jornadas gloriosas de julio de ese mismo año —comenzó Campbell—. Se trató de una revolución burguesa que se levantó contra el último rey Borbón que Francia ha tenido, Carlos X, poniendo fin a dieciséis años de terror blanco iniciados en 1815 después de la caída de Napoleón. Su predecesor en el trono, su hermano Luis XVIII había iniciado ese año numerosas persecuciones clandestinas contra republicanos, liberales y seguidores de Napoleón. Todos aquellos brutales ataques y asesinatos eran alentados, y a la vez, oficialmente ocultados por la propia monarquía. Como consecuencia de esta revolución, el rey Carlos X fue expulsado de Francia y la burguesía vencedora elevó hasta el trono a Luis Felipe de Orleans lo que le valió el apodo para la historia de «el Rey Burgués».

Campbell detuvo su explicación durante unos instantes. Lo que había contado hasta ese momento era parte de la historia. Una parte muy importante de la historia de Francia. Sin embargo, no les servía para descubrir dónde debían dirigirse cuando saliesen del Louvre. A pesar de ello, pensaba que estaban cerca de descubrirlo.

—Las razones que provocaron este levantamiento —continuó— fueron fundamentalmente el empeño del rey Carlos X por radicalizar la monarquía absolutista que su hermano había desarrollado durante sus años al frente de la corona.

Carlos X continuó con sus reformas políticas que disminuían aún más el poder de las cámaras, constituidas por monárquicos cada vez más radicales, a favor del poder del rey. A su vez, algunas represiones de los derechos civiles, como el mantenimiento del voto censitario, que únicamente permitía votar a personas con un determinado nivel económico, y la falta de libertad de expresión, acabaron por empujar a las diferentes clases sociales a las calles. Como consecuencia de esta revolución, Francia pasó a tener una Constitución liberal en la que, poco a poco, fue ganado poder la cámara de los diputados. En definitiva, la democracia que vive actualmente este país tuvo su origen en aquellos días.

Durante un instante hizo una pausa.

—Con lo que creo —prosiguió tras ver que ninguno de ellos decía nada— que lo más razonable es pensar que este cuadro nos dirige hacia los puntos de París que tengan que ver con el desarrollo de esa revolución o sus consecuencias.

El comisario Chavrier lanzó un resoplido.

—Me gusta, profesor. Me gusta lo que nos acaba de decir. Debo reconocer que tengo una sensación de seguridad mayor en esta ocasión que cuando vinimos aquí.

—La interpretación de la pirámide con el ojo en su interior también entrañaba algunos riesgos, comisario.

Chavrier resopló de nuevo.

—¿Y qué puntos cree que son esos?

Campbell pensó por un instante antes de responder.

—La historia no detalla ningún punto concreto. Se supone que al tercer día la ciudad de París estaba tomada por los revolucionarios.

—¿No sabe decirnos un lugar determinado, entonces?

—Creo que sí, señor, aunque podría ser más fácil de interpretar. Por ejemplo, si estuviésemos hablando de la revolución de 1789, le diría que claramente deberíamos dirigirnos a la plaza de la Concordia o a la plaza de la Bastilla.

—¿Y en este caso, profesor? —preguntó Sanoir.

—Bueno, como he dicho antes, la principal consecuencia de la revolución de 1830 fue el paso de un régimen monárquico absolutista a un régimen liberal que, si bien no consiguió la instauración de la república, sí que inició un sistema monárquico constitucional en el que el peso de la cámara de los diputados fue cada vez mayor.

Como ya había sucedido otras veces esa misma noche, Sanoir y el comisario Chavrier se quedaron en silencio tras las palabras del profesor. Campbell sabía que siempre tenía que ir un paso más allá cuando intentaba razonar con ellos y mostrar claramente cuáles eran sus ideas. A pesar de ello, la pausa le había venido muy bien. Sabía que lo que estaba a punto de proponer, por muchas situaciones extrañas que hubiesen vivido ya esa noche, iba a resultarles sorprendente.

—Por lo que creo que este cuadro nos lleva a donde se ejerce el poder ejecutivo en este país, señor.

Campbell finalmente no se atrevió a utilizar las palabras exactas.

—*L'Assemblée Nationale* —dijo Margaux sorprendida.

—¿La Asamblea Nacional? ¿Está diciendo que debemos ir a la Asamblea Nacional? —preguntó Sanoir.

El comisario Chavrier no pareció sorprenderse por el lugar que el profesor les estaba proponiendo. Hasta ese momento, los secuestradores habían elegido dos lugares emblemáticos de París por lo que no le resultaba una idea tan disparatada.

—¿Es consciente del tipo de edificio del que está hablando, profesor? —insistió malhumorado Sanoir.

—Sí, señor, claro que soy consciente. De la misma manera que soy consciente de que el hijo de su presidente ha sido secuestrado. Lo mismo que soy consciente de que esas mismas personas dejaron un cadáver en la catedral de Notre Dame sin que nadie les viera y también soy consciente de que nos encontramos ahora mismo en el museo más grande e importante de todo Francia. Un museo con un sistema de seguridad sobresaliente que no es capaz de explicar los fallos de seguridad que han ocurrido aquí esta noche, ya que los tachan de tan imposibles como estoy seguro que usted mismo habría calificado esta misma mañana la posibilidad de que secuestraran a Deneux delante de sus narices.

Campbell estaba claramente enfadado. Estaba harto de que Sanoir llevase mostrando, una y otra vez, a lo largo de toda la noche su disconformidad con todas las ideas que proponían y que, hasta el momento, habían resultado ser acertadas.

—Un edificio religioso, otro cultural y ahora uno político —dijo Milanelli utilizando los dedos de la mano derecha para la enumeración.

—Y lo más importante es que confirmaría el trasfondo político del secuestro que usted apuntó antes —dijo Chavrier finalmente.

—Sí, me temo que sí, comisario.

Capítulo 39

A pesar de no haberse mostrado especialmente sorprendido por la propuesta del profesor Campbell, a Chavier le resultaba difícil creer que los secuestradores de Deneux hubiesen podido hacer algo en la Asamblea Nacional. A diferencia de la catedral de Notre Dame y el museo del Louvre, la Asamblea Nacional no era un edificio abierto al público por el que a diario pasaran miles de turistas. Este hecho, le distinguía claramente de los otros dos lugares en los que habían estado hasta ese momento.

—Me cuesta creer lo que dice, profesor. Sobre todo porque la Asamblea Nacional es un edificio completamente diferente a lo que han visto ustedes esta noche.

—¿En qué sentido? —preguntó Milanelli.

—En primer lugar porque solo se puede acceder a su interior tras pasar un control de seguridad situado a la entrada.

—¿Policía, detector de metales, rayos infrarrojos,...?

—Exacto, profesor.

—Puede que tenga usted razón, comisario. Debería ser un edificio mucho más inaccesible que la catedral de Notre Dame o este museo —dijo Campbell—. Aún así creo que deberíamos ir hasta allí para ver qué nos encontramos.

Sanoir estaba ansioso por salir del Louvre y continuar buscando a Deneux.

—Mis hombres han terminado de revisar la catedral, ya lo han oído, de manera que podrían adelantarse a nuestra llegada e informarnos de lo que encuentran.

Chavier gesticuló con la cabeza mostrando conformidad con aquella proposición.

—En cualquier caso, creo que la discreción debería seguir siendo la manera de afrontar este problema —opinó Campbell.

—¡Pero mis hombres podrían llegar mucho más rápido si no tuviesen que acudir de incógnito! ¡Así sabríamos cuanto antes si el señor Deneux se encuentra allí!

—No pongo en duda que tiene razón, señor —insistió Campbell—. Sin embargo, creo que ha quedado claro que sus secuestradores no quieren que esto trascienda a la opinión pública. Creo que desean que sea algo que quede entre ellos y nosotros. Hasta este momento, esta estrategia de discreción ha funcionado. Estamos acercándonos, poco a poco, a Deneux y creo que deberíamos seguir así para no correr el riesgo de que se produzca un desenlace que ninguno de nosotros deseamos.

Chavier se mostró de acuerdo.

—Comparto la opinión del profesor. Creo que es una buena idea que sus hombres se adelanten a nosotros y que nos informen de la situación que encuentren en la Asamblea. Pero creo que lo más indicado es que actúen de una manera similar a como lo hemos hecho en la catedral de Notre Dame.

—De acuerdo, comisario —contestó Sanoir—. Les ordenaré que aseguren el perímetro y que nos avisen en cuanto sea seguro el acceso.

Campbell percibió cómo Margaux quería decirle algo al comisario. Sin embargo,

prefirió esperar educadamente a que hubiesen terminado de hablar. Sanoir encendió su *walkie-talkie* y se separó unos metros, lo suficiente para poder hablar con sus hombres sin ser escuchado.

—Lo que usted ha indicado no es del todo cierto, comisario —dijo finalmente.

—¿Por qué lo dice, profesora? —preguntó sorprendido.

—Es verdad que la Asamblea Nacional no es un lugar abierto al público como este museo o la catedral de Notre Dame, sin embargo, sí es posible acceder a él gracias a las visitas guiadas.

Chavrier sabía que estaba en lo cierto. La policía se encargaba de la seguridad en ese tipo de visitas.

—Y además, cualquier ciudadano francés puede asistir a las sesiones de la Asamblea, tal como recoge nuestra Constitución.

Milanelli arqueó las cejas mostrando su sorpresa. Chavrier, por su parte, no contestó. Estaba claro que eso sí que no lo sabía.

—En cualquier caso, profesora, nosotros nos encargamos de la seguridad de todas las personas que se encuentran allí cuando se llevan a cabo esas visitas programadas. Una razón más para confiar en la seguridad del edificio.

Campbell se dio cuenta de que el comisario todavía no había entendido la manera de actuar de los secuestradores aquella noche.

—Si las cosas son como creo, me temo que la seguridad de la Asamblea durante el día o durante las horas que permanezca abierta debe ser lo último que nos preocupe.

—¿No lo considera importante acaso, profesor?

—Sí, claro que es importante —respondió percibiendo el duro tono de su pregunta—. Lo que quiero decir es que esta noche todo lo que ha ocurrido, tanto en Notre Dame como aquí, en el Louvre, ha tenido lugar fuera del horario normal. El hombre que encontramos muerto en la catedral lo descubrimos después de medianoche cuando Notre Dame ya había cerrado sus puertas al público. Y ahora estamos aquí, de madrugada, descubriendo que alguien hace tan solo unos minutos ha hecho saltar la alarma de seguridad de esta sala valiéndose de este cuadro —dijo señalándolo.

—Sí, es cierto. Pero tampoco sabemos la hora a la que los secuestradores de Deneux dejaron el cuerpo en Notre Dame.

Campbell se topó una vez más con el carácter obstinado de Chavrier.

—Tiene razón, comisario. Pero si recuerda, la carta que recibieron en la que aparecían nuestros nombres también tenía escrita una hora concreta.

—Sí, la medianoche de hoy...

—Eso es. Y desde el principio ustedes consideraron que significaba la hora a la que deberían reunirnos a nosotros tres. ¿No se ha parado a pensar que tal vez lo que realmente indicaba era una hora de comienzo y no la hora límite para reunirnos?

—¿El comienzo de qué?

—De la búsqueda de Deneux —contestó rápidamente Milanelli.

Campbell miró al profesor satisfecho al comprobar que él también entendía lo que le estaba intentando explicar al comisario.

—Y si consideramos que la medianoche marca el inicio de la búsqueda del señor Deneux, creo que podremos presuponer que esa misma hora ha sido el momento en el que ellos han empezado a hacer lo que están haciendo esta noche. En primer lugar, dejando el cadáver de aquel hombre en Notre Dame y después haciendo saltar la alarma de esta sala hace unos minutos.

—Entiendo.

—Por lo tanto, como le dije antes, lo que nos debe preocupar ahora mismo es la seguridad de la Asamblea Nacional en este momento, no durante el día.

Chavrier sabía que el profesor tenía razón con su planteamiento aunque no alcanzaba a comprender cómo los secuestradores podían organizar todo aquello sin que ellos pudieran hacer nada.

—¿Insinúa que mientras nosotros estábamos aquí buscando entre todas las obras del museo cuál nos llevaría hasta el hijo del presidente, esas personas han estado en la Asamblea?

Campbell esperó unos segundos con la esperanza de que el comisario entendiera, por sí solo, que la pregunta que acababa de formular era totalmente posible.

—Más que insinuarlo, comisario, estoy seguro de ello.

—¿Cómo van a poder hacer eso si solo nosotros sabemos lo cerca o lejos que estamos de descubrir lo que debemos hacer?

Sin hablar, Campbell levantó discretamente el dedo índice de su mano derecha señalando la cámara de seguridad que había justo encima de él.

—¿Nos están observando? —preguntó absolutamente sorprendido.

—Es más que probable que sí, señor. De hecho, recapitule por un momento lo que ha ocurrido en esta sala. La alarma de este cuadro ha saltado porque se han modificado los valores de calibración de sus sensores. Ese cambio, como ha dicho el guardia, solo se puede realizar desde la sala de seguridad. Podríamos pensar que él lo ha provocado, sin embargo, el inspector Paccaud ha estado a su lado desde el primer momento que entró en el museo. Eso le descarta. Por otro lado, están los dos fallos eléctricos que esta sala ha sufrido simultáneamente y que, en palabras del mismo guardia, es imposible que hayan ocurrido por causas naturales puesto que si fallase el suministro eléctrico saltarían las baterías. Sin embargo, en este caso eso no ocurrió a pesar de que cuando Paccaud revisó la sala de suministros los indicadores marcaban que todo estaba funcionando correctamente.

Chavrier comenzó a palidecer al darse cuenta de lo que el profesor estaba demostrando.

—De modo que estoy casi seguro de que el sistema de seguridad ha sido pirateado y ahora mismo hay alguien que lo controla sin que desde dentro del propio museo nadie se pueda dar cuenta.

—Los secuestradores de Deneux —dijo Margaux.

—Todo hace suponer que así es.

—¡Es increíble! —exclamó el comisario con una voz ahogada.

—Desde luego no resulta algo agradable de descubrir. Si lo piensa, creo que han tenido conocimiento de lo que hemos hecho a lo largo de toda la noche. La carta que recibió la profesora en su despacho era lo bastante elocuente como para confiar que sabríamos descifrar lo que decía sin grandes problemas. Creo que tal sencillez se debió básicamente a que en ese momento no nos tenían controlados. Desde luego no en el Palacio del Elíseo, pero creo que tampoco en Notre Dame. Sin embargo, desde el primer momento en que los inspectores Bingleau y Paccaud entraron en este museo, ellos ya sabían que habíamos descubierto lo que nos querían decir con la espiral en el cuerpo de aquel hombre y con el símbolo que encontramos en la cripta y en la vidriera. A partir de entonces, no han necesitado nada más que esperar pacientemente y ver qué era lo que nosotros hacíamos aquí dentro. Además, como veían lo que estábamos haciendo, estoy seguro de que han aprovechado el tiempo que hemos empleado en descubrir este cuadro para hacer en la Asamblea Nacional lo que sea que hayan hecho.

Chavrier no salía de su asombro.

—Nos tienen totalmente controlados...

—No del todo, comisario. Estoy relativamente seguro de que pueden vernos pero no escucharnos.

—Podrían haber puesto micrófonos en las salas —propuso Milanelli.

—No es una posibilidad totalmente descartable, pero hasta que no saltó la alarma de seguridad en esta sala, nosotros estábamos distribuidos por diferentes partes del museo y me niego a pensar que todo el Louvre esté lleno de micrófonos.

—Eso aumentaría mucho las posibilidades de ser descubiertos —razonó Chavrier.

—¡Exacto! Si mi teoría es cierta, ahora mismo tienen el sistema de seguridad controlado sin que aquí dentro nos demos cuenta y gracias a ello tienen acceso a todas las partes del museo, pero dado que este no tiene micrófonos, afortunadamente no pueden escucharnos.

—¿Y sabrán lo que haremos en la Asamblea Nacional?

—Eso no lo sé, señor. No conozco el edificio. No sé si tiene o no cámaras de seguridad, vigilantes y el resto de dispositivos que la hagan similar a este museo.

Chavrier negaba con la cabeza las palabras del profesor Campbell.

—No, no. La Asamblea es un edificio completamente diferente a este. No hay obras de arte que vigilar. Y por la noche tan solo hay un guardia de seguridad en su interior. Es totalmente diferente.

Campbell no lo tenía tan claro.

—Pero también tendrá un circuito de cámaras de seguridad como este museo ¿verdad?

—Sí, eso sí. Pero mucho menos sofisticado y con muchas menos cámaras. La

vigilancia a lo largo del día mientras permanece abierto el edificio corre a cargo de la policía, como ya he dicho antes, y solo cuando cierra sus puerta un guardia de seguridad se queda vigilando.

Milanelli consideró aquel dato como algo llamativo.

—¿Un guardia de General Security?

—Sí, así es, profesor. General Security es la empresa encargada de la seguridad privada de todos los edificios públicos de París.

Capítulo 40

—Mis hombres ya están de camino —dijo Sanoir aproximándose a ellos—. En cuanto lleguen me informarán de lo que encuentren y podremos hacernos una idea más aproximada de lo que tendremos que hacer allí.

—No creo que vayan a encontrar nada raro, señor —comentó inmediatamente Campbell.

Sanoir volvió la mirada hacia el profesor.

—¿Cómo dice?

—No creo que sus hombres encuentren nada diferente en la Asamblea Nacional —insistió—. Por lo menos en sus alrededores. Estoy seguro de que todo el perímetro del edificio será perfectamente normal, al igual que lo era en Notre Dame y aquí.

—De hecho, en mi opinión —añadió Milanelli— sería muy interesante que alguno de nosotros permaneciéramos en el museo por si descubrimos algo más a parte de lo que nos acaba de decir Paccaud.

—No se preocupe por eso, profesor —replicó el comisario seguro de que no debían separarse—. El inspector se quedará revisando las grabaciones de las cámaras de seguridad. Además, la Asamblea Nacional se encuentra muy cerca del Louvre. Si ocurriese algo podríamos estar de vuelta enseguida, de modo que por el momento prefiero que todos sigamos juntos esta noche.

Chavrier dirigió su mirada a Sanoir buscando la manera de resumirle lo que Campbell acaba de explicarles.

—En opinión de los profesores —comenzó— es muy probable que los secuestradores de Deneux estén al tanto de todo lo que hacemos en este museo.

Sanoir gesticuló efusivamente mostrando su sorpresa.

—Creen que es muy posible que el sistema de seguridad del museo esté pirateado y que a través de las cámaras nos estén vigilando.

Campbell permaneció en silencio observando fijamente a Sanoir. Sentía la necesidad de explicarle, de una manera mucho más detallada, lo que el comisario Chavrier estaba diciendo en ese momento, pero sabía que ni tenían tiempo para ello ni Sanoir era la persona idónea con la que intentar razonar su idea.

—Lo cierto es que eso explicaría lo que ha ocurrido en esta sala. Tanto con el fallo eléctrico como con la alarma de este cuadro —dijo Margaux.

—Pero eso nos colocaría en una situación muy comprometida, comisario —opinó Sanoir.

—En realidad, los profesores creen que los secuestradores de Deneux son capaces de ver lo que estamos haciendo pero no de escucharnos, dado que no hay micrófonos en las salas.

—Y es por eso —añadió Campbell— que creo que deberíamos comportarnos con total naturalidad. Personalmente, creo que el hecho de que ahora mismo nos están vigilando es una realidad. Pero por otro lado, también es totalmente cierto que

debemos evitar que se den cuenta de que les hemos descubierto.

—¿Entonces debemos irnos a la Asamblea Nacional sin más? ¿Como si no pasara nada? —preguntó Sanoir contrariado.

Campbell entendía la frustración que para alguien con su responsabilidad podía suponer tener que aceptar ser vigilado por los secuestradores de Deneux sin hacer nada al respecto.

—Piense que si nos están observando, como creo que así es, eso hace que ellos nos tengan bajo control y que, por tanto, la vida de Deneux esté más segura.

—Estoy totalmente de acuerdo con esa apreciación —agregó Chavrier—. Debemos comportarnos como hemos venido haciendo hasta ahora. Iremos a la Asamblea Nacional y accederemos a su interior. Veremos qué es lo que tenemos que encontrar allí y continuaremos al siguiente lugar que hayan elegido.

Los tres profesores permanecieron en silencio. El comisario parecía empezar a asumir que aquella noche no había hecho más que comenzar y que, por desgracia, encontrar a Deneux no sería ni tan fácil y ni tan rápido como en un principio ellos habían pensado. Sin decir nada más, Chavrier comenzó a caminar hacia la entrada abstraído.

—Creo que debería pensar qué va a decirle al jefe de seguridad —propuso Margaux.

El comisario se llevó la mano derecha a la cabeza con un claro síntoma de cansancio.

—No creo que sea difícil encontrar algo convincente —opinó Milanelli viendo el gesto que hacía—. Simplemente necesitamos salir del museo y algunos de los hombres se quedarán aquí durante más tiempo.

El comisario escuchó el consejo que le daba el profesor mientras se dirigían hacia la entrada principal. Al llegar al *hall* Napoleón, comenzó a subir la escalera de caracol convencido de que no era necesario dar ninguna información especial que justificase por qué en ese momento iban a abandonar el museo.

Al escuchar cómo varias personas comenzaban a subir por aquellas escaleras, el jefe de seguridad se levantó de su silla y se acercó a interesarse por ellos.

—Espero que todo esté yendo como habían planeado, señor.

Chavrier resopló en su interior.

—No tenemos ninguna queja, desde luego. Todos sus hombres nos han servido de gran ayuda.

El jefe de seguridad se mostró satisfecho.

—Ahora debemos salir a continuar con lo que estamos haciendo esta noche. El inspector Paccaud se encuentra ahora mismo en la sala de vigilancia con uno de los guardias y en mi ausencia será él la persona a la que deberán dirigirse.

—Por supuesto, señor —respondió rápidamente.

Chavrier comenzó a caminar hacia la puerta principal. El resto le seguía en silencio.

—No duden en avisarle si consideran que algo de lo que ocurre aquí dentro está fuera de lo normal ¿de acuerdo? —dijo en voz alta el comisario.

—Les mantendré informados —contestó el guardia despidiéndoles con la mano.

A la salida del museo, la plaza del Carrusel estaba totalmente en silencio. De lejos se adivinaban las siluetas de los hombres de Sanoir vigilando las entradas de *Porte des Lions y Passage Richelieu*. La profesora Margaux experimentó la misma sensación que había tenido al salir de Notre Dame. A este paso, sentía que iba a acabar odiando París. El profesor Milanelli sacó el reloj de su bolsillo.

—Quedan algo menos de veinte minutos para las tres de la madrugada, comisario.

Sin permitirse un momento de descanso, Chavrier comenzó a caminar con paso acelerado hasta donde habían dejado sus vehículos aparcados. Las horas iban pasando y aunque empezaban a entender qué estaba ocurriendo aquella noche, se encontraban muy lejos de tener alguna posibilidad de encontrar a Deneux.

—Mis hombres tienen que estar a punto de informarme acerca de lo que allí encuentren —dijo Sanoir intentando romper la tensa situación que estaban viviendo.

Justo al llegar delante de los dos coches, Chavrier se giró para mirar a Sanoir y a los profesores.

—Como dije antes, no creo que encuentren nada interesante en los exteriores de ese edificio —se adelantó a repetir Campbell—. Es más, espero que no lo hagan. Sería un signo de que todo continúa como tenemos previsto.

Tras escuchar las palabras del profesor, el comisario ladeó su cabeza buscando la pirámide del Louvre. Esa misma pirámide que habían encontrado dibujada en la cripta y en la vidriera de Notre Dame. La misma que Campbell había sabido interpretar que les debía conducir hasta el museo. No pudo evitar preguntarse hasta dónde habrían podido llegar ellos solos si no hubiesen traído a los tres profesores hasta París. La vida del hijo del presidente estaba en juego y ahora comprendía, mejor que en ningún otro momento aquella noche, por qué sus nombres aparecían en aquella carta. Si quería encontrar a Deneux con vida tenía que fiarse de lo que ellos dijeran, y aunque le parecía imposible que pudieran encontrar algo en la Asamblea Nacional, los profesores habían demostrado ya sobradamente aquella noche que debía confiar en ellos.

Capítulo 41

A pesar de no llevar las sirenas encendidas, los dos coches negros en los que viajaban cruzaban a toda velocidad la ciudad de París.

—En menos de tres minutos habremos llegado, profesores —dijo Chavier.

Contrariamente a lo que había ocurrido en su viaje desde el Palacio del Elíseo hasta Notre Dame, ahora los tres profesores viajaban en silencio.

—¿Tienen una idea de lo que buscamos en la Asamblea?

—La verdad es que no, comisario —contestó Campbell—. En el Louvre era relativamente fácil entender que, dado que se trata de un edificio con vigilancia nocturna y un fuerte dispositivo de seguridad, lo que debíamos encontrar tenía que ser algo muy sutil como así ha sido.

—No sé si eso es bueno o malo en este momento, profesor.

—Creo que lo que Campbell quiere decir es que, en cierto modo, la Asamblea Nacional es un tipo de edificio diferente a los que hemos visto esta noche, y a la vez, se podría considerar una mezcla de ambos —añadió Margaux.

—Eso ya se lo advertí yo, profesora. Créanme que no es un edificio interesante en absoluto.

—Pues quizá eso no sea una buena señal, comisario —opinó Milanelli.

—¿A qué se refiere?

—Al hecho de que si no es un edificio interesante, quizá los secuestradores se ocupen de que sí lo sea.

Chavier se quedó mudo entendiendo perfectamente lo que insinuaba.

—Espero que no tenga razón en eso, la verdad —dijo Campbell—. Aunque sí estoy de acuerdo en que, de alguna manera, tendrán que captar nuestra atención. Si lo que les he dicho acerca del sistema de seguridad del Louvre es cierto, los secuestradores de Deneux se podían permitir la frivolidad de esconder allí lo que querían que encontráramos. Sin embargo, si no tienen este edificio controlado me temo que no tardaremos en descubrirlo.

—Tampoco sería muy lógico que escondiesen algo de una manera tan extrema que no fuésemos capaces de encontrarlo ¿no creen?

—Estoy de acuerdo —respondió Campbell—. Simplemente creo que con esa dificultad nos intentan poner a prueba. Desgraciadamente, todo parece confirmar que estamos dentro de un juego en el que ellos ponen las reglas.

Al llegar al final de Quai Anatole France, los dos vehículos se detuvieron en un semáforo. Era el primer obstáculo que se encontraban desde su salida del Louvre, y en ese momento, lo único que se interponía entre ellos y su nuevo destino.

Chavier dirigió su mirada hacia la Asamblea Nacional.

—Este edificio está formado por muchas salas. Algunas de ellas se pueden visitar, como apuntó antes la profesora, mientras que muchas otras son de uso exclusivo de los parlamentarios.

—En mi opinión, de todas ellas, la sala más importante para nosotros es el hemiciclo. Desde luego es el que tiene una mayor relación con el cuadro que nos ha traído hasta aquí —dijo Campbell.

—Quizá eso sería demasiado evidente ¿no cree, profesor? —preguntó Milanelli.

—Eso me temo —contestó en voz baja mientras admiraba la fachada del edificio a través de la ventanilla.

Al ponerse el semáforo en verde, el coche en el que viajaban el inspector Bingleau y Sanoir salió como una exhalación para detenerse apenas unos metros más adelante. Justo en la entrada principal de la Asamblea.

Sanoir se acercó rápidamente para hablar con el comisario.

—Mis hombres ya tienen controlado el perímetro de todo el edificio. Aparentemente todo parece estar bajo control.

«Eso es una buena señal», pensó Campbell.

Mientras Sanoir y Chavier conversaban sobre determinados aspectos relacionados con el perímetro de seguridad que habían establecido en torno a la Asamblea, los tres profesores miraban fijamente su imponente aspecto.

—¿Alguna vez había estado aquí antes, profesora? —preguntó Milanelli.

—Solo una cuando era pequeña. Con una excursión del colegio.

—Me temo que en ese caso aquí estamos en desventaja con respecto a los secuestradores.

Campbell miró al profesor Milanelli extrañado.

—Al principio, cuando fuimos al Louvre —dijo explicándose—, pensé que entrábamos en un terreno más sencillo para nosotros en el que podríamos tener ventaja. Sin embargo, lo que ha ocurrido con la alarma de seguridad y con las luces de la sala 77, hace que me replantee esa idea seriamente.

—¿De verdad piensa que aquí encontraremos algo? —preguntó Campbell.

—Estoy convencida de que *La Libertad guiando al pueblo* era el único cuadro de aquella sala que nos podría ser de utilidad —contestó la profesora anticipándose a Milanelli—. Solo me arrepiento de no haberme dado cuenta antes de que quizá esa era la única obra que nos podría llevar hasta otro lugar de París.

—Bien, profesores —la voz de Chavier interrumpió a Margaux—, parece que los hombres de Sanoir ya nos han facilitado parte de nuestro trabajo y han contactado con el guardia de seguridad encargado de la vigilancia nocturna de la Asamblea para anunciarle nuestra llegada.

Al decir estas palabras, la puerta principal se abrió. El guardia al que se estaba refiriendo el comisario comenzó a descender las escaleras que daban acceso al edificio.

—La primera sala a la que acudiremos será al hemiciclo tal como dijeron antes ¿verdad, profesores?

—Sí, comisario —respondió Campbell—. Se trata de la sala más importante. Por tanto, creo que debe ser la primera que revisemos.

—Muy bien. En cualquier caso, vayan pensando algún lugar más que quieran visitar por si no encontráramos nada allí.

El guardia comenzó a correr hacia ellos al terminar de bajar las escaleras.

—¿Cree que debemos confiar en él, profesora? —preguntó Sanoir.

—En mi opinión, deberíamos mantener la misma actitud que en el Louvre. Si podemos hacer las cosas por nuestra cuenta creo que nos irá mucho mejor.

—No hay problema en eso, profesora. Yo les guiaré por este edificio —contestó Chavrier.

El guardia estaba prácticamente delante de ellos.

—¡Buenas noches! —exclamó Chavrier.

—Buenas noches, señor —contestó con voz nerviosa a la vez que abría la cerradura de la verja de entrada.

—¿Va todo bien esta noche ahí dentro? —preguntó Sanoir mientras todos accedían al interior del recinto.

—Todo tranquilo, señor.

Chavrier comenzó a caminar aceleradamente hacia la entrada principal. El guardia había dejado la puerta ligeramente abierta por lo que no necesitaba entretenerse conversando con él. Además, como acababa de decir la profesora, cuanto menos información tuviera aquel desconocido acerca de por qué estaban allí, mejor para ellos y para Deneux.

Al comenzar a subir las escaleras, el profesor Milanelli se fijó en las dos grandes estatuas situadas a ambos lados de las mismas.

—Atenea y Temis, profesor —le dijo Margaux en voz baja—. Sabiduría y justicia.

Como buen italiano acostumbrado a convivir con el ingente legado cultural que el Imperio Romano había dejado a lo largo y ancho de Italia, a Milanelli le fascinaba encontrar en otros países este tipo de representaciones.

Al llegar a la puerta, el comisario Chavrier no pudo evitar detenerse por un segundo. Había estado muchas veces en aquel lugar pero era la primera vez que entraba de noche. El silencio y la oscuridad eran las notas predominantes en el ambiente.

—Encenderé las luces para que puedan recorrer el edificio tranquilamente —dijo el guardia.

Campbell saltó como un resorte.

—Creo que sería mejor que mantuviera esta iluminación, si no le importa.

El comisario Chavrier le miró extrañado. Aun así, apoyó su idea.

—Yo tampoco creo que sea necesario, gracias.

Los pasillos de la Asamblea se encontraban iluminados por pequeñas luces situadas en el suelo de manera similar a la iluminación que habían visto en el Louvre. Una tenue luz blanca horizontal indicaba las puertas que se encontraban a ambos lados del mismo.

—Tal vez debamos empezar, señor —dijo enigmáticamente Campbell.

De nuevo, Chavrier miró al profesor sorprendido. Acababan de entrar en aquel edificio y tan solo le habían realizado una rápida pregunta al guardia de seguridad. Afortunadamente, todo parecía estar bajo control.

—Le avisaré si necesitamos su ayuda —le dijo sin más detalles.

—Aquí estaré, señor.

El comisario comenzó a caminar por uno de los pasillos que salían del *hall* principal donde se encontraban. Al distanciarse lo suficiente, se dirigió a Campbell en voz baja.

—¿A qué viene tanta prisa, profesor?

—Ni siquiera le hemos preguntado acerca de las cámaras de seguridad —añadió Sanoir.

—Lo sé. ¿Pero se han fijado en su mesa? Únicamente tenía una pantalla de ordenador. ¿Cuántas cámaras puede controlar ese hombre a la vez?

—Cuatro como mucho —contestó Sanoir.

—Y además, es el único guardia que está aquí esta noche.

—¿Cree que puede estar involucrado? —preguntó Chavrier sorprendido.

—No lo sé, señor. Pero hay algo en el ambiente que no me gusta nada.

—¿Y lo de no querer encender las luces?

Para Campbell la respuesta a esa pregunta era evidente.

—Si ese hombre realmente colabora con los secuestradores de Deneux, nos podría tener controlados a través de ellas e informales de todo lo que estamos haciendo. Si por el contrario, como dijimos antes, este edificio no lo tienen vigilado creo que conseguiremos encontrar mucho antes lo que estamos buscando.

—Entiendo que ahora nos encontramos en una situación de ventaja —afirmó Sanoir.

—Mírelo de esta manera, señor. En el Louvre pedimos que nos encendieran todas las luces del museo porque considerábamos que podrían estar dentro los secuestradores, y por tanto era una situación más segura para nosotros. Sin embargo, ahora sabemos que aquello no fue otra cosa sino un paso más de esta noche, al igual que Notre Dame, y estoy convencido de que gracias a que nos controlaban por medio del sistema de vigilancia, han podido venir aquí y hacer lo que quiera que sea que hayan hecho sin ningún impedimento.

—¿Y ahora pretende adelantarse a ellos? —preguntó Milanelli.

—Bueno, creo que si mantenemos las luces del edificio apagadas nos aseguramos de que no nos tienen controlados, ya sea por medio de estas cámaras o por medio del guardia de seguridad. De modo que sí, creo que nos permite tomar cierta ventaja.

El comisario Chavrier se detuvo en medio del pasillo y se giró para buscar el rostro de Campbell.

—Pero usted dijo en el Louvre que precisamente tenernos bajo control era lo que ellos querían y lo que haría que el señor Deneux estuviese a salvo.

Campbell permaneció en silencio unos instantes. Sabía que lo que estaba diciendo el comisario era cierto. Estaba convencido de que la seguridad de Deneux estaba estrechamente ligada al hecho de que sus secuestradores sintiesen que tenían la situación bajo control.

—¡Eso podría poner en peligro su vida! —exclamó ahogadamente Sanoir.

—Entiendo lo que están diciendo, de verdad. No obstante, creo que deben decidir si lo que quieren es recuperar al hijo del presidente o estar durante toda la noche yendo de un lugar a otro de París siguiendo el juego que sus secuestradores han organizado.

Sanoir no dudó un instante.

—Evidentemente queremos recuperar al señor Deneux con vida, profesor.

—Y supongo que querrán que eso ocurra cuanto antes ¿no es así?

—¡Sin duda alguna! —exclamó.

—Antes de que acabe esta noche a ser posible —añadió Chavier.

—Perfecto, comisario. A eso me refiero.

—El profesor Campbell tiene razón —dijo Margaux—. Si pedimos al guardia de seguridad que encienda las luces, él podría controlarnos a través de las cámaras de seguridad y los secuestradores de Deneux podrían alargar todo lo que quisieran el que descubramos qué hemos venido a encontrar aquí.

—Igual que en el museo...

—Exacto, comisario —respondió Campbell—. En el Louvre realmente lo que nos ayudó a descubrir cuál era el cuadro que buscábamos fue el fallo eléctrico y la alarma en la sala 77. Si no llega a ser por eso todavía estaríamos allí revisando una por una todas las salas.

—Pero ustedes han dicho que fueron los secuestradores los que lo provocaron —dijo Bingleau.

—Así es, inspector. ¿Pero por qué no lo hicieron antes? ¿Por qué esperaron tanto tiempo desde que entramos en el museo hasta que activaron la alarma?

Bingleau se encogió de hombros.

—Creo que sencillamente porque estaban jugando con nosotros. Nos veían por medio de las cámaras. Vieron cómo nos dividíamos en grupos, cómo nos repartíamos entre las distintas plantas del museo, y cuando quisieron, hicieron saltar la alarma de aquella sala. Después de eso, solo era cuestión de tiempo que nos diéramos cuenta de que *La Libertad guiando al pueblo* era el cuadro que estábamos buscando.

—Y mientras veían cómo nos organizábamos para revisar el museo, ellos estuvieron aquí.

Campbell sonrió aliviado.

—Me alegra comprobar que entiende mi razonamiento, comisario.

—De modo, que si ahora no nos ven, no saben lo que estamos haciendo y por tanto introducimos algo de caos en su organización ¿verdad? —preguntó Milanelli.

—Más o menos sí, profesor. Mi esperanza es que al no poder controlar lo que

estamos haciendo, seamos capaces de descubrir antes lo que hemos venido a buscar aquí, y de esta manera, si todo va bien, encontrar a Deneux lo antes posible.

Capítulo 42

De nuevo la fuerte mano de aquel hombre le agarró por detrás.

—¡Quieto ahí! —exclamó.

Deneux temblaba sin cesar. El miedo le estaba consumiendo. A través de su capucha creía ver un poco más de claridad. Ya habían dejado atrás los oscuros pasillos que le impedían ver nada.

—¡Siéntate!

Bloqueado por el miedo, Deneux se quedó inmóvil. No sabía a lo que ese hombre se estaba refiriendo ni dónde debía sentarse. Apenas podía ver con esa capucha sobre su cabeza. Sintió sus pasos acercándose hacia él y casi al mismo tiempo un rostro cerca de su cara.

—He dicho que te sientes —le susurró al oído.

Preso del pánico, Deneux sintió cómo sus piernas le empezaban a fallar. Débiles, apenas podían mantenerle en pie, de modo que apoyó la espalda contra la pared y dejó caer el peso de su cuerpo, poco a poco, hasta llegar al suelo.

—Eso está mucho mejor. Creo que deberías obedecerme cuando te digo las cosas. Eso te ahorrará mucho sufrimiento.

La cara de aquel hombre seguía pegada a Deneux.

—Ahora coloca tus brazos entre tus piernas.

Deneux hizo lo que le pedía. Con una cuerda comenzó a entrelazarlos de manera que no pudiera levantarse. La fuerza con la que apretó los nudos hizo que soltará un grito ahogado de dolor.

—Veo que todavía te quedan fuerzas —dijo con burla.

Al terminar, el hombre se levantó y retrocedió unos pasos. Miró a su alrededor. Aquel era un sitio perfecto para dejar al hijo del presidente. ¿A quién en su sano juicio se le ocurriría buscarlo allí?

Capítulo 43

—El hemiciclo está muy cerca —dijo Chavrier comenzando a caminar de nuevo.

La idea que había propuesto Campbell era arriesgada, pero sin duda debían hacer algo diferente a lo que llevaban haciendo toda la noche si querían encontrar al hijo del presidente cuanto antes.

—Si esto acaba bien deberían pedir que les concedieran alguna condecoración —dijo Sanoir.

—Me conformo con salvar la vida de Deneux, se lo aseguro —contestó Campbell—. Además, eso sería bastante difícil que ocurriera puesto que ni siquiera estamos en París ahora mismo.

Margaux no pudo disimular una sonrisa ante el comentario del profesor.

Chavrier levantó su mano izquierda y se detuvo delante de una de las puertas del pasillo. A diferencia de la mayoría de las que habían pasado con anterioridad, la línea de luz blanca bajo la puerta era, en esta ocasión, mucho más ancha.

«El hemiciclo», pensó Campbell.

—Bien profesores, ya hemos llegado.

Al finalizar sus palabras, el comisario se quedó inmóvil. Como si por alguna extraña razón no quisiera abrir aquella puerta. Quizá temiendo lo que pudiera encontrar dentro.

—Creo que debemos entrar —propuso educadamente Sanoir viendo su reacción.

Chavrier respiró profundamente, colocó su mano derecha sobre la manilla y abrió la puerta.

En el interior del hemiciclo, la luz era la misma que se habían encontrado a lo largo del pasillo. En esta ocasión, su disposición dibujaba perfectamente la silueta de la sala. La tribuna se encontraba más iluminada que el resto. En silencio, el comisario caminó hacia el centro. Desde ese punto se podía observar perfectamente toda la sala. La luz de la luna la iluminaba a través de la bóveda de cristal. Campbell dirigió su mirada hacia el techo.

—Parece que es la misma luna que veíamos desde Notre Dame ¿verdad? —le susurró Margaux.

—Me pregunto si será una simple coincidencia —respondió Campbell sin apartar su mirada del techo.

El inspector Bingleau y Sanoir se separaron y comenzaron a subir lentamente las escaleras que daban acceso a la parte alta del hemiciclo. De algún modo, ninguno de ellos quería hacer el menor ruido ya que ignoraban lo que podría haber allí dentro. Desde la tribuna, Chavrier les observaba fijamente. Las columnas que adornaban toda la parte alta le conferían un aspecto similar al de un teatro romano. Al llegar arriba, Bingleau y Sanoir observaron cuidadosamente todo lo que tenían a su alrededor. Finalmente ambos se encontraron en la parte central.

—Yo no he encontrado nada —musitó Bingleau.

Sanoir volvió a mirar a su alrededor. El inspector tenía razón.

—Aquí arriba no hay nada, comisario —dijo en voz alta.

La voz de Sanoir retumbó en toda la sala. Efectivamente, Chavrier también tenía la impresión de que el hemiciclo se encontraba totalmente vacío, lo cual no pudo dejar de producirle una gran sensación de alivio.

—Creo que esta sala no va a ser interesante para nosotros, profesores —dijo buscándoles con la mirada.

Campbell compartía la opinión del comisario. Nunca antes había estado en aquel lugar, de modo que no sabía lo que se encontrarían al entrar allí, pero parecía bastante evidente que aquella sala estaba vacía.

—Ya lo veo, comisario —reconoció defraudado.

Al contestarle, Campbell se dio cuenta del cuadro que adornaba la pared principal. A pesar de que la luz era muy tenue, creía saber de qué obra se trataba. Encandilado por la importancia que aquel cuadro podría tener, cogió a la profesora Margaux de la mano y se dirigió al centro de la sala, justo delante de la tribuna. Al apreciar las enormes dimensiones que tenía, retrocedió varios pasos valiéndose de las escaleras del hemiciclo para tener una visión mejor de la obra. Margaux, por su parte, no podía apartar su mirada del profesor extrañada por lo que estaba haciendo. Cuando se colocaron en la posición que quería, le señaló con su mano derecha el cuadro para dirigir su atención.

—Mira —le dijo.

Margaux se llevó las manos a la cabeza fascinada.

—¡*La escuela de Atenas!* —exclamó.

La sorpresa de la profesora atrajo la atención del resto que enseguida dirigieron su mirada hacia el mismo punto. Bingleau y Sanoir bajaron por las escaleras hasta donde se encontraban los profesores.

—¿Eso es lo que debíamos encontrar? —preguntó Chavrier excitado ante la posibilidad de haber descubierto ya lo que los secuestradores de Deneux habían dejado en aquel edificio.

—No lo sé, comisario. Pero teniendo en cuenta de dónde venimos, creo que es lo más interesante que nos ofrece esta sala.

—¿Y puede decirnos dónde está Deneux, profesor? —preguntó Sanoir.

Campbell miró durante un instante a Margaux antes de contestarle.

—Es pronto para decir eso, señor. En cualquier caso, creo que necesitamos más luz para ver mejor el cuadro.

—¿Qué hay de lo que nos dijo antes sobre adelantarnos a los secuestradores? —replicó Sanoir.

—Si esto es lo que estábamos buscando, señor, ya pueden enterarse de que lo hemos encontrado.

—Y mucho más rápido que en el Louvre —dijo Milanelli a la vez que encendía las luces de la sala.

Margaux golpeó disimuladamente la mano de Campbell para atraer su atención.

—Creo que nos estamos precipitando —susurró.

—Lo sé —respondió el profesor—. Creo que todavía no han aprendido nada esta noche.

Chavier se acercó también a donde se encontraban para ver mejor la obra a la que se estaban refiriendo.

—¿Cómo nos puede ayudar ese cuadro en su opinión, profesores?

—Lo primero —comenzó Margaux—, esta obra es solo una reproducción. El original se encuentra en las Estancias de Rafael en el Vaticano.

A Chavier no pareció agradaarle la idea de que la sala más importante de la Asamblea Nacional francesa estuviese presidida por una simple imitación.

—En cualquier caso, comisario —prosiguió—, este cuadro fue parte del encargo que el Papa Julio II realizó a Rafael a principios del siglo XVI para decorar la Stanza della Signatura del Vaticano.

—Yo he estado allí, profesora —dijo Milanelli al instante.

Margaux le sonrió a pesar de la interrupción.

—Esa sala —continuó— está decorada con otras tres obras de Rafael; la Disputa del Sacramento, el Parnaso, y conjuntamente Gregorio IX recibe las Decretales y Triboniano entrega las Pandectas, que representan la filosofía, la teología, la poesía y el derecho, respectivamente. En este cuadro, que como digo ilustra la filosofía, se pueden ver representados en el centro a los dos grandes filósofos clásicos; Platón, con el dedo levantado apuntando al cielo, y Aristóteles, a la derecha. ¿Los ven?

Sanoir y Chavier no contestaron.

—Si miran a la parte izquierda del cuadro, verán a Sócrates conversando con un grupo de jóvenes entre los que se encuentra Alejandro Magno. Fíjense que es el único que lleva una espada.

La cara de ambos dejaba claro que estaban totalmente perdidos. La profesora quería que entendieran la importancia de aquel cuadro, de modo que bajó las escaleras y se dirigió a la tribuna hasta colocarse en su base. De puntillas y estirando todo lo que podía el brazo, continuó su explicación.

—Después, en la parte delantera, pueden ver cómo hay dos grupos de personas dispuestas de manera simétrica. En esta parte izquierda aparece Pitágoras escribiendo en un libro mientras es observado por Parménides y Anaximandro, entre otros. En la parte central, pueden ver a Heráclito, pensativo, y a Diógenes tumbado en la escalera.

Margaux caminó unos pasos hasta ponerse justo debajo de la parte derecha del cuadro.

—Y entre este grupo de personas se encuentran, Euclides...

—¡El padre de la geometría! —exclamó Milanelli.

—Eso es, profesor —contestó ella—. Y a su derecha, en el grupo de personas que están conversando, pueden ver a Claudio Ptolomeo, Zoroastro y un autorretrato del propio Rafael.

—Realmente increíble —dijo Milanelli fascinado—. Muchos de los matemáticos más grandes de la historia están recogidos en ese cuadro.

—No solo matemáticos, profesor —replicó Campbell—. Este cuadro recoge a los filósofos, científicos y matemáticos más importantes de la época clásica. Además, para dibujarlos, Rafael tomó como modelos a personajes públicos de la época. Algunos de ellos amigos personales suyos como Leonardo da Vinci, encarnando a Platón, o Miguel Ángel, como Heráclito.

—¿Entonces ya saben dónde debemos continuar buscando a Deneux? —insistió Sanoir.

La profesora sentía que no había hecho ningún caso a su descripción y que lo único interesante para él era saber si aquel cuadro era, o no, lo que habían ido a buscar a la Asamblea.

—Este cuadro es extraordinariamente interesante por muchos aspectos, y aunque no nos indica de una manera directa dónde debemos buscar, como si hizo *La Libertad guiando al pueblo*, creo que la respuesta que estamos buscando está en él.

—¿Y saben cómo encontrar esa respuesta? —preguntó Chavrier.

—En mi opinión —respondió Campbell—, aquí nos ha ocurrido lo contrario que en el Louvre. Allí tuvimos que dividirnos para buscar entre las diferentes plantas y alas del museo hasta que saltó la alarma de la sala 77, y una vez allí, los estudiamos todos, cuadro por cuadro, hasta quedarnos con *La Libertad guiando al pueblo*, que gracias al guardia de seguridad pudimos corroborar que, efectivamente, era el que debíamos encontrar. En esta ocasión, por contra, creo que hemos descubierto enseguida lo que los secuestradores han dejado para nosotros. El problema ahora es descubrir cómo este cuadro nos va a indicar por dónde debemos seguir buscando a Deneux.

—No puede ser muy complicado —opinó Sanoir.

Margaux le miró con resignación.

—Mire atentamente el cuadro, señor. Ahí aparecen representadas exactamente cincuenta y ocho personas entre los que se encuentran, como ha dicho el profesor Campbell hace un momento, algunos de los filósofos, científicos y matemáticos más importantes de la época clásica. De modo que cualquiera de ellos puede ser la respuesta que estamos buscando.

—¿Uno de esos personajes nos va a decir dónde buscar al hijo del presidente? —preguntó escéptico Chavrier.

—Creo que sí, comisario.

—En ese caso deberían empezar a contarnos la vida de cada uno de ellos lo mejor que puedan ¿no creen?

Sanoir no se sentía con humor para escuchar más procesos deductivos como el que había vivido en el Louvre.

—Si le parece, comisario, mientras los profesores intentan averiguar cuál de esos personajes es el que nos interesa, el inspector Bingleau y yo podríamos revisar el

resto de salas del edificio.

Chavrier le miró y permaneció unos segundos pensativo. La idea de separarse no era la que más le atrajese, pero también era cierto que aunque los profesores opinaban que en aquel cuadro estaba la respuesta que necesitaban, todavía les quedaba la mayoría del edificio por inspeccionar.

«Aunque no haya nada interesante en él».

—Está bien, pero límitense de momento a las otras habitaciones que hay en este mismo pasillo. Las dos puertas que hemos dejado atrás son salas de reuniones. No creo que encuentren nada allí. Un poco más adelante, en este mismo lado del pasillo, encontrarán la segunda puerta que da acceso al hemicycle y en el lado opuesto una sala de descanso. Revísenlas todas y avísenme si encuentran cualquier cosa que pueda ser interesante.

—Sí, señor —respondió Bingleau.

Cuando ambos abandonaron el hemicycle, Chavrier se giró buscando a Campbell.

—¿Por cuál de estos personajes quiere que comencemos, profesor?

—Si les parece podríamos empezar por los matemáticos —contestó rápidamente Milanelli.

Campbell observó durante unos segundos el cuadro. Antes o después tendrían que revisar, uno a uno, cada personaje que aparecía representado en él, por lo que la idea de Milanelli le parecía correcta.

—Me parece buena idea, profesor. Estoy seguro de que sabrá más sobre ellos de lo que yo pueda decirles —reconoció.

—Muy bien. En ese caso, creo que la profesora Margaux mencionó durante su explicación a Euclides y a Pitágoras ¿no es así?

—Sí, así es, profesor —respondió ella.

—Bien. Como seguro que saben, y como ya les dije antes, Euclides fue un matemático griego que ha pasado a la historia como el padre de la geometría. Su obra más importante se titula *Los Elementos*, que estoy seguro que habrán tenido oportunidad de leer en algún momento.

—Me temo que ni siquiera había escuchado ese nombre nunca, profesor —dijo Chavrier.

Milanelli le miró indignado.

—¿Y ha oído usted hablar de la Biblia, comisario?

Aquella pregunta le dejó completamente sorprendido.

—Claro que sí, profesor.

—Pues no sé por qué no conoce *Los Elementos*.

Margaux percibió la frustración de Milanelli.

—Comisario, ese libro del que le habla el profesor, es la obra más divulgada de la historia después de la Biblia. Si coge cualquier libro de matemáticas en una escuela, muchos de los conceptos básicos de geometría que encontrará en él, son en realidad conceptos sacados de *Los Elementos*.

Chavrier entendió, gracias a la explicación de la profesora, la importancia real que tenía aquella obra.

—Gracias por la aclaración —dijo Milanelli agradecido—. Esta gran obra está formada por trece volúmenes repartidos en diferentes contenidos, como la geometría plana, la geometría espacial y la proporcionalidad.

—¿Y qué nos puede decir de Pitágoras? —preguntó Campbell.

Milanelli vaciló un instante y a continuación le respondió.

—Bueno, a diferencia de Euclides, no existen obras que se hayan conservado de Pitágoras. Muchos de los documentos y teoremas que se le atribuyen pudieron ser más bien obras de sus discípulos que de él mismo. Como también ocurría con Euclides, era costumbre que los discípulos firmaran sus obras con el nombre de su maestro, incluso cuando este ya había muerto. A pesar de que no tengamos ninguna obra atribuible al propio Pitágoras, su influencia en el desarrollo de la geometría y la aritmética son indudables. Como también lo es la influencia que tuvo sobre los grandes filósofos clásicos.

—Platón y Aristóteles también aparecen en el cuadro —dijo Margaux.

—Parece, por tanto, que existen conexiones entre todos los personajes que aparecen representados ¿no es así? —preguntó Chavrier.

—Claro que sí, comisario. Tenga en cuenta que el desarrollo intelectual que cada uno de estos grandes genios hizo en diferentes disciplinas, no solo en el campo de las matemáticas o la filosofía, sino también en medicina, política y cosmología, afectaron a todos los pensadores posteriores. De modo que las doctrinas de Pitágoras influyeron de manera importante en el pensamiento de la época, y por tanto, en Aristóteles y Platón.

Milanelli volvió su mirada hacia el cuadro.

—¿Hay algún otro matemático más, profesora?

—Creo que no. Aunque en el caso de Euclides, existe la duda acerca de si Rafael representaba al propio Euclides o a Arquímedes, como sostienen algunos autores.

—Entiendo —dijo Milanelli—. Arquímedes, efectivamente, fue uno de los grandes matemáticos griegos de la época clásica. A diferencia de Pitágoras, sí que se han conservado algunas de sus obras y se tiene conocimiento de otras muchas por referencias a ellas hechas por otros autores posteriores. Arquímedes fue el primer matemático en utilizar el cálculo infinitesimal para sus estudios, aunque no fue realmente desarrollado hasta siglos más tarde por Newton y Leibniz, fundamentalmente. Gracias a ello, fue el primero en dar valores aproximados a cuestiones matemáticas tan complejas como el valor del número pi, por ejemplo. No obstante, también es muy conocido por sus trabajos como físico e inventor. En definitiva, fue un extraordinario científico como posiblemente nunca antes había existido.

Capítulo 44

—¿Usted cree que en ese cuadro está lo que hemos venido a buscar aquí? —preguntó Bingleau.

—Ni idea, la verdad. De momento, todo lo que han dicho los profesores esta noche ha resultado ser cierto con lo que espero que esta vez no sea diferente.

Sanoir y el inspector caminaron por el pasillo en sentido contrario al que habían accedido al hemiciclo en busca de las dos salas a las que se había referido el comisario Chavrier. Al llegar a la primera de ellas, Sanoir abrió la puerta sin dudarlo un momento. A diferencia del pasillo y del hemiciclo, aquella sala estaba completamente a oscuras.

—¡Empezamos bien!

—Buscaré dónde está el interruptor, señor —dijo Bingleau.

Sanoir retrocedió un paso buscando que la escasa luz del pasillo le permitiera ver algo de su interior pero fue inútil. La siguiente sala que debían revisar a continuación estaba a escasos quince metros de donde se encontraban, por lo que tuvo la tentación de acercarse a ver si, al igual que aquella, también se encontraba a oscuras. Justo cuando iba a comprobarlo, las luces se encendieron.

—¡Ya está, señor! —exclamó Bingleau.

Sanoir caminó un par de pasos y entró en la sala. El aspecto no podía ser más sobrio. En el centro de la habitación había una gran mesa ovalada de madera de color marrón oscuro. A su alrededor, simétricamente colocadas, se disponían veinte sillas de cuero negro.

—Creo que vamos a cumplir muy rápido el encargo del comisario —dijo Bingleau sin molestarse en ocultar un sentimiento de contrariedad.

Efectivamente, aquella sala confirmaba que la Asamblea Nacional no era un edificio interesante en absoluto.

—¡Ni siquiera hay un cuadro del presidente en la pared! —exclamó Sanoir indignado.

Bingleau miró al techo.

—Fíjese, tampoco hay cámaras de seguridad. Si lo que dijeron los profesores es cierto, aquí no deberíamos encontrar nada ya que no podrían controlarlo.

—Desde luego esta sala no nos sirve para nada —dijo enfadado—. Vayamos a revisar la siguiente, inspector.

Sanoir se dirigió rápidamente hacia la puerta que había visto unos segundos antes. Bingleau apagó las luces y cerró cuidadosamente la puerta. De lejos, vio cómo Sanoir entraba en la otra sala.

—¡Exactamente igual! —le escuchó exclamar desde el interior.

Cuando Bingleau entró, Sanoir ya había encendido las luces. Como si se tratara de una broma, lo que se encontró fue una habitación absolutamente idéntica a la que acababan de dejar atrás. La gran mesa ovalada en el centro con las veinte sillas a su

alrededor y todas las paredes completamente vacías.

—Espero que los profesores descubran algo en ese cuadro porque este maldito edificio no parece tener nada más interesante —maldijo Sanoir visiblemente enfadado al tiempo que salía de aquella sala.

El inspector Bingleau buscó con la mano el interruptor de luz intentando dejar todo exactamente igual que se lo encontraban.

«Sí que estamos perdiendo el tiempo».

Al salir, escuchó a Sanoir hablando por su *walkie-talkie*.

—¿Han encontrado algo ahí fuera?

—No, señor. Todo alrededor del edificio está tranquilo. Exactamente igual que cuando llegaron.

—¿Y en el Louvre?

—Ningún cambio, señor.

—¡Mierda! —exclamó.

Bingleau le miró con extrañeza.

—No creo que sea mala noticia que todo permanezca tranquilo ¿no le parece?

Sanoir dedicó unos segundos a calmarse.

—Lo sé, inspector. Pero esta situación me pone enfermo. Detesto la idea de que el señor Deneux permanezca desaparecido mientras nosotros estamos aquí revisando salas completamente vacías.

—En ese caso creo que deberíamos buscar la siguiente cuanto antes...

Sanoir apagó su *walkie-talkie* y dirigió su mirada al otro extremo del pasillo. Cuando vio la puerta que buscaba comenzó a caminar hacia ella.

—Chavier dijo que debíamos revisar las dos salas de reuniones que ya hemos visto y una de descanso ¿no es así?

—Sí, señor.

—¿Y esta puerta? —preguntó dubitativo.

—Esa puerta debería dar acceso al hemiciclo también, señor. ¿Recuerda lo que nos dijo el comisario?

—Cierto —respondió ignorando su mala memoria.

Sanoir apoyó su mano suavemente sobre la manilla y con mucho cuidado la abrió intentando evitar hacer el menor ruido posible. Al abrirla, escuchó a Chavier hablando con los profesores. Inmediatamente, la cerró de nuevo.

—Efectivamente esta puerta da acceso al hemiciclo, de modo que solo nos quedaría la sala de descanso.

—Así es. Y si no recuerdo mal debería ser aquella de allí —dijo Bingleau señalando la única puerta que se encontraba en el lado contrario del pasillo.

Sanoir comenzó a caminar hacia ella. Sus esperanzas de encontrar algo interesante allí dentro eran nulas. Al abrirla, la primera impresión que sintió fue mucho mejor que en las dos anteriores habitaciones. Se trataba de una sala más grande y que a diferencia de ellas sí tenía al menos una leve iluminación.

—Eso parecen pantallas de televisión ¿no? —preguntó Bingleau señalando los puntos azules que estaban en la pared.

En el fondo, una máquina expendedora de refrescos y una máquina de café daban la mayoría de la luz a la sala. Sanoir buscó el interruptor.

Al encenderse la luz, quedó claro que aquella era una habitación completamente diferente a las dos anteriores. En cada una de las paredes estaban colgadas dos grandes pantallas de plasma para poder ser vistas desde cualquiera de los diferentes sofás dispuestos a lo largo de toda la sala. En la parte derecha, junto a las dos máquinas, había cuatro mesas redondas con varias sillas en cada una de ellas.

—Sí que se cuidan sus señorías —comentó irónico el inspector.

Sanoir se acercó a una de las pantallas y la encendió haciendo uso de los botones que había en ella. A continuación, comenzó a pasar los canales uno por uno hasta volver al canal por el que había empezado.

—Son televisores normales. Señal por cable. Nada interesante.

—¿Qué esperaba encontrar, entonces? —preguntó sorprendido.

—No lo sé. Quizá en algún canal se vieran las grabaciones de las cámaras de seguridad como ocurre en un circuito cerrado de televisión.

—Entiendo.

Sanoir miró a su alrededor por última vez.

—Si le parece ya podemos volver al hemiciclo a decirle a los profesores que se esfuercen en descubrir algo en ese cuadro. Aquí no hay nada interesante.

Capítulo 45

De manera análoga a lo que había ocurrido en la sala 77 del Louvre, Campbell sentía que se estaban acercando a su objetivo aunque de nuevo lo hacían de una manera mucho más lenta de la que a él le gustaría.

—En realidad, también está representada Hipatia, situada de pie justo detrás de Pitágoras.

—La primera mujer matemática de la historia —dijo Milanelli.

—Exacto.

—¿Alguna obra interesante o algo que la hiciera peculiar? —preguntó Chavrier.

Campbell miró de nuevo el cuadro.

—Lo que yo le puedo decir, comisario, es solo la parte relacionada con su muerte que es por lo que yo la conozco.

—Cualquier aspecto podría ser interesante, profesor.

Margaux le miró y le hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Está bien, comisario. A principios del siglo V, el Imperio Romano era un avispero de conjuras, conflictos y luchas de poder entre los diferentes patriarcados, especialmente los de Constantinopla y Alejandría, frente al poder supremo de Roma. Como sabrán, la ciencia siempre ha sido considerada como un enemigo de la religión, pues invariablemente ha intentado imponer la razón en los hechos que esta considera obra de Dios. En aquel momento, el Imperio Romano se estaba convirtiendo al cristianismo, por lo que los científicos de la época comenzaron a ser perseguidos por los cristianos que consideraban una herejía sus enseñanzas. En este clima de odio y persecución, Hipatia, que se había convertido en la representante más destacada de la escuela neoplatónica alejandrina, fue asesinada de una manera salvaje por monjes fanáticos de la iglesia de San Cirilo de Jerusalén por culpa de su paganismo. Su muerte se ha considerado siempre como el fin de la ciencia antigua, ya que en los mil años siguientes, la imparable expansión del cristianismo llevó consigo un absoluto estancamiento del desarrollo científico.

—Otra muerte en nombre de la religión —dijo Milanelli.

—Así es, profesor. Ya le dije en el Louvre que no hay nada en la historia que haya provocado tanto derramamiento de sangre como la religión.

—Increíble —contestó en voz baja.

En ese momento, Sanoir y el inspector Bingleau entraron de nuevo al hemiciclo.

—¿Han encontrado algo interesante? —les preguntó Chavrier.

—Me temo que no, comisario. Las dos salas de reuniones están completamente vacías y la sala de descanso tampoco tiene nada que pueda interesarnos —contestó Sanoir.

Campbell no se mostró sorprendido.

—Está claro que si tenemos que descubrir algo en este edificio ha de ser en esta

sala y en este cuadro.

—En ese caso, espero que ya estén más cerca de descubrir de qué se trata —dijo Sanoir.

—Sí, señor. En realidad estábamos analizando los personajes que aparecen representados ya que creemos que uno de ellos puede tener la respuesta que estamos buscando, como ya le explicamos antes.

—¿Una de esas personas nos llevará hasta el señor Deneux?

Campbell resopló disimuladamente preguntándose hasta cuándo tendría que contestar, una y otra vez, al mismo tipo de preguntas.

—No, señor. Más bien creo que algo relacionado con este cuadro, o con alguno de los personajes que aparecen representados, nos ayudará a descubrir qué es lo próximo que debemos hacer para encontrarle.

—¿Y qué han encontrado?

—De momento hemos analizado a los tres matemáticos que aparecen, Euclides, Pitágoras e Hipatia.

Mientras escuchaba a Campbell dar explicaciones a Sanoir sobre lo que estaban haciendo, Milanelli intentó imaginar cómo hubiese sido si, minutos antes, también hubiese tenido que hablarle a él sobre la importancia de *Los Elementos*.

—Los profesores están llevando a cabo un proceso similar al que hicieron con los cuadros en la sala 77 del Louvre —dijo Chavrier—. Allí sus deducciones resultaron ser acertadas con lo que confío en que lo que están haciendo ahora también lo sea.

El profesor Campbell asintió en gesto de agradecimiento por la confianza que el comisario estaba mostrando hacia ellos.

—El problema, si no me equivoco, es que en el Louvre los secuestradores de Deneux se encargaron de dejar claro cuál era el cuadro que teníamos que encontrar —comentó escéptico Sanoir.

—Sí, señor, tiene razón —contestó Margaux—. Pero como ya le explicamos allí, cuando ustedes nos dijeron que el guardia de seguridad había descubierto qué cuadro había hecho saltar la alarma, nosotros ya habíamos descartado el resto de obras de la sala.

Chavrier se dio cuenta de que aquella conversación no les llevaría a ningún sitio.

—Cómo hayamos descubierto que *La Libertad guiando al pueblo* era el cuadro que debíamos encontrar en el Louvre, creo que es lo de menos en este momento. Lo importante es que llegamos a él y ahora estamos aquí, en la Asamblea, y debemos descubrir cuál será nuestro próximo destino.

—Y para eso debemos continuar estudiando los personajes que aparecen en este cuadro —dijo Campbell.

—Creo que los matemáticos ahora sí que se han terminado ¿verdad? —preguntó Milanelli.

—Eso me temo —respondió en voz baja fijando su mirada en el cuadro.

—En ese caso —continuó Milanelli— ¿por qué no nos centramos en las figuras

más importantes? Al fin y al cabo, los secuestradores no creo que sean unas personas excesivamente cultivadas y es bastante probable, por tanto, que se hayan decantado por los más conocidos.

—Puede que el profesor tenga razón —dijo Chavier.

Campbell miró a Margaux.

—¿Tú qué opinas?

—Es una opción interesante —contestó la profesora—. Cuando estábamos terminando los cuadros que debíamos revisar en el Louvre, varios eran de un mismo autor y yo consideré que eso podría ser algo a tener en cuenta. De modo que aplicando un razonamiento relativamente similar, quizá centrarnos en los personajes más importantes pueda ser interesante.

—El problema será entonces discernir entre cuáles son y cuáles no son importantes.

—No se preocupe, profesor —contestó Bingleau—. Yo puedo ayudarles con eso.

Margaux miró al inspector con curiosidad.

—De todos los nombres que dijo antes la profesora cuando nos explicó el cuadro, a mí solo me suenan los de Pitágoras, que según les he entendido ya lo han descartado, Alejandro Magno y los tres filósofos esos tan conocidos.

—¿Sócrates, Platón y Aristóteles? —preguntó Margaux.

—Sí, esos. A mí solo me resultan familiares esos cinco nombres. De modo, que si como dice el profesor Milanelli los secuestradores no son personas muy cultas, quizá esos nombres pueden ser los que deban considerar en primer lugar ya que son los que, en mi opinión, les pueden resultar conocidos a cualquier persona.

La profesora Margaux y Campbell se miraron con cierta sorpresa dado el interesante razonamiento que acababa de exponerles Bingleau.

—No le negaré que puede que tenga razón —opinó Campbell.

El inspector se mostró satisfecho de poder ayudarles.

—¿Qué tiene que ver Alejandro Magno con todos esos científicos y matemáticos si fue un guerrero?

Campbell respiró profundamente al escuchar las palabras de Sanoir.

—Verá, señor, es indudable que Alejandro Magno fue, como usted dice, un guerrero. Un excelente guerrero, diría yo, que realizó una de las mayores expansiones territoriales de la historia luchando contra el Imperio Persa y consiguiendo la extensión de la Antigua Grecia por toda Asia Menor. Sin embargo, también fue una persona extraordinariamente culta cuya educación corrió a cargo de Aristóteles. Paralelamente a la expansión militar de su imperio, Alejandro Magno impulsó un desarrollo cultural sin precedentes extendiendo la cultura helénica de la Grecia clásica en todos los territorios conquistados. Tras su muerte, se inició a sí mismo el denominado Período Helenístico que sirvió de puente entre el declive de la época clásica griega y el ascenso del Imperio Romano. La fusión de ambas dio lugar al origen de la civilización occidental en la que usted y yo vivimos actualmente.

Sanoir no supo qué contestar.

—Realmente, las cuatro personas que nos ha dicho el inspector Bingleau están relacionadas entre sí, y eso, al igual que ocurrió en el Louvre con los cuadros de Delacroix, podría tener algún significado —dijo Margaux.

—¿Y cuál es esa relación, profesora?

—Todos ellos fueron discípulos unos de otros, comisario. Sócrates fue uno de los filósofos más importante de la historia. Su discípulo Platón, que como ya les expliqué antes aparece en el centro apuntando con su dedo hacia arriba, fue a su vez maestro de Aristóteles al que Rafael representó al lado de Platón en este cuadro. Y como acaba de decir el profesor Campbell, Aristóteles se ocupó de la educación de Alejandro Magno.

—¡Eso no puede ser una coincidencia, profesora! —exclamó Sanoir.

Margaux sintió, una vez más, que se estaban precipitando.

—Depende de cómo lo considere, señor. Tenga en cuenta que en esta obra se representan las figuras más relevantes de la época clásica y Grecia era el epicentro de la cultura antigua, con lo que no fue necesario nada más que el hecho de ser relativamente contemporáneos para que se conocieran.

—¿Entonces creen que entre ellos cuatro se esconde la manera de saber por dónde debemos continuar buscando a Deneux? —preguntó Chavier.

—En mi opinión, tal vez podríamos excluir a Alejandro Magno. Pero sí que creo que entre Sócrates, Platón y Aristóteles puede encontrarse la respuesta a esa pregunta, comisario —respondió Campbell.

—Bien, pues hablemos de cada uno de ellos tres como antes hizo con los matemáticos el profesor Milanelli.

Campbell de nuevo miró a Margaux. Para Sanoir y Chavier todo parecía ser tremendamente simple.

—Ojalá pudiéramos, comisario. Pero le aseguro que para hacer sobre cada uno de ellos la descripción que ha hecho antes Milanelli con Euclides, Pitágoras, Hipatia y Arquímedes, necesitaríamos toda la noche.

—El profesor tiene razón —dijo Margaux apoyándole—. La importancia de las obras que se conservan de estos tres filósofos es incomparable a cualquier otro. Un legado cultural inmenso que no podríamos resumirles en unos pocos minutos. Desde luego no obviando muchos aspectos que podrían hacer que nos equivocáramos.

—En ese caso creo que tenemos un problema —dijo Sanoir.

Margaux tardó unos segundos en contestar. Sabía que les estaban diciendo en qué personajes creían que se encontraba la respuesta a lo que estaban buscando aunque, por otro lado, no sabían cómo descubrirla.

—Me temo que sí, señor.

—Quizá alguna de sus obras estén en la biblioteca y eso nos pueda servir de ayuda ¿no creen? —preguntó Chavier.

Campbell, que se encontraba concentrado mirando el cuadro, se giró de golpe al

escuchar las palabras del comisario.

—¿Cómo ha dicho?

—Bueno, aunque no sean los originales tampoco, igual que este cuadro. Pero tal vez les ayuden.

—No, no. No me refiero a eso. ¿Dice que hay una biblioteca en el edificio?

—Sí, profesor —respondió extrañado—. La biblioteca de la Asamblea.

Capítulo 46

El profesor Campbell sentía que el corazón se le iba a salir del pecho.

—¿Cómo no nos ha dicho antes que en este edificio había una biblioteca?!

—Pensé que lo sabía, profesor.

Desesperado, se llevó las manos a la cabeza.

—¡Nunca había estado aquí dentro! ¡Es más, nunca me había interesado por este edificio en particular hasta esta noche!

—Yo también estoy sorprendida, comisario. No tenía la menor idea de que hubiese una biblioteca dentro de la Asamblea.

—Pero usted dijo que vino de excursión cuando era pequeña.

—Sí, sí —balbuceó Margaux—, pero ya casi ni me acuerdo de aquello, y desde luego no recuerdo en absoluto haber visitado una biblioteca.

—¿Creen que puede ser un lugar interesante? —preguntó Sanoir.

—Francamente sí, señor —respondió Campbell.

—¿No pretenderá que revisemos todos los libros de la biblioteca como hicimos en el Louvre? —preguntó Chavrier.

—No es mi intención, señor. Pero sí que creo que si nuestro razonamiento es correcto y *La Libertad guiando al pueblo* nos dirigía aquí esta noche, está claro que el hemicycle en el que nos encontramos era el lugar más importante que debíamos revisar dentro de la Asamblea. Una vez aquí, hemos visto que lo único interesante de esta sala era este cuadro donde se reúnen la mayoría de los grandes científicos, filósofos y matemáticos de la época clásica. Tal concentración de conocimiento solo puede ser equiparado al que existe en una biblioteca.

—¿Entonces piensa que este cuadro es un paso más para encontrar a Deneux?

—Creo que es una progresión lógica, comisario.

—¿Y la biblioteca de la Asamblea es el siguiente paso?

—Por lo menos creo que es lo que los secuestradores de Deneux quieren que hagamos, sí.

Chavrier guardó silencio unos instantes.

—Campbell tiene razón —dijo Milanelli—. Si se dan cuenta es un proceso deductivo totalmente coherente el que nos están haciendo seguir los secuestradores. *La Libertad guiando al pueblo* es, según les entendí en su explicación en el Louvre, un cuadro político. De ahí, Campbell dedujo que debíamos venir a la Asamblea Nacional, y era bastante lógico que esta fuese la primera sala que revisaríamos. Ahora bien, una vez aquí intenten pensar como los secuestradores de Deneux. Estoy seguro de que ellos nos habrán imaginando llegando a este edificio, entrando en esta sala y descubriendo que no hay nada interesante salvo este cuadro. Por descarte, y como dijo antes el profesor Campbell, teniendo en cuenta de dónde venimos, este cuadro se convertiría en el centro de nuestra atención. Posiblemente consideraron que intentaríamos encontrar la respuesta directamente en él, como así ha sido, y tras un

período más o menos largo deduciríamos, que tal vez, el cuadro no era la respuesta sino una llave para encontrarla.

—Eso suponiendo que desde un principio supiéramos que en este edificio había una biblioteca —replicó Campbell.

—Estoy seguro de que contaban con que alguno de nosotros lo sabríamos.

Chavrier no necesitaba escuchar más por parte de los profesores. Aquella sala estaba vacía y la biblioteca se presentaba en ese momento como el único sitio en el podrían encontrar la información que necesitaban para seguir buscando a Deneux.

—Me parece correcto el razonamiento que nos plantean, de modo que si quieren podemos ir a la biblioteca sin perder más tiempo.

La profesora Margaux y Campbell se apartaron para dejar espacio al comisario, en un claro gesto de que querían llegar allí cuanto antes.

Chavrier comenzó a caminar hacia la salida del hemiciclo.

—Estoy de acuerdo con lo que les ha dicho antes el comisario, profesores —dijo Sanoir—. Espero que no pretendan revisar, uno a uno, todos los libros de esa biblioteca...

—Con suerte encontraremos alguna de las obras más importantes de estos tres filósofos y podremos empezar por ahí —contestó Margaux.

Todos comenzaron a caminar siguiendo a Chavrier. La excitación que sentía Campbell era palpable.

—¿Está muy lejos la biblioteca?

—Tardaremos un poco, profesor —respondió el comisario—. Aunque podemos acceder desde aquí, tenga en cuenta que tenemos que cambiar de edificio.

Mientras avanzaban por aquellos pasillos, la profesora Margaux sacó su teléfono móvil y comenzó a teclear. Tras unos segundos, encontró lo que buscaba.

—¡Ya lo tengo! —exclamó.

—¿El qué, profesora? —preguntó Chavrier sin apartar la mirada del camino que llevaba.

—La biblioteca de la Asamblea Nacional, comisario. La he buscado en Internet. Puede que descubramos algo útil.

Campbell sonrió. Aquella noche estaba descubriendo que juntos formaban una gran pareja.

—¿Y qué nos puede decir sobre ella? —preguntó Sanoir.

Margaux comenzó a murmurar en voz baja mientras leía datos que no consideraba importantes.

—Según pone aquí, la biblioteca se creó en el año 1794 y varias décadas más tarde, en 1834, se ubicó en un edificio especialmente construido para albergarla en los antiguos jardines del Palacio de Bourbon.

—Eso es cierto, profesora. Ahí es a donde nos dirigimos ahora —dijo Chavrier.

—¿Algo más? —preguntó Campbell.

—El arquitecto encargado de su construcción fue Jules de Joly, inicialmente

albergó doce mil libros y su techo organizado en cinco cúpulas fue...

Margaux se quedó paralizada. El comisario se detuvo para descubrir qué era tan importante. Campbell se acercó hasta ella y le preguntó en voz baja.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué has descubierto?

Margaux le miró mostrando en su rostro la gran sorpresa que le había producido lo que acababa de leer.

—Eugène Delacroix fue el encargado de decorar la biblioteca.

—¿El mismo autor que el cuadro del Louvre? —preguntó Chavrier.

—Sí, comisario, pero no es solo eso —respondió sin apartar la mirada de la pantalla del móvil—. Cada cúpula está decorada con una temática diferente; legislación, teología, filosofía, ciencia y poesía.

Campbell entendió perfectamente su sorpresa. Las similitudes de aquella biblioteca con todo lo que se habían encontrado hasta entonces esa noche eran escalofrantes.

—Esos cinco temas son parecidos a los de la Stanza della Signatura del Vaticano ¿verdad? —preguntó Milanelli.

—Sí, profesor. La única diferencia es que allí Rafael representó la filosofía, la teología, la poesía y el derecho. Pero también mediante cinco pinturas.

—¿Y la filosofía es la que representa *La escuela de Atenas* que hemos visto en el hemiciclo?

—Exacto.

Milanelli se pasó la mano derecha por el rostro sorprendido por la relación que tenía entre sí todo lo que los secuestradores de Deneux habían elegido aquella noche hasta ese momento.

—Creo que todo eso refuerza la idea de que debemos ir a la biblioteca ¿no les parece? —preguntó Chavrier.

—Absolutamente, comisario. Ahora más que nunca —dijo Campbell apoyándole.

Animado por la información que les acababa de leer la profesora Margaux, Chavrier se dio media vuelta y retomó con rapidez el camino hacia la biblioteca. Mientras, Campbell pensaba, una y otra vez, acerca de lo que acababan de descubrir. ¿Podía ser cierto que los secuestradores de Deneux hubiesen planeado de una manera tan metódica las cosas que debían ir descubriendo dada la enorme relación que había entre ellas? ¿Habían hecho mal en subestimarlos como habían hecho minutos antes en el hemiciclo?

—Allí está —les indicó Chavrier señalando la puerta que se adivinaba al final del pasillo.

—Prepárense para cualquier cosa, profesores —avisó Sanoir.

Según se acercaban a la puerta, el comisario comenzó a disminuir el paso. Al llegar justo delante, sujetó firmemente con su mano derecha la manilla y empujó para abrirla sin éxito.

De nuevo, lo intentó un par de veces más. Cada vez con mayor violencia.

«No puede ser».

—¿Quiere que vaya a la entrada a pedirle al guardia la llave, comisario? —preguntó Bingleau.

—No, no —respondió enfadado—. Esta puerta no debería estar cerrada. Ninguna de las salas de la Asamblea se cierra con llave, y menos aún las tendría el guardia en caso de que se cerrasen.

—¿Cómo se lo explica entonces? —preguntó Sanoir.

—No lo sé. Alguien ha tenido que cerrarla.

Margaux sintió cómo una oleada de miedo le recorría todo el cuerpo.

—Tendremos que encontrar la manera de abrirla —dijo Milanelli.

—¡Eso ya lo sé, profesor!

Sanoir sacó su arma.

—¡¿Qué hace?! —exclamó Campbell asustado.

—Yo tampoco creo que esa sea la mejor solución —dijo el comisario mirándole fijamente.

—En ese caso —opinó contrariado guardando la pistola— me temo que tendremos que empujar hasta romper la cerradura.

Chavier dejó de forzar la manilla de la puerta.

—Quizá hayan colocado algo por el otro lado que esté impidiendo que la abramos —propuso Bingleau.

—No lo creo. Si hiciesen eso no tendrían por dónde salir ellos —contestó Campbell.

El comisario retrocedió dos pasos y respiró profundamente.

—Espero que haya algo interesante ahí dentro o mañana tendré que justificar por qué hemos hecho esto.

—Creo que todo parece indicar que es así, comisario. Ya ha oído lo que nos acaba de leer la profesora acerca de esta biblioteca. Las coincidencias con todo lo que hemos visto esta noche son demasiadas como para pensar que puede ser todo fruto de la casualidad.

—Está bien —dijo resignado—. En ese caso intentaremos romper la cerradura.

Bingleau se adelantó hasta ponerse justo a su lado.

—Déjeme a mí, señor.

El inspector golpeó la puerta con el hombro sin éxito.

—Pruebe a utilizar el peso del cuerpo —dijo Milanelli—. Cuanto más peso desplaza, más fuerza será capaz de hacer.

Bingleau retrocedió un par de pasos y volvió a golpear la puerta. Esta vez con mucha más violencia que antes. La madera crujió de manera estruendosa.

—¿Lo ve? Creo que así sí que podremos abrirla.

Bingleau cogió impulso de nuevo y la golpeó una vez más. Dos. Tres. A la tercera, la puerta quedó semiabierta. La luz de la biblioteca les iluminó el rostro.

—Esas luces deberían estar apagadas —dijo Chavier contrariado.

—Pues parece que alguien las ha dejado encendidas esta noche —opinó Sanoir.

—¡Apártense! —exclamó el comisario.

Chavrier dio una fuerte patada hasta abrir por completo la puerta. El olor que salió despedido dejaba claro que, por fin, habían encontrado lo que buscaban.

Capítulo 47

A pesar de encontrarse detrás de Campbell cuando el comisario abrió la puerta, Margaux reconoció perfectamente aquel desagradable olor. Lo había descubierto por primera vez en Notre Dame y había deseado no volver a olerlo nunca más.

—Creo que ya hemos encontrado lo que estábamos buscando —dijo Chavier.

Margaux se tapó el rostro con las manos. No podía soportar la idea de encontrar de nuevo otro cadáver aquella noche.

—Avisé a la policía científica, inspector. Que venga el mismo equipo de Notre Dame. Con un poco de suerte no estarán muy lejos. Quiero sacar este cadáver de aquí cuanto antes.

—Si no les importa yo esperaré aquí fuera —dijo Margaux con la voz quebrada.

El comisario la buscó con la mirada. Dos muertos en una misma noche no debían ser algo agradable para una profesora universitaria.

—Por supuesto. Nosotros nos encargamos de esto.

Campbell la cogió de la mano.

—En cuanto pueda volveré contigo —le dijo en voz baja.

La biblioteca de la Asamblea Nacional era una impresionante sala rectangular completamente cubierta por enormes estanterías llenas de libros. En el centro se disponían las mesas de lectura con pequeñas lamparitas colocadas en línea recta. De todas las luces que tenía, esas eran las únicas que estaban encendidas en ese momento, y con la oscuridad del pasillo y del resto de la sala, parecían dibujar una macabra línea que dirigía inexorablemente al cuerpo sin vida que se encontraba casi en el otro extremo de la biblioteca.

Chavier comenzó a caminar siguiendo la línea de luz que le llevaba hasta aquel cuerpo. Sanoir, Bingleau y los dos profesores le seguían. Al llegar, el propio comisario no pudo evitar apartar la mirada. Sobre una de las mesas centrales de la biblioteca se encontraba el cadáver de un hombre completamente desnudo con la cara totalmente desfigurada y las manos llenas de sangre.

—¡Dios santo! —exclamó Sanoir.

Campbell sintió un sudor frío al ver aquella escena. Se apoyó en una de las sillas y cerró los ojos intentando olvidar la imagen que tenía en su cabeza. El fuerte olor que desprendía el cadáver no le ayudaba a sobreponerse. Durante unos instantes creyó que se desmayaría.

—Esto es algo realmente atroz —dijo Milanelli.

Chavier se mostró descorazonado.

—No sé qué tiene esto que ver con el secuestro de Deneux —balbuceó Campbell intentando recuperarse—. Pero desde luego deberían empezar a replantearse con qué tipo de personas estamos tratando.

—Si es que a alguien que hace esto se le puede llamar persona —replicó Milanelli.

Chavrier permaneció en silencio. No sabía qué podía contestarles. Hasta ese momento, estaba convencido de que se encontraban siguiendo la pista de los secuestradores del hijo del presidente. Incluso asumía que el hombre que habían encontrado asesinado en Notre Dame podría formar parte de todo aquello. Lo que acababan de encontrar en aquella sala, sin embargo, iba mucho más allá.

—¿Qué opina, comisario? —preguntó Sanoir.

—No tengo ni idea —respondió en voz baja—. No me imaginaba ni por un instante que podríamos encontrar algo como esto.

—Imagine lo que pueden hacer con Deneux...

Chavrier no hallaba palabras para expresarse.

—Creo que se han encargado, además, de que no podamos identificarle. Fíjese cómo tiene las manos. Creo que le han quemado todas las yemas de los dedos.

Milanelli se acercó para ver mejor lo que decía Sanoir.

—Me parece que es algo mucho más sutil, señor. Miren su mano derecha.

Ambos se acercaron a verla.

—¿Qué es eso? —preguntó Sanoir.

—No estoy muy seguro, la verdad, pero yo diría que son números.

—¿Le han escrito números a este hombre en los dedos?

—Con una llama diría yo. ¿Puedo moverle la mano un poco para verlo mejor, comisario? —preguntó Milanelli.

—¡No, profesor! —exclamó Chavrier enérgicamente—. Debemos esperar a que llegue la policía científica.

Milanelli se inclinó levemente para poder leer mejor lo que aquel hombre tenía escrito.

—¿Alguno de ustedes tiene dónde apuntar?

Chavrier sacó su teléfono móvil. El profesor se aseguró con detenimiento de que los números que estaba leyendo fuesen los correctos antes de decírselos.

—Creo que los números que tiene este hombre escritos son el ocho, seis, uno, cero y... el tres. ¿Los tiene?

—Sí, profesor. Ya los he apuntado.

Milanelli se separó del cuerpo.

—Puede que cuando los miembros de la policía científica muevan el cadáver y le retiren toda la sangre de la mano nos los deban confirmar. Pero creo que son esos los números que tiene escritos.

—¿Y qué significan? —preguntó Sanoir.

—Ni idea, señor. Pero en la mano izquierda no tiene nada, de modo que significará algo que estén únicamente en la mano derecha digo yo.

—Si la otra mano está bien se podría identificar el cuerpo con esas huellas ¿verdad? —preguntó Campbell mientras se recuperaba.

—Me temo que eso no va a ser posible —respondió Sanoir—. No lleva nada escrito pero las yemas de los dedos también están completamente quemadas. ¿De

dónde cree que viene ese olor, sino?

Campbell de nuevo sintió que perdía el conocimiento.

—Señor, el equipo que solicitó ya está aquí —dijo Bingleau observando la pantalla de su teléfono móvil.

—¡Perfecto! Vaya a buscarles y que suban inmediatamente. Y dígame al guardia de la puerta que permanezca allí sin moverse.

Chavrier se dirigió a Milanelli.

—¿Cree que estos números pueden indicar algo similar a la señal que tenía el hombre de Notre Dame?

—No lo creo, comisario —respondió con contundencia—. La señal, como usted dice, era un símbolo, y como tal, guarda un significado que puede ser descubierto. ¿Pero esto? Esto son solo cinco números.

—Algún sentido tendrán digo yo...

—Sí, señor, por supuesto.

—¿Entonces?

—Simplemente digo que no creo que deban ser interpretados. Son solo eso, números.

—Pues según yo lo veo es la única opción que tenemos en este momento de saber dónde debemos continuar la búsqueda de Deneux, profesor.

—Lo sé, comisario.

—También tendrá alguna explicación las molestias que parece que se han tomado para evitar que se pueda identificar el cadáver ¿no les parece? —preguntó Campbell.

Chavrier miró al profesor.

—Ciertamente lo que han hecho con este cuerpo es muy diferente a lo que hicieron con el hombre que encontramos en Notre Dame.

—¿Piensa entonces que no es obra de las mismas personas? —preguntó Milanelli.

—No, no lo creo.

—Está claro que este hombre forma parte del juego que los secuestradores de Deneux están llevando a cabo esta noche —dijo Campbell—. Lo interesante, en mi opinión, es descubrir por qué no quieren que le identifiquemos.

En ese momento, el inspector Bingleau entró por la puerta de la biblioteca acompañado por un miembro de la policía científica. Todos interrumpieron su conversación y observaron al policía que, sin perder ni un segundo, se colocó al lado del cadáver y lo observó detenidamente unos instantes. A continuación, abrió su maletín y sacó de él un pañuelo blanco y un bote de *spray*.

—¿Para qué es eso? —preguntó curioso Milanelli.

—Esto permite fijar las huellas que haya podido dejar quien mató a este hombre sobre su piel. Así puedo limpiar la sangre sin miedo a perder ninguna prueba.

Milanelli se mostró fascinado.

El policía roció con *spray* la mano derecha del cadáver y acto seguido cogió cada uno de sus dedos y los limpió detenidamente, uno por uno. Al terminar, se quitó los

guantes y se puso unos nuevos. Cogió otro bote diferente del maletín y con ayuda de algodón volvió a limpiarlos con delicadeza.

—Ya no hay duda, profesor. Los números que usted dijo eran correctos —dijo Chavrier.

Campbell se acercó para ver el aspecto que tenía la mano de aquel hombre una vez que estaba completamente limpia y a continuación se dirigió al policía.

—¿Cómo cree que han podido hacerle eso, agente?

—¿Los números de los dedos?

—Sí.

El policía cogió la mano derecha del cadáver y la abrió para que pudieran verla bien.

—Si se fijan, el grado de necrosis en la piel es totalmente homogéneo en cada uno de los dedos. Eso sugiere que lo que utilizaron para hacer esto tenía que estar todo a la misma temperatura. Las quemaduras de fuego siempre son asimétricas debido a las variaciones de temperatura dentro de la propia llama y al tiempo de exposición sobre la piel.

—¿Descarta, por tanto, que se hayan hecho de esa manera? —preguntó Chavrier.

—Completamente.

—¿Y con un objeto punzante que estuviese a mucha temperatura?

—Bastante improbable, señor. Si con ese objeto tuviese que escribir cada número, ocurriría algo similar a lo que sucede con una llama. Según el tiempo que estuviera en contacto con la piel, la quemadura sería mayor o menor. Sin embargo, en los cinco dedos es totalmente homogénea.

—De modo que tuvieron que hacerse con números incandescentes por así decirlo —propuso Milanelli.

—Sí, eso sería lo que mejor lo explicaría.

—Lo que no acabo de entender es por qué solo los tiene en una de las manos —dijo Chavrier.

Al escuchar estas palabras, el policía se dirigió al otro lado de la mesa para ver de cerca la otra mano.

—¿Lo ven? Estas quemaduras sí que están hechas con fuego. Fíjense en la diferencia. No hay homogeneidad ninguna.

—¿Y toda esa sangre?

—No lo sé, señor. Desde luego no se debe a las quemaduras. Cuando la piel se quema, el tejido se necrosa sin sangrar. De todas formas, en la mano derecha se pueden ver varios cortes lo que muy probablemente indica que la sangre viene de ahí —dijo señalándola—. Y en esta también hay cortes similares por lo que creo que, simplemente, se han hecho para que resulte más desagradable.

—Si sangró tanto quiere decir que murió aquí dentro ¿verdad? —preguntó Sanoir.

—Me temo que sí, señor. O eso, o acababa de morir cuando lo trajeron.

—¿Y la cara?

El policía se acercó hasta su maletín, sacó unas pinzas y una pequeña espátula.

—No lo sé. No había visto nunca nada igual.

Chavier hizo un gesto de desesperación. Estaba claro que aquello era muy diferente a lo que habían encontrado en Notre Dame. El policía se inclinó sobre la mesa hasta poner la parte superior del cuerpo casi encima del cadáver.

—¿Han visto que tiene algo en la boca?

—¿Cómo dice? —preguntó el comisario sorprendido.

Con cuidado, la abrió y ayudándose de las pinzas sacó lo que tenía en su interior.

—Creo que es un papel —dijo dudando.

Campbell y Milanelli se acercaron a observarlo.

—Esperen un momento.

El policía se acercó de nuevo a su maletín, sacó otras pinzas y comenzó a abrirlo con mucho cuidado.

—¿Qué es eso, profesor?

Campbell observó durante unos segundos lo que aquel hombre tenía dentro de su boca. Una hoja de papel completamente escrita. Posiblemente arrancada de algún libro.

—Ni idea, comisario. Pero, sea lo que sea, está escrito en latín.

—¿Y puede aprender lo que pone? —preguntó Sanoir.

—Podría entender algo, pero estoy seguro de que la profesora Margaux sí que sabría hacerlo.

Chavier guió su mirada hacia la puerta de la biblioteca. Estaba seguro de que pedirle que se acercara hasta allí, con el aspecto tan desagradable que presentaba aquel cadáver, no era lo más adecuado.

—¿Podría guardarla en una bolsa para que la vea mi compañera? —le preguntó al policía.

—Por supuesto, señor.

El policía sacó de su maletín una pequeña bolsa enrollada y precintada con una diminuta pegatina azul. Rompió el precinto que aseguraba su esterilidad y la desenrolló para introducir la hoja, tal como le pedía el comisario. Chavier cogió la bolsa que le ofrecía el policía y se dirigió al pasillo. Campbell le siguió. Al llegar a la puerta, encontraron a la profesora Margaux sentada en el suelo con los ojos enrojecidos.

—¿Se encuentra bien? —preguntó el comisario.

Margaux se secó rápidamente las lágrimas con las manos y se levantó.

—Sí, señor. ¿Qué necesita?

—Verá, hemos encontrado este papel junto al cadáver y querría saber si sabe lo que pone en él.

La profesora lo cogió y entró en la biblioteca para poder verlo mejor.

—¿Lo conoces? —le preguntó Campbell.

Margaux hizo varios gestos afirmativos con la cabeza.

—Sí, yo... Lo he visto antes. He leído antes este texto.

—El profesor Campbell ha dicho que está escrito en latín.

—Sí, así es —murmuró.

—¿Y qué dice?

—Habla de la justicia, del concepto de justicia, de la ley...

—Eso no nos dice mucho.

Margaux miró a Campbell pensativa durante varios segundos.

—¡Ya está! —exclamó—. ¡*Ética nicomáquea*!

—¿Aristóteles? —preguntó el profesor sorprendido.

—¡Sí! ¡Aristóteles! Sabía que lo había leído antes.

Chavrier les miraba claramente intrigado.

—Esta hoja, comisario, pertenece a *Ética nicomáquea*. Es el tratado más importante que escribió Aristóteles sobre ética. Si no estoy confundida, la justicia se trata en el libro quinto.

—¿Esa hoja pertenece a un libro tan importante?

—No, señor, no se preocupe —respondió el profesor—. Si está en latín es porque es una traducción, de modo que no es el original.

—Campbell tiene razón. Esta obra fue escrita originalmente en griego que fue como yo la estudié en la facultad. Por eso no la reconocía al principio.

—Y según dice, ¿el libro al que pertenece habla sobre justicia?

—Sí, señor. *Ética nicomáquea* es un tratado formado por diez libros. Cada uno de ellos se refiere a un tema concreto, como la felicidad, la amistad, o en este caso, la justicia.

A pesar de sus explicaciones, Chavrier seguía sin entender nada.

—¿Qué creen que pueden querer decirnos los secuestradores de Deneux dejando esta hoja en el mismo sitio que el cadáver?

—No lo sé, señor. Yo les recomendaría que revisasen ese libro completo a ver si pueden descubrir algo nuevo pero, de momento, parece que nos están queriendo decir algo relativo a la justicia.

—O a la injusticia —opinó Campbell.

—Eso es.

—¿Acaso se creen que secuestrando al hijo del presidente están administrando justicia?

Campbell entendía perfectamente sus dudas.

—Es difícil de interpretar, señor. ¿Recuerda cuando le dije que este secuestro podía tener un componente político que no estábamos considerando?

—Sí, lo recuerdo, profesor.

—Pues me temo que lo que hemos encontrado en este cadáver va en la misma dirección.

—¿Los números también?

Margaux les miró extrañada.

—¿Qué números, comisario?

Chavrier se planteó, por un instante, cómo explicarle de la manera más delicada posible la realidad de lo que habían encontrado dentro de la biblioteca.

—El cadáver tiene cinco números escritos en una de sus manos —dijo Campbell adelantándose al comisario.

Margaux arqueó las cejas asombrada.

—¿Cinco números?

—Sí, profesora —contestó Chavrier—. Y de hecho, está hoja no se encontraba junto al cadáver, sino que la tenía dentro de su boca.

Margaux dirigió su mirada al fondo de la biblioteca. Según lo que estaban diciendo Chavrier y el profesor Campbell, la escena debía ser realmente desagradable.

—Un miembro de la policía científica lo está examinando ahora mismo, y de momento, esta hoja y esos cinco números son todo lo que tenemos.

—¿Y saben qué significan?

—Todavía no. El profesor Milanelli está en ello aunque no tiene muchas esperanzas de encontrarles un significado me temo.

Margaux se mantuvo pensativa unos segundos.

—¿Un código postal quizá? —preguntó Campbell.

—No, no lo creo, profesor. Por lo menos no de París.

—Pero en esta ciudad tienen cinco números —insistió.

—Sí, así es. Pero todos ellos comienzan con el número 75 y terminan por el distrito correspondiente. Por ejemplo, el de este edificio es el 75007 porque se encuentra en el séptimo distrito.

Las esperanzas del profesor se desvanecieron de golpe.

—¿Cuál es el número que han encontrado en el cadáver? —preguntó Margaux.

—86103 —contestó el comisario.

—Entonces no puede ser un código postal de París, efectivamente.

—¿Tal vez sea de otra ciudad? —propuso Chavrier.

—Puede ser, comisario. Aunque algo me dice que no nos moveremos de París esta noche.

Por primera vez, tenían algo que podría indicarles dónde encontrar a Deneux, de modo que Chavrier sabía que debían descubrir el significado de aquellos números lo antes posible.

—Creo que deberíamos volver a donde se encuentra Sanoir. ¿Está preparada para acercarse al cadáver, profesora?

Margaux volvió a mirar al fondo de la biblioteca y respiró profundamente.

—Sí, creo que sí.

—Acerquémonos, entonces. Quiero saber qué opinan ellos de todo esto.

Capítulo 48

Sanoir se quedó observando cómo Chavrier y el profesor Campbell se dirigían al pasillo que daba acceso a la biblioteca en busca de la profesora Margaux. Como había dicho minutos antes el comisario, el asesinato del hombre que tenían delante de ellos en ese momento era muy diferente al que habían encontrado en Notre Dame, y comprobar el grado de violencia que estaban alcanzando los secuestradores de Deneux hacía que se planteara el peor final posible.

—¿Cree que podrán identificarle? —le preguntó al miembro de la policía científica.

—Va a ser difícil, señor.

El policía cogió la mano izquierda del cadáver y la abrió completamente para enseñársela a Sanoir.

—¿Ve cómo tiene todos los dedos? Es imposible sacar una huella dactilar de esta mano. Y la otra —dijo señalándola— con esos números escritos peor todavía.

Sanoir permaneció en silencio.

—Y desde luego por la cara tampoco va a ser posible, de modo que creo que tendrán que esperar a que hagamos el análisis de la dentadura.

—¿Cuánto tardarían en tener los resultados? Tenga en cuenta que es un caso de prioridad absoluta.

El policía dudó.

—Unas doce horas. Desde el momento en que el forense tenga el cuerpo disponible, claro está.

Sanoir resopló en su interior. No quería ni imaginarse lo que podría ocurrirle a Deneux en un espacio de tiempo tan amplio visto el modo en el que se estaban recrudeciendo los asesinatos.

—Quizá algo menos. Pero es un procedimiento que lleva su tiempo —dijo disculpándose.

—Sí, lo supongo, agente.

El profesor Milanelli se acercó de nuevo a mirar aquellos números. Ahora, con la mano totalmente limpia no había ninguna duda.

—¿Qué piensa, profesor? —preguntó Sanoir.

Milanelli retrasó su respuesta varios segundos.

—Estoy pensando en la posibilidad de que cada uno de estos cinco números tenga un significado propio.

—¿A qué se refiere exactamente?

—Bueno, está claro que lo más fácil sería considerar que los cinco forman una sola cifra ¿no les parece?

Bingleau y Sanoir hicieron un gesto de afirmación con la cabeza al mismo tiempo.

—En ese caso, ¿qué les dice el número 86103?

—No lo sé, profesor, podrían ser muchas cosas —respondió Bingleau.

—Sí, pero ¿no tiene ninguna idea concreta?

—Es el código postal de Châtellerault. Una pequeña ciudad a unos trescientos kilómetros de París.

—¡Podría ser el lugar que estamos buscando! —exclamó rápidamente Sanoir.

—No lo creo, señor, francamente.

—¿Por qué no, profesor?

—No tendría ningún sentido —respondió aplacando su entusiasmo— que llevemos media noche yendo de un lugar de París a otro para que al final lo que queremos encontrar esté en otra ciudad diferente a varias horas de viaje.

Milanelli no estaba seguro de que aquel miembro de la policía científica estuviese al corriente de lo que estaba pasando, de modo que prefirió omitir el nombre de Deneux en todo momento.

—¿Cómo sabe lo de esa ciudad, inspector? —preguntó Sanoir.

—Porque mis padres viven allí, señor.

La sorpresa de Milanelli fue mayúscula.

—¿Tienen ese mismo código postal?

—En realidad no, profesor. El de ellos es el 86101. Pero del 86100 al 86105 son los códigos postales de Châtellerault. Créame, viví allí hasta los dieciocho años.

—Increíble coincidencia —dijo el profesor.

—¿Descarta, por tanto, que puedan significar algo? —insistió Sanoir.

—¿En esa ciudad? Totalmente.

—Entonces debemos pensar en otra cosa.

A Milanelli le hizo gracia ese *debemos* utilizado por Sanoir.

«Como si fuese a aportar alguna idea».

—¿Y viendo el número al revés? —preguntó Bingleau.

—¿30168? No, no lo creo —contestó de nuevo totalmente convencido.

El policía hizo un pequeño ruido con la garganta para intentar captar la atención.

—Yo ya he terminado de inspeccionar el cuerpo, señor. No he encontrado nada más que pueda resultar interesante si obviamos los números que tiene en esa mano y el papel que tenía en la boca.

—¿Alguna idea de por qué están escritos en la mano derecha?

Milanelli se sorprendió enormemente de que Sanoir le hiciese aquella pregunta al policía.

—La verdad es que no, señor —respondió dubitativo.

—Lo suponía, agente. No se preocupe.

—Lo único que podría decirles es si la persona que lo hizo era diestra o zurda, pero para eso debería haber hecho estas marcas a mano, y como les expliqué antes, dado el grado uniforme de necrosis que muestra la piel, me inclino a pensar que se han hecho con un objeto incandescente que ya tenía esa forma.

—Entiendo.

Las posibilidades de obtener más información de aquel cadáver parecían cada vez menores.

—¿Ha encontrado alguna huella? —preguntó Bingleau.

—Eso se lo podré contestar con mayor exactitud en cuanto lleguen mis compañeros, aunque de momento en ninguna de las dos manos aparece ninguna.

Sanoir se lamentó al escuchar aquellas palabras.

—Resultaría demasiado obvio encontrar huellas del asesino —comentó Milanelli.

—El profesor tiene razón —dijo Bingleau—. Si la persona que ha hecho esto se ha tomado tantas molestias en dejar el cuerpo de manera que no pueda ser identificado, pensar en encontrar una huella suya sería demasiado optimista por nuestra parte.

Al profesor Milanelli no le cabía la menor duda de que la capacidad que los inspectores Bingleau y Paccaud mostraban para resolver los problemas que se estaban encontrando aquella noche era mucho mayor que la de Sanoir.

—Creo que hemos encontrado algo —dijo Chavier entrando de nuevo en la biblioteca.

—¿El qué, comisario? —preguntó Sanoir.

—La hoja que ese hombre tenía metida en la boca pertenece a un libro de Aristóteles.

Milanelli volvió a mostrar su sorpresa.

—¿El mismo Aristóteles del cuadro del hemiciclo? —le preguntó a Margaux.

—El único Aristóteles que yo conozco, profesor —respondió sonriendo.

—¿Y saben qué es lo que pone?

—Sí, señor —contestó Margaux—. Esta hoja pertenece a *Ética nicomáquea*, un tratado muy extenso en el que Aristóteles estudia diferentes temas de la vida como la justicia, la felicidad, la naturaleza y muchos otros.

—¿Y esta hoja?

—Esta hoja, si no estoy confundida, pertenece al libro quinto en el que trata la justicia.

Sanoir guardó silencio.

—¿Acaso quieren darnos clases de justicia con lo que están haciendo? —preguntó Bingleau.

—No lo creo, inspector. Aunque el comisario hizo la misma pregunta.

Chavier interrumpió a Campbell.

—Agente —dijo dirigiéndose al policía—. ¿Podría dejarnos solos un momento, por favor?

—Claro, señor.

El policía se quitó los guantes y los dejó sobre su maletín. A continuación, comenzó a caminar hacia la salida de la biblioteca. Cuando ya estaba en el pasillo, Chavier volvió a hablar de nuevo.

—Si recuerdan, el profesor Campbell apuntó cuando estábamos en el Louvre que

quizá el secuestro de Deneux podría tener una razón política que no habíamos tenido en cuenta hasta ahora.

—Sí, lo recuerdo —dijo Sanoir.

—Pues posiblemente esta hoja vaya en esa dirección —añadió Campbell.

Sanoir pareció no entender lo que quería decir el profesor.

—Creo que el secuestro de Deneux es una manera de responder contra algo que ha hecho su presidente.

Chavrier se mostró sorprendido. Hasta ese momento, Campbell no se había mostrado tan concreto respecto a las posibles causas del secuestro.

—¿Algo como qué, profesor?

—Eso no lo sé, comisario. Pero creo que es un ataque frontal hacia su persona. Si se debe a alguna decisión política que haya tomado o a algún asunto privado del presidente, yo no puedo decírselo.

—¿Y los números?

—Eso tampoco lo sé, lo siento.

—Respecto a eso —comenzó Sanoir—, lo único que hemos podido averiguar es que parece que si consideramos las cinco cifras de manera conjunta, el número 86103 corresponde a un código postal de Châtelleraut. Si bien, por lo menos Milanelli, no considera que pueda ser ese su significado.

—Ellos han dicho lo mismo —respondió Chavrier—. En cualquier caso, creo que avisaré a la gendarmería de Châtelleraut para que vayan a echar un vistazo.

Milanelli se giró buscando a Bingleau.

—¿Cuántos habitantes tiene esa ciudad, inspector?

Bingleau dudó.

—No estoy seguro, profesor, pero es una localidad muy pequeña. No creo que tenga ni cincuenta mil habitantes.

—No llega a treinta y cuatro mil —dijo Margaux de nuevo con el móvil en la mano.

—Bien, profesora. ¿Y qué extensión tiene?

—¿Qué pretende probar? —preguntó Sanoir contrariado.

—Un momento, señor.

—Algo menos de cincuenta y dos kilómetros cuadrados.

—¿Pone ahí qué densidad de población tiene?

Sanoir mostró claramente su impaciencia.

—Seiscientos cincuenta personas por kilómetro cuadrado —respondió Margaux.

—Perfecto.

—¿Perfecto el qué, profesor? —preguntó Chavrier.

—Verá, comisario, antes el inspector Bingleau nos ha dicho que en esa ciudad hay seis códigos postales diferentes. Por tanto, si consideramos una distribución más o menos homogénea de la población, tendremos que cada código postal abarca una extensión de algo menos de nueve kilómetros cuadrados y considerando la densidad

que nos acaba de indicar la profesora, eso supone que el código postal al que hace hipotéticamente referencia estos números viven... unas cinco mil ochocientas cincuenta personas, si no me equivoco.

El comisario entendió perfectamente a lo que se estaba refiriendo.

—Eso sería como buscar una aguja en un pajar —opinó Campbell.

—¿Y qué le parece que llevamos haciendo toda la noche, profesor? —preguntó molesto Sanoir.

—Sé lo que puede parecer, señor. Pero en mi opinión lo que hemos estado haciendo toda la noche es seguir, de una manera muy concreta, cada uno de los pasos que los secuestradores de Deneux quieren que demos.

Chavrier entendía la postura que cada uno de ellos estaba tomando.

—Tengan en cuenta, profesores, que eso que ustedes dicen no es la manera que nosotros tenemos de trabajar. No nos dedicamos a interpretar notas extrañas que nos llegan misteriosamente a nuestra oficina, ni vamos de un sitio a otro de la ciudad guiados por un símbolo que encontramos dibujado en el cuerpo de un hombre. Y mucho menos por un símbolo que aparece en una vidriera de Notre Dame y en una tumba de la cripta de una iglesia que ya ni siquiera existe.

Campbell percibía claramente la frustración del comisario.

—Y por primera vez en toda la noche —continuó— tenemos algo que nos indica un lugar concreto, aunque no esté en París. Me da lo mismo.

—Señor —comenzó Milanelli—, si considera que enviar a varios de sus agentes a ese lugar puede ser importante para encontrar a Deneux, me parece que debe hacerlo. Ninguno de nosotros estamos diciendo lo contrario. En mi caso particular, he dicho desde el primer momento que creo que el hecho de que los cinco números estén escritos en una sola mano tiene que tener algún significado, y en base a ello, considero que esos números no nos están indicando ningún código postal.

—¿Por qué iba a ser esto diferente a lo que encontramos en el cuerpo de Notre Dame? —preguntó Chavrier.

—En mi opinión, comisario, es totalmente diferente. La espiral que encontramos en la catedral estaba grabada justo en el centro del pecho. Esa localización le otorgaba todo el protagonismo. Claramente los secuestradores de Deneux querían que pensáramos exclusivamente en cuál podría ser su significado, y visto lo que ha ocurrido después, creo que lo hicimos correctamente. En este caso, sin embargo, los cinco números están en una sola mano. Si de nuevo los secuestradores hubiesen querido que nos centráramos solo en ellos, los habrían escrito sobre su pecho, y tal vez en ese caso, la opción de que nos indicaran el código postal de esa ciudad sería más interesante. Sin embargo, no ha sido así, sino que han utilizado una sola mano. La mano derecha. Y estoy convencido de que eso tiene que tener algún significado.

—Creo que Milanelli tiene razón, comisario —dijo Margaux apoyándole.

—Bien, está bien. En ese caso, díganme dónde debemos continuar nuestra búsqueda. ¿O creen que podemos encontrar algo más en este edificio?

—Lo dudo, comisario —contestó rápidamente Campbell—. El problema ahora es entender qué relación guardan estos cinco números y el hecho de que estén escritos en su mano derecha con el papel de *Ética nicomáquea* que tenía en la boca.

—En eso estoy completamente de acuerdo con usted —le dijo Chavrier—. Y espero que lo puedan descubrir pronto. No me gustaría que el próximo cadáver que me encuentre en estas condiciones sea el del hijo del presidente.

Capítulo 49

El inspector Paccaud miraba incrédulo las imágenes que proyectaba el monitor que tenía delante.

—Necesito verlo una vez más —dijo en voz baja.

—¿Quiere que lo ponga de nuevo desde el principio?

—Sí. Párelo en el momento que cuelgan el cuadro.

—Un segundo.

El guardia de seguridad rebobinó la cinta que estaban revisando justo hasta el momento que había dicho el inspector.

«¿Otro cuadro?».

La grabación comenzó de nuevo.

—Mire —dijo Paccaud—. No es el mismo.

El guardia se acercó a la pantalla para verlo mejor. El detalle en el que se estaban fijando era muy difícil de percibir ya que la grabación de la cámara de seguridad no abarcaba el plano completo.

—Creo que tiene razón, señor. Ese cuadro no es el mismo.

Paccaud no daba crédito a lo que estaba viendo. Hacía unos minutos que habían encontrado la primera escena sospechosa entre todas las grabaciones que llevaban revisando aquella noche.

—¿Por qué estaban esos hombres ahí? —preguntó el inspector.

—Supongo que son personal del museo que estarían realizando el mantenimiento de ese cuadro.

—¿Eso es algo habitual?

—No sabría decirle —respondió titubeante—. Pero en muchas ocasiones los restauradores utilizan el día que cierra el museo para hacer algún trabajo de mantenimiento en los cuadros.

—¿Y existe algún modo de saber si lo que están haciendo esas dos personas estaba programado?

—Sí, señor. Si me permite un minuto lo comprobaré en los archivos de seguridad.

Paccaud no contestó. Volvió la mirada a la escena congelada que proyectaba su monitor. El guardia había detenido la imagen justo en el momento en el que aquellas dos personas volvían a colocar el cuadro en su sitio.

—Ese no es el cuadro que habían descolgado antes —repitió en voz baja.

—Efectivamente, el museo tenía programadas ayer tareas de restauración y mantenimiento en varias de sus salas.

—¿Y esta en concreto?

—Sí, señor.

—¿Qué sala estamos viendo? —preguntó nervioso.

—La sala 75 del ala Denon, señor. Primera planta.

—Eso es...

—Justo al lado de donde saltó la alarma.

Paccaud miró al guardia con cara de incredulidad.

—Creo que debería avisar al comisario Chavrier de lo que hemos encontrado.

El guardia permaneció en silencio.

—¿Entre esas tareas de restauración que estaban programadas alguna afectaba al cuadro que hizo saltar la alarma?

—¿A *La Libertad guiando al pueblo*?

—Sí, ese.

—Un momento que lo compruebe.

A Paccaud le pareció que aquellos segundos se convertían en horas.

—No, señor. Nada programado en la sala 77.

De nuevo le invadió un halo de decepción. Debía estar completamente convencido de que lo que habían encontrado era realmente interesante antes de avisar a Chavrier.

—Pero como vimos antes —le aclaró el guardia—, para hacer saltar la alarma en una sala no hace falta manipular ningún cuadro.

—¿De modo que no era necesario que esas personas accedieran a esa sala? —preguntó Paccaud señalando al monitor.

—En absoluto, señor. Nosotros podríamos hacer saltar ahora mismo la alarma de cualquier cuadro del museo sin levantarnos de esta silla.

—Ya veo.

—Lo único que tuvieron que hacer fue acceder a este sistema.

—¿Y eso solo puede hacerse desde aquí?

—No, señor. También desde la sala de suministros donde estuvimos antes.

—Sí, es cierto... Ya me lo había dicho.

Paccaud dirigió de nuevo su mirada al monitor.

—En su opinión, ¿qué le parece lo que ocurre en estas imágenes que estamos viendo?

El guardia dudó unos instantes.

—Es difícil de explicar, pero desde luego veo a dos miembros del personal del museo que descuelgan un cuadro y cuelgan otro diferente.

—Pero parece el mismo.

—Sí, los cuadros son exactamente iguales, pero no son el mismo.

Paccaud no apartaba su mirada del monitor. Quería estar plenamente seguro antes de llamar al comisario de descartar cualquier otra explicación posible a lo que estaban viendo en aquella grabación.

—¿Y si se han llevado el cuadro original para restaurarlo y simplemente han dejado una copia en su lugar para no dejar el hueco vacío? —preguntó finalmente.

—Imposible, señor. Si eso ocurriese, debería estar notificado en el sistema y no figura ninguna incidencia al respecto.

Las posibilidades de que aquello fuese obra de los secuestradores de Deneux eran

cada vez mayores.

—Está bien. ¿Puede decirme el nombre exacto de ese cuadro?

—Sí, por supuesto. Lo buscaré en el registro.

El inspector miró hacia el monitor del guardia. Las imágenes de aquel cuadro grabadas por las diferentes cámaras que había en aquella sala comenzaron a superponerse hasta ofrecer una imagen completamente nítida.

—¿Eso es real? —preguntó sorprendido.

—Sí, señor.

—¿Y cómo se las arreglan para hacer eso?

El guardia sonrió.

—Para formar esta imagen se emplean capturas de todas las cámaras de seguridad.

—Es increíble... —dijo en voz baja.

—Está usted en el Louvre, señor —expresó orgulloso.

—¿Y con ella me dirá el nombre de este cuadro?

—De cualquier obra que se exponga en el museo, sí. Solo tengo que seleccionar la planta, el ala y el número de la sala, ¿lo ve?

Paccaud no pudo contestar. La tecnología que había en el Louvre era mucho mayor de la que había visto hasta entonces en cualquier otro edificio de París.

—Esta es la sala 75 y este nuestro cuadro —le indicó el guardia.

—¿*La consagración de Napoleón*?

—Sí, señor. Ese es el nombre del cuadro.

Capítulo 50

Chavrier se volvió hacia la entrada de la biblioteca atraído por el ruido que había en el exterior.

—¿Qué demonios...?

—¿Ese es el guardia de seguridad? —preguntó Sanoir.

—Eso me temo —respondió Milanelli.

El comisario montó en cólera.

—¡Creía haberle dejado bien claro que el guardia no debía moverse de la entrada! —exclamó.

—Sí, señor. Le dije que se quedará allí... —se disculpó Bingleau.

El alboroto que había en el exterior de la biblioteca era cada vez mayor. El comisario salió rápidamente para ver qué estaba ocurriendo ahí fuera.

—Señor, disculpe, pero estos hombres insistían en que tenían que venir a la biblioteca y no conocían el camino.

Chavrier hizo un esfuerzo sobrehumano para contener su enfado. Sabía que necesitaba al equipo de la policía científica al completo para poder llevarse el cuerpo de allí cuanto antes.

—Está bien. No se preocupe. Yo me encargo.

El comisario hizo un gesto a los policías para que entraran en la biblioteca.

—Usted quédese, por favor, en la entrada y yo me ocuparé personalmente de avisarle si necesitamos su ayuda ¿de acuerdo?

El guardia de seguridad asintió afirmativamente y comenzó a alejarse por el pasillo. Desde la puerta, Chavrier miró hacia el fondo de la biblioteca donde se encontraba el cadáver. A pesar de estar parcialmente tapado por los profesores, se podía distinguir perfectamente lo que allí había.

—¿Ha visto algo? —le preguntó Sanoir en voz alta cuando volvía hacia donde se encontraban.

—No lo sé. Pero desde allí se ve claramente lo que está pasando.

Sanoir mostró un gesto de enfado.

—Por lo menos no ha preguntado nada —finalizó Chavrier.

Sin decir nada, los miembros de la policía científica comenzaron a fotografiar el cadáver y a tomar diferentes muestras. Dos de ellos sacaron de su maletín utensilios similares a los que había utilizado el otro policía delante de ellos hacía unos minutos.

—¿Cuándo podré saber si hay alguna huella en el cuerpo? —preguntó el comisario.

—En unos pocos minutos les podremos decir un primer resultado —contestó uno de los agentes—. En cualquier caso, lo lógico sería que estuviese lleno de huellas tuyas por lo que habrá que cotejar todas las que encontremos para saber cuáles lo son y cuáles no.

Chavrier se llevó la mano derecha a la nuca. Aunque conocía perfectamente el

procedimiento, esperaba que por alguna circunstancia excepcional todo pudiese ir más rápido en aquella ocasión. Sin embargo, parecía que iba a ocurrir todo lo contrario.

—Esas huellas nos permitirían identificar de quién se trata ¿no es así? —preguntó el profesor Campbell.

El policía le miró extrañado.

—¿No ha visto sus manos?

La cara de aquel agente dejaba claro que no entendía a lo que se estaba refiriendo.

—No tiene huellas dactilares que podamos utilizar —le aclaró el policía que había inspeccionado antes el cuerpo.

—Perdone no me había fijado —se disculpó—. En ese caso, si encontramos alguna, sí podría servir para identificarle, así es.

—Profesores —dijo Sanoir—. Mientras los policías hacen su trabajo creo que deberían intentar descubrir qué debemos hacer ahora.

Milanelli sintió que todo volvía a la normalidad. Aquel extraño *debemos* con el que había parecido implicarse en buscar la solución al problema que les estaban planteando los secuestradores, se acababa de convertir en un *deberían*.

«Así también soy yo el jefe del servicio secreto».

—Por mi parte, ya les he dicho todo lo que sé acerca de la hoja que hemos encontrado en la boca de este hombre —dijo Margaux.

—¿No cree que pueda tener otro significado?

—¿Una sola hoja de un libro entero? No, no lo creo.

—Como ya dijimos antes —añadió Campbell—, me decanto por pensar que esa hoja simplemente es un símbolo que remarca la idea de que existe un trasfondo político en todo esto.

—¿Y los números? —preguntó Chavier dirigiéndose a Milanelli.

—No puedo decirle nada. Únicamente creo que debemos considerar como relevante el hecho de que estén escritos todos ellos en una sola mano.

—Sí, eso ya lo dijo antes —criticó Sanoir.

—¿Y ha pensado qué significado puede tener eso? —insistió Chavier educadamente.

—Francamente, diría que la razón por la que están escritos en la mano derecha exclusivamente es porque son solo una parte del mensaje que quieren transmitirnos.

—¿Cómo dice? —preguntó sorprendido.

—Lo que ha oído, comisario.

—¿Está diciendo que vamos a encontrar otro cuerpo con más números?

—Eso me temo.

—¿Y con esos nuevos números se completaría el mensaje? —preguntó curioso Campbell creyendo entender lo que estaba proponiendo.

—Si como me temo tenemos que encontrar todavía otro cadáver con otros cinco números en la mano izquierda, es posible que en ese momento podamos encontrarles

algún significado, sí.

—¿Y no puede decirnos nada de momento? —preguntó Sanoir.

—Señor, no puedo entender lo que significa una cosa si solo tengo la mitad de la información. Soy matemático, no Dios.

A Sanoir no pareció hacerle ninguna gracia esa comparación divina utilizada por el profesor.

—Entonces —comenzó Chavrier— ¿me está diciendo que ahora mismo hay en París otro cadáver, el cual no tenemos ni la menor idea de dónde puede estar, que tiene la otra mitad de la información que necesita para decirnos qué significan estos números?

Milanelli asumía lo extraño que sonaba lo que el comisario estaba diciendo.

—Así es —afirmó igualmente.

Chavrier hizo un gesto de desesperación.

—Perdone, señor —dijo uno de los policías—. Ya lo hemos revisado por completo y no hay ni una sola huella en todo el cuerpo.

—¿Cómo puede ser eso posible? —preguntó Sanoir.

—Es muy extraño, desde luego, pero está claro que quien ha hecho esto sabe perfectamente lo que hace y se ha preocupado de dejarlo totalmente limpio.

—¿No hay nada que pueda darnos alguna información?

—Me temo que no, señor. Lo siento.

El policía que había revisado antes las manos del cadáver con ellos fue hasta su maletín y sacó una pequeña linterna.

—¿Me haría el favor de apagar esas dos lámparas?

—¿Estas? —preguntó Margaux.

—Sí, por favor. Necesito que el cuerpo esté lo más a oscuras posible.

Margaux apagó la luz de las dos lámparas que se encontraban más cercanas al cadáver, tal como le pedía el policía.

—Miren —dijo iluminando el cuerpo—. Con el *spray* que nosotros utilizamos cualquier huella se vería gracias a la luz ultravioleta pero ¿ven? Está completamente limpio. Y el resto del cuerpo está exactamente igual.

—¿Qué se supone que deberíamos ver? —preguntó Campbell con curiosidad.

El policía se acercó hasta su maletín de nuevo y cogió uno de los botes de *spray* que había utilizado minutos antes.

—¿Puede acercarme una de sus manos, por favor? No se preocupe, es completamente inofensivo.

Campbell se remangó la chaqueta y estiró su mano derecha hasta ponerla delante del policía. Este roció una pequeña cantidad sobre ella y a continuación la iluminó con la luz ultravioleta.

—¿Lo ve? Esta lleno se huellas.

—¡Increíble! —exclamó Milanelli.

—¿Y cómo le han podido eliminar a este hombre todas las huellas del cuerpo? —

preguntó Campbell bajándose la manga de la chaqueta.

—Existen muchas maneras posibles. El alcohol es una de las más sencillas, sin embargo, su piel no huele a eso con lo pueden haber utilizado cualquier otro líquido diferente.

El teléfono móvil de Chavrier comenzó a sonar en ese momento. El comisario lo sacó de su bolsillo y leyó en voz alta el nombre de la persona que le estaba llamando.

—Es Paccaud.

Su corazón se aceleró de golpe.

—¿Sí, inspector?

—Señor. Siento llamarle a su teléfono pero le he estado llamando al *walkie-talkie* y no me contestaba.

Con las prisas, ni siquiera se había dado cuenta de que se lo había dejado en el coche.

—No se preocupe. ¿Qué ha ocurrido?

—Creo que debería venir a ver esto, señor. Hemos encontrado algo que puede ser interesante.

Capítulo 51

Paccaud miraba fijamente al monitor que tenía delante. Ya estaba hablando con el comisario, de modo que no había vuelta atrás. Simplemente esperaba que aquello fuese tan importante como a él le parecía.

—Espere un momento, inspector. No cuelgue —dijo Chavrier.

El comisario se dirigió a los miembros de la policía científica.

—Nosotros debemos irnos, agentes. Quiero que se lleven este cuerpo de aquí lo antes posible y que me informen de su identidad en cuanto la descubran ¿entendido?

—Sí, señor —respondió uno de ellos.

Chavrier se volvió hacia los profesores.

—¡Sígueme!

Sin más explicaciones, comenzó a caminar hacia la salida. Cuando llegó al pasillo volvió a hablar de nuevo con Paccaud.

—Perdone la espera, inspector. Conectaré el altavoz para que todos puedan oír qué es lo que han encontrado, un momento.

Campbell y Margaux se miraron mutuamente. Los dos creían tener la misma idea en la cabeza.

—Cuando quiera, inspector.

Desde el otro lado de la línea, Paccaud cogió fuerzas y empezó a hablar.

—Bien señor, como le decía, creo que hemos encontrado algo revisando las grabaciones de las cámaras de seguridad que deberían ver.

—¿De qué se trata? —preguntó Sanoir.

—Hemos revisado, una y otra vez, un fragmento de una grabación de ayer por la mañana y estamos seguros de que han cambiado uno de los cuadros por una copia.

—¿Puede repetir eso, por favor? —preguntó Campbell sorprendido.

—Sí, profesor. En la sala 75 del ala Denon, muy cerca de donde saltó la alarma, se ve cómo dos miembros del personal del museo descuelgan uno de los cuadros y al cabo de unos pocos minutos vuelven a colgarlo. El problema es que nos hemos dado cuenta de que uno y otro no son el mismo.

El rostro de Margaux reflejaba una enorme excitación por lo que estaba escuchando.

—¿Inspector, está seguro de lo que dice?

—Sí, profesora, completamente. Lo hemos revisado varias veces antes de avisarles.

El comisario Chavrier la miró buscando que pudiera encontrar alguna explicación razonable a lo que les estaba contando Paccaud.

—¿Y dice que esas personas son personal del museo?

—Eso creemos, sí.

—¿Cómo están tan seguros?

—Porque ayer a esa hora estaban programadas tareas de restauración en esa sala,

profesora.

Margaux frunció el ceño.

—Entonces puede ser que simplemente se hayan llevado el original para restaurar y hayan dejado una copia expuesta.

—Yo también pensé en esa opción inicialmente, pero no figura nada similar en los registros del museo. Ese cuadro ayer no se debería haber tocado.

Al escuchar su respuesta, se llevó las manos a la cabeza fascinada. Chavier no necesitó que dijera nada para saber lo que debían hacer.

—Está bien, inspector. Iremos allí inmediatamente —dijo justo antes de cortar la llamada.

—¿Cree que puede ser obra de los secuestradores de Deneux, profesora? —preguntó Sanoir.

—En otras circunstancias pensaría en cualquier otra razón, pero esta noche definitivamente creo que sí, señor.

—No le hemos preguntado de qué cuadro se trata —recordó Campbell.

—No se preocupe por eso, profesor. Enseguida lo descubriremos.

El comisario Chavier comenzó a caminar por el pasillo dirigiéndose a la entrada principal de la Asamblea.

—¿Sabes qué cuadros se exponen en esa sala? —le preguntó Campbell en voz baja.

Margaux mostró un gesto pensativo.

—Si no recuerdo mal es una sala muy parecida a la sala 77. Creo que también se exponen obras francesas exclusivamente.

—Profesora —dijo Chavier— ¿le importaría compartir lo que está diciendo con todos nosotros?

—Sí, por supuesto. Perdona, comisario. Decía que creo que en la sala 75 se exponen pinturas de autores franceses. La mayoría de gran tamaño como las que vimos en la otra sala.

—Al menos ahora no tendremos que revisarlas todas una por una —dijo Sanoir.

—Parece que no, señor.

—¿Y sabe cuáles son los autores de esos cuadros?

Margaux de nuevo permaneció unos segundos pensando.

—Teniendo en cuenta que en la sala que ya vimos antes muchos de los cuadros eran de Delacroix, me parece que en esta deberían ser la mayoría de dos autores exclusivamente, señor. Jean-Auguste-Dominique Ingres y Jacques-Louis David.

—Francamente, considero que volver al Louvre es un paso atrás en nuestra búsqueda —dijo Sanoir.

—¿Por qué debería ser así? —preguntó rápidamente Milanelli.

—Porque se supone que ese lugar ya lo hemos dejado atrás. Al igual que ocurrió con Notre Dame, profesor.

Campbell reflexionó unos instantes las palabras que debía elegir para expresar la

idea que tenía en su mente.

—Yo no lo creo, señor —comenzó—. Es más, me parece que esto no hace más que confirmar que todo lo que llevamos haciendo esta noche es correcto. Y lo más importante, creo que confirma nuestras sospechas respecto a los secuestradores de Deneux.

Justo cuando Campbell pronunció esas palabras llegaron a la entrada principal de la Asamblea. El comisario aceleró el paso para evitar, en lo posible, al guardia de seguridad.

—Debemos irnos. Creo que ya hemos terminado lo que veníamos a hacer aquí. Gracias por su ayuda —dijo sin esperar contestación.

Al salir al exterior, el golpe de aire fresco en el rostro le recordó a Margaux la sensación que había tenido al salir de Notre Dame.

—Perdone la interrupción, profesor. Continúe, por favor.

—Gracias, comisario. Decía que creo que lo que ha ocurrido confirma que nuestra idea acerca de los secuestradores de Deneux es correcta.

—Pues yo tenía la impresión de que no sabían qué debíamos hacer con los números y la hoja que encontramos en la biblioteca —opinó Sanoir cuando comenzaron a bajar las escaleras que había en el exterior.

—Exacto. Y no le voy a engañar, señor. Yo no sabía cómo interpretarlos ni qué era lo que querían decirnos con ellos los secuestradores.

—Me temo que no le sigo —dijo Chavrier.

—Es muy sencillo, comisario. ¿No le parece extraño que cuando no sabíamos cómo seguir avanzando esta noche nos haya llamado el inspector Paccaud para decirnos lo que ha encontrado en esa grabación?

Chavrier ahora sí creía entender lo que Campbell estaba diciendo.

—Pero los secuestradores de Deneux no saben que Paccaud está revisando las grabaciones de las cámaras de seguridad.

—¿Cómo está seguro de eso?

Chavrier no contestó.

—Si hemos supuesto que controlan el sistema de seguridad del museo ¿qué problema tienen en saber lo que ellos están viendo en esa sala?

—¿Quiere decir que Paccaud ha encontrado esa grabación cuando los secuestradores han querido?

—Exactamente —contestó sin dudar.

—Pero están revisando las grabaciones de los tres últimos días. Yo mismo se lo ordené.

—Sí, y si no recuerdo mal, esas grabaciones no están almacenadas en un DVD ni nada similar, de manera que ellos puedan seleccionar cuáles ven sino que están contenidas en el disco duro de un ordenador ¿verdad?

—Que es parte del sistema de seguridad.

—Eso es, comisario.

—¿Entonces lo que hemos descubierto aquí? —preguntó Sanoir.

—Eso es lo que hasta ahora, que nos ha llamado Paccaud, no conseguía entender. No le encontraba significado. Sin embargo, creo que es comprensible si consideramos el hecho de que han cambiado la manera de comunicarse con nosotros.

—¿En qué sentido?

—Muy fácil, señor. Por primera vez en toda la noche no hemos descubierto algo que nos indicara dónde seguir buscando. A cambio, creo que lo que nos han dejado es mucho más interesante. Nos han dejado información. Posiblemente información de dónde podemos encontrar a Deneux.

Chavrier mostró su sorpresa al escuchar esas palabras.

—¿De verdad lo cree así, profesor?

—Totalmente. Coincido con lo que ha dicho Milanelli ahí dentro acerca de que los números encontrados en la mano derecha de ese hombre son solo una parte de la información. Lo mismo que la hoja de *Ética nicomáquea*.

—Entiendo.

—La carta que recibió la profesora nos llevó a Notre Dame. El símbolo de la cripta al Louvre y el cuadro de *La Libertad guiando al pueblo* nos trajo hasta aquí, hasta la Asamblea, donde hemos encontrado algo que no nos llevaba a ningún sitio. Y cuando estábamos bloqueados, ¡voilà!, se han encargado de indicarnos que debemos volver al Louvre con esa grabación que el inspector ha encontrado.

—¿Y cómo han sabido que ya habíamos descubierto el cuerpo?

—Pues para ser sincero, comisario, tengo mis dudas entre la posibilidad de que confiaran en que el cuadro del hemicycle nos llevaría a la biblioteca, o bien, que ese guardia que tan amablemente acompañó a la policía científica hasta donde se encontraba el cadáver haya tenido algo que ver.

Capítulo 52

El secuestrador de Deneux miraba satisfecho el lugar que había elegido.

«Justo lo que necesitaba».

Ninguno de los lugares por los que habían pasado esa noche era lo suficientemente bueno para dejar al hijo del presidente. Sin embargo, aquel era muy diferente. Amplio y con muy buena *compañía*. Era el sitio ideal para que Deneux no se sintiera solo. Al fin y al cabo, ni siquiera él mismo sabía el tiempo que tendría que permanecer allí.

«Tal vez unas horas. O tal vez para siempre».

Desde el punto donde le había dejado amordazado hasta ese lugar no había una gran distancia. Aún así, sentía que debía llevarle hasta allí cuanto antes. Algunas de las cosas que ocurrirían esa noche ya estaban en marcha y él debía cumplir su parte del trabajo como habían planeado. De todos los sitios que habían considerado, aquel era sin duda el mejor. Era el más acogedor, y con diferencia, el que mejor ubicado estaba.

«Será una sorpresa para todos», pensó mostrando una siniestra sonrisa.

Sentado en el suelo, Deneux intentaba liberarse de las ataduras que le había puesto aquel hombre. No había duda de que sabía cómo inmovilizar a una persona. Después de varios minutos intentándolo, casi se había dado por vencido. Su raptor había desaparecido. Ni siquiera podía oírle en la distancia como en otros momentos aquella noche. Sin saber dónde estaba ni qué podía hacer, comenzó a balancearse de un lado hacia otro hasta que cayó sobre su costado derecho. Totalmente perdido comenzó a reptar. Al principio torpemente, después con mayor facilidad.

«No puede ser».

El rozamiento contra el suelo había jugado a su favor y parte de las ataduras se habían ido aflojando hasta liberar el nudo que le mantenía unidos los brazos y las piernas. La sensación de libertad al poder estirar su cuerpo fue algo indescriptible. A pesar de que las manos y los tobillos se encontraban todavía atados con más cuerda, la libertad de movimiento que había conseguido le parecía increíble. Sin dudarlo, se llevó las manos al cuello e intentó torpemente desprenderse de la capucha. Las ataduras limitaban enormemente el movimiento de sus manos pero, poco a poco, consiguió quitársela.

—¡Aire! —exclamó.

Capítulo 53

Apoyado en la puerta de su coche, el comisario Chavrier miraba en silencio hacia la puerta de la Asamblea Nacional. ¿Era posible que aquel guardia de seguridad estuviese involucrado en el secuestro de Deneux? Por un momento, sintió la necesidad de entrar corriendo de nuevo en aquel edificio y preguntárselo directamente.

—Creo que debemos olvidarnos de él y centrarnos en el cuadro que vamos a encontrar en el Louvre —le dijo Campbell.

Chavrier miró al suelo y reflexionó unos instantes. Sabía que el profesor tenía razón. Si aquel hombre formaba parte, o no, del secuestro no podían saberlo con seguridad, y en ese momento no debía ser su principal preocupación. En cambio, sí que tenían la completa certeza de que debían regresar al Louvre a inspeccionar el cuadro que el inspector Paccaud les había dicho.

—Tiene razón —contestó finalmente dirigiéndose a los profesores—. Debemos volver enseguida y descubrir por qué han cambiado ese cuadro, y sobre todo, si eso tiene algo que ver con este secuestro.

Sanoir mostró su conformidad con los planes del comisario.

—Lo primero que haremos al llegar allí —prosiguió— será dirigirnos directamente a la sala de vigilancia donde se encuentra Paccaud. Veremos las imágenes de las que nos ha hablado y a continuación buscaremos el cuadro e intentaremos descubrir qué hay en él que nos pueda ayudar a encontrar al hijo del presidente, ¿entendido?

Todos guardaron un tenso silencio. El sentimiento que compartían era el mismo. Todos deseaban llegar al Louvre cuanto antes y ver qué era lo que había pasado realmente. Cada uno de ellos entró de nuevo en sus respectivos coches, exactamente igual que habían llegado allí.

—¿Tienes idea de por qué pueden haber cambiado ese cuadro? —le preguntó Campbell a la profesora Margaux.

—No me imagino ninguna razón lógica si la opción de que simplemente lo hayan sustituido por una copia para mantener abierta la sala ya está descartada.

—Parece que esa no ha sido la razón —dijo Chavrier arrancando el motor del vehículo.

—Por eso lo digo, comisario. He oído antes a Paccaud decir que ya habían comprobado esa posibilidad. De modo que si esa no es la razón del cambio, me temo que sí tendrá algo que ver con este secuestro.

Chavrier permaneció en silencio.

—Esa no sería una mala noticia en cualquier caso —opinó Milanelli—. Es más, yo diría que es, precisamente, lo que estamos buscando.

Campbell salió en su apoyo.

—Efectivamente, esa es la idea que yo les planteaba antes, comisario. Los

secuestradores de Deneux han cambiado su manera de comunicarse con nosotros, y mientras que hasta ahora se habían limitado a darnos la información necesaria para ir de un lado a otro de París, ahora, por primera vez, tenemos información útil para descubrir dónde se encuentra secuestrado.

—Información que ahora mismo no saben interpretar —replicó el comisario.

—Así es, señor —respondió Milanelli—. Pero debe tener en cuenta, como le está diciendo el profesor Campbell, la importancia de lo que, por primera vez en toda la noche, hemos encontrado en la biblioteca de la Asamblea. Ahora tenemos una información muy valiosa que no tengo la menor duda de que nos llevará hasta Deneux.

—Ojalá tenga razón, profesor.

Campbell miró por la ventanilla del coche. De lejos veía de nuevo la silueta del museo del Louvre con su gran pirámide de cristal en el centro. En cierto modo, sentía una enorme frustración al comprobar que Chavier era incapaz de ver lo que para él era algo evidente.

—Entiendo que quiera respuestas cuanto antes, comisario. Pero de verdad le digo que por primera vez desde que salimos del Elíseo siento que estamos cerca de encontrarle.

—¿Y piensan que ese cuadro que nos ha dicho Paccaud puede contener el resto de la información que estamos buscando? —les preguntó intentando contagiarse de su optimismo.

—El cuadro posiblemente solo nos diga dónde debemos seguir buscando, al igual que ocurrió cuando interpretamos *La Libertad guiando al pueblo* —se adelantó a contestar Margaux.

El comisario aceleró bruscamente para pegarse al coche en el que viajaban Sanoir y el inspector Bingleau y evitar quedar atrapados en el semáforo. Al entrar en la plaza del Carrusel, sintió cómo se le aceleraba el corazón al recordar la imagen del cadáver que acababan de encontrar.

—Respondiendo a su pregunta, señor —dijo Milanelli—, mi opinión es que este cuadro nos llevará, como acaba de decir la profesora, a algún otro punto de París donde me temo que encontraremos a otra persona con varios números escritos en su mano izquierda. Y entonces, si mi idea no es equivocada, quizá tengamos suficiente información para saber dónde se encuentra Deneux.

Al entrar en la plaza, Chavier detuvo su vehículo muy lentamente, como intentando evitar que nadie pudiese darse cuenta de su presencia en aquel lugar. Justo en ese momento, Sanoir picó en la ventanilla donde se encontraba Milanelli.

—Bajen, profesores. No tenemos tiempo que perder.

Malhumorado por la poca educación que mostraba, una y otra vez Sanoir, el profesor Milanelli se bajó del coche.

—En ese caso no sé por qué no está dentro del museo descubriendo lo que esconde ese cuadro.

Sanoir percibió enseguida el enfado del profesor.

—Igual no nos necesita y usted solo puede descubrir dónde está secuestrado Deneux —insistió.

Chavrier se bajó del coche e intentó calmar a Milanelli haciéndole pensar en otra cosa.

—Y según me acaba de decir, profesor, ¿cree que con esos nuevos números podría averiguar dónde se encuentra el hijo del presidente?

Milanelli volvió su mirada hacia el comisario. Sabía muy bien cuál era su intención ya que conocía su respuesta a esa pregunta. Aún así, contestó educadamente.

—En principio, pienso que los números que encontramos en el hombre de la Asamblea podrían ser la mitad de la información, como ya les expliqué. De modo que si encontráramos algo parecido quizá podríamos descubrirlo, por qué no.

—¿Y el cuadro que han cambiado los secuestradores nos dirá dónde encontrar esos nuevos números? —preguntó Sanoir.

Campbell le miró con sorpresa. Le parecía increíble que ese razonamiento viniera de él, si bien estaba prácticamente seguro de que el inspector Bingleau le debía haber dicho algo parecido de camino al Louvre.

—Esperamos que sea así —contestó.

En ese momento, escucharon una voz que les gritaba a lo lejos. Todos se giraron buscando la entrada al museo. Desde la puerta, el jefe de seguridad les estaba diciendo algo que ninguno de ellos alcanzaba a entender.

—Creo que deberíamos entrar lo antes posible —dijo Chavrier caminando hacia la puerta principal.

El gesto del comisario era de evidente preocupación. Cuando dos horas antes habían entrado por primera vez en el Louvre, ni los inspectores Paccaud y Bingleau primero, ni él poco después, le habían dado al jefe de seguridad mayores detalles acerca de por qué se encontraban allí.

—¿Qué le preocupa, comisario? —le preguntó Margaux.

Chavrier giró levemente la cabeza agradeciéndole su interés.

—No sé cuánto tiempo más podremos mantener en secreto la verdadera razón de por qué estamos aquí esta noche.

La profesora entendió la enorme responsabilidad que recaía sobre sus hombros.

—No piense en eso ahora —le dijo con una sonrisa.

—Creo que ella tiene razón. Como le dije cuando nos fuimos de aquí, no creo que deba dar muchas explicaciones.

Chavrier tardó unos segundos en contestar a Milanelli.

—No es eso lo que me preocupa realmente, profesor, sino el hecho de que ahí dentro haya ocho guardias de seguridad que están viendo cómo el jefe del servicio secreto, dos inspectores de la policía, ustedes tres y yo mismo, entramos y salimos del museo a medianoche y revisamos algunas de sus salas sin buscar algo en particular.

—Entiendo su postura —dijo Campbell—. Espero que en esta ocasión nuestro paso por el museo sea mucho más breve de lo que lo fue antes. Estoy impaciente por descubrir qué cuadro han elegido esta vez los secuestradores.

La voz del jefe de seguridad era ya fácilmente entendible.

—¡Buenas noches otra vez, comisario! ¿Puedo ayudarles en algo? —preguntó abriéndoles la puerta para que accedieran al museo.

Al entrar, Chavrier echó un vistazo rápido al interior. Como esperaba, todo parecía seguir exactamente igual que cuando se habían ido.

—De nuevo debemos revisar algunas cosas aquí dentro. Lo primero que haremos será pasar por la sala de vigilancia donde el inspector Paccaud se ha quedado trabajando —respondió mirando fijamente a los ojos al jefe de seguridad.

—Por supuesto, señor. No dude en pedirme a mí, o a cualquiera de mis hombres, cualquier cosa que necesiten.

—Así lo haré, no se preocupe —añadió educadamente.

El comisario se dio la vuelta y comenzó a descender por la escalera de caracol.

—Supongo que todo sigue bien por aquí dentro ¿verdad? —preguntó en voz alta desde la mitad de la escalera.

—¡Todo en orden, señor!

Chavrier levantó su mano derecha para despedirse de él. Al entrar en el pasillo que debía llevarles hasta la sala de vigilancia, se detuvo inconscientemente al darse cuenta de que todas las luces del museo estaban otra vez apagadas.

—Quizá esta vez sea mejor así —dijo en voz baja Campbell—. Recuerde que es posible que nos estén viendo por las cámaras de seguridad.

El comisario se dio la vuelta al escuchar las palabras del profesor. Se había olvidado por completo de que allí dentro los secuestradores de Deneux les tenían controlados. De nuevo, le sobrevino un sentimiento de pesimismo. Debían dirigirse hasta la sala de vigilancia a ver un vídeo que los mismos secuestradores habían querido que encontraran y después buscar el cuadro que les había dicho Paccaud para intentar descubrir dónde debían continuar la búsqueda de Deneux. Sabía, por tanto, que tenía ante sí una misión realmente complicada. Tenía que descubrir dónde se encontraba el hijo del presidente cuando sus propios secuestradores les estaban vigilando.

—Y creo además que debemos comportarnos como si no fuésemos conscientes de ello —añadió Campbell.

Chavrier inició de nuevo su paso con actitud decidida.

—Está bien. Quiero que todos se comporten de manera completamente normal como ha dicho el profesor. No quiero ver a ninguno de ustedes mirar ni señalar ninguna de las cámaras de seguridad. No quiero que los secuestradores puedan sospechar, siquiera, que sabemos que nos están vigilando.

Sin dar opción a que ninguno dijera nada, Chavrier encendió su *walkie-talkie* para comunicarse con Paccaud.

—Inspector, ya estamos de nuevo en el museo. Nos dirigimos hacia la sala de vigilancia. Asegúrese de tener preparadas las imágenes que quiere mostrarnos. No debemos perder ni un minuto más.

—Las tendremos preparadas, señor.

Mientras les escuchaba hablar, Campbell no podía disimular su creciente curiosidad por descubrir qué cuadro habían elegido en esa ocasión los secuestradores.

—¿Crees que nos indicará un nuevo sitio de París? —le preguntó a la profesora.

—Puede ser. No estoy segura.

Las dudas de Margaux no pasaron inadvertidas para Sanoir.

—¿Por qué no está segura, profesora?

Margaux respiró hondo. Otra vez debía explicarle uno de sus presentimientos.

—Verá, señor, en primer lugar creo que esta situación es diferente a la que nos encontramos con *La Libertad guiando al pueblo*. Incluso diferente a la que nos encontramos cuando saltó la alarma de la sala 77. En ese momento, éramos nosotros los que debíamos descubrir cuál, de entre todos los cuadros de aquella sala, era el que los secuestradores querían que encontráramos. Pero esto...

—Le parece demasiado evidente ¿no es así? —preguntó Chavier.

—Así es, comisario. ¿Nos dicen cuál es el cuadro que quieren que veamos y este nos va a dirigir inmediatamente a un sitio de París?

Milanelli compartía las dudas de la profesora.

—Tampoco tendría sentido que hubiesen cambiado el original por una copia, tal como el inspector Paccaud nos ha indicado.

—A eso me refiero —añadió ella—. ¿Por qué cambiarlo si el cuadro en sí mismo nos indica a dónde debemos ir?

Todos siguieron caminando unos metros en silencio.

—Está claro que hay algo más en él que quieren que descubramos —dijo Campbell.

—¿Algo como qué, profesor?

—No sabría decírselo en este momento, comisario, pero creo que ellos tienen razón. No tiene ningún sentido hacer un cambio si este ya nos puede decir a dónde debemos dirigirnos, como ocurrió con *La Libertad guiando al pueblo*.

Chavier incrementó el ritmo a medida que se acercaban a la sala de vigilancia. La puerta de acceso ya se veía al fondo del pasillo.

—En ese caso supongo que habrá algo diferente en la copia que han colgado que quieren que descubramos ¿no es así?

—Exactamente, comisario —contestó Margaux.

—¿Y tiene una idea de qué podría ser, profesora?

—La verdad es que no, señor. Y teniendo en cuenta que durante todo el día de hoy el museo ha permanecido abierto, y según parece, ningún trabajador ha visto nada extraño, ni en esa sala ni en ese cuadro en particular, debe ser algo realmente sutil.

Campbell apoyó la idea de la profesora.

—Como dijo antes Milanelli, saber de antemano qué cuadro debemos buscar y que este nos indique dónde dirigirnos parece algo demasiado sencillo. Tal vez en esta ocasión los secuestradores han cambiado las reglas del juego.

—¿A qué se refiere? —preguntó Sanoir.

—Simplemente a que creo que han elegido la opción contraria a la que vivimos antes. En nuestra primera visita al Louvre tuvimos que encontrar un cuadro concreto, y cuando lo hicimos, supimos interpretar con facilidad que debíamos acudir a la Asamblea Nacional. En esta ocasión, sin embargo, me temo que nos han indicado el cuadro pero nos será más difícil descubrir qué es lo que nos quieren decir con él.

Chavier se detuvo delante de la puerta de la sala de vigilancia y apoyó su mano derecha sobre la manilla.

—En ese caso, profesor, no necesita esperar más tiempo. Va a descubrir ahora mismo de qué cuadro se trata.

Capítulo 54

El inspector Paccaud apagó su *walkie-talkie*. Antes de decirle nada al guardia de seguridad respiró profundamente durante varios segundos. Sabía que la responsabilidad que había asumido avisando al comisario de lo que habían encontrado en aquella grabación y haciéndoles venir a todos desde la Asamblea era muy alta.

—Prepare el vídeo. Quiero que comience en el punto exacto en el que descuelgan el cuadro.

Sin decir nada, el guardia rebobinó de nuevo la grabación. Había hecho eso mismo unas veinte veces en la última media hora, de modo que no le resultaba una petición muy complicada. Al llegar al punto que le pedía el inspector, detuvo el vídeo. Paccaud miró atentamente la imagen congelada que mostraba aquel monitor.

—Espero que todo salga bien —dijo inconscientemente en voz alta.

—Desde luego yo nunca había visto nada como esto.

El inspector no separó su mirada del monitor.

«Y en este caso espero que signifique lo que creo que significa».

Las imágenes que habían visto, una y otra vez, antes de avisar a Chavrier no dejaban lugar a dudas. El cuadro que descolgaban aquellas personas, y el que volvían a colgar unos minutos más tarde, no era el mismo. Débilmente, Paccaud comenzó a escuchar la voz del comisario y de los profesores. Su corazón se aceleró repentinamente.

—Creo que ya vienen.

El guardia de seguridad miró hacia la puerta. De algún modo, Paccaud le había trasladado su nerviosismo. La manilla se movió ligeramente. En ese momento, la conversación que tenían era fácilmente entendible. Tras escuchar cómo el comisario se quedaba en silencio, la puerta de la sala se abrió.

—Buenas noches de nuevo —dijo en tono seco.

—Señor.

Los profesores, Sanoir y el inspector Bingleau entraron también en la sala. A pesar de tratarse de una habitación amplia, con todos ellos dentro parecía mucho más pequeña de lo que era realmente. El guardia de seguridad les miraba extrañado. No recordada haber visto a más de dos o tres personas juntas allí dentro nunca.

—¿Tienen lista la grabación? —preguntó Chavrier.

El profesor Campbell ardía en deseos de saber, de una vez por todas, de qué cuadro se trataba. Sin embargo, se mantuvo en silencio ante la pregunta del comisario.

—Sí, señor. Es esta —contestó Paccaud señalando al monitor que tenía delante.

—En ese caso no perdamos más tiempo, inspector.

Paccaud miró al guardia que entendió claramente lo que quería que hiciera. La grabación comenzó a avanzar. Durante casi un minuto todos permanecieron en

silencio mirando las imágenes. Finalmente, el profesor Milanelli hizo la primera pregunta.

—¿A qué velocidad estamos viendo esta grabación?

—Al triple de la velocidad normal —contestó Paccaud.

Milanelli hizo un gesto pensativo.

—¿Lo ven? —les mostró el inspector.

El guardia detuvo la imagen.

—Este cuadro no es el mismo que habían descolgado previamente —añadió.

Campbell y Margaux miraban atentamente las imágenes.

—¿Podría volver a poner el momento en el que lo descuelgan, por favor? —preguntó la profesora.

—Por supuesto. Un momento —contestó el guardia.

Chavier la miró con atención con la esperanza de que tuviera en mente alguna idea interesante.

—¡Ahí, justo ahí! —exclamó—. Detenga la imagen, por favor.

Margaux se acercó al monitor y giró levemente la cabeza.

—¿Encuentra algo interesante, profesora?

—Buscar algo en ese cuadro va a ser una tarea realmente complicada, comisario.

Chavier se quedó perplejo con la respuesta.

—¿Cómo dice?

—*La consagración de Napoleón*, señor. Es sin duda uno de los cuadros más grandes que se exponen en este museo. Y me atrevería a decir que también es uno de los cuadros en los que se representan a un mayor número de personas.

Con esa descripción, ahora sí que entendía por qué había dicho eso.

—¿Entonces tenía razón el inspector Paccaud? —preguntó Sanoir.

—Eso parece —contestó sin apartar la mirada del monitor—. Lo que me resulta increíble es que sea precisamente este cuadro.

De nuevo, Chavier la miró extrañada.

—¿Y eso por qué, profesora?

Margaux buscó al comisario con la mirada.

—Notre Dame, señor. *La consagración de Napoleón* que se representa en este cuadro se hizo en la catedral de Notre Dame.

Chavier volvió a mostrar su sorpresa.

—Increíble —expresó en voz baja Milanelli.

Sanoir miraba en silencio la pantalla del ordenador. A diferencia de lo que él había opinado en un primer momento, todo parecía indicar que regresar al Louvre había sido una opción acertada. Aún así, no acababa de entender cuál podía ser la razón por la que los secuestradores les habían llevado nuevamente hasta allí.

—¿Cómo han podido hacer el cambio de un cuadro de ese tamaño? —preguntó Bingleau señalando el monitor—. ¿No era más fácil haber elegido uno mucho más pequeño?

—En realidad creo que es un síntoma de superioridad —respondió Campbell—. Utilizando un cuadro de semejantes dimensiones dejan claro que tienen el control de la situación.

Chavrier no quería que el profesor siguiese hablando. No olvidaba al guardia de seguridad de la Asamblea y en esa misma sala estaba presente otro, de modo que no quería que se llegase siquiera a insinuar la verdadera razón por la que estaban en el museo aquella noche.

—¿Cree, entonces, que ya podemos ir a verlo? —le preguntó a Margaux interrumpiendo al profesor.

—Sí, señor.

La contestación seca y decidida de Margaux infundió confianza en el comisario.

—Está bien, en ese caso bajaremos ahora mismo hasta allí.

Chavrier se dirigió al guardia de seguridad.

—¿Dónde se encuentra este cuadro?

—En la sala 75 del ala Denon, señor. Muy cerca de donde estuvieron antes.

Chavrier hizo un gesto de aprobación con la cabeza. Paccaud ya se lo había dicho antes pero lo había olvidado por completo.

—¿Podría encender las luces de esa sala?

—Por supuesto, señor. Les encenderé todas las luces para que puedan encontrarla fácilmente.

Campbell saltó de nuevo ante aquel comentario.

—Estoy seguro de que con las de esa sala en concreto será más que suficiente. Podemos llegar hasta allí sin problemas.

El guardia le miró algo extrañado.

—Como usted diga.

Chavrier se dirigió al inspector Paccaud.

—Quiero que continúen revisando las grabaciones de esa sala hasta el mismo momento en que nosotros entramos al museo esta noche.

—Sí, señor.

Sanoir abrió la puerta de la sala de vigilancia y salió al pasillo.

—No hace falta que le recuerde que debe avisarme si encuentran algo más que le resulte extraño ¿verdad, inspector?

—Por supuesto que no, señor.

—Bien. Descubrir esta grabación ha sido un trabajo excelente.

Paccaud se mostró aliviado al escuchar la palabras del comisario.

—Gracias, señor.

Capítulo 55

Al salir de la sala de vigilancia, el rostro de Campbell mostraba la enorme curiosidad que le suponía intentar descubrir por qué, de entre todos los cuadros que se exponían en el Louvre, los secuestradores de Deneux habían elegido uno en el que se representaba una escena ocurrida en Notre Dame. El mismo sitio donde habían estado en primer lugar aquella noche.

—¿Crees que lo que debemos encontrar en ese cuadro tendrá relación con el símbolo que encontramos en Notre Dame?

Margaux le contestó sin necesidad de decir nada. Su fascinación por lo que estaba pasando se reflejaba claramente en sus ojos.

—Tal vez nos indica que debemos volver a la catedral ¿no les parece? —preguntó Sanoir.

Campbell no se sorprendió al escuchar aquella interpretación simplista.

—No lo creo, señor. Demasiado evidente.

El profesor intentó zanjar rápidamente esa posibilidad. Sin embargo, Sanoir no parecía tenerlo tan claro.

—¿Por qué no, profesor? Si *La Libertad guiando al pueblo* nos llevó a la Asamblea Nacional, no veo razón para no pensar que este nuevo cuadro nos lleve a Notre Dame.

—Podría ser, señor. Pero eso sería algo realmente evidente, en mi opinión. No iría en concordancia con lo que hemos visto durante toda esta noche.

—Además —añadió Chavrier—, creo que sus hombres ya han inspeccionado completamente la catedral sin encontrar nada ¿verdad?

—Sí, así es. Dos veces.

—Razón de más para pensar en otras opciones —dijo Margaux amablemente—. En mi opinión, es más importante el hecho de que hayan elegido un cuadro tan grande como *La consagración de Napoleón* que el hecho de que se ambiente en Notre Dame.

—¿Y qué explicación le da a eso, profesora? —preguntó Sanoir algo molesto al comprobar que nadie consideraba su idea.

—Como ha dicho antes el profesor Campbell, creo que es fundamentalmente una demostración de que tienen la situación controlada. Es como dejarnos claro que ellos son los que mandan aquí. Están mostrando que pueden manipular uno de los cuadros más grandes de todo el museo y cambiarlo por una copia para que nosotros descubramos algo en ella sin que nadie pueda darse cuenta.

—¿Y lo que dijo acerca de que buscar algo en este cuadro sería realmente complicado? —preguntó Chavrier.

Margaux estaba convencida de que esa pregunta se respondería por sí sola en cuanto pudieran verlo en persona.

—Verá, como se podía apreciar en las imágenes, *La consagración de Napoleón* es

un cuadro de gran tamaño. De unos seis o siete metros de alto si no me equivoco. En él se representa el momento de la coronación de Napoleón, el 2 de diciembre de 1804, en Notre Dame. En ese cuadro aparecen representadas decenas de personas, y precisamente por sus enormes dimensiones, y por todas las personas que aparecen en él, creo que será difícil encontrar qué tiene de diferente al original.

Campbell la miró con asombro.

—¿Crees que han podido cambiar algo?

—Es lo único que se me ocurre...

Margaux señaló con su mano derecha por dónde debían continuar su camino.

—¿Y qué pueden haber cambiado, profesora? —preguntó Sanoir.

—No lo sé —respondió—. Quizá hayan eliminado o añadido algún personaje. Pueden ser muchas cosas, aunque debe ser muy difícil de apreciar para que nadie se haya dado cuenta del cambio.

—No creo que los visitantes sean capaces de diferenciar el original de una imitación —replicó.

—Sí, señor, estoy de acuerdo. Pero me cuesta creer que el trabajador del museo que diariamente está en esa sala no haya notado nada diferente.

Al llegar a la sala 75 las luces se encendieron.

—Parece que no solo los secuestradores de Deneux nos están vigilando —deslizó sarcástico el profesor Milanelli.

Margaux se detuvo en la entrada para localizar el cuadro que estaban buscando. No necesitó mucho tiempo. La grandiosidad de la obra atraía completamente la atención.

—¡Ahí está! —exclamó acercándose rápidamente a donde se encontraba.

Chavier lo admiró en silencio durante unos segundos. Tal como había dicho la profesora, parecía una misión realmente complicada descubrir algo diferente en él. Sobre todo sin poder compararlo directamente con el original.

—Necesitamos que nos diga lo que cree que puede ser diferente, profesora.

Margaux miró al comisario.

—Conozco bastante bien esta obra, señor. A pesar de ello, no puedo decirle de una manera tan rápida si hay algo diferente con respecto al original. Como ya dije, me temo que lo que debemos encontrar sea algo muy sutil.

—Entiendo.

La profesora se acercó a la parte derecha del cuadro y miró detalladamente la escena que allí se representaba.

—Y como también les he dicho antes, en este cuadro se recoge el momento de la coronación de Napoleón, el 2 de diciembre de 1804. En esta parte aparece representado el Papa Pío VII sentado detrás de Napoleón. Junto a él, se encuentran el arzobispo de París sujetando una cruz y varios obispos. En este grupo de aquí —dijo señalando con el dedo— se representan varios hombres importantes de Napoleón durante el Primer Imperio; Charles-François Lebrun, Jean-Jacques-Régis de

Cambacérès y Louis-Alexandre Berthier.

—¿Alguno de ellos es interesante para nosotros? —preguntó Sanoir.

Margaux le miró contrariada.

—Espere a que termine, por favor —dijo Chavrier—. Continúe, profesora.

—Gracias, comisario.

A continuación, se desplazó de nuevo hasta colocarse aproximadamente en el punto medio.

—En esta parte central aparece representada Josefina de Beauharnais, esposa de Napoleón, recibiendo de él la corona. María Letizia Ramolino, madre de Napoleón, ocupa también un lugar preferente en la obra situada en el centro de la tribuna ¿la ven? Pues en realidad nunca estuvo allí ya que no llegó a acudir a la ceremonia. Y por último, en la parte superior, al igual que ocurría en *La escuela de Atenas* que vimos en la Asamblea, su autor Jean-Luis David aparece autorretratado.

Margaux se alejó un par de metros para asegurarse de que no se estaba olvidando de nadie importante, a pesar de que aparecían muchas otras personas conocidas de las que no les estaba hablando. Finalmente, se movió hasta el extremo izquierdo del cuadro.

—Y aquí pueden ver a los hermanos de Napoleón, Luis y José Bonaparte, y a sus hermanas, exactamente igual vestidas. Este niño que aparece aquí es el sobrino de Napoleón, Carlos Luis, hijo de Luis Bonaparte y de Hortensia de Beauharnais.

—Napoleón III —dijo Campbell.

—Así es. Carlos Luis Napoleón Bonaparte, sobrino de Napoleón I, fue el último rey que tuvo Francia y llegó a la corona tras la muerte de su hermano mayor y de Napoleón II.

—Fascinante —dijo Sanoir—. ¿Pero puede ayudarnos eso a encontrar a Deneux?

Margaux le miró con resignación.

—Necesito estudiar detenidamente este cuadro para contestar a esa pregunta, señor.

—Sin duda puede hacer lo que estime necesario para que nos diga por dónde debemos continuar buscando a Deneux, profesora —dijo Chavrier.

—Gracias, comisario. Aunque me temo que a lo que yo me refiero es a que necesito más tiempo.

—Sabe que eso es, precisamente, lo que menos tenemos ¿verdad?

—Lo sé —respondió en voz baja devolviendo su mirada hacia el cuadro—. Créame que lo sé.

El profesor Milanelli se acercó hasta donde se encontraba Margaux.

—¿La posibilidad de que pueda indicar la catedral de Notre Dame como ha sugerido Sanoir está descartada?

—En mi opinión sí, profesor. Notre Dame es un símbolo de esta ciudad y no solo sale en este cuadro, sino en muchas otras obras de París. Por ejemplo, en *La Libertad guiando al pueblo* también aparece representada ¿no se ha dado cuenta?

Milanelli la miró sorprendido.

—Puede comprobarlo —le dijo con una sonrisa señalándole la puerta que daba acceso a la sala 77.

Chavrier interrumpió a los profesores.

—En ese caso, si no nos indica que debemos ir a Notre Dame, ¿por qué los secuestradores de Deneux lo han elegido?

Margaux dirigió su mirada de nuevo hacia el cuadro e hizo varios gestos de negación con la cabeza.

—No lo sé, comisario. Pero algo diferente tiene que tener.

El profesor Campbell se pasó la mano derecha por la mejilla en un signo de nerviosismo. Esperaba que lo que estaba a punto de decir fuese cierto. Al fin y al cabo, no parecía que tuvieran muchas más posibilidades.

—Creo que si la profesora no es capaz de encontrar nada diferente en él, quizá debamos plantearnos buscar lo que no se ve.

Chavrier le miró sorprendido.

—¿A qué se refiere, profesor?

—Tengo la impresión, comisario, de que si nadie a lo largo del día de hoy se ha dado cuenta de que este cuadro es una copia, quizá sea porque es exactamente igual al original.

—¿Y? —preguntó Sanoir.

—Pues que quizá lo que los secuestradores de Deneux han dejado en él no pueda apreciarse a simple vista.

Margaux creía saber a lo que se estaba refiriendo.

—Lo siento, profesor, pero no le entiendo.

Campbell de nuevo se encontraba ante la situación de explicarle al comisario de manera más sencilla una de sus propuestas.

—Creo, señor, que este cuadro esconde algo que nos llevará hasta Deneux, o por lo menos hasta el siguiente punto donde debemos continuar buscándole. Sin embargo, a diferencia de lo que ocurrió con *La Libertad guiando al pueblo* y con *La escuela de Atenas*, puede que en esta ocasión no debamos interpretar nada en particular, sino simplemente buscar algo oculto en él.

—¿Algo que hayan dejado los secuestradores? —preguntó Bingleau.

—Así es, inspector.

Chavrier pareció estar de acuerdo con la propuesta de Campbell.

—Muy bien, profesor. En ese caso ¿qué propone que hagamos?

—Lo primero que yo haría sería bajarlo de ahí. Sea lo que sea lo que debemos encontrar, no podremos descubrirlo mientras esté ahí colgado.

Chavrier miró al cuadro. Sus enormes dimensiones hacían que indudablemente el profesor tuviese razón.

—¿Y qué quiere hacer con él cuando lo bajemos?

Sin responder, Campbell dirigió su mirada a los sofás que había en el centro de la

sala.

—¿Pretende que lo pongamos ahí encima? —preguntó Sanoir sorprendido.

—Exactamente.

—¿Está usted loco?

Campbell buscó el rostro de Margaux. Quería saber si ella también pensaba que aquella idea era una locura.

—El profesor tiene razón —le defendió—. Debemos bajarlo si queremos descubrir lo que esconde.

Chavrier miraba a los profesores sin opinar.

—Comisario —dijo Campbell— ¿podría llamar a Paccaud y pedirle que el guardia de seguridad desconecte la alarma de este cuadro?

Aunque no estaba completamente de acuerdo con lo que estaban proponiendo, sabía que debía confiar en ellos.

—Ahora mismo, profesor.

Campbell se dirigió a continuación a uno de los extremos de la sala.

—¿Me ayudaría a mover este sofá, inspector? —preguntó en voz alta.

Bingleau se acercó rápidamente hasta donde se encontraba el profesor. Entre los dos lo levantaron y lo movieron hasta dejarlo paralelo al que estaba frente al cuadro.

—Ahora debemos dejar el espacio suficiente entre ambos para poder apoyarlo con seguridad —dijo ayudándose de las piernas para separarlos.

El comisario Chavrier encendió su *walkie-talkie*.

—¿Paccaud? Vamos a descolgar el cuadro que nos dijo. Necesito que desconecte su alarma inmediatamente.

—Ahora mismo, señor.

En vez de cortar la comunicación, esta vez mantuvo el *walkie-talkie* encendido en su mano. Quería saber cuanto antes en qué momento podían bajarlo. Tras unos segundos, volvieron a escuchar su voz.

—Ya está, comisario.

—Gracias, inspector. En cuanto pueda restablecer la alarma le avisaré.

—Muy bien, señor.

—¿Han encontrado algo más que pueda ser de interés en las grabaciones?

—De momento, no. A lo largo del día de hoy todo parece haber estado en calma en el museo.

Con gesto de alivio, Chavrier miró a Sanoir. A continuación, apagó su *walkie-talkie* y se dirigió a los profesores.

—Ya lo han oído. Ya podemos bajar ese cuadro. Es hora de descubrir qué han escondido ahí los secuestradores de Deneux.

Capítulo 56

Campbell estudiaba detenidamente cómo podrían bajar aquel enorme cuadro. La simple posibilidad de dañarlo de algún modo le hacía sentir escalofríos.

«Aunque sea una imitación».

Chavrier se colocó a su lado.

—Ya ha visto que en el vídeo que nos ha enseñado Paccaud lo descolgaban entre dos personas.

Campbell miró al comisario. No tenía duda de que le había leído el pensamiento.

—Sí, lo sé. Pero me cuesta creer que una obra de semejante tamaño se pueda mover tan fácilmente.

—En cualquier caso, recuerde que no es el original.

El profesor tardó unos instantes en responder.

—Es difícil asumir esa idea, comisario. ¿No se ha parado a pensar que si el cuadro original ha desaparecido el museo necesitará esta copia?

—Para serle sincero —respondió inmediatamente—, tengo la esperanza de que podamos recuperarlo después de encontrar a Deneux y traerlo de vuelta.

Campbell le volvió a mirar durante un segundo en silencio. Ya no solo daba por seguro que encontrarían a Deneux, sino también aquel enorme cuadro.

—Si les parece —dijo Sanoir—, el inspector Bingleau y yo nos encargaremos de ponerlo donde ustedes digan para que puedan empezar a buscar lo antes posible.

—Gracias, señor —respondió Campbell educadamente.

Siguiendo el ofrecimiento que acababa de hacerles, ambos se colocaron cada uno en un lado de *La consagración de Napoleón* y lo levantaron muy lentamente. A pesar de que sabían que se trataba de una copia, todos se mantuvieron en silencio hasta que estuvo firmemente apoyado sobre los dos sofás de cuero que Campbell había preparado.

—Verlo desde esta perspectiva lo hace todavía más increíble —murmuró Margaux.

Sanoir lanzó un resoplido para sobreponerse del esfuerzo.

—Ahora empieza su trabajo, profesora —le dijo—. Díganos qué demonios han escondido en él los secuestradores.

Margaux apenas hizo caso a ese comentario. Aquel cuadro la tenía totalmente hipnotizada. Durante sus años en la universidad había tenido que estudiar muchas obras pero aquella, al igual que *La Libertad guiando al pueblo*, era una de sus preferidas. Seguramente, el hecho de ser francesa tuviera mucho que ver en eso. En cualquier caso, por primera vez podía contemplar una obra de esa categoría tan de cerca. Incluso tenía miedo de tocarla y poder dañarla.

—¿Cómo crees que podemos averiguar si hay algo oculto en él? —le preguntó a Campbell buscando conocer su opinión.

—No lo sé —contestó pensativo—. Supongo que para eso tendremos que pedir

ayuda al comisario.

Chavrier se acercó hasta ellos al escuchar su nombre.

—¿Hablaban de mí? —les preguntó sin miramientos.

—Sí, comisario —respondió Campbell—. Le estaba diciendo a la profesora que creo que necesitaremos su ayuda para descubrir lo que se supone que debemos encontrar aquí.

—Muy bien. ¿Y qué puedo hacer yo para ayudarles?

—Necesito que me diga qué maneras conoce de ocultar algo en un sitio como este.

—¿En el cuadro? —preguntó señalándolo.

—Así es.

Chavrier dudó unos instantes.

—Me refiero a que si a simple vista no se puede ver nada extraño en la obra quizá necesitemos utilizar algo diferente —le aclaró Campbell.

—¿Se refiere a luz ultravioleta, por ejemplo?

—Cosas de ese tipo, sí.

El comisario miró a Bingleau. Sabía que el inspector podía estar mucho más al día que él en ese tipo de cosas.

—Nosotros utilizamos lámparas ultravioletas y lámparas infrarrojas en algunos casos —le explicó—, pero en su mayoría son para descubrir si existen restos de sangre o similares.

A Campbell le pareció una idea perfecta.

—¿Y les sirve de ayuda?

—Lo cierto es que nos permiten ver con claridad cosas que a simple vista no somos capaces de ver, sí. ¿Recuerda cómo le mostró el agente de la policía científica en la biblioteca de la Asamblea todas las huellas que tenía en su brazo?

Campbell sonrió. Aquello era justo lo que necesitaban.

Al ver la expresión de su rostro, Chavrier se dirigió al inspector Bingleau.

—Debemos pedir que nos traigan una de esas lámparas ¿no es así?

—No, señor —le contradijo—. Nuestros vehículos llevan siempre una lámpara ultravioleta. Sin embargo, sí que debemos pedir que nos envíen una de luz infrarroja.

Sanoir mostró su nerviosismo.

—Puedo enviar a uno de mis hombres a buscarla, comisario. Estarían aquí en menos de quince minutos.

Chavrier hizo un gesto afirmativo con la cabeza mientras pensaba cómo organizarlo todo.

—Está bien. Inspector, vaya al coche a buscar la lámpara ultravioleta y llame al departamento y dígales que un miembro del servicio secreto irá a buscar la lámpara infrarroja. Quiero que los profesores la tengan aquí a su disposición cuanto antes.

Sanoir se mostró satisfecho. Por fin sus hombres podrían resultar útiles aquella noche.

—Ordenaré que salga ahora mismo hacia allí, comisario —dijo alejándose unos metros a la vez que sacaba del bolsillo de su chaqueta un teléfono móvil.

Sin decir nada, Bingleau salió corriendo de aquella sala. En ese momento, tan solo Chavrier y los tres profesores permanecían rodeando el cuadro.

—Espero que esta sea una buena idea —les dijo.

Campbell tardó unos instantes en contestar.

—La otra opción posible es que lo que tenemos que encontrar esté debajo de la obra —deslizó.

—¡O detrás! —exclamó nerviosa Margaux.

—¿Cómo dice? —preguntó el comisario.

—La parte de atrás del cuadro. La cubierta. Quizá encontremos algo ahí...

Campbell no estaba seguro de que aquella fuera una buena idea. Ya la había considerado hacía unos minutos antes de descartarla. Le parecía una manera de ocultar algo un tanto torpe. Muy alejada de la cuidadosa preparación que los secuestradores de Deneux estaban mostrando en todo lo que hacían aquella noche.

—Puede que tenga razón —dijo Milanelli—. No creo que perdamos nada por buscar ahí mientras esperamos a que vuelva el inspector.

Chavrier les mostró su conformidad.

—Está bien, profesores. Le daremos la vuelta al cuadro si eso es lo que quieren. Entre el profesor Campbell y yo lo levantaremos y cuando lo tengamos en posición vertical necesitaremos su ayuda para darle la vuelta ¿de acuerdo?

Margaux y Milanelli asintieron afirmativamente. Campbell caminó hasta colocarse en el otro extremo del cuadro. Siguiendo lo que Chavrier había dicho, los profesores se encargaron de sujetarlo mientras ellos cambiaban de postura sus manos para poder colocarlo boca abajo. Cuando se encontró firmemente apoyado de nuevo, la profesora se acercó a inspeccionarlo con detalle.

—Sé que no es el original, pero no me gusta hacerle esto a ningún cuadro.

Chavrier miró a Margaux.

—Sabe que no es momento de remordimientos ¿verdad? Debemos descubrir lo que esconde lo antes posible.

Con delicadeza, la profesora pasó suavemente su mano por encima de la cubierta.

—No es diferente a la que esperaba que tuviera —dijo en voz baja.

—¿Eso es una buena o una mala noticia? —le preguntó confundido.

—Ni lo uno ni lo otro, comisario. Sencillamente confirma que quien ha hecho esta copia se ha asegurado por completo de que pareciese cien por cien original.

Milanelli se colocó a su lado para observarla más detenidamente.

—¿Cómo piensa ver lo que hay debajo de ella, profesora?

Margaux dudó.

—Me temo que no tendremos más remedio que romperla.

—Pues no lo dude un momento —dijo enérgicamente Chavrier.

En aquel punto de la noche, Margaux ya tenía claro que el comisario no sentía los

mismos reparos que ella en estropear aquella obra. Estaba delante de uno de los cuadros más importantes que se exponían en el Louvre y estaban hablando tranquilamente de romper su cubierta para buscar algo escondido en su interior.

—Recuerda que es una copia —le dijo Campbell para tranquilizarla.

Margaux le miró con gesto de agradecimiento.

—Lo sé.

Milanelli sacó una pequeña navaja multiusos del bolso interior de su chaqueta y se la ofreció.

—No sé si esto le servirá, pero es lo único que tengo...

La profesora extendió su brazo derecho para alcanzarla. La cogió con delicadeza y la observó durante unos instantes. Aquella navaja tenía una pequeña hoja de apenas cinco centímetros de longitud. Después, volvió a mirar la cubierta del cuadro. Consciente de lo que estaba a punto de hacer, notó cómo su corazón se aceleraba de manera repentina y cómo su pulso comenzaba a temblar ligeramente, como si fuese un cirujano ante su primera operación.

—No dude, profesora. Si hay algo ahí debajo debemos descubrirlo cuanto antes —repitió el comisario.

Sanoir, que había observado todo desde la distancia mientras hablaba por teléfono, se colocó junto a Chavrier en silencio. Margaux se agachó ligeramente para acercarse lo más posible al cuadro.

—En teoría, debajo de esta cubierta debería haber una estructura de madera que es la que realmente sujeta el lienzo —murmuró.

—Pues no lo piense más, profesora —insistió.

Margaux cerró los ojos y respiró profundamente. Jamás se habría podido imaginar que llegaría el día en que se vería obligada a estropear un cuadro tan importante. Tras conseguir calmarse mínimamente, los abrió, apoyó la navaja sobre la cubierta del cuadro e hizo fuerza hasta que la hoja la atravesó completamente.

Capítulo 57

La técnico de la policía científica, Eugene Beaumont, resoplaba una y otra vez apoyada sobre una de las paredes de su pequeño laboratorio. Había perdido la cuenta del número de noches que llevaba trabajando aquel año y ya se había cansado de explicarle a su superior que no era necesario que un técnico estuviese de manera presencial cada noche en aquel laboratorio. En su opinión, sería mucho mejor para todas las partes si les permitiesen estar en sus casas con un busca para localizarles por si tenían trabajo. Sin embargo, su jefe, el comisario Chavrier, con el que no mantenía una relación cordial precisamente, estaba convencido de que era muy necesario para el departamento que un técnico estuviese disponible las veinticuatro horas del día en el laboratorio.

Como todas las noches, Eugene se había dedicado las dos primeras horas de su turno a revisar los informes de lo que sus compañeros habían hecho durante el día. En muchas ocasiones, ellos no tenían ni la tranquilidad ni el tiempo necesarios para hacer su trabajo correctamente, de modo que, a pesar de no ser una de sus tareas, le gustaba revisar lo que ellos habían hecho para así corregir algún error o completar algún punto y salvarles de las reprimendas de su jefe. Sin embargo, en ese momento eran algo más de las tres y media de la mañana y no se le ocurría nada que pudiera hacer. Ni siquiera tenían ya el pequeño televisor que hasta hacía un mes les amenizaba las noches. Justo cuando pensaba que ya nada interesante podría ocurrir aquella noche sonó el teléfono del laboratorio. Como era costumbre en ella, leyó en primer lugar en la pequeña pantallita quién era la persona que estaba llamando. Todavía le venía de vez en cuando a la memoria una noche, hacía ya unos dos años, cuando el teléfono empezó a sonar y lo cogió convencida de que, una noche más, era su novio quien la estaba llamando. Tras aquella metedura de pata había tardado más de tres meses en poder volver a mirar a Chavrier a los ojos.

En esta ocasión, era el inspector Bingleau quien llamaba.

—¡Buenas noches, inspector! —exclamó encantada de poder hablar con alguien—. ¿Qué ocurre en la noche parisina para que me llames a estas horas?

Bingleau no pudo evitar una sonrisa al otro lado de la línea. El carácter extrovertido de Eugene era de sobra conocido por todos sus compañeros.

—Buenas noches, Eugene. Necesito que me hagas un favor.

—¿No vas a preguntarme primero qué tal va mi noche?

De nuevo, Bingleau no pudo evitar sonreír.

—Perdóname. ¡Qué mal educado soy! ¿Qué tal está siendo tu noche?

—¡Pues una mierda, como siempre!

Los dos comenzaron a reír.

—Me alegra ver que todavía te lo tomas con el mismo sentido del humor, Eugene.

—Gracias, inspector. Dime, ¿qué puedo hacer por ti?

Bingleau se puso serio.

—Estamos ahora mismo en el Louvre y necesitamos encontrar algo que está oculto en uno de los cuadros.

—¿Algo como qué? —contestó rápidamente.

—No sé decirte. No lo sabemos.

—Necesito más información para poder ayudarte, ya lo sabes.

Bingleau pensó durante unos segundos cuál sería la mejor manera de explicárselo.

—¿Sigues ahí, inspector?

—Sí, sí, perdón. Verás, tenemos un cuadro en el que se supone que hay algo oculto que no se puede ver a simple vista, y necesitamos saber de qué maneras diferentes podríamos intentar descubrir de qué se trata.

—Bien. Ya lo he entendido. ¿Habéis probado con la luz ultravioleta?

—Sí, ahora mismo estoy yendo hacia el coche a coger una de las lámparas.

—Entiendo, entonces, que necesitáis algo más ¿no es así?

—Eso es. Yo le he dicho al comisario Chavier que probemos también con la lámpara infrarroja.

Eugene murmuró durante unos instantes.

—Puede ser, aunque no creo que os sea de mucha utilidad.

—Quizá no. Ya te digo que ni siquiera sabemos lo que estamos buscando.

De nuevo, Eugene se quedó en silencio unos segundos.

—¿De verdad no sabéis lo que tenéis que encontrar?

—No, ni idea.

—¿Y dices que es un cuadro lo que estáis mirando?

—Sí, así es. Un cuadro gigantesco que hay en una de las salas del Louvre.

—Ya veo...

—¿Tienes alguna idea interesante?

Eugene demoró su contestación.

—Tal vez sí, pero necesito que me digas algo más sobre cuál es vuestra idea acerca de lo que hay diferente en ese cuadro.

Bingleau no tenía claro qué podía decirle ya que realmente, por lo menos hasta que él había salido de la sala, los profesores no sabían muy bien qué buscar en él.

—Estamos relativamente seguros de que el cuadro original puede haber sido cambiado por una imitación. Eso es lo único que sabemos hasta ahora y lo que tenemos que averiguar es qué tiene de diferente con respecto al original.

—Vale, ya entiendo. ¿Pensáis que puede tener algo escrito, por ejemplo, que no podéis ver a simple vista?

—Sí, eso es.

Eugene murmuró de nuevo.

—En ese caso, la luz ultravioleta y la infrarroja os deberían servir siempre y cuando lo que hayan utilizado para escribir en él, o para hacer lo que sea que le hayan hecho, entre dentro de su espectro claro.

Durante un segundo se hizo el silencio.

—Recuerda que yo no soy científico, Eugene —dijo Bingleau finalmente.

—Es verdad, perdona. Simplemente digo que esas lámparas os servirán solo si lo que han usado puede verse con ese tipo de luz.

El inspector notaba que existía una posibilidad importante de que aquella idea no funcionara.

—¿Y si no vemos nada?

—En ese caso, yo os recomendaría que utilizarais una lámpara térmica.

El silencio del inspector hizo reír a Eugene.

—Ya suponía que no sabrías de lo que te hablaba.

—La verdad es que no he oído hablar nunca de ella.

—Eso es porque realmente todavía no la tenéis a vuestra disposición para usarla de un modo rutinario. Estamos terminando de desarrollarla.

—¿Y crees que puede sernos útil?

—Totalmente —respondió convencida—. Cuando esté cien por cien desarrollada estoy segura de que desplazará a la lámpara ultravioleta y a la infrarroja.

—Me alegra oír eso. ¿Cómo debemos utilizarla?

Eugene se sentía orgullosa al ver que por fin iban a poder estrenar una de las ideas en las que más horas había invertido.

—El funcionamiento es muy sencillo. Verás que estéticamente no es diferente a las otras dos. Lo único que tienes que hacer es iluminar lo que quieras, en vuestro caso ese cuadro, con la luz blanca que emite.

—¿Y por qué dices que nos será tan útil? —preguntó con curiosidad.

—Porque su principal ventaja es que permite ver las cosas de diferente color en función de su temperatura. De ahí su nombre.

—Creo que no te entiendo...

—Es muy sencillo —dijo intentando explicarse—. Me has dicho antes que creéis que en ese cuadro han podido hacer algo que queréis encontrar ¿verdad?

—Eso es, sí.

—Pues sea lo que sea lo que hayan hecho, seguro que ha sido posterior al momento en el que se pintó con lo que gracias a esta lámpara lo veréis en un tono diferente.

Al escuchar esas palabras, Bingleau sintió que no les iba a ser útil.

—Pero es que ese cuadro lleva colgado en una sala del museo desde ayer por la mañana. Y la sala tiene equipos de aire acondicionado.

Eugene de nuevo soltó una carcajada.

—Acabas de decirme algo parecido a lo que me dijo tu jefe cuando todavía no era más que una simple idea.

Bingleau tampoco pudo evitar sonreír. Sabía que la relación de Eugene con el comisario Chavrier no era idílica.

—¿Quiere decir eso que nos servirá de todos modos?

—Perfectamente. Esa lámpara permite distinguir variaciones de temperatura de

una milésima de grado centígrado en superficies de hasta medio centímetro de grosor.

El inspector Bingleau se mostró sorprendido.

—Suenan increíbles.

—Lo sé. Pero no suenan increíbles. Es increíble. De modo, que si en ese cuadro se ha escrito o hecho algo recientemente, con la lámpara térmica lo encontrareis.

La excitación invadió al inspector. Aquello parecía ser justo lo que necesitaban. De todas formas, sabía que había otro problema que, si bien no sería definitivo, sí que podría retrasarles enormemente.

—Creo que tendremos un problema, no obstante.

—¿De qué se trata? —preguntó Eugene.

—El tamaño del cuadro. Como he dicho antes, es gigantesco.

—Gigantesco ¿cómo qué?

—Creo que la profesora Margaux ha dicho que mide unos seis o siete metros de alto.

Eugene comenzó a teclear en su ordenador.

—Dime de qué cuadro se trata y te lo diré exactamente.

Bingleau hizo un esfuerzo por recordar el nombre.

—*La consagración de Napoleón*, creo recordar.

El sonido del teclado evidenciaba que Eugene estaba buscando el cuadro que le había dicho Bingleau.

—Sí que es grande, sí. Mide algo más de seis metros de alto y casi diez de largo. ¿A quién se le ha ocurrido la idea de esconder algo en un cuadro tan grande?

—Mejor no preguntes. No querrías saberlo, créeme.

—Lo único que espero, por vuestro bien, es que lo que hayan hecho en él no sea demasiado pequeño porque si no os vais a cansar de buscar. En cualquier caso, lo que debéis hacer es realizar barridos a una distancia de unos cincuenta centímetros y cuando lo encontréis acercar la lámpara hasta verlo perfectamente.

—¿Qué se supone que debemos ver?

—Diferentes colores —respondió al instante—. Lo que sea más reciente se verá en colores más cálidos, como el rojo o el naranja, mientras que lo más antiguo lo veréis en colores más fríos, como el azul.

—¿Y a medio metro de distancia podremos apreciar eso?

—Sí, está especialmente diseñada para ello. Debéis hacer barridos a esa distancia. Cuando lleguéis al punto donde esté lo que buscáis seguramente veáis una mancha roja difuminada sobre un fondo azul. Después, a medida que vayáis acercando la lámpara, esa mancha roja se irá haciendo cada vez, más y más nítida, hasta que a una distancia concreta podáis ver con total claridad lo que estabais buscando.

Bingleau no salía de su asombro.

—Gracias, Eugene. Te debo una.

—Si os sirve me deberás más de una —dijo sonriendo—. ¿Quieres que mande a alguien hasta el Louvre con ella?

—No, gracias. No será necesario. El comisario ha enviado a un hombre del servicio secreto a buscarla. Esperemos que funcione tan bien como tú dices.

—No lo dudes.

De nuevo, Bingleau sonrió.

Capítulo 58

La tensión se reflejaba en el rostro de Chavrier al ver cómo la profesora Margaux comenzaba a cortar la cubierta de manera paralela a uno de los lados más cortos del cuadro. A pesar de estar haciéndolo con enorme delicadeza, recordaba sin parar las palabras del profesor Campbell sugiriendo que, tal vez, el museo necesitara esa copia para exponerla al público. Mientras la observaba en silencio, comenzó a pensar qué pasaría si no encontraban esa noche a Deneux. De manera alborotada, varios problemas empezaron a aparecer en su mente. ¿Cómo justificaría su presencia en el Louvre, en Notre Dame o en la Asamblea Nacional? ¿Podría hacer público los dos cadáveres que habían encontrado allí? Indudablemente, las circunstancias especiales que rodeaban a ambas muertes debían mantenerse en secreto, pero si como empezaba a temer no eran capaces de encontrar al hijo del presidente en lo que quedaba de noche, los problemas que tendría que afrontar serían incalculables.

—Espero que el director del museo me perdone por lo que estoy haciendo —dijo Margaux en voz baja.

Campbell se agachó justo a su lado.

—Estoy seguro de que todo saldrá bien.

Al escuchar las palabras que el profesor le decía para intentar animarla, Chavrier se dio cuenta de que para ellos todo lo que estaba ocurriendo esa noche debía ser algo realmente estresante.

—Confío plenamente en usted, profesora —le dijo intentando infundirle confianza—. Hasta ahora, todo lo que han hecho esta noche ha resultado ser acertado, de modo que estoy seguro de que, sea de esta manera o de cualquier otra que se les ocurra, serán capaces de descubrir qué esconde este cuadro.

Margaux dejó de cortar la cubierta y le devolvió la navaja a Milanelli.

—Gracias por su confianza, comisario.

Campbell la miró fijamente.

—¿No necesitas cortar más? —preguntó con curiosidad.

Sin contestar, se levantó y comenzó a dar pequeños golpecitos con la mano derecha en diferentes partes del cuadro.

—Debo reconocer que es una buena imitación —respondió—. Sin embargo, la cubierta no está fijada como lo estaría en una obra de su importancia.

—¿Quiere eso decir que ha encontrado algo? —preguntó Milanelli.

—No, profesor. Lo que quiero decir es que a pesar de lo que hemos visto en las imágenes que nos ha enseñado el inspector Paccaud, siempre he tenido el temor de que realmente sí que fuese este el cuadro original.

Chavrier se mostró sorprendido.

—Me temo que no le entiendo, profesora.

Margaux se dio la vuelta y le buscó con la mirada.

—Es muy fácil, señor. Como digo, a pesar de lo que vimos en las imágenes, que

el trabajador del museo que está diariamente en esta sala no notara ninguna diferencia me resultaba muy extraño. Después, cuando hemos llegado nosotros, yo tampoco he encontrado nada diferente y cuando lo hemos puesto aquí encima —dijo señalando los sofás sobre los que estaba apoyado el cuadro— la cubierta era perfecta.

—¿Entonces? —preguntó Campbell.

—Sencillamente creía que este era el cuadro original.

—Pero las imágenes que nos ha enseñado Paccaud demuestran lo contrario —replicó Sanoir.

Margaux sabía que aquel vídeo era bastante elocuente.

—Lo sé, señor. Pero creo que no hemos tenido en cuenta la posibilidad de que el cuadro inicial fuese la copia y el que vimos que colgaban en el vídeo, es decir este que tenemos nosotros aquí delante, el original.

—Pero el vídeo... —murmulló Chavier.

—El vídeo es bastante claro, comisario, lo sé. ¿Pero se ha parado a pensar que lo que Paccaud nos ha enseñado es una grabación de ayer por la mañana y que tampoco hemos visto lo que ocurría después?

—¿Está diciendo que este es el cuadro original y que los secuestradores de Deneux se llevan una copia? —preguntó Sanoir.

Margaux se llevó las manos a la cabeza en un gesto de desesperación. A medida que avanzaba la noche tenía más claro que intentar razonar algo con él era una tarea imposible.

—No estoy diciendo eso, señor. De hecho, en ningún momento ni yo ni mis compañeros hemos dicho que los secuestradores de Deneux sean las mismas personas que aparecen en ese vídeo. Lo que estoy intentando que entiendan es que no sabemos lo que pudo ocurrir después de la grabación que hemos visto. Tal vez, a lo largo del día de ayer, de nuevo hubo un cambio en el cuadro y finalmente este sea el original.

—No veo cuál sería el problema en cualquier caso —replicó Sanoir contrariado.

—¿De verdad? ¿No ve ningún problema en estropear uno de los cuadros más importantes que se exponen en este museo?

—La vida del hijo del presidente está en juego y la considero mucho más importante —contestó con claro malestar.

Margaux se volvió hacia el cuadro y se agachó de nuevo hasta poner sus manos sobre la parte de cubierta que había cortado.

—No voy a discutir más sobre eso, señor. Lo que pretendía decirles es que me he dado cuenta de que este cuadro es una imitación por el modo en que la cubierta está fijada a la estructura de madera.

Campbell notó claramente la rabia que salía de sus palabras. Él mismo se había enfrentado anteriormente a Sanoir y había tenido el mismo sentimiento.

—¿Crees que podemos separarla sin necesidad de seguir cortando? —le dijo en voz baja.

—Estoy segura de ello, sí —contestó mientras introducía sus pequeñas manos en

el corte que había realizado.

Campbell sujetó el cuadro al ver cómo comenzaba a hacer fuerza. Poco a poco, la cubierta comenzó a separarse.

—Si me ayudas, entre los dos creo que podremos separarla por completo —dijo mientras abría un hueco suficientemente grande para que entraran también sus manos.

Cada uno de ellos comenzó a separar la cubierta del cuadro en direcciones opuestas. Milanelli observaba nervioso ante la posibilidad que encontrar algo ahí dentro.

—¿Podrían ayudarnos a retirarla? —preguntó Margaux cuando ya casi habían terminado.

—Por supuesto, profesora —contestó rápidamente Chavier—. ¿Qué quiere que hagamos?

Margaux miró desde el extremo en el que se encontraba. Las dimensiones que tenía aquel cuadro eran realmente impresionantes.

—¿Ve el corte que hice con la navaja, comisario?

—Sí, aquí está.

—Bien. Introduzca la mano y cuando yo le diga levante la cubierta ¿de acuerdo?

—Entendido, profesora.

Margaux separó la última parte que permanecía unida al cuadro hasta que sus manos se encontraron de nuevo con las de Campbell.

—Entre los tres la levantaremos —le dijo en voz baja.

La profesora alzó la vista buscando a Chavier.

—Está bien, comisario, ¡ahora!

La cubierta se separó del cuadro como una fina hoja de papel. Debajo de ella, una compleja estructura de madera servía para mantener el lienzo en perfecto estado.

—Creo que lo mejor será que la dejemos apoyada sobre la pared —propuso Margaux—. Puede que también tengamos que estudiarla.

Chavier mostró su conformidad. Con cuidado, la apoyaron en el hueco que el cuadro había dejado libre. Al soltarla, Margaux resopló con fuerza.

—Tengo la sensación de que no vamos a encontrar nada interesante ahí —dijo Milanelli señalándola.

Margaux y Campbell se giraron para ver mejor la parte trasera de cuadro.

—No parece que esto empiece muy bien —comentó Sanoir.

El profesor Campbell había sido desde el primer momento un defensor de la idea de que aquello que tuvieran encontrar debía estar suficientemente oculto, pero aún así no podía dejar de reconocer que Sanoir tenía parte de razón.

—Creo que debemos confiar en encontrar algo con la lámpara que nos va a traer el inspector Bingleau. Y en ese momento, esta cubierta puede ser un sitio tan interesante donde buscar como el propio cuadro.

Margaux disimuló con su mano la leve sonrisa que se le escapó al escuchar la

contestación que Campbell le acababa de dar.

—¿Encuentra aquí algo que le resulte diferente o cree que deberíamos darle la vuelta al cuadro de nuevo? —le preguntó Chavier.

La profesora se acercó al comisario y observó detenidamente la estructura de madera durante varios segundos antes de contestar.

—Aparentemente todo parece ser normal —respondió—. No obstante, estoy de acuerdo con el profesor Campbell. Creo que tanto la parte interna de la cubierta como el propio cuadro son los dos lugares más interesantes en los que buscar algo oculto.

En ese momento, el inspector Bingleau entró en la sala con la lámpara ultravioleta en la mano.

—¡Aquí la tengo, comisario! —exclamó desde la distancia.

Todos se giraron al escucharle.

—¡Perfecto! Así podremos empezar cuanto antes.

Sanoir miró su reloj y mostró un gesto de disconformidad.

—Mi hombre no debería tardar en llegar con la lámpara infrarroja.

—No se preocupe por eso, señor —contestó Margaux—. Podemos empezar utilizando esta para ver si descubrimos algo.

El nerviosismo de Chavier era evidente. Ya tenían una de las lámparas que podían ayudarles a encontrar lo que los secuestradores podían haber dejado oculto en aquel cuadro y no debían esperar ni un minuto más para empezar a buscarlo.

—Inspector, deje la lámpara en el suelo y ayúdeme a darle la vuelta al cuadro.

Campbell y Milanelli se acercaron a ayudarles. Entre los cuatro consiguieron colocarlo de nuevo en la posición original, con el lienzo hacia arriba.

—Ha llegado el momento de que descubramos lo que hay aquí escondido, profesora —le dijo Chavier.

Margaux apoyó muy suavemente su mano izquierda sobre él y la deslizó para notar su textura.

—Creo que necesitaremos una luz más apropiada —dijo finalmente.

El comisario no tardó en responder.

—¿Quiere que le diga al inspector Paccaud que apague las luces de esta sala?

Margaux dirigió su mirada al suelo. La hilera de luces se distribuía paralela a cada una de las dos largas paredes que tenía aquella sala.

—Seguramente eso nos ayude a encontrar cualquier cosa que pueda estar oculta en el cuadro, por muy sutil que sea.

Sin vacilar, Chavier encendió su *walkie-talkie*. El profesor Campbell le miró fijamente y no pudo evitar pensar en cómo había cambiado su comportamiento respecto a las ideas que habían tenido a lo largo de aquella noche. Sin duda, mostrar ese alto grado de confianza hacia ellos era crucial para encontrar a Deneux lo antes posible.

—Inspector Paccaud —dijo sin esperar respuesta—, necesito que apague las luces inmediatamente.

—¿De la sala 75? —preguntó extrañado.

—Eso es. No pregunte por qué. Hágalo cuanto antes.

—Ahora mismo, señor.

Al mismo tiempo que el comisario apagaba su *walkie-talkie*, la sala se quedó completamente a oscuras. Simultáneamente, las luces del suelo comenzaron a iluminarse adquiriendo cada vez más intensidad. Todos esperaron unos segundos hasta que su vista pudo adaptarse a la nueva iluminación.

—¿Podría prestarme esa lámpara, inspector? —dijo Margaux rompiendo el silencio.

Bingleau caminó unos pasos hasta llegar al punto en el que se encontraba la profesora. Cuando se colocó a su lado, la encendió y apuntó con el haz de luz al suelo para asegurarse de que funcionaba correctamente.

—Toda suya —dijo con un gesto amable.

Margaux la cogió con decisión. Sabía que de entre todas las posibilidades que tenían, encontrar algo oculto en el lienzo era la más realista con diferencia. Por lo menos esa era desde luego su opinión y estaba segura que también la del profesor Campbell. Con cuidado, como si fuese a hacerle daño a aquella obra, iluminó una de las esquinas. Todos se acercaron para ver lo mejor posible si había algo escondido en él.

—Espero que esto funcione —dijo Chavrier en voz baja.

Margaux comenzó a avanzar a lo largo de uno de los laterales. La anchura del haz de luz era de unos treinta centímetros aunque la superficie que iluminaba era algo mayor.

—Creo que deberíamos intentar iluminar el cuadro de otra manera —opinó Sanoir.

Aunque Margaux estaba harta de escuchar sus continuas pegadas a todo lo que ellos hacían esa noche, sabía que en esa ocasión estaba en lo cierto. De hecho, nadie dijo nada en contra de ese comentario lo que le hizo pensar que todos opinaban más o menos de la misma manera.

—Puede que tenga razón, señor —admitió resignada.

—Además, no sé cómo pretende llegar a iluminar la parte central —añadió.

Margaux alzó la mirada y se dio cuenta de que quizá, por primera vez en toda la noche, Sanoir estuviese en lo cierto. Cualquiera de ellos tan solo podría iluminar una pequeña parte de los laterales y la superficie central que no podrían alcanzar era demasiado grande.

—Las cosas importantes siempre están en el centro de la obra —murmuró.

Chavrier la miró con curiosidad.

—¿Cómo pretende llegar al centro, profesora?

Margaux vaciló unos segundos antes de contestarle. Sabía que solo había una manera de iluminar todo el cuadro.

Capítulo 59

La falta de luz era el mayor impedimento que tenía Deneux para saber dónde estaba y a dónde debía dirigirse para poder escapar. A pesar de tener los pies atados, se las había arreglado para avanzar. Apoyándose sobre una de las paredes, era capaz de caminar sin perder el equilibrio.

«Si por lo menos supiese dónde estoy».

Por unos instantes pensó en gritar. Gritar tan fuerte como fuese posible aunque eso implicara gastar la poca fuerza que le quedaba. Sin embargo, rápidamente se dio cuenta de que era muy posible que nadie pudiera escucharle, y lo más seguro era que con sus gritos atrajese la atención de aquel hombre que le había amordazado. Torpemente, siguió avanzando, poco a poco, a lo largo de aquel enorme pasillo. No sabía hacia dónde se dirigía pero tenía muy claro que debía alejarse de aquel lugar tanto como pudiera.

A no mucha distancia, su secuestrador caminaba decidido hacia el punto donde le había dejado atado minutos antes. La satisfacción se mezclaba en su rostro con el nerviosismo de quien sabe lo que está a punto de ocurrir. Si todo salía como habían planeado aquella noche cambiarían muchas cosas.

—Me gustaría ver la cara de esos policías cuando encuentren al hijo de su querido presidente —repetía en voz baja mostrando una macabra sonrisa.

A medida que se acercaba al lugar, comenzó a ralentizar su paso. No quería que le escuchara llegar.

«Quiero que aprenda lo que es el miedo».

Igual que un cazador ansioso por descubrir cómo está su presa, su corazón comenzó a latir cada vez a mayor velocidad. Tan solo unos metros les separaban.

«Un lugar perfecto, sin duda».

Cuando llegó, su corazón se detuvo de golpe. Deneux había escapado.

—¡No puede ser! ¡No puede ser! —exclamó.

Con gran agitación miró a su alrededor. Parte de la cuerda que había utilizado para atarle estaba en el suelo rota como una hoja de papel. El odio que sintió en aquel momento hacía Deneux era un sentimiento que jamás había experimentado antes.

—¡Te encontraré!

El grito ensordecedor retumbó a lo largo de los pasillos.

Capítulo 60

El *walkie-talkie* de Sanoir emitió un molesto pitido.

—Lo tengo, señor. Estoy de regreso al Louvre.

Sin tiempo a contestar, la comunicación se cortó. Sanoir mostró su satisfacción por la eficacia de sus hombres.

—La tenemos, comisario.

Chavrier le miró durante unos instantes fijamente. Utilizar aquellas lámparas era la única opción que tenían para descubrir lo que había en ese cuadro que pudiera guiarles hasta Deneux.

—Bien, profesora —comenzó—, díganos cómo pretende iluminar toda la superficie de un cuadro tan grande como este.

Margaux no apartó su mirada del lienzo. Estaba convencida de que su idea era la única posible. Aunque le costara admitirlo.

—Creo que no nos queda otra opción de subirnos encima de él.

Las caras de Chavrier y Sanoir reflejaron su enorme sorpresa.

—¿Cómo dice? —preguntó el comisario.

—Ahora que sabemos que es una copia —añadió explicándose—, creo que podemos adoptar medidas un poco más radicales para conseguir encontrar lo que estamos buscando.

—Me alegra escucharle decir eso —dijo rápidamente Sanoir.

Margaux no contestó.

—¿Y cómo quieres que lo hagamos? —le preguntó Campbell intentando mostrarle su apoyo.

—Creo que lo más lógico es que sea yo la que suba —respondió—. Sin duda, soy la persona que menos pesa de todos nosotros, y aunque me temo que el cuadro no va a poder volver a exponerse, al menos intentaremos causarle el menor daño posible.

—¿Y cómo demonios piensa subirse encima sin romperlo? —preguntó el profesor Milanelli.

Margaux le miró con gesto amable. Desde luego era una proposición bastante difícil de entender.

—Al tratarse de un cuadro tan grande, la estructura de madera utilizada para sujetar el lienzo es también mucho más grande y robusta que en el resto de los cuadros.

—¿Y cree que así podrá iluminarlo completamente?

—Sí, comisario. Como dije antes, salvo por la manera en la que la cubierta estaba fijada, todo está perfectamente copiado como si se tratara de una obra original y la estructura de madera cubre por completo el lienzo. Creo que puedo apoyarme en ella para iluminar cualquier parte de su superficie.

—En ese caso, creo que lo mejor será que retiremos los bancos y que apoyemos el cuadro directamente en el suelo ¿no te parece? —propuso Campbell.

Chavier buscó con la mirada a Margaux esperando que confirmara la idea del profesor.

—Sí, así es —respondió convencida.

—Pues no perdamos más tiempo —afirmó deseoso de descubrir lo que estaban buscando—. Nosotros lo levantaremos y Bingleau y el profesor Campbell retirarán esos dos sofás, ¿de acuerdo?

Campbell hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Sanoir y el profesor Milanelli se colocaron justo en el lado contrario al que se encontraban el comisario y la profesora Margaux.

—Cuando yo les diga lo levantamos —advirtió Chavier—. Uno, dos, tres ¡ahora! El sonido de las patas de los sofás arañando el parqué recorrió toda la sala.

—¡Ya están los dos fuera! —exclamó Campbell excitado.

—Bien. Ahora lo bajaremos muy lentamente.

A pesar de lo que tenían pensado hacer en él, todos trataron aquel cuadro con la máxima delicadeza hasta dejarlo completamente apoyado en el suelo. A continuación, Margaux se sentó en uno de los dos sofás que acababan de retirar y comenzó a quitarse los zapatos. Campbell la observó en silencio. Quería decirle tantas cosas que no sabía siquiera por dónde empezar. La fortaleza que estaba mostrando esa noche le parecía increíble. Estaba seguro de que si conseguían encontrar finalmente a Deneux con vida sería en gran parte gracias a ella.

Después de descalzarse, caminó con cuidado hasta situarse en una de las esquinas del cuadro. El profesor Milanelli se colocó a su lado y le tendió la mano. Margaux le sonrió.

—Gracias.

Con delicadeza, cogió su mano para apoyarse y puso uno de sus pies sobre el lienzo. Todos guardaron un tenso silencio. Margaux cerró los ojos y apoyó todo el peso de su cuerpo sobre la estructura de madera a la vez que introducía su otro pie en el cuadro.

—Parece que no se ha roto —le dijo el profesor intentando transmitirle tranquilidad.

—Eso parece...

Chavier sentía que su corazón se le salía del pecho.

—Está bien, profesora, ilumine el cuadro y comience a avanzar sobre él. Debemos descubrir si hay algo ahí cuanto antes.

Tal como le pedía el comisario, Margaux encendió la lámpara ultravioleta e iluminó con su haz de luz el lienzo. A continuación, con mucho cuidado, comenzó a caminar hacia el centro.

El *walkie-talkie* de Sanoir pitó de nuevo.

—Estoy en el Louvre, señor.

Chavier miró rápidamente a Bingleau. Sin necesidad de que le dijera nada, el inspector salió corriendo de la sala en busca de las otras dos lámparas.

—Me gustaría tener una idea aproximada de lo que se supone que debemos encontrar —dijo Margaux.

Campbell caminó unos pasos hasta colocarse cerca de ella.

—Si no has notado nada diferente, creo que lo más lógico sería pensar que han podido escribir algo que nos indique dónde encontrar a Deneux ¿no te parece?

—Estoy de acuerdo —dijo Milanelli apoyándole.

Mientras escuchaba hablar a los profesores, Sanoir se giró para admirar el enorme hueco que aquel cuadro había dejado vacío en la pared.

—¿Tienen pensada alguna otra idea si esto no funciona?

Milanelli se sintió molesto por aquella pregunta.

—¿Es que acaso quiere que no encontremos nada?

—No, profesor. No era mi intención decir eso —se disculpó—. Simplemente les planteo si han considerado la opción de que no encontremos nada utilizando estas lámparas.

—Confío en que sí lo encontraremos —contestó rápidamente Margaux intentando zanjar aquel inesperado roce entre ambos.

—En cualquier caso —añadió Chavier—, si la profesora no consigue encontrar nada en ese cuadro, todavía nos quedaría la baza de que nos están vigilando ¿no es así?

Campbell se sorprendió al escuchar aquel comentario.

—¿A qué se refiere, comisario?

—Bueno, usted mismo ha sido quien nos ha dicho que lo más seguro es que los secuestradores de Deneux tengan controlado el sistema de seguridad del museo.

—Sí, así es —contestó el profesor sin alcanzar a comprender aún lo que intentaba decirles.

—Pues si nos están vigilando por medio de las cámaras de seguridad del museo —continuó explicándose— sabrán si somos capaces o no de encontrar lo que ahora mismo estamos buscando. Por tanto, si la idea de las lámparas no funciona y no encontramos nada, ellos lo sabrán.

Milanelli miró al comisario.

—Ellos son los que están jugando con nosotros esta noche, de modo que podrían utilizar alguna manera para hacernos ver lo que quieren que encontremos, sí.

—¿Como la alarma de la otra sala? —preguntó Sanoir.

—No tengo ni idea de cómo lo harían exactamente, pero es lógico pensar que ocurriría ¿no le parece, profesor?

Campbell se llevó las manos a la cabeza. No sabía cómo una idea tan simple se le podía haber escapado. No había ninguna duda de que el comisario estaba en lo cierto. Para él, los secuestradores de Deneux eran los primeros interesados en que fuesen capaces de descubrir lo que habían dejado oculto en ese cuadro, y si a través de la cámaras del museo veían que no eran capaces de hacerlo, no le cabía la menor duda de que se lo harían saber de un modo u otro.

—Entonces no tenemos ningún problema —afirmó sarcástico Sanoir.

—Yo no diría tanto, señor —le rebatió rápidamente Milanelli—. Estoy seguro de que los secuestradores de Deneux quieren que encontremos algo en este cuadro y que vayamos a otro punto de París, como ya hemos hecho esta noche en varias ocasiones. Pero no tengo tan claro que si no somos capaces de descubrirlo por nosotros mismos ellos nos lo vayan a mostrar tan fácilmente.

—Pero eso mismo fue lo que ocurrió con *La Libertad guiando al pueblo* ¿verdad?

—Aquello fue una situación diferente —respondió Campbell—. En aquel momento estábamos perdidos buscando por diferentes partes del museo y ellos se encargaron de guiarnos hasta la sala 77. Pero no nos dijeron qué cuadro debíamos buscar.

—Eso no es del todo cierto —dijo Chavier—. El cuadro que hizo saltar la alarma era el que estábamos buscando.

—Sí, lo sé. Pero aún sin haber sabido eso nosotros ya habíamos descartado la mayoría de los otros cuadros de aquella sala. Solo hubiese sido cuestión de tiempo quedarnos con *La Libertad guiando al pueblo*.

A Margaux no le gustó escuchar la manera en la que se estaba poniendo en duda el trabajo que ellos habían hecho anteriormente.

—De hecho, ya nos habíamos quedado con ese —opinó al tiempo que hacía un descanso en su búsqueda.

—¿Ha encontrado algo, profesora? —preguntó Chavier girándose hacia ella.

—Me temo que todavía no, comisario.

En ese momento, el inspector Bingleau entró corriendo en la sala de manera similar a como lo había hecho unos minutos antes.

—Aquí tiene las otras dos lámparas, señor —dijo con la voz entrecortada.

—¿Dos, inspector? —preguntó extrañado.

—Sí, señor. Cuando llamé antes al laboratorio, Eugene me recomendó que utilizáramos la lámpara térmica.

Milanelli se mostró sorprendido.

—¿Lámpara térmica ha dicho?

—¡Se supone que todavía no está terminada! —criticó malhumorado.

—Lo sé, señor. Pero le he explicado claramente cuál es nuestro problema y según ella puede que nos sea de gran ayuda.

El comisario no podía disimular su enfado. Una vez más, Eugene había desobedecido sus órdenes.

—¿Cómo demonios funciona eso? —repitió Milanelli intentando que alguien le hiciera caso.

Bingleau miró a Chavier esperando que este contestara. Al ver que no lo hacía, se lanzó a explicarle lo que le había dicho su compañera.

—Según me han explicado, profesor, esta lámpara es capaz de distinguir diferencias muy pequeñas de temperatura entre superficies que se encuentran muy

próximas entre sí.

«Fascinante».

—¿Y cómo va a ayudarnos eso exactamente, inspector? —preguntó Campbell.

—En teoría —respondió Chavrier dándoles más detalles— esta lámpara permite diferenciar las cosas porque su temperatura depende del momento en que se hayan hecho. De modo, que si en este cuadro han hecho algo que debemos descubrir, su temperatura y la del resto del cuadro serán diferentes por lo que lo veremos con esta lámpara.

—Parece una gran idea —expresó emocionado Milanelli.

—Debería serlo, pero como ya dije antes, no está completamente desarrollada por lo que tendremos que descubrir si funciona realmente —le respondió Chavrier tratando de rebajar sus expectativas.

En ese momento, Margaux salió con cuidado del cuadro y caminó hasta donde ellos se encontraban.

—Sea como sea, comisario, lo cierto es que suena realmente bien —opinó—. Y dado que con la luz ultravioleta no he encontrado nada, creo que deberíamos plantearnos utilizarla antes que la lámpara infrarroja.

Chavrier la miró durante unos instantes antes de responder. Esperaba que, por una vez, la desobediencia de Eugene sirviera para conseguir encontrar lo que estaban buscando.

—De acuerdo, profesora. Usted utilizará ahora esta lámpara mientras nosotros pasamos la luz ultravioleta por la cubierta. Y si todo esto no funciona vayan pensando en cómo hacer para que los secuestradores de Deneux nos digan qué demonios quieren que encontremos en este cuadro.

Capítulo 61

El profesor Campbell inspeccionaba cuidadosamente la cubierta que habían dejado apoyada en la pared. En su opinión, el lienzo parecía indudablemente el lugar más indicado para dejar cualquier mensaje oculto. Sin embargo, no podían descartar la posibilidad de que los secuestradores hubiesen querido esconder el mensaje aún más utilizando para ello la cubierta del cuadro.

—Desde luego tenemos mucho trabajo por delante —dijo Chavier colocándose a su lado.

Campbell miró desinteresadamente al comisario. Toda su atención la seguía atrayendo aquel enorme rectángulo que debían revisar.

—Estaba pensando en cuál sería la manera más rápida de descubrir lo que nos han podido dejar aquí.

—Podríamos tumbarla en el suelo al igual que hemos hecho con el cuadro —propuso Milanelli.

Campbell se giró al escuchar las palabras del profesor. Ni siquiera se había dado cuenta de que lo tenía justo detrás de él.

—Es una opción —respondió indeciso—. Aunque yo más bien estaba pensando en dejarla aquí, tal como la tenemos colocada ahora.

Milanelli mostró su disconformidad.

—Creo que en ese caso parte de la cubierta quedaría sin revisar. Piense que son casi siete metros de altura por lo que si la iluminamos en esta posición, y aunque luego le diéramos la vuelta, quedaría aproximadamente un metro y medio sin examinar. Multiplicado, por supuesto, por los diez metros que tiene de largo —dijo señalando el final.

El profesor Campbell elevó la cabeza hasta verla por completo.

—Tiene razón —reconoció en voz baja—. Debemos tumbarla en el suelo igual que hemos hecho con el cuadro.

Milanelli retrocedió unos pasos seguro de que en ese lugar donde él se encontraba no cabría, ya que la mayoría de la anchura de la sala en ese punto ya estaba ocupada.

—Si moviéramos esos sofás otra vez... —murmuró.

Sin esperar a que dijera una palabra más, el inspector Bingleau comenzó a mover de nuevo los sofás que minutos antes sostenían el cuadro.

—Gracias, inspector —dijo apresuradamente—. Ese hueco será excelente.

Milanelli se dirigió al lugar que Bingleau acababa de dejar despejado. Aunque aparentemente parecía ser un sitio perfecto tomó varias medidas ayudándose de pasos largos para comprobarlo. Chavier y Campbell le observaban con curiosidad.

—¿Suficiente, profesor? —preguntó el comisario.

—Mucho más de lo que necesitamos, sí. En cualquier caso, mejor. Así podremos movernos con libertad.

Chavier buscó a Bingleau con la mirada.

—Ayúdenos, inspector. Llevaremos la cubierta hasta ese lugar.

Entre los cuatro, la trasladaron hasta el hueco que acababan de dejar libre en la sala.

—La parte interior debe quedar hacia arriba para que podamos revisarla en primer lugar —advirtió Campbell—. Creo que es la zona más interesante.

—Campbell tiene razón, comisario —opinó Margaux al escucharle—. Si los secuestradores han escondido algo ahí, lo más lógico es pensar que estará en la parte interna. De lo contrario, no habría sido necesario separarla del resto del cuadro.

Chavier hizo varios gestos afirmativos con la cabeza.

—Inspector, ayude a la profesora a revisar el lienzo con la lámpara térmica. Nosotros revisaremos la cubierta con la luz ultravioleta.

—Si le parece —dijo Milanelli—, ya que estando en el suelo es accesible a cualquiera de nosotros, podemos utilizar ambas lámparas a la vez. Yo puedo empezar en uno de los extremos con la luz infrarroja mientras que usted revisa el otro con la ultravioleta.

A escasos metros de donde se encontraban, Margaux sostenía con su mano derecha la lámpara térmica que el inspector Bingleau les acababa de traer. Según lo que había dicho, todo parecía indicar que podría resultarles de gran ayuda. Sin embargo, hasta el momento lo que no les había explicado era cómo debían utilizarla.

—Enciéndala, profesora —le dijo acercándose a ella—. Como si fuese una lámpara normal.

Margaux sintió que el inspector le había leído el pensamiento. Dubitativa, buscó el interruptor. Cuando lo encontró, el haz de luz blanca llamó la atención de Sanoir.

—¿Esa lucecita va a permitir que descubramos dónde está Deneux?

La profesora le miró resignada.

—Al menos espero que nos permita encontrar lo que sus secuestradores han dejado en este cuadro, señor.

A pesar de que a Bingleau tampoco le había gustado aquel comentario, sabía que él no podía contestarle. Por ello, prefirió centrarse en ayudar a la profesora a descubrir lo que estaban buscando.

—Debe iluminar el cuadro a una distancia de unos cincuenta centímetros. En teoría, si hay algo reciente en él, debería tener un color rojizo mientras que todo lo que sea más antiguo debería verse de color azul.

La profesora miró a Bingleau con cara de sorpresa. Sin duda era la lámpara más extraña que jamás había visto. Incredula, se agachó e iluminó la pequeña porción de cuadro que tenía justo delante de sus pies.

—¿Lo ve? —preguntó Bingleau sonriente.

Tal como Eugene le había dicho, bajo la luz de aquella lámpara el cuadro tenía un color azulado prácticamente homogéneo.

«Es increíble».

El brillo en los ojos de Margaux denotaba la confianza que ahora tenía en poder encontrar lo que los secuestradores habían dejado oculto en aquel cuadro.

—Ayúdeme a subir de nuevo, por favor. ¡Debemos empezar a buscar cuanto antes!

Con delicadeza, se apoyó en la mano de Bingleau como había hecho antes con Milanelli para subirse a una de las maderas de la estructura. Una vez arriba, mantuvo las piernas rectas e inclinó el tronco ligeramente.

—Creo que esta distancia debería ser adecuada —dijo buscando la aprobación de Bingleau.

—Yo creo que es perfecta, profesora. Si encuentra algo que le hayan hecho con posterioridad, se debería ver desde esa distancia como una mancha roja que se irá haciendo más y más nítida a medida que acerque la lámpara.

Presas del nerviosismo que sentía en ese momento, ni siquiera pudo contestarle. A pesar de no ser científica, sabía muy bien que las lámparas ultravioleta e infrarroja tenían grandes limitaciones. Sin embargo, el nuevo invento de la policía que tenía en sus manos parecía ser capaz de encontrar cualquier cosa que se hubiese hecho en aquel cuadro. Por lo menos en teoría así lo parecía.

Con enorme cuidado comenzó a caminar, poco a poco, por la estructura de madera siguiendo fielmente las instrucciones de Bingleau. Hasta ese momento todo aparecía iluminado en diferentes tonalidades azules. Aunque no había encontrado nada aún, no podía disimular su fascinación al ver cómo aquella lámpara mostraba el orden en que el cuadro había sido pintado.

—¿Ha encontrado algo, profesora? —preguntó en voz alta Chavrier.

—No, señor. Todavía nada.

El comisario esperó unos segundos.

—No puedo asegurarle que ese invento vaya a funcionar correctamente. Es algo que aún no habíamos podido utilizar hasta hoy.

Margaux no tenía la menor duda de que lo que estaba viendo dejaba bien claro que aquella lámpara funcionaba correctamente.

—No se preocupe por eso, comisario. Podría apostar a que sus técnicos han hecho un gran trabajo. Lo que estoy viendo es realmente increíble.

Chavrier se mostró sorprendido por la respuesta de la profesora. Por una vez, se alegraba de que Eugene le hubiese desobedecido. Ahora solo faltaba que les sirviera para encontrar lo que estaban buscando.

—Lo único que siento es que no tengamos más de una para poder revisar el cuadro más rápidamente —añadió.

—Recuerda que lo más importante de un cuadro siempre está en el centro. Tu misma lo dijiste antes.

Margaux se incorporó de golpe al escuchar las palabras de Campbell.

—¡Eso es! ¡El centro! —exclamó.

—¿Qué ha pasado, profesora? —preguntó Chavrier acercándose a donde se encontraba.

—Creo que el profesor Campbell tiene razón. Tal vez sea mejor que revisemos el cuadro teniendo en cuenta lo que está representado en él.

El comisario permaneció en silencio.

—Me refiero a que en este cuadro se representa, como ya vimos antes, la consagración de Napoleón que es indudablemente el protagonista de la obra.

—De modo, que si los secuestradores han dejado algo oculto en él, lo más lógico sería pensar que esté cerca de la figura de Napoleón —añadió Campbell.

—¡Exacto! Para ellos ese mensaje es lo más importante por lo que debería estar en el mismo sitio en el que aparece representada la figura más importante del cuadro.

—¿Y dónde está exactamente? —preguntó Milanelli.

Margaux se dio la vuelta y comenzó a caminar muy lentamente intentando buscar su parte central.

—Es difícil con tanta oscuridad pero...

De repente, la profesora se quedó muda. Una pequeña mancha roja apareció difuminada sobre la superficie iluminada por la lámpara.

—¡Ahí está! —exclamó Chavrier—. ¡Lo que estábamos buscando!

Campbell no podía creer lo que estaba viendo.

—¡Acérquese, profesora! La imagen debería hacerse cada vez más nítida según se acerque a ella —dijo Bingleau.

En ese momento, todos sintieron la tentación de subirse encima del cuadro y ver de cerca qué era lo que habían encontrado.

—Intentaré que se vea mejor —contestó con voz temblorosa.

Margaux se acercó hasta el lugar donde aparecía aquella mancha roja hasta situarse justo encima de ella y comenzó a bajar la lámpara. Tal como había dicho Bingleau, la imagen comenzó a hacerse más y más nítida hasta que al final pudo leerla con claridad.

—Por favor, lea lo que está viendo —le pidió Sanoir sin ocultar su nerviosismo.

—Creo que vamos a necesitar su ayuda, profesor Milanelli —dijo Margaux.

Campbell empezó a leer en voz alta las letras que conseguía ver desde el punto en el que se encontraba.

$$\Omega = \omega \operatorname{sen} \lambda'$$

Milanelli se quedó perplejo.

—¿Cómo ha dicho?

—Exactamente eso —respondió ella—. La fórmula que acaba de decir el profesor Campbell es lo que está aquí escrito.

—No, no, eso no puede ser —expresó sin dudar.

—¿Por qué no, profesor? ¿No sabe a qué se refiere? —preguntó Chavrier.

Milanelli le miró molesto.

—Por supuesto que sí lo sé, comisario. Digo que no puede ser porque no tiene nada que ver con lo que estamos haciendo esta noche aquí.

Campbell entendía su extrañeza.

—Francamente, ignoro por completo lo que significa, pero todo lo que hemos visto hasta el momento se ha comprobado posteriormente que estaba perfectamente planeado por parte de los secuestradores. De modo que si ahora hemos encontrado esta fórmula deberemos buscarle sentido. Por muy extraño que este pueda resultar.

Milanelli aceptó el argumento del profesor.

—Está bien. En ese caso prepárense porque yo les diré lo que sé acerca de esa fórmula y ustedes me dirán lo que tiene que ver eso con el secuestro del hijo del presidente.

Capítulo 62

Campbell miraba fascinado la fórmula que acababan de descubrir. Lo más parecido que habían encontrado aquella noche había sido el número romano y la letra *ene* escritos en el pequeño papel que la profesora Margaux había recibido en su despacho de la Universidad de Nantes. Sin embargo, aunque ambos tenían una misma finalidad, se trataba de mensajes completamente diferentes. El recibido por la profesora había sido fácilmente descifrable, pero lo que tenía en ese momento delante de sus ojos era, sin lugar a dudas, mucho más complejo y tan solo el profesor Milanelli parecía conocer cuál era su significado.

—Antes de explicarles lo que sé acerca de esta fórmula, creo que sería interesante que revisáramos el resto del cuadro para comprobar si hay alguna otra, o algo parecido que hayan podido dejar escrito y que debamos tener en cuenta antes de centrarnos en su significado.

A pesar de las ganas que tenía de descubrirlo, el comisario Chavrier sabía que lo más inteligente era comprobar que efectivamente no había nada más en él.

—Creo que Milanelli está en lo cierto. ¿Podría, profesora, comprobar que no hay nada más que nos hayan podido dejar?

Margaux echó un rápido vistazo a su alrededor. La superficie que debía examinar era realmente grande.

—Claro que sí, comisario. Intentaré revisarlo lo más rápido posible.

Al comenzar a moverse, las letras rojas se difuminaron rápidamente hasta desaparecer por completo entre el color azul predominante. Mientras caminaba por la estructura de madera que sujetaba el lienzo, todos permanecieron en silencio. Por unos momentos, la excitación que habían sentido al descubrir lo que los secuestradores les habían dejado escrito, se vio empañada por el miedo a descubrir algo nuevo que ni siquiera Milanelli fuese capaz de interpretar.

—No creo que encontremos nada más —susurró el profesor intentando evitar distraer a Margaux.

—¿Por qué piensa eso? —le preguntó Campbell.

Durante los últimos minutos, Milanelli había intentado buscar una conexión que le permitiera entender cómo podrían estar relacionadas aquella fórmula y la búsqueda del hijo del presidente. Desgraciadamente, no había conseguido encontrar ninguna. A pesar de eso, sí que tenía claro que no encontrarían nada más en aquel cuadro.

—Todos los mensajes que los secuestradores nos han dejado esta noche han sido muy precisos. La espiral en Notre Dame, los números de la Asamblea Nacional...

Sanoir le interrumpió.

—Serán muy precisos pero por lo menos esos números no han sabido interpretarlos.

Milanelli guardó un segundo de silencio y respiró profundamente. Tenía claro que no era el momento de enfrentarse a él.

—No lo sabemos, de momento —le contradijo—. Pero no tengo la menor duda de que pronto podremos darles una explicación.

—¿Y puede ayudar esta fórmula? —preguntó Chavier.

Milanelli se mostró sorprendido.

—¿Ayudarnos a descubrir el significado de los números de la Asamblea?

El comisario hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—No, en absoluto.

Chavier mostró su decepción. En vez de ir resolviendo problemas, se les estaban acumulando las cosas nuevas que encontraban y a las que no sabían dar explicación. Milanelli percibió esa frustración.

—De todas formas —añadió— como le acabo de decir a Sanoir, estoy seguro de que encontraremos nuevos números a lo largo de esta noche y mi esperanza es que cuando los tengamos todos juntos podamos descubrir dónde se encuentra Deneux.

—Ojalá esté en lo cierto, profesor —contestó el comisario.

Campbell, que se había mantenido ajeno a aquella conversación, expuso sus dudas acerca de que aquella fórmula pudiera llevarles a algún otro sitio de París como había hecho hasta ese momento todo lo que habían encontrado.

—Empiezo a temer que los secuestradores hayan elegido en este caso algo demasiado difícil de interpretar.

—No se preocupe por eso —le dijo rápidamente Milanelli—. Esa fórmula no guarda ningún secreto para nosotros, se lo puedo asegurar. Lo que debemos descubrir es cómo puede su significado guiarnos hasta Deneux.

Campbell no sabía si sentirse más o menos preocupado tras escuchar esas palabras.

—En cualquier caso, en cuanto la profesora Margaux termine de examinar el cuadro, intentaré explicárselo de la mejor manera posible y estoy seguro de que entre todos podremos encontrar esa relación.

Justo al finalizar Milanelli sus palabras, Margaux apagó la lámpara y mostró un gesto de cansancio.

—¡Por fin! —exclamó ahogadamente.

—¿Ya ha terminado, profesora? —preguntó Chavier.

—Sí, comisario. Aquella fórmula es lo único que los secuestradores han dejado en todo el cuadro.

Milanelli sabía que había llegado su momento.

—Está bien, en ese caso, si no le importa, acérquese. Les explicaré cuál es su significado.

Con mucho cuidado, la profesora Margaux dio un pequeño salto para salir del cuadro. Tras muchos minutos caminando con miedo a romperlo, volver a pisar el suelo de aquella sala le produjo un gran alivio.

—Le escuchamos, profesor —dijo Chavier ansioso por descubrirlo.

Milanelli miró disimuladamente al comisario y a Sanoir, y después se llevó la

mano derecha al rostro. A lo largo de aquella noche, tanto él como sus compañeros, habían tenido que lidiar con la falta de comprensión que ambos mostraban cuando se trataba de entender algunas de las cosas que les planteaban. Sin embargo, ninguna de ellas había sido, ni de lejos, tan compleja como la que tenía que intentar que entendieran en ese momento.

—Muy bien, comisario —comenzó—. Como ya les dije desde un primer momento, el significado de esa fórmula no es algo que deba preocuparnos sino la manera en la que se relaciona con el señor Deneux.

Milanelli interrumpió su explicación.

—Profesora... —dijo dubitativo—. Le pido disculpas por adelantado. Sé que le he pedido hace un momento que viniera con nosotros, pero estoy seguro de que mi explicación sería mucho más sencilla si pudiésemos volver a ver la fórmula.

Margaux supo rápidamente lo que le estaba pidiendo.

—Yo mismo me subiría, pero...

—No se preocupe —le interrumpió mostrándole una amplia sonrisa.

Como ya había hecho anteriormente, el profesor extendió su mano para facilitar que pudiese subir de nuevo al cuadro. Con mucho cuidado, comenzó a caminar hasta donde se encontraba la imagen de Napoleón. Encendió nuevamente la lámpara y la mancha roja volvió a verse con claridad. Poco a poco, se agachó hasta que las letras fueron perfectamente legibles.

$$\Omega = \omega \operatorname{sen} \lambda'$$

—Muchas gracias, profesora —dijo Milanelli.

Tanto Sanoir como Chavrier sentían cada vez mayor incertidumbre por descubrir el significado de aquella fórmula. Sin embargo, ajeno a ello, el profesor comenzó a rebuscar tranquilamente entre los bolsillos de su chaqueta hasta encontrar su reloj de mano.

—Por un momento pensé que lo había perdido —murmuró aliviado.

—Estoy seguro que sabe que estamos esperando su explicación ¿verdad? —preguntó Sanoir lo más educadamente posible.

—Por supuesto que sí, señor —contestó Milanelli.

Sin parecer importarles aquel comentario que le apremiaba a explicarles el significado de aquella fórmula, el profesor cogió el reloj por el extremo final de la cadena y lo dejó caer libremente hasta que se detuvo por completo.

—Profesor... —dijo Chavrier intentando atraer su atención.

—¡No se preocupe, comisario! —exclamó—. Ya tengo justo lo que necesitaba.

Chavrier hizo un gesto de resignación.

—Bien. Creo que mejor que explicarles desde un punto de vista matemático lo que significan cada una de las letras que aparecen en esa fórmula, lo que haré será una demostración de lo que esta quiere decir. Espero, de verdad, que así podamos

entendernos mejor.

Milanelli colocó su mano izquierda completamente abierta justo debajo del reloj y con la mano derecha comenzó a moverlo en círculos sobre la palma de su mano.

—¿Lo ven? Ahora mismo este reloj está moviéndose con una trayectoria circular ya que, como pueden comprobar, describe circunferencias imaginarias en el aire, justo encima de mi mano. La velocidad a la que el reloj se está desplazando es una velocidad angular puesto que la trayectoria que describe es una circunferencia. Este hecho, la diferencia de la velocidad lineal a la que nosotros estamos acostumbrados en los coches, por ejemplo.

Milanelli hizo una breve pausa esperando que alguno de ellos dijera algo. Al ver que no era así, continuó su explicación.

—Las letras omega que aparecen a la izquierda y a la derecha de esa fórmula representan velocidades angulares.

—¿La de su reloj? —preguntó Sanoir extrañado.

—No exactamente, señor. Verán...

Milanelli lo detuvo con la mano izquierda. De nuevo, colocó la palma de su mano completamente extendida y comenzó a moverlo nuevamente, pero esta vez con una trayectoria diferente.

—Como pueden ver, en este caso el reloj no está describiendo una circunferencia sino que tiene un movimiento limitado a un solo plano. Si mantuviese el movimiento que ahora mismo está describiendo mi reloj durante varias horas, al final describiría una trayectoria circular de manera similar a como estaba haciendo antes.

El comisario soltó un elocuente bufido.

—Sé que es difícil de comprender, señor, pero creo que falta muy poco para que lo entiendan, confíe en mí.

Sin hablar, Chavrier invitó al profesor a que finalizase su explicación.

—Bien —continuó Milanelli—. Puede que les extrañe lo que les estoy diciendo ya que, aparentemente, ahora mismo se mueve en una única dirección. Sin embargo, la rotación de la tierra hace que de manera imperceptible para nosotros, el plano de rotación del reloj se desplace. Por eso, poco a poco, este plano de rotación va a ir moviéndose hasta que acabe por formar una circunferencia completa.

—¿Cuántas horas hace falta para eso, profesor? —preguntó Campbell.

Milanelli sonrió efusivamente.

—¡Esa es la parte más importante! —exclamó—. El tiempo necesario para describir una circunferencia completa depende de la latitud terrestre en la que se haga el experimento. Si ahora mismo estuviésemos en el polo norte, el plano de rotación del reloj tardaría exactamente veinticuatro horas en describirla, pero como no es el caso, tardará más tiempo y según nos alejemos de los polos el tiempo será cada vez mayor.

Chavrier no sabía si Milanelli ya había terminado o no su explicación, puesto que no estaba entendiendo absolutamente nada.

—¿Y eso es lo que dice la fórmula que los secuestradores de Deneux nos han dejado escrita en este cuadro?

—¡Exactamente, comisario! Esa fórmula dice que la velocidad angular de rotación del plano descrito por mi reloj, es igual a la velocidad angular de rotación de la tierra, multiplicada por el seno de la latitud geográfica, en la que nos encontramos.

—Ya veo —contestó sin entender.

Campbell se llevó la mano a la barbilla y balbuceó débilmente antes de empezar a hablar.

—Creo que, más o menos, he entendido su explicación y lo que significa esta fórmula. Lo que no alcanzo a comprender es qué relación tiene eso con el secuestro de Deneux, y más aún cómo nos va a decir en qué punto de París debemos continuar buscándole.

Milanelli de nuevo detuvo su reloj con la mano izquierda, recogió cuidadosamente la cadena y lo introdujo en el bolsillo de su chaqueta.

—Yo tampoco lo sé, profesor —contestó finalmente—. Desde el principio les he dicho que sabía perfectamente el significado de esta fórmula pero no cómo podría llevarnos hasta Deneux.

Campbell miró fijamente al cuadro. Aquella luz roja tan llamativa parecía esconder una gran información que no estaban siendo capaces de descubrir.

—Me temo que no hemos avanzado mucho en ese caso —comentó Sanoir.

—Puede que no —reconoció resignado Milanelli.

El comisario Chavier se negaba a aceptar que no pudiesen encontrar el significado oculto en aquel mensaje después de todo lo que ya habían conseguido superar aquella noche.

—Algo tiene que significar, profesores. Puede que algo diferente a lo que usted nos acaba de explicar ahora.

Milanelli se encogió de hombros.

—Si es así o no, comisario, no puedo decírselo. Yo me he limitado a exponerles el significado matemático de esta fórmula.

—Lo sé, lo sé... —dijo Chavier intentando disculparse.

—Estoy de acuerdo con usted en que tiene que haber algo más —opinó Campbell—. No me cabe la menor duda de que era necesario que interpretáramos su significado. De hecho, de no estar aquí con nosotros el profesor Milanelli no sabríamos qué hacer ahora mismo, lo que me hace pensar que los secuestradores la eligieron seguros de que él conocería su significado.

—Le entiendo, profesor, ¿pero qué más nos va a poder decir? —preguntó Chavier.

Campbell se detuvo a pensar unos instantes.

—Esa fórmula, ¿cómo se descubrió?

Milanelli se sorprendió por la pregunta.

—En verdad, más que descubrirse, fue expuesta por Bernard León Foucault.

Francés, por cierto.

—¿Y para qué la expuso? —preguntó el comisario.

—Para demostrar el movimiento de rotación de la tierra, señor. Piense que estamos hablando de mitad del siglo XIX.

Margaux comenzó a murmurar nerviosa.

—¿Tiene alguna idea, profesora? —preguntó Chavrier.

—No estoy segura, comisario. Puede que sí.

Durante unos segundos se mantuvo en silencio.

—¿Y podría compartirla con nosotros? —preguntó de nuevo.

—Sí, sí, por supuesto. Profesor, ¿para esa demostración no utilizó un péndulo gigante o algo así?

Milanelli dudó.

—Sí, así es. El péndulo de Foucault. Aunque de esa parte de la historia reconozco que no tengo mucho conocimiento.

De nuevo, Margaux se quedó en silencio. El comisario Chavrier no entendía por qué a los profesores les gustaba hacerse tanto los interesantes.

—¿Y bien, profesora?

—Verá, comisario —comenzó a explicarse—, recuerdo haber leído algo de que ese experimento del que nos ha hablado el profesor Milanelli se realizó en algún sitio de París. No estoy segura ahora mismo aunque creo que incluso ese péndulo se sigue conservando en ese mismo lugar.

Chavrier sintió que el corazón le daba un vuelco.

—¡Ese es nuestro próximo destino! —exclamó.

La excitación del profesor Campbell era equiparable a la del comisario.

—Estoy totalmente de acuerdo. Pero necesitamos saber cuál es ese lugar.

Margaux hizo un gran esfuerzo por tratar de recordar algún detalle más de aquella historia que recordaba vagamente.

—Quizá podríamos buscarlo... —dijo finalmente.

Bingleau sacó rápidamente su teléfono móvil, abrió una pantalla del navegador y escribió una búsqueda. *Péndulo de Foucault París*.

—¡Aquí está! —exclamó excitado.

—¿Dónde se encuentra, inspector? —preguntó tenso Chavrier.

Bingleau comenzó a leer rápidamente en voz baja de manera inteligible. Durante aquellos segundos nadie se atrevió a decir ni una palabra.

—¡Lo tengo! —exclamó de nuevo—. ¡El Panteón, señor!

—¿Está seguro? —preguntó Sanoir.

—Sí, completamente, señor. Aquí dice que «con el objetivo de demostrar el movimiento de rotación de la Tierra en torno a su eje, el físico francés Bernard León Foucault realizó públicamente su experimento bajo la cúpula del Panteón de París utilizando para ello un péndulo formado por una masa de 28 kilogramos suspendida de un hilo de 70 metros de longitud».

—¡Fantástico! Ya conozco la otra parte de la historia —expresó emocionado Milanelli.

—¿Cree que esta fórmula nos indica entonces que debemos dirigirnos al Panteón, profesor? —le preguntó Chavrier.

—Absolutamente, comisario. Y una vez más he de reconocer que la astucia que muestran los secuestradores es digna de admiración.

—¿Por qué dice eso? —preguntó Sanoir molesto al ver cómo Milanelli les elogiaba.

—No me malinterprete, señor. Pero de nuevo me han sorprendido y nos demuestran cómo, poco a poco, sus mensajes son cada vez más complejos de interpretar. En este caso, hemos necesitado conocer el significado de la fórmula para saber de lo que estábamos hablando y para, posteriormente, descubrir en qué punto de París se encontraba el péndulo. Es fascinante, sin duda.

A diferencia de las anteriores ocasiones en las que el comisario Chavrier se había dirigido rápidamente al nuevo destino que habían descubierto, esta vez permaneció en silencio escuchando lo que Sanoir y el profesor Milanelli decían. Ese cambio de actitud no pasó desapercibido para Margaux.

—¿Ocurre algo, comisario? —le preguntó.

Chavrier alzó la mirada buscando a la profesora. Una vez más, se interesaba por él como si fuese capaz de sentir sus propios temores.

—No, profesora —contestó aparentando normalidad.

—Debemos ir al Panteón, entonces —opinó Campbell.

Chavrier no contestó. La profesora Margaux apagó la lámpara, salió del cuadro y caminó lentamente hasta donde ellos se encontraban.

—Teme que encontremos un nuevo cadáver allí ¿no es así?

El comisario bajó la cabeza.

—Si el profesor Milanelli tiene razón con lo que nos dijo en la Asamblea, deberíamos encontrar otra persona asesinada con números escritos en su mano izquierda. Y esa gente no tiene ninguna culpa ¿sabe?

Quedaba claro que el comisario, a diferencia de Sanoir, no ignoraba la muerte de aquellas personas inocentes con el fin de encontrar a Deneux con vida.

—Es cierto que yo dije eso —comenzó Milanelli—. Pero también creo que posiblemente estemos muy cerca de encontrarle. Y si todo va bien, esa será la última persona que tenga que morir esta noche.

—¿Qué le hace pensar eso, profesor? —preguntó Sanoir.

—¿El qué exactamente?

—Que estamos cerca de encontrar a Deneux.

Milanelli reflexionó unos instantes. A pesar de que ese era su presentimiento tampoco podía darles falsas esperanzas sin fundamento.

—Varias cosas, señor. Todo lo que hemos visto esta noche, los lugares que hemos visitado... Es difícil explicarlo con palabras.

—¿Y que le encontremos con vida?

—Bueno —respondió dudando—, yo sí que no he dicho eso nunca.

Sanoir se irritó repentinamente.

—¿Está hablando entonces de encontrar a Deneux pero no de encontrarle con vida?

—No, señor. Me temo que una vez más interpreta mal mis palabras. Sí que pienso que encontraremos a Deneux con vida, pero creo que nunca lo había dicho hasta ahora.

—¿Entonces sí que lo cree posible? —insistió.

—Sí, señor. Y a medida que transcurre la noche cada vez estoy más seguro de ello.

—¿Y eso por qué? —preguntó Chavrier.

Milanelli de nuevo se tomó unos segundos para elegir las palabras adecuadas.

—Verá, comisario, cuando llegamos a París y nos dijeron lo que había ocurrido con él, para serle sincero, no pensé en ningún momento que fuéramos a encontrarle con vida. Es más, estaba más o menos seguro de que encontraríamos su cadáver en Notre Dame, aunque afortunadamente no fue así. Pero como dije antes, los mensajes que nos están dejando a lo largo de la noche son cada vez más elaborados, y como ya hemos considerado anteriormente, creo que estamos inmersos en una especie de juego organizado por los secuestradores en el que Deneux es el objetivo final.

—Pero eso no implica que vayamos a encontrarle con vida.

—Desde luego que no, eso ya lo sé.

—¿Entonces? —preguntó Sanoir.

—Sencillamente, en mi opinión, secuestrar y asesinar al hijo de su presidente sería un acto extremadamente violento y me atrevería a decir que bastante poco inteligente. Sin embargo, sus secuestradores están demostrando esta noche todo lo contrario. Nos están dejando claro que son muy inteligentes y que tienen perfectamente planeada cada una de las cosas que están ocurriendo. De modo, que como ya dijo anteriormente el profesor Campbell, a medida que transcurre la noche estoy más convencido de que se trata de un secuestro con un mensaje político muy claro para el presidente. Y si es así, lo normal es que al final le acabemos encontrando con vida porque, de lo contrario, lo único que conseguirán será el deseo de venganza por parte del presidente, maquillado de cara al público como lucha contra el terrorismo o algo similar, por supuesto. Pero como digo, estoy seguro de que los secuestradores son mucho más inteligentes, quieren que el presidente reciba un aviso político, que tenga miedo, y que sepa que hay personas capaces de hacer lo que han hecho ellos hoy. Solo así conseguirán realmente alcanzar su objetivo.

Capítulo 63

El comisario Chavrier encendió su *walkie-talkie*.

—¿Inspector Paccaud?

—¿Sí, señor? —contestó rápidamente.

Al oír la voz de su compañero, le vinieron a la mente las imágenes que minutos antes les había enseñado en la sala de vigilancia del museo. ¿Podrían utilizarlas para identificar a los secuestradores?

—Encienda de nuevo las luces de esta sala, por favor —dijo débilmente.

Paccaud no contestó. Casi al instante, la sala se iluminó completamente.

—Ya está, señor. ¿Han conseguido descubrir algo en ese cuadro?

Chavrier miró a su alrededor. Con la luz encendida, el aspecto de la sala 75 era dantesco. *La consagración de Napoleón*, uno de los cuadros más grandes que se exhibían en todo el museo, estaba tirado en el suelo. Dos de los sofás de la sala estaban descolocados muy alejados de donde deberían estar y la cubierta, tan grande como el propio cuadro, estaba casi en el extremo de la sala también en el suelo y llena de huellas de pisadas de todos ellos. Al menos había merecido la pena.

—Creo que sí, inspector —contestó enigmáticamente.

El comisario no olvidaba que junto a Paccaud estaba uno de los guardias de seguridad del museo y no podía, o por lo menos no debía, confiar en él.

—Intentaremos dejarlo todo en su sitio lo mejor que podamos. Le avisaré en cuanto pueda conectar de nuevo la alarma del cuadro.

—Bien, señor.

Chavrier apagó su *walkie-talkie* y miró al profesor Campbell.

—Ahora que hemos vuelto a encender la luz de la sala los secuestradores de Deneux verán lo que hemos hecho aquí y cómo vamos a colocar de nuevo todo en su sitio.

Campbell sabía lo que le iba a preguntar el comisario.

—¿Cree usted que sabrán que hemos descubierto lo que nos habían dejado oculto en este cuadro?

—Es posible —contestó.

—Si tienen el sistema de seguridad controlado, como dice el profesor, lo más lógico es pensar que, efectivamente, entenderán que lo hemos encontrado en el momento que nos vean colocarlo en su lugar —opinó Milanelli.

—De modo, que sea lo que sea lo que nos vayamos a encontrar en el Panteón, ya estará hecho ¿no es así?

—Me temo que sí, comisario —contestó Campbell—. Como ya les dije la anterior vez que estuvimos aquí, creo que mientras nosotros estábamos buscando por las distintas salas del museo, ellos llevaron el cadáver de aquel hombre hasta la Asamblea y seguramente cuando ya lo tuvieron todo preparado activaron la alarma de aquella sala para que supiésemos a dónde debíamos dirigirnos.

Chavrier miró unos instantes al suelo y cogió aire con todas sus fuerzas.

—Es desesperante saber que siempre van por delante de nosotros y más aún tener que aceptarlo.

—Si todo va bien, como ya les ha dicho el profesor Milanelli hace unos minutos, tal vez estemos cerca de que todo esto acabe.

Sanoir se adelantó hasta colocarse justo al lado de Chavrier.

—Ojalá tengan razón, profesores. En cualquier caso, creo que lo mejor será dejar todo esto tal como lo encontramos y dirigirnos al Panteón cuanto antes ¿no le parece, comisario?

Chavrier tardó unos segundos en contestar. En su mente tenía una idea que no había compartido todavía con el resto.

—Sí, así es —dijo finalmente mirando al enorme hueco vacío que habían dejado en la pared.

—En ese caso, creo que lo mejor será que volvamos a juntar los dos sofás para poner de nuevo el cuadro boca abajo y colocar detrás de él la cubierta. Con suerte nadie se dará cuenta mañana de lo que ha pasado aquí esta noche —propuso Margaux.

Para el comisario, aquel era un sueño demasiado difícil de cumplir. Apenas faltaban unos minutos para las cuatro de la mañana y aún seguían buscando a Deneux por todo París.

—Está bien —aceptó—. Profesora, ¿podría ayudar al inspector Bingleau a colocar los dos sofás debajo del cuadro cuando nosotros lo levantemos?

Margaux no dudó un instante.

—Por supuesto, comisario.

Chavrier inclinó la cabeza en una clara muestra de agradecimiento. Seguidamente, buscó a los profesores con la mirada.

—Entre nosotros cuatro lo levantaremos y le daremos la vuelta ¿les parece?

Ambos asintieron y se colocaron cada uno a un lado del cuadro.

—Perfecto —dijo Chavrier—. ¿Listos? Uno, dos, tres...

Entre los cuatro lo levantaron lo suficiente para que Bingleau y Margaux pudiesen introducir debajo los sofás en la misma posición en la que estaban antes. A continuación, con cuidado, comenzaron a bajarlo hasta dejarlo firmemente apoyado.

—Nosotros colocaremos la cubierta, comisario. Enseguida podremos colgarlo de nuevo en su sitio.

Campbell observó atentamente cómo la profesora Margaux con la ayuda del inspector Bingleau cogía la cubierta que ellos mismos habían estado inspeccionando minutos antes y la volvía a poner en la parte trasera del cuadro. Una vez más su determinación le estaba resultando admirable.

—No sé si aguantará mucho tiempo pero es lo máximo que podemos hacer ahora mismo —dijo a la vez que daba ligeros golpecitos intentando fijarla.

Todos comenzaron a hacer algo parecido a lo que estaba haciendo ella para acabar

lo antes posible.

Al terminar, Margaux dio su aprobación sobre cómo había quedado.

—Creo que así será más que suficiente.

—¿Podemos colgarlo de nuevo, entonces? —le preguntó Chavier.

—Por mí sí, comisario.

Campbell miró a la pared en donde debían volver a colocarlo. La altura a la que estaba expuesto le parecía inalcanzable.

—Creo que esto va a ser bastante más difícil que descolgarlo —murmuró.

—Si en el vídeo que nos ha enseñado Paccaud dos personas podían volver a ponerlo en su lugar, nosotros debemos poder hacerlo también —opinó Sanoir.

—Y enseguida —añadió Chavier.

De nuevo, entre los cuatro levantaron lentamente el cuadro hasta ponerlo en posición vertical. Margaux se aproximó tanto como pudo a la pared para ayudarles a colocarlo. Mientras, el inspector Bingleau se ocupó de devolver los sofás a su posición original, exactamente en el punto donde se los habían encontrado al entrar en aquella sala.

—Acérquense poco a poco —les indicó Margaux—. Deben subirlo bastante más, comisario.

Con la ayuda de la profesora, consiguieron situar el cuadro en el lugar que le correspondía. Chavier soltó un largo suspiro al ver que, aparentemente, todo había quedado arreglado.

—Creo que ya puede decirle al inspector Paccaud que conecte nuevamente la alarma —opinó Margaux comprobando desde una pequeña distancia que realmente estuviese perfecto.

Sin contestarle, Chavier encendió de nuevo su *walkie-talkie*.

—¿Paccaud?

—Señor. ¿Quiere que volvamos a conectar la alarma?

El comisario se sorprendió al escuchar aquella pregunta. Levantó levemente la cabeza y vio cómo una cámara de seguridad le enfocaba directamente.

—Sí, por favor. Encienda la alarma de nuevo.

—Enseguida, señor.

Chavier mantuvo su mirada fija en ella durante unos segundos.

—Y Paccaud...

—Dígame, señor.

—¿Podría volver a ver el vídeo que nos enseñó antes hasta el momento en el que esas dos personas descuelgan el cuadro?

—Por supuesto. Un momento, señor.

Sanoir se colocó a su lado.

—¿Qué piensa, comisario? —le preguntó.

—¿Se han fijado...? —comenzó confuso—. ¿Alguno de ustedes se ha fijado en las caras de las personas que salían en el vídeo?

Ninguno de ellos contestó.

—Creo que todos nos hemos centrado tanto en ver si el cuadro que descolgaban y el que minutos después volvían a colgar era el mismo, que no nos hemos parado a comprobar si se veían las caras de aquellas personas —dijo apartando la mirada de la cámara de seguridad y volviéndose hacia los profesores.

—Yo desde luego no lo he hecho —contestó Sanoir.

Los profesores negaron con la cabeza. Todos le habían dado más prioridad al cuadro que a las personas que lo manipulaban.

—¿Cree que podremos identificarles? —preguntó Bingleau.

El *walkie-talkie* emitió un leve pitido.

—¿Señor?

—Sí, inspector. ¿Ya tiene lo que le pedí?

—Sí, ahora mismo tengo en pantalla la imagen, pero me temo que tengo malas noticias.

Chavrier se quedó mudo. No podía creer que una vez más los secuestradores se les hubiesen adelantado.

—¿Me escucha, señor? —preguntó Paccaud.

—Sí, sí... Todos le estamos escuchando. ¿A qué malas noticias se refiere?

—Verá, es por estas imágenes. Supongo que quiere que intentemos identificar a las personas que descuelgan el cuadro ¿no es así?

—Sí, exactamente —contestó el comisario con tono serio.

—Pues me temo que no va a ser posible, señor.

—¿Y por qué no, inspector? —preguntó Sanoir.

—Creo que el vídeo está manipulado. Hemos intentado aumentar la imagen para ver mejor sus caras pero es imposible. El programa no responde.

—¡Pero eso no es posible! —exclamó Chavrier enfadado.

—Eso mismo ha dicho el guardia de seguridad, señor. Cualquier punto de la grabación en el que no se ven sus caras sí que se puede ampliar. Lo hemos intentado en varias ocasiones pero justo en el momento en el que se ve parcialmente la cara de una de esas dos personas no se puede.

El comisario no sabía qué decir. No podía creer que los secuestradores hubiesen pensado en eso también.

—¿Y en el momento en el que cuelgan el cuadro? —preguntó Margaux.

—Tampoco, profesora. Lo estamos intentando ahora y ocurre exactamente lo mismo. No cabe duda de que quien haya manipulado este vídeo se ha encargado de que esas personas no pudiesen ser reconocidas.

Milanelli soltó una risa nerviosa.

—¿De qué se ríe, profesor? —preguntó ofendido Sanoir.

—De nada señor, de nada —se disculpó—. Simplemente me impresiona el grado de control y la meticulosidad con el que los secuestradores han planeado cada una de las cosas que están haciendo esta noche.

—Pero eso no es algo bueno para nosotros —insistió molesto.

—¿Está seguro, señor?

Milanelli interrumpió su contestación. Miró al comisario y le señaló con su mano derecha el *walkie-talkie*. Chavrier entendió perfectamente lo que el profesor quería decirle.

—Está bien, inspector —le dijo a Paccaud—. Quiero que envíe esa grabación a Eugene y que ella intente ampliar esas imágenes. Tenemos que saber quiénes son esas personas sin falta.

Sanoir le hizo un gesto señalándose a sí mismo.

—Un miembro del servicio secreto subirá ahora mismo a recogerla y se encargará de llevársela a Eugene ¿de acuerdo?

—Muy bien, señor.

Chavrier apagó el *walkie-talkie* claramente enfadado.

—Bingleau, recoja esas lámparas y guárdelas en el coche. Nos vamos ahora mismo al Panteón. Y usted, profesor, me va a explicar por qué demonios es una buena noticia que no podamos identificar a las personas que aparecen en esa maldita cinta.

Capítulo 64

La profesora Margaux observó por última vez el cuadro de *La consagración de Napoleón*. Le resultaba increíble que después de todo lo que le habían hecho se encontrase en perfecto estado.

—Cualquiera diría que has estado bailando encima de él ¿verdad? —le preguntó Campbell.

Margaux le miró sonriendo.

—Siempre he sido muy torpe bailando, de modo que será por eso que parece que no le he hecho nada.

A pesar de su contestación distendida, el profesor Campbell no pudo evitar ponerse serio.

—¿Crees que hemos acertado con el Panteón?

Margaux volvió a mirar al cuadro.

—Francamente, de todos los lugares a los que hemos ido esta noche es el que más segura estoy de que sea el correcto.

Para Campbell, saber que ella estaba tan convencida era un motivo de tranquilidad.

—¿Y piensas que encontraremos otro cadáver como supone Milanelli?

—Ojalá no fuese así, pero...

El profesor no necesitaba que siguiese hablando.

—Me gustaría pensar que hay otras maneras de que nos enseñen los números que tenemos que descubrir todavía para encontrar a Deneux —dijo desde la distancia Chavrier.

Los dos se giraron hacia donde se encontraba el comisario.

—Debemos ir cuanto antes al Panteón, profesores —añadió extendiendo su mano hacia a salida.

—A mí también me gustaría —opinó Milanelli al tiempo que comenzaba a caminar junto a Sanoir—. Sin embargo, me temo que no va a ser así.

El inspector Bingleau le miró extrañado.

—¿Por qué se muestra tan seguro, profesor?

—Sencillamente porque los secuestradores están mostrando, como ya dije antes, un comportamiento tremendamente organizado, y si se dan cuenta, a lo largo de toda la noche siempre han alternado un lugar donde nos dejaban información con otro en el que nos dejaban un mensaje grabado de alguna manera en un cadáver.

Chavrier se sorprendió por aquel detalle que estaba considerando.

—¿Cree que esa es razón suficiente para dar por seguro que encontraremos otra persona asesinada en el Panteón?

—Me temo que sí, comisario —contestó sin dudar.

—Pero eso que dice no es cierto —dijo Sanoir desconfiado.

Milanelli le miró desafiante. Una vez más era él quien ponía en duda algo de lo

que ellos decían.

—El primer lugar en el que comenzamos todo esto fue en el Palacio del Elíseo con el sobre que recibió la profesora Margaux en su despacho ¿no es así?

—Sí, así es —contestó ella.

—Bien. Primer lugar sin un cadáver y primer mensaje de los secuestradores.

Chavrier interrumpió al profesor.

—¿No pensaría encontrar un cadáver en el Palacio del Elíseo? —preguntó incrédulo.

Milanelli se dio cuenta de que, dicho así, sonaba bastante poco probable. Justo cuando iba a contestar al comisario llegaron al *hall* Napoleón y comenzaron a subir la escalera de caracol que dirigían a la salida del museo. Por precaución, se mantuvo en silencio.

—Me temo que saldremos de nuevo —dijo en voz alta Chavrier intentando atraer la atención del jefe de seguridad.

—¡Perfecto, perfecto! —exclamó sobresaltado.

La profesora Margaux miró a Campbell sonriendo.

—Me da que alguien por aquí no estaba muy metido en su trabajo —susurró.

—Puede que volvamos más tarde —añadió casi al llegar al final de las escaleras.

—Lo que necesiten, señor —le contestó el guardia intentando arreglar un poco su aspecto.

Campbell se dio cuenta de que tenía razón.

«Vaya manera de vigilar el museo».

—En cualquier caso —continuó Chavrier—, el inspector Paccaud sí que seguirá en la sala de vigilancia hasta que yo le ordene otra cosa.

El jefe de seguridad inclinó la cabeza en un signo de aprobación. Le acababan de encontrar medio dormido y no estaba seguro de si el comisario se habría dado cuenta de ello.

Cuando Chavrier abrió la puerta principal, la plaza del Carrusel seguía completamente vacía. El silencio era absoluto. Se dio la vuelta para comprobar que todos hubiesen salido ya y a continuación miró su reloj.

—¿Por qué nos estaba diciendo que está seguro de que encontraremos otro cadáver en el Panteón? —le preguntó a Milanelli.

—Como he dicho antes, comisario, simplemente por el alto grado de organización con el que los secuestradores de Deneux están haciendo todo esta noche. Verán, después de interpretar el mensaje que contenía la carta de la profesora Margaux, nos dirigimos a Notre Dame donde, desgraciadamente, encontramos a la primera persona sin vida. Después, el profesor Campbell, descifró hábilmente lo que significaba la espiral que aquel hombre tenía grabada en su pecho, y posteriormente, el triángulo con el ojo en su interior que vimos tanto en la tumba de la cripta como en aquella vidriera.

—Hasta ahí estamos de acuerdo —dijo Sanoir.

—Me alegra oírle decir eso —contestó el profesor con sarcasmo—. Pues bien, de Notre Dame vinimos aquí, al Louvre, donde no encontramos ningún cadáver sino un cuadro que nos llevó directamente a la Asamblea Nacional en la que sí había otro cadáver, esta vez con unos números grabados en su mano derecha.

—Y de allí volvimos al Louvre en el que no hemos encontrado ninguna persona asesinada —dijo Chavrier.

—Exactamente, comisario. Por el contrario, hemos encontrado un nuevo cuadro que nos dirige al Panteón donde, si mi razonamiento no es equivocado, encontraremos un nuevo cadáver.

El comisario se llevó las manos a la cabeza con gesto cansado.

—Desde luego, escuchándole decir eso, parece que irremediablemente tendremos que ver otro asesinato más esta noche.

—Siento que sea así —contestó Milanelli.

Chavrier miró al centro de la plaza donde seguían aparcados los dos coches en los que habían llegado.

—Inspector, avise a un equipo de la policía científica. Mejor dicho, asegúrese de que el mismo equipo que estuvo en la biblioteca de la Asamblea se dirija inmediatamente hasta el Panteón. Quiero que estén allí cuando nosotros lleguemos.

—Sí, señor.

Bingleau sacó su teléfono móvil y se alejó unos metros para poder hacer lo que le acababa de ordenar el comisario.

—Y dígame, profesor, respecto a lo que dijo ahí dentro ¿por qué cree que es mejor que no podamos identificar a los secuestradores de Deneux utilizando esa grabación? —preguntó Sanoir.

—No es que sea mejor que no podamos identificarles —respondió—. Lo que yo pienso es que todo lo que implique un alto grado de organización en cada una de las cosas que estamos viendo esta noche, apoya mi teoría de que encontraremos a Deneux con vida. El hecho de que los secuestradores se hayan preocupado de manipular el vídeo no es más que otra muestra de meticulosidad. ¿O acaso cree que alguien se va a dedicar a organizar en París lo que estamos viviendo esta noche para al final asesinar al hijo del presidente?

Sanoir se quedó en silencio.

—Cuanto más complejo sea todo lo que veamos —insistió—, cuanto más rebuscado y bien organizado esté todo, creo que mucho mejor para Deneux. Por lo menos esa es mi opinión, señor.

El silencio pareció eterno durante unos segundos.

—Yo también estoy convencido de ello —dijo finalmente Campbell—. Ya lo hemos dicho en varias ocasiones, creo que este secuestro es un mensaje político para el presidente, y en mi opinión, que no haya trascendido a la prensa es una buena prueba de ello. Los secuestradores quieren que solo nosotros sepamos lo que está ocurriendo. Quieren que sigamos el juego que ellos han diseñado. Por eso,

seguramente, nos tienen vigilados ahí dentro, y por eso también ya han hecho que viniéramos aquí en dos ocasiones.

Chavrier miró a Margaux.

—¿Usted piensa lo mismo, profesora?

—Sinceramente, comisario, yo no me había planteado nada de esto. Y tal vez precisamente por eso, cuando escucho las razones que les están planteando ahora mismo, y cuando pienso en lo que hemos visto esta noche, me resulta muy difícil creer que todo esto no vaya a servir para nada y que al final vayamos a encontrar a Deneux sin vida.

Al llegar hasta los coches, Chavrier se detuvo y dejó su mirada perdida observando desde la distancia la silueta del Louvre.

—Me alegra saber que ustedes están convencidos de que esta historia acabará bien. Cuando recibimos esta tarde aquel paquete con sus nombres en aquella carta, junto con el vídeo...

—No puedo negar que yo tampoco tenía muchas esperanzas —dijo Sanoir.

—Creo que es completamente lógico —opinó Milanelli—. En mi caso particular, han sido las pequeñas cosas que hemos ido viendo a lo largo de la noche las que me han hecho cambiar de opinión. Si cuando estábamos en el Palacio del Elíseo mis esperanzas acerca de que toda esta historia tuviera un final feliz eran escasas, he de reconocer que, poco a poco, mi convencimiento de que pronto encontraremos al señor Deneux con vida es cada vez mayor.

Capítulo 65

—¡Ya está, señor! —exclamó Bingleau mientras caminaba hacia el comisario.

—¿El mismo equipo que estuvo en la Asamblea?

—Sí, señor. Acaban de salir hacia el Panteón ahora mismo.

—Perfecto, inspector.

Chavrier se volvió hacia los profesores.

—Creo que deberíamos salir enseguida. Quiero que el equipo de la policía científica examine el cuerpo lo antes posible.

—¿Espera encontrar huellas en esta ocasión? —le preguntó Sanoir.

—Ojalá sea así —contestó.

La profesora Margaux guio su mirada hacia las lámparas que habían utilizado en el interior del museo y que en ese momento el inspector Bingleau tenía en su mano.

—¿Yo iré con usted en el coche, comisario? —preguntó.

—Sí, profesora. Iremos exactamente igual que a la Asamblea ¿por qué?

—Nada importante. Solo que me gustaría comentarle una idea de la que vamos hacia el Panteón —respondió enigmática.

Chavrier la miró con curiosidad.

—En ese caso no nos demoremos más tiempo. Bingleau, usted y Sanoir irán delante de nosotros ¿de acuerdo?

—Como quiera, señor.

El comisario se subió apresuradamente al vehículo. Quería que la profesora le explicase cuanto antes cuál era esa idea que quería comentarle. Sabía muy bien que en el momento de la noche en el que se encontraban cualquier idea podría acercarle más a Deneux. El profesor Milanelli se sentó en el asiento del copiloto mientras que Margaux y Campbell se colocaron en el asiento trasero.

—¿Y bien?

Margaux no tenía la menor duda de que había dejado a Chavrier intrigado.

—Verá, comisario, desde que hemos descubierto esa fórmula no he podido dejar de hacerme una pregunta.

—¿Cuál, profesora? —preguntó rápidamente.

—Usted dijo que la lámpara térmica no estaba completamente desarrollada ¿no es así?

—Sí, así es. Aún no está terminada, de hecho.

—En ese caso, ¿no le resulta un poco extraño que de las tres lámparas que teníamos a nuestra disposición hayamos descubierto ese mensaje precisamente con una que, en teoría, ni siquiera debíamos haber utilizado?

Una vez más, Campbell la miró sorprendido.

—¿Sabían que la utilizaríamos? —preguntó incrédulo.

—No lo sé, la verdad. Pero eso es precisamente lo que me he estado preguntando todo este tiempo. Es cierto que no llegamos a probar la lámpara infrarroja, pero desde

luego con la luz ultravioleta no se veía nada en el punto donde estaba escrita la fórmula.

—He de reconocer que no sé qué contestarle, profesora —admitió Chavier.

—Lo que está sugiriendo usted implicaría pensar que alguien de la policía estuviese involucrado en este secuestro —propuso Milanelli.

Chavier pareció montar en cólera.

—¡Eso es imposible, profesor! ¡Imposible!

Milanelli sabía que si lo que les estaba exponiendo la profesora resultaba ser cierto, aquella era una sugerencia bastante probable por mucho que pudiera ofenderle al comisario.

—Tal vez no tenga que ser alguien de la policía —dijo Margaux intentando tranquilizarle—. Pero creo que debemos pensar que, de alguna manera, los secuestradores de Deneux sabían que ustedes tenían esa lámpara.

Chavier no se había detenido a pensar, en ningún momento, lo que le estaba planteando la profesora. La simple idea de que alguien de su departamento colaborara en el secuestro de Deneux le hacía estremecerse.

—Creo que tiene razón —añadió Campbell—. No tiene por qué ser alguien de su departamento obligatoriamente, pero sí es cierto que, de una u otra manera, tenían que saber que la utilizaríamos.

El comisario tardó unos segundos en contestar a los profesores.

—Intentaré averiguar qué hay de cierto en lo que está diciendo, profesora. Nadie excepto yo mismo y los técnicos de laboratorio encargados de su desarrollo deberían tener conocimiento de su existencia.

Durante unos pocos minutos, viajaron en silencio hacia el Panteón. La profesora Margaux observaba a través del cristal con la mirada perdida en la noche de París. Aquella ciudad en la que había vivido algunos de los mejores años de su vida, la que pensaba conocer como la palma de su mano, le estaba mostrando esa noche la cara más oscura del ser humano.

—¿Sabe, comisario, si el Panteón tiene seguridad privada como la Asamblea? —preguntó finalmente.

—No, profesora, no tiene.

Milanelli se sorprendió al escuchar la respuesta.

—Eso impediría que los secuestradores sepan si encontramos o no lo que han dejado para nosotros ¿no les parece?

—Puede que tenga razón —respondió Chavier.

Campbell no terminaba de creerse que, viendo el control que mostraban sobre todo lo que estaba ocurriendo aquella noche, no hubiesen pensado en eso.

—¿Y tiene al menos algún sistema de seguridad? —preguntó intentando aclarar aquel punto.

—¿Se refiere a cámaras de seguridad como el Louvre?

—Sí, exactamente.

—Tiene un sistema, sí. Pero mucho más sencillo, por supuesto. Muy parecido al de la Asamblea Nacional.

Chavrier le miró a través del retrovisor.

—¿Piensa que también podrían tenerlo controlado?

Campbell demoró unos instantes su respuesta.

—Puede ser, comisario. Si consideramos que en el Louvre ninguno de los miembros de seguridad está implicado en este secuestro, controlar el sistema de seguridad es su única manera de vigilarnos. En la Asamblea, por el contrario, con las luces apagadas no podían utilizar las cámaras, de modo que si cada vez que nos alejamos del Louvre nos vigilan tienen que hacerlo de alguna manera.

—Pero allí estaba aquel guardia de seguridad...

—Sí, lo sé, comisario. Y francamente ese es el modo que creo que utilizaron. Pero usted ha dicho que no hay seguridad nocturna en el Panteón ¿no es así?

—Sí, así es.

—En ese caso... —añadió pensativo—. Tienen que buscar algo diferente.

Margaux intuía que Campbell estaba en lo cierto.

—Tampoco había ningún guardia de seguridad en Notre Dame.

—No, no lo había, profesora —dijo rápidamente Chavrier.

—Tal vez en eso nos hayamos equivocado —reconoció Campbell.

—¿A qué se refiere? —preguntó el comisario.

—Cuando encontramos los dos símbolos de Notre Dame consideramos que los secuestradores de Deneux sabrían que los habíamos interpretado correctamente en el momento en que nos vieran aparecer en el Louvre ¿recuerda?

—Sí, lo recuerdo —contestó Chavrier.

—Bien, pues tal vez no era necesario ni siquiera que llegáramos al Louvre. Tal vez ellos, de alguna manera, pudiesen saber lo que estábamos haciendo también allí.

El comisario se quedó unos segundos pensativo.

—Parece que cada vez que intentamos entender mejor el comportamiento de los secuestradores acabamos llegando a la conclusión de que alguno de mis hombres está involucrado en el secuestro.

Milanelli se mostró sorprendido.

—¿Por qué dice eso, comisario?

—Sencillamente porque en Notre Dame únicamente estábamos nosotros y mis hombres, profesor.

—Y los de Sanoir, no lo olvide.

Chavrier le miró incrédulo. En ningún momento se le había pasado por la cabeza que un miembro de la seguridad privada que protegía al presidente pudiera estar detrás del secuestro de su hijo.

—En cualquier caso —dijo Campbell al ver su reacción ante las palabras de Milanelli— creo que lo importante en este momento es que nos centremos en el Panteón y en descubrir lo que tengamos que encontrar ahí dentro.

—Estoy de acuerdo —añadió Margaux—. Lo único que ahora mismo sabemos con certeza es que hay algo nuevo en el Panteón que debemos encontrar. El resto, de momento, no son más que suposiciones nuestras que estoy convencida de que acabarán por aclararse.

Chavier no parecía muy convencido. El profesor Milanelli se dio cuenta de que era necesario cambiar el tema, de modo que murmuró en voz baja algo inteligible intentando atraer su atención antes de preguntar en voz alta.

—Disculpen mi ignorancia, pero ¿podría alguno explicarme qué utilidad tiene actualmente el edificio al que nos dirigimos?

La pregunta pareció conseguir el efecto buscado.

—Actualmente es un lugar más de París para los turistas, profesor —contestó Chavier sin precisar.

Margaux no podía negar que esa respuesta, aunque completamente cierta, no le daba gran información a Milanelli.

—El Panteón, profesor, se construyó en la segunda mitad del siglo XVIII. Se trata del primer gran monumento de esta ciudad. Su función ha ido cambiando de la mano de los diferentes regímenes políticos que ha vivido este país. Inicialmente se concibió como una iglesia que servía además de mausoleo puesto que durante los primeros años de la Revolución Francesa, la Asamblea Nacional lo eligió para albergar los cuerpos de importantes personalidades francesas. Posteriormente, tras la instauración de la Tercera República se pasó a utilizar de manera exclusiva con este último fin que es el uso que tiene en la actualidad.

—¿Y entre todas esas importantes personalidades de las que me habla hay alguna que yo pueda conocer?

Margaux sonrió una vez más al escuchar una de sus preguntas.

—Eso depende de sus conocimientos. En el Panteón están los cuerpos de importantes escritores como Émile Zola, Alejandro Dumas o Víctor Hugo.

—Ciertamente es gente importante —reconoció.

—También están enterradas personas importantes de diferentes disciplinas, no solo escritores.

Margaux se detuvo un instante pensativa.

—Por ejemplo, Marie Curie, ¿la conoce?

—Por supuesto que sí, profesora.

—Y también alguna otra persona que quizá el profesor Campbell conozca mejor como Jean Monnet o Jean Moulin.

—Indudablemente —contestó—. Son dos personajes de excepcional importancia para Europa en el siglo XX.

El profesor Milanelli se giró para mirarle directamente.

—Pues me temo que yo no les conozco.

Campbell no se mostró extrañado por ello. Al fin y al cabo, era mucho más probable que un matemático conociese a científicos de la talla de Marie Curie antes

que a personajes políticos.

—Jean Monnet, profesor, fue el primer presidente de Comunidad Europea del Carbón y del Acero, el origen de la actual Unión Europea, mientras que Jean Moulin, dirigió el Consejo Nacional de la Resistencia durante la ocupación nazi aquí en Francia.

Milanelli se colocó de nuevo bien en su asiento.

—Verdaderamente en ese edificio se encuentran personas muy importantes.

—Como ya le dijo antes la profesora, el Panteón es uno de los monumentos más importantes de París y seguramente por eso los secuestradores lo han elegido esta noche —finalizó Chavrier señalando con su mano derecha el imponente edificio que acababa de aparecer delante de ellos.

Capítulo 66

Cuando llegaron a la plaza del Panteón, Sanoir y el inspector Bingleau les estaban esperando justo en la puerta de la verja que rodea el edificio.

—No me creo que esa puerta estuviera abierta —dijo Campbell bajándose del coche.

Rápidamente, los profesores y el comisario atravesaron la plaza hasta llegar a donde se encontraban sus compañeros.

—Me he permitido avisar a mis hombres para que se aseguraran de que teníamos vía libre para entrar al Panteón —dijo Sanoir—. Espero que no le parezca mal, comisario.

Chavier miró a lo lejos a la puerta principal. La oscuridad apenas permitía distinguir las siluetas de dos miembros del servicio secreto colocados uno a cada lado de la puerta.

—También me he asegurado de que esa estuviese abierta —añadió orgulloso.

El comisario no supo qué contestar. Por un lado, era indudable que los hombres de Sanoir les habían resuelto un posible problema y por tanto les estaban dando la posibilidad de encontrar lo que allí dentro habían dejado los secuestradores lo antes posible. Sin embargo, por otro, no podía olvidar las palabras que le acababa de decir el profesor Milanelli en su camino al Panteón. Todo parecía indicar que alguien del entorno de aquella investigación estaba involucrado en el secuestro de Deneux y los hombres de Sanoir estaban entre los sospechosos.

—En ese caso no perdamos más tiempo y entremos ahí dentro cuanto antes —dijo mientras comenzaba a subir con rapidez las escaleras que daban acceso a la entrada principal.

Detrás de él, Campbell se detuvo un momento a observar el aspecto que presentaban los alrededores de aquel edificio. Todo estaba completamente en silencio al igual que en el resto de lugares a los que habían acudido aquella noche.

—¿En qué piensas? —le preguntó Margaux.

Campbell le contestó sin dejar de mirar a la plaza.

—¿No te resulta un poco extraño? Notre Dame, el Louvre, la Asamblea y ahora esto. Todos los lugares que visitamos están completamente en calma, como si el tiempo se detuviera esperando nuestra llegada.

Margaux miró a su alrededor. En cierto modo sabía que estaba en lo cierto. Durante sus años universitarios había disfrutado en muchas ocasiones de la noche parisina, y a pesar de que ya era de madrugada, que no hubiera nadie en las calles de París era algo difícil de ver.

—Debemos entrar, profesores —les advirtió Sanoir al ver que se quedaban atrás.

Margaux y Campbell se apresuraron a terminar de subir las escaleras que daban acceso a la entrada al Panteón. A pesar de la oscuridad, la luz que se colaba por los cristales de las cúpulas permitía contemplar las impresionantes dimensiones del

edificio. Campbell no pudo disimular su admiración.

—Es increíble —dijo en voz baja.

El profesor Milanelli, por su parte, no tardó en encontrar lo que habían ido a buscar. Sin decir una palabra, comenzó a correr hacia el centro del edificio. La escasa luz impedía apreciar con claridad hacia dónde se dirigía.

—¡Profesor! ¿A dónde va? —le preguntó Chavrier.

—¡El péndulo! —exclamó desde la distancia.

Todos le siguieron rápidamente. En la parte central del Panteón había una gran circunferencia con una bola dorada que oscilaba lentamente sujeta por una gruesa cuerda cuyo final eran incapaces de distinguir.

—¿Esto es lo que teníamos que encontrar aquí? —preguntó Sanoir escéptico.

—No, señor. *Esto*, como usted lo llama, es el péndulo de Foucault.

Sanoir tenía muy claro que Milanelli había entendido perfectamente a lo que se refería su pregunta, pero no le había respondido lo que él esperaba escuchar.

—Aunque si se refiere a si esto es lo que los secuestradores de Deneux han dejado aquí para nosotros —continuó—, me temo que no, señor. No es esto.

—Pero es a lo que se refiere la fórmula del cuadro ¿verdad? —preguntó Chavrier.

—Exactamente, comisario. ¿Ve cómo oscila?

Todos mantuvieron su mirada fija en el péndulo durante unos segundos.

—Pues la velocidad a la cual gira el plano de oscilación es la que describe la fórmula que encontramos en el cuadro.

Chavrier seguía sin entender todos aquellos conceptos a los que se refería el profesor Milanelli. Para él, lo verdaderamente importante era que ese fuese efectivamente el lugar al que debían acudir.

—Bien, profesor. Pero está claro que aquí no hay ningún cadáver.

—En eso estamos completamente de acuerdo, comisario.

—Pero cuando entramos en Notre Dame el cuerpo de aquel hombre estaba perfectamente visible en el altar principal —insistió.

Milanelli creía saber a lo que se refería el comisario pero aún así hizo como si no le entendiera.

—¿Y qué quiere decir con eso, señor?

—No lo sé —respondió sorprendido—. Supongo que sería lógico pensar que aquí debería estar ese nuevo cadáver del que usted ha hablado.

—Comprendo a qué se refiere, comisario. Pero tal vez encontrarlo aquí nada más entrar sería una obviedad impropia de los secuestradores a los que nos enfrentamos.

Margaux estaba de acuerdo con aquella afirmación.

—Creo que el profesor tiene razón. Recuerde lo que nos ocurrió en la Asamblea Nacional. También pensábamos que el hemiciclo era el lugar lógico al que debíamos acudir y lo que allí encontramos fue el cuadro de *La escuela de Atenas* que nos llevó hasta la biblioteca.

—¿Me está diciendo que será este péndulo el que nos diga en qué parte de este

edificio buscar el cadáver?

Escuchando al comisario expresarlo de esa manera tan poco confiada, ni ella misma era capaz de pensar que fuese una opción probable.

—Solo digo que la fórmula del cuadro del Louvre hacía referencia a este péndulo —dijo señalándolo—. Y ahora que ya lo hemos encontrado tendremos que descubrir en qué parte de este edificio se encuentra lo que los secuestradores han dejado aquí.

—Pues un cadáver no se puede esconder en muchos sitios —contestó Chavrier algo enojado.

Margaux miró a su alrededor.

—El problema es que esta iglesia tiene una estructura bastante sencilla. No tiene nada que ver con la Asamblea Nacional. El cadáver no puede estar muy lejos.

Campbell miró también a su alrededor. A pesar de su grandiosidad, la profesora parecía tener razón.

—Esta iglesia —continuó—, como quizá ya se hayan dado cuenta, está construida sobre un esquema de cruz griega y si se fijan, verán que contiene cinco bóvedas, una central de mayor tamaño y otras cuatro más pequeñas dispuestas simétricamente en torno a ella ¿lo ven? —les preguntó señalando al techo—. Realmente no hay muchos sitios donde pueda estar oculto el cuerpo que estamos buscando.

Chavrier miró al techo para ver lo que les estaba explicando la profesora.

—En cierto modo parece que estamos en Notre Dame nuevamente ¿no les parece?

Margaux no se sorprendió con la asociación tan evidente hecha por el comisario. En verdad las dos eran iglesias, efectivamente.

—Tal vez esté en lo cierto, comisario. Y de hecho, puede que no se acaben ahí las coincidencias —propuso Campbell.

—¿A qué se refiere, profesor? —preguntó Sanoir con curiosidad.

—Bueno, la profesora acaba de decir que la estructura de esta iglesia es bastante sencilla ¿no es así?

Margaux afirmó levemente con la cabeza.

—En ese caso —prosiguió— puede que no esté aquí el cadáver que estamos buscando.

Chavrier le miró con gesto confundido.

—Pensé que tenían muy claro que la fórmula que encontramos en el Louvre nos dirigía hasta aquí —dijo señalando el péndulo.

—Y sigo pensándolo, comisario.

—¿Entonces?

—Si este edificio tiene una estructura sencilla, dejar aquí el cadáver sería una opción demasiado evidente ¿no les parece?

—¿Y qué sugiere? —preguntó Sanoir impaciente.

El profesor se giró buscando a Margaux con una media sonrisa dibujada en el rostro.

—¿Sabes si el Panteón tiene algún lugar donde se pudiera esconder un cadáver?

Margaux dudó unos instantes.

—Un sitio como...

—¡Como una cripta! —exclamó Milanelli.

—Eso es —dijo satisfecho.

—¿Está diciendo que en esta iglesia también hay una cripta y que el cadáver que estamos buscando está en ella?

—A decir verdad, comisario, no había pensado esa posibilidad hasta que usted ha mencionado el parecido de esta iglesia con Notre Dame. Si en aquella ocasión los secuestradores de Deneux eligieron la cripta para que descubriéramos el símbolo que nos llevó por primera vez hasta el Louvre, no veo ninguna razón por la que no hicieran lo mismo aquí.

Chavrier dirigió su mirada hacia Margaux.

—¿Usted opina igual, profesora? ¿Hay una cripta aquí dentro?

—Por supuesto que la hay, señor. En ella es donde están enterradas todas las personalidades francesas sobre las que hemos hablado antes ¿recuerda?

El comisario pasó una de sus manos por el rostro. Tenía la sensación de que todo aquello le estaba superando.

—Sí, sí, es cierto, profesora, perdóneme. Claro que hay una cripta, por eso es un mausoleo —dijo lamentándose de su error.

Campbell se quedó durante un instante mirando fijamente a Chavrier. El cansancio y la tensión acumulada empezaban a reflejarse en su rostro.

—Si hay una cripta donde puede estar el cadáver que estamos buscando, necesitamos saber enseguida dónde se encuentra y cómo podemos llegar hasta ahí.

—Estoy de acuerdo con usted, profesor —dijo Milanelli—. Y para descubrirlo cuanto antes no nos vendría nada mal un plano de esta iglesia.

En ese momento, el sonido de las pisadas de uno de los hombres de Sanoir entrando por la puerta principal atrajo la atención de todos ellos.

—En ese caso quizá sea su día de suerte.

—¿Ha pedido un plano, señor? —preguntó Margaux sorprendida.

—Así es, profesora —respondió—. Aunque en realidad ha sido el inspector Bingleau quién ha considerado que podría ser de utilidad, de modo que se lo encargué a uno de mis hombre mientras nos dirigíamos hacia aquí en coche.

—Aquí tiene lo que pidió, señor —dijo el miembro del servicio secreto.

—Gracias —respondió fríamente.

Mientras aquel hombre se alejaba de nuevo, Sanoir comenzó a abrir el plano que le acaba de traer.

—La cripta del Panteón no tiene nada que ver con la que vimos en Notre Dame —les explicó Margaux—. Si no estoy equivocada, la que hay aquí está perfectamente acondicionada para que la visiten los turistas. Eso supone que no debería ser difícil de encontrar. Ni siquiera creo que necesitemos ese plano.

—Tal vez con un poco más de luz podríamos encontrar la entrada —comentó Bingleau.

—No creo que sea necesario, inspector. El acceso a la cripta está aquí —replicó Sanoir señalando con su dedo un punto en el plano.

Margaux lo miró atentamente intentando ubicarse.

—Si este dibujo de aquí es el péndulo que tenemos delante de nosotros...

—Debemos ir hasta el fondo del todo —dijo Chavier.

Campbell miró hacia el punto al que señalaba el comisario. La oscuridad era completa.

Sin decir una palabra, Sanoir comenzó a caminar hacia donde indicaba Chavier. El sonido de sus pisadas retumbaba en todo el edificio. La primera experiencia que habían tenido aquella noche en una cripta no había sido precisamente agradable. Sin embargo, como decía la profesora, aquella debería ser bastante diferente. El silencio que mantenían mientras se dirigían hasta la entrada denotaba el miedo por encontrar el cadáver de otro hombre. Campbell no podía evitar tener sentimientos contradictorios. Por un lado, no quería pasar de nuevo por el desagradable momento que había vivido en la biblioteca de la Asamblea Nacional, pero por otro, estaba convencido, al igual que el profesor Milanelli, de que encontrarían el cuerpo de una persona con números grabados en una de sus manos. Y precisamente, ese convencimiento de que encontrarían nuevos números que les ayudarían a encontrar a Deneux, era lo que hacía que una parte de él deseara encontrar cuanto antes aquel cadáver.

Capítulo 67

Eugene miraba aburrida la pantalla de su ordenador. El cuadro de *La consagración de Napoleón* era, tal como le había dicho Bingleau, de unas dimensiones colosales. A pesar de estar totalmente convencida de que la lámpara térmica les serviría de gran ayuda, su principal preocupación al ver el tamaño de aquel cuadro era pensar que aquello que debieran descubrir fuese tan pequeño que tuviesen que dedicar horas para poder encontrarlo. Cuando creía poder describirlo con los ojos cerrados de tanto mirar para él, el sonido de alguien llamando a la puerta del laboratorio hizo que recobrase la atención.

«Parece que al final esta va a ser una noche divertida».

Emocionada por esperar que algo interesante se escondiese al otro lado de aquella puerta, se abrochó correctamente la bata y se dirigió a descubrir quién era su invitado.

—¡Un segundo! —exclamó.

Según se acercaba, pudo distinguir la silueta del mismo hombre trajeado que hacía aproximadamente una hora había ido a buscar las lámparas.

—Buenas noches —dijo al abrir la puerta.

—El inspector Paccaud me ha pedido que le entregue esta grabación —contestó con gesto serio.

Eugene cogió el CD que le estaba ofreciendo.

—También me ha dicho que debe llamarle inmediatamente en cuanto la recibiera.

—Muy bien —respondió despreocupada—. Ahora mismo le llamaré.

El miembro del servicio secreto comenzó a alejarse sin despedirse. Sorprendida por la poca educación que mostraba, cerró la puerta y miró con curiosidad aquel CD.

«¿Qué habrá aquí dentro?».

Mientras lo introducía en el lector de su portátil, marcó el número de teléfono de su compañero.

—Gracias por llamar, Eugene. Supongo que ya tendrás la grabación.

—Sí, la tengo —respondió—. Ese hombre tan simpático me la acaba de traer.

Paccaud se rio ante la crítica ácida que hacía sobre el servicio secreto.

—No todos pueden ser tan simpáticos como nosotros ya lo sabes.

—Eso lo tengo claro, no lo dudes. Pero es la segunda vez que veo a ese hombre en menos de una hora, de modo que por lo menos podría saludarme o despedirse cuando se va, no lo sé.

El inspector permaneció en silencio.

—En cualquier caso —dijo presintiendo que Paccaud no debía tener tiempo para charlar— dime qué es lo que quieres que haga con esta grabación.

—¿Ya la estás viendo? —preguntó.

Antes de responderle, esperó unos instantes a que el archivo de vídeo que contenía aquel CD cargara por completo y comenzó a reproducirlo.

—Sí, ahora sí. Dime.

—Bien, ¿qué es lo que ves ahora mismo?

Aquella no parecía una pregunta complicada.

—Veo a dos personas que acababan de descolgar un cuadro y ahora mismo están por el suelo haciendo no sé muy bien el qué exactamente.

—Perfecto —afirmó satisfecho—. ¿Podrías acelerar un poco la grabación para verla al doble o al triple de la velocidad normal?

—Sí, claro, un momento.

Paccaud esperó en silencio a escuchar su confirmación.

—Ya está avanzando.

—Bien. En muy pocos segundos verás que esas dos personas de las que me has hablado van a colgar de nuevo el cuadro ¿de acuerdo? Quiero que detengas la grabación justo en ese momento.

—Ok. Un momento... Vale, ¡ya está! Ahora mismo están con los brazos estirados intentando colgarlo.

El inspector cerró los ojos durante un instante rezando para que pudiera conseguir lo que ellos no habían sido capaces de hacer.

—No sé si te habrás dado cuenta, pero el cuadro que descolgaron al principio del vídeo y el que cuelgan después son diferentes. El comisario Chavrier quiere que identifiquemos a esas personas.

Eugene se acercó levemente a la pantalla de su ordenador para ver mejor la imagen.

—Una de las personas está de espaldas en todo momento y de la otra solo se ve una parte de la cara ¿lo sabías?

—Sí, claro que sí. He visto esa grabación decenas de veces.

—¿Y el comisario lo sabe? —preguntó extrañada.

—Sí. También la ha visto.

Durante unos segundos permaneció en silencio. Aquel era, precisamente, el tipo de trabajo que más le gustaba.

—Perfecto, inspector. Intentaré descubrir de quién se trata.

—Solo una cosa más, Eugene —dijo Paccaud antes de colgar.

—¿Cuál, inspector?

—Creo que el vídeo ha sido manipulado de alguna manera.

Eugene sonrió excitada. Eso suponía una dificultad añadida.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque hemos intentado ampliar la imagen con el programa que tienen aquí, en la sala de vigilancia del Louvre, y no hemos podido.

—¿Por algo en especial? —preguntó sorprendida.

—No lo sé. Cualquier punto de la grabación sí que se puede ampliar, salvo en las imágenes en las que aparece la cara de una de esas dos personas. Por eso creo que de alguna manera lo han manipulado.

Eugene permaneció pensativa.

—¿Crees que podrás hacerlo tú? —preguntó nervioso el inspector.

—Lo intentaré, desde luego —respondió mientras mantenía la mirada fija en la pantalla.

—Si necesitas algo no dudes en avisarme, ¿de acuerdo?

—Sí, por supuesto. Gracias. Pero solo una cosa.

—Lo que sea —dijo rápidamente Paccaud.

—Esta grabación supongo que es de una cámara de seguridad del museo ¿no es así?

—Sí, así es.

—Y supongo que tienen un circuito cerrado de vigilancia...

—Creo que sí.

Para Eugene, un *creo* no era una contestación posible a esa pregunta.

—Necesito que me lo digas exactamente. Si se trata de un circuito cerrado de vigilancia, o si por el contrario una empresa de seguridad externa puede tener acceso a las grabaciones del museo desde un edificio diferente, la manera de manipular la grabación cambia completamente.

Paccaud percibió que su contestación no había sido adecuada.

—Un momento, Eugene —dijo mientras le preguntaba al guardia de seguridad.

—Siento preguntar esto pero si tengo que intentar eliminar lo que hayan hecho a la grabación para poder ampliar la imagen tengo que saberlo.

—Sí, sí, por supuesto. Me dicen que es un circuito cerrado. Nadie desde el exterior tiene acceso a estas grabaciones.

—Vale, perfecto. Te llamaré en cuanto tenga algo.

Eugene colgó su teléfono móvil sin aparta la vista de la imagen que aparecía congelada en la pantalla de su ordenador. Tras observarla unos segundos inició de nuevo el vídeo. En esta ocasión, dejó que transcurriera a la velocidad de reproducción normal para poder observar con detalle lo que le había dicho su compañero.

—Es verdad que cambian el cuadro —dijo en voz baja—. Bingleau tenía razón.

Ahora sus ganas por saber si la lámpara térmica les había servido para descubrir cuál era la diferencia que había en la copia de aquel cuadro habían aumentado exponencialmente. De nuevo, volvió a iniciar la grabación desde el principio.

—Además han tenido cuidado en que apenas se les vea la cara —murmuró.

Durante varios minutos visionó aquella grabación, una y otra vez. Al final, su rostro reflejó una gran sonrisa. Rápidamente cogió su teléfono y marcó de nuevo el número de Paccaud.

—¿No me digas que ya lo has conseguido?

Eugene sonrió.

—No, todavía no. Pero sí que he encontrado la evidencia que demuestra que el vídeo ha sido manipulado.

—¿De verdad? —preguntó impresionado.

Aquella afirmación le parecía casi tan importante como descubrir la identidad de

aquellas personas.

—¿Tenéis vosotros esta misma grabación?

—Sí, claro que sí —respondió indicándole al guardia que la pusiera en pantalla—. Lo que te enviamos es una copia del original.

—Me alegra saber que la tenéis. Si la puedes poner de nuevo te explicaré por qué sé que ha sido manipulada.

Paccaud se mostró nervioso con el guardia. Quería ver ese vídeo cuanto antes.

—Ya lo tenemos, Eugene.

—Muy bien. ¿Podéis detenerla en el momento en el que descuelgan el cuadro de la pared? Justo antes de que se le vea la cara a uno de ellos.

—Un momento. Ya está.

—Perfecto. Ahora fijaos en los dos relojes digitales que aparecen en la parte superior derecha de la pantalla ¿los veis?

—Sí, los vemos —respondió con nerviosismo.

—Como os daréis cuenta, uno de ellos muestra la hora a la que fue hecha la grabación y el otro el tiempo que lleva la cámara grabando.

—Sí, así es.

—Bien, pues ahora mirarlos fijamente e iniciar la grabación. No hagáis caso a la imagen, mirad únicamente a esos dos relojes.

Eugene se quedó en silencio esperando a que se diese cuenta de lo que le estaba diciendo.

—¿Se ha...? ¿Se ha parado? —preguntó sorprendido.

Eugene sonrió satisfecha.

—Efectivamente, inspector.

—Un momento. Creo que necesito verlo otra vez.

Eugene permaneció nuevamente en silencio.

—Hay un punto en el que la grabación parece detenerse —dijo extrañado.

—Así es, inspector. Y exactamente lo mismo ocurre en la parte final cuando esas dos personas cuelgan el cuadro y de nuevo la cara de una de ellas se ve durante unos instantes.

Paccaud miraba atónito lo que le estaba indicando su compañera. La diferencia era tan pequeña que era prácticamente inapreciable.

—¿Y esa es la razón por la que no podemos ampliarla?

—Exactamente. La mayoría de los programas cuando se les pide que amplíen una imagen capturada de una grabación, digamos que la «recortan» y la tratan como una imagen individual para poder ampliarla. Sin embargo, en este vídeo lo que han hecho ha sido superponer la misma secuencia varias veces en el mismo punto, por eso se aprecia esa pequeña alteración en los relojes y por eso el programa no es capaz de ampliar la imagen, porque cuando se elige ese fragmento, no es una imagen individual, sino un conjunto de imágenes superpuestas que el programa no es capaz de distinguir.

El inspector permanecía estupefacto por lo que Eugene había sido capaz de encontrar.

—De modo, que sabiendo cómo han manipulado el vídeo —continuó—, ahora será mucho más fácil para nosotros descubrir la identidad de esas personas.

Capítulo 68

Al llegar a la entrada de la cripta, Sanoir se detuvo en seco. La escasa luz que entraba procedente de las cristalerías de las bóvedas apenas iluminaba los primeros escalones. De ahí en adelante, la oscuridad era absoluta.

—Si los secuestradores han querido elegir un lugar representativo de este edificio sin duda es este —le dijo Margaux percibiendo sus dudas.

—Creo haber visto en alguna ocasión alguna fotografía de esta cripta —recordó Campbell inspeccionando las paredes próximas a la entrada—. Y en esas fotografías este lugar estaba perfectamente iluminado, lo que quiere decir por algún sitio deberíamos encontrar un interruptor que nos facilite las cosas.

Antes de que terminara de hablar, una débil luz salió de las estrechas escaleras de caracol que daban acceso al subsuelo del Panteón.

—Sin duda será mejor así ¿verdad? —dijo Bingleau con la mano todavía colocada encima del interruptor.

Chavier se situó al lado de Sanoir, justo delante de la entrada.

—No perdamos más tiempo. Yo bajaré en primer lugar —dijo comenzando a bajar los escalones.

—¿Tiene una idea de lo que nos vamos a encontrar, profesora? —preguntó Sanoir siguiéndole.

Margaux entendía que posiblemente fuese la única de todos ellos que supiese lo que les esperaba allí abajo.

—Como ya dije antes, señor, aquí están enterradas muchas de las personalidades relevantes de Francia. La cripta se distribuye a lo largo de toda la planta baja del Panteón en un recorrido con diferentes dependencias donde están las tumbas de esas personas.

La estrechez de las escaleras era realmente agobiante. Al llegar abajo se encontraron un pequeño pasillo débilmente iluminado.

—Ahora deberíamos empezar a ver esas dependencias de las que les acabo de hablar —añadió al ver cómo el comisario no se detenía en ninguna de las cosas que iba encontrando en su camino.

Las lámparas que iluminaban aquel lugar dirigían la luz hacia el techo remarcando su aspecto abovedado. Con una distribución aparentemente anárquica, los pasillos y las diferentes estancias aparecían por todas las esquinas convirtiendo la cripta en un pequeño laberinto.

—Creo que tendremos muchos sitios en los que buscar —comentó finalmente observando lo que tenía a su alrededor.

—Aunque pueda parecer un poco caótico, comisario, todas las dependencias son espacios cerrados con tumbas por lo que no es muy difícil situarse.

Campbell señaló una estatua que estaba colocada a unos metros de donde ellos se encontraban.

—¿De quién es la tumba que está detrás de aquella estatua? —preguntó.

Margaux miró a donde el profesor le estaba indicando.

—Voltaire, si no me equivoco —respondió con cierta inseguridad.

Sanoir buscó al comisario con la mirada.

—Creo que debemos separarnos y buscar una por una en cada una de esas dependencias a las que se está refiriendo.

Chavrier dudó.

—¿Es seguro este lugar, profesora?

Margaux se sorprendió de que el comisario le hiciera esa pregunta.

—Bueno, no estoy segura —contestó vacilante—. Lo que le puedo decir es que lo que ve a su alrededor es todo lo que hay aquí abajo. Varios pasillos con habitaciones más o menos pequeñas y con tumbas en su interior.

—¿Como aquella de allí? —preguntó Sanoir señalando una gran tumba de madera.

—Sí, como esa y como la de Voltaire que le acabo de indicar al profesor Campbell. Sean de piedra o de madera, al final tienen la misma utilidad.

Al comisario la idea de separarse no le gustaba en absoluto. En especial la idea de que los profesores pudiesen estar solos no le acababa de convencer. Aunque después de todo lo ocurrido aquella noche se habían ganado sobradamente su confianza, seguía temiendo por su seguridad.

—Está bien, nos separaremos haciendo las mismas parejas que en el Louvre. El profesor Milanelli irá con Sanoir, usted con Bingleau y Campbell vendrá conmigo ¿de acuerdo?

—Me parece perfecto —respondió enérgicamente Sanoir.

—Y recuerden —incidió Chavrier— aquí no se trata de encontrar nada raro ni de interpretar nada. Estamos buscando un cadáver, nada más. De modo que en cuanto vean cualquier cosa de interés me avisan.

—Sí, señor —contestó Bingleau.

—De todas formas, comisario —dijo Margaux para tranquilizarle—, esta cripta no es tan grande como puede parecer. Aunque nos dividamos en parejas nos estaremos viendo los unos a los otros en la distancia.

—Mejor así, profesora. Créame.

Campbell comenzó a caminar buscando alejarse del punto en el que se encontraban en ese momento. Sorprendido, el comisario salió tras él.

—¿Dónde prefieren ir ustedes? —preguntó Margaux.

—¿Cómo dice? —respondió Sanoir desprevenido.

—Si Campbell y el comisario van a revisar aquella zona —dijo señalándoles mientras se alejaban— a nosotros nos quedan toda esta parte de mi derecha o aquella parte de la izquierda detrás de usted, señor.

Sanoir miró a ambos lados que le estaba indicando.

—Decida usted, profesor.

Milanelli agradeció irónicamente el enorme voto de confianza que le otorgaba permitiéndole tomar una decisión tan importante.

—Esta parte que tenemos detrás de nosotros puede estar bien —contestó con clara indiferencia.

—Muy bien, en ese caso inspector, si le parece nosotros tenemos varias dependencias que revisar —dijo Margaux comenzando a caminar hacia la zona de la cripta que les había tocado.

A unos metros de allí, el profesor Campbell y Chavier se detuvieron delante de la primera dependencia.

—Víctor Hugo y Émile Zola —dijo Campbell leyendo los nombres que aparecían grabados en la pared.

Chavier entró en su interior. La estrechez hacía que la sensación fuese asfixiante. En silencio, miró a través de la pequeña ventana rectangular que había en el fondo de la habitación. A continuación, revisó ambas tumbas.

—Aquí no hay nada anormal —dijo con cierto pesimismo.

—No se preocupe, comisario. Hay muchas como esta aquí abajo.

Chavier sabía que Campbell tenía razón.

—¿Dónde cree que encontraremos el cadáver, profesor?

—Para serle sincero —respondió—, creo que si seguimos un razonamiento similar a lo que hemos visto esta noche hacer a los secuestradores, lo más lógico sería que lo encontráramos cerca de la tumba de alguien que para ellos sea importante.

—¿Para los secuestradores, se refiere? —preguntó extrañado.

—Sí, exactamente.

—¿Quién puede ser interesante para ellos aquí abajo?

—No lo sé, señor, ¿pero recuerda que el cuerpo que encontramos en la biblioteca de la Asamblea tenía dentro de su boca una hoja de *Ética nicomáquea* de Aristóteles?

—Sí, sí que me acuerdo.

—Pues según nos explicó la profesora, esa hoja en particular es de uno de los libros de los que se compone ese tratado y que tiene que ver con la justicia.

Chavier entró en la segunda dependencia. De nuevo no había nada en su interior.

—Disculpe la interrupción. Continúe, por favor.

—En mi opinión —prosiguió— como ya vimos en la Asamblea, que hayan dejado esa hoja en uno de los cadáveres es un claro mensaje de que algo que haya hecho su presidente puede haber sido la causa de este secuestro.

—De modo que cree que, tal vez, utilicen la tumba de una de las personas que están aquí abajo enterradas para seguir mostrando su malestar con el presidente —dijo Chavier entrando en otra de las dependencias.

—En realidad más bien para mostrarnos, quizá, las razones que les han llevado a hacer lo que han hecho.

Chavrier salió con la respiración acelerada.

—¿Sabe una cosa, profesor? Desde que tengo uso de razón odio los sitios pequeños y estrechos como este —dijo señalando la habitación de la que acababa de salir—, de modo que intente por favor descubrir cuanto antes cuál cree que será ese personaje porque me gustaría salir de este lugar lo antes posible.

En el otro extremo de la cripta, la profesora Margaux comenzaba a dudar de que allí abajo estuviese el cadáver que según el profesor Milanelli tenían que encontrar.

—¿Esta es la cuarta, verdad? —le preguntó a Bingleau.

—Así es, profesora.

Margaux entró a la dependencia sin fijarse a quién pertenecía la tumba que había en su interior.

—¿Quién se supone que está aquí enterrado? —preguntó.

—El mariscal Lannes —respondió el inspector.

—*Je l'avais pris pygmée, je l'ai perdu géant.*

—¿Perdón, profesora?

—Jean Lannes, duque de Montebello —dijo saliendo de la habitación—, fue un militar de Napoleón y uno de sus mejores amigos, además. En cuanto a sus hazañas militares le tendremos que preguntar al profesor Campbell, pero cuando murió, Napoleón escribió una carta a la duquesa en la que le decía esas palabras.

La fuerte voz de Sanoir interrumpió su explicación.

—¿Alguno de ustedes ha encontrado algo? —preguntó en voz alta.

Margaux entró en la última dependencia que debían revisar.

—Nosotros no hemos encontrado nada extraño —escuchó contestar al profesor Campbell.

—Creo que nosotros tampoco, inspector —dijo en voz baja.

Margaux adivinó en la mirada de Bingleau la misma idea que ella tenía en su cabeza.

—Parece que no vamos a encontrar ningún cadáver aquí abajo ¿verdad? —le preguntó segura de cuál era su opinión.

—Eso me temo, profesora.

Juntos comenzaron a caminar hacia el centro de la cripta en donde minutos antes se habían separado.

—Si ninguno de ustedes ha encontrado nada en ninguna de esas habitaciones entonces creo que tenemos un problema importante —dijo Sanoir mirando a los profesores.

Campbell se llevó la mano derecha a la frente y miró al suelo pensativo durante unos instantes.

—No puede ser que nos hayamos equivocado. La fórmula...

—La fórmula que encontramos escrita en el cuadro de *La consagración de*

Napoleón hace referencia, como ya les he dicho varias veces, al péndulo que tenemos ahí arriba —dijo Milanelli señalando al techo—. Por tanto, este tiene que ser el lugar al que se refieren los secuestradores. No me cabe la menor duda de ello.

—Pues a la vista está que aquí no hay ningún cadáver —replicó Sanoir contrariado.

—Puede... —dijo Campbell.

—¿Sí, profesor?

—Puede, comisario, que lo que le he planteado antes sea cierto aunque de una manera diferente.

—¿Y cuál fue ese planteamiento si se puede saber? —preguntó Sanoir.

—El profesor Campbell —respondió Chavier—, me ha comentado la posibilidad de que, de la misma manera que en la Asamblea el hombre que encontramos asesinado tenía en su boca una hoja de un libro de Aristóteles que hace referencia a la justicia, podría ser que los secuestradores hayan elegido la tumba de un personaje en particular para dejar aquí el cadáver.

—Alguien con quien poder decirnos algo —apreció Margaux.

Campbell alzó la mirada con una media sonrisa reflejada en su rostro. Si había alguien allí que podía entenderle era ella.

—Exacto, y lo sigo pensando. De la misma manera que sigo pensando, al igual que el profesor Milanelli, que nos encontramos en el lugar correcto. El lugar elegido por los secuestradores.

—Pero ya ha visto que esta cripta está vacía.

Campbell volvió a dejar escapar una media sonrisa.

—¿Está seguro de eso, comisario?

Chavier se quedó en silencio al escuchar la pregunta que le estaba formulando el profesor. Juntos habían revisado varias de aquellas dependencias sin encontrar nada, y tanto Sanoir como Bingleau, ya habían dicho que ellos tampoco habían encontrado nada allí abajo.

—¿Podría explicarnos a lo que se está refiriendo, por favor? —preguntó Sanoir.

—Por supuesto, señor. ¿No notan algo diferente en esta cripta con respecto a la biblioteca de la Asamblea?

Todos se miraron los unos a los otros con cara de desconcierto.

—Si aquí hay un cadáver al igual que en la biblioteca ¿de verdad que no notan nada diferente?

Margaux se llevó ambas manos a la boca en ese momento.

—¡El olor! —exclamó ahogadamente.

Chavier la miró sorprendido.

—¿Cómo dice?

—Exactamente lo que ha escuchado, comisario —respondió Campbell—. Aquí no huele a nada.

Milanelli le miró y a continuación echó un vistazo rápido a todas las tumbas que

tenían alrededor suyo.

—Está dentro de una tumba —dijo en voz baja.

Sanoir y Chavrier no podían creer lo que los profesores estaban proponiendo.

—¿De verdad nos está diciendo que los secuestradores de Deneux han escondido el cadáver que estamos buscando dentro de una de estas tumbas? —preguntó atónito el comisario.

—Así es, señor. El cadáver está en el Panteón, como dijimos. En su sitio más representativo que es esta cripta, y si no me equivoco, dada la diferencia clara que hay entre el olor que tiene esta sala con el que había en la biblioteca de la Asamblea, apostarí a que está dentro de una de estas tumbas.

Capítulo 69

Chavrier no terminaba de creerse lo que Campbell estaba proponiendo.

—En ese caso, no hay en realidad muchas que puedan haber utilizado, ya que la mayoría de ellas están parcialmente incrustadas en la pared —dijo Margaux—. Y dudo incluso que por el hueco restante quepa el cuerpo de una persona.

—¿Cuáles propone que revisemos entonces, profesora? —preguntó Sanoir.

Margaux miró a su alrededor.

—Creo que lo más lógico sería revisar en primer lugar la tumba de Voltaire —dijo señalándola— y aquella de madera por la que usted mismo me preguntó antes, y que si no estoy equivocada es la de Rousseau.

—Muy bien —comenzó Chavrier— usted vaya con el inspector Bingleau y el profesor Campbell a revisarla y el profesor Milanelli, Sanoir y yo comprobaremos si hay algo en el interior de la tumba de Voltaire ¿de acuerdo?

Sin contestar, Margaux se apresuró a donde se encontraba la tumba que debían examinar. Bingleau y Campbell la siguieron. Al acercarse a ella, sintió que algo no iba bien. Sin decir nada miró a Campbell. El profesor sabía lo que ambos estaban pensando.

—Esto no me gusta —susurró.

El inspector Bingleau apoyó sus dos manos sobre la tumba buscando la manera de abrirla. Al tocarla notó que algo las humedecía.

—Creo que ya hemos encontrado lo que buscábamos —dijo al ver cómo tenía las manos manchadas de sangre.

El profesor Campbell avisó a Chavrier.

—¡Comisario! —gritó—. ¡Ya lo hemos encontrado!

Mientras intentaba limpiarse, el inspector vio a Sanoir, Milanelli y Chavrier acercándose hasta donde estaban ellos.

—¿Han encontrado el cadáver? —preguntó Sanoir con voz agitada.

—Me temo que sí —respondió Bingleau mostrándoles los restos de sangre que todavía tenía en sus manos.

—¿Cómo habrán podido introducirlo ahí? —preguntó en voz baja Chavrier.

—No lo sé, comisario. Pero creo que no hay duda de que aquí dentro está lo que estábamos buscando —respondió Margaux.

—¡Inspector! —exclamó Chavrier—. Llame inmediatamente al equipo de policía científica. ¡Quiero sacar este cuerpo de ahí dentro ahora mismo!

Bingleau desapareció en la oscuridad de la cripta. Lo que tanto habían estado buscando, los números que necesitaban para descubrir dónde se encontraba Deneux secuestrado, podían encontrarse allí dentro y Chavrier no quería perder ni un minuto más en descubrirlo.

Sanoir rodeó la tumba buscando la manera de poder abrirla.

—Aquí hay una especie de puerta pero me cuesta creer que los secuestradores

hayan introducido el cadáver por aquí —dijo intentando abrirla.

Campbell se colocó en uno de los laterales.

—Esta parte tiene que poder levantarse —indicó refiriéndose a la tapa en forma de tejado que la cubría.

—Intentemos moverla en ese caso —respondió Sanoir colocándose junto a Milanelli.

Chavrier y el profesor Campbell se situaron en el lado contrario.

—En cuanto yo se lo diga la levantamos al igual que hicimos con el cuadro del Louvre ¿preparados?

—Cuando quiera, comisario —respondió Campbell.

—Está bien. Uno, dos, tres... ¡Levanten! —exclamó Chavrier.

El fuerte olor que salió desprendido del interior de aquella tumba hizo que los cuatro soltaran la tapa a la vez para intentar alejarse lo más posible.

—Ahora sí que no debería tener ninguna duda, señor —dijo Milanelli cubriéndose la cara.

—Pues no tenemos más remedio que sacar el cuerpo de ahí —le respondió Chavrier intentando aguantar el fuerte olor que desprendía—. Necesitamos quitar esa tapa de ahí como sea.

Campbell no quería ni imaginarse que allí dentro pudiesen encontrar un cadáver en el mismo estado que el de la Asamblea.

—En ese caso terminemos con esto cuanto antes —dijo acercándose de nuevo a la tumba.

Sanoir y Milanelli se acercaron y volvieron a sujetar con fuerza la tapa.

—La levantaremos y la dejaremos en el suelo ¿de acuerdo? Cuando yo les diga la movemos —repitió Chavrier.

Todos hicieron gestos afirmativos con la cabeza.

—¡Ahora!

Entre los cuatro consiguieron levantar completamente la tapa que cubría la tumba y dejarla en el suelo como había dicho el comisario. Sin esperar, Sanoir fue el primero en acercarse a ver lo que había en su interior.

—¡Dios santo! —exclamó.

Al escuchar aquellas palabras, la profesora Margaux se alejó inconscientemente unos pasos. No quería imaginarse siquiera lo que había ahí dentro. Chavrier se acercó para ver el estado del cadáver.

—Creo que aquí están los números que pedía, profesor —dijo sin apartar la vista del cuerpo.

Al igual que en la biblioteca de la Asamblea Nacional, dentro de aquella tumba encontraron el cuerpo completamente desnudo de un hombre con la cara desfigurada y las manos llenas de sangre. En los cinco dedos de la mano izquierda tenía grabados cinco números que en ese momento por culpa de la sangre eran completamente ilegibles.

El profesor Campbell se alejó hasta colocarse al lado de Margaux. No tenía ningún interés en volver a pasar de nuevo por el mal trago que había vivido en la Asamblea. Milanelli, por su parte, se acercó a ver lo que le estaba enseñando el comisario.

En ese momento, escucharon al inspector Bingleau regresar acompañado por el equipo de la policía científica. Chavrier mostró su satisfacción al oír su voz. Por fin podrían sacar el cuerpo de aquella tumba y descubrir cuáles eran los números que necesitaban para encontrar a Deneux.

—¡Buenas noches, agentes! —exclamó sin esperar a que llegasen a donde ellos se encontraban—. Creo que tenemos un caso similar al que hemos visto esta misma noche en la biblioteca de la Asamblea Nacional.

Los miembros de la policía científica le escucharon en silencio.

—Quiero que identifiquen de quién se trata, que busquen huellas de las personas que han hecho esto, y sobre todo, que me digan qué números tiene grabados en su mano izquierda.

El mismo agente que había visto en primer lugar el cadáver encontrado en la Asamblea se mostró sorprendido.

—¿También hay números en este cuerpo? —preguntó a la vez que se acercaba a comprobarlo.

Chavrier, que estaba situado justo a su lado, no contestó a su pregunta. La imagen que estaban viendo hablaba por sí sola.

—Desde luego parece obra de las mismas personas —dijo mirando al comisario.

—Lo lógico es que así sea, agente. Necesito que me diga cuáles son esos números lo antes posible.

El policía se giró e inspeccionó detenidamente el suelo que rodeaba aquella tumba. A continuación, se dirigió a sus compañeros y les pidió que desplegaran una funda de plástico estéril para colocar el cuerpo encima.

—Así conseguiremos una zona de trabajo mucho más cómoda —explicó.

Al ver cómo los otros miembros de la policía científica desplegaban aquella superficie, el comisario se retiró unos pasos para no interferir en su trabajo. Milanelli hizo lo mismo aunque se situó muy cerca de donde iban a colocar el cuerpo esperando expectante. Quería descubrir cuáles eran los números que escondía aquel cadáver lo antes posible.

Cuando la superficie estaba perfectamente preparada, los tres policías sacaron de sus maletines una pequeña bolsa de plástico rectangular cada uno. Casi al mismo tiempo, los tres agentes comenzaron a sacudir violentamente aquel trozo de plástico, una y otra vez, hasta que, sorprendentemente, se transformó en una prenda que les permitía aislarse por completo del cuerpo que estaban a punto de levantar. Por último, se colocaron guantes y unas pequeñas mascarillas de papel.

«Esas las necesitábamos nosotros también», pensó irónico Campbell.

Sin dirigirse ni una palabra entre ellos, como si de un ejercicio perfectamente

ensayado se tratase, dos de los policías sujetaron el cadáver por debajo de los hombros, uno a cada lado. El tercer policía esperó a que sus compañeros lo hubiesen levantado parcialmente para cogerlo por las piernas. Con asombrosa facilidad lo sacaron del interior de la tumba de Rousseau y lo colocaron sobre la superficie de plástico. Cuando retiraron sus brazos de debajo del cuerpo la cara desfigurada de aquel hombre giró involuntariamente hacia un lado dejando un poco abierta su boca.

—Creo que aquí han vuelto a dejar algo —dijo uno de los policías.

Chavrier se acercó a mirar lo que les decía el agente. ¿Podían los secuestradores de Deneux haber dejado también en aquel cuerpo la hoja de un libro? Al comprobar que el policía tenía razón, el comisario buscó a Margaux con la mirada.

—Va a tener que decirnos de qué libro se trata esta vez, profesora.

Con ayuda de unas pinzas, el policía sacó aquel papel del interior de su boca.

—Casi no está humedecido con saliva por lo que lo más probable es que cuando se lo introdujeron en la boca esta persona ya estaba muerta.

Campbell miró a aquel agente preguntándose si ese detalle era realmente necesario.

Otro de los miembros de la policía científica recogió el papel y comenzó a desdoblarlo con delicadeza. Cuando le pareció que estaba suficientemente bien extendido lo introdujo en una bolsa de plástico estéril y se lo entregó al comisario. Chavrier lo miró durante unos instantes con indiferencia.

—Quiero saber cuanto antes cuáles son esos números que se ven en sus dedos, agente —dijo ignorando el texto que tenía en la mano.

El policía se levantó a coger un pañuelo blanco y un bote de *spray*, al igual que ya había hecho en la Asamblea. Con cuidado, roció una pequeña cantidad sobre la mano izquierda del cadáver y limpió individualmente cada uno de sus dedos.

—Profesor —dijo Chavrier en voz alta— ahora será usted quien apunte los números. Tome nota.

Milanelli sacó un bolígrafo de su chaqueta y el plano que guardaba del Louvre.

—Cuando quiera, comisario.

Chavrier esperó a que el policía hubiese limpiado los cinco dedos completamente para poder decirle los números en el mismo orden en el que habían leído los que habían encontrado en el otro cuerpo.

—Muy bien, profesor, apunte. Tres, tres de nuevo, cinco, ocho y nueve.

Milanelli los miró extrañado. Sanoir se dio cuenta de ello.

—¿Ocurre algo, profesor?

—Nada —respondió después de unos segundos—. Nada en particular.

Chavrier se incorporó y se acercó hasta donde se encontraba Milanelli.

—¿Suficiente información? —preguntó.

Milanelli miró fijamente a los ojos del comisario. Seguidamente, dirigió su vista a los tres agentes que estaban trabajando sobre el cadáver y de nuevo volvió a mirar al comisario. Chavrier entendió lo que le estaba queriendo decir.

—Debo estudiarlo detenidamente —contestó finalmente.

El comisario no quiso continuar preguntando más. La presencia de aquellos tres agentes, a pesar de ser hombres de su departamento, era suficiente razón para medir cada una de las palabras que decían entorno al secuestro de Deneux.

Chavier echó un rápido vistazo a la hoja que tenía en su mano, caminó hacia la profesora Margaux y se la entregó.

—¿Cree que podrá decirnos de dónde ha salido esto?

Sanoir, Bingleau y Milanelli se acercaron también hasta ellos.

—Alguna razón tiene que tener que vayan dejado esas hojas en los dos cadáveres —opinó Sanoir al llegar hasta donde se encontraban.

Margaux dedicó unos segundos a leerla. Todos la miraban fijamente esperando que les dijese algo.

—Es increíble —dijo en voz baja.

—¿Lo reconoce, entonces? —preguntó Chavier.

Sin hacer caso al comisario, Margaux miró a Campbell con un brillo especial en los ojos que denotaba su enorme sorpresa.

—¿Qué pasa? —le preguntó en tono cariñoso.

—*Timeo* —acertó a pronunciar.

El profesor se quedó helado por la respuesta.

—¿Quieren explicarnos qué es lo que les sorprende tanto a los dos?

Margaux observó al comisario que les miraba con gesto malhumorado sin estar segura de si sería capaz de entender la importancia que tenía lo que acababan de encontrar.

—Verán, esta hoja pertenece a *Timeo*, una de las obras más importantes de Platón.

Ninguno pareció apreciar la importancia de lo que les estaba diciendo.

—¿Recuerdan el cuadro que vimos en el hemiciclo de la Asamblea? —les preguntó.

—*La escuela de Atenas* —respondió Bingleau.

—Exacto, inspector. Pues cuando estuvimos allí les expliqué que en la parte central aparecían Aristóteles y Platón.

—Sí, lo recuerdo —afirmó Chavier.

—Genial, comisario. En ese caso, entenderá mi sorpresa y la del profesor Campbell al leer esta hoja. El cuerpo que encontramos allí, en la Asamblea, tenía en su boca una página de *Ética nicomáquea*, de Aristóteles, y este cadáver tenía una de *Timeo*, de Platón. En ambos casos, son los libros que estos dos filósofos sostienen en su mano en el cuadro de *La escuela de Atenas*.

Chavier, ahora sí, entendió la importancia de lo que habían descubierto. El profesor Milanelli se mostró igualmente sorprendido.

—Resulta increíble cómo han preparado cada detalle —dijo asombrado.

Sanoir miró durante unos instantes a los tres agentes de la policía científica que seguían trabajando en el cuerpo que acababan de encontrar. Por una parte, prefería

que no escucharan nada, pero por otra, no podía evitar preguntarle a la profesora más cosas acerca de lo que les estaba exponiendo. Con mucho esfuerzo, intentó elegir bien sus palabras.

—¿Nos está diciendo, entonces, que en el cuadro que encontramos en el hemiciclo de la Asamblea Nacional y que nos llevó hasta su biblioteca ya aparecían los dos libros cuyas hojas hemos encontrado en estos dos cadáveres?

—No solo esos libros, también sus autores —respondió Campbell.

—Y salvando esa enorme coincidencia, ¿qué sentido le dan a eso? —preguntó escéptico.

—Yo no diría que se trata de una coincidencia, señor. Es más, estoy totalmente convencido de que no lo es en absoluto, sino que ha sido algo perfectamente planificado —respondió Milanelli.

Chavier se pasó una de las manos por la frente desesperado.

—¿Puede decirnos qué es lo que dice esa hoja, profesora?

Margaux miró de nuevo al papel que tenía en su mano.

—*Timeo*, comisario, es una de las obras más importantes de Platón. Está estructurada como un diálogo entre sus cuatro personajes, Sócrates, Critias, Hermócrates y el propio Timeo. Se divide en tres partes. La primera es un diálogo centrado en la política, fundamentalmente. En la segunda, Critias narra la historia del mito de la Atlántida, y la tercera está centrada en el origen del universo.

—¿Y esa hoja? —preguntó Sanoir señalando el papel que sujetaba.

—Esta pertenece a la primera parte, señor.

—De nuevo algo relacionado con política —apuntó Milanelli.

Para Campbell aquel descubrimiento no hacía más que apoyar su teoría de que detrás de ese secuestro había un mensaje político para el presidente.

—¿Y puede darle alguna explicación al hecho de haberla encontrado en la boca de este hombre? —preguntó Chavier.

—No más que a la anterior, señor. Lo siento —se disculpó Margaux.

Campbell salió en su ayuda.

—Ambas son mensajes, comisario. Mensajes políticos para su presidente, como ya le dijimos antes. Y el hecho de que para ello hayan elegido los dos autores, y precisamente, los dos libros que aparecen en el cuadro que vimos en el hemiciclo, creo que nuevamente es una clara muestra del control absoluto que tienen en lo que estamos viviendo esta noche. Una demostración de que tienen todo perfectamente planeado.

—Señor —dijo uno de los policías intentando atraer su atención—. Me temo que en este cuerpo tampoco hay ni una sola huella.

Chavier no se mostró sorprendido. Después de lo que habían visto en la Asamblea no esperaba algo diferente.

—¿Ni siquiera las suyas? —preguntó Sanoir.

—Ninguna. Este cuerpo lo han limpiado exactamente igual que el que

encontraron en la Asamblea Nacional. No hay nada que nos permita saber quién lo ha hecho.

—¿Y para identificar quién es esa persona? —preguntó Chavrier suponiendo cuál sería la respuesta.

—Lo mismo, señor. Por el rostro —dijo volviéndose a mirarlo— imposible como se puede comprobar. Y las huellas las tiene todas quemadas.

Milanelli se adelantó unos pasos.

—¿Cree que los números que presenta en la mano han sido hechos de la misma manera que en el otro cuerpo?

El policía no dudó.

—Todo indica que sí. La uniformidad de la quemadura, la necrosis de la piel y la falta de sangrado indican que se hicieron con un objeto incandescente.

—Según eso, parece una obviedad preguntar si ha sido obra de las mismas personas ¿verdad? —preguntó Campbell.

—No hay duda de que los autores han sido los mismos, efectivamente. Todavía no nos han dicho en el laboratorio qué compuesto utilizaron en el primer cuerpo para eliminar todas las huellas, pero apostaría a que es el mismo que han usado aquí. Además, están las marcas de los dedos, las yemas completamente destrozadas e incluso las lesiones que presenta en el rostro son muy similares en ambos casos.

Después de las diferencias que habían encontrado entre el cadáver de Notre Dame y el de la Asamblea, Chavrier intentó buscar la parte positiva al hecho de que los autores de ese tercer asesinato no fuesen diferentes.

—Muchas gracias, agente. Como ya le dije la otra vez, no olvide llamarme en cuanto descubran su identidad ¿entendido?

—Por supuesto, señor.

Chavrier se quedó unos segundos pensativo como intentando recordar alguna otra cosa más que quisiera decirle al policía.

—Otra cosa, señor —dijo el agente.

—Claro, dígame.

—Nosotros ya hemos acabado nuestro trabajo aquí. De modo, que si ustedes no necesitan nada más del cuerpo, lo prepararemos para trasladarlo al laboratorio.

El comisario no tenía la menor duda de que su tiempo en el Panteón también había llegado a su fin.

—Sí, sí, por supuesto. Pueden llevárselo.

Los miembros de la policía científica comenzaron a recoger lentamente todos los utensilios que habían utilizado para inspeccionar el cadáver. Uno de ellos abrió una bolsa grande de plástico para introducir el cuerpo en su interior. Sin pretenderlo, todos permanecieron durante unos pocos minutos observando el trabajo de aquellos policías en silencio. Cada uno de ellos dándole vueltas en su cabeza a lo que habían encontrado en aquella cripta y en cómo podía relacionarse con el secuestro de Deneux. Desde que habían descubierto los primeros números en el cuerpo que estaba

en la biblioteca de la Asamblea, el profesor Milanelli había insistido en que aquello era, tan solo, la mitad de un mensaje que les estaban dando los secuestradores y que debían, por tanto, encontrar otro cuerpo que también tuviese números grabados en su mano. Ahora, por fin, ya tenían los números que necesitaba, sin embargo, no sabía de qué manera les iban a ayudar para encontrar al hijo del presidente, y lo peor de todo era que ninguno de ellos sabía dónde debían seguir buscando.

Capítulo 70

Cuando los miembros de la policía científica desaparecieron por las escaleras de caracol que daban acceso a la planta principal del Panteón, el silencio volvió a inundar aquella sala. El desánimo era patente en el rostro de todos ellos. Habían depositado muchas esperanzas en que allí encontrarían la respuesta definitiva que les permitiera llegar hasta Deneux, pero la realidad había sido muy diferente.

Campbell observó durante unos instantes cómo el comisario Chavrier tenía la mirada perdida en el suelo, justo en el punto donde hasta hacía pocos segundos había estado el cadáver.

—Creo que nosotros también deberíamos irnos —propuso.

Sanoir le miró desconfiado.

—¿Ir a dónde, profesor?

Campbell no estaba preparado para responder a esa pregunta.

—Aquí ya nos tenemos nada que hacer —insistió.

Para Milanelli, el profesor tenía razón. Permanecer durante más tiempo allí abajo era una pérdida de tiempo.

—Por lo menos subamos al piso de arriba mientras intentamos descubrir dónde debemos ir ahora.

Chavrier pareció despertar al escuchar las palabras de los profesores.

—¿Creen que encontraremos más cadáveres como este? —preguntó.

—Me gustaría pensar que no, señor —contestó Campbell.

Sin decir nada más, el comisario comenzó a caminar hacia las escaleras de caracol. Margaux miró sorprendida a Campbell por la actitud que estaba mostrando. Aún así, todos le siguieron en silencio hasta que llegaron de nuevo a la planta principal del Panteón. Una vez arriba, se giró para dirigirse a Milanelli.

—Profesor, necesito que me diga algo acerca de los números que hemos encontrado aquí. Me niego a pensar que estas dos muertes no han servido para nada. Si la profesora Margaux no puede decirnos nada más acerca de las hojas que los secuestradores les están dejando en la boca a estos hombres, por lo menos usted debe decirme qué significan esos números.

Milanelli apreció el agotamiento que se desprendía de sus palabras. Las horas pasaban y no parecía que fueran capaces de encontrar nada realmente sólido que pudiera dirigirles hasta Deneux.

—Ojalá pudiera, comisario. Le aseguro que soy el primer decepcionado por todo esto. Había depositado grandes esperanzas en que estos números nos permitiesen descubrir de una vez el paradero del hijo del presidente, pero me temo que no va a ser posible, de momento.

Sanoir se mostró enfurecido.

—¿De momento dice?

—Sí, señor.

—Usted mismo dijo en la Asamblea que si los números estaban en una sola mano debería significar algo, y que necesitaba encontrar otro cuerpo con nuevos números para entender cuál era su significado.

—Lo sé, señor. Sé perfectamente lo que dije pero...

—¡Aquí tiene sus malditos números! —exclamó realmente enojado.

Al profesor Campbell no le gustaba la manera en la que Sanoir estaba atacando a Milanelli.

—No creo que esa actitud sea lo que ahora mismo necesitamos.

—¿Por qué no, profesor? ¿Sabe acaso usted para qué valen?

—No, no sé lo que significan. Pero no creo que culpamos a nosotros vaya a solucionar nada ¿no le parece?

Chavrier intentó mediar entre Sanoir y los profesores.

—Entiendan que este ha sido el tercer cadáver que hemos encontrado esta noche. Estoy seguro que para ustedes puede ser algo realmente duro de ver, y lo siento. Pero creo que Sanoir está sintiendo la misma frustración que yo. Tal vez es culpa nuestra por generarnos excesivas expectativas, o tal vez ustedes se han precipitado, pero lo cierto es que parecía que descubrir dónde está secuestrado Deneux pasaba exclusivamente por encontrar el último cadáver, el que hemos encontrado aquí.

Milanelli sintió que gran parte de lo que había ocurrido había sido por su culpa.

—Creo que les debo una disculpa —comenzó—. Reconozco que he sido yo quien ha dicho, una y otra vez, que necesitábamos encontrar nuevos números para descubrir su paradero y no ha sido así. De modo que les pido perdón.

Chavrier inclinó la cabeza apreciando las disculpas de Milanelli. La presión que todos estaban soportando era máxima.

—Cuando encontramos los primeros números —continuó—, si lo recuerdan, intentamos buscarle un significado planteando varias opciones. Incluso consideramos la posibilidad de que indicasen el código postal de esa pequeña ciudad donde se crio Bingleau.

—Châtelleraut —apuntó el inspector.

—Sí, esa misma. Sin embargo, llegamos a la conclusión de que, fuera cual fuera su significado, debía referirse a París. Y ahora, después de todo lo que hemos visto, estoy aún más convencido de ello. Por lo tanto, ahora tenemos dos secuencias de cinco números cada una y debemos encontrarles significado.

Margaux también se sentía decepcionada por no poder sacar más información de las páginas que estaban dejando los secuestradores en esos cuerpos. Como ya había dicho, tanto en la Asamblea como allí, en ambos casos eran textos que hablaban de política, de leyes, de justicia... Algo que Campbell y ella no tenían duda de que fuera un mensaje para el presidente.

—¿Cuáles son esos nuevos números, comisario? —preguntó.

Chavrier miró a Milanelli que era quien los tenía apuntados. El profesor sacó de nuevo el mapa donde los había escrito para poder responderle.

—Tres, tres, cinco, ocho, nueve.

Margaux repitió esos cinco números en su cabeza intentando encontrarles algún significado. Algo que pudiera hacer referencia a París.

—¿Y los que había en el cuerpo de la Asamblea?

—Ocho, seis, uno, cero, tres —respondió rápidamente Bingleau.

—Gracias, inspector.

—¿Podría ser un número de teléfono? —propuso Campbell.

Chavrier le miró con recelo.

—¿Un número de teléfono, profesor?

—Puede que tenga razón —contestó Margaux—. Entre los números que hemos encontrado aquí hay dos treses seguidos y 33 es el prefijo internacional de Francia.

El comisario no había caído en eso. Ahora la propuesta le parecía más realista.

—Eso no es posible —les cortó Bingleau rápidamente—. Un número de teléfono tiene nueve dígitos y si consideran que esos dos son el prefijo, tan solo quedarían ocho números.

—Y si no fuese el prefijo nos sobraría uno —añadió Milanelli llevándose la mano derecha a la mejilla.

La esperanza que por un momento había sentido Chavrier se acababa de desvanecer por completo.

—Tiene que ser algo más complejo. No me parece propio de los secuestradores que nos dieran un número de teléfono. ¿Para qué lo íbamos a necesitar? —se preguntó Milanelli.

—Se podría rastrear la señal y saber de dónde procede —contestó Sanoir.

—Eso es —añadió Chavrier—. Un punto exacto de París donde encontrar a Deneux.

Campbell notó cómo ambos estaban sacando conclusiones precipitadas.

—Estoy de acuerdo con Milanelli. De cualquiera de las dos maneras que hemos planteado nos falta o nos sobra un número, de modo que debemos descartar esa posibilidad y pensar en algo diferente.

—Sabe profesor que estoy completamente abierto a sus sugerencias —le dijo Sanoir con ironía.

Margaux quiso dar un paso al frente y expresar lo que para ella era algo evidente.

—Creo que tenemos que aceptar que, por el momento, seguimos sin saber interpretar la mayor parte de la información que nos están dejando en los cuerpos.

—En ese caso podrían facilitarnos el trabajo ¿no es así? —preguntó Chavrier interrumpiéndola.

—¿A qué se refiere, comisario?

—Bueno, usted misma está diciendo que no sabemos cómo interpretar esa información. Si eso es correcto podrían ayudarnos a entender qué quieren decirnos, de la misma manera que hicieron en el Louvre indicándonos a qué sala debíamos acudir.

Margaux comprendía la lógica en la que se basaba el argumento del comisario. A pesar de ello, no creía que fuese algo probable.

—En cierto modo, lo que quiero decirles, y lo que usted acaba de plantear, están relacionado, señor. Como usted ha dicho, los secuestradores nos han ayudado a entender qué era lo que debíamos descubrir. En primer lugar haciendo saltar la alarma de la sala 77 y en segundo lugar a través del vídeo que nos enseñó el inspector Paccaud.

—Sí, así es —dijo Sanoir.

—Pero esas ayudas siempre han llegado en el Louvre. Sin embargo, tanto en la Asamblea como aquí, en el Panteón, lo que hemos encontrado ha sido información pura que según pensamos debe llevarnos hasta Deneux.

—Aunque no sepan interpretarla —comentó Sanoir.

Margaux continuó su razonamiento ignorando por completo ese comentario.

—De modo, que contrariamente a lo que habíamos pensado hasta ahora, creo que todavía necesitamos encontrar la parte final de esa información para saber cuál es su significado.

Chavrier creía entender lo que la profesora estaba proponiendo.

—¿Nos está diciendo que encontraremos más cuerpos como este a lo largo de la noche?

Margaux se encogió de hombros sin poder darle una respuesta.

—Lo que para mí está claro —respondió Campbell— es que, como ha dicho ella, todavía nos falta información y por eso no somos capaces de entender el significado de lo que nos están dejando en los cadáveres.

—¿Y dónde piensa encontrar esa información? —preguntó rápidamente Sanoir.

—Yo más bien diría dónde debemos *buscar* esa información, señor.

—Bien, ¿y dónde, profesor?

Campbell se quedó en silencio ante una pregunta que para él resultaba evidente.

—En el Louvre... —contestó en voz baja Chavrier justo antes de empezar a correr hacia la puerta de salida.

Capítulo 71

Sanoir estaba convencido de que aquella noche había realizado ya más ejercicio que en los últimos diez años.

—¿Está seguro de que debemos regresar al Louvre, comisario? —preguntó con voz entrecortada mientras corría detrás de él.

—¡Completamente! —exclamó—. Los profesores tienen razón, Sanoir. Si no somos capaces de entender qué nos están queriendo decir los secuestradores, lo más lógico es pensar que todavía nos falta parte de la información.

—Sí, comisario, pero...

Chavrier se detuvo justo al salir del Panteón. El equipo de la policía científica había desaparecido y los hombres del servicio secreto eran las únicas personas que se encontraban en la plaza en ese momento. Sanoir se colocó a su lado y dedicó unos pocos segundos a recuperar el aliento.

—Cada vez que hemos ido esta noche al Louvre, este nos ha llevado a un punto de París donde los secuestradores nos han dejado información. Primero en la Asamblea Nacional y ahora aquí. Por tanto, si la información que tenemos no está completa, en el Louvre encontraremos dónde buscar la parte que nos falta.

Campbell se sorprendió gratamente al ver la determinación que en ese momento estaba mostrando el comisario.

—¿Paccaud? —dijo a través de su *walkie-talkie* mientras comenzaba a bajar las escaleras del Panteón—. ¿Inspector Paccaud?

—Sí, señor, disculpe.

—¿Todo sigue bien allí, inspector?

—Sí, señor. Nada ha cambiado desde que se fueron.

Chavrier pensó durante un instante si esa misma frase podría aplicarse a lo que ellos habían visto.

—¿Ha encontrado algo más que pueda sernos útil?

—Yo no, señor.

El comisario se quedó en silencio esperando a que le aclarara por qué se había referido a sí mismo.

—He hablado con Eugene, eso sí. Me ha confirmado que la grabación de la cámara de seguridad ha sido manipulada.

—¡Eso es excelente! —exclamó aliviado—. ¿Ha identificado ya a las personas que se ven en el vídeo?

—Creo que no, señor. Por lo menos a mí no me ha informado de ello por el momento.

Chavrier apartó levemente el *walkie-talkie* de su cara para informar a Sanoir y a los profesores.

—Nuestro técnico de laboratorio ha confirmado que el vídeo que nos enseñó Paccaud ha sido manipulado.

—¿Ya han identificado a las personas que aparecen en él? —preguntó Sanoir interrumpiéndole.

—No, todavía no.

Milanelli sintió que se abría ante ellos la posibilidad de descubrir quién estaba detrás de aquel secuestro. Para él, conocer a las personas que habían sido capaces de planear y llevar a cabo algo tan elaborado como lo que estaban viviendo esa noche, era más importante que el hecho de que hubiesen secuestrado al hijo del presidente.

—¿Y saben qué hicieron para manipularlo?

La voz de Paccaud comenzó a escucharse débilmente a través del *walkie-talkie*.

—Un momento, inspector —dijo Chavier aumentando el volumen—. Ya está. Continúe, por favor.

—En referencia a lo que acaba de preguntar el profesor Milanelli, Eugene me ha dicho que lo que han hecho ha sido superponer la misma secuencia varias veces en el mismo punto de la grabación para evitar que podamos ampliar la imagen con este programa.

—¿Y cómo lo ha descubierto? —preguntó Campbell.

—Bueno, profesor, supongo que la experiencia que tiene en este tipo de cosas le ha ayudado. No obstante, es cierto que en esos momentos exactos se ve cómo los relojes que aparecen en la parte superior de la pantalla tienen un pequeño salto. Realmente es algo casi inapreciable. Afortunadamente, ella sí que se ha dado cuenta de ello.

Milanelli se alegró de saber que la policía contaba con personal tan cualificado como aquella chica a la que hacían referencia. No solo les había indicado qué lámpara debían utilizar para descubrir el mensaje oculto en el cuadro de *La consagración de Napoleón* sino que también había conseguido descubrir cómo había sido manipulado aquel vídeo.

—Gracias, inspector —dijo el comisario despidiéndose de Paccaud—. Nosotros volveremos ahora hacia el Louvre nuevamente. Le avisaré cuando estemos allí.

—Muy bien, señor.

Chavier apagó el *walkie-talkie* y a continuación buscó a los profesores. Margaux se encontraba mirando hacia el interior del Panteón con gesto preocupado.

—¿Va todo bien, profesora? —le preguntó.

Al escuchar su pregunta, se giró y permaneció durante unos instantes pensativa con la mirada clavada en aquellas escaleras antes de contestar.

—¿Cómo pueden saber los secuestradores cada vez que nos ven entrar en el Louvre si hemos descubierto aquello que deberíamos encontrar fuera de él?

Campbell no entendió muy bien a qué se estaba refiriendo ya que ese mismo tema ya lo habían hablado en el coche de camino al Panteón.

—¿Lo que ellos quieren que encontremos? —se adelantó Milanelli a preguntarle.

—Exacto.

—Porque de alguna manera controlan esos sitios a los que debemos ir —

respondió Campbell.

—Así es. Tal como dijimos antes. ¿Y en este caso concreto?

Sanoir y Chavrier se miraron el uno al otro sin entender a dónde quería llegar la profesora con todo aquello.

—Aquí no hay guardia de seguridad, y todas las cámaras estaban apagadas —contestó Campbell.

—¿Qué trata de decirnos, profesora?

Sanoir estaba comenzando a impacientarse.

—Verá, señor, cuando veníamos en el coche de camino hacia aquí llegamos a la conclusión de que los secuestradores, al igual que nos controlan en el Louvre a través del sistema de seguridad, seguramente tengan la manera de asegurarse de que encontramos lo que dejan para nosotros. Tanto en Notre Dame, en la Asamblea Nacional, como aquí, en el Panteón.

—¿Y bien?

—Mire a su alrededor —le dijo señalando la plaza—. Cada sitio al que hemos ido esta noche está completamente vacío.

—Además, deben asegurarse muy bien de que lo encontramos. No valdría únicamente con vigilarnos desde el exterior —añadió Campbell.

—Eso es. Por eso, señor, pensamos que alguna de las personas que tienen acceso a cada cadáver que hemos encontrado esta noche puede estar involucrada en el secuestro de Deneux.

Sanoir miraba atónito a la profesora.

—¿Cómo dice?

—Sé que resulta increíble —dijo Chavrier viendo su cara—. Yo tuve su misma reacción al principio.

—Pero eso no es posible —insistió.

—Verá, señor —comenzó Campbell—, en el interior de Notre Dame estuvimos nosotros, el inspector Paccaud, el equipo de policía científica y algunos de sus hombres.

—¡No estará insinuando...!

—Déjeme terminar, por favor —dijo el profesor educadamente—. En la Asamblea, sin embargo, sus hombres se quedaron en el exterior del edificio, Paccaud en el Louvre y en el interior de la biblioteca únicamente estuvimos nosotros seis y la policía científica.

—Al igual que aquí dentro —añadió Chavrier.

—Eso es, comisario. Lo que le planteamos a usted en el coche inicialmente ahora apuntaría, según lo que acabamos de decir, al equipo de la policía científica —dijo Margaux.

Sanoir no podía creer lo que estaba escuchando.

—Piense que son las únicas personas que han estado, al igual que nosotros, en los tres lugares a los que los secuestradores querían que fuésemos —añadió Milanelli.

—Me niego a pensar que alguien del departamento esté involucrado en esto —dijo rápidamente Sanoir.

—El problema que yo veo para que esta historia encaje del todo es que, como también hablamos con el comisario en nuestro camino hacia aquí, de alguna manera los secuestradores sabrían que usaríamos la lámpara térmica —dijo Margaux.

—¿Por qué suponen eso? —preguntó Bingleau.

—Porque con la lámpara ultravioleta yo no vi nada en aquel cuadro, inspector.

—También podríamos haberlo descubierto utilizando la lámpara infrarroja —replicó.

Margaux suspiró antes de responder.

—Es una posibilidad, inspector, no lo niego. Pero usted mismo vio cómo se veía aquella fórmula utilizando la lámpara térmica.

—Y nadie ajeno al departamento sabe que esa lámpara existe —se lamentó Chavier pasándose la mano por la frente.

—¿Entonces usted también cree que una persona de su departamento está involucrada en el secuestro de Deneux? —preguntó Sanoir incrédulo.

—Me gustaría creer que no es así, pero es cierto que los miembros de la policía científica han sido los únicos que han estado con nosotros en todos los escenarios. Además, yo personalmente pedí que el mismo equipo que había estado en Notre Dame acudiera primero a la Asamblea y después aquí.

—Pero quedaría por resolver el problema de la lámpara —dijo Campbell.

El comisario mostró claramente que no entendía cuál era ese problema.

—Me refiero a que quien sea la persona que nos está vigilando cada vez que salimos del Louvre tendría que tener conocimiento de que ustedes estaban desarrollando esa lámpara.

—No necesariamente, profesor —le aclaró Chavier—. Todos los laboratorios están en la misma parte del edificio, tanto el laboratorio técnico, donde está ahora mismo trabajando Eugene, como el laboratorio forense donde supongo que estarán ya estudiando los tres cuerpos que hemos ido encontrando esta noche.

—Y precisamente por eso pasan muchas horas juntos —añadió Bingleau—. Por lo que no sería de extrañar que cada uno estuviese al día de lo que ocurre en el laboratorio del otro.

Después de escuchar lo que ambos acababan de decir, el profesor Campbell no podía disimular estar viviendo una situación incómoda. Quedaba prácticamente demostrado que uno de los hombres de Chavier era la persona involucrada en el secuestro de Deneux y quien les estaba vigilando durante aquella noche.

—¿Saben? —comenzó Margaux— creo que solo hay una manera de saber si efectivamente alguien de su departamento forma parte o no de este secuestro.

Por primera vez en muchos minutos la opción de la inocencia volvía a sobrevolar a su equipo. Chavier escuchó con atención las palabras de la profesora.

—Creo que lo más interesante para salir de dudas sería dirigirnos de nuevo hasta

la sala 75 e iluminar el cuadro de *La consagración de Napoleón* con la luz infrarroja. Si vemos la fórmula podremos pensar que, tal vez, los secuestradores no nos estén vigilando cada vez que salimos del Louvre, y por tanto los miembros de la policía científica podrían ser inocentes. Pero si no vemos nada...

Chavrier sabía exactamente cómo terminaba aquella frase.

Capítulo 72

El corazón de Deneux se había estremecido al escuchar el feroz grito que su secuestrador acababa de lanzar. El pánico le tenía completamente bloqueado, sus piernas apenas eran capaces de moverse y su respiración cada vez era más y más agitada. Por un momento, pensó en rendirse. Detenerse y esperar hasta que aquel hombre le encontrara.

—¡No puedes escapar de mí!

De nuevo, la voz atronadora de su secuestrador disparó su adrenalina. De manera inconsciente, guiado por su instinto de supervivencia, comenzó a caminar. Avanzaba tan rápido como se lo permitían las ataduras que tenían en los pies. La voz de aquel hombre se había escuchado mucho más cerca, de modo que no podía detenerse. Tenía que alejarse de él tanto como fuera posible.

A no mucha distancia, su secuestrador caminaba por aquellos oscuros pasillos sin prisa. Sabía que no necesitaba correr detrás de él. Sencillamente era imposible que pudiera escapar. No donde le tenía encerrado.

Saboreando el olor de su presa, avanzaba decidido en su búsqueda. En el lugar donde le había dejado amordazado se había encontrado restos de la cuerda que había utilizado para atarle. Para alguien como él, no fue difícil descubrir hacia dónde se había dirigido en su huida. A pesar de no poder explicarse cómo aquel chico de apariencia débil había podido liberarse, las marcas que había dejado en el suelo habían jugado en su contra.

—¡Lo que te ayudó a escapar será tu tumba! —gritó.

Aquel mismo suelo polvoriento dibujaba un camino inconfundible que se perdía en la oscuridad de uno de aquellos pasillos. Al arrastrar su cuerpo, Deneux le había dejado a su secuestrador una señal inconfundible que le marcaba hacia dónde debía dirigirse.

Cuando comenzó a escuchar el sonido de Deneux intentando huir inútilmente, ralentizó su paso. Quería disfrutar al máximo de ese momento. Comenzó a caminar con cuidado, su presa estaba cada vez más cerca. Incluso podía olerla.

«Te arrepentirás de haber intentado escapar».

Deneux, por su parte, continuaba caminando torpemente. Con la ropa destrozada por el rozamiento con la pared, el brazo había empezado a sangrarle. Aquella piedra era como una auténtica lija en su piel. Por desgracia, no tenía otro remedio que caminar apoyado en la pared para mantener el equilibrio y poder escapar de aquel hombre.

—¡No puedo detenerme! ¡No puedo detenerme!

Exhausto por el esfuerzo que estaba realizando, intentaba darse ánimos a sí mismo. No podía entender cómo era posible que hubiese llegado a aquella situación. Era el hijo del hombre más poderoso de todo el país y en ese momento se encontraba amordazado escapando de un hombre que quería asesinarle.

Con una diabólica sonrisa dibujada en su rostro su secuestrador se colocó justo detrás de él. No había duda de que el miedo le había bloqueado por completo los sentidos, ya que no era capaz de percibir su presencia aunque estuviese a escasos centímetros suyo. El placer que sentía en ese momento era incalculable.

—¿A dónde piensas que vas? —le susurró al oído.

Deneux se quedó helado al escuchar aquellas palabras. Su cuerpo no resistió más y sintió cómo su corazón se detenía súbitamente.

Capítulo 73

Los dos coches de policía circulaban a toda velocidad de regreso al Louvre. A diferencia de lo que había ocurrido en el viaje hacia el Panteón, ahora era el coche en el que viaja el comisario Chavrier con los profesores el que iba por delante del de Bingleau y Sanoir. La credibilidad del departamento de policía estaba en juego y el comisario no podía esperar ni un minuto más para descubrir si uno de sus hombres formaba parte de aquel secuestro.

Al llegar a la plaza del Carrusel, Chavrier se bajó rápidamente del vehículo y comenzó a caminar hacia la entrada principal del Louvre. Los profesores le seguían. Durante todo el camino de regreso al museo, el comisario había permanecido en silencio. La responsabilidad que pesaba sobre él era mayor que nunca en toda la noche. Si inicialmente el culpable de la desaparición de Deneux estaba claro que había sido el servicio secreto y la policía la encargada de encontrarle con vida, ahora todo parecía indicar que alguien de su departamento había participado en su secuestro, y por tanto, el grado de responsabilidad que él mismo tendría que asumir se le antojaba inimaginable.

Cuando estaba a unos metros de la puerta, se detuvo y se volvió para buscar a Bingleau, que junto con Sanoir, acababa de aparcar su vehículo y se dirigía corriendo hasta donde ellos se encontraban.

—¿Ha cogido la lámpara infrarroja? —le preguntó gritando.

Bingleau la levantó y comenzó a agitarla con su brazo para que el comisario pudiera verla.

—¡Sí, señor! ¡Aquí la tengo!

Chavrier esperó a que llegaran para entrar todos juntos al Louvre. No quería que los guardias de seguridad se alertaran al verles entrar corriendo en diferentes momentos.

En el interior del museo, el jefe de seguridad les esperaba hierático, casi en la misma posición en la que le habían dejado al marcharse.

—Nos vemos una vez más, comisario.

A Chavrier no le hizo ninguna gracia la confianza que parecía tomarse aquel hombre. Sin embargo, tuvo que tragarse su orgullo y aparentar normalidad.

—Buenas noches, de nuevo. Ciertamente, aquí estamos otra vez. Seguiremos trabajando un rato más en el museo. No sé cuanto exactamente.

—Ningún problema, señor. Cualquier cosa que necesite no dude en pedírmela.

El comisario comenzó a bajar las escaleras de caracol.

—Lo sé, lo sé. Pero no quisiera molestarles. Asegúrese de que sus hombres continúen su trabajo con total normalidad. Nosotros haremos el nuestros sin tener que causarles ninguna molestia.

Cuando terminó de hablar, ya se encontraban tan lejos de la entrada que Campbell dudó que el jefe de seguridad hubiese podido escuchar todo lo que le acababa de

decir.

—Bien, profesores —comenzó a decirles al llegar al *hall* Napoleón—, lo primero que haremos será dirigirnos a la sala 75, tal como ha propuesto la profesora, y pasaremos la lámpara infrarroja que lleva el inspector Bingleau por ese cuadro.

—No creo que sea necesario ni siquiera que volvamos a descolgarlo. Estoy segura de que cualquiera de ustedes alcanzará a iluminar la parte donde está la fórmula —dijo Margaux.

—Eso sería excelente, profesora. Adelantaría mucho nuestro trabajo.

Los profesores Campbell y Milanelli escuchaban en silencio al comisario. No se atrevían a decir nada. Si estaban de nuevo en el Louvre era porque ellos lo habían dicho, a pesar de que también les habían convencido previamente de que encontrar la segunda parte de los números les permitiría llegar hasta Deneux.

Sanoir miró su reloj.

—Faltan unos minutos para las cinco, comisario.

Chavier entendió lo que le estaba diciendo Sanoir. Sin perder un instante comenzó a caminar de nuevo, más rápido aún que en el exterior del museo. Al llegar al ala Denon, se encontraron que la sala 75 todavía estaba iluminada.

—Espere un momento —dijo Campbell sujetándole el brazo—. Creo que lo que vamos a hacer ahora mismo va a desconcertar a los secuestradores.

—¿Por qué lo dice? —preguntó el comisario.

—Por primera vez en toda la noche vamos a volver a un escenario que se supone que, por así decirlo, ya estaba superado.

—¿Y? —preguntó sin comprender cuál era el problema.

—Posiblemente los secuestradores no entiendan lo que hacemos.

—Nos tienen vigilados, profesor. Usted mismo lo dijo. Aquí, en Notre Dame, en la Asamblea Nacional, en el Panteón y en cualquier lugar al que vamos esta noche. Ellos saben dónde vamos a ir y qué es lo que vamos a hacer allí.

El frustración de Chavier era perceptible.

—Puede que no entiendan por qué volvemos a esta sala y por qué volvemos a iluminar este cuadro, pero también es cierto que no nos han dado otra opción —dijo Milanelli.

—Creo que tiene razón el profesor —opinó Bingleau—. Si estamos una vez más en el Louvre es porque aquí descubrimos las dos últimas veces a dónde debíamos ir.

Margaux miró al cuadro desde la distancia.

—Paccaud debe apagar las luces de nuevo, señor. De lo contrario no podremos estar seguros de si esta lámpara permite ver o no la fórmula.

Chavier encendió inmediatamente su *walkie-talkie*.

—¿Inspector? Ya estamos en el museo —dijo sin esperar su respuesta—. Necesito que apague las luces de la sala 75 ahora mismo.

—Enseguida, señor.

Casi al mismo tiempo que pronunciaba aquellas palabras, las luces que

delimitaban toda la sala se encendieron al quedar la sala a oscuras.

—Y Paccaud...

—¿Sí, señor?

—Desconecte todas las cámaras de seguridad de esta sala.

Durante unos instantes no se escuchó nada al otro lado del *walkie-talkie*.

—¿Es que no me ha oído, inspector? —preguntó enfadado.

—Sí, señor, perdone. Ahora mismo me encargo de ello.

Campbell no entendía lo que estaba haciendo el comisario.

—No creo que...

Chavier levantó su mano interrumpiéndole.

—Ya está, señor. Todas las cámaras de la sala han sido apagadas.

—Perfecto, inspector. Muchas gracias. Le volveré a llamar en cuanto pueda volver a conectarlas.

El comisario apagó el *walkie-talkie* y se dirigió a Campbell.

—¿Qué decía, profesor?

—No creo que lo que acaba de hacer sea una buena idea.

—¿Por qué piensa eso? —preguntó haciéndose el ingenuo.

—Creo que los secuestradores han pirateado el sistema de seguridad de este museo para poder controlarnos, como ya les he dicho varias veces esta noche.

—Eso ya lo sé, profesor. Y ahora no podrán saber lo que hacemos.

—Pero eso puede ponerles nerviosos. Y a su vez eso podría comprometer la vida de Deneux.

Chavier se acercó hasta Bingleau y cogió la lámpara de infrarrojos que este tenía en su mano.

—Confíe en mí —le dijo finalmente—. Sé lo que estoy haciendo.

Sin dar más explicaciones se dirigió hasta el cuadro de *La consagración de Napoleón* donde antes habían encontrado la fórmula.

—Bien, profesora, ¿podría indicarme qué zona debo iluminar?

Margaux se colocó al lado del comisario. Esperó unos segundos a que sus ojos fuesen capaces de apreciar las distintas partes del cuadro con la escasa iluminación que tenía en ese momento la sala, y a continuación le mostró dónde se encontraba la fórmula.

—¿Ve a Napoleón, señor?

Chavier no dudó un instante. Recordaba el punto exacto, pero aún así lo que estaba a punto de hacer era algo tan importante que había preferido asegurarse.

—Perfectamente, profesora.

—Pues ahí es donde está. Justo encima de su cuerpo.

El comisario sintió un escalofrío recorrerle por completo. Ya no había marcha atrás. Estaba a punto de descubrir si su departamento estaba involucrado en el secuestro del hijo del presidente.

—Cuanto antes lo sepamos mejor —dijo Sanoir.

Chavier estiró su brazo todo lo que pudo. Afortunadamente, era justo la altura necesaria para iluminar el lugar que la profesora le acababa de indicar. Respiró profundamente y encendió la lámpara.

Todos se quedaron helados sin saber qué decir. La oscuridad era absoluta. La luz infrarroja no permitía ver nada.

—¡Mierda! —exclamó furioso.

Ya no había lugar a dudas. Alguien de su departamento formaba parte de aquel secuestro y los miembros de la policía científica eran los únicos que habían estado con ellos en todos los lugares fuera del Louvre, y que además, podían tener información acerca de la existencia de la lámpara térmica.

—Tenemos un problema, Bingleau. Tenemos un gran problema —se lamentó.

Capítulo 74

El inspector Paccaud todavía miraba incrédulo la pantalla en la que hasta hacía unos segundos podía ver a Chavier y a los profesores. Por alguna razón que no alcanzaba a comprender, el comisario le había ordenado que desconectara todas las cámaras de seguridad de aquella sala, y por tanto, no le había quedado más remedio que obedecer.

Sabiendo que de nuevo estaban en el museo, se preguntaba hasta cuando tendría que seguir revisando grabaciones aquella noche. Hacía ya un par de horas que habían encontrado lo único interesante en ellas. Por lo menos, parecía que había sido de utilidad.

—Tres días revisados, quince salas —se lamentó en voz baja.

—Este no es un trabajo divertido —dijo el guardia—. Piense que si no estuviésemos revisando estas grabaciones tendríamos que estar mirando fijamente estas pantallas durante toda la noche.

Paccaud se compadeció de él. En verdad parecía un trabajo realmente aburrido.

—Solo espero que Eugene pueda identificar a esas personas. A parte de ver lo que estuvieron haciéndole hace un rato a ese cuadro no tengo ni idea de dónde han estado ni qué es lo que están haciendo ahora. Esta noche está siendo...

El estruendoso pitido de una alarma interrumpió a Paccaud.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó sobresaltado.

La cara del guardia no le aportó tranquilidad precisamente.

—¡La sala de suministros! —exclamó señalando la luz roja que parpadeaba en el panel que tenían justo enfrente de ellos.

El guardia se incorporó de su silla de un salto y salió corriendo por la puerta.

—¡Espere! —gritó el inspector.

Paccaud estaba seguro de hacia dónde se dirigía. Lo que no le gustaba era la preocupación que reflejaba su rostro.

Al entrar en la sala de suministros, el sonido de la alarma era ensordecedor. El guardia la apagó rápidamente.

—¿Algún problema?

El sonido del *walkie-talkie* del guardia de seguridad se escuchó bastante distorsionado.

—No, señor. Creo que todo está controlado.

Paccaud vio cómo en uno de los cinco paneles en los que se dividía la pared principal de aquella sala, varias luces no paraban de parpadear. Unas estaban de color naranja y otras de color rojo. De repente, recordó lo que le había explicado al principio de la noche acerca de los sensores de temperatura que tenían las salas.

—¿Qué está pasando? —preguntó inquieto.

—La temperatura. Hay un fallo en una de las salas.

Paccaud ya había presupuesto que ese era el problema, pero no entendía el grado

de nerviosismo que evidenciaba su comportamiento.

—¿Eso no es algo normal?

—¿Esto? —dijo señalando el panel—. En absoluto.

—Creí entender que muchos sensores estaban de color naranja la mayoría de las veces por culpa de la gente.

El guardia se dio cuenta de que estaba malinterpretando sus palabras.

—Los sensores de *La Gioconda* sí, señor. ¿Pero los de toda la sala a la vez? Imposible.

El inspector miró de nuevo al panel. Ahora todas las luces estaban de color rojo y parpadeaban sin parar.

—¿Y no puede arreglarlo?

—Me temo que no. Esto no había ocurrido nunca.

Al escuchar esas palabras sintió que el corazón le daba un vuelco. Nuevamente estaba ocurriendo algo inexplicable en el museo.

«Los secuestradores de Deneux».

La tentación de avisar al comisario era muy fuerte. Sin embargo, prefería asegurarse, como ya había hecho antes, de que todo aquello realmente fuese algo que no pudiese explicarse de otra manera.

—¿Con quién ha hablado antes? —preguntó.

—Con mi jefe, señor.

—¿Ha escuchado la alarma desde la entrada del museo?

—No, no. Es imposible escucharla desde allí. La mesa de control tiene un pequeño cuadro de mandos y la misma luz que se nos ha iluminado a nosotros en la sala de vigilancia se le ha activado a él allí.

Paccaud se sintió aliviado al escuchar aquella respuesta. Sabía que si la alarma se había sentido en todo el museo y él no avisaba inmediatamente a Chavrier, se metería en un buen lío.

—¿Por qué le ha dicho a su jefe que todo estaba controlado, entonces?

—Eso creía... —contestó con clara inseguridad.

Durante unos segundos, el inspector se mantuvo observando lo que el guardia hacía para intentar arreglar aquella situación.

—El sistema de aire acondicionado no responde y el de ventilación tampoco.

—¿No puede deberse a un fallo eléctrico?

El guardia le señaló el panel.

—Fíjese. Son seis luces las que están parpadeando.

—Sí, ya lo veo.

—Eso significa que las seis salidas de aire acondicionado que están junto a esos sensores no están funcionando correctamente.

Paccaud no parecía entender por qué no podía ser un fallo eléctrico, ya que todas estaban dentro de la misma sala.

—Cada una de ellas es independiente de las demás, señor —prosiguió—. Están

fallando seis equipos de aire acondicionado de manera simultánea. Eso es sencillamente imposible.

Cada vez había menos dudas. Todo apuntaba a que lo que estaba ocurriendo era obra de los secuestradores de Deneux.

—¿Y esas luces por qué han cambiado de color tan rápido si el resto del sistema del museo está funcionando correctamente?

El guardia movió la pantalla de su ordenador para que pudiera ver claramente lo que estaba ocurriendo.

—El problema no es que se haya detenido la climatización de esa sala. El problema es que esos seis equipos de aire acondicionado están expulsando aire caliente y no soy capaz de detenerlo.

La pantalla que le enseñaba el guardia era bastante fácil de interpretar. En ella aparecía la sala 14 del segundo piso en el ala Richelieu. Mediante un sencillo cuadrado se mostraban los seis sensores de temperatura que tenía la sala. Todos ellos estaban en color rojo y marcaban debajo la temperatura que estaban midiendo.

—¿Treinta grados? —preguntó sorprendido.

—Sí, señor, eso es. Al superar los veinticinco grados el sistema debe detenerse. Pase lo que pase. Pero siguen expulsando calor sin parar.

Paccaud miraba la pantalla boquiabierto.

—¿No decía que su jefe había vuelto al museo? —preguntó el guardia—. Quizá este sea un buen momento para avisarle.

Capítulo 75

La profesora Margaux llevaba un buen rato intentando encontrar las palabras que permitiesen tranquilizar al comisario. Cuando estaba a punto de decir algo, su *walkie-talkie* emitió un pitido y la voz nerviosa de Paccaud se escuchó con fuerza.

—¡Comisario!

Chavrier se sobresaltó por el tono de voz del inspector.

—¿Qué ha ocurrido?

—Señor tienen que venir a ver esto.

—¿Han encontrado algo más en las grabaciones?

Campbell sintió un halo de esperanza. Tras descubrir que algunas de las personas en las que confiaban estaban involucradas en el secuestro de Deneux, saber por dónde continuar buscando era exactamente lo que necesitaban en ese momento.

—Me temo que es bastante peor que eso, señor.

El corazón de Margaux se aceleró repentinamente.

—Algo está ocurriendo en el museo. Creo que deberían venir a la sala de suministros lo antes posible.

La cara de Chavrier era el fiel reflejo del desconcierto que todos sentían en ese momento. ¿Estaban los secuestradores manipulando el sistema de vigilancia otra vez?

—Ahora mismo llegamos, inspector.

Chavrier comenzó a correr hacia la sala donde se encontraba Paccaud.

—¿Qué cree que ha pasado, comisario? —preguntó Sanoir.

—Creo que he conseguido justo lo que quería.

—¿Cómo ha dicho? —le preguntó Campbell sorprendido por su respuesta.

El comisario demoró unos instantes su respuesta mientras se ubicaba entre los pasillos del museo.

—¿Recuerda que usted dijo que no le parecía una buena idea desconectar las cámaras de seguridad de esa sala? —respondió finalmente.

—Sí, claro que lo recuerdo.

—Pues estoy relativamente seguro de que, por primera vez en toda la noche, he conseguido que los secuestradores de Deneux hagan justo lo que yo quería.

Campbell miró a Margaux. La cara de extrañeza que tenía la profesora dejaba claro que él no era el único que no estaba entendiendo al comisario.

—¿Discúlpeme pero me temo que no le sigo?

Chavrier bajo el ritmo y comenzó a caminar.

—Bueno, profesor, creo que estaremos todos de acuerdo en que hace tan solo unos segundos estábamos en un punto en el que no sabíamos ninguno de nosotros qué sería lo próximo que deberíamos hacer para continuar la búsqueda del señor Deneux ¿no es así?

—Sí, así es.

—Y usted pensaba que desconectar las cámaras de seguridad de aquella sala

podría enfadar a los secuestradores ya que a lo largo de toda la noche nos han tenido controlados ¿verdad?

—Cierto.

—Bien, pues he de reconocer que yo pensaba de manera diferente. En mi opinión, dado que no sabíamos cómo continuar nuestra búsqueda, he pensado que si dejaban de vernos, si dejaban de tenernos controlados, rápidamente se encargarían de que tuviésemos noticias tuyas.

El comisario se detuvo justo unos metros antes de llegar a la puerta de la sala de suministros.

—Y afortunadamente —continuó— parece ser que mi idea ha dado resultado.

En el interior de la sala de suministros, Paccaud veía impotente cómo la temperatura en la sala que aparecía en el monitor no paraba de subir.

—Treinta y cinco grados —dijo el guardia—. Tengo que avisar a mi jefe.

—¡Espere! —exclamó el inspector—. El comisario Chavrier y los profesores están a punto de llegar.

—¿No lo entiende, verdad? Estos cuadros se estropearán si no los sacamos de allí cuanto antes.

En ese momento se abrió la puerta de la sala.

—¿Qué ha ocurrido, inspector? —preguntó rápidamente el comisario.

Paccaud observó las caras de Bingleau, Sanoir y de los tres profesores. Todos parecían estar deseando que aquella historia fuese realmente importante.

—Hace apenas unos minutos hemos escuchado una alarma mientras estábamos revisando grabaciones en la otra sala. Cuando hemos entrado aquí para ver qué era lo que estaba ocurriendo, nos hemos encontrado que esas luces de ahí se habían puesto de color rojo como pueden ver —dijo señalando el panel.

—Esas luces son sensores de temperatura —les explicó el guardia—. Todas las salas cuentan con un sistema de climatización que mantiene su temperatura a dieciocho grados centígrados. Si la temperatura varía en dos grados la luz se vuelve naranja y si varía en cuatro grados se pone de color rojo.

—¿Como ahora? —preguntó Milanelli.

—Exactamente.

—¿Y cuál cree que es la causa? —preguntó Chavrier.

—No lo sé, señor. Pero desde luego no puede ser un fallo del museo.

—¿Por qué no? —preguntó Campbell.

—Porque verá, como le explicaba antes al inspector, cada una de esas luces representa un equipo de aire acondicionado diferente. En este caso, esas seis luces corresponden a los seis equipos que hay en la sala 14 del ala Richelieu, en la segunda planta. El problema es que cada equipo es completamente independiente del resto, de modo que no es posible que los seis se hayan estropeado a la vez.

—¿Está seguro de eso? —preguntó Sanoir.

—Completamente, señor. Lo que está ocurriendo en esa sala no puede deberse a un fallo del museo.

—Pero un fallo eléctrico tal vez...

—No, señor —respondió tajante—. De manera totalmente casual y remota podría llegar a ocurrir que todos los sistemas de climatización de una sala se estropearan al mismo tiempo. Pero lo que es realmente imposible es esto.

El guardia les señaló la pantalla que tenía delante de él.

—¿Lo ven? Esta es la temperatura que ahora mismo están midiendo los sensores. Treinta y siete grados centígrados. El sistema está programado para detenerse de manera automática cuando se alcanzan los veinticinco grados. Pero en este caso, el sistema no solo no se ha detenido, sino que los seis equipos están liberando aire caliente de manera descontrolada.

Campbell se llevó las manos a la cabeza al escuchar lo que estaba ocurriendo. Para él no había ninguna duda, aquello era obra de los secuestradores de Deneux.

—¿Y los cuadros? —preguntó Margaux.

—Eso mismo le estaba diciendo a su compañero justo en el momento en que ustedes han entrado. Debo avisar a mi jefe. Tenemos que retirarlos de ahí inmediatamente.

Campbell miró al comisario y le hizo repetidos gestos de negación con la cabeza.

—Entiendo su preocupación por esos cuadros, pero permítanos ver lo que está ocurriendo en esa sala antes de avisarle ¿de acuerdo?

El guardia era claramente contrario a lo que le estaba proponiendo el comisario, pero sabía perfectamente que mientras él estuviera en el museo debía obedecer sus órdenes.

—Está bien, señor.

Chavier salió rápidamente de la sala y comenzó a correr por el pasillo lo más rápido que podía.

Todos le siguieron.

—Espero que no tengan duda de que esto es obra de los secuestradores de Deneux —dijo con voz entrecortada por el esfuerzo.

—Reconozco que su plan ha funcionado a la perfección, comisario —admitió Campbell.

—¿Sabe...?, ¿sabe qué es lo que pretenden, profesora?

—No tengo ni idea, señor. Lo único que pueden conseguir con lo que están haciendo es estropear los cuadros.

En silencio, completaron el resto del camino. Al llegar al ala Richelieu una débil luz les mostraba el camino hasta la sala 14.

—Me alegro de que Paccaud haya pensado en eso —dijo Milanelli.

Al llegar, el contraste de temperatura era brutal. El calor que se concentraba en aquella habitación era insoportable. A diferencia de las grandes salas en las que

habían estado anteriormente aquella noche, la sala 14 era mucho más pequeña.

El comisario Chavrier se vio obligado a pasar a la sala contigua para poder recuperar el aliento.

—¿Y bien? —preguntó en voz alta—. ¿Qué es lo que tenemos que encontrar aquí?

—No lo sé, comisario —respondió Campbell—. Pero sea lo que sea se esconde en uno de estos cuadros.

—Podríamos esperar a que los llevarsen a otra sala como dijo el guardia ¿no les parece? —propuso Sanoir.

—Me temo que eso no funcionaría, señor. Algo me dice que no debemos moverlos de aquí.

Chavrier volvió a entrar en la sala y se colocó en el centro junto a todos ellos.

—¿Qué cree usted, profesora?

Margaux vaciló un instante.

—No lo sé, comisario. Por una parte el guardia tiene razón. Si la temperatura de esta sala sigue aumentando los cuadros se estropearán. Pero por otro lado, creo que el profesor Campbell también tiene razón. Algo me dice que deben permanecer aquí.

—¿Se da cuenta de la responsabilidad que tendría que asumir si se pierden más cuadros de este museo? ¿Recuerdan lo que ha pasado con *La consagración de Napoleón*?

—Lo sé, lo sé —respondió en voz baja.

—Comisario —comenzó Milanelli— yo también estoy de acuerdo con ellos. Si como todo parece indicar, esto es obra de los secuestradores de Deneux, está claro que han elegido esta sala por algo en particular. Hasta ahora habíamos estado en dos salas muy cercanas entre sí en el ala Denon, y sin embargo, ahora nos han traído hasta aquí. Estamos en un piso diferente y en un ala del museo diferente. Además, salta a la vista que esta sala no tiene nada que ver con las otras dos, de modo que todo ello me lleva a pensar que esto es también diferente a lo que hemos visto hasta ahora.

—Pero podrían haber utilizado el truco de la temperatura simplemente para traernos hasta aquí, al igual que hicieron con la alarma de la sala 77 en el primer caso —opinó Sanoir.

—Sí, señor. Desde luego que esa es una opción que no debemos descartar de momento. Pero si tienen el sistema de seguridad controlado, si nos están viendo ahora mismo, los secuestradores saben que ya estamos donde ellos querían, y sin embargo, no sé cuál será la sensación que tienen ustedes, pero yo creo que la temperatura no deja de subir.

—Sigue saliendo aire caliente, es cierto —dijo Margaux.

—¿Qué quiere decir con eso, profesor? —preguntó Chavrier.

—Simplemente creo que a pesar de que el fin ha sido el mismo, el objetivo no lo es. En mi opinión, la alarma de la sala 77 tenía como única finalidad indicarnos en qué sala querían que buscásemos. Sin embargo, en este caso, a pesar de que, como he

dicho, el fin ha sido el mismo, ya que de nuevo estamos en la sala que ellos querían, el aire no se ha detenido al igual que ocurrió con la alarma, y eso me temo que es algo que hace esta situación radicalmente diferente.

—¿Y qué explicación propone? —preguntó Bingleau.

—Me temo, inspector, que solo hay dos opciones. O pretenden poner a prueba nuestra capacidad de resistencia física, o el calor afectará de alguna manera a alguno de estos cuadros y eso nos dará la respuesta que estamos buscando.

Capítulo 76

Con un enorme sonrisa, Eugene miraba satisfecha el rostro del hombre que tenía ampliado en la pantalla de su ordenador. Una vez más, lo había vuelto a conseguir. La técnica que habían utilizado los secuestradores para evitar que se les reconociese en las grabaciones de las cámaras de seguridad del Louvre, había sido, en su opinión, «bastante inteligente», pero nada que un buen programa de tratamiento de imágenes como el que tenía en su laboratorio no pudiese solucionar. Por desgracia, de momento el sistema no había conseguido identificar quién era aquella persona. Lo que ya estaba descartado era que estuviese fichada por la policía ya que su base de datos había sido la primera que había utilizado.

Mientras miraba cómo otro de sus ordenadores buscaba en la base de datos civil, Eugene dudaba si llamar a Paccaud para avisarle de lo que había conseguido, o avisar directamente a Chavrier. A pesar de que no tenía ninguna gana de hablar con él, sin duda era un avance lo suficientemente importante como para restregárselo a su jefe.

Sin conseguir que la sonrisa se le borrara de la cara, cogió el teléfono y marcó su número.

—Buenas noche, comisario —comenzó al ver que cogía la llamada—. Ya he conseguido eliminar el problema que tenía el vídeo que me ha enviado el inspector Paccaud.

—Sí, algo me ha explicado él anteriormente.

—También he conseguido ampliar la imagen en la que se ve el rostro de uno de las personas que manipulan ese cuadro, y ahora mismo estoy haciendo búsquedas en las bases de datos para intentar identificarle.

—Eso son buenas noticias, sin duda. Buen trabajo.

Eugene se sorprendió por la amabilidad del comisario.

—Gracias, señor.

—¿Ha probado con nuestra base de datos?

—Sí, esa es la primera que he utilizado y esta persona nunca antes ha sido detenida.

—Ya veo. ¿Cuál está utilizando en estos momentos?

—La civil, señor.

—Esa tardará más tiempo en dar algún resultado ¿no es así?

—Eso me temo —reconoció—. Es, sin duda, mucho más grande por lo que tardará más tiempo en machear todas las posibles identidades, sí.

Chavrier reflexionó unos segundos.

—Bien. ¿Ha probado con la base de datos de la Interpol?

—No, señor. Todavía no.

—En ese caso, utilícela. ¿Es posible realizar ambas búsquedas simultáneamente?

—Sí, por supuesto. Ningún problema.

Mientras hablaban, Chavrier escuchó cómo Eugene tecleaba en su ordenador.

—Ahora mismo acaba de empezar. Le avisaré si consigo algún resultado.

—Gracias, Eugene. Y de nuevo, gran trabajo. Felicidades.

Chavrier apagó su teléfono y dirigió su mirada hacia los profesores que observaban con detalle uno de los cuadros.

Sin tiempo a decirles nada, su *walkie-talkie* comenzó a pitar.

—Señor, la sala ya ha alcanzado los cuarenta y dos grados centígrados. El guardia insiste en que deberíamos avisar al jefe de seguridad y retirar todos los cuadros antes de que se estropeen.

Chavrier miró de nuevo a los profesores y recordó lo que antes le habían dicho.

—Entiendo su preocupación, inspector. Pero dígame que de momento no sacaremos ningún cuadro de esta sala.

—Como usted diga, señor.

—Y por cierto —añadió Chavrier— ¿tiene idea de dónde está el guardia de seguridad que debería estar vigilando esta planta?

—Un momento, señor. Lo comprobaré.

Paccaud tardó unos segundos en descubrir lo que le había preguntado el comisario.

—Está en el ala Denon, señor. ¿Quiere que le avise?

—No, no, inspector. Todo lo contrario. Quiero que se asegure de que no aparecerá por aquí.

—Ningún problema. Ahora mismo me ocuparé de que así sea.

—Y lo mismo quiero que haga con el jefe de seguridad. No quiero que nadie ajeno a nosotros se acerque a esta sala. ¿Lo ha entendido?

—Perfectamente, señor. Solo una cosa más.

—¿Cuál, inspector?

—La temperatura continúa subiendo. Ahora mismo la sala ya ha alcanzado los cuarenta y cinco grados centígrados. El guardia me ha explicado que las salas de este museo están diseñadas para que cada una de ellas contenga una atmósfera independiente y que un problema de este tipo no afecte a las salas vecinas.

Chavrier se mantuvo en silencio.

—Quiero decir con esto, que si la temperatura de la sala continua subiendo como hasta ahora, ya no será un problema de los cuadros, señor, sino que llegará un momento que ustedes no puedan aguantar ese calor.

—Entiendo, inspector. Intentaremos descubrir lo que hay en esa sala antes de que eso ocurra.

El comisario apagó su *walkie-talkie* y se dirigió a donde se encontraban los profesores.

—Acabo de hablar por teléfono con nuestra técnico de laboratorio y me ha confirmado que ya tiene la imagen ampliada de la persona que se veía en aquella grabación —dijo Chavrier—. Aunque de momento no hemos sido capaces de identificarla.

Los profesores celebraron con alivio la buena noticia. Inmersos en aquel momento de gran presión, cualquier ayuda era bien recibida.

—¿Han descubierto ya qué es lo que está pasando aquí? —preguntó a continuación.

—No, señor —contestó rápidamente Margaux—. Aún no sabemos por qué han elegido esta sala.

Bingleau señaló uno de los cuadros que tenían más cerca.

—Todos parecen más o menos iguales ¿no es así?

Margaux le dio la razón.

—Así es, inspector. Ese que está señalando usted ahora mismo es *La Sainte Famille avec saint Jean et sainte Élisabeth dans un paysage*, y el que está justo debajo *Le Jugement de Salomon*.

—¿Tal vez puedan revisarlos, uno por uno, como hicieron en la otra sala?

—Me temo que eso no será posible, inspector —contestó Chavrier—. Paccaud me acaba de decir que la temperatura continúa subiendo y que las salas del Louvre están diseñadas para contener atmósferas independientes unas de otras.

—¿Quiere decir que el calor que hay aquí ahora mismo no se va a difundir por el resto de las salas? —preguntó Milanelli.

—Eso me temo, profesor.

—Pero eso es físicamente imposible, comisario —dijo señalando la amplia puerta que daba acceso a la sala contigua.

Chavrier se encogió de hombros.

—Yo me limito a decirles lo que el guardia de seguridad que está con el Paccaud le ha dicho.

—En ese caso —opinó Campbell—, creo que lo mejor sería que intentásemos descubrir lo más rápido posible cuál de estos cuadros debe decirnos por dónde tenemos que continuar nuestra búsqueda.

—No podría estar más de acuerdo —dijo Sanoir—. ¿Podría entonces dar un rápido repaso a estas obras, profesora?

Margaux observó todos los cuadros de aquella sala antes de responder.

—Verán, todos son obras de Nicolas Poussin, uno de los autores franceses más importantes del siglo XVII. El problema es que pertenecen a un estilo denominado pintura clasicista que, francamente, nunca me ha atraído especialmente. Por lo que no puedo decirles gran cosa de ninguno de ellos.

—Estoy seguro de que, en cualquier caso, será más de lo que sabemos cualquiera de nosotros —dijo el comisario intentando animarla.

Margaux respiró profundamente y señaló uno de los cuadros.

—¿Ven ese cuadro de ahí? El que está al lado de los dos a los que se acaba de referir Bingleau.

—Sí, lo veo —respondió Chavrier.

—*Diogène jetant son écuelle*.

—Profesora, ¿le importaría traducir? —preguntó Milanelli interrumpiéndola—. Me temo que mi francés no me permite entender la mayoría de los nombres que nos está diciendo esta noche.

Margaux sintió una gran vergüenza. Lo que estaba haciendo no demostraba muy buena educación por su parte.

—Claro que sí, profesor. Discúlpeme.

Milanelli le agradeció sus disculpas con una afectuosa sonrisa.

—Decía que el título de ese cuadro es Diógenes tirando su copa. Como pueden comprobar, no parece que nos vaya a dar mucha información. Y a su lado están *El éxtasis de San Pablo*, La muerte de Safira, Eliezer y Rebeca...

—Es cierto que no parece que podamos esperar mucho de estos cuadros —reconoció resignado Campbell.

—El problema es que la temática de todos ellos es muy similar, y por supuesto, ninguno hace referencia a París para que podamos saber dónde debemos continuar buscando a Deneux.

El *walkie-talkie* de Chavrier emitió nuevamente un pitido y a continuación la voz de Paccaud se comenzó a escuchar con claridad.

—Señor, están a punto de alcanzar los cincuenta grados centígrados. Creo que deberían darse prisa.

El comisario miró el aspecto de todos ellos. Sanoir y el inspector Bingleau estaban completamente empapados en sudor, mientras que Campbell y el profesor Milanelli hacían uso de un pequeño pañuelo cada uno. La profesora era la única que todavía mantenía la compostura.

—Gracias, Paccaud. Intentaremos acabar lo antes posible.

Margaux se giró al escuchar las palabras del comisario. Sabía que, por lo menos de momento, estaban muy lejos de entender la razón por la que estaban en aquella sala.

—Tal vez debemos replantearnos la razón por la que los secuestradores de Deneux han elegido esta sala —dijo Sanoir.

—¿Por qué piensa eso, señor? —preguntó Campbell.

—Bueno, ya ha oído lo que nos acaba de decir la profesora. No parece que ninguno de estos cuadros nos vaya a ayudar a encontrar a Deneux.

—Pero si los secuestradores han elegido esta sala será por algo.

—Sí, lo sé. Todo parecía indicar que así sería, profesor. Pero ya ha escuchado al inspector Paccaud. ¿Hasta cuándo vamos a soportar este calor?

El profesor Milanelli se pasó el pañuelo por los ojos y volvió a mirar al cuadro que tenía justo enfrente de él. De nuevo, repitió lo mismo pero esta vez secó cada uno de ellos individualmente. Estaba seguro de que lo que estaba viendo tenía que ser por culpa de gotas de sudor que cubrían sus ojos. Después de asegurarse de que los tenía completamente secos volvió a mirarlo fijamente. Ahora ya no tenía duda. Lo que estaba viendo era real.

—Creo que deberían dejar de discutir y fijarse en aquel cuadro —dijo señalándolo.

Margaux se llevó las manos a la boca en un claro gesto de sorpresa.

—¿Qué está pasando? —preguntó Chavrier.

Todos se aproximaron para ver más detenidamente cómo, poco a poco, la pintura de aquella obra comenzaba a derretirse.

—¿Cómo dijo que se llamaba este cuadro, profesora?

—*El éxtasis de San Pablo*, comisario.

Chavrier no podía creer lo que estaba viendo.

—¿Se está derritiendo por el calor? —preguntó Milanelli.

—No, eso es imposible —respondió rápidamente Margaux.

—Pues yo lo estoy viendo muy claramente, profesora —le replicó Sanoir.

Por unos momentos, Margaux dudó. Lo que estaba ocurriendo en ese cuadro no dejaba lugar a dudas.

—Pero es imposible —repitió—. Paccaud acaba de decir que la sala está a cincuenta grados.

El comisario llamó rápidamente al inspector con su *walkie-talkie*.

—Paccaud. ¿A qué temperatura se encuentra esta sala ahora mismo?

—Cincuenta y dos grados centígrados, señor.

Margaux le miró haciendo repetidos gestos de negación con la cabeza.

—No es posible, comisario —le dijo en voz baja.

—Gracias, inspector —finalizó antes de apagar el *walkie-talkie*.

—A esa temperatura es imposible que ocurra esto —insistió—. Fíjense en el resto de cuadros de la sala. Están perfectamente.

Milanelli fue el único que no atendió a las explicaciones que les estaba dando la profesora. Como científico sabía que si aquello era «imposible» debía existir alguna otra razón que permitiera explicar lo que estaba ocurriendo justo delante de sus narices.

—¿Qué hace, profesor? —preguntó Chavrier al ver cómo saltaba la pequeña barandilla metálica que permitía mantener una distancia de seguridad entre los visitantes y las obras que se exponían.

—¿Han visto esto?

Sus palabras atrajeron la atención de los profesores.

—Creo que aquí debajo hay otro cuadro pintado...

Margaux no podía creer lo que estaba escuchando, de modo que también saltó la distancia de seguridad y se acercó tanto como pudo a ver lo que estaba indicando Milanelli.

El *walkie-talkie* del comisario volvió a pitar.

—Cincuenta y cinco grados centígrados, señor. La temperatura está subiendo ahora mucho más rápido.

Atónito, el profesor Campbell observó cómo el calor devoraba la pintura de aquel

cuadro dejando paso, cada vez con mayor claridad, a otro que se encontraba hasta ese momento oculto debajo de él.

—No me cabe duda de que esto era exactamente lo que los secuestradores querían que encontráramos en esta sala —dijo en voz baja.

Chavrier tampoco podía negar la evidencia de lo que estaban presenciando.

—En el momento en que ha empezado a derretirse la pintura, la temperatura se ha disparado. Me pregunto cuánto tiempo la mantendrán así los secuestradores —añadió Campbell.

—Una vez más me tengo que rendir ante el modo absolutamente metódico que están demostrando esta noche —dijo Milanelli.

—Desde luego este tampoco podía ser el cuadro original —opinó Margaux.

—A eso me refiero exactamente, profesora. No solo han entrado aquí a cambiar el cuadro de *La consagración de Napoleón*, sino que también han cambiado este por una copia sin que nadie se haya podido dar cuenta hasta ahora.

A medida que se iba apreciando con mayor claridad cuál era el cuadro que se escondía bajo *El éxtasis de San Pablo*, Margaux no podía disimular su creciente desconcierto.

—¡Es imposible! —exclamó—. ¡Esto es imposible!

Chavrier se preguntó hasta cuando los secuestradores de Deneux serían capaces de seguir sorprendiéndoles de esa manera.

—¿Por qué dice eso, profesora?

—Este cuadro, comisario. *Las Marías en el Sepulcro*... —dijo en voz baja.

—¿Qué le pasa? —preguntó Sanoir.

Margaux se dio la vuelta buscando a Chavrier.

—Este cuadro, señor, no es del Louvre. Este cuadro debería estar expuesto en la National Gallery de Londres.

Capítulo 77

—¡Señor!

La voz de Paccaud volvió a escucharse a través del *walkie-talkie*.

—El sistema de climatización ha vuelto a funcionar. De nuevo está expulsado aire frío.

El comisario no sabía qué contestar. Lo que acababa de decir la profesora era algo que no habría podido imaginar en ningún momento aquella noche.

—¿Me escucha, señor?

—Sí, sí, perdone, inspector —respondió disculpándose.

—La temperatura está descendiendo rápidamente. El sistema de ventilación también ha comenzado a funcionar. El guardia estima que en aproximadamente dos minutos se debería recuperar la temperatura inicial de dieciocho grados centígrados que debe tener la sala.

—Me alegra escuchar que todo se ha arreglado en ese caso. Gracias, inspector.

Chavier apagó el *walkie-talkie* con la mirada fija en la pintura que había aparecido bajo aquel cuadro.

—¿Londres ha dicho, profesora?

—Sí, señor. La National Gallery.

—¿Está segura de ello?

—Completamente. Esta es una de las obras que enseñé en mis clases en la universidad.

Sanoir entendía perfectamente la consternación que el comisario estaba mostrando. Si lo que les estaba diciendo ella era cierto, quería decir que las consecuencias del secuestro de Deneux no se limitaban a lo que esa noche estaban descubriendo en París.

—Desde luego yo también estoy absolutamente sorprendido de que tengamos delante una obra de un museo diferente a este, pero creo que lo más importante ahora es que nos centremos en entender qué es lo que nos están queriendo decir los secuestradores con este cuadro —opinó Milanelli.

Margaux sabía que tenía razón.

—Este cuadro es parte de un grupo de tres obras titulado *Tres Escenas de la Pasión de Cristo*. Además de este que podemos ver aquí, ese grupo lo completan otras dos obras llamadas *La resurrección* y *Noli me Tangere*.

—¿Cómo ha dicho? —preguntó Sanoir.

—*Noli me Tangere*, señor. Es latín. Se traduce literalmente como «no me toques». Estas tres palabras aparecen en el evangelio de San Juan y se supone que se las dijo Jesús a María Magdalena cuando esta ve que ha resucitado.

—En realidad —añadió Campbell—, como seguramente sabrán, una de las cosas que más se ha empeñado en ocultar la iglesia a lo largo su historia es el hecho de que María Magdalena fuese la esposa de Jesucristo. De modo que la traducción más

correcta sería «no me retengas». En cualquier caso, ambas hacen referencia a una misma escena en la que ella se abalanza sobre Jesús resucitado y este le reprende.

—¿Y saben cómo nos va a ayudar eso a encontrar a Deneux?

—Bueno, como ha dicho la profesora, esta que tenemos aquí es una de las tres obras que conforman *Tres Escenas de la Pasión de Cristo*, y puesto que las tres están en el mismo museo, creo que lo más interesante para nosotros es descubrir por qué han elegido esta en particular.

Chavrier miró a la profesora. Una vez más sentía que estaban a merced de los secuestradores y tan solo los profesores podían ayudarle a encontrar a Deneux en ese momento.

—Yo también considero que el hecho de que hayan elegido este cuadro en particular debe esconder algún significado.

—¿Y cuál cree que puede ser? —preguntó Sanoir.

Margaux dudó unos instantes.

—En esta obra se representa el momento en el que María Magdalena y la Virgen María acuden a visitar el sepulcro donde fue enterrado Jesús y descubren que está vacío.

La profesora se quedó en silencio.

—¿Y bien?

—Para ser sincera, señor, espero que no signifique lo que estoy imaginando.

Chavrier se llevó las manos a la cabeza.

—¿No pensará que representa nuestra búsqueda de Deneux?

Margaux no supo qué contestar.

—No puede ser —dijo el comisario—. ¿Ustedes dos piensan igual que ella?

—Yo, comisario, me considero una persona totalmente ignorante en temas religiosos, he de reconocerlo —comenzó Milanelli—. Y precisamente por eso, desde mi punto de vista lo que puedo decir es que lo único que yo veo en este cuadro es la última parte de la vida Jesús. Su resurrección. ¿No les parece?

—Sí, así es —contestó Sanoir.

—Bien. Pues si estamos de acuerdo en este punto, quizá mi interpretación les guste más, comisario.

Chavrier le escuchó con atención.

—Creo que con gran habilidad los secuestradores han utilizado este cuadro, o estos tres cuadros, para indicar el último paso de nuestra búsqueda.

—¿Dice que ya hemos acabado de buscar a Deneux? —preguntó rápidamente Sanoir.

—No, señor. Digo que, en mi opinión, este cuadro representa el último paso que debemos dar para encontrar a Deneux.

—Ojalá esté en lo cierto —dijo Chavrier—. ¿Pero sabe hacia dónde debemos dar ese último paso?

Milanelli mostró un gesto de duda.

—Eso comisario me temo que es algo que todavía no he conseguido averiguar.

Campbell, que hasta ese momento había escuchado en silencio las opiniones de Margaux y del profesor Milanelli, creía que tal vez él sí tuviese esa respuesta.

—Me gustaría pensar que la interpretación de Milanelli es la verdadera, desde luego, y creo saber a dónde debemos dirigirnos.

—¿Lo sabe? —preguntó esperanzado el comisario.

—No el sitio exacto, porque no conozco la ciudad de París, pero tal vez eso lo puedan decir ustedes si les explico cuál es mi idea.

—Le escuchamos, profesor.

Campbell cogió aire y a continuación comenzó a exponerla.

—Bien, en mi opinión, creo que en primer lugar debemos buscar una iglesia. La primera vez que entramos en este museo, si se acuerdan, tanto la profesora Margaux como yo, les dijimos que debíamos priorizar las obras religiosas por lo que habíamos visto en Notre Dame. Posteriormente, todo lo que hemos ido viendo nos ha dejado claro que aquella idea era completamente equivocada y que muchas de las cosas que han ocurrido esta noche, incluido el propio secuestro, son un mensaje político para su presidente. Sin embargo, creo que en varios momentos los secuestradores han utilizado la religión por su enorme simbolismo para mostrarnos lo que querían que encontráramos. No debemos olvidar que inicialmente el Panteón fue concebido como una iglesia dedicada a Santa Genoveva, la patrona de París.

Margaux se sorprendió gratamente de que el profesor Campbell conociese un dato tan particular como ese.

—Y ahora —continuó— han utilizado de nuevo un cuadro religioso para darnos, como dice Milanelli, la última señal de dónde debemos buscar a Deneux.

—¿Es consciente, profesor, de todas las iglesias que hay en París?

—Sí, lo sé, comisario. Y precisamente por eso es por lo que estoy completamente seguro de que los secuestradores han elegido este grupo de tres cuadros para ayudarnos a descubrir cuál, de entre todas ellas, es a la que debemos acudir.

Chavrier y Sanoir le miraban sin entender lo que les estaba planteando.

—Si este es el momento final de nuestra búsqueda equivaldría a la resurrección ¿no es así? —preguntó Milanelli.

—Exacto, profesor. Tres cuadros; *Las Marías en el Sepulcro*, *La Resurrección* y *Noli me Tangere* —dijo Campbell enumerando con sus dedos—. Tres veces hemos venido al Louvre y tres veces iremos a diferentes lugares de París en busca de información para descubrir dónde se encuentra escondido Deneux.

El comisario no comprendía el razonamiento de Campbell.

—¿Y cuál es esa iglesia, profesor?

—Lo acaba de indicar Milanelli, señor. Estamos en nuestra última etapa, en nuestra resurrección.

Margaux empezaba a entender lo que estaba diciendo Campbell.

—En todos los cuadros en los que se representa el momento de la resurrección,

Jesús aparece ascendiendo hacia el cielo —comentó la profesora.

—Exacto. Mirando a los hombres desde una posición elevada.

—De modo que ahí es donde quieren los secuestradores que vayamos —añadió Milanelli.

—Solo hay una iglesia en todo París que cumpla ese requisito —dijo Margaux.

—¿*Le Sacré Cœur*? —preguntó Chavrier.

—Eso me temo, señor.

—¿Está diciendo que con este cuadro los secuestradores de Deneux quieren que vayamos a *Le Sacré Cœur*?

A pesar de que, como había dicho antes, Campbell no conocía todas las iglesias que había en París, la basílica del Sagrado Corazón es, junto con la catedral de Notre Dame, la más famosa de la ciudad. Se encuentra situada en el punto más alto de Montmartre, una colina de ciento treinta metros de altura desde donde se pueden contemplar unas vistas magníficas de París, lo que explica gran parte de su fama. Construida entre 1875 y 1914, fue concebida como homenaje a la memoria de todos los ciudadanos franceses que habían perdido la vida durante la guerra franco-prusiana. Su importancia, por tanto, era suficiente como para que, a diferencia de otras muchas iglesias repartidas por la ciudad, Campbell sí la conociera.

—Verá, comisario —comenzó—, sé que puede sonar extraño pero debo pedirle que una vez más confíe en nosotros. Estoy suficientemente seguro de que ahí es a donde los secuestradores quieren que vayamos.

—Suficientemente seguro no es válido en estos momentos —criticó Sanoir.

—¿Se da cuenta de que si tienen razón y este cuadro significa que estamos ante el final de la búsqueda de Deneux, deben estar más seguros que nunca de dónde debemos dirigirnos? Equivocarnos ahora después de todo lo que hemos hecho esta noche podría poner en peligro su vida —dijo Chavrier.

—Entiendo su preocupación, señor —respondió Milanelli—. Pero como ya les dije en la cripta del Panteón, la complejidad de los mensajes que los secuestradores nos están dejando esta noche ha ido aumentando progresivamente. Recuerde la carta que recibió la profesora en su despacho indicándonos Notre Dame. Aquello a estas alturas era un juego de niños. Después, los cuadros de *La Libertad guiando al pueblo* y *La consagración de Napoleón*. Cada uno de ellos nos ha ido guiado a un punto de París y cada uno ha sido un poco más difícil de interpretar que el anterior. De modo que si este es su último mensaje lo lógico es pensar que sea el más complejo de todos y eso lo demuestra el hecho de que hayan elegido un cuadro como este —dijo señalándolo—, que a su vez pertenece a un grupo de tres obras, las cuales estoy seguro que sabían que la profesora Margaux conocería. Si no consideramos este cuadro individualmente sino los tres en su conjunto como tres partes de una historia, podemos hacer la similitud con lo que estamos viviendo esta noche. Como antes ha dicho Campbell, nuestra búsqueda de Deneux tendría una gran semejanza con estas tres partes donde tres cuadros diferentes nos guían a tres puntos de París en los que

encontraremos la información necesaria para descubrir dónde se encuentra secuestrado.

Chavier no podía negar que, aunque realmente retorcido, aquel razonamiento tenía sentido.

—Pero si lo que les guía hasta la basílica del Sagrado Corazón es el cuadro de *La resurrección* y la imagen de Jesús ascendiendo al cielo, ¿por qué no nos han dejado ese cuadro en vez de este?

—Precisamente porque son increíblemente inteligentes, comisario, y quieren que demos que somos merecedores de encontrar a Deneux.

—¿Piensa, profesor, que esto es un juego? —preguntó molesto Sanoir.

—No me cabe la menor duda de ello, señor. Así ha sido desde el primer momento y así lo hemos dicho en varias ocasiones. Creo que fue en el Panteón cuando les planteé que estaba completamente seguro de que encontraríamos al hijo del presidente con vida. Estoy convencido de que todo lo que estamos viviendo esta noche es un juego en el que los secuestradores de Deneux nos ponen a prueba para ver si somos lo suficientemente buenos para encontrarle.

—Eso significaría... —murmuró Chavier.

—Significaría que Deneux está ahora mismo en algún punto de París esperando a que le encontremos.

—¿Y qué pasará si nos equivocamos?

—Eso no puedo decírselo, comisario. Pero estoy plenamente convencido de que ellos no le asesinarán sino que dependerá de nosotros resolver los problemas que nos plantean y recuperarle con vida.

Sanoir se restregó los ojos con sus manos. El cansancio y la tensión de aquella noche también le estaban pasando factura.

—¿Entonces ustedes están seguros de que este cuadro nos lleva a la basílica del Sagrado Corazón?

—Eso es, señor —contestó Campbell.

—Para serles sincero me gustaría que tuvieran un argumento más sólido.

—¡Y lo hay! —exclamó repentinamente Margaux.

Todos se volvieron hacia la profesora.

—¿Lo hay? —preguntó Chavier.

—Creo que sí, señor.

Margaux hizo varios gestos en el aire con su mano dibujando la idea que tenía en su mente.

—¿Tiene todavía el plano de este museo, profesor? —le preguntó a Milanelli.

—Sí, claro que sí —le respondió sacándolo de su chaqueta.

Con nerviosismo, la profesora comenzó a desdoblarlo.

—Si no estoy confundida debería contener un pequeño plano de París... ¡Aquí está!

Por uno momento, sentía que los nervios iban a poder con ella.

—¿Alguno de ustedes tiene un bolígrafo o algo con lo que pueda escribir?

De nuevo, el profesor Milanelli sacó uno de su chaqueta y se lo entregó a la profesora. Margaux se acercó hasta los asientos de cuero negro que había en el centro de la sala y extendió el plano para que todos pudiesen ver lo que quería decirles.

—Bien, creo que el razonamiento que han planteado ellos es excelente y sin duda yo estoy completamente de acuerdo. Pero la complejidad del mensaje que nos han dejado los secuestradores en esta ocasión es tal, que creo que hay un manera mucho más sencilla de confirmar, con total seguridad, que la basílica del Sagrado Corazón es el lugar al que quieren que nos dirijamos a continuación.

—¿Y cuál es, profesora? —preguntó Chavrier.

Margaux dedicó unos segundos a revisar el pequeño plano de París que tenía delante de ella.

—Fíjense. El cuadro de *La Libertad guiando al pueblo* nos llevó hasta la Asamblea Nacional ¿verdad?, donde encontramos los primeros números —dijo marcando una cruz en el punto del plano donde se encontraba ese edificio—. Más tarde, *La consagración de Napoleón* nos llevó hasta el Panteón —de nuevo marcó una cruz sobre él.

Todos le escuchaban atentamente intentando comprender qué quería decirles con todo aquello.

—Pues bien. Ahora estamos diciendo que debemos ir a la basílica del Sagrado Corazón que está exactamente aquí —dijo marcando la última cruz—. Y si juntamos estos tres puntos de la ciudad...

Margaux trazó líneas rectas entre los tres puntos que había marcado en el plano.

«Increíble», pensó Milanelli.

—Y finalmente, durante toda la noche hemos estado aquí, en el Louvre, donde los cuadros nos han aportado la información necesaria para descubrir a qué parte de París debíamos dirigirnos en cada momento —concluyó dibujando un ojo justo encima de donde se encontraba el museo.

El profesor Campbell no podía creer lo que estaba viendo. El dibujo que acababa de hacer Margaux en aquel plano formaba un triángulo con un ojo en su interior. Justo el símbolo que habían encontrado en Notre Dame y que les había llevado por primera vez hasta el Louvre.

—No sé qué decir. Es increíble...

—No han hecho nada improvisado en toda la noche —dijo en voz baja Bingleau—. Todo estaba planeado desde el primer momento.

Sanoir y Chavrier contemplaban incrédulos aquel dibujo. Ahora no había ninguna duda. La basílica era el lugar al que debían acudir a continuación.

—Y tal como les han dicho los profesores —añadió Margaux— este es el último lugar al que iremos esta noche. El triángulo ya está completo y estoy convencida de que allí encontraremos la última parte de la información que nos permitirá encontrar a Deneux.

Capítulo 78

La temperatura de la sala hacía ya unos minutos que se había restablecido completamente. A pesar de que lo que les acababa de exponer la profesora significaba que la búsqueda de Deneux estaba llegando a su fin, el comisario Chavrier seguía preguntándose cómo alguien había sido capaz de planear y llevar a cabo algo tan perfectamente calculado delante de sus narices.

—Creo que deberíamos ir cuanto antes a la basílica —opinó Bingleau.

Lejos de atender a las palabras del inspector, Chavrier se mantuvo con la mirada clavada en aquel mapa durante unos segundos más sin saber qué responder.

—De hecho —añadió Milanelli—, tal vez sería interesante que Paccaud nos acompañara. Si nuestro trabajo aquí ha terminado creo que le vamos a necesitar para descubrir dónde se encuentra Deneux.

—Pero debemos conocer quién ha cambiado el cuadro original por este —replicó Sanoir señalándolo.

—Creo que Milanelli tiene razón. Posiblemente, ahora mismo el inspector Paccaud sea mucho más útil con nosotros que revisando vídeos en la sala de vigilancia —agregó Campbell.

Chavrier hizo un esfuerzo para centrarse en la tarea que tenían por delante y encendió su *walkie-talkie*.

—Pediré que le envíen las grabaciones de las cámaras de seguridad de esta sala a Eugene. Ella se encargará de descubrir quién ha hecho esto y mientras, Paccaud podrá ayudarnos a encontrar a Deneux.

Margaux mostró su conformidad con aquella idea.

—Paccaud —dijo el comisario— nuestro trabajo aquí ha terminado. Pídale al guardia de seguridad que le dé una copia de las grabaciones de las cámaras de esta sala para llevárselas a Eugene.

—Sí, señor, un momento.

Campbell miró con nerviosismo a la profesora. Todo parecía indicar que, por primera vez en toda la noche, realmente estaban cerca de encontrar a Deneux. Sus ganas de llegar a la basílica del Sagrado Corazón y descubrir cuál era la última parte del mensaje que les llevaría hasta él aumentaban cada segundo.

—Señor, hemos revisado también el horario de la sala en la que se encuentran, y al igual que ocurría con la sala 75, esa también tenía programadas tareas de mantenimiento en el día de ayer.

El comisario miró rápidamente a los profesores. Ahí podía estar la respuesta que buscaban.

—¿Estaba el cuadro de *El éxtasis de San Pablo* incluido en esas labores de mantenimiento? —preguntó Margaux.

—No, profesora. No aparece especificado ningún cuadro concreto.

Todos se miraron en silencio.

—El guardia me ha dicho, además, que posiblemente hayan manipulado manualmente cada uno de los equipos de aire acondicionado para que no se desconectaran de manera automática al alcanzar los veinticinco grados centígrados.

Chavrier sabía que no hacía falta ser muy listo para suponer que algo así podía haber ocurrido.

—Gracias, inspector. Asegúrese de coger la grabación que le he pedido y acuda inmediatamente a la entrada principal del museo.

—Sí, señor.

El comisario apagó su *walkie-talkie*.

—No puedo entender cómo han podido hacer todo esto sin que nadie les haya visto —opinó Sanoir indignado.

—Creo recordar que el guardia nos explicó en algún momento que cuando una sala se cierra por razones de mantenimiento las cámaras de seguridad se apagan —dijo dubitativo Bingleau.

—Además, ayer el museo estuvo cerrado por lo que estuviesen encendidas o apagadas, estoy seguro que la vigilancia en esas salas debió ser inexistente —añadió Campbell.

Margaux miró por última vez al cuadro que había aparecido debajo de *El éxtasis de San Pablo*.

—¿Cree que es el original? —le preguntó el comisario.

—No lo sé. Estaba a punto de preguntárselo a usted. ¿Tienen alguna manera de saber si la National Gallery ha denunciado su desaparición?

—Puedo enterarme, sí —dijo comenzando a caminar hacia la salida—. ¿Cree que habría alguna diferencia por el hecho de que fuese el original o una copia?

Margaux tardó unos instantes en responder.

—Desde luego, si es la obra original, me temo que va a ser muy difícil recuperarla. Y si así fuese, ¿cómo podemos asumir que las repercusiones de este secuestro hayan llegado tan lejos?

Chavrier no supo qué contestarle. Durante su camino hasta el *hall* Napoleón todos caminaron en silencio.

—Por fin podrá decirle al jefe de seguridad que hemos terminado nuestro trabajo aquí —apuntó finalmente Milanelli en tono relajado.

Al comisario le vinieron a la mente varias imágenes de aquella noche. Todo lo que le habían hecho a la copia de *La consagración de Napoleón* en primer lugar y más tarde lo que acababa de ocurrir en aquella sala del ala Richelieu.

—Puede estar seguro, profesor, de que estaba deseando que terminara y creo que tardaré mucho tiempo en volver a pisar este museo.

Mientras acababa de decir esas palabras, el inspector Paccaud apareció por uno de los pasillos que daban acceso al *hall* en el que estaban en ese momento.

—¿Trae consigo la copia? —preguntó Chavrier.

Paccaud dio unos pequeños golpecitos con la palma de su mano al bolsillo

derecho de su chaqueta.

—Aquí la tengo, señor.

Al juntarse en el *hall*, todos se detuvieron inconscientemente durante unos instantes. Campbell observó las escaleras de caracol que debían dirigirles por fin hasta el último de los lugares de París antes de encontrar a Deneux.

—¿De modo que ya hemos acabado aquí? —preguntó Paccaud.

—Sí, así es, inspector. Los profesores están convencidos de que en el lugar al que nos dirigimos ahora encontraremos la información que nos falta para saber dónde se encuentra Deneux.

—¿Y qué lugar es ese?

—La basílica del Sagrado Corazón —se adelantó a contestar Margaux.

Paccaud no mostró ningún tipo de sorpresa. Después de lo que había visto en Notre Dame y allí en el Louvre durante las últimas horas, cualquier lugar le parecía completamente normal.

—Debemos irnos, comisario. La basílica no está cerca de aquí —propuso Sanoir.

Al comenzar a subir aquellas escaleras, Chavier recordó las palabras que acababa de decirle el profesor Milanelli. No tenía ninguna gana de volver a hablar con el jefe de seguridad, ni de darle más explicaciones de por qué entraban o salían del Louvre. Lo único que quería era llegar al Sagrado Corazón lo antes posible, y sobre todo, encontrar a Deneux con vida. Sin embargo, también sabía que nadie debía saber nunca lo que había ocurrido aquella noche en ese museo.

—Por fin hemos terminado nuestro trabajo aquí —dijo al subir los últimos escalones—. Y esta vez sí que necesito que me haga un favor.

—Por supuesto, señor. Lo que sea.

—Quiero que cierre las salas 75 y 77 del ala Denon, en la primera planta, y la sala 14 del ala Richelieu en la segunda.

—¿Dónde han estado ustedes?

—Exactamente. Quiero que nadie entre allí, incluidos sus hombres ¿entendido?

—Sí, señor, por supuesto.

—Yo me encargaré personalmente de hablar con el director del museo y explicarle que esas salas estarán cerradas al público hasta que hayamos terminado completamente nuestro trabajo allí.

El jefe de seguridad inclinó su cabeza aceptando todas las órdenes que el comisario Chavier le estaba dando.

—Por lo demás, le agradezco su colaboración y la de sus hombres.

—Un placer poder ayudarles, señor.

—Buenas noches, caballeros —dijo despidiéndose con voz seria.

Cuando salieron a la plaza del Carrusel, todos sintieron una gran sensación de alivio.

—¡Por fin! —exclamó Milanelli.

Chavier se volvió para mirar al profesor.

—Veo que no soy el único que se alegra.

—No es que me disguste este lugar, comisario, pero por un momento parecía que esto no se acabaría nunca.

Mientras caminaban hacia sus vehículos, Chavier vio en la distancia a los hombres de Sanoir vigilando el resto de entradas del museo.

—Creo que ya no será necesario que sigan ahí ¿no le parece? —le dijo señalando a uno de ellos.

—Quizá podría esperar a que todo haya terminado realmente —propuso Campbell.

Chavier se mostró sorprendido.

—Creo que usted ha escuchado igual que yo a la profesora Margaux dejar bastante claro que la basílica del Sagrado Corazón es el último lugar al que debemos dirigirnos esta noche.

—Sí, lo sé —respondió—. Pero esa no deja de ser nuestra idea y quizá tengamos que volver aquí de nuevo.

Sanoir no tardó en apoyar al profesor.

—No se preocupe por eso. Mis hombres se quedarán aquí el tiempo que haga falta, y por supuesto hasta que hayamos encontrado a Deneux.

Capítulo 79

El comisario Chavrier entregó a uno de los miembros del servicio secreto el CD con las grabaciones de la sala 14 que le había pedido a Paccaud que le trajera. El objetivo era que Eugene intentase descubrir si, al igual que había ocurrido con *La consagración de Napoleón*, aquel cuadro que se había derretido ante sus propios ojos había sido también manipulado.

—Es una gran oportunidad para identificar a los secuestradores —le dijo Sanoir mientras veía alejarse a aquel hombre—. Además, espero que no solo podamos descubrir lo que ha pasado, sino que seamos también capaces de identificar por lo menos a una persona más aparte de la que están buscando ahora mismo en sus bases de datos. Cuantas más podamos identificar, sin duda será mejor para la investigación.

Chavrier sacó su móvil del bolsillo y lo miró disimuladamente. No tenía ninguna llamada de Eugene. Hacía ya un buen rato que le había llamado contándole lo que había descubierto hasta el momento, y ahora tan solo faltaba conseguir identificar a la persona que salía en la grabación de la sala 75. El comisario sentía que para ellos sería una gran victoria poder conocer cuanto antes la identidad de alguna de las personas implicadas en aquel secuestro.

—Si nuestra idea es cierta, quizá tengamos un problema en esa basílica ¿no les parece? —preguntó Milanelli.

Campbell le miró sin saber a lo que se estaba refiriendo.

—¿Qué tipo de problema? —preguntó.

—Bueno, todo parece indicar que uno de los miembros de la policía científica está implicado en el secuestro.

Chavrier sintió un pinchazo en el corazón al escuchar aquellas palabras. Como el profesor estaba diciendo, uno de sus hombres era cómplice del secuestro. Por unos momentos lo había olvidado.

—Eso es algo de lo que indudablemente me encargaré en cuanto acabe todo esto, no lo ponga en duda —respondió.

—No, comisario —continuó Milanelli—, no lo digo en ese sentido, sino considerando el hecho de que si, como suponemos, vamos a encontrar allí los últimos números, también es razonable pensar que encontraremos otro cadáver y por lo tanto, necesitaremos que la policía científica lo estudie.

Campbell reflexionó durante unos instantes la idea que estaba planteando Milanelli. Parecía que cada una de las dos posibilidades que podían elegir entrañaba sus propios riesgos.

—Creo que el profesor tiene razón, comisario. Si estamos en lo cierto y una de esas personas es la encargada de vigilarnos, supongo que los secuestradores querrán que esté presente en la escena del crimen una vez más, al igual que ocurrió en Notre Dame, en la Asamblea y en el Panteón.

—¡Pero no podemos dejar entrar a un cómplice del secuestro! —exclamó Sanoir

interrumpiéndole.

—Lo sé, señor —intentó razonar Campbell—. Pero tengo mis dudas acerca de cuál sería la mejor opción a seguir. Si una vez lleguemos a la basílica permitir que el mismo equipo de policía científica inspeccione el cadáver, como ha ocurrido a lo largo de la noche, o que por esta vez, seamos exclusivamente nosotros los que entremos allí y descubramos la última parte del mensaje.

—Eso podría enfadar a los secuestradores —propuso Chavrier.

—Más bien podría hacerles creer que les hemos descubierto, comisario —opinó Margaux—. Tanto en la Asamblea Nacional como en el Panteón, usted avisó a la policía científica para que acudieran al lugar por si les necesitábamos, de modo que sería bastante sospechoso que en esta ocasión no hiciese lo mismo cuando vayamos a la basílica.

El inspector Paccaud escuchaba en silencio. Todo parecía indicar que, como él mismo había supuesto en varias ocasiones a lo largo de la noche, se había perdido lo mejor quedándose en la sala de vigilancia del Louvre.

—Si todo sigue como hasta ahora —dijo Milanelli—, lo normal será que nos encontremos un cadáver con un aspecto similar a los dos últimos, y teniendo en cuenta que ninguno de ellos presentaba huellas que pudiesen identificar a los secuestradores, quizá no sea descabellado plantearse la posibilidad de ser nosotros mismos los que nos ocupemos de revisar los números que aparezcan en su mano.

Chavrier se quedó durante unos instantes pensativo. Los profesores parecían estar convencidos de que, tras todo lo que había ocurrido ya esa noche, al final encontrarían a Deneux con vida. Si aquello era cierto, no quería hacer nada que pudiese enfadar a los secuestradores, lo que le obligaba a pensar muy cuidadosamente si avisar o no a la policía científica.

—Si le sirve de algo mi opinión, comisario —añadió Margaux—. Yo me comportaría exactamente de la misma manera que hemos hecho hasta ahora. Si uno de esos policías está involucrado o no en este secuestro es algo que en este momento solo podemos llegar a suponer. Y hasta ahora, el hecho de que hayan estado con nosotros donde hemos encontrado los cadáveres siempre nos ha proporcionado información útil, tanto descubriendo las hojas que los dos cadáveres llevaban ocultos en la boca como sabiendo que ninguno de ellos tenía huellas en el cuerpo.

—La profesora tiene razón —dijo escuetamente Sanoir.

Chavrier hizo repetidos gestos afirmativos con la cabeza.

—Está bien, profesores. De momento continuaremos como hasta ahora.

—Sin duda es una decisión difícil, señor, pero yo también creo que es nuestra mejor opción —opinó Campbell intentando transmitirle confianza.

—¿Quiere que llame al mismo equipo para que acuda a la basílica? —preguntó Bingleau.

—Sí, inspector. Que esperen a que lleguemos como siempre.

Bingleau se alejó unos metros para hablar por teléfono. Mientras, Margaux

observó desde la distancia la silueta del Louvre. A pesar de todas las veces que lo había visitado como una simple estudiante universitaria, ahora solo era capaz de recordar imágenes de todo lo que había pasado allí dentro aquella noche.

—¿Están completamente seguros de que este es el último paso antes de encontrar a Deneux? —preguntó Sanoir desconfiado.

—Totalmente —contestó Milanelli.

—Todo indica que es así, señor —añadió Campbell tratando de ser un poco más explícito—. Ya no solo por la interpretación del último cuadro que nos hemos encontrado, sino porque ya ha visto lo que ha explicado la profesora hace unos minutos.

—Ojalá estén en lo cierto. Hemos tenido momentos esta noche en los que parecía que no llegaríamos al final —se excusó Sanoir.

—Yo también he pensado lo mismo —reconoció Margaux—. Pero como están diciendo los profesores, todo parece indicar que estamos muy cerca de descubrir dónde se encuentra Deneux.

El inspector Bingleau se acercó de nuevo hasta ellos.

—Ya están avisados, señor. Esperarán a nuestra llegada como ordenó.

—Gracias, inspector —contestó Chavier—. En ese caso debemos irnos cuanto antes. Usted —dijo dirigiéndose a Paccaud— irá en el coche con Sanoir y Bingleau ¿entendido?

—Sí, señor.

—¿Podría enviar a alguno de sus hombres a controlar los exteriores de la basílica?

Sanoir mostró su sorpresa ante las palabras del comisario. Hasta ese momento, tan solo habían necesitado la ayuda de los miembros del servicio secreto para mantener vigiladas las entradas del museo.

—Por supuesto que sí —respondió satisfecho de poder ayudar.

—Perfecto. Montmartre es un lugar diferente a los que hemos visitado esta noche y me gustaría poder entrar en la basílica sabiendo que todo está completamente vigilado en el exterior.

Sanoir encendió su *walkie-talkie* para transmitirles la petición del comisario. Por segunda vez sus hombres podrían colaborar en la búsqueda de Deneux y así remediar, en cierto modo, el gran error que habían cometido aquel día.

Capítulo 80

Sanoir arrancó su vehículo satisfecho. Sus hombres llegarían incluso antes que ellos a la basílica del Sagrado Corazón y tendrían todo el perímetro bajo control cuando llegaran. El comisario Chavier les seguía con su coche. El optimismo mostrado por los profesores parecía invadirle a él también poco a poco. A lo largo de la noche había tenido sentimientos contradictorios acerca de cuál podía ser el desenlace de aquella historia. En un primer momento había estado totalmente convencido de que podrían encontrar rápidamente a Deneux, aunque el cadáver hallado en la biblioteca de la Asamblea Nacional le había hecho temer, por primera vez, por su vida.

—Creo que voy a necesitar que me resuman qué es lo que ha pasado esta noche —dijo Paccaud.

Bingleau entendía perfectamente a su compañero. Desde que ellos dos habían ido al Louvre después de encontrar el cuerpo sin vida de aquel hombre en Notre Dame, el inspector Paccaud se había pasado prácticamente toda la noche encerrado en la sala de vigilancia del museo revisando las grabaciones de las cámaras de seguridad.

—Es difícil resumir todo lo que nos ha pasado —comenzó—. Los cuadros que hemos estado mirando en el museo nos han llevado a diferentes partes de París donde hemos encontrado información que, según los profesores, nos servirá para saber dónde se encuentra secuestrado Deneux.

—¿Qué tipo de información?

—Números fundamentalmente, inspector —contestó Sanoir.

—¿Números? —preguntó extrañado.

—Sí, así es —respondió Bingleau—. ¿Recuerdas cuando saltó la alarma?

—Sí, por supuesto. En la sala 77.

—Bueno, pues hasta ese momento, los profesores no tenían claro qué debíamos encontrar en el museo. Una vez en esa sala, gracias a los sensores de presión, pudimos saber que *La Libertad guiando al pueblo* era el cuadro que los secuestradores querían que encontráramos.

—Sí, lo sé. Nosotros os lo dijimos.

Bingleau se mostró confundido durante unos instantes. Se le había olvidado por completo que, efectivamente, había sido el guardia de seguridad que estaba con Paccaud quien se lo había dicho.

—Es verdad, es verdad —se excusó—. El caso es que el profesor Campbell interpretó que ese cuadro nos guiaba a la Asamblea Nacional, de modo que allí fue a donde acudimos la primera vez que salimos del Louvre.

—¿De ahí los cadáveres de los que hablaban antes?

—Solo uno de ellos —respondió Sanoir.

—Cuando llegamos a la Asamblea —continuó Bingleau—, inicialmente nos dirigimos al hemiciclo ya que en un primer momento era el lugar más lógico que,

según los profesores, podrían haber utilizado los secuestradores. Pero allí no había nada.

—¿Y el cadáver?

—El cadáver estaba en la biblioteca de la Asamblea —dijo Sanoir.

—¿En una biblioteca?

—Sí, así es. Y aunque pueda resultar extraño, realmente parecía ser algo lógico —respondió Bingleau.

—¿Desde cuándo es normal encontrarse un cadáver en una biblioteca? —preguntó sorprendido.

—Cuando estuvimos en el hemiciclo los profesores encontraron otro cuadro, *La escuela de Atenas*. Como no conseguíamos descubrir nada relacionado con Deneux o sobre su paradero empezaron a estudiar, uno por uno, todos los personajes que aparecían en él hasta que, por una de esas casualidades que ocurren a veces, el comisario mencionó que, tal vez, alguna de las obras de aquellas personas estuvieran en la biblioteca de la Asamblea.

—Escuchándole contar la historia de esa manera, inspector, me pregunto qué habría pasado si Chavier no hubiera mencionado aquello en ese momento —dijo Sanoir.

Bingleau se quedó en silencio unos segundos.

—La verdad, señor, es que prefiero no pensarlo.

—¿Y en la biblioteca estaba el cadáver, entonces? —preguntó Paccaud con gran curiosidad.

—Sí, así es. La escena que encontramos allí fue bastante desagradable. El cuerpo de aquel hombre estaba desfigurado y con todas las yemas de los dedos completamente destrozadas, de modo que por el momento no ha sido posible identificar de quién se trata.

—Nada que ver con el que encontramos en Notre Dame...

—No, inspector —respondió Sanoir—. Créanos cuando le decimos que ese cadáver era completamente diferente.

—El que encontramos en la biblioteca tenía unos números escritos en la mano derecha. Un agente de la policía científica nos explicó que habían sido hechos con un objeto incandescente.

Paccaud escuchaba asombrado.

—¿Y la otra mano?

—En la otra no tenía nada. Los cinco números estaban en la mano derecha aunque las huellas dactilares tampoco servían para identificarle ya que tenía las yemas de los dedos quemadas.

—Increíble...

—Espere, inspector. Todavía le falta mucho por descubrir —dijo Sanoir.

—El cadáver no solo tenía esos números en una de sus manos, sino que le habían introducido dentro de la boca un página de un libro de Aristóteles.

—¿Cómo? —preguntó sorprendido.

—Lo que acaba de escuchar, inspector.

Sanoir entendía perfectamente el desconcierto que debía estar sintiendo Paccaud al escuchar de manera tan resumida todo lo que ellos habían vivido a lo largo de la noche.

—Según la profesora Margaux se trata de un libro que tiene algo que ver con la ley, con la justicia o algo así —añadió Bingleau.

—¿Y saben qué significado tienen ambas cosas?

—La verdad es que no. En un principio, el profesor Milanelli reconoció que no sabía cómo interpretar esos números y razonó que deberíamos encontrar otro cadáver que tuvieran otros escritos en su mano izquierda para poder encontrarle significado.

Paccaud ya se había convencido en ese punto de la historia de que, indudablemente, le había tocado la parte más aburrida del trabajo aquella noche.

—Y en ese momento fue cuando nos llamó usted —dijo Sanoir.

—Con la grabación de la sala 75...

—Exacto —respondió Bingleau—. Cuando nos avisaste de lo que habías encontrado en esos vídeos, los profesores confirmaron una idea que llevaban tiempo pensando que era posible. Según ellos, los secuestradores de Deneux tienen el sistema de seguridad del Louvre controlado y podían saber lo que hacíamos en cada momento.

Paccaud no podía creer lo que estaba escuchando.

—¡Pero eso no es posible! —exclamó—. ¡Yo mismo he estado en la sala de vigilancia durante toda la noche!

—Parece difícil de creer, inspector, pero según el profesor Campbell los secuestradores podrían haber accedido a él sin que nadie dentro del museo pudiese darse cuenta de ello.

—Así es —añadió Bingleau—. Cuando encontramos los números en ese cadáver los profesores no sabían cómo interpretarlos ni a dónde debíamos dirigirnos para continuar la búsqueda de Deneux, pero justo en ese momento llamaste tú.

—No solo ha sido eso, inspector, sino varias cosas a lo largo de la noche las que efectivamente parecen indicar que tienen controlado el sistema de seguridad del museo —le aclaró Sanoir.

—Me parece increíble —dijo en voz baja.

—Una vez de vuelta en el Louvre, como ya sabes, la grabación que encontraste nos llevó hasta el cuadro de *La consagración de Napoleón* donde, con ayuda de la lámpara térmica que están desarrollando en el departamento, pudimos descubrir un mensaje nuevo de los secuestradores.

—Ahí surgió uno de nuestros mayores problemas de la noche —dijo rápidamente Sanoir.

—¿Qué problema, señor?

—Un grave problema, inspector. Todo parece indicar que un miembro de su

departamento está involucrado en este secuestro.

Paccaud le miró completamente asombrado sin poder decir una palabra.

—Sí, así es —reconoció a duras penas Bingleau.

—¿Y eso?

—Se supone que solo ustedes tenían conocimiento de la existencia de la lámpara térmica que utilizamos para descubrir el mensaje que los secuestradores habían dejado en ese cuadro.

La cara de extrañeza de Paccaud denotaba que no estaba entendiendo a lo que se refería Sanoir.

—Verás —le explicó Bingleau—, cuando los profesores llegaron a la conclusión de que aquel cuadro tenía que tener algo oculto a simple vista que los secuestradores querían que encontráramos, llamé a Eugene y me recomendó que utilizáramos esa lámpara.

Paccaud afirmaba sin parar con la cabeza mientras escuchaba las explicaciones de su compañero.

—Para encontrar lo que se supone que estaba oculto, utilizamos también la lámpara ultravioleta y la infrarroja, pero ninguna de las dos nos sirvió para nada. Tan solo la lámpara térmica nos permitió descubrir el mensaje que habían escondido en el cuadro los secuestradores.

—¿Y por qué significa eso que alguien del departamento está involucrado en este secuestro?

—Porque según nos ha confirmado el propio comisario, tan solo él mismo y sus compañeros sabían de su existencia —le explicó Sanoir—. Por lo que si los secuestradores habían dejado oculto algo que únicamente podía verse con esa lámpara significa que conocían su existencia y sabían que la acabaríamos utilizando.

Paccaud se llevó las manos a la cabeza.

—Después —continuó Bingleau—, el mensaje que encontramos en aquel cuadro era una fórmula matemática que, gracias a la interpretación del profesor Milanelli, nos llevó hasta el Panteón y allí encontramos el segundo cuerpo.

—¿Con los números que necesitabais?

—Sí, así es. Aunque desgraciadamente eso no ha sido suficiente para que los profesores pudieran interpretarlos.

—¿Siguen sin saber qué significan?

—No tienen ni idea —soltó Sanoir resignado.

—Además, el cuerpo que encontramos en el Panteón tenía también escondida en la boca una hoja de un libro. Esta vez de Platón.

—¿También hablando de justicia?

—Algo por el estilo, sí.

—¿Y qué explicación le dan los profesores a esas hojas?

—Bueno, según ellos hay un conjunto de cosas que les hacen pensar que existe una razón política detrás de todo esto.

—¿Detrás del secuestro? —preguntó sorprendido una vez más.

—Sí, del secuestro del hijo del presidente, de que no lo hayan filtrado a la prensa...

—¿Usted cree lo mismo? —le preguntó a Sanoir.

—Francamente, las explicaciones de los profesores son bastante coherentes la verdad.

—Por ese motivo, las hojas de los libros que encontramos en esos dos cadáveres y su relación con temas de justicia son, según ellos, más indicativos de que este secuestro es un ataque al presidente.

—Que es un ataque al presidente está claro. ¡Han secuestrado a su hijo! —exclamó Paccaud.

—Sí, pero por lo menos parece que hay una lectura positiva de todo esto.

El inspector se mostró perplejo.

—¿La hay?

—Según los profesores, todo parece indicar que encontraremos a Deneux con vida, ya que sería la única forma de que el presidente entendiera el mensaje que están intentando transmitirle.

—¿Un mensaje?

—Sí, según ellos los secuestradores pretenden que sienta miedo y le están mostrando lo que son capaces de hacer.

—¿Quieren coaccionarlo?

—En mi opinión quieren hacerle pagar por alguna decisión que ha tomado —respondió Sanoir.

—Algo que consideran injusto.

—Exactamente.

—¿Y de ahí entonces lo de dejar esas hojas en los cuerpos que habéis encontrado?

—Esa es la idea que tienen los profesores, sí —afirmó Bingleau.

Paccaud permaneció unos instantes pensativo. Escuchando la historia completa todo parecía tener sentido.

—Y cuando ha ocurrido lo de la temperatura en aquella sala —continuó Bingleau — hemos descubierto lo que para ellos es el último lugar a donde debemos dirigirnos esta noche.

—¿La basílica del Sagrado Corazón?

—Así es.

—¿Y eso lo han deducido de un cuadro?

Sanoir se dio cuenta de que Paccaud se mostraba tan escéptico como él ante los razonamientos de los profesores.

—¿No ha visto lo que ha pasado en esa sala verdad, inspector?

—No, señor. Estábamos en la sala de suministros intentando arreglar el problema de la temperatura.

Bingleau se rascó la barbilla buscando las palabras adecuadas para explicarle lo

que minutos antes él mismo acababa de vivir.

—Por increíble que pueda parecer —comenzó—, ha llegado un momento en el que uno de los cuadros que había en aquella sala ha comenzado a derretirse y debajo de él ha aparecido otro diferente.

Paccaud escuchaba atónito aquella historia.

—Al principio, cuando llegamos, los profesores no sabían lo que teníamos que hacer allí. Sin embargo, el problema de climatización que nos habíais contado y el sistema de seguridad que, según el guardia tenía el museo y que había fallado una vez más, nos hacía creer que aquello solo podía ser obra de los secuestradores de Deneux.

—Otro ejemplo más de por qué consideramos bastante probable que tengan controlado el sistema de seguridad del Louvre —añadió Sanoir—. Cada vez que nos hemos encontrado en un punto en el que parecía que no sabíamos continuar, ellos han hecho algo en el museo que nos ha indicado el camino.

—¿Y cuál era ese cuadro?

—No recuerdo el nombre —dijo Bingleau—. Aunque en realidad no es un cuadro sino tres. Bueno, el que apareció en la sala sí que era uno pero la profesora Margaux nos ha explicado que forma parte de un conjunto de tres cuadros que se supone que deberían estar expuestos en la National Gallery de Londres.

Paccaud sentía que las sorpresas no iban a acabar nunca.

—¿Un cuadro de la National Gallery en el Louvre?

—Eso parece —contestó Sanoir.

—¿Y gracias a él han descubierto que la basílica es el lugar al que los secuestradores quieren que vayamos ahora?

—Más o menos —respondió Bingleau—. Cómo han llegado a saber que este era el sitio correcto a partir de ese cuadro es algo que no podría repetirte.

—Ha sido un razonamiento de lo más complicado, desde luego —opinó Sanoir.

—El caso es que la profesora Margaux ha conseguido demostrar que, efectivamente, este es el lugar al que debíamos dirigirnos, y lo más importante, ha demostrado que es el último al que deberíamos ir.

—¿Está aquí Deneux? —preguntó Paccaud señalando por la ventana a la basílica que se veía a lo lejos.

—No, eso no. Según los profesores este es el lugar donde encontraremos la última parte de la información necesaria para descubrir dónde está secuestrado.

—¿Y cómo demonios ha podido demostrar todo eso la profesora?

—Lo cierto es que de una manera muy simple —contestó Bingleau—. Ha utilizado un pequeño mapa de París que aparece en los planos del Louvre y se ha limitado a marcar cada uno de los puntos a los que nos han llevado los cuadros que hemos ido encontrando en el museo esta noche. En primer lugar marcó la Asamblea Nacional, a continuación el Panteón, y por último hizo lo mismo con la basílica del Sagrado Corazón, que es el sitio que hasta ese momento no sabíamos si era realmente al que debíamos dirigirnos.

—¿Y?

—Pues cuando marcó esos tres puntos en el mapa y los juntó mediante líneas ha formado un triángulo. A continuación, nos ha señalado el punto donde se encontraba el Louvre dentro de ese triángulo y ha dibujado un ojo encima de él.

Paccaud mostró su fascinación.

—¡La pirámide que encontramos en Notre Dame! —exclamó.

—Exacto —dijo Sanoir—. La misma pirámide que al principio nos mostró el camino hacia el museo del Louvre ahora nos indica que nuestra búsqueda ha terminado.

—Es increíble...

—Por eso el comisario ha querido que vinieras con nosotros hasta aquí. Si todo este razonamiento es correcto deberíamos encontrar la información necesaria para descubrir dónde está Deneux —añadió Bingleau.

—Y uno de mis hombres le ha llevado a su compañera la grabación de las cámaras de seguridad de aquella sala para intentar identificar a las personas que han hecho el cambio en aquel cuadro.

Paccaud se había olvidado por completo de Eugene.

—¿Ha conseguido descubrir algo en la grabación que le enviamos?

—Eso parece —respondió Bingleau—. Según le ha dicho al comisario, ya ha conseguido ampliar la imagen donde se ve el rostro de una de las personas y ahora mismo está intentando identificarla en nuestras bases de datos.

—¿Y quien ha hecho el cambio en la sala 14 es la misma persona?

—Eso es algo que no sabemos de momento, inspector. Aunque me gustaría pensar que descubriremos a personas diferentes —concluyó Sanoir.

Capítulo 81

Chavrier conducía a toda velocidad por la estrecha Rue de Lamarck intentando seguir al coche de Sanoir. Ya casi habían completado la ascensión a Montmartre y la basílica del Sagrado Corazón se empezaba a distinguir detrás de los espesos árboles que cubrían toda la calle.

Al llegar a la entrada, el comisario pudo comprobar cómo el equipo de la policía científica ya estaba allí esperándoles. Por unos instantes, quiso pensar que todo aquello era una locura y que los agentes que estaban allí aguardando sus órdenes no tenían nada que ver con el secuestro de Deneux.

—Si uno de esos hombres es el que forma parte de todo esto, por lo menos los secuestradores ya sabrán que hemos sabido interpretar lo que nos querían decir con el último cuadro del Louvre.

—Créame, comisario, que estoy seguro que eso es bueno para nosotros y muy bueno para Deneux —dijo Campbell bajándose del coche.

Tal como Sanoir había ordenado, sus hombres se encontraban ya rodeando todo el perímetro de la basílica. Margaux observó durante unos segundos la maravillosa vista de París que se veía desde aquel lugar.

—Realmente es una ciudad espectacular —reconoció Milanelli.

Sanoir se acercó hasta ellos acompañado de Paccaud y Bingleau.

—De nuevo mis hombres se han encargado de que tuviéramos todo despejado, comisario —dijo señalando la entrada de la basílica.

Antes de responder, Chavrier observó lo que tenían a su alrededor recordando las palabras que había dicho Margaux al llegar al Panteón. También en aquel lugar todo estaba completamente en calma.

—En ese caso, no nos retrasemos más —dijo al tiempo que comenzaba a subir el primer tramo de escaleras que debían llevarles hasta la basílica.

Todos le siguieron.

Al llegar a la plaza del Sagrado Corazón, Margaux le mostró al profesor Campbell una pequeña iglesia que se adivinaba en la parte izquierda de la basílica.

—La iglesia de San Pedro de Montmartre —murmuró.

Campbell dirigió su mirada hacia donde estaba señalando.

—¿Crees que puede ser interesante? —preguntó en voz baja.

Ella negó con la cabeza de manera efusiva.

—No, en absoluto. Con la basílica del Sagrado Corazón al lado los secuestradores habrán utilizado esta sin duda.

Al llegar a la entrada, los dos profesores vieron cómo dos hombres del servicio secreto custodiaban la verja que daba acceso a la basílica de manera similar a como había ocurrido en el Panteón. En su interior, un último tramo de escaleras permitía llegar hasta sus tres enormes puertas. Chavrier se adentró rápidamente aprovechando que los hombres de Sanoir habían conseguido abrir una de ellas.

Al entrar, la profesora no pudo evitar tener un mal presentimiento. Era la tercera vez que entraba en una iglesia de París aquella noche, y de nuevo lo hacía buscando el cadáver de una persona que les permitiera llegar hasta Deneux.

—Es increíble —suspiró Campbell al comprobar cómo la altura de la basílica era todavía mucho más impresionante en su interior.

—¿Dónde creen que debemos buscar, profesores? —preguntó Sanoir en cuanto comprobó que todos estaban dentro.

Margaux miró a su alrededor sin contestarle. La estructura de la basílica del Sagrado Corazón era la más sencilla de todos los lugares a los que habían ido aquella noche, de modo que no debería resultar difícil encontrar el lugar elegido por los secuestradores.

Tras un rápido vistazo, Chavier comenzó a caminar apresuradamente hacia el altar principal con la esperanza de que hubiesen utilizado el lugar más representativo de la iglesia como habían hecho en Notre Dame. Al no saber exactamente dónde buscar, los profesores le siguieron. Al ir aproximándose, sin embargo, el comisario empezó a caminar más despacio. Por desgracia, su idea no había resultado como él deseaba.

—No ha habido suerte —se lamentó.

—Sinceramente, no me imaginaba a los secuestradores repitiendo dos veces un mismo lugar para dejar el cadáver —dijo Milanelli—. Aunque no obstante, estoy de acuerdo en que debíamos descartarlo en cualquier caso.

Visto el modo en que habían complicado progresivamente las cosas a lo largo de aquella noche, Campbell tenía claro que no sería tan fácil descubrir dónde se encontraba el último cuerpo.

—No me cabe la menor duda de que habrán elegido un lugar mucho más difícil —añadió con gesto pensativo.

—Espero que no tengamos que bajar una vez más a la cripta —dijo Bingleau mostrando con su mano un cartel que indicaba el acceso hasta ella.

Margaux miró al inspector. En su opinión aquel no podía ser el lugar que estaban buscando, entre otras cosas, porque supondría también repetir algo que ya habían hecho en el Panteón.

«¿Dónde demonios habrán dejado esta vez el cuerpo?».

—Si no tienen ninguna idea mejor, profesores, creo que bajaremos todos hasta allí a ver qué es lo que encontramos. Ya vieron en qué lugar tan retorcido escondieron el cadáver la última vez, de modo que no creo que perdamos nada por intentarlo —dijo Chavier comenzando a caminar hacia la entrada.

Mientras el resto le seguía en silencio, la basílica empezó a iluminarse lentamente. Margaux no hizo caso a todo lo que comenzó a verse a su alrededor gracias a la luz sino que se limitó a caminar detrás del comisario con gesto preocupado. Por primera vez en toda la noche sentía de manera muy clara que se estaban equivocando. El problema que tenía era que ellos mismos habían asegurado

que la basílica era el lugar al que hacía referencia el cuadro del Louvre.

Cuando comenzaron a bajar las escaleras que daban acceso a la cripta, cogió a Campbell del brazo para que se quedara más retrasado junto a ella y así poder contarle aquella duda que la atormentaba.

—Hay algo de lo que estamos haciendo que no me acaba de encajar —comenzó.

—¿A qué te refieres? —preguntó el profesor.

—No sé explicarlo exactamente pero he estado en esta basílica antes y creo que algo no va bien.

Campbell terminó de bajar los últimos escalones. La diferencia que existía entre aquella cripta y la que habían encontrado en el Panteón era evidente.

—¿Ves a lo que me refiero? —le preguntó viendo cómo observaba detenidamente todo lo que tenían a su alrededor.

—¡Profesora! —exclamó desde unos metros más adelante Chavrier—. Creo que vamos a necesitar una vez más que nos ayude a entender un poco mejor qué es lo que tenemos aquí abajo y qué podemos esperar encontrarnos.

Margaux prefirió no revelarles el mal presentimiento que tenía con respecto a aquel lugar, y se limitó a explicarles lo que conocía acerca de aquella cripta, tal como le pedía el comisario.

—Como ya se habrán dado cuenta, esta no tiene nada que ver con la cripta del Panteón y mucho menos con la que vimos en Notre Dame. Si no recuerdo mal, hay tres capillas centrales como aquella de allí dedicada a San Pedro —dijo señalándola— o la de la Piedad, que si la ven seguro que la reconocen con facilidad. También hay varias capillas laterales más pequeñas. En general, la planta de esta cripta es prácticamente idéntica a la del piso principal por eso parece ser tan grande.

—Diría que no la noto muy convencida —opinó Sanoir.

A pesar de que había intentado disimularlo, estaba claro que su propio tono de voz mostraba su nulo convencimiento de que aquel lugar fuese a ser interesante para ellos.

—No lo sé, señor —dijo mirando a lo que tenían a su alrededor.

—¿Acaso cree que no deberíamos estar aquí? —le preguntó Chavrier.

—No puedo negar que hay algo que me dice que estamos equivocados.

—¿Equivocados?

—Sí, comisario. Desde que hemos entrado en la basílica hay algo que no me acaba de encajar.

El inspector Bingleau señaló una cámara de seguridad que tenía justo encima de su cabeza.

—Por lo menos la cripta parece estar vigilada.

Chavrier celebró aquel pequeño descubrimiento.

—Eso puede ser una señal que nos indique que estamos en el sitio correcto. Esa cámara está grabando.

—¿También hay vigilancia privada en esta basílica? —preguntó Milanelli.

El comisario se encogió de hombros ignorando la respuesta a esa cuestión.

—¿Y por qué tiene ese mal presentimiento? —preguntó Sanoir intentando centrarse en las dudas de la profesora.

Margaux tardó unos instantes en responderle.

—En verdad no sabría decirle cuál es la razón porque tampoco creo que haya una concreta.

—¿Entiende que debemos basarnos en razonamientos algo mejores si queremos encontrar a Deneux? —le preguntó educadamente.

—Sí, lo sé, pero...

—¿Pero qué, Emilie? —le preguntó Campbell cariñosamente.

Margaux le mostró una sonrisa de agradecimiento.

—Creo que estar aquí abajo no concuerda con lo que hemos visto en el Louvre.

—¿Con el cuadro? —le preguntó Milanelli.

—Sí, con el cuadro y con la interpretación que hicimos de él.

—Yo desde luego estoy convencido de que los secuestradores han demostrado a lo largo de toda la noche ser lo suficientemente imaginativos como para no tener que utilizar de nuevo ni el altar mayor ni la cripta de esta basílica.

—¿Entonces, profesor? —le preguntó Chavrier.

—No lo sé, comisario —se excusó Milanelli—. Es la primera vez en mi vida que entro en este lugar, pero estoy de acuerdo con ella en que este no es el sitio elegido por los secuestradores para esconder el cuerpo que estamos buscando.

—Es que nos estamos equivocando —insistió Margaux negando repetidamente con la cabeza—. Cada uno de los lugares a los que hemos ido esta noche ha sido completamente diferente a los demás y estamos tratando esta basílica como si todavía estuviéramos en el Panteón.

—Está bien —dijo Campbell—. Volveremos a pensar todo desde el principio.

Como había ocurrido en varias ocasiones a lo largo de aquella noche, Margaux estaba segura de que él era el único capaz de entenderla.

—¿Tú también tienes la sensación de que nos estamos equivocando en algo?

—Puede ser —reconoció—. Pero en lo que sí estoy de acuerdo es en que no debemos plantear este lugar como si siguiésemos en el Panteón.

—El cuadro no decía esto... —murmuró la profesora.

—Desde luego que no —afirmó Chavrier—. Hemos venido hasta aquí porque ustedes dijeron que debíamos buscar la iglesia más alta de París.

Las palabras del comisario despejaron por completo la confusión que mantenía bloqueada a Margaux.

—¡Eso es! —exclamó con fuerza—. ¡La resurrección! ¡La mirada de Jesucristo desde el cielo!

—¿Ya sabes en qué nos estábamos confundiendo? —preguntó Campbell.

—¡Ya sé dónde está el cadáver que buscamos!

Chavrier la miró totalmente sorprendido.

—¿Y dónde está si se puede saber?

—¡En el cielo comisario! ¡Está en el cielo! —exclamó en voz alta mientras comenzaba a correr hacia las escaleras por las que habían bajado hacía unos minutos.

Capítulo 82

Eugene sujetaba en su mano la grabación que aquel hombre del servicio secreto le acababa de traer. Era la tercera vez que le veía aquella noche y todavía no había sido capaz de saludarla cuando le abría la puerta del laboratorio ni de despedirse cuando se iba. Aunque no consiguiera sacar de él ni una mínima muestra de educación, por lo menos le estaba amenizando la noche con sus visitas por lo que tampoco podía quejarse demasiado.

«Hombres...».

El CD que había recibido en esta ocasión llevaba pegado un papelito con un breve mensaje torpemente escrito «Buscar personas. Cambio de cuadro». Eugene no pudo evitar sonreír al leerlo. No tenía la menor duda de que había sido el inspector Paccaud y su manía de comunicarse como un robot, el autor de aquel mensaje.

Con la sonrisa dibujada todavía en su rostro, comenzó a ver aquella grabación que acababa de recibir. La imagen estaba formada por las capturas de cuatro cámaras de seguridad diferentes, las cuales grababan cada rincón de una sala del Louvre. Como desconocía qué era lo que debía buscar exactamente avanzó la grabación hasta llegar prácticamente al final. De golpe, aparecieron en pantalla el comisario Chavrier y el inspector Bingleau junto al jefe del servicio secreto y otras tres personas que no conocía. Todos ellos miraban atentamente uno de los cuadros de la sala.

Durante varios segundos mantuvo la grabación avanzando a velocidad normal sin entender muy bien qué hacía tan especial aquel cuadro para que todos lo observaran con tanto detenimiento. Guiada por su inagotable curiosidad, utilizó uno de sus programas de tratamiento de imágenes favorito para aumentar la resolución de la imagen, y de paso, observar más de cerca el cuadro. Gracias a eso descubrió, por fin, lo que atraía la atención de todos ellos.

—¡Madre mía! —exclamó ahogadamente.

Asombrada por lo que estaba viendo, detuvo la grabación y retrocedió un par de minutos. Cargó el vídeo en el programa que había utilizado anteriormente, aumentó la resolución hasta el máximo posible y comenzó a verlo de nuevo. No podía salir de su asombro.

—¿Esto está pasando en el Louvre? —se preguntó en voz baja.

Casi instintivamente, miró la hora que figuraba en aquella grabación y a continuación miró la que marcaba la pantalla de su ordenador.

—¿Esto ha ocurrido en el Louvre hace solo veinte minutos?

Totalmente sorprendida por lo que acababa de ver retrocedió las imágenes hasta el inicio. Ahora sí que tenía muy claro lo que el inspector Paccaud quería que encontrara.

Capítulo 83

La profesora Margaux corría tan rápido como podía hacia la puerta principal de la basílica. Detrás de ella todos la seguían preguntándose qué podía haber descubierto para salir corriendo de la cripta sin dar ninguna explicación.

—¡Profesora! ¡Profesora! —gritaba Chavrier.

Por mucho que lo intentaban no conseguían que se detuviese a explicarles por qué repentinamente todos habían comenzado a correr hacia la salida.

—El cuerpo tiene que estar aquí dentro. ¿A dónde demonios va? —dijo Sanoir.

Al llegar al exterior, los miembros del servicio secreto se sorprendieron al verla aparecer exhausta por el esfuerzo. Presa del golpe de adrenalina que todavía corría por sus venas, bajó unos cuantos escalones y comenzó a mirar nerviosa la parte izquierda de la fachada. En ese momento, los inspectores fueron los primeros en salir de la basílica, después de ellos aparecieron Chavrier y Sanoir, y por último los profesores.

El comisario no pudo evitar preguntarle de nuevo qué era lo que había descubierto en la cripta que había generado aquella reacción.

—Profesora, por favor, ¿qué ocurre?

Margaux se detuvo un momento a recobrar algo de aliento. Miró al comisario y después a Campbell. Ambos la miraban con gesto preocupado. Sin poder hablar todavía levantó su brazo derecho y señaló con su dedo índice al cielo. Todos se giraron y miraron hacia donde apuntaba la profesora sin comprender.

Tras recuperarse del esfuerzo, caminó unos metros hasta encontrar lo que estaba buscando.

—¡Por aquí! —exclamó.

Rápidamente, todos acudieron hasta donde se encontraba. Margaux les estaba señalando una puerta bastante escondida situada en el lateral izquierdo de la basílica.

—Lo que usted dijo antes ahí dentro me ha hecho entender por qué no paraba de pensar que nos estábamos equivocando, comisario —comenzó explicándose—. Como usted ha recordado, el cuadro del Louvre, o mejor dicho el grupo de cuadros al que pertenece el cuadro que hemos encontrado en el Louvre, nos ha traído hasta aquí porque interpretamos que los secuestradores de Deneux habían elegido la iglesia más alta de París.

—Sí, así es —contestó Chavrier.

—Pues si estamos aquí porque en los cuadros en los que se representa la resurrección, Jesucristo aparece en una posición elevada desde la que observa todo, no era lógico que nosotros buscáramos el cadáver en una cripta bajo tierra. Lo lógico es que el cadáver esté, precisamente, en el sitio más elevado posible.

Campbell volvió a mirar al cielo, a donde hacía unos segundos les había señalado.

—Por eso estoy segura de saber dónde se encuentra.

—¿Y dónde es eso, profesora? —preguntó Sanoir impaciente.

—En la cúpula de la basílica, señor.

Chavrier se mostró sorprendido por la respuesta.

—¿En una cúpula?

—Sí, comisario. Uno de los atractivos de esta basílica es que al estar situada en la parte más alta de Montmartre las vistas que ofrece de París son increíbles. Pero lo son aún más desde la cúpula, que es un sitio accesible para los turistas y donde estoy segura que los secuestradores han dejado el cadáver que estamos buscando.

—Desde luego sería totalmente lógico que eligiesen el sitio más alto posible —opinó Milanelli.

—Además, la basílica en sí misma no tiene muchos sitios donde esconder un cuerpo y la cripta ya la han utilizado en el Panteón —dijo Campbell apoyándola.

Para Chavrier aquel razonamiento parecía bastante coherente y visto los lugares que hasta ese momento habían elegido los secuestradores de Deneux para dejar los cuerpos, no le parecía en absoluto descabellado que pudiera estar en la cúpula de la basílica como proponía la profesora.

—Está bien. En ese caso necesitamos averiguar cómo subir hasta ahí arriba.

—No será necesario. Por eso salí antes corriendo de la cripta. Recordaba que el acceso estaba en el exterior aunque no estaba segura de cuál era el lugar exacto —dijo Margaux señalando la pequeña puerta que tenía delante suya.

—¿Por ahí se sube a la cúpula? —preguntó Sanoir desconfiado.

—Sí, señor. Y deberíamos subir cuanto antes —respondió ella.

Chavrier les miró nervioso. En su opinión eran demasiadas personas para subir allí arriba pero indudablemente los profesores eran imprescindibles y los inspectores podrían servirles de protección en caso de encontrarse en algún momento alguna situación peligrosa.

—Muy bien. Sanoir y yo subiremos delante y los inspectores al final del grupo. En medio irán ustedes tres profesores ¿entendido?

—Sí, señor —contestaron al unísono Paccaud y Bingleau.

Con cuidado, Chavrier comenzó a caminar hasta la entrada que les había señalado Margaux. A pesar de la luz que les proporcionaba la luna y la iluminación de la calle, aquella estrecha escalera de caracol parecía un trampa llena de peligros.

Poco a poco, fueron ascendiendo la empinada escalera que debía dirigirles hasta la cúpula de la basílica. Chavrier intentaba imaginarse cualquier cosa que le permitiera evadirse de la situación en la que se encontraba. Si cuando había tenido que revisar las pequeñas dependencias de la cripta del Panteón ya había sentido por primera vez aquella noche la claustrofobia que tanto le había atormentado de pequeño, en ese momento estaba muy cerca de sufrir un ataque. Por delante, tan solo podía ver un estrecho hueco por el que apenas podía avanzar sin rozar los brazos con ambas paredes mientras que detrás de él un tapón de seis personas le impedía retroceder y escapar de aquel agujero.

—No me imagino cómo han podido subir por aquí un cadáver —dijo Milanelli.

En ese momento, Chavrier notó una pequeña ráfaga de aire en el rostro. Comenzó a subir más y más rápido aquellas escaleras deseando que se terminaran lo antes posible.

—Tenga cuidado, comisario —advirtió Margaux.

De pronto, Chavrier se detuvo en seco. Ya sabía por qué la profesora le acababa de hacer esa recomendación. La larga escalera de caracol por la que habían subido se había terminado. En su lugar, un tramo recto de escaleras al aire libre invitaba a seguir ascendiendo hasta la cúpula. Sin perder un segundo, comenzó a subir por ellas agradecido porque aquel estrecho agujero se hubiese terminado por fin.

—Ya estamos llegando —dijo Margaux en voz alta.

Desde allí arriba la vista de París era ciertamente espectacular. En los alrededores de la basílica todo estaba en silencio. Únicamente los hombres del servicio secreto y el equipo de la policía científica que esperaba en la entrada principal alteraban la tranquilidad de aquel lugar.

Al finalizar los escalones, Chavrier se detuvo de golpe y levantó bruscamente su mano derecha para que todos se quedasen quietos. El leve silbido del viento parecía ocultar el sonido que creía haber escuchado. De nuevo, el mismo sonido se oyó con claridad. Instintivamente, el comisario, Sanoir y los inspectores sacaron sus armas.

—Protejan a los profesores —dijo Chavrier en voz baja.

El sonido era cada vez más fácil de percibir. El comisario y Sanoir avanzaron lentamente guiados por aquel ruido. De pronto, vieron a un hombre completamente desnudo semiinconsciente atado a una de las columnas de la cúpula.

—¡Está vivo! —exclamó Sanoir.

Rápidamente se dirigieron a socorrerle. A diferencia de los cadáveres que habían encontrado, tanto en la Asamblea Nacional como en el Panteón, aquel hombre tenía el rostro perfectamente.

«Por fin podremos identificarle», pensó Chavrier.

Los profesores se acercaron también a donde se encontraba.

—Increíble... —alcanzó a pronunciar Campbell.

—¡Revisen rápido toda la cúpula! —gritó Chavrier—. ¡Quiero estar seguro de que no hay nadie más aquí!

Los inspectores salieron corriendo en direcciones opuestas con el arma todavía en sus manos.

—¡Tenemos que llamar a una ambulancia enseguida! —exclamó Margaux.

—¡Los números! ¡Los números primero!

Campbell no podía entender cómo Sanoir anteponía la investigación a salvar la vida de aquella persona. Chavrier, por su parte, comenzó a desatar las cuerdas que le mantenían atado a la columna confundido por lo que estaba viendo. Si no supiera por qué estaban allí arriba incluso podría asegurar que aquello no era obra de los secuestradores de Deneux. No había rastro de sangre por ningún sitio ni de violencia ninguna. Salvo por el hecho de encontrarse desnudo, no había nada que lo pudiera

relacionar con los dos últimos cuerpos que habían encontrado.

Posiblemente presa del cansancio, aquel hombre no era capaz de vocalizar nada. Tan solo emitía leves sonidos imposibles de entender. Cuando consiguieron desatarle por completo, Sanoir sostuvo con fuerza su cuerpo para que no se desplomara. Chavrier se colocó a sus espaldas y terminó de desatar las cuerdas que mantenían sus manos atadas.

Cuando consiguió liberarlas, las separó y cogió una de ellas para acercarla hasta la luz.

—¡Aquí está lo que buscábamos!

Sanoir respiró aliviado. Por fin podrían encontrar a Deneux. Los inspectores volvieron hasta donde ellos se encontraban.

—Aquí no hay nadie, señor —dijo Paccaud.

El comisario ni siquiera le contestó. La persona que habían encontrado con vida era lo suficientemente importante como para atraer toda su atención.

—Ayúdenos, profesores. Le tumbaremos en el suelo hasta que llegue la ambulancia.

Campbell y Margaux ayudaron al comisario. Apenas tenía fuerza para mantenerse en pie por lo que fueron ellos los que tuvieron que cargar con su peso.

—¿Por qué este hombre es diferente? —preguntó Campbell extrañado.

—No lo sé, profesor. Pero debe existir alguna razón por la que no le hayan hecho lo mismo que a los dos anteriores —respondió Sanoir.

De repente, el cuerpo de aquel hombre comenzó a convulsionar. Chavrier no podía creer lo que estaba viendo.

—¿¡Qué está pasando?! —preguntó histérica Margaux.

—¡No lo sé! ¡No lo sé! —exclamó el comisario.

Las sacudidas que experimentaba eran cada vez más violentas.

—¡No! ¡No! ¡No! ¡No, por favor! —gritó Chavrier.

De golpe, las convulsiones cesaron. Sanoir colocó dos dedos sobre su cuello.

—¿Está muerto? —preguntó Campbell.

Sanoir tardó unos instantes en contestar.

—¡Mierda! —gritó finalmente.

Margaux se llevó las manos al rostro entre lágrimas. Chavrier miró al suelo desesperado. Durante casi un minuto, todos permanecieron en silencio. La única persona que podría haberles ayudado a descubrir quiénes eran los secuestradores acababa de morir delante de ellos. Y lo peor de todo era que no habían podido evitarlo.

—Lamento si lo que voy a decir suena insensible por mi parte, pero ya no podemos hacer nada por él —dijo Milanelli.

—El profesor tiene razón —opinó rápidamente Sanoir—. Debemos seguir adelante y descubrir dónde se encuentra Deneux de una vez por todas.

Chavrier volvió a abrir con cuidado aquella mano para ver los números que tenía

grabados en sus dedos.

—Aquí también tiene —dijo sorprendido Sanoir.

—¿Cómo? —preguntó Milanelli—. ¿Tiene números en las dos manos?

El rostro del profesor denotaba su fascinación por lo que acababan de descubrir.

—Eso parece. Tanto en la mano que está sosteniendo el comisario como en esta tiene número grabados.

—Entonces cada uno de ellos debe completar los que vimos en los dos cadáveres anteriores —propuso.

Milanelli sacó rápidamente el plano del Louvre donde tenía apuntados los números que habían encontrado hasta ese momento.

—¿Pueden decirme de qué números se trata, por favor?

Chavrier la abrió completamente para verlos más claramente.

—¿En la mano derecha, comisario?

—El cuatro y el ocho —respondió.

—¿Y en la izquierda, señor?

—El dos.

Milanelli le miró extrañado.

—¿Nada más?

Sanoir volvió a mirar con cuidado para asegurarse. Efectivamente, aquel era el único número que tenía escrito.

—Sí, profesor. Nada más.

Intrigado, comenzó a mirar todos los números que habían encontrado a lo largo de la noche. Por fin estaban todos juntos y ahora le tocaba a él descubrir cuál era su significado.

Mientras, Chavrier sacó el teléfono móvil del bolsillo de su chaqueta e hizo una foto a la cara del cadáver.

—¿Qué hace, comisario? —preguntó curioso Milanelli.

—Tenemos que identificar quién es este hombre cuanto antes.

Aquella respuesta le causó una gran sorpresa.

—No sabía que ahora se pudiese identificar a alguien con una foto tan mala —dijo señalando la pantalla del móvil.

—Obviamente lo ideal sería utilizar las huellas dactilares pero me temo que una vez más los secuestradores se han ocupado de que no podamos usarlas.

—Ya, pero esa foto... —replicó extrañado.

—Se sorprendería de las cosas que es capaz de hacer hoy en día un buen programa informático, profesor.

Después de escuchar su respuesta, Milanelli centró su atención en el plano del Louvre donde tenía apuntados los números que acababan de encontrar y se alejó unos metros para poder pensar con tranquilidad. Campbell se acercó hasta donde se encontraba el comisario.

—¿Por qué cree que no le han hecho a este hombre en el rostro lo mismo que a

los dos anteriores?

—No sabría decirle, profesor. Puede que quieran que le identifiquemos o puede que simplemente no les haya dado tiempo.

—Tampoco hemos encontrado nada dentro de su boca —dijo Margaux.

—No cabe duda de que es completamente diferente a lo que habíamos visto hasta ahora, eso está claro —reconoció Chavrier.

Campbell se rascó la barbilla y a continuación expuso su opinión sobre ese cambio en el modo de actuar de los secuestradores.

—Resulta indudable que quieren que identifiquemos a esta persona. Por qué quieren que conozcamos su identidad es algo que también deberemos descubrir pero tenga en cuenta que ellos han sido los que han provocado el aumento de temperatura en aquella sala del Louvre, de modo que estoy seguro de que lo hicieron en el momento que quisieron y si hemos encontrado a este hombre aquí, e incluso si lo hemos encontrado con vida, es simplemente porque quieren que sepamos quién es.

Capítulo 84

Chavrier miraba en silencio la confirmación de mensaje enviado que aparecía en la pantalla de su teléfono móvil. Acababa de enviarle a Eugene la foto de aquel hombre con la esperanza de poder identificarlo cuanto antes. Como había dicho el profesor Campbell, si los secuestradores no habían hecho nada parecido a lo que se habían encontrado en los dos cadáveres anteriores en el rostro de aquella persona era, seguramente, porque querían que descubrieran de quién se trataba.

—¿Cree que podrán identificarle? —preguntó Campbell.

—Eso espero, profesor. Eugene es capaz de hacer maravillas con su ordenador de modo que realmente tengo la esperanza de que sea capaz de decirnos quién es esta persona y también la que sale en la grabación del Louvre que nos enseñó Paccaud.

—¿Y ahora qué, comisario? —preguntó Sanoir.

Ambos dirigieron simultáneamente su mirada al profesor Milanelli que se encontraba a unos pocos metros de distancia intentando encontrar el significado a todos aquellos números.

—¿Ha descubierto algo, profesor? —preguntó Chavrier.

Milanelli no contestó.

—¿Profesor?

—Estoy en ello, comisario —dijo levantando la mano derecha con un claro gesto de que no le molestaran.

—Tal vez deberíamos pensar en avisar a la policía científica ¿no cree, señor? —preguntó Paccaud.

Chavrier miró fijamente al inspector. A continuación, se asomó a uno de los arcos de aquella cúpula y observó durante unos instantes el coche en el que se encontraban los agentes de la policía científica.

—¿Creen que deberían subir aquí, profesores? —preguntó finalmente.

Campbell vaciló unos segundos antes de contestar.

—Teniendo en cuenta dónde está el cuerpo, los secuestradores no podrán saber que lo hemos encontrado hasta que la persona que tienen infiltrada les avise.

—Pero nos han visto salir de la basílica y han visto cómo entrábamos por la puerta que da acceso a este lugar —le corrigió Margaux.

—Eso es cierto, profesora —dijo rápidamente Chavrier.

—Y el único lugar al que se puede llegar a través de esa puerta es hasta aquí, de modo que ahora mismo, por lo menos esa persona, ya sabe que hemos encontrado el cadáver que nos han dejado en la basílica.

Chavrier estaba convencido de que Margaux tenía razón.

—Bingleau, baje a buscar al equipo de la policía científica. Quiero que nos digan lo antes posible si este hombre tiene alguna huella que pueda ayudarnos a identificar a los secuestradores. Y desde luego, quiero que se lo lleven de aquí enseguida.

El inspector salió corriendo hacia las escaleras por las que habían subido unos

minutos antes. De nuevo, Campbell se quedó mirando fijamente al cuerpo sin vida de aquel hombre. A pesar de que no le resultaba algo agradable, aquella imagen no tenía nada que ver con lo que se habían encontrado en la Asamblea y en el Panteón.

—Dudo que encuentren algo interesante —dijo en voz baja.

—Estoy seguro de que será así, profesor. Pero mi obligación es pedir que suban a inspeccionarlo.

Campbell supo entender el doble sentido que tenía aquella respuesta. Aunque todo parecía indicar que estaba a punto de subir allí con ellos una persona que estaba involucrada en aquel secuestro, no podía saltarse las normas que debía seguir en una situación como aquella.

En ese momento, el profesor Milanelli lanzó un grito de alegría.

—¡Ya lo tengo! —exclamó.

A Chavrier se le disparó el corazón. Estaban a punto de descubrir dónde estaba secuestrado Deneux.

—¿De verdad, profesor?

Milanelli se acercó hasta ellos repasando lo que tenía escrito en aquel plano.

—Creo que sí, comisario.

—¿Y dónde está? —preguntó tenso Sanoir.

—Eso no lo sé, señor. Lo que yo sé es lo que significan los números que nos han dejado esta noche los secuestradores.

—Está bien. ¿Y qué es lo que significan, profesor? —insistió.

—Verán, creo que una vez más han sido increíblemente inteligentes en la manera en que nos han ido dando información. Han sabido utilizar las manos de estas tres personas para diferenciar las dos partes del mensaje que querían transmitirnos.

—¿Dos partes? —preguntó Campbell.

—Sí, así es. Como desde un principio supusimos, efectivamente el hecho de que los números estuviesen escritos en una u otra mano no era algo aleatorio. De la misma manera que tampoco lo es cómo este hombre los tiene grabados en las suyas.

Chavrier sentía que su corazón iba a estallar.

—Muy bien, profesor. Pero ¿cuál es el significado?

—Una dirección, señor —contestó rotundamente.

—¿Una dirección hecha con números? —preguntó Paccaud extrañado.

—Así es, inspector. Aunque quizá sería más correcto decir que se trata de un punto exacto más que de una dirección. El punto exacto donde se encuentra escondido Deneux.

—Un sitio de París, espero —dijo Chavrier.

—Francamente, yo también espero que sea así, comisario.

—¿Y cuál es ese lugar?

—De nuevo le tengo que repetir que eso no lo sé. Yo me he limitado a descifrar el significado de esos números y será usted quien me diga a qué lugar de París corresponde.

—¿Yo? —preguntó extrañado.

—Sí, comisario. Usted, la técnico de su laboratorio, o quien sea. Me da lo mismo.

—¿Cómo ha conseguido que esos números le indiquen un punto de París? —preguntó Campbell.

A Milanelli le gustó aquella pregunta.

—Porque juntándolos adecuadamente forman unas coordenadas —respondió—. Unas coordenadas geográficas.

Sanoir mostró claramente que no estaba entendiendo nada de lo que decía el profesor.

—Cualquier punto geográfico de la tierra —dijo explicándose— se puede describir mediante unas coordenadas de latitud y de longitud. Ambas coordenadas se expresan con una serie de decimales y los números que habíamos encontrado hasta ahora en los dos primeros cuerpos eran precisamente eso, los decimales del valor de latitud en el caso del cadáver que encontramos en la biblioteca de la Asamblea, y los decimales del valor de la longitud en el cadáver del Panteón. Por eso los números estaban en manos diferentes, porque hacían referencia a cosas diferentes. Y también por eso no he sido capaz de descubrir su significado hasta ahora que hemos encontrado los números que nos faltaban para completar las coordenadas geográficas que nos marcan el punto exacto donde se encuentra Deneux.

—¿Y cómo está tan seguro de que esas coordenadas señalan un punto de París? —preguntó Chavrier.

—Porque conozco las de mi despacho en Turín, comisario.

Todos se quedaron asombrados con aquella respuesta.

—No me miren así —dijo defendiéndose—. Deberían saber en qué lugar del mundo se encuentran, se lo aseguro.

—¿Y gracias a eso sabe que las coordenadas que hemos encontrado esta noche corresponden a París? —preguntó Campbell.

—Sí, así es, profesor. París se encuentra, como todos sabemos, más al norte que Turín, de modo que el valor de latitud que nos dan los números que hemos encontrado esta noche es superior al que describe la localización de mi despacho. De manera análoga, teniendo una idea más o menos clara de cómo se encuentran ambas ciudades con respecto al meridiano de Greenwich, que es el punto de longitud cero, creo que el valor que nos dan estos números es perfectamente compatible con París.

Chavrier miraba al profesor Milanelli completamente sorprendido. En ningún momento podría haber resuelto él solo ninguno de los problemas a los que se habían enfrentado hasta ese momento aquella noche, pero aquel en particular, le parecía el más difícil de todos.

—¿Y cómo pretende saber a qué lugar de París hace referencia, profesor?

—Lo único que necesitamos, comisario, es un ordenador en el que poder introducir esas coordenadas y cualquier navegador de Internet nos dirá a qué punto debemos dirigirnos. De modo, que se me ocurre que quizá su técnico pueda echarnos

una mano.

Sin decir una palabra, Chavrier sacó su teléfono móvil y marcó el número de Eugene.

—Buenas noches, comisario.

—Eugene, rápido ¿tiene algún ordenador cerca?

—Sí, señor. Justo delante de mí —respondió sorprendida.

—Perfecto. Le voy a decir unas coordenadas geográficas y quiero que me diga a qué lugar corresponden ¿de acuerdo?

—Sí, por supuesto.

El profesor Milanelli le mostró lo que había escrito.

—Debe decírselos justo en el orden que yo le indique —dijo en voz baja.

Chavrier hizo un gesto afirmativo con la mano. Milanelli tapó uno de los dos números para que se los dijera correctamente. El comisario comenzó a decirlos individualmente uno por uno.

—48,86103. Entendido, señor. ¿Y el otro?

Ahora el profesor hizo justo lo contrario. Tapó con su mano el primer número y le dejó ver solo el segundo. De manera similar a como había hecho antes, el comisario leyó cada número por separado.

—2,33589. Un segundo que lo busque, señor.

La tensión que todos sintieron durante los segundos que Eugene tardó en contestar fue casi insoportable. Al escucharla de nuevo, Chavrier palideció.

—Eso no es posible —dijo en voz baja.

—Es lo que sale en mi ordenador, señor.

—¿Está segura?

—Sí, señor, completamente. Las coordenadas que me acaban de decir corresponden al museo del Louvre.

Los tres profesores se llevaron simultáneamente las manos a la cabeza. ¿Cómo era posible que los números que habían encontrado en aquellos tres cadáveres les llevaran de nuevo al Louvre?

—Además, no es un sitio cualquiera de museo, sino el centro de la pirámide que sirve de entrada principal.

El profesor Milanelli no daba crédito a lo que estaba escuchando.

—¿No hay ninguna posibilidad de que se haya confundido? —preguntó Chavrier.

—Ninguna en absoluto, señor.

Durante unos segundos se quedó en silencio mirando a los profesores.

—Está bien. Muchas gracias.

—De nada, señor.

El comisario apagó su teléfono móvil y lo introdujo de nuevo en el bolsillo de su chaqueta.

—¿Otra vez al Louvre? —preguntó Sanoir.

Los profesores estaban completamente bloqueados. Ninguno de los tres sabía qué

decir. En ese momento, el inspector Bingleau apareció acompañado de los agentes de la policía científica.

—Ya estamos aquí, señor.

Chavrier tuvo que hacer un esfuerzo titánico para sobreponerse a la respuesta que les acababa de dar Eugene y poder hablar con sus hombres.

—Aquí tienen otro cadáver —dijo tratando de aparentar normalidad—. Afortunadamente, no presenta los signos de violencia que hemos visto en los dos últimos.

—Puede que sea más fácil identificarle en ese caso —dijo uno de los agentes.

—Por lo que hemos podido ver, los dedos los tiene completamente destrozados —añadió—. De modo que le he enviado una fotografía de su rostro a Eugene a ver si puede decirme cuanto antes de quién se trata.

—Muy bien, señor. Intentaremos ver si hay más huellas.

Al escuchar al agente decir esas palabras, a Chavrier le vinieron a la mente las imágenes de todos ellos bajando el cuerpo y tendiéndolo en el suelo.

—Esta vez sí que encontrarán huellas —le aclaró—. Nosotros hemos colocado ahí el cuerpo.

Uno de los agentes le miró con cara de extrañeza. No podía entender cómo el comisario había podido hacer algo tan torpe.

—Necesitábamos hacerlo —se disculpó entendiendo su pensamiento—. Cuando llegamos estaba atado a esta columna. Y estaba vivo. Pero cuando le hemos puesto en el suelo ha empezado a convulsionar y ha muerto.

—Le han envenenado —dijo el agente convencido.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó con curiosidad Milanelli.

—Por lo que acaba de decirnos el comisario.

—¿Solo por eso?

—Sí, es una descripción bastante común. ¿Hacía un ruido extraño cuando estaba todavía de pie o parecía que le costara respirar?

—Sí, sí, exacto —respondió Sanoir.

—¿Y cuando le desataron se desplomó sin poder mantener su propio peso?

—Así es —afirmó Chavrier.

—No hay duda, señor. Envenenado. Fíjese el color de los labios y cómo están anormalmente hinchados, al igual que el resto de la cara.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó de nuevo Milanelli.

—Pues que sea lo que sea lo que hayan utilizado para matar a este hombre, lo que le produjo fue una asfixia progresiva. Por eso cuando ustedes llegaron le escucharon hacer ruidos y vieron que tenía dificultad para respirar.

—¿Y las convulsiones cuando le tumbamos? —preguntó Chavrier.

—Eso puede ser debido a varias cosas pero posiblemente la falta de oxígeno acabó por producirle un paro cardíaco.

—¿No debimos hacerlo entonces?

—Al contrario, señor. Hicieron bien. Incluso diría que ayudaron a aliviar su sufrimiento. Si hubiese permanecido de pie la muerte hubiese sido más lenta.

Por unos instantes, Chavrier mantuvo su mirada en aquel cadáver intentando descubrir si al final ese hombre había sufrido más o menos que los anteriores que habían encontrado esa noche.

—Como les dije antes, lo más seguro es que se encuentren huellas de todos nosotros en su cuerpo —dijo finalmente.

—Muy bien, señor.

Sanoir se acercó a donde se encontraba el comisario y se colocó a su lado para que pudiera escucharle sin tener que hablar en voz alta.

—Creo que nuestro trabajo aquí ha terminado ¿no le parece?

Chavrier le miró y asintió con la cabeza. A continuación, se dio la vuelta buscando a los profesores.

—Nos vamos —dijo con gesto serio.

Al comenzar a caminar hacia las escaleras aprovechó para despedirse de sus hombres y darles las últimas instrucciones.

—Llévense este cuerpo de aquí lo más rápido que puedan y avísenme si encuentran algo ¿entendido?

—Sí, señor —contestó uno de ellos.

En silencio, el comisario comenzó a bajar las escaleras que de nuevo les llevarían hasta la calle. Igual que habían hecho al subir hasta la cúpula, Sanoir y él iban delante seguidos por los profesores y con los inspectores en último lugar.

—No sé ustedes, profesores, pero yo me he llevado una gran decepción al escuchar a Eugene decirnos que las coordenadas que ha descubierto el profesor Milanelli indican una vez más el Louvre.

—En verdad es desesperante pensar que debemos acudir allí de nuevo —opinó Sanoir.

Margaux apreció que se encontraban en un momento muy delicado de la noche. Por fin acababan de descubrir la última parte de la información que debía guiarles hasta Deneux, tal como ellos mismos habían dicho en varias ocasiones que ocurriría. Sin embargo, esa información les enviaba de nuevo al Louvre y eso, para todos ellos, como bien había dicho Sanoir, era algo difícil de asumir.

—Sé que no es algo agradable pero me temo que no tenemos ninguna otra opción mejor. Lo que no entiendo es por qué el Louvre de nuevo.

—En teoría esos números nos iban a decir dónde se encuentra escondido Deneux ¿no es así? —preguntó Sanoir.

—Y así sigue siendo —contestó Milanelli.

—Pero nos llevan al Louvre otra vez.

—¿Y cuál es el problema, señor?

—¡Que ya hemos estado tres veces esta noche en ese museo, profesor! —exclamó enfadado.

—Sí, es cierto. Y cada vez que salíamos de él encontrábamos una cosa nueva en París ¿no es así?

—Sí, pero...

—¿Qué insinúa, profesor? —preguntó Chavier.

—Verá, comisario, me ha llamado mucho la atención que su técnico hiciera hincapié en el punto exacto al que hacía referencia esas coordenadas.

—¿Y eso por qué?

—Por nada en especial, en realidad, ya que unas coordenadas geográficas siempre marcan un punto exacto. Pero de todos los lugares que podrían señalar en un museo tan grande como el Louvre, los números que nos han dejado los secuestradores señalan exactamente la pirámide. Ya lo han oído.

Cuando salieron a la calle, la sensación de aire fresco hizo que el comisario pudiera respirar tranquilamente otra vez.

—¿Cree, por tanto, que esta situación es diferente al resto de momentos de la noche en la que hemos ido hasta allí? —preguntó mientras esperaba en el exterior a que todos acabasen de salir de la basílica.

—Por supuesto que sí, comisario. Ahora vamos a encontrar a Deneux.

—¿Pero cómo va a estar en el Louvre si ya hemos estado varias veces allí? —volvió a preguntarle Sanoir claramente enojado.

—Eso no lo sé, señor. Pero tampoco sabíamos inicialmente por qué íbamos a la Asamblea Nacional o dónde debíamos encontrar el cadáver en el Panteón. Igual que ha ocurrido aquí. ¿Sabía usted cuando estábamos en la sala 14 que el cuerpo que tenía los últimos números estaría en esa cúpula?

Sanoir se quedó en silencio sin saber qué responder.

—En mi opinión, el profesor Milanelli tiene razón —dijo Margaux—. No podemos presuponer que estemos equivocados o que allí no encontraremos a Deneux. A lo largo de la noche han ocurrido cosas inexplicables que creo que ninguno de nosotros habríamos sido capaces de imaginarnos nunca. De modo, que propongo que vayamos una vez más al Louvre a descubrir qué hay en ese punto exacto.

—¿Usted también cree que le encontraremos allí, profesor? —le preguntó Chavier a Campbell.

—Lo que puedo decirle, comisario, es que estoy seguro de que la interpretación que ha hecho Milanelli de los números es correcta y también de que, como nos demostró muy claramente la profesora Margaux utilizando ese mapa de París, este era el último lugar al que debíamos venir. Por lo tanto, creo que ya hemos completado la búsqueda de la información necesaria para saber dónde tienen escondido a Deneux y ahora debemos volver al Louvre a encontrarle sano y salvo.

Capítulo 85

Tirado ahí en el suelo, Deneux no parecía tener ningún valor.

«Qué débil eres».

Su secuestrador se agachó para cogerlo. Por unos instantes hubiese preferido llevarlo arrastrando durante todo el camino de vuelta pero sabía que debía mantenerlo de una pieza. Con un pequeño esfuerzo, lo recogió del suelo y apoyó su cuerpo sobre su hombro derecho.

—Ni siquiera pesas apenas... —murmuró entre dientes.

Mientras caminaba de vuelta al lugar donde lo había dejado anteriormente, pensó en infligirle algún tipo de escarmiento. Debía aprender a respetarle y lo que había hecho intentando huir dejaba claro que no le respetaba en absoluto. Afortunadamente para él, sin embargo, faltaba poco tiempo para que terminara su sufrimiento.

Cuando llegó al lugar donde debía dejarle, el secuestrador sonrió al comprobar cómo todos los que iban a ser sus acompañantes durante el tiempo que permaneciese allí, estaban pacientemente esperándole.

De nuevo, le tumbó en el suelo y comenzó a amordazarle utilizando parte de las cuerdas que antes se había conseguido soltar.

«A ver si puedes escapar ahora».

Para asegurarse de que no iría a ninguna parte, deshizo cada una de las ataduras que llevaba puestas. Las de las manos y las de los pies. Todas. Con paciencia, comenzó a hacer los nudos de nuevo, uno por uno, pero en esta ocasión cada vez que anudaba cada una de ellas hacía más y más fuerza hasta que la piel de Deneux comenzaba a sangrar.

Por culpa del dolor que estaba sintiendo, Deneux abrió débilmente los ojos. Sin fuerzas para decir nada. A duras penas pudo ver cómo una enorme silueta de color negro tapaba la débil luz que había detrás de él. De repente, un enorme dolor en las manos le hizo perder nuevamente el conocimiento.

Cuando terminó, el secuestrador se levantó y observó detenidamente su obra. Deneux estaba completamente atado de pies y manos. Las ataduras tan fuertes como había podido.

«Es imposible que escapes de nuevo».

El secuestrador sabía que su trabajo había terminado. Si todo iba como habían planeado, la policía no debería tardar mucho tiempo en descubrir dónde se encontraba el hijo del presidente.

—Espero que haya servido para algo —dijo en voz baja.

Capítulo 86

Chavrier arrancó su vehículo y comenzó a seguir a Sanoir. Por cuarta vez aquella noche iban a volver al Louvre y esperaba que, como aseguraban los profesores, esta vez fuese para encontrar a Deneux.

—Lo que me gustaría que comprendiera, comisario —dijo Milanelli—, es que el hecho de que ya hayamos estado en el museo varias veces no implica que Deneux no pueda estar ahora allí.

—Entiendo lo que ustedes dicen, créame. Pero también debe entender nuestro escepticismo al ver que el punto que debían marcar esos números, y por el que llevamos esperando toda la noche, nos señala justo el Louvre.

—¿Y qué lugar hubiese preferido?

Chavrier dudó unos instantes.

—No lo sé. Seguramente algún sitio en el que no hubiésemos estado hasta ahora. Algún punto nuevo que de verdad nos hiciese pensar que allí vamos a encontrarle.

El teléfono del comisario comenzó a sonar. Torpemente se las arregló para ver quién le estaba llamando. Era Eugene. Rápidamente conectó el manos libres para poder hablar con ella mientras conducía de camino al museo.

—¿Ha descubierto algo? —preguntó sin rodeos.

—Creo que tengo buenas noticias, sí. He conseguido identificar a la persona de la fotografía.

Milanelli recordó lo que habían hablado minutos antes. Efectivamente, parecía que hoy en día se podían hacer verdaderos milagros con un programa informático.

—¿Y bien?

—El problema, señor, es que según me indica mi teléfono usted me ha enviado esa imagen desde Montmartre ¿verdad?

—Sí, así es. Desde la basílica.

—Entonces hay algo que no me encaja.

—¿De qué se trata, Eugene?

Los profesores escuchaban atentamente la conversación.

—Verá, el hombre de la foto se llama Pierre Charron...

—¡No puede ser! —exclamó Campbell inconscientemente.

—¿Perdón? —preguntó Eugene.

—Disculpe la interrupción, agente. Continúe, por favor —dijo Chavrier.

—Le decía que el hombre de la fotografía que me ha enviado se llama Pierre Charron. Trabaja como guardia de seguridad en la empresa General Security.

—Otra vez esa empresa —dijo Milanelli en voz baja.

—Me he permitido la libertad de colarme en su sistema informático para averiguar dónde trabajaba y cuáles eran sus turnos, y aquí es donde aparece lo que no acabo de entender.

—¿El qué exactamente? —preguntó el comisario.

—Se supone que ese hombre no debería estar en Montmartre sino en la Asamblea Nacional. Le tocaba turno de vigilancia esta noche, señor.

Chavrier se quedó completamente helado con la noticia.

—Pero...

—Tiene razón, comisario —dijo rápidamente Campbell—. Yo mismo me fijé en su identificación cuando entramos en la Asamblea.

—Entonces el hombre que estaba allí...

—¡Ese no era Pierre Charron, señor! ¡Sino uno de los secuestradores de Deneux!

El comisario sabía que no debían haber confiado en aquel hombre.

—¿Eso quiere decir que era la persona que nos vigilaba mientras estábamos en la Asamblea? —preguntó Margaux.

—Eso me temo —contestó Campbell.

—Es cierto, ¿recuerdan que muy amablemente acompañó a los miembros de la policía científica hasta la biblioteca?

No era necesario que Milanelli diera más detalles. Estaba claro que aquel hombre se la había jugado y se había reído de todos ellos.

—¿Puedo llamarla en un minuto, Eugene? —le preguntó educadamente el comisario.

—Por supuesto, señor.

Chavrier cortó aquella llamada y marcó el número de Sanoir.

—¿Qué hace? —preguntó Milanelli.

Antes de que pudiese responderle, la voz de Sanoir comenzó a retumbar estruendosa a través de los altavoces del vehículo.

—¿Sí, comisario?

—Nos la han jugado, Sanoir.

—¿Cómo dice?

—Me acaba de llamar Eugene. El hombre que encontramos en la basílica se llama Pierre Charron y es el guardia de seguridad que debería estar trabajando esta noche en la Asamblea.

—Entonces...

—¡El hombre que estaba allí era un impostor! El profesor Campbell recuerda haber leído la tarjeta de identificación en su traje con el nombre del cadáver que acabamos de dejar en la basílica.

—Efectivamente nos tenían controlados...

—Sí, y no solo eso, sino que se han reído de nosotros a la cara.

Sanoir no supo qué contestar. En ese momento la rabia que sentía era indescriptible.

—Lo que necesitaba saber era si todavía tiene a algún hombre allí.

—¿En la Asamblea? Sí, comisario. Igual que en el Panteón.

—Perfecto. ¿Podría ordenarles que entren y le retengan hasta que lleguen mis hombres a detenerle?

—Por supuesto, comisario. Ahora mismo.

—Gracias, Sanoir.

—Ningún problema. Le avisaré en cuanto me confirmen que lo tienen.

—Perfecto.

Chavrier apagó su teléfono móvil.

—¿Cree que todavía seguirá allí? —preguntó Milanelli.

—Para ser sincero, lo dudo mucho, profesor.

—Yo también me temo que ya habrá desaparecido. Es más, estoy seguro de que se fue de la Asamblea nada más irnos nosotros —opinó Campbell.

—Al fin y al cabo ya había cumplido su misión —añadió la profesora.

—Por eso lo digo.

El comisario se mantuvo unos segundos conduciendo en silencio maldiciéndose a sí mismo por no ser capaz de darse cuenta de que le estaban engañando justo delante de sus narices.

—¿Recuerda que le dijo a Eugene que volvería a llamarla? —preguntó Margaux.

—Sí, sí, es cierto. Lo había olvidado —se disculpó.

Sin perder un segundo, volvió a marcar su número de teléfono.

—Buenas noche de nuevo, comisario.

—Perdone la espera, Eugene. ¿Qué más noticias tiene para mí?

—Realmente lo más importante era lo que ya le he dicho, señor. A parte de eso, todavía no he podido identificar en ninguna base de datos al hombre que se ve en la grabación que me envió el inspector Paccaud.

—¿No ha dado ningún resultado la base de datos de la Interpol?

—No, señor. Y la base de datos civil ya está contrastada casi al ochenta por ciento, de modo que si esa persona es francesa no deberíamos tardar mucho en averiguar de quién se trata.

—De acuerdo. ¿Y puede decirme algo de la otra grabación?

—Sí, señor. He encontrado algo similar en ella. Además, he comparado los momentos en los que se produjo el cambio del cuadro en ambos casos y los dos tuvieron lugar ayer por la mañana.

—Tal como dijo Paccaud —comentó Margaux.

—¿Hay alguna persona que podamos identificar?

—Sí, una mujer. De manera similar a lo que ocurre con el otro cuadro, hay un par de momentos en los que se le ve la cara. Además, no hay duda de que tienen que ser las mismas personas.

—¿Por qué dice eso? —preguntó con la esperanza de comprobar que realmente estaban haciendo algún avance en la investigación.

—Porque la manipulación de esta grabación es la misma que encontré en la otra. Tampoco me dejaba inicialmente ampliar la imagen en las escenas en las que se le ve el rostro.

—Eso es importante —dijo Milanelli.

—Además hay otra cosa que para mí es aún más interesante.

—¿Sí? ¿Y cuál es?

—¿Recuerda a las dos personas que se ven en el primer vídeo que me envié?

—Sí, perfectamente.

—Pues bien, la persona que está de espaldas es la misma que hace el cambio del cuadro en la segunda grabación.

—¿La del cuadro de *La consagración de Napoleón* es una mujer? —preguntó sorprendido Campbell.

Eugene se quedó en silencio sin reconocer la voz de quien acababa de hacer esa pregunta.

—Puede responder tranquilamente. El profesor Campbell está con nosotros en esta investigación.

—De acuerdo, señor. Pues en ese caso, sí. Sí que es la misma persona.

—¿Y cómo lo ha sabido si no se le ve la cara?

La tímida risa que se le escapó se oyó claramente a través de los altavoces del coche.

—Es algo muy sencillo, créame.

—¿Pero podría decirme cómo lo hizo? —insistió Campbell.

—Sí, por supuesto. He utilizado las imágenes de ambas grabaciones para obtener las medidas antropométricas de esa persona. En el caso del segundo vídeo los resultados son más fiables porque al aparecer en dos de las cuatro cámaras de la sala he podido hacer la media de los valores de cada una de ellas. En cualquier caso, esas medidas no dejan lugar a dudas. Es la misma persona.

El profesor Campbell se quedó sorprendido por la habilidad que, una y otra vez, mostraba aquella chica.

—Gracias por la explicación, Eugene —dijo Chavier—. Recuerde avisarme si descubre algo más ¿de acuerdo?

—Por supuesto, señor.

El comisario se mantuvo unos instantes en silencio tras apagar su teléfono.

—Mírelo por el lado bueno, señor —dijo Milanelli—. Si en la Asamblea aquel falso vigilante era uno de los secuestradores, todavía cabe la posibilidad de que ninguno de sus hombres esté involucrado en el secuestro.

—¿En verdad lo creen?

—Yo no sabría qué decirle —contestó Campbell—. Es cierto que se abre una posibilidad de que sea así, pero visto lo calculado que tienen todo lo que está pasando esta noche, me cuesta creer que dejen cabos sueltos de esa manera.

—Pero como acaba de decir Milanelli, en la Asamblea ya tenían quien nos vigilara.

Campbell dudó unos instantes.

—Sí, es cierto —respondió dubitativo—. E incluso podríamos pensar que las cámaras que vimos en la cripta de la basílica podrían haberles servido para vigilarnos,

pero en el Panteón no había nada de eso de modo que no sabía qué decirle.

Cuando dejaron atrás la plaza de la Ópera, Sanoir comenzó a acelerar cada vez más hasta el punto de que a Chavier le costaba seguirle. Sin entender cuál era la razón para atravesar la ciudad tan rápido, el comisario se vio obligado a encender la sirena de su vehículo. A pesar de que la calle seguía prácticamente desierta, sabía que un accidente era lo último que necesitaban en ese momento y el número de semáforos que cruzaban en rojo aumentaba por momentos.

Capítulo 87

—Eso es. Entren ahora mismo y asegúrense de que permanece allí hasta que los miembros de la policía vayan a detenerle ¿entendido?

Los inspectores Paccaud y Bingleau observaban con atención a Sanoir. Algo de lo que acababa de hablar con el comisario Chavrier le había puesto como una furia. Después de hablar con él, sin querer contestarles ni una sola pregunta, había llamado a uno de sus hombres, y entre gritos, le había ordenado que entraran inmediatamente a la Asamblea a buscar al guardia de seguridad.

—Me temo que nos han engañado, inspectores —dijo finalmente al apagar su teléfono móvil.

—¿Por qué lo dice, señor? —preguntó Paccaud.

—Chavrier acaba de decirme que su compañera ha identificado al hombre que encontramos en la basílica.

—Eso es una buena noticia.

—Sí, inspector —respondió sin poder ocultar su rabia—. Si no fuese porque el hombre al que ha identificado es el que debía estar trabajando esta noche en la Asamblea Nacional.

—¿Pierre Charron? —preguntó Bingleau sorprendido.

—Exacto, ¿cómo lo sabe?

—¿El hombre de la basílica era Pierre Charron?

—Sí, así es —repitió.

Bingleau se llevó las manos a la cabeza lamentándose.

—¿Por qué conoce ese nombre, inspector? —insistió Sanoir.

—Lo leí cuando estuvimos en la Asamblea, señor. ¿Recuerda que cuando llegó el equipo de la policía científica el comisario me envió a buscarles para llevarles hasta la biblioteca?

—Sí, lo recuerdo.

—Pues también me dijo que me asegurara de que el guardia no fuese a donde estábamos nosotros. En ese momento, los profesores ya habían planteado la posibilidad de que alguien podía estar informando a los secuestradores de lo que hacíamos en cada sitio.

—Pero aquel hombre sí que apareció en la biblioteca...

—Sí, efectivamente. Cuando llegó el primer agente de la policía científica fui hasta la salida a buscarle y de paso le dije que no se moviera de la entrada, tal como me había ordenado el comisario. Ahí fue cuando me fijé en la tarjeta de identificación que llevaba colgada del traje. Esa tarjeta ponía Pierre Charron.

—Por eso cuando llegó el resto del equipo el guardia apareció por la biblioteca.

—Eso es —afirmó Bingleau.

—¿Entonces ese guardia de seguridad trabaja con los secuestradores? —preguntó Paccaud algo perdido.

—Sí, inspector. Durante toda la noche los profesores han llegado a la conclusión de que los secuestradores de Deneux nos tienen controlados. Como le dijimos antes, que han pirateado el sistema de seguridad del Louvre y que cuando estábamos allí podían saber lo que hacíamos, parece ser algo que está fuera de toda duda. Una vez que nos íbamos de allí, por cómo iban ocurriendo las cosas, llegaron a la conclusión de que también debían saber de alguna manera lo que hacíamos.

—Pero hasta ahora pensábamos en los agentes de la policía científica —añadió Bingleau.

—Eso es. Y además, por el momento no eran más que suposiciones. Esta es la primera vez en la que sabemos realmente que por lo menos una persona involucrada en el secuestro ha estado cerca de nosotros vigilándonos.

La rabia contenida en las palabras de Sanoir era palpable.

—Me imagino cómo estará el comisario —dijo Paccaud.

—Desde luego, la responsabilidad que pesa sobre Chavrier es muy alta. Entiendo su posición y yo mismo no sabría cómo reaccionar si descubriera que es uno de mis hombres el que está ayudando a los secuestradores. Solo espero que al final todo quede en un malentendido y que todos sus compañeros sean completamente inocentes, inspector.

El teléfono de Sanoir comenzó a sonar de nuevo. En ese momento, circulaban a toda velocidad por Rue d'Amsterdam, de modo que prefirió conectar el manos libres.

—¿Señor? —se escuchó decir a través del auricular.

—¡Un momento! —grito Sanoir alterado.

El hombre que llamaba se quedó completamente en silencio.

—¡Ya! Ya puede hablar. ¿Qué ha ocurrido?

—Me temo que tengo malas noticias, señor.

Sanoir sintió que le hervía la sangre.

—¿Cómo que tiene malas noticias?!

—Sí, señor. El guardia de seguridad no está. Ha desaparecido.

—¡Eso no puede ser! ¿Han buscado por todo el edificio?

—Lo hemos registrado completamente por si estuviese haciendo una ronda de vigilancia, pero le aseguro que no está aquí.

Sanoir pensaba en cómo iba a decirle aquella gran noticia al comisario. Era la segunda o tercera vez que sus hombres podían colaborar en aquella investigación, y en esta ocasión, habían fallado.

—¿Señor?

—Sí, sí, siga aquí... —respondió furioso.

—Además hemos encontrado en una de papelera del edificio el traje que llevaba puesto.

Sanoir se mostró sorprendido.

—¿El traje de guardia de seguridad?

—Eso es, señor.

—¿Lo tiene cerca de usted?

—En la mano tengo la chaqueta, señor.

—¿Y cuál es el nombre que figura en la tarjeta de identificación?

El miembro del servicio secreto tardó unos instantes en comprobarlo.

—Pierre Charron, señor.

Sanoir cerró por un instante los ojos claramente decepcionado. Para él, era realmente frustrante comprobar cómo, una y otra vez, los secuestradores se estaban adelantando aquella noche a todo lo que ellos hacían.

—Está bien. Por un momento pensé que quizá pudiese ser de otro guardia de seguridad diferente, pero efectivamente era ese a quien debían retener.

Durante unos segundos, aquel hombre permaneció en silencio esperando nuevas órdenes.

—Vuelvan a su posición y mantengan vigilado el edificio. No quiero que nadie entre ni salga de él ¿entendido?

—Sí, señor.

Al cortar la llamada, no pudo disimular su malestar.

—¡Mierda! —exclamó inmerso en un sentimiento de frustración.

De nuevo, los inspectores le miraron en silencio. Era la segunda mala noticia que recibía en escasos minutos y el carácter que tenía no era el de alguien que afrontase racionalmente los problemas precisamente.

—Era lógico que no estuviera esperándonos —dijo Bingleau mientras observaba por la ventanilla la tranquilidad que había en la calle.

—Supongo que en cierto modo tiene razón, inspector —reconoció.

Durante varios segundos, los tres continuaron el viaje en silencio. A pesar de que, según decían los profesores, la búsqueda de Deneux ya había finalizado, lo cierto era que nadie parecía creerse realmente que fuesen a encontrarle en el Louvre donde, en cierto modo, todos sentían que ya lo habían visto todo. Quizá por haber permanecido más de cinco horas allí dentro, el inspector Paccaud era el más escéptico de todos.

—¿De verdad creen que el hijo del presidente está ahora en el Louvre? —preguntó.

Ese era el tipo de preguntas que hacían que Sanoir descargará todas sus dudas sobre los profesores.

—No solo estoy completamente seguro de que no está allí, sino que también estoy seguro de que estamos haciendo este viaje a lo tonto.

—Pero esas coordenadas... —deslizó Bingleau intentando dar crédito al trabajo de los profesores.

—¡Esas coordenadas, nada! —le cortó en seco Sanoir.

—Pero es lo que dicen los números. No puede ser que todo lo que hemos ido encontrando a lo largo de esta noche nos vaya a indicar un punto diferente del que realmente es.

Por desgracia para Sanoir, lo que decía el inspector Bingleau era cierto. Si bien

parecía difícil pensar que Deneux pudiese encontrarse en el mismo sitio en el que ellos habían pasado gran parte de la noche, era incontestable el hecho de que los números que habían descubierto en los tres últimos cadáveres les llevaban de nuevo hasta el museo.

—Y ha escuchado igual que yo la explicación que la profesora Margaux nos dio acerca de por qué la basílica del Sagrado Corazón era el último sitio en el que encontraríamos información acerca del paradero de Deneux. Ese triángulo que hizo fue muy convincente —insistió.

—Eso ya lo sé. Pero también ha escuchado lo que nos ha dicho su compañera. Esos números marcan la pirámide. ¡Exactamente la pirámide!

—Sí, así es.

—Pues precisamente por eso. ¡Es imposible! Tengo a varios de mis hombres en la plaza del Carrusel vigilando todas las entradas del museo. ¿Cree que no me habrían avisado si de repente aparece allí Deneux? —preguntó enfadado.

El carácter de Sanoir era como una montaña rusa de continuas subidas y bajadas. Tan pronto razonaba cuando se le proponía una explicación coherente sobre algo de lo que estaba ocurriendo, como montaba en cólera cuando, por su cuenta, sacaba sus propias conclusiones.

—Eso es difícil de creer —apuntó Paccaud.

—¡Es sencillamente imposible, inspectores!

Bingleau permaneció en silencio. Eran tres personas en aquel coche y dos de ellas estaban dejando muy claro cuál era su postura acerca de las posibilidades que tenían de encontrar a Deneux. Si todo saliese como ellos esperaban, desde luego, la noche estaba muy lejos de llegar a su fin.

—Además, si como nos ha dicho Eugene las coordenadas que descifró el profesor Milanelli señalan la pirámide, eso significa que Deneux estaría dentro del museo —opinó Paccaud.

—En teoría, sí —dijo Bingleau en voz baja.

—Pero tú y yo hemos estado allí. Hemos estado hablando con el jefe de seguridad y con el resto de guardias que están trabajando en el museo esta noche, y sabes tan bien como yo que allí no hay nada.

—Paccaud tiene razón, inspector —añadió Sanoir.

A pesar de la posición obstinada que estaban manteniendo sus dos compañeros de viaje, Bingleau seguía confiando en la palabra de los profesores. Todo lo que les había visto hacer y decir aquella noche se había ido cumpliendo, poco a poco, desde el mismo momento que habían salido del Palacio del Elíseo hasta el razonamiento de la profesora Margaux acerca de que el cadáver que buscaban debía estar en la cúpula de la basílica. El problema que tenía para rebatir los argumentos que le estaban exponiendo entre Sanoir y su compañero Paccaud era que, efectivamente, en la pirámide del Louvre no había muchos sitios donde pudiesen encontrar a Deneux.

—Solo se me ocurre una opción que pueda explicar lo que los profesores

proponen —dijo inesperadamente Sanoir.

—¿Cuál, señor? —preguntó Paccaud.

—Si las coordenadas marcan ese punto en el interior del museo, lo único que veo posible es que todos los guardias, incluido el propio jefe de seguridad, hayan estado en todo momento engañándonos y estén también involucrados en el secuestro.

—Pero eso...

—Eso sería una tomadura de pelo increíble, inspector, efectivamente. Por eso es una posibilidad que me niego a considerar siquiera.

Bingleau se mantuvo en silencio. Él no lo veía tan descabellado. Es más, para él era la única opción que podría explicar todo aquello.

Capítulo 88

Al llegar a la plaza del Carrusel, el aspecto que presentaban los alrededores era exactamente el mismo que habían visto a lo largo de toda la noche. Los hombres del servicio secreto eran los únicos que podían adivinarse en la distancia cubriendo las diferentes entradas del museo. Antes de bajar de su vehículo, Chavier observó desde la distancia la entrada principal del Louvre. Allí seguía la pirámide de cristal. El lugar donde se encontraba Deneux. O por lo menos eso era lo que indicaban aquellos números que les habían ido dejando los secuestradores en los cuerpos de las tres personas asesinadas.

Por un momento, el comisario contempló todo lo que ocurría a su alrededor a cámara lenta como una sucesión imparable de acontecimientos que debían llevarles a encontrar al hijo del presidente. Así, observó cómo unos metros delante de él, Sanoir salía de su vehículo con la misma energía que había demostrado desde el primer momento, seguramente espoleado por la rabia contenida de ver cómo unos desconocidos habían volado por los aires el complejo sistema de seguridad que tenía diseñado para proteger a todos los miembros de la familia del presidente. Acompañándole, los inspectores Bingleau y Paccaud esperaban nuevas órdenes suyas, ansiosos también de que aquella pesadilla terminara lo antes posible.

Ahora más que nunca, Chavier estaba convencido de que la idea que le había rondado por la cabeza a lo largo de toda la noche era totalmente necesaria. El problema hasta ese momento había sido que no sabían dónde se encontraba Deneux. Sin embargo, los profesores ya lo habían averiguado. Estaba escondido allí. A una decena de metros de donde él se encontraba en ese momento. E incluso puede que llevase allí toda la noche, justo delante de ellos sin que fuesen capaces de darse cuenta. En cualquier caso, eso ya no era importante. Sabían dónde se encontraba y estaba seguro de haber tomado la decisión acertada.

—Comisario, ¿me escucha? —repitió Margaux.

Las palabras de la profesora hicieron que volviera a tomar conciencia de la situación.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, sí, por supuesto. Solo estaba pensando.

—Creo que debemos ir con Sanoir y con los inspectores ¿no le parece? —le preguntó Campbell.

—Tiene razón, profesor —contestó a la vez que se bajaba del vehículo.

Sanoir se acercó hasta donde ellos se encontraban.

—Ya estamos aquí otra vez, profesores. Yo que esperaba que no tuviéramos que volver, pero aquí estamos.

—No es usted al único al que le desagrada volver a este lugar, puede estar seguro —dijo Milanelli—. Pero lo que indican las coordenadas es muy claro.

—Sí, sí, ya. Las coordenadas esas... —respondió despectivamente.

Chavier percibió el tono de voz que estaba utilizando Sanoir y decidió salir en defensa de los profesores.

—Como acaba de decir Milanelli, no es usted el único que no querría estar aquí. Les acabo de decir a ellos mientras veníamos de camino que personalmente esperaba algo completamente diferente. Me hubiese gustado que esos números nos indicaran cualquier otro lugar de París, el que fuera, eso no me importa. Pero un lugar en el que no hubiésemos estado nunca.

—Eso desde luego les daría credibilidad —opinó Sanoir.

Los profesores ignoraban, en mayor o menos medida, las continuas críticas que recibían de Sanoir. Ya estaban acostumbrados a ellas después de ver cómo había criticado todas y cada una de las ideas que habían planteado aquella noche, y que por otro lado, habían resultado ser acertadas la mayoría de las veces.

—Ahí está Deneux, entonces, ¿verdad? —le preguntó en voz baja Campbell a Margaux.

—No lo sé —contestó ella susurrando—. Creo que nuevamente hay algo que se nos está escapando.

Campbell la miró a los ojos y a continuación volvió a mirar desde la distancia la pirámide de cristal que tenían enfrente.

—Me cuesta creer que esté ahí dentro con todo lo que nos hemos recorrido ese museo.

La profesora escuchó sus palabras en silencio. Los dos parecían tener dudas similares aunque reconocerlo abiertamente sería alimentar el ego de Sanoir y eso, desde luego, no estaba dispuesta a hacerlo.

—Pero los números... —deslizó ella.

—Sí, lo sé. Por eso yo no dije nada en la basílica.

—La explicación de Milanelli fue perfecta.

—Y Eugene buscó aquellos valores en Internet y le salió exactamente este punto, de modo que tiene que ser aquí. No queda otra.

La profesora dudo unos segundos.

—Es que incluso si asumimos que Deneux no está aquí...

—No, eso no puede ser —replicó Campbell interrumpiéndola—. Tu explicación de cómo los tres lugares a los que hemos ido esta noche forman un triángulo y cómo este museo está en el centro, al igual que el ojo de la pirámide que encontramos en Notre Dame no deja lugar a dudas. La búsqueda de Deneux ha finalizado y aquí es donde se encuentra.

En ese momento, la tranquilidad de la plaza se vio alterada por un débil sonido. Un sonido monótono, repetitivo, que cada vez podía escucharse con mayor claridad, aunque siempre de una manera muy sutil.

—¿Qué es eso? —dijo Milanelli señalando a uno de los laterales del museo.

Como un pequeño ejército de hormigas, una hilera de hombres completamente vestidos de negro comenzaron a tomar los alrededores del museo.

—¿Qué está pasando, comisario? —preguntó Campbell.

Ignorando aquella pregunta, Chavrier se mantuvo observando en silencio cómo ocupaban cada rincón del museo.

—¿Comisario?

Chavrier tampoco contestó a Sanoir.

Aquellos hombres se aproximaron hasta la pirámide de cristal de manera muy rápida y silenciosa. Si no les estuviesen viendo podrían pasar incluso desapercibidos. De hecho, Campbell estaba convencido de que ninguno de los guardias desde el interior del museo tendría ni la más remota idea de lo que estaba ocurriendo en ese momento. Finalmente, un grupo se colocó en la parte izquierda de la entrada principal de la pirámide, justo a espaldas del jefe de seguridad y su compañero. Cuando todos estaban listos, Campbell vio cómo una persona de cada grupo que rodeaba el museo levantaba la mano. A continuación, el primer hombre de la fila que se encontraba en la pirámide levantó igualmente la mano en un gesto que claramente iba dirigido al comisario.

—Perfecto —dijo Chavrier orgulloso.

—¿Pretende asaltar el Louvre? —preguntó atónito Sanoir.

—No nos queda más remedio.

—Discúlpeme la expresión —dijo Milanelli—. ¿Pero se ha vuelto usted loco?

—No, en absoluto, profesor —le respondió con serenidad entendiendo su pregunta—. Usted fue quien dijo que ahí dentro está escondido Deneux ¿no es así? Y si eso es cierto, no encuentro ninguna manera de entender lo que está ocurriendo salvo asumiendo que los guardias de seguridad hayan formado parte de este secuestro desde el principio, y que de nuevo nos hayan conseguido engañar igual que el falso guardia de la Asamblea.

—Entiendo lo que dice pero...

—No hay tiempo para seguir discutiendo, profesor —le cortó—. Ustedes han dicho que encontraríamos a Deneux con vida ¿verdad?

Campbell no estaba seguro de si era recomendable contestar o no esa pregunta vista cuál era la idea del comisario.

—Y si está vivo, si está en el interior de esa pirámide como dicen esos números, en ese museo hay ocho guardias de seguridad armados. ¿Qué quiere que haga, profesor? ¿Quiere que entre ahí y les pida por favor que nos devuelvan al hijo del presidente?

Milanelli se quedó en silencio. El argumento del comisario no admitía réplica.

—Sanoir —dijo Chavrier—, ordene a sus hombres que se retiren de las entradas del museo.

—Pero comisario...

—He dicho que se retiren ahora mismo —repitió.

Sanoir encendió su *walkie-talkie* y dio una orden rápida a sus hombres para que hicieran lo que acababa de ordenar el comisario. Acto seguido, se pudo ver cómo de

las tres salidas del museo que mantenían vigiladas se alejaban varios de sus hombres.

—Ya está, comisario.

—Gracias —respondió en voz baja.

Campbell sentía la necesidad de pedirle que reflexionara un instante si aquella era la opción más adecuada.

—¿De verdad cree que debemos actuar así, señor?

—No me cabe ninguna duda, profesor —le contestó mientras mantenía su mirada fija en la entrada principal.

—Pero en ningún momento hemos utilizado la fuerza esta noche.

—Cierto. ¿Y ve usted a Deneux por algún sitio?

—No, señor.

—Bien. Yo tampoco. De modo que si está ahí, y como acabo de decirles ahí dentro hay ocho guardias armados, esta es la única opción posible.

El hombre que se encontraba en la pirámide mantenía su brazo levantado esperando la orden de Chavrier.

—Pero las coordenadas mostraban claramente un punto del museo.

—Sí, profesora. Yo también he escuchado a Eugene decir eso exactamente.

—¿Entonces por qué tiene el museo rodeado de policías?

El comisario le contestó con otra pregunta.

—¿Por qué cree usted que los secuestradores han elegido precisamente ese punto, profesora?

—Porque es ahí donde está Deneux —respondió sin dudar un segundo.

—Ojalá tuviera razón, créame. Durante gran parte de la noche yo también he pensado eso mismo que acaba de decir usted. Creía que, de una u otra forma, esos números que íbamos encontrando nos acabarían por señalar un punto exacto de París donde encontraríamos a Deneux.

—¡Y ya tiene ese punto! —exclamó Campbell.

—¿De verdad lo cree, profesor? ¡Mire! ¡Mire lo que tiene enfrente de usted! Sabe tan bien como yo que en esa pirámide no hay nada. Únicamente dos guardias de seguridad aburridos y medio dormidos que ni siquiera saben hacer bien su trabajo.

Margaux percibía el enfado del comisario. Y en cierto modo, sabía que tenía razón en lo que estaba diciendo. Si Deneux estaba ahí dentro, tal como indicaban las coordenadas que habían descubierto, era imposible pensar en entrar a buscarle como habían hecho las veces anteriores. Sobre todo considerando que los guardias debían estar involucrados en su secuestro.

—¿Entonces por qué los números señalan ese punto exacto? —preguntó Milanelli.

—Porque esa pirámide es el lugar más representativo de este museo desde hace más de veinte años, profesor. Pero ustedes saben igual que yo que ahí no hay nada. Ahí no puede estar Deneux.

—¿De verdad piensa, comisario, que el hijo del presidente ha estado escondido en

un punto del museo todo este tiempo? —preguntó Campbell.

—Estoy totalmente convencido, profesor.

—Pero nosotros hemos estado ahí dentro.

—Sí, así es. ¿Y en cuántas salas hemos estado entre todos? ¿Diez? ¿Doce?

El tono de voz de Chavrier se iba relajando progresivamente a medida que los profesores parecían entender las razones por las que había ordenado organizar un asalto al Louvre.

—En eso tiene razón el comisario —opinó Sanoir—. Ya les dije cuando estuvimos en Notre Dame, la primera vez que propusieron venir a este museo, que tenía más de doscientos mil metros cuadrados de superficie. El Louvre es un laberinto que apenas hemos empezado a explorar.

—Los lugares en los que los secuestradores podrían tener escondido ahí dentro a Deneux son innumerables —añadió Chavrier.

Campbell agachó la cabeza y dejó durante unos instantes la mirada perdida en el suelo. Sabía que el comisario tenía razón y que posiblemente ellos se habían equivocado asegurando que el punto que señalaran aquellos números sería exactamente el lugar donde estuviese secuestrado. Por momentos, incluso empezaba a dudar que fueran a encontrarle con vida.

Chavrier interpretó el silencio de los profesores como un signo de que, por fin, se habían dado cuenta de que aquella era la única manera que tenían para entrar en el museo. A continuación, levantó su brazo buscando con la mirada al hombre que se encontraba justo en el lado izquierdo de la entrada.

—Prepárense profesores, estamos a punto de asaltar el Louvre.

Capítulo 89

Justo cuando Chavrier bajó el brazo, las hileras de policías que esperaban su orden accedieron simultáneamente al museo a través de todas sus entradas. Sin decir nada, el comisario comenzó a caminar hacia la entrada principal. El corazón de Margaux latía cada vez más rápido. Faltaba muy poco para descubrir si Deneux estaba ahí dentro como ellos pensaban.

—No me puedo imaginar cuál será la reacción del jefe de seguridad cuando vea a todos esos hombres entrar en el museo —dijo Milanelli.

—No se preocupe por él, profesor. Si ha participado en el secuestro, esto es lo mejor de todo lo que le va a ocurrir a partir de ahora.

Chavrier encendió su *walkie-talkie* y subió al máximo el volumen del auricular.

—Mis hombres nos avisarán a medida que vayan asegurando las distintas partes del museo.

—¿Quiere que entremos nosotros? —preguntó sorprendido Campbell.

—Por supuesto que sí, profesor. Ya hemos estado ahí dentro esta noche. ¿Cuál es el problema?

A Campbell no le gustó la ironía utilizada por el comisario. Estaba claro que no era lo mismo entrar en el Louvre a mitad de la noche cuando todo estaba perfectamente tranquilo que hacerlo cuando había decenas de policías fuertemente armados.

Tras la entrada de los hombres de Chavrier en el museo, la plaza del Carrusel había quedado de nuevo completamente tranquila. Nadie que pasara por allí cerca sería capaz de imaginar lo que estaba ocurriendo en su interior.

—Hall Napoleón recuperado.

El primer aviso hizo que el comisario dejase de contener la respiración.

—¿En serio van a ir planta por planta buscando a los guardias de seguridad? —preguntó Milanelli.

—Esa es la idea, profesor.

—Y cuando los tengan a todos, ¿qué van a hacer?

—Permanecerán retenidos hasta que encontremos a Deneux.

El *walkie-talkie* volvió a pitar.

—Entresuelo. Denon, Richelieu y Sully recuperadas. Objetivo capturado.

Milanelli se sorprendió nuevamente al escuchar aquel mensaje.

—¿Llaman a esos pobres guardias de seguridad objetivos?

—Creo que olvida lo que acabamos de hablar, profesor.

Chavrier se detuvo a unos veinte metros de la entrada principal. No quería poner en riesgo la vida de los profesores por lo que no se acercaría más hasta que no recibiese la confirmación de que la situación estaba completamente bajo control.

—¿El qué he olvidado exactamente, comisario?

—Esos guardias de seguridad de los que usted se apiada ahora han secuestrado al

hijo del presidente y nos han engañado durante toda la noche sistemáticamente cada vez que hemos entrado aquí —dijo señalando a la pirámide.

—Pero eso no lo sabemos con seguridad —replicó Campbell—. En ningún momento habíamos considerado realmente que ellos formarían parte de este secuestro.

—¿Usted también duda ahora?

Un nuevo pitido interrumpió al comisario.

—Planta baja. Denon, Richelieu y Sully recuperadas. Objetivo capturado.

Chavrier respiró aliviado. Parecía que todo iba saliendo según lo había planeado.

—¿Qué me dice, profesor Campbell? ¿Usted también duda ahora? —insistió.

—No se trata de dudar, señor, y no quiero criticar su trabajo. Solo digo que no me parece correcto tratar a los guardias de seguridad que están ahí dentro como criminales sin estar seguros de si han participado o no en el secuestro.

—Si Deneux está ahí dentro es evidente que sí lo han hecho, profesor.

—Campbell tiene razón comisario —añadió Margaux—. Sanoir acaba de decirnos lo grande que es el museo. No es necesario que todos los guardias estén involucrados. Si Deneux efectivamente está ahí escondido bastaría con que uno de los guardias formara parte de todo esto.

—¿Solo uno? —preguntó Sanoir.

—Sí, señor. Cada guardia vigila una planta ¿verdad? Pues con que uno de ellos participará en el secuestro sería suficiente para mantenerle oculto en cualquier sitio de esa planta durante toda la noche.

De nuevo, un pitido del *walkie-talkie*.

—Planta primera. Denon, Richelieu y Sully recuperadas. Objetivo capturado.

—Me cuesta creer que el vídeo que nos llegó esta tarde fuese de un lugar de este museo —dijo Chavrier.

—¿El que recibieron junto con la carta en la que figuraban nuestros nombres? —preguntó Milanelli.

—Sí, ese vídeo, profesor.

—¡Vamos, comisario! ¿Acaso no han utilizado los secuestradores el sistema de seguridad del museo para hacer lo que han querido con nosotros durante toda la noche? ¿Piensa que para ellos sería un problema trasladar a Deneux desde cualquier punto de París hasta aquí mientras sabían de sobra que nosotros estábamos fuera?

—Creo que Milanelli tiene razón —dijo Sanoir—. Pueden haber aprovechado mientras estábamos en la basílica para traer hasta aquí a Deneux.

—O en cualquier otro momento —añadió Campbell—. No necesariamente la última vez que nos hemos ido de aquí. Perfectamente pueden haber aprovechado mientras estábamos en el Panteón, o incluso en la Asamblea, donde se ha demostrado que tenían a una persona informándoles.

Chavrier sabía que los profesores tenían razón, pero aún así no dejaba de pensar que el modo de actuar que había elegido era el correcto.

—Puede que estén en lo cierto, pero aunque solo uno de ellos estuviese

involucrado en el secuestro no tenemos ni la menor idea de cuál de todos es. De modo que me temo que tendremos que tratar a todos de la misma manera hasta que lo descubramos.

—¿Y cómo lo piensa descubrir? —preguntó Sanoir.

—En principio lo más lógico sería pensar que el guardia al que le tocase vigilar esta noche la planta en la que encontremos a Deneux será el hombre que estamos buscando —se adelantó a responder Milanelli.

—Me alegra ver que asume que el hijo del presidente está escondido en el museo y no en la pirámide, profesor —dijo Chavrier.

—En ese caso —añadió Margaux—, lo más lógico sería pensar también que no se encontrará en una de las plantas en las que nosotros hayamos estado.

Chavrier dudó.

—Creo recordar que en un primer momento nos repartimos entre casi todas las plantas posibles ¿no fue así?

—El inspector Bingleau y yo estuvimos en la segunda planta, en el ala Richelieu —dijo Margaux.

—Sanoir y yo en la misma ala pero en la planta baja, aunque para ser sinceros acabamos saliéndonos de donde se supone que debíamos haber estado —reconoció Milanelli.

Chavrier miró con preocupación su *walkie-talkie*. La confirmación de la segunda planta estaba tardando demasiado en llegar.

—Y usted y yo, comisario, estuvimos en el ala Denon de la primera planta.

Margaux hizo un repaso mental de todos los sitios que había revisado, a la vez que intentaba recordar lo mejor posible la distribución del museo.

—¿Recuerdan que la alarma de la sala 77 saltó cuando cada uno de nosotros estábamos revisando nuestra parte del museo? —les preguntó.

—Sí, claro que lo recuerdo —contestó Sanoir.

—¿Y se acuerdan de que, desde un primer momento, consideramos que los secuestradores habían activado esa alarma porque querían guiarnos hasta donde se encontraba el cuadro de *La Libertad guiando al pueblo*?

—Sí, cuando ya habían dejado el cuerpo en la Asamblea.

—¿A dónde quiere llegar, profesora? —preguntó Chavrier.

—Bueno, comisario, si lo que estamos planteando en este momento es cierto y Deneux está escondido en un lugar de alguna planta de este museo, quizá en aquel momento los secuestradores no utilizaron la alarma para llevarnos hasta el cuadro que querían que descubriéramos, como siempre hemos pensado, sino que tal vez lo hicieron para alejarnos de un sitio en concreto.

—¿De Deneux?

—Puede ser.

—Eso significaría... —dijo Campbell.

—Que puede ser que alguno de nosotros hayamos estado demasiado cerca del

lugar donde lo tuviesen escondido y que hicieron saltar la alarma para distraernos — afirmó Margaux interrumpiéndole.

—Pero también nos dijeron cuál era el cuadro que debíamos elegir —opinó Chavier.

—Sí, eso no lo niego. Y esa precisamente es la razón que hasta este momento le habíamos atribuido al hecho de que saltara la alarma de aquella sala.

—Entonces, según está diciendo usted —dijo Milanelli—, eso quiere decir que en uno de esos lugares que nosotros revisamos se encuentra escondido Deneux.

—En esas salas en concreto o quizá, más bien, en las alas de esas plantas, así es. El *walkie-talkie* de Chavier volvió a pitar.

—Planta segunda recuperada. Ocho objetivos capturados. Museo bajo control.

—¡Por fin! —exclamó ahogadamente el comisario.

—¿Ya podemos entrar? —preguntó nervioso Sanoir.

—Todavía no. Tenemos que esperar a que mis hombres lleven a todos los guardias de seguridad hasta alguna sala del *hall* Napoleón —contestó Chavier mirando hacia la entrada.

Milanelli esperó educadamente a que ambos terminarían de hablar para continuar con la profesora Margaux una conversación que, en su opinión, les iba a ser mucho más útil para encontrar a Deneux que lo que aquellos policías estuviesen haciendo en ese momento en el interior del Louvre.

—Según estaba diciendo, profesora, ¿cree entonces que en una de las alas en las que estuvimos al principio de la noche podría encontrarse Deneux?

—Sí, creo que sí —respondió.

—De resultar cierto, sería increíblemente retorcido descubrir que el hijo del presidente haya estado en todo momento aquí dentro.

Chavier prefirió no pensar en esa posibilidad.

—Lo importante para mí es encontrarle con vida, profesor —dijo algo ofendido.

—Por supuesto, señor —se excusó Milanelli—. Pero no me negará que sería increíble descubrir que durante toda la noche haya estado en el Louvre mientras nosotros entrábamos y salimos de él.

—¿Honestamente? Para mí no sería increíble. De hecho, sería un problema muy grande por el que tendría que responder ante mis superiores.

—Pero habría un final feliz, comisario.

Chavier le miró con gesto complaciente.

—No sabe cómo funciona esto, profesor. Si encontramos a Deneux con vida y resulta que ha estado aquí todo este tiempo, automáticamente lo que importará será el hecho de por qué no fuimos capaces de darnos cuenta de eso antes. Lo demás no será importante.

—El comisario tiene razón —añadió Sanoir—. Si eso es así creo que tanto él como yo podemos ir despidiéndonos de nuestros trabajos.

—¿Y si ocurriera algo peor?

—¿Si apareciese muerto? —preguntó Chavrier.

—Sí, muerto o si no apareciese.

—Para ser sincero, la opción de no encontrarle nunca se me ha pasado por la cabeza, de modo que solo puedo contestarle a la primera.

Chavrier se detuvo un instante y respiró profundamente.

—Y si apareciese muerto, profesor, el problema sería el mismo aunque con un final mucho más desgraciado, por supuesto.

Capítulo 90

Todas luces del museo se encendieron simultáneamente. El mismo policía que había esperado minutos antes la señal del comisario para comenzar el asalto, salió en ese momento por la puerta de la entrada principal y se dirigió rápidamente hasta donde ellos se encontraban.

—Todo el museo está controlado, señor.

—¿Y los guardias de seguridad?

—Abajo, en el *hall* Napoleón, retenidos hasta que tengamos nuevas órdenes tuyas.

—Muy bien, manténgalos ahí de momento.

—¿Quiere que mis hombres comiencen la búsqueda?

Chavier tardó un poco en responder esa pregunta. Durante unos instantes, recordó lo que había estado hablando con los profesores acerca de en qué sitios concretos del museo podría estar escondido Deneux. Finalmente, consideró que sería mejor que ellos mismos se dirigieran a esos lugares.

—Sí, sí, perfecto —contestó—. Quiero que revisen cada rincón de este edificio. No abandonen ninguna planta sin asegurarse completamente de que no hay nadie más ahí dentro.

—Ahora mismo, señor.

El hombre corrió de nuevo hacia la entrada mientras se le escuchaba dar órdenes a sus hombres.

—¿Ellos van a buscar a Deneux? —preguntó Sanoir dudando de que aquella fuera una buena idea.

—No —respondió taxativamente—. Tienen órdenes de asegurarse de que no hay nadie más en el museo y en caso de encontrar a alguien avisarme inmediatamente.

Sanoir pareció satisfecho con la respuesta.

—¿Entonces no saben que es el hijo del presidente a quien estamos buscando?

—Por supuesto que no.

Tras responder a Sanoir, el comisario echó un rápido vistazo a la plaza. Todo seguía en calma. Cada una de las entradas del museo estaba ahora vigilada por uno de los policías que había participado en el asalto.

«Perfecto».

—Antes creí entenderle que entraríamos al museo —comentó Milanelli.

—Y así es, profesor —respondió comenzando a caminar hacia la puerta—. Solo quería asegurarme por última vez de que todo estaba bien aquí fuera.

Al entrar, el aspecto que se encontraron no fue diferente al del resto de veces que habían ido allí aquella noche. Tan solo se notaba la ausencia de los dos guardias de seguridad que no estaban sentados en el puesto de control y el hecho de que las luces del museo estuviesen encendidas, lo cual permitía ver con mayor claridad todo lo que tenían a su alrededor.

—Bien profesores, espero que les quede claro que en la pirámide no está Deneux escondido —dijo irónicamente Sanoir.

—Ya lo veo, señor —respondió Milanelli—. Aunque le recuerdo que los números que encontramos en aquellos tres cadáveres no decían que estuviese aquí escondido sino que se limitaban a señalar este punto concreto.

Sanoir miró sorprendido al profesor.

—Pero eso es lo mismo que he dicho yo.

—No, para nada. Son dos cosas completamente diferentes, se lo aseguro.

Chavier comenzó a bajar una vez más la escalera de caracol que daba acceso al *hall* Napoleón.

—¿Podríamos retomar la conversación que estábamos teniendo antes, profesora?

—¿Cuál, comisario?

—La conversación en la que planteaba en qué salas podría estar escondido Deneux.

—Sí, señor, por supuesto. Lo que yo proponía era que consideráramos la posibilidad de que los secuestradores de Deneux hubieran activado la alarma de la sala 77 para alejarnos de un sitio concreto y no tanto para guiarnos hasta el cuadro que debíamos descubrir.

Cuando terminó de bajar las escaleras, Chavier se dio la vuelta esperándoles.

—Muchas gracias, profesora. Verán, le pregunto esto porque como me habrán escuchado decir antes, todos estos policías que están aquí dentro ahora mismo van a revisar, palmo a palmo, cada centímetro de este museo. Está claro que nosotros solos no podríamos hacerlo, y de hecho, esa es la razón principal por la que ellos han venido a ayudarnos. Como nosotros únicamente podremos dirigirnos a puntos muy concretos del museo me gustaría que redujésemos al máximo los posibles lugares en los que piensan que podría estar Deneux.

—En ese caso ya tiene varios —dijo Milanelli.

—Lo sé, profesor, y vamos a empezar por el ala Denon en la primera planta donde Campbell y yo estuvimos, de modo que síganme y estén bien atentos a todo lo que vean a su alrededor. Si Deneux está aquí debemos encontrarle cuanto antes.

Sin esperar a que ninguno de ellos pudiese opinar, Chavier comenzó a caminar a ritmo rápido hasta las escaleras que debían llevarles a la primera planta. Detrás de él Margaux y Campbell le seguían pensativos.

—Esto que estamos haciendo es una auténtica tontería —dijo Milanelli en voz baja al ver sus caras.

Margaux le miró y sonrió. Una vez más le gustó el modo tan particular que tenía de enfrentarse a los problemas.

—Los números son muy claros —insistió.

Campbell tampoco estaba del todo de acuerdo con lo que estaban haciendo pero la conversación que habían tenido en el exterior del museo unos minutos antes le había convencido de que, tal vez, como decía el comisario, los secuestradores

hubiesen elegido dejar en sus víctimas las coordenadas exactas de la pirámide del Louvre únicamente por ser el lugar más simbólico del museo.

—¿Qué propone que hagamos, profesor?

—Tampoco sabría decírselo —reconoció Milanelli—. Pero algo me dice que no estamos haciendo las cosas correctamente.

—Bueno —añadió Margaux— si nos estamos equivocando los secuestradores se ocuparán de señalarnos el camino hacia Deneux ¿no es así?

Campbell y Milanelli se quedaron en silencio.

—Quiero decir que al igual que ha ocurrido el resto de la noche, cada vez que hemos entrado aquí, los secuestradores siempre han hecho algo que nos ha servido para descubrir lo que querían que encontráramos. ¿O no recuerdan lo que ocurrió en la sala 14?

—Sí, lo sé, pero...

—Bien, profesores, ya hemos llegado —dijo Chavrier al entrar en la sala 77.

—¿Qué estamos haciendo aquí, comisario?

—Ya se lo dije antes, profesora —le respondió sorprendido por su pregunta—. Pasaremos por cada uno de los sitios en los que estuvimos al principio de la noche cuando nos separamos en tres grupos para comprobar si su teoría es cierta.

—No es una teoría, señor. Es solo una opinión, una modesta opinión. Y desde luego este es uno de los lugares en los que es imposible que encontremos a Deneux.

Mientras escuchaba a Margaux rebatir al comisario, Campbell no pudo evitar buscar con la mirada el cuadro por el que había comenzado toda aquella historia, *La Libertad guiando al pueblo*.

—¿Y por qué dice eso? —preguntó molesto Chavrier.

—Porque a esta sala nos trajeron los secuestradores, comisario. En esta sala y en aquella de allí —dijo señalando con su mano derecha hacia la sala 75— es imposible que encontremos a Deneux.

—Además, no hay dónde esconderle. Mire a su alrededor —añadió Milanelli.

Chavrier se frotó los ojos con las manos intentando vencer al cansancio.

—Pero permítanme ver si lo entiendo, profesores. Si consideramos que Deneux ha estado escondido en este museo durante toda la noche y que por eso no le hemos visto cuando hemos estado aquí ¿no podría ser que los secuestradores una vez que ha terminado todo le hayan sacado del lugar donde estaba escondido para que lo podamos encontrar?

Los profesores se quedaron sin respuesta. Aquel era posiblemente el razonamiento más complicado que le habían escuchado en toda la noche. Y lo mejor de todo era que tenía razón totalmente.

—Reconozco que estoy de acuerdo con usted —dijo Campbell.

—Yo también —añadió a regañadientes Margaux—. De hecho, hasta que acaba de decirnos usted esto tenía casi seguro que debíamos descartar precisamente las tres salas a las que los secuestradores nos habían dirigido.

—¿Eso por qué, profesora? —preguntó Sanoir.

—Bueno, señor, creo que hasta ahora mismo que acabo de escuchar al comisario me parecía un razonamiento bastante lógico. Si Deneux está escondido en algún lugar de este museo y los secuestradores hicieron saltar la alarma porque nos estábamos acercando demasiado a él, resultaría lógico pensar que ellos mismos no nos iban a llevar a ese sitio en particular. De modo que de todo el museo las tres salas elegidas por ellos para mostrarnos esos cuadros concretos serían las primeras que yo habría descartado. Esta una de ellas.

—Pero ahora parece que no es así ¿verdad?

—No, claro que no —reconoció en voz baja.

Campbell continuó dándole vueltas unos segundos más a lo que había dicho Chavrier antes de explicarles lo que pensaba.

—La profesora tiene razón. No es solo que sea una opción interesante la que ha propuesto el comisario, sino que me atrevería a decir que es algo tan evidente que no se cómo no se nos ha ocurrido antes.

—Ustedes no lo saben todo —replicó Chavrier molesto.

—No, señor, por supuesto que no. No me malinterprete. En ningún caso he querido decir eso. A lo que yo me refiero es que es tan lógico que no sé cómo no se nos pudo ocurrir a cualquiera de nosotros mucho antes de entrar en el museo.

—¿Por qué le parece tan lógico, profesor? —preguntó Sanoir.

—Verá, señor, lo que acaba de decirnos el comisario sería un modo de actuar por parte de los secuestradores que iría totalmente en concordancia con lo que hemos visto esta noche.

—¿Y eso por qué? —preguntó Milanelli escéptico.

—Bueno, creo que es evidente —respondió Campbell sorprendido de que fuese él quien le hiciera esa pregunta—. A lo largo de toda la noche los secuestradores han ido dejando los cadáveres en los diferentes lugares de París mientras nosotros estábamos aquí buscando algún cuadro.

—Sí, es así ¿pero qué tiene que ver eso con Deneux? —insistió.

—Sencillamente creo que de manera similar a lo que han hecho con los cuerpos de esas personas, ahora han podido hacer lo contrario y han podido sacar a Deneux del lugar donde lo tuvieran escondido para que lo encontráramos.

El profesor Milanelli hizo varios gestos de negación con la cabeza. En su opinión aquel era un razonamiento demasiado sencillo para ser obra de los secuestradores.

—Reconozco que lo que propone el comisario y que ahora está apoyando el profesor Campbell es algo que, aparentemente, puede parecer probable pero dudo mucho que se vayan a comportar con Deneux de la misma manera que han hecho con las cuatro personas que hemos encontrado asesinadas esta noche.

—En cualquier caso, profesor, salvo que tenga una idea mejor debemos considerarla como la mejor opción para encontrarle —dijo Chavrier.

Milanelli se encogió de hombros. En ese momento no podía proponer ninguna

otra cosa por lo que tampoco podía negarse a buscarle de esa manera por mucho que él la considerara equivocada.

El *walkie-talkie* de Chavier pitó de nuevo.

—¿Comisario?

—Sí, dígame.

—Ya hemos terminado de revisar la planta segunda. Aquí no hay nada, señor. La hemos revisado completamente y no hemos encontrado nada.

Chavier cerró los ojos por un instante. No sabía si aquella era una buena o una mala noticia.

—Está bien. ¿Han buscado en todos los lugares posibles?

—En todos, señor. Tengo un equipo de cinco hombres revisando, palmo a palmo, todos los accesos del museo, las salidas de emergencia, los aseos, todo. Y otro grupo de otros cinco hombres está revisando a fondo las tripas de este edificio. De momento no hemos encontrado nada.

—¿Dónde continuarán la búsqueda ahora?

—Estamos de camino a la primera planta. Revisaremos una por una hasta acabar en el *hall* Napoleón.

—Está bien —respondió resignado—. No olvide avisarme inmediatamente si encuentran algo.

—Sí, señor.

Chavier guardó su *walkie-talkie* y a continuación buscó con la mirada a los profesores.

—Creo que es hora de que nos movamos. Hay treinta hombres fuertemente armados viniendo hacia nosotros en este momento.

Capítulo 91

Campbell observaba desde la distancia cómo aquellos policías a los que se había referido Chavrier acababan de llegar a la primera planta. Allí uno de ellos, seguramente el jefe, el mismo que hablaba con el comisario por el *walkie-talkie*, levantó su mano derecha y la movió de una manera un tanto extraña pero que sirvió para que aquellos treinta hombres se dividieran rápidamente en tres grupos de diez. Cada uno de ellos se dirigió hacia un ala del museo. El comportamiento del grupo de policías que entró en el ala Denon en la que ellos se encontraban, dejó fascinado tanto a Campbell como a los otros dos profesores. Al entrar en la sala 76, automáticamente se separaron en dos grupos de cinco. Uno de ellos revisó la sala 75, en la que ellos habían estado aquella noche revisando el cuadro de *La consagración de Napoleón*, y el otro entró en la sala 77. Al entrar en cada una de ellas, los policías se distribuyeron uniformemente a lo largo de toda la sala y revisaron rápidamente cada uno de sus rincones. Al comprobar que no había nada se replegaron con un movimiento absolutamente coordinado más propio de una máquina que de un grupo de personas. De nuevo juntos, los diez policías continuaron avanzando por las diferentes salas mientras en silencio los profesores les observaban asombrados.

—¿Les ha gustado? —preguntó Chavrier orgulloso.

—Increíble, comisario —reconoció Campbell.

—Ellos se ocuparán de descubrir si hay alguien más a parte de nosotros aquí dentro.

—Desde luego viéndoles trabajar no me queda ninguna duda de que cuando terminen de revisar el museo podremos estar completamente seguros de que Deneux no está en él —añadió Milanelli.

Sanoir se sorprendió.

—Más bien esperemos que sí esté en él ¿no le parece?

—Sí, sí, por supuesto —respondió viendo que no había entendido la intención de su comentario.

—Lo que me queda claro, comisario, después de ver a sus hombres —dijo Margaux— es que nuestra tarea de revisar ciertas partes específicas del museo, como usted dijo antes, es poco menos que innecesaria ya que no vamos a poder hacerlo mejor de lo que lo hacen esas personas.

Chavrier sabía que ante la demostración de fuerza que acababan de presenciar el razonamiento de la profesora era bastante lógico.

—Parece que esta planta ya no es necesario que la revisemos.

—Ni la segunda en la que estuvimos la profesora y yo —añadió Bingleau.

—En ese caso, el único sitio que nos quedaría por revisar serían las salas de esculturas donde estuvimos nosotros ¿no es así? —preguntó Sanoir.

Margaux dudó que aquello fuese una buena idea. Al ritmo al que había visto moverse a aquellos policías era cuestión de minutos que llegaran hasta donde

proponía Sanoir. Incluso dudaba quién podría llegar antes.

—¿Dónde era eso? —preguntó el comisario.

—Planta baja, señor —respondió Margaux rápidamente.

—Bien, entonces me parece una buena idea.

A la profesora desde luego no le parecía lo mismo. Pensaba que tenían mejores maneras de utilizar su tiempo que acudir a una planta en la que un batallón de treinta policías armados iba a irrumpir en cuestión de minutos.

—En mi opinión, quizá debamos hacer otras cosas, comisario.

Chavrier se sorprendió de que ahora fuese ella quien hubiese cambiado de idea y ya no quisiese revisar los puntos en los que ellos habían estado.

—¿Y ese cambio de planes, profesora?

—No es que haya cambiado de opinión —respondió entendiendo su sorpresa— pero estoy segura de que sus hombres revisarán la planta baja mejor que nosotros. Exactamente igual que esta.

El comisario no pudo rebatir ese argumento. Estaba totalmente de acuerdo.

—¿Entonces qué propone usted? —preguntó.

Margaux le miró en silencio y a continuación se acercó a Milanelli.

—¿Tiene el plano de este museo por ahí todavía, profesor?

—Sí, aquí mismo —respondió sacándolo del bolsillo de su chaqueta.

A esas alturas de la noche, el plano que horas antes había recogido en la entrada, estaba repleto de números, tachones y pruebas que él mismo había hecho intentando descifrar el significado de los números que habían encontrado. Al verlo, Margaux no pudo disimular su sorpresa.

—Veo que lo ha sabido aprovechar bien —le dijo sonriendo.

Milanelli se ruborizó sin saber qué contestar.

—¿Qué idea tiene en mente, profesora? —preguntó Chavrier.

—Verá, comisario ¿recuerda que cuando entramos en la basílica del Sagrado Corazón le dije que había algo que no me acababa de convencer y que creía que estábamos equivocándonos yendo a la cripta?

—Sí, lo recuerdo.

—Pues una sensación similar tengo ahora mismo.

—¡Yo también! —exclamó Milanelli sintiendo un gran desahogo.

En ese momento, el *walkie-talkie* pitó brevemente.

—Planta primera revisada. Todo vacío.

A diferencia de lo que había ocurrido antes, el comisario Chavrier mantuvo en su mano el *walkie-talkie* sin responder.

—Nos dirigimos a la planta baja, señor.

La comunicación se cortó.

Durante unos segundos todos permanecieron en silencio. Las esperanzas de que Deneux estuviese allí parecían desvanecerse a medida que aquellos policías revisaban las diferentes plantas del museo.

—Solo quedan dos —dijo Sanoir rompiendo el silencio.

Chavrier no contestó nada. Simplemente miró al suelo fijamente.

—Tiene razón, señor —opinó Margaux—. Y tal vez por eso la idea que iba a decirles puede que ahora tenga más lógica aún.

El comisario se fijó rápidamente en ella. Una idea de los profesores siempre era interesante.

—¿Y cuál es, profesora?

—Las coordenadas que descifró Milanelli —respondió mirando al mapa que tenía en su mano— señalaban, según nos dijo Eugene, la pirámide del Louvre ¿verdad?

—Sí, efectivamente.

—Pero allí... —comenzó Sanoir.

—Déjeme explicarme, por favor —dijo Margaux interrumpiéndole.

La profesora abrió el plano justo en la hoja en la que se mostraba el *hall* Napoleón.

—Bien —continuó—. Esta es la planta que está justo debajo de la pirámide, donde aparentemente no hay nada. Pero si se fijan, en los alrededores del *hall* sí que hay varias salas que podrían ser interesantes —dijo señalando el mapa.

—¿Como por ejemplo? —preguntó Sanoir.

Margaux buscó entre todos los sitios que aparecían marcados los que, en principio, pudieran parecer más interesantes.

—Aquí están la tienda de suvenires, la cafetería, la librería...

—En teoría en alguna de esas salas es donde permanecen retenidos los guardias de seguridad —dijo Chavrier.

—Un lugar menos para revisar —añadió Campbell.

El comisario hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—¿Hay una parada de metro? —preguntó sorprendido Milanelli.

—Sí, profesor. *Musèe du Louvre* —contestó Chavrier.

—¿Le parece importante? —preguntó Sanoir.

Milanelli se quedó pensativo mirando fijamente al plano durante unos segundos.

—Creo que sería una posibilidad si finalmente no encontramos nada en el museo, sí.

—¿Quieres que bajemos hasta allí a revisar esas salas? —le preguntó Campbell.

—En mi opinión es una buena idea, sí. Están justo debajo de la pirámide, tal como señalan las coordenadas, y en toda la noche no hemos ido allí en ningún momento, de modo que perfectamente puede que Deneux haya estado en alguna de ellas escondido todo este tiempo.

Los ojos de Chavrier parecieron iluminarse al escuchar las palabras de la profesora. Efectivamente, aquel parecía un lugar interesante.

—Pues no esperemos ni un segundo más, profesores —dijo comenzando a caminar hacia las escaleras.

Mientras se dirigían hacia la planta baja del museo todos mantenían un tenso

silencio. A ninguno se le escapaba la idea de que las probabilidades de encontrar a Deneux se reducían poco a poco. Sobre todo cada vez que el comisario recibía la confirmación de que una de las plantas había sido completamente revisada.

Al pasar por la planta baja, Campbell observó una vez más cómo los policías entraban y salían de cada sala como una máquina perfectamente calibrada.

«Increíble».

Cuando llegaron al *hall* Napoleón, el corazón de Chavrier comenzó a latir con fuerza. Ya habían estado en ese mismo punto en varias ocasiones aquella noche, pero en ningún momento se habían planteado la posibilidad de que alguna de aquellas zonas comunes pudiese ser el lugar elegido por los secuestradores para esconder a Deneux. Quizá era tan evidente que al final resultaba ser el mejor sitio para mantenerlo secuestrado.

—Planta baja revisada. Todo vacío. Bajamos al entresuelo.

Aquel mensaje no ayudó a que su corazón se tranquilizará. Cada vez quedaban menos lugares para poder encontrarle y estaban justo en uno de ellos.

—No tenemos mucho tiempo, profesores.

Margaux echó un rápido vistazo a su alrededor.

—Creo que lo más rápido sería que de nuevo nos separásemos, comisario. No veo que haya ningún peligro y así podríamos revisar estas salas lo antes posible.

—La profesora tiene razón, señor —opinó Sanoir.

Chavrier sabía que no podían perder ni un minuto.

—Está bien. Formaremos los mismos grupos que hemos hecho otras veces esta noche y usted Paccaud irá con Bingleau y la profesora.

—Si le parece —dijo Milanelli—, a mí me gustaría que nosotros revisáramos el acceso a esa estación de metro de la que hablamos antes.

El comisario miró a Sanoir que le hizo un claro gesto de parecerle una buena idea.

—Perfecto, profesor. Vayan y avísenme si encuentran algo que les parezca interesante.

Ambos salieron rápidamente hacia el lugar que habían elegido. Campbell y Margaux se miraron de manera instintiva. Era la tercera vez aquella noche que se iban a separar desde que se conocieron en el Palacio del Elíseo y la segunda que iban a hacerlo en el Louvre.

—Ya queda poco para que todo esto termine —le dijo en voz baja.

Margaux le miró y forzó una sonrisa. Ella no estaba tan segura de que eso fuese cierto.

—¿Profesor? —dijo Chavrier intentando atraer su atención.

Campbell le miró y seguidamente buscó cuáles eran en su opinión los lugares más interesantes para revisar. Si como había dicho ella, Deneux estaba escondido allí abajo, lo normal sería que estuviera en una de las salas que se encontraban justo debajo de la pirámide.

«En cualquier otro caso las coordenadas no tendrían sentido».

A continuación, volvió a mirar a Margaux. Los inspectores Bingleau y Paccaud la acompañarían, de modo que sintió que era ella quien merecía encontrar a Deneux puesto que todo aquello había sido idea suya.

—Creo que ellos deberían revisar estas salas que están justo debajo de la pirámide y mientras tanto nosotros podemos revisar las que se encuentran a ambos lados de ese pasillo que lleva hasta la pirámide invertida —dijo señalándola.

—Por mí no hay ningún problema —respondió Chavrier.

Los inspectores y Margaux también se mostraron de acuerdo.

—Muy bien. Ya saben lo que tienen que hacer si encuentran algo.

Cada uno de los dos grupos se dirigió a sus respectivos destinos. Campbell y el comisario comenzaron a caminar por aquel pasillo. Nada más empezar se encontraron la librería y la tienda de suvenires. A pesar de que todo el museo estaba completamente iluminado, la distribución de aquellas salas hacía que muchas partes no se pudiesen ver bien desde el exterior.

—Usted dirá, profesor —dijo Chavrier mirando a ambas salas.

Durante unos segundos, Campbell las observó detenidamente y también se fijó en el resto que había en el pasillo.

—Demasiado evidente —dijo en voz baja.

—¿Perdón?

—Creo que el hecho de que Deneux pueda estar en alguna de estas salas es algo muy improbable.

—Pero la profesora Margaux ha dicho...

—Sí, sé lo que ha dicho —le interrumpió—. Y por eso he preferido que fuera ella quien revisase las salas comunes que están justo debajo de la pirámide. En mi opinión, si Deneux se encuentra en esta planta será en una de esas salas y no aquí.

—Entonces no cree que en estas vayamos a encontrarle.

Campbell le miró fijamente.

—Usted está viendo lo mismo que yo, comisario. Francamente no creo que Deneux haya podido permanecer secuestrado todas estas horas en un sitio como este —dijo señalando la tienda de suvenires.

Chavrier pensaba lo mismo aunque prefería no reconocerlo abiertamente.

—¿Diría que alguna de esas dos salas es la que usted vio en la grabación que les enviaron esta tarde? —le preguntó Campbell.

El comisario dudó unos instantes.

—No lo sé, profesor. Eso es algo realmente difícil de decir. Como ya les explicamos desde un principio, las imágenes eran muy oscuras, de modo que podría ser cualquier lugar.

Sin decir nada, el profesor entró en la librería del museo y dedicó un par de minutos a revisarla por completo. El comisario le observaba desde la puerta.

—Nada, ¿verdad?

Campbell negó con la cabeza y cruzó el pasillo hasta llegar a la tienda de

suvenires. De manera muy similar, la recorrió revisando cuidadosamente cada uno de sus rincones. Al no encontrar nada volvió a la puerta donde le esperaba Chavrier.

—Me temo que esto no nos va a llevar a ninguna parte —dijo cabizbajo.

En ese momento, ambos vieron a Margaux y a los inspectores acercarse corriendo hacia ellos.

—¿Han encontrado algo? —preguntó Chavrier antes de que llegaran.

—Nada en absoluto —contestó Paccaud.

—Solamente había cuatro salas y una de ellas estaba ocupada por los guardias de seguridad, de modo que no tuvimos mucho que revisar realmente —añadió Bingleau.

Margaux buscó la mirada de Campbell. No necesitaban hablar para saber que ambos pensaban exactamente lo mismo. De todos los problemas a los que se habían enfrentado indudablemente aquel era el más importante de todos. Tenían en su mano encontrar a Deneux de una vez por todas aunque, quizá precisamente por eso, les estaba resultando el más difícil de resolver.

Una vez más, la voz de aquel policía se escuchó a través del *walkie-talkie* del comisario.

—Entresuelo revisado. Todo vacío. Solicito órdenes, señor.

Chavrier cerró los ojos al escuchar aquellas palabras. El momento que deseaba evitar había llegado.

—¿Están los dos grupos de policías que revisaban otras partes del museo con usted?

—Sí, señor. Nos dirigimos al *hall* Napoleón ahora mismo.

Chavrier miró a los profesores. Necesitaba que le ayudaran a decidir qué debían hacer a continuación ya que las posibilidades de encontrar a Deneux en el Louvre se habían agotado casi por completo.

En ese momento, los policías irrumpieron en el *hall*. El jefe se dirigió rápidamente hasta donde se encontraban ellos. Chavrier apagó su *walkie-talkie*. Ya no le iba a hacer falta.

—Señor, este edificio está vacío. Aquí no hay nadie más excepto ustedes y mi equipo.

El comisario tardó unos instantes en responder. Estaba claro que sus ideas, al igual que las opciones de encontrar a Deneux, se habían agotado.

—Nosotros estábamos mirando en estas salas...

—No es necesario que se molesten —le interrumpió—. Nosotros revisamos completamente esta planta antes de dejar a los guardias de seguridad en una de ellas.

Chavrier se llevó la mano derecha a la nuca y estiró varias veces el cuello en un signo claro de cansancio. Ya no tenían nada que hacer en el Louvre.

—Si aquí no hay nada —dijo Campbell evitando nombrar a Deneux delante de aquel policía— quizá debería liberar a los guardias.

El comisario sabía que el profesor tenía razón. Desde un primer momento había considerado que los guardias de seguridad formaban parte de aquel secuestro y por

eso había ordenado retenerlos. Sin embargo, ahora todo parecía indicar que eran inocentes y por tanto les debía una disculpa.

—Esos números... —dijo en voz baja.

Campbell entendió lo que estaba pensando.

—Sé que esos números nos indican este lugar, comisario, pero ya ha visto que aquí no hay nada.

—El profesor tiene razón, señor, esos guardias no sabían nada —añadió Margaux.

Chavier se pasó una vez más la mano por el rostro. Por momentos pensaba que aquello iba a poder con él. Se habían pasado toda la noche de un lado a otro de París buscando lo que los secuestradores querían y cuando pensaba que todo había terminado con aquellos números, no estaban siendo capaces de encontrar a Deneux.

—Debemos avisar a Sanoir y al profesor Milanelli ¿no cree, señor? —preguntó Paccaud.

El comisario levantó la vista rápidamente. Se había olvidado de ellos por completo.

—¡La estación de metro! —exclamó.

Campbell le miró sorprendido.

—Allí se suponen que están, sí.

—No, no me refiero a eso, profesor, sino a que esa estación puede ser un lugar interesante ¿no les parece?

Los profesores mostraron indiferencia. Aquella parecía una opción desesperada.

—Creo que es un buen sitio por el que entrar y salir del museo sin ser vistos —insistió.

—Y posiblemente sea de las zonas con menor vigilancia —añadió Paccaud.

—O por lo menos una de las zonas menos interesantes para tener vigilada —afirmó Campbell empezando a entender al comisario.

—¿Quiere que vayamos nosotros, señor? —preguntó rápidamente el policía.

Chavier no dudó un minuto. Una nueva posibilidad de encontrar a Deneux había aparecido justo delante de ellos y tenían que aprovecharla.

—¡Sí, sí, y háganlo enseguida! —exclamó.

Siguiendo la orden que acababa de darle el comisario, aquel policía levantó su brazo derecho. De manera instantánea, los cuarenta policías que esperaban a escasos metros comenzaron a correr hacia donde estaban ellos. Margaux sintió que les iba a arrollar una marabunta. Sin pensárselo, los cinco se pegaron a la pared para dejarles paso. Mientras veía cómo se alejaban, Campbell sintió que aquella era la última oportunidad que tenían de encontrar a Deneux.

—Creo que deberíamos seguirles —propuso Margaux.

Sin contestar, Chavier comenzó a correr detrás de ellos. Le hubiera gustado poder avisar a Sanoir de lo que iban a encontrarse en unos segundos pero ya no había tiempo. De repente, escucharon varios golpes fuertes.

Al llegar a la pirámide invertida giraron a la derecha. Al fondo, el profesor

Milanelli todavía tenía reflejado en su rostro el susto que acababa de recibir.

—¿Se encuentra bien, profesor? —preguntó Chavrier.

—Sí, sí, no se preocupe, comisario.

—La imagen de todos esos policías corriendo hacia nosotros no ha sido algo agradable —comentó Sanoir.

—Ha sido culpa mía. Debí avisarles con tiempo —se disculpó Chavrier.

—¿Qué ha sido ese ruido? —preguntó Campbell.

—La puerta de acceso a la estación, profesor —contestó Milanelli.

—¿No habían podido entrar todavía? —preguntó el comisario.

—No, señor. Esa puerta —dijo Sanoir señalándola— estaba cerrada. Aunque ahora me temo que ya no volverá a cerrarse nunca más.

En efecto, aquellos policías no se habían preocupado en buscar un modo cuidadoso de abrirla y prácticamente la habían arrancado.

—Supongo que esto significa que no han encontrado a Deneux en el museo ¿verdad? —preguntó Milanelli.

—Me temo que no, profesor —reconoció Chavrier.

—¿Y en las salas del *hall* Napoleón?

—Tampoco. Nada.

—Además, ya lo habían revisado los policías antes de dejar a los guardias de seguridad —añadió Bingleau.

—En ese caso, esos guardias...

Chavrier no dejó terminar a Milanelli. Sabía que iba a decirle lo mismo que le había dicho Campbell poco antes.

—Reconozco que me he equivocado pensando que estarían involucrados en todo esto, pero esas coordenadas eran muy claras.

—Todo parecía indicar que Deneux estaría aquí comisario, de modo que no tiene por qué disculparse —dijo Margaux.

A Sanoir le hubiera gustado decir en ese momento lo que llevaba pensando desde el mismo instante en que Eugene les había informado de que aquellas coordenadas correspondían al Louvre. Sin embargo, por primera vez en toda la noche, prefirió mantenerse en silencio.

—Entonces esta es nuestra última opción —dijo Milanelli.

Chavrier no contestó. Prefería pensar que todavía podían encontrar a Deneux aunque no fuese en el Louvre.

—Creo que deberíamos seguirles —propuso Campbell.

El comisario comenzó a caminar hacia la estación. Poco a poco fue aumentando el ritmo hasta empezar a correr.

Al llegar, los policías del equipo de asalto la tenían completamente tomada. A lo lejos, algunos corrían por los pasillos buscando en los rincones más escondidos.

—¿Por qué se interesó por este lugar, profesor? —preguntó con curiosidad Chavrier para comprobar si ambos compartían la misma idea.

—No podría decírselo exactamente, comisario. Fue algo instintivo. Lo vi en el plano del museo y pensé que debíamos venir aquí.

—¿Pero este lugar está alejado de la pirámide?

—Bastante alejado, lo sé. Como le digo, no sabría darle una razón en concreto.

De nuevo, el jefe de los policías se acercó corriendo hasta ellos.

—Aquí tampoco hay nadie, señor. Lo siento.

Chavrier tenía claro que las posibilidades de encontrar a Deneux allí abajo eran mucho menores que en el resto del museo, de modo que no se extrañó en exceso. Por supuesto, hubiese preferido que las noticias hubiesen sido otras.

—Gracias. Le avisaré enseguida de lo que quiero que hagan.

—Sí, señor.

El policía se alejó rápidamente.

—Se acabó, profesores.

Margaux sintió que la contundencia utilizada por el comisario atravesaba su corazón como un afilado cuchillo. Se negaba a creer que no pudiesen encontrar a Deneux. No después de todo lo que habían hecho aquella noche.

—No puede ser, comisario. Tenemos toda la información necesaria.

—Pero ya lo ve, profesora. Aquí no está Deneux.

Campbell sabía que aquello era un hecho incuestionable.

—Estoy de acuerdo con ella. Hay algo en todo esto que se nos está escapando.

Chavrier miró al profesor esperanzado.

—Si es así, descúbralo cuanto antes, por favor. Nuestro tiempo se está acabando.

Sanoir se mostró enfurecido.

—¿Por qué demonios no nos señalan nada ahora?

—¿Cómo dice, señor? —preguntó Campbell.

—Los secuestradores, profesor.

Margaux le miró también con cara de no estar entendiendo a lo que se refería.

—La primera vez que estuvimos aquí hicieron saltar la alarma de la sala 77 —dijo explicándose—. No me importa si fue para alejarnos de donde Deneux estaba escondido o para que descubriéramos el cuadro que ellos querían que viéramos. La segunda vez, estábamos en la biblioteca de la Asamblea Nacional sin saber por dónde debíamos continuar y el inspector Paccaud nos llamó para decirnos que había encontrado aquel vídeo. Y la tercera vez que estuvimos aquí, utilizaron el truco de la temperatura para llevarnos hasta la sala 14. Siempre nos han dado información cada vez que estábamos perdidos. ¿Por qué esta vez es diferente?

—Quizá porque ya tenemos toda la que necesitamos pero no estamos utilizándola adecuadamente —opinó Margaux.

De repente, Milanelli sintió cómo todo lo que habían estado haciendo aquella noche encajaba a la perfección.

—¡Eso es! —exclamó llevándose ambas manos a la cabeza—. ¡Si lo teníamos delante!

Todos le miraron sorprendidos.

—¿Qué ha pasado, profesor? ¿Qué es lo que teníamos delante? —preguntó Chavrier.

—La información, comisario. ¡La información que necesitábamos para encontrar a Deneux!

—Pero...

—¿Cómo no me habré dado cuenta antes! ¡Era evidente! —exclamó de nuevo sin salir de su asombro.

—¿Sabe dónde está Deneux? —preguntó Campbell.

—Sí, profesor. Estoy completamente seguro de saberlo. Y por supuesto que está justo donde decían las coordenadas. ¡Siempre ha estado ahí!

Capítulo 92

Eugene miraba enfadada la pequeña ventana emergente que ocupaba la parte central de la pantalla de su ordenador. *Ningún resultado encontrado.*

—¡Mierda!

Pocas cosas podían enfadarla, pero no conseguir lo que quería en su trabajo era quizá la mayor de todas ellas. La búsqueda de la identidad del hombre que salía en la grabación de Paccaud no había dado resultados.

—Este tío no es francés. Ni le tenemos fichado. Ni le tiene fichado la Interpol —dijo en voz baja—. ¿De dónde ha salido?

Por desgracia, la búsqueda de la mujer que había visto en la segunda grabación tampoco estaba yendo demasiado bien. De momento, había conseguido descubrir que era la misma persona que aparecía en el primer vídeo por lo que la manipulación de ambos cuadros parecía ser cosa de dos personas únicamente. Ya tenía, de ambas, sus rostros en la pantalla de su ordenador pero no conseguía ponerles nombre.

La búsqueda en la base de datos criminal no había dado ningún resultado y la búsqueda en la base de datos de la Interpol estaba casi acabando, por lo que no tenía ninguna esperanza real de que estuviera fichada en ningún otro país.

Por un momento, pensó en llamar al comisario aunque fuese para comunicarle malas noticias.

«Con lo bien que había quedado antes», pensó hastiada.

Una vez más, el mismo mensaje volvió a aparecer en la pantalla. *Ningún resultado encontrado.*

Efectivamente, esa mujer tampoco estaba fichada por la Interpol. Resignada, cargó la base de datos civil e inició la búsqueda. A continuación, amplió las imágenes de esas dos personas y se quedó unos segundos observándolas.

«¿Quiénes sois? ¿De dónde habéis salido?».

Capítulo 93

El comisario Chavrier vio cómo Milanelli salía corriendo en dirección al museo. Por alguna extraña razón, parecía que esa noche cada vez que uno de los profesores descubría algo interesante, le daba por ponerse a correr en alguna dirección particular. En este caso, de nuevo, todos habían comenzado a seguirle. Chavrier, por su parte, esperaba que el resultado fuese tan bueno como el que habían obtenido en la basílica del Sagrado Corazón cuando, después de hacer algo similar, la profesora Margaux había encontrado el cadáver que estaban buscando.

Al llegar hasta el *hall* Napoleón, Milanelli se detuvo en seco.

—¿Va a decirnos de una vez dónde está Deneux? —preguntó Sanoir enojado.

El profesor miró al techo en primer lugar y después al suelo que tenía justo delante de él.

—Está aquí, señor —respondió convencido.

—¿Cómo que está aquí, profesor? —le preguntó Chavrier.

—Sí, comisario. Deneux está aquí mismo. Fíjense —dijo señalando al cielo—. Este es el punto central de la pirámide. El punto exacto que señalan las coordenadas y el punto donde, hábilmente, los secuestradores nos han dicho que se encuentra Deneux a través de los números que hemos encontrado esta noche.

Todos le miraban sin comprender.

—Pero aquí no hay nada, profesor —dijo Campbell.

—Este museo está completamente vacío —añadió Chavrier.

—Eso ya lo sé, comisario. Lo supe siempre. En ningún momento de la noche he pensado que estuviese aquí dentro.

—Pero eso es lo que dicen las coordenadas —contestó confundido.

—No, comisario. Las coordenadas señalan un punto. Este punto exacto en el que nos encontramos.

—Y eso es lo que yo le estoy diciendo, profesor. ¡Aquí no hay nada!

Chavrier se estaba enfadando por momentos. Si Milanelli sabía dónde estaba secuestrado Deneux quería que se lo dijera ya. Sin acertijos.

—Usted mismo se lo ha preguntado antes, señor —dijo señalando a Sanoir.

—¿Yo? —preguntó sorprendido.

—Sí, usted. Hace un momento se ha preguntado por qué esta vez los secuestradores no nos estaban ayudando a descubrir lo que teníamos que hacer como habían hecho otras veces a lo largo de la noche dado que estábamos claramente perdidos ¿no es así?

—Sí, es cierto.

—¿Y ahora ya no lo estamos? —preguntó Chavrier de nuevo.

—No, comisario. Ahora sabemos exactamente dónde se encuentra Deneux. El problema hasta ahora era que no estábamos siendo capaces de utilizar toda la información que teníamos. Como ha dicho antes la profesora, los secuestradores no

nos han ayudado porque ya tenemos la información necesaria para encontrarle.

Al comisario no le gustaba nada los rodeos que estaba dando para decirles dónde estaba Deneux.

—¿Y cuál es esa información? —preguntó Campbell con curiosidad.

—La espiral, profesor. La espiral que encontramos en Notre Dame.

—¿La que tenía aquel hombre grabada en el pecho? —preguntó Sanoir.

—Sí, señor, la misma.

—¿Y cómo ha llegado a esa conclusión? —preguntó el comisario.

—Porque una vez más todo, absolutamente todo lo que han hecho los secuestradores esta noche, estaba perfectamente planeado. Todo estaba pensado hasta el más mínimo detalle y gracias a ello, han conseguido tenernos de un lado a otro de París, exactamente como ellos querían sin que les hayamos visto cometer un solo error.

—Entonces esa espiral...

Milanelli sintió que Campbell ya había entendido lo que él estaba a punto de decirles, de modo que le interrumpió para evitar que le estropeará su explicación.

—Esa espiral, profesor, era lo último que nos faltaba por utilizar esta noche. Si recuerdan la explicación que nos dio la profesora Margaux en la sala 14, los tres puntos que marcó sobre el mapa, la Asamblea, el Panteón y la basílica formaban un triángulo ¿verdad?

—Sí, así es —respondió el comisario.

—Bien. Puede parecer que, por lo tanto, estos tres lugares forman un conjunto. Pero nuestra noche no empezó en ninguno de esos puntos. Ni siquiera empezó aquí, en el Louvre. Nuestra noche comenzó en la catedral de Notre Dame. De modo que inicialmente podría parecer que Notre Dame es ajena al resto de la historia. A lo largo de la noche, he tenido la sensación de que era un lugar un tanto arbitrario que no guardaba relación con el resto de cosas que íbamos descubriendo. Sin embargo, me he dado cuenta de que no es así. La catedral de Notre Dame es fundamental para nosotros y es fundamental para descubrir dónde se encuentra Deneux. Es el origen y el final de toda esta historia. Si lo recuerdan, allí nos encontramos dos símbolos. El primero de ellos, la espiral, nos llevó a descubrir el segundo, la pirámide con el ojo en su interior. La misma que nos trajo aquí. La misma que la profesora dibujó sobre el mapa de París para demostrar que la basílica era el último lugar al que iríamos esta noche.

En ese momento, Margaux ya sabía también a lo que el profesor se estaba refiriendo. Ya sabía dónde estaba Deneux escondido y el razonamiento que estaba haciendo para que el comisario y Sanoir confiaran en lo que decía le estaba pareciendo fascinante.

—Por lo tanto —continuó—, ese símbolo ya nos ha servido en dos ocasiones a lo largo de esta noche. La primera para saber por dónde debíamos empezar la búsqueda, y en segundo lugar, para entender dónde esta se terminaba. Y el otro símbolo que

encontramos en Notre Dame, la espiral, hasta ahora solo lo habíamos utilizado una vez para encontrar algo. Para encontrar la pirámide en aquella cripta y en la vidriera. Y ahora, al final de la noche, al final de toda esta historia, tenemos que volver a utilizarla. Y esa espiral, al igual que ocurrió en Notre Dame, junto con este punto exacto que nos señalaban todos esos números que encontramos, nos dice que Deneux está aquí. Exactamente aquí. No en el museo, porque realmente nunca ha estado en el Louvre. Sino aquí debajo. Justo debajo de este punto. En las catacumbas que tenemos bajo nuestros pies.

Sanoir y el comisario Chavrier se quedaron estupefactos al escuchar esas palabras. Durante unos segundos ninguno de los dos supo qué contestar.

—¿En las catacumbas? —preguntó Paccaud.

—Sí, inspector. En Notre Dame dijimos que esa espiral nos estaba indicando una trayectoria vertical que debíamos seguir ¿lo recuerda? Gracias a eso, encontramos la pirámide debajo de donde nos encontrábamos, en la cripta, y encima nuestro, en la vidriera. De manera similar, si ahora volvemos a utilizar su significado y miramos hacia arriba vemos que está el vértice de la pirámide. El punto que nos marcaban las coordenadas y lo que hemos estado buscando durante toda la noche está justamente bajo nuestros pies.

—Deneux está en las catacumbas... —acertó a decir el comisario.

—Eso es, señor. Por eso está en este punto exacto. Tal como nos indicaban los números. Y por eso no hemos recibido ayuda ninguna de los secuestradores, porque toda la información necesaria para encontrarle ya la teníamos. Solo necesitábamos utilizarla adecuadamente.

—Señor —dijo Margaux—, estoy segura de que el profesor Milanelli tiene razón. Las catacumbas de París son un enorme laberinto subterráneo perfecto para tener escondido a Deneux sin que jamás se nos hubiese pasado por la cabeza haberle buscado ahí abajo.

—Además —añadió Campbell—, los secuestradores se han asegurado en todo momento que no les descubriéramos. Primero, al no hacer público el secuestro sabían que la investigación se limitaría a lo que hiciésemos nosotros, y segundo, nos han tenido perfectamente controlados durante toda la noche ya que ellos mismos han sido los que se han encargado de decirnos a dónde debíamos dirigirnos en cada momento.

Chavrier miró a Sanoir buscando su opinión.

—Creo que deberíamos bajar allí abajo cuanto antes. Es una excelente oportunidad de encontrarle.

—Tenga en cuenta, señor —añadió Paccaud—, que no debemos buscar nada. Únicamente debemos entrar ahí y dirigirnos directamente al punto que está exactamente debajo de donde nos encontramos ahora mismo.

El comisario se mostró convencido.

—Está bien, está bien. Pero para eso necesitaremos algún mapa. No podemos bajar a las catacumbas sin algo que nos sirva de referencia.

—¡Ahora mismo! —exclamó Margaux.

Campbell observó cómo la profesora se dirigía corriendo a la librería del museo. Una vez más, sería ella quien encontraría la manera de resolver otro de los problemas que se les presentaban.

—¿Saben lo más increíble de todo esto? —dijo Milanelli—. Que ese símbolo lo hemos tenido delante de nosotros durante toda la noche.

—Pero no podíamos utilizarlo —replicó el comisario.

—Sí, lo sé. Pero aún así me resulta fascinante ver cómo los secuestradores nos han dejado desde el primer momento el mismo símbolo que necesitaríamos al final de la noche para encontrar a Deneux.

—Me alegra ver que da por seguro que estará ahí abajo —añadió Sanoir.

—Créame, señor. Estoy totalmente convencido de ello. Al igual que estaba seguro de haber interpretado bien los números que nos dejaron y de que, si las coordenadas nos marcaban este punto, tenía que estar exactamente aquí.

La profesora regresó agitando nerviosa el mapa de París que llevaba en su mano. Al llegar hasta ellos su sonrisa denotaba que había encontrado justo lo que estaban buscando.

—Ya lo tengo, comisario. ¡Por fin vamos a encontrar a Deneux!

Capítulo 94

La última vez que habían tenido que subir por aquellas escaleras que daban acceso a la entrada principal del museo, el comisario Chavrier había deseado no volver a aparecer por allí en mucho tiempo. Por desgracia, no había sido así. Esta vez, quizá por superstición, prefirió no pedir ningún deseo.

Al salir, pudieron comprobar cómo los primeros rayos de sol comenzaban a ganarle terreno a la noche y cómo algunas personas empezaban a merodear por las inmediaciones del museo.

—Debemos acabar con esto cuanto antes —dijo dirigiéndose a los profesores.

Campbell observó los alrededores de la plaza antes de contestar.

—No dudo que el plano que ha cogido la profesora nos será de gran ayuda allí abajo pero me gustaría plantear, por un momento, si entienden la importancia del lugar al que nos dirigimos.

—Por supuesto que sí —replicó el comisario—. Las catacumbas son un lugar perfectamente conocido por todos los parisinos.

Aquella contestación era justo lo que esperaba.

—No me cabe duda de ello, señor. Pero ¿qué es lo que saben acerca de ellas realmente?

El comisario balbuceó torpemente mientras arqueaba las cejas y miraba a los inspectores en busca de ayuda.

—Lo suponía —dijo Campbell no queriendo prolongar excesivamente el incómodo momento que estaba pasando—. Como le acabo de decir, no dudo que conozcan perfectamente ese lugar. Lo que quiero que pensemos por un momento es que ya no vamos a estar como hasta ahora recorriendo las calles o los edificios de París. El reto que tenemos por delante es adentrarnos en uno de los mayores laberintos subterráneos que hay en todo el mundo.

—Profesor —le contradijo Chavrier—, yo he estado ahí abajo y le puedo asegurar que no es algo tan complicado.

De nuevo, Campbell sintió que ambos estaban hablando de cosas completamente diferentes.

—Permítame decirle, comisario, que creo que se confunde. Me temo que usted se está refiriendo al tramo de un kilómetro y medio que está abierto al público, y que si no recuerdo mal, se encuentra en el sur de París.

—En el distrito decimocuarto exactamente —puntualizó Margaux.

—Pero eso es muy lejos de donde nos encontramos nosotros ahora, profesores —dijo Sanoir.

—Claro que es muy lejos, señor. ¡Por eso precisamente les estoy haciendo esta pregunta! Las catacumbas tienen más de trescientos kilómetros de longitud, por eso mismo quiero saber si saben realmente dónde nos estamos metiendo.

Chavrier mostró su disconformidad con todo aquello.

—Lo que estamos hablando no es posible, profesor. No podemos llegar desde el distrito decimocuarto hasta el Louvre caminando a través de las catacumbas. ¡Tardaríamos horas!

—Por no decir que nos perderíamos seguro —añadió Sanoir.

—Lo sé, comisario. Y ese es el tipo de cosas que quiero que consideren antes de que bajemos allí —afirmó Campbell.

—Siento decirles que ese no es nuestro mayor problema ahora mismo —dijo Margaux manteniendo su mirada fija en el plano que había cogido de la librería del museo.

—¿A qué se refiere, profesora? —preguntó Milanelli.

Margaux señaló el punto que quería que vieran.

—Según esto, debajo del Louvre no hay catacumbas.

A Chavrier se le detuvo súbitamente el corazón.

—¡Eso no puede ser!

—Me gustaría pensar que no, comisario. Pero este mapa es bastante claro.

Milanelli se acercó para estudiarlo detenidamente. En él aparecían superpuestos un mapa de la ciudad de París junto con un mapa completo de todas las rutas y galerías que componían las catacumbas. Tal como decía la profesora, debajo del Louvre no podía estar escondido Deneux.

—No puede ser... —dijo en voz baja.

Durante varios segundos todos permanecieron en silencio mirando fijamente aquel plano. De golpe, todas las esperanzas que tenían de encontrar al hijo del presidente se habían esfumado.

—Es imposible —repitió Milanelli—. Las coordenadas y la espiral son muy claras. Tiene que estar ahí abajo.

—Pues ya ve lo que indica, profesor —replicó Chavrier.

Aquel plano no dejaba lugar a dudas.

—Tenemos que bajar ahí abajo y comprobarlo nosotros mismos. Deneux tiene que estar ahí seguro —insistió.

Milanelli no se daba por vencido. El comisario buscó a Sanoir con la mirada intentando saber cuál era su opinión.

—Estoy de acuerdo con el profesor —le dijo—. Esta es la última opción que nos queda para encontrarle, por lo que creo que debemos bajar a ver si hay o no algún camino que lleve hasta el Louvre.

—Está bien, profesores —aceptó finalmente Chavrier—. Bajaremos a las catacumbas y comprobaremos con nuestros propios ojos si ese plano está o no equivocado.

Campbell se alegraba de la decisión valiente que acababa de tomar el comisario. Aún así, todavía tenían un problema importante que resolver.

—Creo que nos estamos olvidando de que la entrada está muy lejos del museo.

—Eso puede tener solución —contestó rápidamente Margaux.

Todos la miraron sorprendidos.

—Según este plano, la entrada oficial para las visitas guiadas se encuentra en la plaza Denfert-Rochereau, en el decimocuarto distrito. Sin embargo, también señala que existen entradas secretas a través de varias alcantarillas y estaciones de metro que permiten acceder igualmente a las catacumbas.

—Eso sería estupendo, profesora —dijo Sanoir.

—¿Indica ese plano dónde se encuentran esas entradas secretas? —preguntó Campbell.

—Creo que este símbolo hace referencia justamente a eso y si no me equivoco la entrada más cercana está en la plaza Henry de Montherlant. Justo delante del museo de Orsay.

—¡Eso está muy cerca de aquí! —exclamó exultante Chavier.

—Sí, señor. Al otro lado del Sena.

Un golpe de esperanza reactivó a Sanoir.

—En ese caso no perdamos más tiempo, comisario —dijo nervioso.

Campbell tenía la fuerte sensación de que se estaban precipitando de nuevo.

—Señor, creo que debemos pensar muy bien lo que vamos a hacer antes de entrar allí dentro.

—¿A qué se refiere esta vez? —preguntó Chavier.

—Verá, como acabamos de decir, vamos a acceder a las catacumbas por una entrada secreta que está muy alejada del trayecto oficial, de modo que, en primer lugar, deberíamos llevar algo que nos permita saber por dónde nos movemos ya que estoy seguro de que ahí abajo estará todo completamente a oscuras.

El comisario sabía que tenía razón. A pesar de que el deseo de encontrar a Deneux le empujaba a bajar a las catacumbas lo antes posible, también era muy consciente de que debía velar por la seguridad de los profesores.

—No hay ningún problema por eso profesor cogeremos las linternas de los coches —contestó Sanoir.

—Me parece bien. Pero todavía tenemos otro problema más importante.

—¿Cuál? —preguntó intrigado Milanelli.

—No creo que sea la mejor opción que bajemos todos a las catacumbas. Ya les he dicho que es un laberinto subterráneo por lo que necesitaríamos un guía experimentado que nos ayudase. A menos que quieran perderse allí abajo.

—Pero no hay tiempo para eso —replicó Sanoir.

—Lo sé y por eso digo que lo mejor sería que algunos de nosotros nos quedásemos en el exterior para guiar a quienes entren ahí dentro.

Chavier se mantuvo pensativo unos instantes. Campbell estaba en lo cierto y debían encontrar el modo de llegar hasta Deneux sin esperar ayuda de otras personas.

—¡Utilizaremos el sistema de localización de los policías! —exclamó repentinamente.

—¿Un GPS? —preguntó sorprendido Milanelli.

—Así es, profesor. En las misiones de asalto como la que ha hecho esta noche mi equipo, cada policía lleva un dispositivo de localización que permite saber en qué punto exacto se encuentra.

—¿Y quién puede saberlo?

—¿Lo más sencillo para nosotros ahora mismo? Eugene, profesor —contestó Chavrier.

—¿De modo que propone que bajemos con uno de esos dispositivos y que Eugene nos guíe hasta el Louvre? —preguntó Margaux.

—Eso es, profesora. Ella sabrá en todo momento por dónde hemos accedido y en qué lugar nos encontramos y nos guiará hasta el punto que indican las coordenadas.

Milanelli mostró su entusiasmo.

—Me parece una idea perfecta, comisario. Ella sabe exactamente cuál es ese punto.

—Y de ese modo todos podremos bajar a las catacumbas —dijo Chavrier mirando a Campbell—. Tal vez necesitemos su ayuda una vez que estemos allí abajo.

Capítulo 95

El jefe del grupo de asalto esperaba pacientemente en el *hall* Napoleón junto a sus hombres a que Chavier le diese instrucciones sobre qué era lo próximo que debían hacer. Mientras observaba atentamente la estructura de cristal que formaba aquella pirámide que tenían sobre sus cabezas, un leve pitido en su auricular le avisó de que estaba a punto de recibir una comunicación del comisario.

—Ya sé cuál será su próxima misión —escuchó algo distorsionado.

—¿Qué quiere que hagamos, señor?

—Traiga ahora mismo siete dispositivos de localización y se lo explicaré.

Rápidamente, el policía cogió los dispositivos de seis de sus compañeros y corrió hacia la entrada principal. Al salir del museo, el comisario estaba esperándole junto al jefe del servicio secreto, los inspectores Bingleau y Paccaud, y aquellas otras tres personas a las que no conocía.

—Aquí tiene, señor.

Chavier abrió su mano para recogerlos. Aquellos dispositivos eran muy diferentes a lo que el profesor Milanelli se había imaginado. Tenían un tamaño parecido al de un botón y estaban formados por dos pequeños imanes.

—Tienen que colocar cada una de las dos partes a cada lado de la ropa dejando la parte negra brillante al exterior ¿entendido?

Los profesores cogieron los dispositivos que Chavier tenía en su mano y se los colocaron tal como les decía. Milanelli no pudo evitar sonreír al sentirse igual que en una película de espías.

—Quiero que cinco de sus hombres nos acompañen —le dijo al policía—. Nos dirigimos ahora mismo al museo de Orsay desde donde vamos a acceder a las catacumbas. Esos cinco hombres permanecerán en la entrada mientras nosotros estemos en su interior.

—Sí, señor.

—También quiero que otros cinco hombres acudan a la plaza Denfert-Rochereau y se aseguren de que la entrada para los turistas permanezca cerrada hasta que yo lo diga. No quiero que nadie, ni siquiera los propios guías, entren ahí dentro ¿entendido?

—Perfectamente.

—El resto, continúen aquí. Mantenga este museo cerrado y no libere a los guardias de seguridad hasta que yo le dé la orden.

—Sí, señor.

Campbell observó cómo aquel hombre entraba de nuevo a la carrera en el museo. Contando con cinco de aquellos policías, el plan que tenían por delante parecía mucho más seguro.

—Bingleau —prosiguió el comisario—, vaya a comprobar que tenemos linternas para todos en los dos coches. En cuanto estén aquí los cinco policías quiero que

salgamos hacia el museo de Orsay.

Sin decir nada, el inspector salió corriendo hacia el centro de la plaza del Carrusel donde habían dejado los coches aparcados.

—Creo que voy a reventar si no se lo pregunto, comisario —dijo Milanelli.

—¿El qué, profesor?

—Estos dispositivos —le preguntó señalando el que tenía puesto— ¿por qué son imantados? ¿No serían mucho más seguros si fuesen cogidos a la ropa?

Chavrier demoró durante unos instantes su respuesta. Por primera vez, le estaba preguntando algo que solo él sabía responder.

—Como comprenderá, profesor, que esta noche mis hombres llevaran estos dispositivos de localización no era muy necesario. Realmente se utilizan cuando tienen que participar en misiones mucho más peligrosas, para poder saber en todo momento dónde se encuentran, como ya les he dicho antes. Y respecto a por qué son imanes, la respuesta es muy sencilla. Gracias a eso se pueden poner y quitar sin que quede marca alguna.

Milanelli le miró extrañado.

—No comprende qué sentido puede tener eso ¿verdad?

—Reconozco que no, comisario —respondió.

—Imagínese, profesor, que alguno de estos policías cae en una emboscada. En esa situación tiene orden que quitarse este dispositivo para impedir que sea descubierto. Piense el riesgo que correrían sus vidas si sus secuestradores vieran que tiene en su ropa la marca de haber llevado uno.

En ese momento, los cinco policías aparecieron por la entrada principal del museo.

—Creo que deberíamos irnos lo antes posible —dijo Sanoir.

Sin responder, el comisario comenzó a correr hacia los coches donde ya se encontraba Bingleau. Los policías le siguieron.

—¿Tenemos las linternas, inspector?

—Sí, señor. Tres en cada coche.

—¡Perfecto! —exclamó.

A continuación, se dirigió brevemente a los policías.

—Nos vamos a la plaza Henry de Montherlant. Ustedes nos escoltaran a partir de ahora.

Rápidamente, el comisario se subió a su vehículo junto a los tres profesores. Los policías cogieron uno de los furgones que estaban allí aparcados y salieron hacia el lugar que les había dicho Chavrier.

—¿Cómo esperan que lleguemos hasta el Louvre si según ese plano no hay catacumbas ahí debajo? —preguntó intrigado.

—Verá, comisario, aunque inicialmente me parecía imposible que pudiéramos llegar hasta el museo, como usted está diciendo, lo cierto es que los planos no siempre indican exactamente las cosas tal como son. Y en este caso concreto podría

ser que exista alguna pequeña galería que sí permita acceder al subsuelo del Louvre.

Chavrier empezaba a sentir claustrofobia solo con escuchar las palabras de Margaux.

—Además —añadió Milanelli— si así fuese, eso no haría nada más que apoyar lo que los secuestradores de Deneux han estado haciendo durante toda la noche.

—¿En qué sentido, profesor? —preguntó rápidamente el comisario.

—Porque como ya hemos comentado en alguna ocasión, todo lo que han hecho hoy ha sido progresivamente más y más complicado. Desde la carta fácilmente interpretable que recibió la profesora y el cuerpo que nos encontramos en el altar principal de Notre Dame, hasta el grupo de tres cuadros que encontramos en la sala 14 del museo y lo que nos ha costado descubrir dónde se encontraba Deneux.

—Y lo que nos está costando, profesor —objetó Chavrier—. Le recuerdo que todavía no le hemos encontrado.

—Sí, señor, lo sé. Y a eso me refiero precisamente. Que tras mucho esfuerzo hayamos descubierto que se encuentra escondido en las catacumbas, justo debajo del Louvre, y que luego veamos en un plano que aparentemente no hay ninguna galería debajo de él, es llegar hasta el extremo de la complicación. Han ideado un final realmente retorcido.

Chavrier detuvo el vehículo en ese momento.

—Espero que tenga razón con eso del final, profesor, porque este es el lugar donde supuestamente se encuentra esa entrada secreta —dijo señalando el edificio que tenían delante.

Al llegar a la plaza Henry de Montherlant, los policías revisaron rápidamente todos los alrededores. Seguidamente, se replegaron hasta situarse al lado de los dos coches en los que viajaban.

—Todo despejado, señor —dijo uno de ellos.

Al bajarse del vehículo, Margaux se dirigió rápidamente al centro de la plaza.

—¡Aquí está! —exclamó—. ¡Justo donde indica el mapa!

Chavrier sintió de nuevo que se le disparaba el corazón. Si todo salía como habían supuesto, estaban cada vez más cerca de encontrar a Deneux.

—Creo que es el momento de avisar a Eugene ¿no le parece? —preguntó Campbell.

El comisario se llevó una mano a la cabeza. Con las prisas que tenían por entrar ahí dentro se había olvidado completamente de avisarla para que comprobara que los dispositivos funcionaban correctamente y para explicarle lo que quería que hiciera.

Nervioso, sacó su teléfono móvil y marcó su número.

—Eugene, necesito que me haga un favor —dijo nada más escuchar que cogía la llamada.

—Por supuesto, señor.

—Busque las señales de GPS de los dispositivos de localización del equipo de asalto que ha venido al Louvre.

Todos permanecieron en silencio unos segundos.

—Ya está, señor. Aunque no todos están en el Louvre. Doce se encuentran delante del museo de Orsay.

Chavrier sonrió.

—Lo sé. Me alegra comprobar que funcionan perfectamente.

Eugene se contuvo para no responder a ese comentario. Por supuesto que aquellos dispositivos funcionaban perfectamente. Ella los había diseñado.

—En los próximos minutos verá en la pantalla de su ordenador cómo cinco de esos puntos permanecen fijos en este lugar mientras que los otros siete se mueven ¿entendido?

—Ningún problema, señor.

—Bien. ¿Recuerda las coordenadas que le di la última vez que hablamos?

—Sí, aquí las tengo.

—Perfecto. ¿Puede marcar el punto que señalan esas coordenadas en la misma pantalla en la que aparecen las señales de los dispositivos?

Eugene sintió, por un momento, que el comisario no tenía mucho conocimiento de la capacidad que tenían los equipos de los que disponía el departamento.

—Ya está marcado, señor.

—Muy bien, perfecto —respondió nervioso—. Esos siete puntos que verá moverse somos los tres profesores, los inspectores, Sanoir y yo. Quiero que nos guíe desde nuestra posición actual hasta el punto que marcan las coordenadas, ¿entendido?

Eugene permaneció en silencio. Chavrier supo rápidamente cuál era el problema.

—Necesito que nos guíe porque vamos a bajar a las catacumbas.

—¡De acuerdo! —exclamó al instante aliviada—. No entendía por qué tenía que guiarles.

Dos de los policías se agacharon para intentar levantar la tapa de la alcantarilla. Cuando lo consiguieron, uno de ellos apuntó con su arma al interior.

—Creo que debería bajar yo primero.

Chavrier dudó unos instantes. Tal vez no era una mala idea que uno de aquellos policías les acompañase.

—Está bien —respondió de manera contundente.

El policía comenzó a descender por la escalera de la alcantarilla. Cuando llegó abajo, iluminó a ambos lados del túnel con el haz de luz de su arma para comprobar que no hubiese ningún peligro.

—Pueden bajar, señor —dijo en voz alta—. Creo que aquí está el acceso a las catacumbas que necesitan.

Excitados por la posibilidad de encontrar por fin a Deneux. Los inspectores bajaron en primer lugar seguidos de los profesores. Sanoir y Chavrier bajaron los últimos.

—Al final seremos ocho, agente —le informó el comisario a Eugene.

—Sí, señor, ya lo veo. He superpuesto también un plano de las catacumbas en mi

pantalla para guiarles mejor pero me temo que no llegan hasta el punto que indican las coordenadas.

—Lo sabemos, no se preocupe. Precisamente ese camino es el que debemos encontrar.

Eugene sonrió. Por fin iba a hacer algo realmente interesante aquella noche, y lo que le acaba de decir el comisario, lo hacía mucho más atractivo todavía.

—Muy bien. Justo a su lado deberían ver el acceso a las catacumbas.

—Sí, lo tenemos delante de nosotros —afirmó Chavier.

—En ese caso deben avanzar unos quinientos metros en línea recta. Cuando lleguen allí verán la primera bifurcación del camino.

El policía que les acompañaba comenzó a caminar por el estrecho pasillo que tenían delante. En algunas zonas el techo era tan bajo que les obligaba a agacharse para poder continuar su camino. Las paredes estaban completamente cubiertas de calaveras. El aspecto de aquel lugar tan oscuro, iluminado exclusivamente por la luz de las linternas, era escalofriante.

—Señor están a punto de llegar a donde les decía.

A escasos metros delante de ellos, el camino que estaban siguiendo se dividía en dos. El de la derecha tenía aproximadamente las mismas dimensiones que el pasillo por el que habían llegado hasta allí. El de la izquierda, sin embargo, era mucho más estrecho, hasta el punto que no estaba claro si podría pasar una persona.

—Deben continuar por la izquierda, señor.

Chavier escuchó exactamente las palabras que más temía.

—¿Está segura de eso?

—Completamente —respondió Eugene—. El camino de la derecha traza una curva bastante pronunciada unos metros más adelante y continúa en dirección sur. Si quieren encontrar algún camino que lleve al Louvre tienen que continuar por la izquierda.

—No sé si podremos pasar por aquí —dijo el policía acercándose al lugar.

Todos observaron cómo aquel hombre fue introduciendo su cuerpo, poco a poco, por aquel estrecho pasadizo hasta conseguir pasar al otro lado.

—No hay problema. Sí que pueden pasar. El camino vuelve a ensancharse.

La voz del policía retumbaba a lo largo de todo el pasillo. Chavier respiró profundamente. Con los ojos cerrados, comenzó a pasar lentamente. El corazón se le aceleró bruscamente al sentir aquellos dos muros aplastando su cuerpo. Al final, tras mucho sufrimiento, consiguió pasar al otro lado.

—Como verán, comisario, ahora tienen unos doscientos metros más por delante —le indicó de nuevo Eugene—. No es exactamente un tramo en línea recta pero no encontrarán ninguna desviación por lo que deben caminar hasta que yo se lo diga.

Mientras escuchaba sus instrucciones, Chavier observaba cómo los profesores iban pasando, uno por uno. Salvo Sanoir y Paccaud, ninguno tuvo especiales problemas para atravesar aquel estrechamiento.

—¿Podría preguntarle en qué punto nos encontramos con respecto al Louvre? —preguntó Milanelli.

—Ahora mismo se encuentran entre el puente Real y el puente del Carrousel, señor —contestó rápidamente Eugene.

—Eso es...

—Un poco lejos todavía, profesor —le aclaró Margaux—. El puente por el que hemos accedido esta noche al museo desde Notre Dame es el puente del Carrousel.

Chavrier comenzó a caminar más rápido. La vida de Deneux estaba en sus manos y no podían permitirse perder ni un segundo más.

—La profesora tiene razón. ¡Debemos darnos prisa! —exclamó.

Durante unos segundos todos siguieron al comisario en silencio. Las indicaciones de Eugene les iban guiando acertadamente hacia donde querían aunque todavía les faltaba descubrir cómo podrían llegar hasta el Louvre.

—Acaban de pasar el puente del Carrousel, señor. Dentro de poco estarán en perpendicular con la pirámide del Louvre.

Chavrier ralentizó el paso al escuchar las palabras que le decía.

—Si tenemos que encontrar un camino hasta el museo debería estar por aquí, comisario —dijo Campbell.

—Tiene razón, señor —añadió Eugene temiendo que se alejaran demasiado—. A unos ciento cincuenta metros comienzan a bajar en dirección sur de manera paralela al camino que dejaron anteriormente a mano derecha.

—¿Entonces? —preguntó Chavrier apuntando con su linterna a las paredes que tenía a ambos lados.

—Si nos estamos desplazando en dirección este y el museo del Louvre está al norte, quiere decir que esta pared de la izquierda es en donde debemos encontrar una salida que nos dirija hasta allí —dijo Milanelli.

El comisario no dudó un instante. El tiempo se estaba agotando.

—Está bien. Revisaremos los próximos metros como acaba de decir Eugene hasta donde el camino comience a desviarse y revisaremos también todo el tramo que hemos cubierto desde que pasamos la bifurcación.

—Si existe esa salida, estoy segura que no la veremos si vamos con prisas —opinó Margaux.

Chavrier estaba de acuerdo con ella.

—Precisamente por eso, profesora. Nos dividiremos y la buscaremos detenidamente a lo largo de toda esta pared.

—Yo aquí no veo más que huesos —dijo Sanoir iluminándola con su linterna.

—Aquí tiene que estar el camino que nos lleve hasta el Louvre, señor. Solo tenemos que encontrarlo —replicó Milanelli.

—Usted —le dijo Chavrier al policía— continúe caminando y deténgase cuando este pasillo comience a desviarse a la derecha. Bingleau, retroceda hasta llegar a la bifurcación que hemos dejado atrás.

Cada uno de ellos se alejó en la dirección que les ordenaba el comisario.

—Paccaud vaya en la misma dirección que el inspector con los profesores y sepárense lo suficiente como para revisar toda esta pared lo más rápido posible. Sanoir y yo intentaremos encontrar el camino que estamos buscando desde este punto hasta donde se encuentra el policía.

Sin decir nada, Paccaud y los profesores retrocedieron por el mismo pasillo por el que habían llegado hasta aquel punto. El nerviosismo era patente en todos ellos.

—Señor estoy intentando encontrar en Internet algún plano diferente de las catacumbas en el que aparezca algún pasillo bajo el Louvre pero no consigo encontrar nada.

—No se preocupe. Lo suponía.

—Sin embargo, sí he encontrado una noticia interesante.

—¿Acerca de catacumbas bajo Louvre? —preguntó rápidamente Sanoir.

—Algo parecido, señor. Es un artículo muy antiguo publicado en Le Figaro en el que se habla del nuevo plano de las catacumbas. No entra en profundidad a explicarlo pero parece ser que a partir del año 1810 se estableció como oficial un recorrido en el que se excluyeron aproximadamente veinticinco kilómetros de túneles, algunos de los cuales se distribuían a lo largo de los distritos primero y cuarto.

Chavier y Sanoir se miraron fascinados. Esa era la respuesta que estaban buscando. La que probaba que el profesor Milanelli tenía razón.

—¡Eso es increíble! —exclamó el comisario.

—Sí, señor. Según describe en su parte final este artículo, las únicas dos conexiones que esos túneles tenían con el tramo oficial que hoy conocemos se cubrieron con restos de huesos y calaveras.

Ambos fijaron su vista en aquella pared.

—¿De modo que lo que debemos buscar es un punto falso en estas paredes?

—Eso es, comisario. En algún punto cercano a donde ahora se encuentran está oculto el pasillo que les llevará hasta el Louvre.

Capítulo 96

Consumiendo las últimas gotas de energía que le quedaban, Deneux intentó moverse. Fue inútil. Todo su cuerpo estaba fuertemente atado. Aquel hombre que le había mantenido preso toda la noche se había asegurado esta vez de que no pudiese escapar. Haciendo un último esfuerzo intentó abrir los ojos. La oscuridad era completa. Por la facilidad con la que podía respirar en ese momento sabía que no tenía puesta la capucha. El mismo trozo de tela que había estado a punto de asfixiarle. Tampoco era capaz de distinguir si aquel hombre que tanto dolor había sido capaz de causarle seguía cerca de él.

«Ya no importa».

Intentó, sin suerte, recordar qué había ocurrido. Tan solo recordaba el momento en que había sentido su voz susurrándole al oído.

—¿A dónde crees que vas? —le había dicho.

Recordar aquel momento todavía le hacía estremecerse. Durante algunos minutos había llegado a creer que podría escapar vivo pero ahora tenía claro que su vida estaba a punto de terminarse. No tenía fuerzas y prefería darse por vencido.

Un repentino grito le hizo recobrar momentáneamente el conocimiento. No sabía si había sido algo real o simplemente había sido fruto de su imaginación ya que había sido muy diferente a los que había escuchado aquella noche. Era una voz dulce y femenina.

Se mantuvo consciente unos instantes intentando descubrir de dónde procedía aquella voz pero no volvió a escucharla. En ese momento, se dio cuenta de que cualquier esfuerzo que hiciera iba a ser en vano, de modo que apoyó la cabeza en el suelo y cerró los ojos de nuevo. Todo se había acabado.

Capítulo 97

—¡Aquí hay algo! —volvió a gritar Margaux.

Campbell y Milanelli fueron los primeros en llegar.

—¿Qué ha encontrado, profesora? —preguntó desde la distancia el comisario mientras corría hacia ellos.

—Creo que ahí detrás hay un pasillo oculto —dijo Campbell.

Al llegar Chavrier y Sanoir, se encontraron un tramo de pared hecho con huesos y calaveras como tantas otras de las catacumbas. Sin embargo, en esta ocasión faltaban varias en la parte más cercana al techo lo que hacía que iluminando con la linterna se pudiese ver que, efectivamente, detrás de aquella montaña de huesos había un largo pasillo en el que se perdía el haz de luz.

—¡El pasillo del que nos habló Eugene! —exclamó Sanoir.

Los tres profesores le miraron extrañados.

—¿A qué pasillo se refiere? —preguntó Milanelli.

—Ahora mismo, profesor —les explicó Chavrier—, justo después de separarnos Eugene nos ha informado de que ha encontrado un artículo antiguo en el que se habla de veinticinco kilómetros de túneles que no aparecen en el plano actual de las catacumbas.

—¡Eso es justo lo que necesitábamos! —exclamó Margaux.

—Sí, eso mismo dije yo, profesora. Además, lo más importante es que esos kilómetros, que hasta ahora no sabíamos que existían, discurren en su mayoría bajo los distritos primero y cuarto.

—¡El del Louvre!

La emoción que sentía Margaux iba en aumento. Todo parecía indicar que Milanelli tenía razón.

—Así es. Los túneles del distrito primero podrían ser los que nos lleven hasta el punto que indican las coordenadas.

En ese momento, el policía y los inspectores llegaron cada uno por el extremo del pasillo al que habían ido.

—Tendremos que quitar todos estos huesos para poder pasar al otro lado —expuso Sanoir.

—No se preocupen por eso —dijo el policía—. Yo me encargaré de abrirles camino.

Todos se alejaron unos metros para dejarle espacio. Con la empuñadura de su arma comenzó a golpear las calaveras que estaban situadas en la parte superior, cada vez con más violencia hasta que aquella falsa puerta se desmoronó por completo.

—Es increíble —pronunció Bingleau en voz baja.

El policía entró en primer lugar. El crujido de los huesos se podía escuchar en todo el pasillo.

—No sé qué han hecho pero se han salido del mapa —les avisó Eugene.

—Lo sabemos. Acabamos de encontrar uno de los pasillos de los que me habló antes.

Eugene se mostró fascinada al comprobar en su ordenador la dirección que estaban tomando.

—¡Se están moviendo hacia el punto que indican las coordenadas, señor!

Milanelli sentía que faltaba muy poco para encontrar a Deneux.

—Si ahora no nos puede guiar por medio de un plano, necesitaremos que nos diga si las direcciones que tomamos son correctas —dijo en voz alta.

—No se preocupe. Así lo haré.

Chavier no podía creer que todo lo que habían pasado aquella noche estuviera cerca de terminarse.

—Eugene, necesito que me diga la distancia que nos separa del Louvre.

—Un momento, señor.

Los nervios y la excitación ante la posibilidad de que por fin pudieran encontrar a Deneux hacía que, inconscientemente, caminaran cada vez más y más rápido a pesar del peligro que podía implicar moverse por una zona desconocida de las catacumbas.

—Doscientos metros aproximadamente, señor.

El corazón de todos ellos bombeaba cada vez con más fuerza.

—Deberían girar en algún momento. Ahora mismo no se están dirigiendo en línea recta al punto que señalan las coordenadas.

Chavier se alegraba, como nunca antes aquella noche, de la precisión que estaba mostrando Eugene en su trabajo.

—Creo que ya hemos empezado a girar a la derecha. Además, tengo la sensación de que estamos descendiendo.

—Un momento, señor. Se lo confirmo ahora mismo.

Margaux sentía que su corazón estaba a punto de estallar.

—No aguanto más —dijo presa de los nervios.

Campbell la cogió de la mano. Los dos estaban temblando.

—Así es —le confirmó—. Están descendiendo con un desnivel de un dos por ciento con respecto al punto donde se salieron del plano.

—Gracias, Eugene. ¿Distancia al Louvre?

—Ciento veinte metros, señor. Ahora sí que se dirigen directos al punto que indican las coordenadas.

La tensión que estaban soportando en ese momento era máxima. Estaban a punto de saber si todo lo que habían estado haciendo a lo largo de aquella noche había servido para algo.

—Ochenta metros.

El sudor que recorría la mano de Chavier le impedía coger la linterna con firmeza.

—Creo que deberíamos sacar nuestras armas.

Sin hablar, los inspectores y Sanoir hicieron lo que decía el comisario.

—Treinta metros, señor. Deberían aproximarse con cuidado. Lo tienen justo delante.

El policía que les acompañaba, caminaba en primer lugar apuntando con la luz de su arma al suelo. Chavrier le seguía con el haz de luz de su linterna dirigida a la pared que tenían a su derecha para que les guiara por aquel pasillo.

—Diez metros.

El comisario sentía que el corazón se le saldría del pecho de un momento a otro. De repente, el haz de luz se perdió en la oscuridad.

—Están justo encima, señor.

Chavrier no pudo contestar. Tenía muy claro que habían llegado al punto que indicaban las coordenadas. El mismo que escondían todos aquellos números.

Durante varios segundos todos permanecieron inmóviles.

—¿Dónde estamos? —preguntó susurrando Margaux.

La oscuridad era completa. El ambiente que sentían en aquel lugar era mucho más frío que en el pasillo que habían dejado atrás. Con miedo, el comisario Chavrier apuntó con su linterna a los laterales de aquella sala intentando descubrir dónde se encontraban.

—Parece un... ¿altar? —indicó Milanelli.

La pared que iluminaba el comisario era claramente ovalada, completamente cubierta de calaveras dispuestas de una manera muy ordenada. En ambos lados, dos grandes columnas delimitaban una gran piedra rectangular.

—No lo creo —contestó Margaux.

En ese momento, un sonido hizo que se sobresaltaran. La linterna de Chavrier se apagó repentinamente. No estaban solos.

Completamente atemorizado, Campbell iluminó justo el punto donde lo había dejado el comisario. Poco a poco, comenzó a bajar el haz de luz a lo largo de aquella enorme piedra hasta que, al final, le encontraron.

—¡Deneux! —exclamó Sanoir corriendo hasta donde estaba el cuerpo.

—¿Es él? —preguntó Milanelli.

Chavrier y Sanoir se arrodillaron en el suelo rápidamente.

—¿Está vivo? —preguntó Campbell.

—¡Sí! ¡Es él! ¡Está vivo! —gritó Sanoir.

Margaux no aguantó más la presión y rompió a llorar. Campbell, también con lágrimas en los ojos, la abrazó para consolarla.

—¡Señor Deneux! ¡Señor Deneux! ¿Me escucha?

Sanoir consiguió que lentamente comenzara a recuperar el conocimiento.

—¿Quién le ha hecho esto? —preguntó furioso.

Con la ayuda de Chavrier, ambos comenzaron a deshacerle las ataduras. El policía que les acompañaba se acercó a ayudarles.

—Gracias —dijo el comisario.

La emoción también era visible en su voz.

Cuando consiguieron deshacer todos los nudos, Deneux soltó un grito ahogado de alivio. Tenía las muñecas y los tobillos ensangrentados y apenas podía moverse.

—¡Eugene! —gritó Chavier—. Dirija a los cuatro policías que están en el exterior hasta aquí ahora mismo y llame a una ambulancia. Quiero que esté delante del museo de Orsay esperándonos en cuanto salgamos.

—Ahora mismo, señor.

Milanelli se acercó también a consolar a la profesora. Sabía que el bienestar de Deneux, a partir de ese momento, ya no era asunto suyo.

—Lo hemos conseguido —dijo en voz baja.

Margaux le miró emocionada.

—Sí, por fin le hemos encontrado.

—Ha sido realmente duro pero ha merecido la pena —añadió Campbell—. Todo el esfuerzo. Todas las dudas a lo largo de la noche...

Milanelli les miró unos segundos en silencio.

—Ha sido una noche increíble.

Mientras Sanoir permanecía al lado de Deneux, el comisario se levantó y se dirigió a donde se encontraban los profesores. A pesar de que iba a darles instrucciones sobre cómo salir de allí, no pudo evitar reconocer el gran trabajo que habían hecho los tres aquella noche.

—No sé cómo agradecerles todo lo que han hecho para ayudarnos a encontrarle con vida, profesores. Estaré eternamente en deuda con ustedes.

—No se preocupe por eso, comisario —dijo Campbell—. La satisfacción de haberle encontrado es la mejor recompensa posible para nosotros.

Chavier tuvo que desviar la mirada durante unos instantes al suelo para ocultar sus sentimientos. La tensión que había soportado durante toda la noche le había llevado al límite de sus fuerzas.

—Creo que ahí llegan el resto de policías —dijo Bingleau.

Los cuatro dirigieron la mirada hacia el pasillo por el que habían llegado ellos anteriormente. El sonido cada vez más fuerte de sus pisadas dejaba claro que varias personas se estaban acercando hasta ellos.

—¿Ya les ha guiado hasta nosotros, Eugene? —preguntó el comisario.

—Sí, señor. Están a punto de llegar.

En ese momento, aparecieron por el fondo del pasillo los cuatro policías que debían ayudarles a trasladar a Deneux al exterior. La búsqueda había finalizado.

Capítulo 98

Al volver de nuevo a la superficie, ya había amanecido completamente. El tráfico y el alboroto de transeúntes habían vuelto a las calles de París. La ambulancia que debía atender a Deneux estaba situada justo a la salida de la alcantarilla y una enorme lona de color blanco impedía que los curiosos se acercasen a ver qué era lo que estaba ocurriendo allí.

«De nuevo Eugene ha estado acertada», pensó Chavrier.

Durante unos segundos observó en silencio cómo los servicios médicos atendían a Deneux. Ya había recobrado por completo el conocimiento y se encontraba en ese momento hablando con Sanoir. A continuación, se dirigió hasta donde estaban los profesores, y sin decir una palabra, sacó el móvil de su chaqueta y marcó rápidamente un número de teléfono.

—¿Sí, señor?

—Hola de nuevo, Eugene.

Margaux sonrió al apreciar la amabilidad de su saludo.

—Gracias por todo lo que ha hecho esta noche —continuó—. No podríamos haberlo conseguido sin su ayuda.

—Gracias, comisario.

—Y por supuesto, gracias por haberse ocupado de que nadie pueda ver lo que está pasando aquí ahora mismo.

—Pensé que sería necesario, señor.

Eugene dudó unos instantes.

—¿Le había dicho que no he podido identificar a ninguna de las dos personas del Louvre?

Chavrier miró al suelo intentando evitar que los profesores le vieran sonreír.

—No se preocupe, de verdad. Ese será un problema que intentaremos resolver a partir de mañana. Lo más importante ya lo hemos conseguido hoy, créame.

—Me alegra escucharle decir eso, señor.

—Y a mí también, Eugene. A mí también.

El comisario apagó su teléfono móvil y llamó al policía que les había acompañado en las catacumbas.

—Vuelvan al Louvre y dígame a su jefe que libere a todos los guardias de seguridad. Asegúrese de que se disculpa, en mi nombre, con cada uno de ellos y dígame usted mismo de mi parte al jefe de seguridad que me encargaré personalmente de que sus superiores sepan la excelente ayuda que él y el resto de guardias nos han prestado esta noche en el museo.

A Margaux no se le quitaba la sonrisa del rostro.

—Parece que todo ha salido bien al final ¿verdad?

—Sí, profesora, eso parece —le contestó sonriendo.

Los inspectores y Sanoir se acercaron hasta ellos en ese momento.

—¿Cómo se encuentra Deneux? —preguntó Campbell.

—Ahora mismo le llevan al hospital y acabo de informar al presidente del final que ha tenido esta historia.

Milanelli repasó durante unos instantes todo lo que había ocurrido aquella noche.

—Realmente no creo que necesite conocer los detalles ¿no le parece?

—No, desde luego que no —contestó Sanoir—. Lo que no estoy tan seguro es que no vaya a pedirme que le explique, punto por punto, todo lo que ha ocurrido.

Margaux miró sonriendo al profesor Campbell. Ambos sabían que ni el presidente ni nadie más que ellos sabrían nunca todo lo que habían vivido esa noche.

—Lo importante es que le hemos encontrado con vida —dijo Chavier.

—Bueno ustedes dijeron que sus puestos de trabajo corrían peligro si Deneux al final estaba en el Louvre, pero no ha sido así —afirmó Milanelli.

—Sí, lo sé, profesor. Y puesto que al final hemos conseguido encontrarle sano y salvo estoy seguro de que ese peligro es ahora mismo mucho menor de lo que ha sido en cualquier momento de esta noche —contestó distendido el comisario.

Sanoir sabía que también les debía una disculpa a los profesores. Durante toda la noche había dudado sistemáticamente de todas las opciones que habían planteado.

—Creo que es justo que les pida disculpas por mi comportamiento esta noche, profesores. He de reconocer que la mayoría de la veces no he confiado en lo que decían. Sin embargo, entiendan que el hecho de que sus nombres estuvieran en la carta que recibimos junto a aquella grabación...

A pesar de haber sido uno de sus mayores críticos, el profesor Milanelli supo aceptar sus disculpas.

—No se preocupe ahora por eso, señor —le interrumpió—. Estoy seguro de que la presión a la que usted y el comisario estaban sometidos ha podido influir en muchas ocasiones en su comportamiento.

—Estoy de acuerdo —añadió Margaux—. Lo importante es que entre todos hemos conseguido encontrar a Deneux, que era el objetivo que nos habíamos marcado al salir del Palacio del Elíseo.

Sanoir inclinó la cabeza agradeciendo la comprensión que los profesores estaban mostrando.

—Quién nos iba a decir a nosotros esta mañana que acabaríamos el día en París —comentó Campbell viendo cómo se alejaba la ambulancia que trasladaba a Deneux hasta el hospital.

—Querrá decir ayer por la mañana —le replicó amigablemente Milanelli.

Campbell sonrió. Durante unos segundos todos permanecieron en silencio mirándose unos a otros recordando, seguramente, muchos de los momentos que habían vivido.

—Me encargaré personalmente de que cada uno de ustedes vuelva lo antes posible a los lugares donde se encontraban antes de que les trajéramos a París —dijo Chavier.

A Campbell se le escapó una risa floja.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sanoir.

—¿Saben? Ni me acordaba ya de que habían sido los inspectores los que vinieron a recogerme a Milán —dijo señalándoles.

Bingleau y Paccaud sonrieron también. Indudablemente, habían pasado muchas cosas desde aquel momento al que hacía referencia el profesor.

—¿Cree que llegará a tiempo para dar alguna de sus conferencias? —preguntó Paccaud.

Campbell le echó una ojeada a su reloj.

—Si son dos horas de viaje...

Bingleau le interrumpió.

—Si realmente está pensando en hacerlo, creo que debería pasar por su hotel antes a darse una buena ducha, ¿no le parece?

Aquel comentario hizo que todos soltaran una carcajada.

—Tiene razón, inspector. Llamaré a la profesora Perotti para informarle de que solo podré dar mi charla de esta tarde —respondió con una sonrisa.

Milanelli gesticuló como si acabase de tener una gran idea.

—¿Cree que yo podría asistir a esa conferencia, profesor?

Campbell le miró sorprendido.

—Por supuesto. Sería un honor para mí.

Chavier se mostró satisfecho al ver que, por lo menos, aquella experiencia había servido para unir a los tres profesores.

—Parece que tendré que modificar el plan de su vuelo en ese caso ¿verdad profesor?

—Sí, señor. Eso me temo.

—¿Y usted, profesora? —le preguntó Sanoir.

—Bueno, señor, yo sí que podría dar mi clase en la universidad esta tarde.

Chavier sabía que debía preparar su viaje cuanto antes si eso era lo que deseaba.

—Me ocuparé de que esté de vuelta en Nantes lo antes posible.

—No, señor, no se preocupe.

El comisario la miró sin entender cuáles era sus verdaderas intenciones aunque la expresión de su rostro le hacían comprender que no debía preocuparse por sus planes.

—¿No quiere volver a su universidad? —le preguntó Sanoir.

—Hoy no, señor. Aunque podría regresar y dar mi clase, estoy segura de que mis alumnos no me echarán mucho de menos. De modo que aprovecharé para quedarme en París un par de días más.

—¿No ha tenido suficiente? —preguntó sorprendido Milanelli.

Margaux le miró sonriendo.

—Me temo que no, profesor. Creo que nunca podré cansarme de París.

Capítulo 99

Londres, 13 de junio de 2013, 7 a. m.

El jefe de la Policía Metropolitana de Londres, Brian Godwin, escuchaba desde el ascensor que le estaba dirigiendo al sexto piso del edificio New Scotland Yard cómo el teléfono de su despacho no paraba de sonar. A esa hora, tan solo él estaba en esa planta por lo que el silencio imperante le permitía comprobar cómo alguien con mucha paciencia insistía en hablar con él.

Al salir del ascensor caminó apresurado hasta su despacho. Abrió la puerta y dejó la cartera y la bufanda encima del sofá. Antes de cogerlo, le llamó la atención un DVD que tenía sobre su mesa con un posit rosa encima y su nombre escrito en él. A pesar de que no recordaba haberlo dejado allí la tarde anterior prefirió no darle más vueltas. Aquel teléfono le estaba volviendo loco.

—¿Sí? —preguntó enfurecido.

—Buenos días, Brian.

El hombre que se había mostrado tan insistente en aquella llamada era Michael Bailey, jefe de la Agencia Europea de Inteligencia, un organismo similar a la versión de la CIA en el viejo continente. Ambos eran amigos desde la infancia y habían sido compañeros en Cambridge.

—¿Qué es tan importante para que me llames a estas horas, Michael?

—Creo que tenemos un gran problema.

Godwin percibió la seriedad en su tono de voz. Conociendo el tipo de persona que era no le cabía la menor duda de que, ciertamente, algo importante debía haber ocurrido.

—Seis ministros han desaparecido esta noche, Brian.

Aquellas palabras le dejaron inmóvil.

—¿Cómo has dicho?

—Lo que has oído —respondió—. Seis de nuestros ministros han desaparecido. Nadie sabe dónde están.

—Pero eso es imposible.

Godwin empezaba a entender por qué tanta insistencia en la llamada.

—Me temo que no. Además, creo que no es solo un problema nuestro sino que otros países europeos están siendo atacados.

A pesar del cargo de enorme responsabilidad que ostentaba, Michael Bailey siempre había sido un hombre con cierta tendencia a los extremismos. Pese a ello, la importancia de lo que acababa de decirle no le hacía parecer a Godwin que ese fuese uno de esos casos.

—¿Por qué crees eso? —preguntó.

—Nuestro departamento de inteligencia ha detectado esta madrugada las búsquedas hechas desde una comisaría de policía de París de dos individuos no

identificados en la base de datos de la Interpol.

—Bueno, eso es algo normal —replicó restándole importancia.

—Sí, esa parte de la historia, sí. El problema es que, como parte del protocolo, se han interceptado todas las comunicaciones telefónicas y por radiotransmisión procedentes de esa comisaria que tuviesen relación con la búsqueda de esos dos individuos.

—¿Y?

—Hemos descubierto que el hijo del presidente Deneux fue secuestrado en la tarde de ayer a las 17:00 horas.

Godwin se quedó mudo.

—Afortunadamente, hace escasos minutos ha sido encontrado con vida y ahora mismo permanece recuperándose en un hospital.

—¿Estás seguro que se trataba de un secuestro?

—Absolutamente. La policía francesa recibió ayer por la tarde una grabación en la que aparecía el hijo del presidente junto con un papel en el que figuraban los nombres de tres profesores universitarios que, según hemos podido averiguar, han sido fundamentales a la hora de encontrarle con vida.

Al escuchar aquellas palabras, Godwin miró el DVD que tenía encima de su mesa. Ahora estaba completamente seguro de no haberlo dejado ahí la tarde anterior. Además, la letra con la que estaba escrito su nombre no era de Doreen, su secretaria.

Mientras encendía su portátil para ver qué había en aquel DVD, continuó hablando con normalidad.

—¿Han identificado a esas dos personas?

—No —respondió Bailey—. En ninguna base de datos ha sido posible.

—Pero ¿eran los secuestradores?

—Eso parece, aunque realmente creo que hay una historia muy interesante detrás de ese secuestro.

—¿Interesante en qué sentido?

—Parece ser que esas personas han robado dos cuadros del Louvre.

Godwin se mostró sorprendido.

—¿Y qué tiene eso que ver con el secuestro del hijo del presidente?

El ordenador ya había terminado de cargar. Godwin cogió el DVD y lo introdujo en el lector. Lo que hubiese allí dentro se reproduciría automáticamente.

—Por eso te digo que hay una historia muy interesante ahí. Al parecer, miembros de la policía y del servicio secreto se han pasado toda la noche yendo de un sitio a otro de París.

—¿Y lo de los cuadros?

—Según hemos podido saber, los secuestradores han ido dejando información de dónde se encontraba escondido el hijo del presidente en diferentes edificios de la ciudad. Y parece ser que han utilizado los cuadros del Louvre para darles la información necesaria acerca de cuáles eran esos lugares a los que debían acudir.

Godwin se quedó helado al ver lo que contenía aquel DVD.

—¿Has dicho antes que supieron que se trataba de un secuestro porque les enviaron una grabación?

—Sí, así es. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque deberías hacer todo lo posible por traer a esos tres profesores a Londres cuanto antes. Estoy seguro de que nos van a hacer mucha falta.